La Venta de López en Sierra Almijara. Año 1947

Tienes en tus manos una colección de testimonios reales, que describen la vida de personas reales. Cada uno constituye un documento etnográfico relatado en primera persona con caras, apodos, nombres y apellidos: lo que vivieron, lo que creyeron, lo que disfrutaron, lo que padecieron; es también una guía paisajística y de oficios, tradiciones, usanzas e incluso formas de pensar que cayeron en desuso hace mucho tiempo. Se trata, en conjunto, del legado cultural de varias generaciones de hombres y mujeres rurales, apegados a un territorio que constituía mucho más que un medio de vida.

Las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama celebran este año el vigesimoquinto aniversario de su declaración como Parque Natural. Como cualquier espacio, están en perpetua evolución. Quién sabe si el anhelo de una vida más coherente con los ritmos de la Naturaleza favorecerá, en un futuro, que nuestros pueblos, casas y campos de labor despierten de su letargo, antes de que los valores que rigieron la existencia de sus antiguos habitantes queden reducidos a un pasado tan remoto que dudemos que haya existido.

Parque Natural
Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama

Caminos y Gentes
La memoria recobrada en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama

Junta de Andalucía

Parque Natural
Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama

25 años gracias a ti

# Caminos y Gentes

## La memoria recobrada en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama

MARILÓ V. OYONARTE

Junta de Andalucía

**MARILÓ V. OYONARTE**

Granadina, titulada por el Real Conservatorio Superior de Música Victoria Eugenia de Granada; docente en las asignaturas de Lenguaje Musical, Piano, Análisis y Armonía. Montañista en Sierra Nevada desde niña, también ha dedicado parte de su tiempo a la investigación de la historia, cultura y tradiciones rurales de las comarcas granadinas de Alhama y el Temple, la Axarquía malagueña y el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, documentando antiguos senderos, caseríos y puntos de interés etnográfico, y recuperando las historias de sus pobladores. Desde el año 2015 publica sus trabajos en forma de artículos y reportajes periodísticos en las plataformas digitales Alhama Comunicación y Axarquía Plus. Han tenido difusión, asimismo, en Canal Sur Radio, Cadena Ser, La 2 de Televisión Española e Informativos Telecinco, así como en los periódicos Ideal de Granada, Málaga Hoy, Diario Sur, El Correo, El Comercio, la Revista Alhóndiga de Granada y otras publicaciones especializadas en etnografía, tanto en Granada como en Málaga. Alterna su trabajo con actividades de investigación y divulgación en lo relativo a la "ciencia serrana" dentro del área de influencia del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. En febrero de 2018 fue galardonada con el Premio Alhama a la Mejor Labor Periodística, por su serie de artículos "Caminos y gentes". En febrero de 2019 fue nombrada Miembro de Número del Patronato de Estudios Alhameños por su labor de promoción de la Comarca de Alhama y el entorno de su Parque Natural. En agosto de 2022 fue Invitada de Honor en la XXVI Velada de los Romances de Alhama de Granada. Desde febrero de 2021 es Presidenta de la Junta Rectora del Parque Natural de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

PARQUE NATURAL
Sierras de Tejeda,
Almijara y Alhama

Aniversario del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama
25 años
gracias a ti

# Caminos y Gentes

## La memoria recobrada en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama


**Director y Coordinador:**
Mariana Orti Moris

**Autor:**
Mariló V. Oyonarte

**Fotógrafos:**
Manuel Carlos Luengo Navas
Mariló V. Oyonarte
José Luís Hidalgo Aguado
Manuel Rodríguez Martos
Mari Luz Díaz Guerrero
Sebastián García Acosta
Lucia Cabrera de León
Francisco Ortiz Villarraso
Víctor Cassini Gómez de Cádiz
Alberto Tinaut Ranera



Junta de Andalucía
Consejería de Sostenibilidad
y Medio Ambiente

**Edita:** Consejería de Sostenibilidad y Medio Ambiente

**Dirección y Coordinación:** Mariana Orti Moris

**Autor:** Mariló V. Oyonarte

**Fotógrafos:** Manuel Carlos Luengo Navas, Mariló V. Oyonarte, José Luis Hidalgo Aguado, Manuel Rodríguez Martos, Mari Luz Díaz Guerrero, Sebastián García Acosta, Lucía Cabrera de León, Francisco Ortiz Villaroso, Víctor Cassini Gómez de Cádiz, Alberto Tinaut Ranera

**A efectos bibliográficos se recomienda citar este libro como:**
Oyonarte Mariló V. (2024). Caminos y Gentes. La memoria recobrada en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.
Consejería de Sostenibilidad y Medio Ambiente

**Foto de portada:** Mariló V. Oyonarte
© Copyright de los textos y fotografías: sus autores
© Copyright de esta edición: Consejería de Sostenibilidad y Medio Ambiente

**Maquetación e impresión:** Unigraphics S.C.A.
Depósito Legal: SE-2904-2024.
ISBN: 978-84-16591-19-0.

Reservados todos los derehos. No se permite la reproducción total o parcial, por cualquier medio, sin la autorización expresa por escrito de los autores de los textos y fotografías.

Las opiniones que se expresan en esta publicación son responsabilidad de sus autores y no, necesariamente, del editor.

*A mis mayores; a nuestros mayores*

*”Por grandes y profundos que sean los conocimientos de un hombre, el día menos pensado encuentra, en el libro que menos valga a sus ojos, una frase que le enseña algo que ignora”.*

*Mariano José de Larra*

# Índice

Dedicatoria
Prólogo de la Consejera
Prólogo de Manuel Titos Martínez
Prólogo de Antonio Castillo Martín
Presentación
**Primera Parte. Caminos y Gentes**..... 19
Virginia la del Mocho..... 21
Aurelio, el "obispo"..... 26
Rafaela, la de Algarrobo..... 32
José el esenciero..... 39
Manuel, el pastorcillo ilustrado..... 45
Fermín, el último guerrillero..... 51
Thea, la forastera..... 59
Del cortijo Prados de Lopera a la granja escuela Huerto Alegre..... 67
El honor es mi divisa, I. Recuerdos de un guardia civil..... 74
El honor es mi divisa, II. Detrás de cada hombre..... 84
Una cueva con piedras, chorreras y esqueletos..... 92
Manuel, el resinero..... 100
Una familia de cabreros trashumantes..... 108
José, el albardonero..... 118
Rosa, la niña de la Venta de López..... 125
Pedro, el Guarda Mayor..... 132
Amparo, la de Cacín..... 139
La Cueva de la Umbría..... 147
Angustias, la de la Torre Dona..... 155
Unas horas con Gerardo..... 163
Antonio, el requeté..... 172
Manolo y el ingenio de Frigiliana..... 181
Pepe Sales, el de Cerezal Alto..... 190
Ana, la del Cortijo del Pincho..... 200
El cortijo de Marchiche..... 210
La escuela rural de El Robledal..... 222
José Luís, el trompetista..... 234
Teresa y la ermita de Los Ángeles..... 244
Otilia, la de Las Ventas..... 256
La Cueva de la Vaca..... 269

La historia de María del Mar, I..... 278
La historia de María del Mar, II..... 293
El camino de Ezequiel..... 309
La historia del padre Javier, I..... 319
Esplendor y decadencia de la Venta de Panaderos, I..... 334
Esplendor y decadencia de la Venta de Panaderos, II..... 345
El largo viaje de Josefa, la Corrientes, I..... 357
El largo viaje de Josefa, la Corrientes, II..... 370
José Aurelio, el historiador..... 381
Cerro Lucero y Antonio, el guardia civil, I..... 392
Cerro Lucero y Antonio, el guardia civil, II ..... 405
La historia de Leonor, I..... 418
La historia de Leonor, II..... 434
Un guerrillero anónimo..... 446
La historia del padre Javier, II..... 455
La historia del padre Javier, III..... 469
Aurelio, el arriero..... 488
Francisco, el minero..... 501
**Segunda Parte. Madre Tierra**..... 515
Un tesoro cotidiano..... 517
Diciembre en el campo..... 523
Un paseo por la Maroma..... 526
La muerte del Pino de las Cinco Ramas..... 536
La canción de la Cueva del Linarejo..... 540
En busca del sendero perdido..... 547
El duende del bosque regresa a Sierra Tejeda..... 557
Todos contra el fuego..... 563
Los ojos del monte..... 566
El primer aniversario..... 573
Cuando la Maroma se queda sola..... 577
Una mirada distinta al río Cebollón..... 584
Un legado excepcional..... 595
Sendas con historia y una abuela singular..... 599
Apadrinar un cortijo..... 605
**Tercera Parte. Apéndice**..... 611
José Faragüit, un pastor auténtico (una historia en Sierra Nevada) ..... 613
La esposa de un guardia civil (artículo inédito)..... 622
**Epílogo de Andrés García Maldonado**..... 627

# Prólogo de la Consejera de Sostenibilidad y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía

Este libro surge como un homenaje al Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, y a las generaciones de vecinos que le han dado vida. Situado en el corazón de Andalucía, una región rica en historia, cultura y paisajes únicos, esta obra conmemora el vigésimo quinto aniversario de la creación del Parque, celebrando su extraordinaria diversidad natural y humana. A través de sus páginas, se rescata un valioso patrimonio etnográfico compuesto por historias, oficios y tradiciones que encarnan el alma de sus pueblos y habitantes.

El propósito de este libro trasciende la mera recopilación de relatos. Su publicación pretende contribuir a la dinamización socioeconómica de la zona, promoviendo el turismo sostenible y el respeto por los Espacios Naturales. De igual modo, busca apoyar a las comunidades rurales que habitan en las áreas de influencia del Parque, generando conciencia sobre la importancia de preservar tanto el entorno como las formas de vida que lo han moldeado a lo largo del tiempo. Su testimonio es el mayor tesoro que estamos obligados a reconocer y recoger.

Para los apasionados del mundo rural, los paisajes y la historia, esta obra ofrece un recorrido íntimo por el pasado y una reflexión sobre el futuro. A través de sus páginas, los lectores descubrirán cómo la memoria colectiva, profundamente arraigada en este rincón de Andalucía, sigue siendo clave para la sostenibilidad y el desarrollo del territorio. Es, en definitiva, una invitación a valorar, proteger y vivir la riqueza cultural y natural que defina a este Parque Natural único.

Te invitamos a descubrirlo, disfrutarlo y hacerte parte de su historia.

Catalina Montserrat García Carrasco
Consejera de Sostenibilidad y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía.

# "Entre el recuerdo, la literatura y la historia"

## Prólogo

## Manuel Titos Martínez

Durante el verano de 1837 el botánico suizo Charles Edmond Boissier realizó una amplia expedición científica a Andalucía en la que visitó la sierras de Mijas, Bermeja, Ronda, Tejeda, Sierra Nevada y Sierra de las Nieves, dejando para la posteridad una impresionante obra que publicó entre 1839 y 1845 con el título *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837*, parcialmente traducido al español. Tras sus excursiones a las sierras occidentales malagueñas, el 18 de junio partió de Málaga y, a través de Vélez, se encaminó hacia Sierra Tejeda con la intención de inspeccionarla antes de seguir hacia su gran objetivo: Sierra Nevada, en donde fue el descubridor de numerosos endemismos que llevan su nombre. El médico de Canillas le proporcionó como guía para atravesar Tejeda al tío Pepe, "anciano de setenta años, fuerte aún, a quien fui confiado". La subida fue para él muy emocionante y la noche pasada allí, inolvidable:

> "Esta ascensión era preciosa en esta hora avanzada donde el sol perdía ya su fuerza, en cada paso el horizonte se extendía y el mar se dejaba ver mejor tras las altas colinas que lo bordean. Durante algún tiempo nos siguió una pandilla de jóvenes que iban a coger esparto en las laderas y pasar alegremente la noche en la montaña. […]
>
> Cuando llegamos a media altura, se acercaba la noche y el viejo Pepe decidió sabiamente que sería peligroso continuar en la oscuridad un camino tan difícil con un mulo tan cargado, y suponiendo que llegáramos hasta la cima no íbamos a encontrar allí ni madera ni agua. Decidí pues acampar allí de buena gana ya que al día siguiente quería visitar a fondo este lugar interesante donde había encontrado a tientas unas soberbias plantas. El lugar estaba admirablemente escogido: una roca sobresalía justo lo suficiente para abrigarnos del rocío y a unos dos pasos una fuente cristalina murmuraba en el barranco. En un abrir y cerrar de ojos descargó al mulo y después de trabarle las patas, lo dejamos buscar su alimento entre los zarzales; uno de nosotros fue a por agua, los otros recogieron ramas de enebros para hacer fuego y tras haber preparado una cena frugal y té, pasamos una tarde encantadora escuchando las historias del viejo Pepe y platicando con algunos pastores atraídos desde los alrededores por el resplandor de nuestro fuego y cuyos corazones gané con algunos cigarrillos".

Sus referencias a los habitantes de la sierra son constantes: los neveros con los que se cruzaron en la subida, que acarreaban su preciado y raro producto hasta Canillas y de ahí hasta Málaga y de los que Boissier da una interesantísima información, los recogedores de esparto, los pastores que acudieron esa noche al calor de la lumbre y, sobre todo, el tío Pepe, viejo conocedor de la sierra y contador de historias que embelesó a Boissier, muy acostumbrado a las alturas alpinas pero no a estas montañas mediterráneas ni al carácter de sus habitantes.

Podemos imaginarnos las historias que contaba el tío Pepe a Boissier y a sus improvisados acompañantes: narraciones de fechorías de ladrones y bandoleros y sus encuentros sangrientos con los "nacionales", ataques de lobos a rebaños y gallineros, incluso a las personas, rescates de pastores o de ovejas despeñadas, partos en los cortijos, tesoros escondidos por los moriscos y nunca encontrados, generosidad de los cortijeros que, en su durísima vida, comparten lo que tienen, trasiego de los arrieros en las ventas del camino, dramas de raptos y violaciones, fugas de novios para abreviar protocolos o para superar imponderables económicos o rivalidades y odios familiares ancestrales, basadas las más de las

veces en disputas por algún peñón improductivo. Historias de supervivencia, de amor y de odio, de rencores y afectos, de entregas generosas o de esperanzas imposibles. Historias que el tío Pepe ha vivido o le han contado, antiguas y recientes, que han forjado la vida de la gente y que ahora forman parte de la cultura ancestral de los pueblos y de los cortijos de la sierra.

Leo las respetuosas referencias que Boissier hace del tío Pepe, quien pensaba del suizo que eso de "coger pinchos, medir sierras y por gusto, no puede ser", y enlazo inevitablemente su recuerdo con Mariló Oyonarte, recopiladora de historias, constructora de la historia de la gente y del territorio y autora de una obra que trasciende de la narración efímera para convertirse en una obra literaria impecable y estimulante.

Los casi doscientos años transcurridos entre las historias del tío Pepe y las de Mariló Oyonarte no son tantos como para que el género haya desaparecido. Entonces era algo basado en la transmisión oral que hacía referencia a historias atemporales; la vida apenas cambiaba y mucho menos en las perdidas y empinadas sierras de Andalucía, donde se mantenían las mismas y paupérrimas condiciones de vida y la misma relación dura pero comprensiva con la naturaleza durante siglos. La utilización del monte, la vida en los cortijos, las relaciones del medio con sus habitantes y de la gente entre sí eran tan estables que una historia mantenía su sentido, oportunidad y verosimilitud durante siglos aunque rara vez pasaban al papel. A algún viajero extranjero interesado por el mundo de las montañas le llamaron la atención aquellas historias y las puso por escrito; pienso en la incorporación de estas narraciones vitales, convertidas después en leyendas, que realizó el alemán Moritz Willkomm en su libro *Las Sierras de Granada*, publicado en Viena en 1880. Pero fue raro que así ocurriera, continuado su transmisión por vía oral hasta que las condiciones efectivamente cambiaban y aquellas historias dejaban de tener sentido y se olvidaban.

Podría decirse que en estos territorios abruptos y aislados, y no solo en ellos, esas mismas condiciones basadas en el aislamiento y en una economía de autoabastecimiento y pura subsistencia, se mantuvieron hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX, cuando la revolución tecnológica en la agricultura, la apertura de fronteras a la emigración y al turismo, el desarrollo de las comunicaciones y una nueva concepción de la cultura como motor social, hicieron que rápidamente entrara en crisis un modelo que tenía siglos de vigencia.

Ese mundo en cambio acelerado y sus epígonos posteriores, de los que aún nos llegan algunos ramalazos pero cuyo recuerdo está a punto de desaparecer, es el que ha recreado con enorme cariño y gran maestría literaria Mariló Oyonarte en un conjunto de historias que no es que tengan verosimilitud, algo exigible a una narración literaria de este tipo, sino que tienen veracidad, lo que las convierte en un instrumento muy oportuno también para el conocimiento histórico.

Estamos pues ante un conjunto de historias reales, que no están basadas en la imaginación de la autora, sino en el testimonio oral de sus protagonistas o de los descendientes de quienes lo fueron y han conservado familiarmente recuerdos de sus vivencias, hazañas, calamidades o aventuras. Todo eso, con un estilo familiar, afectuoso, a veces deslumbrante, lo ha utilizado Oyonarte para ofrecer un libro que se va a convertir en un instrumento eficaz e imprescindible para el conocimiento de la historia de las comarcas que están a uno y otro lado de la sierra: la Axarquía, para la que reivindico su pronunciación con j, y las tierras del Llano y de Alhama, unas tierras que ni la división política en provincias ni la geografía montañera ha conseguido separar desde el punto de vista humano y material.

Porque de lo que trata este libro es realmente de historia. No la única, pero sí la verdadera, en la medida en la que se refiere a la historia de la gente, de sus pasiones, sus miserias, sus gozos, sus luchas, sus logros y sus fracasos. Y eso, a fin de cuentas, es la historia. El historiador José Andrés Gallego lo defendió de manera convincente en su libro *Historia general de la gente poco importantes* (1991). El marco internacional y a veces el nacional afecta poco a las relaciones

humanas y a la vida apartada de los arrieros, de los labradores y de los pastores. La historia de la gente sin historia. No significa eso que los historiadores tengan que abandonar la visión internacional o nacional para irse en busca de lo provincial, lo local o lo cotidiano. Lo global debe mantenerse siempre como horizonte, pero en la medida en que queramos saber cómo afecta eso a la vida concreta de las personas, la historia local se convierte en imprescindible. Una historia local que se construye como un tratamiento concreto, en ámbitos territoriales primarios y espacialmente pequeños, de los fenómenos sociales más diversos, con posibilidades reales de relacionarlos entre sí e ir proponiendo explicaciones globales e integradoras, en el camino de una historia general que era y debe seguir siendo el objetivo del historiador. Pero, como en el ámbito de las ciencias experimentales, a veces en el microcosmos se pueden encontrar los secretos del macrocosmos.

Sin duda que Mariló Oyonarte no estaba pensando en esto cuando escribió su libro, ni sus informantes lo hacían con esta intención, pero resulta ser una oportunidad añadida que será valorada convenientemente por las generaciones actuales, a punto de perder no ya la conciencia sino la información sobre aquellos acontecimientos, historias y personajes, sino también de las futuras, que encontrarán en el libro un instrumento para construir comunidad y para afirmar su relación con el territorio y entre las gentes que lo han poblado en el transcurso del tiempo. Es un valor añadido a la curiosidad o al placer literario que nos pone en contacto con nuestro pasado, tan cercano pero también tan diferente y que, gracias a trabajos como este, ya no pasará al olvido.

# “La muerte verdadera es el olvido”
# Prólogo

## Antonio Castillo Martín

Me cabe el honor y la satisfacción de prologar este libro de Mariló V. Oyonarte. Y lo digo no solo porque Mariló amablemente me lo ofreciera, sea amiga, y persona a la que aprecio y respeto, sino también por tratarse de un libro amorosamente escrito, dentro de un género que me encanta. Como es el de los libros de “historias de campo”, de los que tengo muchos, que casi los colecciono. Tanto, que los amigos que me conocen bien bromean con mi querencia por este tipo de literatura, que ellos llaman parda, naturalmente para meterse conmigo. Porque aparte de consumidor o lector de ella, también soy escritor, con mayor o menor destreza, de viejas historias con olor a monte, que disfruto escribiendo seguramente más que los lectores. Pero ya que he destapado esa especie de polémica acerca de la baja estofa de este tipo de libros, frente a, por ejemplo, ensayos, novelas, biografías ilustres o poemarios, quiero romper varias lanzas en favor de ellos. No solo porque sus historias suelen ser interesantes y entretenidas de leer, lo que ya de por sí es bastante, sino por muchas razones más. Porque desempolvan y nos recuerdan valores imperecederos que rigieron la vida de nuestros antepasados, aunque hoy muchos de esos valores no estén de moda. Porque hacen justicia a esas personas, la mayoría gentes de campo o pueblo, humildes y corrientes, devolviéndoles en cierta manera dignidad, y la vida a los que ya nos dejaron. En ese sentido, fueron muchos, entre otros Gerald Brenan en *Al sur de Granada*, los que apuntaron aquello de que: **“La muerte verdadera es el olvido”**. Libros necesarios también porque atesoran interesantes recuerdos alrededor de los modos de vida, las costumbres, los rituales, la artesanía, la religiosidad, la vida social, los oficios, tareas y herramientas, los conflictos, la gastronomía, la economía y tantas cosas más de las comarcas o sierras abarcadas en tiempos pasados. Conocimientos asimismo valiosos de los animales y plantas, ganados, cultivos y bosques de antaño. Testimonios generalmente de enorme interés por su primicia, al proceder de trasmisión oral de personas mayores, o de sus descendientes en el caso más frecuente de las fallecidas, que no sabían leer ni escribir o, lo más común, que no consideraban de interés alguno dar a conocer sus vivencias. Conocimientos muchas veces importantes para entender el nombre dado a los lugares, el sentido de caminos y veredas, muchas perdidas, o el porqué y el quién de cortijadas, apriscos y majadas. Y qué decir de las cuevas, grutas, zulos, chozos y escondites de la sierra, utilizados en el pasado por mil razones, algunas inconfesables, hoy muchos de ellos tapados por el monte, desconocidos u olvidados, sin ninguna historia además a los que atarlos emocionalmente. Y, si lo pensamos más despacio, seguro que se nos ocurren otros porqués de la importancia de libros de historias y relatos costumbristas como este de Mariló.

De todas formas, he dejado para el final un porqué a mi modo de ver trascendental acerca de la necesidad de este tipo de libros. En esto coincido con otros muchos autores de

reconocido prestigio que antes que un servidor apuntaron en la misma dirección. Que no es otra, que la que sostiene que el patrimonio natural no puede sustraerse del patrimonio humano o etnográfico, y viceversa. De modo que ambos se necesitan y enriquecen mutuamente. Exactamente igual que pasa con el patrimonio cultural, que es indisoluble del histórico, lo cual se suele entender mejor. Así pues, las sierras, los campos, los montes, la Naturaleza en general, cobran infinitamente más valor e interés con el añadido de las historias de las gentes que la habitaron, la aprovecharon e incluso conformaron sus paisajes. Los mismos que hoy nos parecen salvajes e incluso sublimes, muchos de ellos reconocidos por la UNESCO como Patrimonios de la Humanidad, precisamente por esa armonía y conjunción entre la Naturaleza y el Hombre. En realidad, si nos fijamos atentamente, apenas quedan paisajes completamente naturales o vírgenes, en contra de los culturales, que son casi todos los que hoy disfrutamos, a mi modo de ver más interesantes, e incluso biodiversos.

Ya lo apuntó magistralmente Miguel Delibes en *Un mundo que agoniza* cuando dejó escrito que: "El Chopo del Elicio, El Pozal de la Culebra o los Almendros de Ponciano…son, en efecto, un trozo de paisaje y de vida…el día que pierdan su nombre…no serán ya más que un chopo, unos almendros o un pozal reducidos al silencio". Huelga explicación. En ese mismo libro, Delibes compartió otra reflexión del mismo estilo: "¿Qué interés tiene preservar la Naturaleza en un Parque Nacional, si luego no pueden encontrarse allí a los que, desde siempre, han vivido…si no se encuentra allí a los que saben dar su nombre a la montaña y que, al hacerlo, le dan vida".

A José Cuenca, otro magistral escritor de este género literario, le movieron en su libro de historias *La Sierra Caliente* sentimientos parecidos a los de Delibes. "Sin sus hombres y mujeres, la Sierra es solo piedra". Sobran aquí también las palabras. Por cierto, un genial título el de ese libro, no porque la sierra retratada fuera caliente, que se trataba de las altas y frías sierras de Cazorla y Segura, sino que era caliente por las vivencias e historias que les habían aportado sus gentes. En esa línea, y humildemente, copié, junto a mi compañero David Oya, la citada sentencia de Cuenca para adaptarla a un libro parecido también a este de Mariló, *La Sierra del Agua*, donde defendimos e hicimos ver que: "Sin sus hombres y mujeres, las fuentes son solo agua".

Otra referencia del estilo de las anteriores, esta poco conocida, que leí por primera vez en una obra precisamente de Manuel Titos, el otro prologuista de este libro, atribuida a Manuel de Falla, argüía lo siguiente: "El espectáculo de la naturaleza carece de sentido si no está ligado íntimamente con la historia…El paisaje sin historia es cosa perdida".

No es cuestión de seguir aportando citas, ni libros. Muchos de ellos maravillosos. Ahí están, que ahora me vengan a la cabeza, *Los hornilleros* de González Ripoll, *El Jarama* de Sánchez Ferlosio o *Viejas historias de Castilla la Vieja*, nuevamente de Delibes. Y me olvido de otros igual o más de meritorios.

La idea creo que ha quedado clara. Las sierras en las que Mariló echó sus redes e hizo de notaria de vivencias y aconteceres, son con este libro mucho más calientes, ricas e interesantes que antes. Una suerte en concreto para las sierras de Tejeda, Almijara, Alhama y limítrofes. También para los protagonistas del libro, que permanecerán vivos en el recuerdo dentro de sus páginas. Suerte asimismo para ti Mariló, porque gracias a esas gentes y a sus

historias, aunque algunas fueran tristes e incluso trágicas, te lo pasaste en grande recogiéndolas. Lo sé. Y un regalo en última instancia para nosotros los lectores.

¡Enhorabuena, Mariló!, y sigue deleitándonos con más historias de este tipo, que tan bien sabes escribir y has recopilado para este libro.

Huétor Santillán, septiembre de 2024

# Presentación

Se ha reunido en este volumen una selección de los artículos publicados en los diarios digitales Alhama Comunicación, de Granada, y Axarquía Plus, de Málaga, y en la Revista Alhóndiga, de Granada, desde junio de 2015 hasta marzo de 2024, en las series tituladas **Caminos y gentes** y **Madre Tierra**. Son relatos que comparten un único telón de fondo: los bellos paisajes rurales de las comarcas de Alhama de Granada y la Axarquía de Málaga: sus pueblos y sus sierras; sus cortijadas, caminos y veredas. Cada artículo ha sido pensado y escrito como lectura independiente, pero juntos conforman un todo –historias individuales que construyen una gran historia común– donde lugares, personajes, horizontes y anhelos quedan ligados entre sí por vínculos y circunstancias de muy diversa índole.

Esta breve presentación sólo puede comenzar con una palabra: gracias. Gracias a todas y cada una de las personas que protagonizaron, en su día, una historia. Gracias por su generosidad, cortesía, confianza y afán de colaboración, pues sin sus testimonios no habría sido posible poner por escrito todo lo que me enseñaron –todo lo que me inspiraron– años de caminatas por el territorio del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Testimonios reales, que describen las vidas corrientes de personas corrientes, desprovistas a priori de interés o atractivo, y que hoy constituyen documentos etnográficos –algunos sorprendentes– relatados en primera persona, con caras, apodos, nombres y apellidos: lo que vivieron, lo que creyeron, lo que disfrutaron, lo que padecieron; relatos que son también una guía paisajística y de oficios, tradiciones, usanzas e incluso formas de pensar que cayeron en desuso hace mucho tiempo. Gracias, del mismo modo, a quienes seguís las publicaciones mes tras mes y año tras año, como lectores primero y, muchos, como amigos después. Gracias a quienes me habéis ayudado, propuesto, motivado, acompañado, aconsejado, enseñado y respaldado a lo largo de este tiempo de trabajo; gracias a todos por estar, por seguir ahí.

Desde el 13 de junio de 2015 –fecha de publicación del primer artículo– los héroes de estas historias nos han permitido entrar en la intimidad de sus casas y sus pensamientos para compartir el pasado, su pasado, con nosotros. Les hemos visto reflexionar, concentrarse, evocar, sonreír y también llorar mientras desgranaban –sorprendidos, tal vez, por el interés que suscitaban– los frutos más preciados de su memoria; recuerdos que no eran, como quedó patente, las hojas caídas de otros tiempos, sino algo valioso e inaprensible que, para ellos, existía aún en todo su esplendor. Por nosotros rememoraron una parte de la Historia reciente a través de su infancia, sus inquietudes, sus penas y alegrías, sus amores, sus frustraciones también, dando cabida en un rato de charla a muchos años de vida, con esa propiedad sobria y certera que los mayores infunden a su lenguaje; por nosotros se entregaron al sentimiento agridulce de volver la mirada a aquello que se tuvo y que ya no se tiene y, a pesar de eso, continuar su narración con una sonrisa. Ellos son –ellos fueron– los últimos habitantes de un mundo que ha ido decayendo y del que ya sólo quedan vestigios: hombres y mujeres que pertenecían a una familia, a un oficio, a un pueblo y en definitiva a una vida que, ciertamente, no era mejor pero sí más auténtica que la que llevamos hoy.

Queridos protagonistas, cuánto hemos aprendido de vuestras sentidas narraciones, por las que podemos figurarnos el pasado como si también hubiésemos sido parte de él; mediante ellas la razón se expresa, los afectos se conmueven y se recuperan conocimientos ya extinguidos. Gracias por ofrecernos la oportunidad de abrazar otras vidas y de participar de experiencias muy distintas a las nuestras; por enseñarnos de sabidurías centenarias y arcaicas costumbres perdidas en el rodar del tiempo; por pintar de colores el antiguo paisaje agrario, cultural y humano de nuestros pueblos y sus comarcas, que sólo conocíamos en un desvaído blanco y negro. Por tantos testimonios personales con un común hilo conductor –el día a día en un entorno campesino–, que abrigan como una manta de lana junto al fuego: son lecciones que transmiten valores universales y que, mientras perduren, nos ayudarán a comprender un presente cada vez más paradójico. Gracias por demostrar con el ejemplo que, al fin y a la postre, el verdadero éxito consiste en alcanzar la vejez recorriendo con serenidad y confianza, un paso detrás de otro, el sendero de la vida. Los que seguís con nosotros y los que por ley de vida nos habéis dejado ya, sabed que os escuchamos con respeto e interés y que vuestra palabra –todo lo que sabéis y todo lo que sois– escapará, lo ha hecho ya, de la fuerza destructiva del olvido. Con cuánta razón afirmaba William Shakespeare que los ancianos son los libros, las artes y las academias que ilustran y alimentan a este mundo.

Labradores, resineros, pastores, caleros, esparteros, jornaleros, leñadores, viñateros, segadores, arrieros, trashumantes, esencieros, soldados, maquis, guardias civiles, curas misioneros, venteros, terratenientes, padres, madres, abuelos, hombres y mujeres… Todos. Porque la Historia, por fortuna, no la erigen sólo los grandes nombres. Convertir vuestro tesoro de memoria recobrada y compartida en un libro es restituiros una parte de tanto como ofrecéis cuando nos lleváis de la mano en ese fascinante viaje a través del tiempo que constituye escuchar vuestros relatos.

Mariló V. Oyonarte, septiembre de 2024

# PRIMERA PARTE

# CAMINOS Y GENTES

## Virginia, la del Mocho

*Estas ruinas son todo lo que queda hoy, tras medio siglo de abandono, de la en otros tiempos afamada Venta de López, de Játar. Sus muros albergaron muchas historias; una de ellas es la de Virginia, la del Mocho.*

*La Venta de López*

A gusto de muchos, pocos lugares existen que ofrezcan una panorámica tan sugestiva de la Almijara como el Mirador del Portichuelo. Desde allí la silueta del Cerro Lucero, afilada y desafiante, destaca sobre todas las demás –el Lucerillo, el Cerro de la Mota, el del Cenacho, el de los Frailes– sobresaliendo por encima de los bosques de pino resinero. Pero desde el Portichuelo también se pueden ver, si nos fijamos bien, unas ruinas que se asientan en el centro de aquella planicie verde rodeada de barrancos, lomas y montañas escarpadas. Esas paredes, en las que aún se aprecian los restos de incontables capas de cal, son todo lo que queda de la en otros tiempos afamada Venta de López de Játar, tras más de sesenta años de abandono. A pesar de eso la casa aún muestra orgullosa, a quien quiere verlo, su antigua personalidad; se aprecia en el grosor de los tabiques y el tamaño de las habitaciones, en la arqueada boca de ladrillo del horno, en la amplia era empedrada frente a la puerta de la casa... no es difícil imaginar cómo debió ser en otra época, cuando representaba el epicentro de un modo de vida que lleva desaparecido mucho tiempo.

Aunque a primera vista la Venta de López parece aislada y lejos de todo, en realidad se encuentra a escasos cuatro kilómetros de la localidad serrana de Játar. El sendero que nos lleva hasta este lugar –que recientemente ha sido restaurado y señalizado– se conoce y transita desde tiempos inmemoriales, al ser uno de los pasos naturales que comunicaban antiguamente las provincias de Granada y Málaga atravesando la sierra de la Almijara por el Puerto de Cómpeta. Durante siglos este camino fue testigo –y no mudo, precisamente– del paso de arrieros, jornaleros, leñadores, pastores con sus animales y viajeros de todo tipo que iban y venían continuamente, durante todo el año, ya fuese de día o de noche, lloviendo o haciendo sol. La Venta de López se encontraba –y se encuentra aún, aunque ya a duras penas– a la orilla de la vereda, de manera que todo el que utilizaba esa histórica vía de comunicación terminaba pasando por la misma puerta del cortijo.

A juzgar por las escasas y preciadas fotos que se conservan de la Venta de López en sus buenos tiempos, las ruinas de hoy fueron ayer una gran casa de labor con varias viviendas, pajar, tinado y corrales y, según se cuenta, constituyó una finca bastante próspera, con abundante ganadería y buenas tierras de cultivo. Varias han sido las generaciones de familias que habitaron allí, pues se tiene constancia de la existencia del cortijo al menos desde mediados del siglo XIX. Pero con la decadencia de la vida en el campo y la emigración de la población rural hacia zonas urbanas quedó abandonado a su suerte, como tantos otros lugares en sus mismas circunstancias. Entonces la casa y sus dependencias, que durante mucho tiempo ofrecieron comida y posada a propios y extraños, se fueron desmoronando hasta quedar reducidas al montón de piedras sueltas que son hoy, porque cuando una casa se queda vacía se cae irremisiblemente, como si fuese consciente de su desamparo.

Rosa Mediavilla Márquez, de Játar, cuenta que tres generaciones de su propia familia vivieron en la Venta de López; algunos nacieron e incluso murieron allí. Durante más de sesenta años esa casa fue su hogar, hasta que un cambio de propietario de la finca –una increíble ironía del destino, además– los obligó a marcharse. Su bisabuelo, Carlos Márquez Castillo, un sencillo peón caminero, fue el primero de sus ascendientes en establecerse en Venta de López como agricultor y ganadero en régimen de arrendamiento, alrededor del año 1902. Allí pudo prosperar criando mulos para la arriería y las labores agrícolas, y con sus desvelos convirtió aquel cortijo en una productiva finca. Aparte de eso, en la casa se ofrecía diariamente posada y comida –sin cobrar nada por ello, cosa poco frecuente– a todos los viajeros que iban en tránsito de un pueblo a otro a través de la sierra y necesitaban descansar. Rosa y sus padres, Juan Mediavilla y Rosa Márquez, rememoraron a lo largo de varias conversaciones cómo era la vida cotidiana para los habitantes de la Venta de López. Muchas fueron las historias, alegres y tristes, que albergaron aquellos muros y, de todas ellas, llama la atención la de Virginia Arrabal Mediavilla, más conocida en Játar como Virginia la del Mocho.

*Virginia, la del Mocho*

Corrían los penosos años de la posguerra española. Eran tiempos complicados para todos, especialmente para los habitantes de las zonas rurales; las penalidades alcanzaron también a las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, y la Venta de López no fue una excepción. La familia

de José María Márquez Ruiz, hijo del antiguo peón caminero –y abuelo de Rosa– necesitaba toda la ayuda posible en el cortijo, pues su mujer no podía sola con el trabajo que daban sus nueve hijos, la faena diaria de la casa y las obligaciones que acarreaba ser una venta de paso en pleno funcionamiento, que daba de comer y acogía a diario a decenas de personas. En vista de ello la familia escogió a Virginia, una mozuelilla de Játar que por aquel entonces contaba unos quince años, porque se trataba de una muchacha buena y formal, a la que apreciaban todos en el pueblo; también era alegre y bromista como no había dos, y tan cariñosa con los niños que éstos sólo querían estar con ella.

Virginia dejó la casa de sus padres en el pueblo y se mudó a la Venta de López. Durante varios años la chica se encargó sin rechistar de los niños del cortijo y de algunas faenas menores en la casa; ganaba quince pesetas al mes –un sueldo nada desdeñable para la época– y aparte se le compraban los vestidos, las alpargatas, los delantales y todo lo que iba precisando. Cada cierto tiempo bajaba al pueblo para ver a su familia, por lo que tampoco la echaba de menos. Tan afable era su carácter que todos en la Venta de López, sin excepción, se encariñaron con ella: comía, dormía y vivía con la familia, como uno más de ellos. Con el paso del tiempo la chica creció y maduró, y ella y Manuel, el cabrero del cortijo –un pobre huérfano que, años atrás, la familia había acogido porque no tenía donde ir–, se enamoraron. Muy pocos sabían de aquella historia de amor, pues la pareja quiso llevarlo en secreto. Virginia tenía la certeza de que sus padres no aprobarían ese noviazgo con Manuel: aunque era bueno como el pan blanco, también era mucho mayor que ella y padre de un hijo de otra relación. Los patronos de Virginia sospecharon el secreto, pero no dijeron nada a nadie porque sabían que si descubrían a la pareja los padres de Virginia se la llevarían de vuelta al pueblo, y nadie en la Venta de López quería que ella se fuese. Pero, inevitablemente, la noticia se conoció con el tiempo, y tal y como todos temían Virginia tuvo que volver a la casa de sus padres. Aun así, consiguió que poco a poco su familia aceptase como su futuro marido al bueno de Manuel.

Él iba a visitarla a su casa todos los domingos y, cuando Virginia cumplió los veintitrés años, comenzaron jubilosos los preparativos para su boda. Eligieron y alquilaron una casita en Játar, donde tenía pensado instalarse el nuevo matrimonio. Nada fuera del otro mundo, pero ni un detalle les faltaba: una cocinita equipada con lo necesario, un dormitorio sencillo pero confortable, un patinillo trasero donde lavar y tender la ropa… Pero ay, que un día Virginia se encontró mal. Le dolía la garganta, tenía bastante fiebre y dolor de cabeza y, con el paso de las horas, sus síntomas empeoraron hasta el punto de tener que meterse en la cama. Pasaron los días y las semanas; el médico que la asistía en su casa le cambiaba los tratamientos una y otra vez, pero Virginia no mejoraba: las garras de una meningitis aguda habían hecho presa en la muchacha y se negaban a soltarla. Llegó el mes de diciembre y las calles de Játar se llenaron de niños que cantaban villancicos por las calles a voz en cuello, tocando sin pausa sus toscas panderetas y zambombas. Virginia, presintiendo lo inevitable, previno a su familia: tenían que prepararse porque estaba segura de que se iba a morir. Pero los suyos no quisieron escucharla; nadie estaba dispuesto a asumir lo que ya parecía evidente. Manuel no se separaba de la cabecera de su cama, mientras Virginia le decía: "A todas las novias les echan trigo el día de su boda, pero a mí me echarán lazos porque estaré muerta… tú coge un caracolillo de mi pelo y lo atas con uno de esos lazos, para que lo tengas de recuerdo mío". Y no se equivocaba. La mañana elegida para el día de su boda –una cruel coincidencia–, tras diecinueve días enferma, Virginia amaneció inerte en su cama, igual que una muñeca dormida. “A la muerte le gusta

sentarse a los pies de la cama", afirmaba una antigua superstición. En esa ocasión se cumplió el fatídico augurio. Era la Navidad del año 1947.

Su funeral aún se recuerda en el pueblo. Don Claudio, el cura, dispuso que el día de su entierro no se cantasen villancicos y que su féretro recorriese las calles de Játar en sencilla procesión, tras el estandarte de la Hermandad de las Hijas de María, a la que la muchacha había pertenecido. Virginia dio su último paseo a hombros de sus compañeras y, durante todo el recorrido, como se tenía por costumbre en la época cuando moría un niño o una muchacha, se lanzaron sobre su ataúd puñados de lazos de seda de todos los colores. Su novio, Manuel, recogió uno de esos lazos y lo guardó toda su vida, junto a un mechón de pelo de Virginia, tal y como le había prometido.

El cabrero no la olvidó nunca. Durante un tiempo siguió frecuentando la casa de los padres de su antigua novia, justificando su presencia con estas palabras: "Es que me parece que si vengo aquí, la voy a ver otra vez". Cuando pasaron unos años Manuel se casó –su mujer lució generosamente, a petición de él, el vestido de novia que Virginia no pudo estrenar– y, andando el tiempo, formó su propia familia. A todos relataba Manuel su malhadada historia de amor con Virginia la del Mocho; con tanto cariño y respeto la recordaba que en su propia casa se guardaba un retrato de ella y hasta sus propias hijas, a pesar de no haberla conocido, hablaban de ella como de un familiar más. Manuel falleció muy anciano; poco tiempo después de su entierro, al guardar sus pertenencias, su familia descubrió, muy enrolladitos en el bolsillo de una chaqueta, un cinturón de tela que había pertenecido a un vestido de Virginia y el lazo de seda con su mechón de pelo.

*Lola Arrabal Mediavilla con la foto de su hermana Virginia*

La vida continuó para todos en la Venta de López. Unos años después, la casa y los terrenos se pusieron en venta y fueron adquiridos por un abogado de Granada. Ello supuso la marcha forzosa de la familia de Rosa y, tras el cambio de propietario, la vivienda fue pasando de mano en mano hasta que, en los años sesenta del siglo XX, su último habitante, un solitario vaquero llamado Tomás, cerró la puerta de aquella casa por última vez. Hoy la propiedad forma parte

del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, y se ha convertido en una de las rutas de senderismo más populares de esa zona no sólo por la belleza de su recorrido, sino también porque son muchos los que afirman haber experimentado en sus cercanías diferentes sucesos, como poco, inexplicables: desapariciones de objetos, ruidos ajenos al entorno, ciertos fenómenos paranormales e incluso voces que se lamentan, en el silencio de las noches de la sierra. Uno de los misterios más mencionados es el del fantasma de la desdichada Virginia que, vestida con su traje de novia, yerra por el entorno de la Venta de López en las noches sin luna, cantando tristemente su mala estrella. Y es que, según afirman algunos, hay lugares que pueden retener impresiones, recuerdos, emociones e incluso el ánima de personas que ya no viven. De ahí que el paraje de la Venta de López esté considerado en la zona como uno de los lugares más embrujados de la sierra.

Afirman en Játar que hay personas que parece que "tienen azuquíllar": atraen y endulzan la vida de quienes que se acercan a ellas. Tras escuchar esta historia de boca de su propia hermana, Lola Arrabal Mediavilla, no nos cabe duda de que Virginia fue una de esas personas, pues todo aquel que la conoció y trató con ella la recuerda con afecto, aunque hayan pasado tantos años de su marcha. Contaba Lola que a su hermana Virginia le gustaba la música y sabía bailar muy bien, y que sus amigas del pueblo le inventaron una coplilla –la letra de un fandango cortijero– que decía así: *"Tienes un novio cabrero / que es lo que tú querías, / para beberte la leche / de las cabrillas floridas."*

Y que, siempre que se la cantaban, Virginia sonreía.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 27 de junio de 2015*

## Aurelio, el Obispo

*Más allá de las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, hacia el sur, se extiende el mar. A la vista de todos está muy cerca; para comprobarlo no hay más que subir a cualquiera de las cumbres que demarcan el límite de provincia entre Málaga y Granada o ascender por su sendero a los históricos puertos de montaña de Cómpeta o Frigiliana para toparse al coronarlos, casi de repente, con ese inmenso horizonte azul que es el mar Mediterráneo*.

*El mar desde el Arroyo de los Colmenarejos, Sierra Almijara*

Quién podría decir qué margen de estas montañas es más atractiva, porque si la parte norte –la granadina– es verde y frondosa, la parte sur –la malagueña–, asoleada y forzosamente más árida, tiene a cambio esas imponentes vistas al mar. Es allí donde las altivas lomas almijareñas y sus veredas van cayendo sin tregua desde las alturas más escarpadas hasta hundirse en la misma orilla del mar, formando suaves playas de arena, calas recónditas y vistosos acantilados. Los ríos de esa zona de la sierra –Chíllar, Higuerón, Río Verde, Patamalara, Río de la Miel…– son también, como los de la granadina, transparentes cursos de aguas color turquesa y lechos formados por arena blanca; los mismos de los que proceden las piedras que durante muchos años sirvieron para hacer la cal que dio fama a los pueblos blancos andaluces.

En ese otro lado de la Almijara, el marinero, las montañas también están salpicadas de antiguas cortijadas que en otros tiempos fueron lugares importantes, ya fuese por su situación estratégica y actividad incesante, como la antaño renombrada Venta de Panaderos, o por la riqueza de sus terrenos, como el Cortijo del Daire o el Cortijo del Imán. Y, sobre todo, están sus pueblos: los que componen la comarca de la Axarquía malagueña, esos primorosos y turísticos conjuntos de casitas blancas levantadas en la falda de los montes, de espíritu serrano a la vez que marinero, porque desde que el tiempo es tiempo, para su subsistencia –hasta la llegada del turismo en masa– sus gentes habían dependido de la montaña y del mar.

Existen numerosos recorridos que franquean el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama desde la provincia de Granada a la de Málaga y viceversa, siguiendo los ondulantes senderos trazados desde tiempos inmemoriales que comunicaban las dos vertientes de estas

montañas, y que cumplían no sólo una función económica sino también social, al facilitar el intercambio humano, comercial y cultural entre las poblaciones a un lado y otro de la sierra. Muchas de esas rutas vuelven hoy a cobrar vida y a figurar en los mapas gracias al senderismo y montañismo, guiándose a través de históricas sendas como la que va desde Játar a Cómpeta a través del Puerto de Cómpeta, o la que lleva de Fornes a Frigiliana, cruzando el Puerto de Frigiliana. El macizo montañoso de Tejeda, Almijara y Alhama no ha supuesto nunca una barrera entre los pueblos, sino más bien otra vía de comunicación, más difícil tal vez, pero también con su propia idiosincrasia.

Conocimos al matrimonio formado por Aurelio Torres Sánchez y Rosario Martín Cañedo el verano del año 2013, durante las fiestas anuales de El Acebuchal en honor a San Juan. El ayuntamiento de Frigiliana había organizado en la aldea, como cada año, una misa y un desayuno para los mayores del lugar, acto al que acudieron muchos de los primitivos habitantes de El Acebuchal y sus alrededores. Ese día tuvimos la oportunidad de charlar con un buen número de antiguos vecinos del cortijo del Imán, de la Venta de Panaderos, del cortijo del Daire y de la aldea de El Acebuchal, entre otros lugares emblemáticos de esa zona.

*Aurelio Torres, "el obispo"*

Aurelio apareció en escena, alegre y dicharachero, mientras hablábamos con otra persona; él mismo se presentó. "Me llamo Aurelio Torres, pero aquí todos me conocen como el Obispo, como a mi padre y mi abuelo", dijo sonriente. Cuando supo que buscábamos información sobre aquella parte de la sierra, este hombre vivaz y parlanchín se ofreció a ayudarnos en el acto. Nos llevó por entre las calles empedradas y cuidadosamente restauradas de la aldea, mientras relataba con una memoria sorprendente los nombres y circunstancias de cada uno de los vecinos que habían vivido en las casas por las que íbamos pasando, hasta que llegamos a la que había sido la vivienda de su familia, que está situada en el centro del pueblecito. Todos la conocen por la "casa escuela", pues este fue el lugar en el que –aunque fue sólo durante diez años– hubo una maestra en El Acebuchal. Aurelio describía con legítimo orgullo cómo su abuelo levantó esa casa desde cero, solo y con sus propias manos, entre los años 1913 y 1915 –precisamente ese verano había cumplido un siglo en pie, como el ***Platero y yo*** de Juan Ramón Jiménez–. Llamaba la atención su forma de hablar, pues Aurelio se expresaba de un modo muy particular, con un entusiasmo casi infantil, poco frecuente en personas de su edad.

*La casa escuela de El Acebuchal*

Según pudimos saber, el abuelo de Aurelio era analfabeto y por ello su mayor deseo era que los suyos pudiesen aprender "por lo menos a leer, a escribir y a hacer las cuentas", según sus propias palabras. Así que un buen día se fue al vecino pueblo de Cómpeta, término municipal al que pertenece El Acebuchal, y pidió audiencia con el alcalde para hacerle una firme propuesta: "Alcalde, si usted nos manda una maestra para nuestros niños, yo me comprometo a construir una escuela y una vivienda para ella". En cuanto obtuvo los permisos necesarios se puso manos a la obra y no paró hasta que, dos años más tarde, terminó aquella casita de dos plantas con una escalera exterior –la planta superior para las clases, y la inferior para el uso particular de la maestra–. Tuvieron que pasar otros dos años hasta que por fin, en 1917, llegó a El Acebuchal la primera maestra rural en la historia de esa aldea. La llamaban doña Emilia, y trabajó allí hasta 1920, año en que la sustituyó doña Dolores. La nueva educadora enseñó a los niños acebuchareños desde 1920 hasta 1923, y por último llegó doña Ana, que impartió sus clases desde 1923 a 1927, año en que la pequeña y efímera escuela, por distintas circunstancias, cerró definitivamente su única aula.

Aurelio nació en esa misma casa muchos años después, en 1946. En aquella época El Acebuchal seguía siendo una aldea sencilla cuyos vecinos vivían principalmente del cultivo de sus tierras, de las cabras y del aprovechamiento de los recursos que les ofrecía vivir al pie de la sierra de la Almijara: caza para alimentarse cuando la comida faltaba en las casas, madera para hacer leña y carbón, piedras para fabricar la cal, plantas aromáticas de las que extraer esencias y aceites, esparto con el que confeccionar utensilios…; además, cuando llegaba la temporada, los hombres jóvenes y fuertes marchaban a Nerja para cortar la caña de azúcar, un trabajo duro pero bastante lucrativo. El Acebuchal quedaba entonces vacío de hombres, mientras en las casas los esperaban pacientemente las mujeres, los abuelos y los niños.

Pero, inevitablemente, llegaron malos tiempos. Tras la Guerra Civil española aquella zona, al igual que toda la comarca que rodea las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, quedó sumida en el horror que supusieron los enfrentamientos entre la resistencia maqui o guerrilla antifranquista y las fuerzas del orden de la época, representadas por la Guardia Civil. La aldea de El Acebuchal quedó literalmente –como escribiría años más tarde el periodista británico

David Baird, afincado en Frigiliana– entre dos fuegos: los que cruzaban los guerrilleros o gente de la sierra que se ocultaba en esas montañas, y los miembros de la Benemérita. Tan difícil llegó a ser la situación que en agosto de 1948 se ordenó a la población de El Acebuchal, acusada de prestar apoyo a los rebeldes –entre los que, efectivamente, se encontraban varios vecinos del lugar– que abandonase el lugar hasta que cesaran los combates. Todos los habitantes de la aldea tuvieron que dejar sus casas en pocas horas; sólo se les permitió el tiempo justo de recoger sus animales y los enseres más imprescindibles. Forzados a obedecer y presos de la desolación se marcharon camino de Frigiliana, Cómpeta y otros lugares cercanos, donde familiares y amigos les dieron cobijo para lo que pensaban sería una corta temporada.

*Una calle de El Acebuchal*

La familia de Aurelio –entonces un niño de apenas dos años– también se marchó y se estableció en Cómpeta hasta que los últimos guerrilleros perecieron o escaparon, en el año 1952. A partir de 1953 algunos acebuchareños fueron regresando paulatinamente a sus hogares para retomar sus vidas en el punto en el que las habían dejado cinco años atrás. Arreglaron sus viviendas, recuperaron sus tierras e intentaron seguir adelante, pero la pobreza aumentaba sin remedio en el ámbito rural y la población se vio obligada a emigrar. Cuando Aurelio cumplió los 18 años también decidió buscarse la vida fuera de El Acebuchal; realizó el servicio militar entre Almería y Málaga, donde aprendió a leer y a escribir, y a su debido tiempo se casó con una muchacha de Frigiliana, su Rosario, que "era una pimienta, de zalamera y bonita", como él mismo decía. En el año 1964 su familia abandonó definitivamente El Acebuchal; ellos fueron de las últimas familias que se marcharon.

Durante los años siguientes y hasta mucho tiempo después, el lugar quedó convertido casi en un pueblo fantasma, cada vez más derruido pero nunca olvidado, hasta que algunos descendientes de los antiguos vecinos se animaron comenzar el lento proceso de restauración de aquel rincón tan querido para ellos. Los pioneros en esta aventura fueron Virtudes Sánchez y su entonces marido, Antonio García "el Zumbo" que, basándose en fotografías antiguas y en los recuerdos de sus familiares y conocidos, fueron reconstruyendo poco a poco algunas casas, hasta que finalmente otros vecinos se animaron también y volvieron los ojos a su antiguo lugar. El Acebuchal comenzó poco a poco a emerger de sus ruinas, y con paciencia y mucho trabajo por parte de todos las antiguas calles y placetillas, las casas y hasta la nueva capilla fueron recuperando no ya el aspecto que antes tuvieron, sino otro bastante mejor, renovado y

embellecido, como debe ser un lugar de ocio y descanso: justo en lo que se ha convertido ahora ese paraje.

Aurelio y su familia también se pusieron manos a la obra y, desde el verano de 2005, la antigua casa escuela vuelve a estar abierta y en uso, sólo que, al igual que muchas otras de las construcciones de El Acebuchal, ya no es la vivienda usual de la familia. Ahora se dedica al alquiler para quienes buscan relajarse y desconectar en una zona tan pintoresca y bien situada como es aquella –al pie de la montaña y a un paso del mar–, frecuentada hoy no sólo por los descendientes de los acebuchareños sino también por turistas de todas partes y por multitud de visitantes enamorados de aquellos senderos.

Parece que fue ayer, pero hace ya años que conocemos a Aurelio y a su mujer, Rosario. Tan dispuesto, risueño y servicial, acompañándonos siempre que puede y ayudando en las investigaciones, no sólo sobre los antiguos caminos almijareños sino también sobre los nombres de los primitivos cortijos y lugares de interés que están a punto de ser arrinconados por el paso del tiempo, así como sobre las gentes que habitaron esos sitios y los hechos que acontecieron allí. Aurelio y su empeño por conservar todo lo antiguo "para que no se pierda", como él dice; que creó el "Museo del Obispo" en uno de sus terrenos de Frigiliana, donde va atesorando desde hace años todo tipo de objetos: desde sencillas colecciones de vasos y loza hasta valiosas fotografías antiguas; desde sombreros y vetustos aperos de labranza hasta interesantes documentos originales sobre la historia de Frigiliana, todo ello rescatado de los lugares más variopintos y hasta insospechados. Aurelio y esa generosidad suya que lo mueve incluso a mantener, en el lugar donde murió por accidente de caza un cazador local, pariente lejano suyo, hace casi un siglo –la conocida Cruz de Simón–, el murete y la cruz perfectamente blanqueados y repintados, con una fotografía plastificada del finado, para que su memoria no quede sin cara y sin nombre ante quienes pasan por ese lugar.

*Aurelio en la Cruz de Simón. Suele decir que cuando él no esté, nadie cuidará del mantenimiento de esa cruz y esta terminará desapareciendo*

Amigo Aurelio, gracias por contagiarnos tu entusiasmo de niño y tu afán por impedir que algunas cosas caigan en el abandono y la indiferencia. Y gracias por haber compartido con quienes te lo han solicitado tantas historias, curiosidades e incluso alguno de los muchos secretos –¿cuántos más quedarán aún por revelar?– que atesora nuestra querida, para ti igual que para nosotros, sierra de la Almijara.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 25 de julio de 2015*

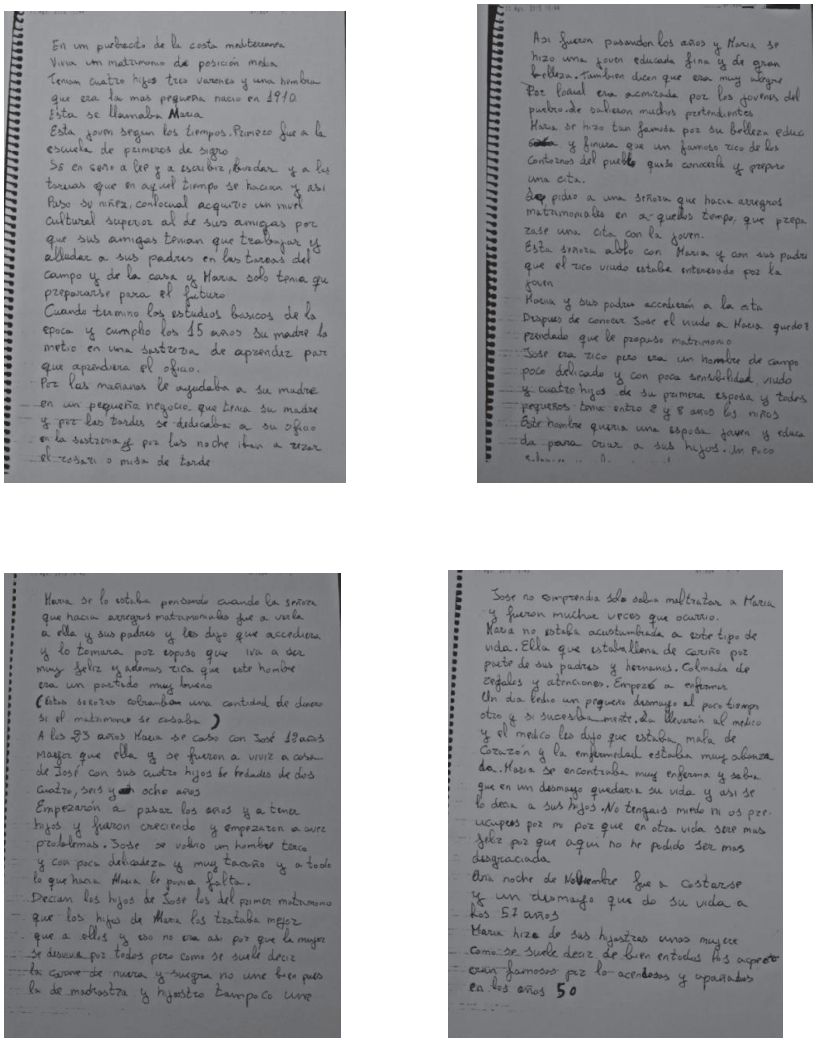
# Rafaela, la de Algarrobo

*La aventura de vida de una mujer que nació muy cerca del mar y terminó sus días al otro lado de las montañas, en las soledades de Sierra Almijara.*

*Vista de la Axarquía malagueña, al fondo Sierra Tejeda*

A veces las cosas llegan sin buscarlas, como la inspiración a un buen compositor. Eso es lo que ocurrió con este relato; hace unos días, alguien –que prefiere no darse a conocer– quiso comunicarme que conocía una historia digna de ser publicada. Al poco me envió por correo cuatro folios manuscritos en los que resumía, con sus propias palabras, la vida de una sacrificada esposa y madre nacida hace más de un siglo, que pasó muchos años en un cortijo perdido de la sierra de la Almijara. Ante todo, mi informador quería preservar la verdadera identidad de los protagonistas de esta historia, por eso en los papeles que me remitió los citaba con nombres ficticios: a ella la llama María y a su marido José. Al revisar esas páginas escritas a mano reparé en el afecto que esta persona debió sentir por la protagonista del relato, pues está salpicado de expresiones que así lo evidencian. Tras la lectura de la narración y una conversación posterior en la que completé la información que necesitaba, he intentado reconstruir la vida de esta mujer –finalmente acordamos que ella merece ser llamada por su nombre real, que no es María, por supuesto. Se llamaba Rafaela–.

Rafaela era una muchacha feliz y llena de proyectos que nació a principios del siglo XX en Algarrobo, "un pueblecito de la costa malagueña", como indica el escrito original. Pero antes de continuar, situémonos un poco en el contexto de aquella época.



En un pueblecito de la costa mediterranea
Vivia un matrimonio de posicion media
Tenian cuatro hijos tres varones y una hembra
que era la mas pequeña nacio en 1910
Esta se llamaba Maria
Esta joven segun los tiempos. Primero fue a la
escuela de primeros de siglo
Se en cano a leer y a escribir, bordar y a las
tareas que en aquel tiempo se hacian y asi
Pasa su niñez, con el cual adquirio un nivel
cultural superior al de sus amigas por
que sus amigas tenian que trabajar y
ayudar a sus padres en las tareas del
campo y de la casa y Maria solo tenia que
prepararse para el futuro
Cuando termino los estudios basicos de la
epoca y cumplio los 15 años su madre la
metio en una sastreria de aprendiz para
que aprendiera el oficio.
Por las mañanas le ayudaba a su madre
en un pequeño negocio que tenia su madre
y por las tardes se dedicaba a su oficio
en la sastreria y por las noche iban a rezar
el rosario o misa de tarde

Asi fueron pasando los años y Maria se
hizo una joven educada fina y de gran
belleza. Tambien dicen que era muy lista
Por ello era acosada por los jovenes del
pueblo de ahi eran muchos pretendientes
Maria se hizo tan famosa por su belleza educa
cion y finura que un famoso rico de los
Contornos del pueblo quiso conocerla y preparo
una cita.
Se pidio a una señora que hacia arreglos
matrimoniales en aquellos tiempo, que prepa
rase una cita con la joven.
Esta señora hablo con Maria y con sus padres
que el rico viudo estaba interesado por la
joven
Maria y sus padres accederon a la cita
Despues de conocer Jose el viudo a Maria quedo
prendado que le propuso matrimonio
Jose era rico pero era un hombre de campo
poco delicado y con poca sensibilidad, viudo
y cuatro hijos de su primera esposa y todos
pequeños tenia entre 2 y 8 años los niños
Este hombre queria una esposa joven y educa
da para criar a sus hijos. Un poco
[illegible]

Maria se lo estaba pensando cuando la señora
que hacia arreglos matrimoniales fue a verla
a ella y sus padres y les dijo que accediera
y lo tomara por esposo que iba a ser
muy feliz y ademas rica que este hombre
era un partido muy bueno
(Estas señoras cobraban una cantidad de dinero
si el matrimonio se casaba)
A los 33 años Maria se caso con José 13 años
mayor que ella y se fueron a vivir a casa
de José con sus cuatro hijos de tiernas de dos
cuatro, seis y ocho años
Empezaron a pasar los años y a tener
hijos y fueron creciendo y empezaron a aure
problemas. Jose se volvio un hombre tosco
y con poca delicadeza y muy tacaño y a todo
lo que hacia Maria le ponia falta.
Decian los hijos de Jose los del primer matrimonio
que los hijos de Maria les trataba mejor
que a ellos y eso no era asi por que la mujer
se desvela por todos pero como se suele decir
la suegra de nuera y suegra no une bien pues
la de madrastra y hijastro tampoco une

Jose no comprendia solo sabia maltratar a Maria
y fueron muchas veces que ocurrio.
Maria no estaba acostumbrada a este tipo de
vida. Ella que estaba llena de cariño por
parte de sus padres y hermanos. Colmada de
regalos y atenciones. Empezó a enfermar
Un dia tuvo un pequeño desmayo al poco tiempo
otro y si sucesivamente. Da llevaron al medico
y el medico les dijo que estaba mala de
Corazon y la enfermedad estaba muy abanza
da. Maria se encontraba muy enferma y sabia
que en un desmayo quedaria su vida y asi se
lo decia a sus hijos. No tengais miedo no os pre-
ocupeis por mi por que en otra vida sere mas
feliz por que aqui no he podido ser mas
desgraciada
Una noche de Noviembre fue a costarse
y un desmayo que da su vida a
los 57 años
Maria hizo de sus hijastras unas mujeres
como se suele decir de bien estudias y aspecto
eran famosas por lo acendosas y apañadas
en los años 50

*Manuscrito original con la historia de Rafaela*

Corría el año 1910. Ha pasado más de un siglo, que tampoco es demasiado, pero desde luego, sí que eran otros tiempos. Por aquel entonces reinaba en España Alfonso XIII y la situación en el país era inestable: la democracia de aquella época no conseguía impedir los continuos desórdenes por causas políticas. Por ende, la diferencia entre clases sociales era muy marcada y esa desigualdad generaba cada vez más tensión en la sociedad. En los salones aún se estilaban para las señoras las faldas largas hasta los tobillos, los corsés bien apretados y los sombreros de plumas, cuanto más pomposos mejor. Los caballeros seguían llevando tiesas levitas, chaqués con pajarita, cuellos almidonados… pero eso, claro está, era la moda de las clases pudientes de las ciudades. En el mundo rural, y más en nuestra sufrida Andalucía, las circunstancias eran bien distintas para la mayoría; como si habitasen en un universo paralelo, la mera existencia suponía para casi todos una lucha continua por salir delante de la mejor forma posible, y sin perder demasiado por el camino.

*Algarrobo a principios del siglo XX, foto de Axarquía Viva*

Nuestra heroína, pues no nos cabe duda de que lo fue, nació en el seno de una familia de clase media rural –no eran ricos, pero tampoco les faltaba de nada– si tenemos en cuenta la época y el lugar. Rafaela era la hija menor y la preferida de un viudo que se había casado en segundas nupcias, y que ya tenía un hijo de su primer matrimonio. De aquella nueva unión le nacieron tres hijos más: dos niños y una niña, ella, la menor, con lo que toda la familia miraba mucho por la niña. Los cuatro hermanos se llevaban bien, y en concreto el mayor de todos –que, en sentido estricto, era su hermanastro– tenía verdadera pasión por su hermanilla.

Desde pequeña Rafaela se acostumbró a vivir arropada por el cariño y protección de sus padres y hermanos; por lo demás, tuvo la oportunidad ir al colegio hasta los quince años, cosa inusual en aquella época y más aún para una niña. Era despierta y aplicada; aprendió a leer, escribir y todo lo que se enseñaba en la época a los futuros hombres y mujeres de provecho: cultura general y algo de gramática, cálculo, historia y geografía, caligrafía e historia sagrada. También aprendió a dibujar, coser y bordar. La muchacha siempre fue consciente de su buena suerte, pues mientras ella se formaba para un futuro mejor, veía cómo casi todas sus amigas no tenían más remedio que ayudar a sus padres en las tareas de la casa o en el campo. Cuando Rafaela alcanzó la edad de merecer sus padres, unos verdaderos adelantados a su tiempo, decidieron que debía aprender un oficio que le permitiese en el futuro ganar su dinero y ser independiente, si así lo deseaba. Así que la chica entró como aprendiz en la sastrería del pueblo, pues todos pensaron que ser sastra –y coser para hombres y mujeres– era mejor que ser sólo modista.

Pasaron unos años y Rafaela se convirtió en una muchacha buena, alegre y guapetona –era alta y morena, de tez blanca y con "unos colores que parecían la hoja de la rosa"–. En su pueblo decían que ella lo reunía todo: belleza, una buena profesión y un nivel cultural evidentemente superior al de casi todas las muchachas de su edad. Estas circunstancias le brindaron la admiración de muchos mozos de su pueblo y alrededores, pero aunque tuvo bastantes pretendientes, a ninguno quiso Rafaela como novio. Es posible que estuviese

esperando encontrar a alguien diferente; alguien más parecido a ella misma que los chicos que ya conocía. Sí; Rafaela era plenamente consciente de su fortuna.

Entonces, como sucede en los cuentos, su nombre llegó a oídos de un acomodado viudo que vivía más allá de las montañas en cuyas faldas se asienta Algarrobo; aquellas cumbres desconocidas que ella había considerado siempre tan lejanas. Se trataba de un próspero hombre de campo que había perdido a su primera esposa y necesitaba una mujer fuerte y capaz que se encargase de su casa y de sus cuatro hijos huérfanos. La madre de este hombre había encargado a una casamentera que buscase a su hijo una novia apañada, pero al oír hablar de Rafaela, el viudo quiso conocerla cuanto antes. El oficio de casamentera era muy común en otros tiempos; generalmente se trataba de una mujer mayor, seria y discreta, que ejercía de intermediaria en la petición de matrimonio de un hombre a una mujer cuando las circunstancias del caballero –cortedad, lejanía u otras– le impedían buscar esposa por sí mismo. La casamentera se entrevistaba con el demandante, que le exponía sus preferencias y necesidades, y ella se encargaba de localizar candidatas para ese matrimonio. Luego hablaba con la mujer elegida y su familia, elogiando las cualidades económicas y personales del pretendiente. Por último se concertaba una cita entre ambos y se esperaba el resultado. Si el asunto terminaba en boda la casamentera recibía una buena cantidad de dinero, y si no, se la compensaba con una propina.

Así ocurrió en el caso de nuestra protagonista. Se organizó una cita en casa de sus padres en la que todos se conocieron; en cuanto el viudo vio a Rafaela y habló con ella quedó rápidamente convencido de que era lo que estaba buscando, y enseguida le propuso matrimonio. Aunque en un principio Rafaela era reticente a tal arreglo, terminó accediendo a la propuesta: su propia madre se había casado con un viudo y era feliz; su hermanastro había resultado un cariñoso hermano mayor para todos. ¿Por qué este matrimonio suyo no iba a salir bien…? Además de bien plantado, su pretendiente era un hombre rico, con lo que su bienestar económico estaría garantizado, y ella además tenía su profesión, que podría ejercer cuando quisiera. Tras considerar pros y contras, Rafaela dijo sí.

*"…Sube, caballero / sube para arriba / si quieres amores / con esta mujercita. / Una mujercita / que sea de tu tiempo, / después si os conviene / habláis de casamiento..."*

Se casaron en Algarrobo al poco tiempo –ella tenía veintitrés años; él treinta y cinco– y apenas Rafaela se quitó el traje de novia tuvo que despedirse de su familia, pues el marido se la llevó inmediatamente a su nuevo hogar. La muchacha dejó atrás su cómoda vida en el pueblo y se trasladó a un gran cortijo en la sierra de la Almijara; era ciertamente una buena finca, con abundantes tierras y ganado, en la que vivían varias familias de trabajadores además de la suya. Pero allí, ay, se encontró con un panorama bien distinto al que ella había imaginado. Su nueva casa era grande y, al no tener una mujer que la llevase, estaba totalmente descuidada; los hijos de su marido eran cuatro chiquillos asilvestrados de entre dos y ocho años, que estaban acostumbrados a vivir sin la atención de una madre; aquella era una vida aislada entre montañas, sin más vecinos que los trabajadores de la finca; todo era un ambiente radicalmente opuesto a lo que ella había conocido hasta entonces. Incluso debía afrontar tareas que nunca había realizado antes, como amasar pan, hacer queso, cuidar los animales… pero ella, animosa, decidió encarar con alegría su nueva vida. Aprendió a manejarse en aquella

trabajosa vivienda y a meter en cintura poco a poco a aquellas cuatro criaturas que, como animalillos del campo, al principio no se dejaban domesticar; aprendió a hacer lo que no sabía y a lo más duro de todo: pasar sin el cariño y la cercanía de los suyos.

Pero con el paso de los meses se fue revelando el verdadero carácter de su marido. Era un hombre rico pero tacaño, y tenía un talante serio, terco y autoritario; igualmente parecía que era incapaz de sentir cariño por nadie, incluidos sus propios hijos y su nueva mujer. Al poco tiempo, a los ojos de aquel hombre ya no había nada que Rafaela hiciese bien, y de las malas palabras pasó pronto a las acciones, maltratándola no sólo psicológica sino también físicamente. Las palizas delante de los niños eran frecuentes, y se prolongaron hasta que éstos se hicieron algo mayores y pudieron evitar, interponiéndose entre ella y su padre, que Rafaela recibiese más golpes. Cuando finalmente fueron llegando sus propios hijos –Rafaela tuvo cuatro varones y una hembra, que junto a los de su marido sumaban nueve– todo se complicó más, pues los hijos del primer y segundo matrimonio también tuvieron roces mientras fueron niños, por cuestiones comunes de celos entre hermanos. La vida se volvió ardua y triste para la pobre Rafaela, que se pasaba los días sobreponiéndose al maltrato de su marido y al exceso de trabajo por todas partes.

*Rafaela con la menor de sus hijas en brazos (esta con la cara borrosa porque se estaba moviendo en ese momento)*

Pero lo peor estaba por llegar. Cuando terminó la guerra civil llegó a todos los rincones de aquellas montañas la complicación de la guerrilla antifranquista, dificultando aún más la vida, ya de por sí rigurosa, de los habitantes de las sierras Tejeda, Almijara y Alhama. El cortijo de Rafaela se convirtió temporalmente –como otros muchos lugares– en la sede de un

destacamento de la Guardia Civil, circunstancia que alteró por completo la vida de la familia. Alguien debía cocinar para aquellos militares y mantener limpias sus dependencias, y como Rafaela ya tenía demasiados quehaceres, su marido no tuvo ningún reparo en emplear para esos menesteres a una amante suya a la que llegó a alojar en su propia casa, junto a su mujer y sus hijos. Rafaela tuvo que amagar ante aquella nueva humillación y soportar que aquella extraña comiese en su mesa y durmiese con sus hijas. Pero del mismo modo intentó superar aquella situación: sin respiro, durante todo el día, dedicaba su tiempo a trabajar y trabajar sin pensar en nada más, preocupada únicamente por cumplir con sus obligaciones. Las faenas cotidianas eran, en el fondo, su vía de escape.

A pesar de la vida que llevaba, el buen carácter de Rafaela no cambió. Era compasiva y generosa por naturaleza, y no dudaba en ayudar a quienes veía en peor situación que la suya llevándoles comida o consuelo si lo necesitaban. Incluso llegó a colaborar con algunos arrieros pobres que, durante las hambrunas de la posguerra, comerciaban de estraperlo para llevar algo más de pan a sus hijos. Cuando pasaban cerca de su casa, ella cooperaba poniendo bien a la vista una sábana blanca en una de las tapias del cortijo, que advertía a quienes llevaban alguna mercancía de contrabando de que había guardias civiles vigilando cerca. Por las noches Rafaela se metía en la cama exhausta, pero eso la ayudaba a dormir. Y cuando no podía dormir, se consolaba recordando su casa, sus padres y hermanos, sus amigas de niña y su pueblo, que aunque no estaba muy lejos, a ella se le antojaba el otro lado del mundo.

Rafaela continuó bregando con todo a la vez durante años, hasta que el agotamiento físico y la falta de alegrías empezaron a pasarle factura. Como una flor arrancada de su jardín y trasplantada sin miramientos, su cuerpo y su mente finalmente claudicaron y enfermó del corazón con sólo cuarenta años; a partir de entonces su vida fue una sucesión de mejorías y recaídas que la debilitaron con rapidez. Ella imaginaba que se acercaba su final y así lo comentó a sus hijos –los propios y los de su marido, pues para la buena mujer eran todos iguales– preparándolos para cuando ese momento llegase. Tras varias crisis cardíacas, la valiente Rafaela se apagó como una lamparilla una noche de noviembre, justo cuando se iba a dormir; acababa de cumplir cincuenta y siete años. Pero se fue conforme y en paz, en su cama, dando la mano a su hija menor y con la tranquilidad de quien sabe que ha procurado hacer siempre lo que debe.

Y era así. Rafaela fue capaz de transformar aquel cortijo descuidado en una casa perfectamente organizada, y de convertir los cuatro zagalillos desatendidos en hombres de provecho y mujeres hábiles y competentes, igual que hizo con sus propios hijos. El recuerdo de Rafaela sigue vivo en sus descendientes y en quienes la conocieron; prueba de ello es esta historia, que querría ser un sencillo homenaje a ella y a todas las mujeres anónimas que se dejaron literalmente el pellejo sacando adelante a sus familias, olvidadas de sí mismas y de todo lo que no fuesen sus obligaciones.

**Post Scriptum**

Visité Algarrobo por conocer el lugar e imbuirme de su ambiente, antes de escribir sobre Rafaela. Me encontré con un pueblecito blanco de calles tranquilas y pulcros jardines en maceta, que vive a caballo entre verdes huertos de árboles frutales y la arena de la costa mediterránea. Pregunté por Rafaela y su familia a algunas personas mayores, pero recordaban

poca cosa de ellos: han pasado demasiados años. Di un paseo por la parte más antigua del pueblo, imaginando en cuál de aquellas casitas habría nacido ella. ¿Seguiría acaso en pie? Pasé junto a una construcción centenaria, bien conservada y con las ventanas llenas de macetas; en un impulso alargué la mano y corté una ramita de uno de los tiestos que tenía más cerca. A mi vuelta trasplanté ese esqueje, y ahí continúa; ha arraigado bien. Cada vez que lo riego me acuerdo de Rafaela… espero que con el tiempo se convierta en una planta firme y vigorosa, igual que lo fue ella.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, José Luís Hidalgo*

*Publicado el 29 de agosto de 2015*

# José, el esenciero

*Ciertos oficios tradicionales, perdidos casi en todas partes, continúan vivos gracias al interés de algunas personas, como José Morales.*

Lo único permanente en la Naturaleza es el cambio, decían los antiguos griegos. Esta variación perpetua se hace especialmente evidente con las estaciones del año, que se van sucediendo, en un círculo sin fin, una tras otra, por todas partes. Cada una tiene sus peculiaridades, pero en Tejeda, Almijara y Alhama es especialmente llamativa la llegada de la primavera: esas semanas entre marzo y mayo en las que las montañas, merced al buen tiempo –ni demasiado frío, ni calor abrasador– se convierten en un bucólico jardín silvestre. Cuando quedan olvidados los días invernales en los que el frío y el viento, cortantes como cuchillos, se aferran a las cumbres con dedos de acero, acumulando escarcha en las cañadas y obligando a los animales a acurrucarse en cuevas y resguardos de piedra seca. Casi de la noche a la mañana el veleidoso clima almijareño se suaviza, el sol comienza a calentar, las ventiscas heladas van dejando paso a brisas más suaves y toda la sierra adquiere una tonalidad verde tierno: es la que visten las plantas cuando empiezan a despertar de su largo reposo invernal. Las tardes entonces se llenan de sol dorado, crece alta la hierba y por fin llega la época de floración a todas las especies vegetales, desde las copas de los grandes pinos resineros hasta las diminutas matillas que crecen, casi invisibles, a la orilla de las veredas.

*En el paraje de la Cueva de la Umbría abundan las plantas aromáticas*

La primavera almijareña nos ofrece uno de los aspectos más atractivos de estas sierras: la época de floración de las plantas aromáticas, que por su especial abundancia y variedad transforman el paisaje por completo, saturando de colores y aroma a puro campo cada sendero, barranco, ribera y cumbre. La Naturaleza aprovecha al máximo esa estación de bonanza antes de que retorne el tórrido verano andaluz con sus cielos intensamente azules, sin una nube, pregonando calor y agostando todo a su paso. El Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, gracias a su orientación y proximidad a la costa, a su pluviosidad, a las características de su suelo y a los acusados contrastes entre sus vertientes norte y sur, es un macizo extraordinariamente rico en plantas aromáticas y medicinales. En otros tiempos fue

éste un recurso muy bien aprovechado por los habitantes de las comarcas circundantes; por ello había calderas y alambiques para la extracción de los aceites esenciales convenientemente situados en las zonas donde la abundancia de aromáticas era mayor. Estas plantas crecen espontáneamente por casi todos los rincones de la sierra formando un espeso sotobosque, desde los pisos más bajos –donde crean frondosos macizos verdes– hasta las cumbres más elevadas, allí donde aparentemente sólo hay roca, pero en cuyos intersticios algunas especies, aunque mermadas de tamaño, encuentran un lugar para vivir. Todas tienen en común el producir unas flores pequeñas y discretas, de suaves colores blanquecinos, amarillos o azulados, pero esto tiene su explicación lógica. En el mundo de las plantas se suele renunciar a la belleza en aras de la practicidad; las flores más coloridas y espectaculares son a menudo también las menos perfumadas. Por eso muchas rosas son prácticamente inodoras, mientras que la sencilla violeta ofrece uno de los perfumes más delicados del reino vegetal.

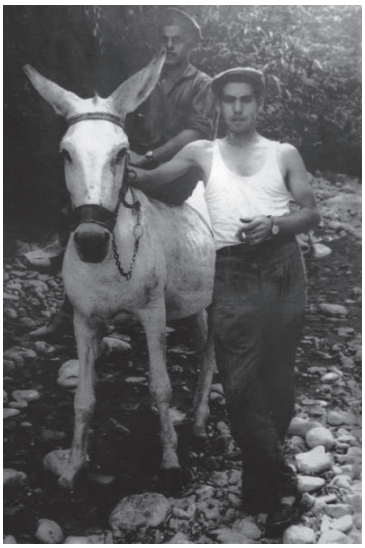
El perfume se origina a partir de la clorofila de la planta que, según la especie, se modifica para crear o bien aromas, o bien colores llamativos. En la mayoría de las plantas aromáticas y medicinales las flores son tan insignificantes que apenas se ven, pero basta un leve roce para que inmediatamente nos envuelva una nube invisible de suave fragancia que nos descubre la presencia de una mata de tomillo o mejorana que ha quedado bajo la suela de nuestro zapato.

Las industrias cosmética y farmacéutica son en la actualidad las principales vías de aprovechamiento de este recurso, pero durante siglos la extracción de los aceites y esencias de las plantas con propiedades medicinales supuso un medio de vida para muchas familias. Considerados "la botica de Dios", eran antiguamente el único remedio conocido para curarse o mejorar los síntomas de ciertas enfermedades; hoy en día este oficio tradicional, a nivel no industrial, ha quedado relegado –como tantos otros que se van quedando por el camino– a formar parte de actividades lúdicas como demostraciones en colegios, asociaciones, talleres y aulas de naturaleza. Afortunadamente estas plantas sencillas, de enrevesados nombres latinos, todavía consiguen atraer la atención de personas como José, de Jayena, que empezó a interesarse por ellas hace años. Tras muchas horas de lectura e investigación autodidacta, ha llegado a conocer bien todo lo que hay que saber sobre estas especies vegetales: su aspecto, localización, cultivo, usos y propiedades y, por supuesto, sus nombres de toda la vida, tan eufónicos que sólo con pronunciarlos ya parece que huelen bien: romero, espliego, alhucema o lavanda, salvia, mejorana, tomillo, cantueso, jara, zahareña…

*José Morales, el esenciero*

José Morales Aguado es un enamorado de su pueblo y de las montañas que lo rodean, cuyos senderos y recovecos conoce tan bien como su propia casa. Este hombre de setenta y un años, amable, sencillo, de mirada serena y hablar pausado, nació y creció en Jayena, donde aprendió que la vida hay que ganársela desde que uno puede medio valerse, pues comenzó a trabajar en el campo siendo un niño –como tantas personas de su generación–, cuando cumplió los seis años. Se crió yendo y viniendo al Cortijo del Pincho junto a su padre, que por aquel tiempo era gañán en esa finca. A lo largo de su vida José ha desempeñado todo tipo de tareas, trabajando durante años en oficios tan dispares como pastor, labrador, maestro de boquilla, molinero, fontanero, albañil, portero e incluso arriero durante el tiempo que transportaba plantas aromáticas con la ayuda de su leal burrillo blanco, al que puso de nombre Bonoso.

José evoca ese tiempo con especial agrado. Se le nota cuando habla de aquellos lejanos días en los que pasaba las jornadas enteras en el monte con Bonoso del ronzal, caminando tras él, cargado hasta los topes de salvia y lavanda –que eran las plantas que más abundaban en esa zona– hasta la caldera que había entonces en las casas de la Monticana. La temporada de recolección abarcaba de mayo a septiembre, y durante esas semanas él y sus compañeros vivían en pleno campo, cortando y transportando plantas durante el día y durmiendo por las noches al raso, sobre los aparejos de sus bestias; compartían amigablemente entre todos lo que tuviesen para comer: el pan, el tocino, el queso y el bacalao; se cocinaban en el fuego sus "papas fritas", sus "guisaíllos" o sus migas, y charlaban, cuando había ocasión, con algunos miembros de las doce familias que vivían en las casas que la Unión Resinera tenía –y que allí continúan hoy, en ruinas– para albergar a sus trabajadores, los esforzados resineros.



*José y su compañero equino, Bonoso*

José ha querido seguir activo incluso después de su jubilación, y esa actitud tan positiva le ha animado a dedicar su tiempo –sin ánimo de lucro, como él mismo comenta– a ser, entre otras cosas, coordinador del Centro de Interpretación de Jayena, fotógrafo aficionado, guía de campo y, por supuesto, instructor en la extracción de esencias de plantas aromáticas. Para

llevar a cabo legalmente esta actividad solicitó a la Junta de Andalucía un Permiso para la Conservación de Antiguos Oficios, que le permite cortar una cantidad preestablecida de plantas aromáticas –lógicamente protegidas por crecer dentro de los límites de un Parque Natural– y así poder realizar sus talleres de extracción de esencias. Esta labor de divulgación le ha llevado, además de a su pueblo y a la vecina Resinera de Fornes, a visitar numerosos municipios.

## PROCESO DE EXTRACCIÓN DE ESENCIAS

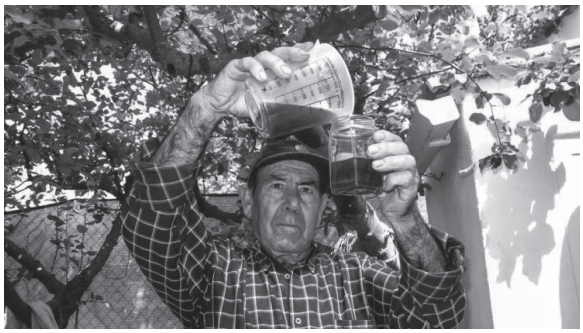
Según explica José Morales –que para esta demostración utilizó romero y un alambique de fabricación propia–, la recolección de aromáticas han de realizarse en plena temporada de crecimiento y floración, para que los aceites esenciales de la planta se hallen en su máxima concentración, tanto en las hojas como en otras partes de la planta: ramas, troncos e incluso raíces. Es conveniente escoger las que crecen en las zonas de solana –pues tienen menos agua y más aceites, a excepción de la salvia, que es una especie de umbría–. El mejor momento del día para recolectar todas las especies es por la mañana, no demasiado temprano –para que las plantas no tengan demasiada humedad– ni demasiado tarde –para que el calor del sol no seque demasiado la planta por transpiración–, y hay que ir segando con cuidado para no dañar la planta y que el año siguiente pueda volver a crecer sana y frondosa.

*Cortando tallos de romero*

Una vez recolectada la cantidad de plantas precisa, se introduce en la caldera del alambique; no se deben combinar especies distintas en la cocción, pues cada variedad vegetal tiene unas propiedades específicas en estado puro, y la mezcla de varias haría perder el valor a la esencia destilada resultante. El procedimiento es sencillo; la caldera funciona exactamente igual que una olla a presión: el fuego calienta un depósito de agua situado debajo de las plantas, y el vapor de agua generado "arrastra" los aceites esenciales que contienen las plantas sometidas a este proceso. Ese vapor, ya cargado con las esencias, es conducido hacia una espiral o serpentín donde se enfría y condensa la mezcla de vapor de agua y los aceites que ha arrastrado. A continuación se separan por decantación, quedando como resultado el aceite esencial por un lado y el hidrolato por otro –agua destilada con trazas minúsculas de aceite–. Ambos tienen usos distintos.

*Una vez llena de plantas, la caldera se cierra a presión*

*El aceite esencial y el hidrolato se disgregan por decantación*



*Por último, se recupera la esencia pura y se envasa*

*El aceite esencial de cada planta aromática se destila por separado*

Cuenta José que antiguamente funcionaban varios alambiques en la zona de Jayena: uno en las afueras del pueblo, otro en la Monticana, otro más en la junta de los ríos… pero se van quedando atrás las antiguas costumbres por el empuje de nuevas actividades económicas, más rentables y ciertamente menos laboriosas. Afortunadamente, mientras queden personas como José Morales algunos de estos oficios tradicionales, que forman parte de nuestra cultura mediterránea, no se perderán del todo. Y así es: José comenta que ahora está dando vueltas a la idea de destilar el aceite esencial de la altabaca, una hierba que crece a la orilla de los caminos y en los taludes de las carreteras. Sus flores son parecidas a diminutas margaritas amarillas, y es la última planta aromática en florecer de la temporada, antes de que la llegada del invierno paralice por completo la actividad vegetal.

Seguro que este jayenense de carácter dispuesto y trabajador conseguirá llevar a cabo ese nuevo reto, y compartirá todo lo que aprenda –como siempre ha hecho–, generosamente, con los demás.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 24 de octubre de 2015*

## Manuel, el pastorcillo ilustrado

*"Érase una vez un pastorcillo solitario que vivía arriba en la montaña, con la única compañía de sus cabras y su perra Marquesa…" Todos los cuentos empiezan con estas palabras porque tienen el poder de adentrarnos en ese mundo imaginario donde cualquier cosa puede suceder y donde es previsible un final feliz. Éste podría ser el comienzo de la historia de Manuel, que pasó media vida persiguiendo un sueño hasta que sus deseos se hicieron realidad.*

Manuel Pérez Moles, que hoy tiene ochenta años, era el segundo de tres hermanos –su hermano mayor, Antonio, y el menor, Alejandro, ya murieron–. Nació en Jayena a la vez que comenzó la convulsa Guerra Civil, como si fuese un mal presagio. Este hecho y sobre todo los acontecimientos que vinieron después lo marcaron de una forma muy especial, como a toda aquella generación. Nuestro protagonista pertenecía a una familia políticamente muy activa: su abuelo, Alejandro Pérez, fue el último alcalde republicano de Jayena, y su padre, Antonio, era presidente de la UGT de aquella zona. Pero las consecuencias de la guerra convirtieron esas circunstancias en la causa de la difícil infancia de Manuel: tras la toma de Jayena por las tropas franquistas en el año 1937, su abuelo fue asesinado en una calle del pueblo y su padre encerrado en la cárcel hasta su muerte, como tantos con ideas políticas opuestas al régimen.

Su madre, Ángela, que pasó sus últimos años de vida yendo y viniendo a Granada para visitar a su marido en prisión, terminó enfermando y murió también –aunque Manuel asegura que lo que en realidad se la llevó fue la pena–, y los tres hermanillos se quedaron huérfanos con dos, cuatro y siete años. Por suerte para ellos, un familiar se encargó de criar al más pequeño y durante un tiempo la abuela materna de los niños y un tío que vivía con ella acogieron a los dos mayores, pero esa situación duró solamente hasta que la abuela murió y su tío dejó la casa para casarse. Así que con doce y quince años respectivamente, Manuel y Antonio se vieron obligados a irse de Jayena y buscar trabajo para salir adelante por sus propios medios. Y lo encontraron en el vecino cortijo de los Prados de Lopera; ambos emprendieron entonces la aventura de convertirse en hombres lo antes posible.

*Antonio y Ángela, padres de Manuel*

La vida de Manuel se convirtió a partir de ese momento en un continuo no parar: trabajaba como pastor, guarda, labrador o lo que encartase; le pagaban ocho duros al mes más la comida, y desde el principio se propuso ahorrar todo el dinero que pudiese. La melancolía de quien ha perdido a su familia demasiado joven quedó aliviada por la abundante faena y la compañía de los demás trabajadores del cortijo, y la increíble capacidad de adaptación de los niños le permitió conformarse pronto con su nueva vida. Los dos hermanos encontraron apoyo en los habitantes de los Prados de Lopera, y también en algunos de los guardias civiles que formaban parte del destacamento allí acuartelado –como en tantos otros cortijos de la sierra– durante los crueles años de actividad de la guerrilla antifranquista. Manuel recordaría siempre con agradecimiento el cariñoso trato que le dieron aquellos militares, especialmente el cabo Benigno, el radiotelegrafista Luis y el teniente Arévalo. Todas las noches, cuando el niño terminaba su jornada de trabajo, los tres se iban turnando en sus ratos libres para enseñarle, a la luz de un candil o de un hachón de tea, a leer, a escribir y a hacer cuentas. Incluso le prestaron durante muchos meses una de aquellas enciclopedias de antes en las que "se explicaba todo la mar de bien".

*El cortijo de los Prados de Lopera, hoy restaurado*

Manuel era feliz aprendiendo letras y números; algo en su interior le decía que leer y escribir era tan importante como labrar la tierra o guardar el ganado. Durante el día, mientras las cabras careaban lentamente –comiendo y caminando a la vez– por las laderas cercanas, o cuando el sol caía a plomo en las horas centrales del día y el rebaño buscaba la sombra de los pinos para tumbarse y rumiar tranquilamente, el niño aprovechaba para repasar sus lecciones y hacer sus deberes, que sus improvisados profesores le corregirían luego, a la noche. Todo el mundo le reconocía desde lejos porque siempre llevaba encima, además de su morral o "bolsaca" con la comida, su libro, su libreta, un lápiz y una plumilla hecha con un palito y una punta metálica –"que parecía la lengua de un pájaro"–, con los que escribía. También era famoso por las manchas de su ropa, pues como el único tintero que tenía era viejo y no cerraba bien, se le solía derramar dentro de los bolsillos y siempre llevaba el pantalón manchado de tinta.

Durante los años de la guerrilla el pobre Manuel vio mucho, y malo. Los enfrentamientos entre la guardia civil y los guerrilleros o gente de la sierra eran cada vez más duros y frecuentes. Al vivir con el destacamento de la guardia civil, el niño tuvo ocasión de conocer de cerca y muy a su pesar lo que eran las contrapartidas, los combates, las escaramuzas y las estrategias por parte de uno y otro bando; vio los heridos y muertos pertenecientes a ambas facciones que eran llevados al cortijo Prados de Lopera para su identificación antes de ser enterrados; observaba con espanto, pero también con la curiosidad propia de un niño, cómo se envolvían los cadáveres en mantas antes de llevarlos a los pueblos donde se inhumaban –en el cementerio de la localidad en cuyo término municipal habían sido abatidos–. Tuvo que habituarse a escuchar tiroteos a cualquier hora del día o de la noche –recordaba a la perfección que durante el combate en Cerro Martos los disparos se oyeron el día entero desde las mismas puertas del cortijo–. Incluso pasó miedo en algunas ocasiones en que, a solas en la sierra, era consciente de que podía haber "maquis" cerca de donde él estaba. Todas aquellas experiencias, terribles para un niño de su edad, se grabaron de tal forma en su memoria que aun hoy Manuel recuerda con detalle aquellos sucesos.

Fuera de esos hechos, la vida en el monte como cabrero le gustaba, pues se entendía bien con los animales y ese trabajo le permitía vagar a sus anchas por los campos y estar a solas consigo mismo. Manuel sabía que existían trabajos más duros que el suyo, aunque había temporadas en las que la faena aumentaba cuando las cabras parían y había que cuidar de los chotos hasta que se independizaban. Pero, de la misma forma, también había otras épocas más tranquilas, en las que él contaba con algunos ratos libres en los que aprovechaba, incansable, para seguir con sus estudios leyendo, escribiendo y haciendo cuentas bajo la sombra de un árbol. Siempre en compañía de su inseparable Marquesa, la perra “mandaera" con la que se entendía hasta con la mirada, se sentía libre caminando delante o detrás de sus cabras. Solo en la montaña, aprendió a conocer la Almijara como si fuese su casa –en realidad lo era, pues no tenía otra–; predecía el tiempo con sólo mirar al cielo, exploraba los lugares menos transitados de la sierra, descubría recónditos nacimientos de agua y memorizaba el nombre de cada cerro y cada barranco; recorría todos los senderos y los cortijos diseminados por aquellas lomas y hasta reconocía los pequeños sonidos que pueblan el silencio del campo.

Le gustaban también las temporadas que tenía que pasar la noche en la sierra con el rebaño. Salvo los días en los que bajaba al cortijo o al pueblo para cambiarse de ropa y abastecerse de

comida –pan, tocino, harina para hacer migas, bacalao…–, aquel cabrerillo se pasaba las semanas enteras en la soledad de sus montañas, durmiendo en cuevas o en un pajar si lo encontraba, o sencillamente bajo las estrellas, al lado de una pequeña hoguera, en una cama que él mismo improvisaba con esparto o aulagas aplastadas. Sobre ella se estiraba con su manta –el imperturbable sueño infantil– y dormía como un lirón. *Marquesa* solía echarse a dormir en medio del rebaño, entre las cabras; su instinto le decía que eso era lo mejor. En sus ratos libres, cuando no tenía nada que estudiar, el laborioso muchacho reparaba sus hondas con pleitas de esparto, o se fabricaba un nuevo recipiente para llevar el agua vaciando una calabaza con un alambre y mucha paciencia, o preparaba con leche de cabra y harina de salvado las "pellas" o tortas con las que alimentaba a su perra cuando ésta no había tenido la oportunidad de cazar nada.

De vez en cuando, Manuel tenía ocasión de charlar con alguno de los numerosos viajeros que por aquellos tiempos atravesaban la sierra para ir de un pueblo a otro. Como aquella vez en los "pelaos" del Cortijo Almijara. Era una noche cerrada y oscura, sin luna; las cabras ya se habían acostado y él estaba sentado junto al fuego, asando tranquilamente un conejo que esa tarde había cazado Marquesa. Repentinamente la perra comenzó a ladrar, y al momento se oyeron unas voces que lo reclamaban: "¡Cabrero, cabrerooo…!". Se trataba de un arriero que viajaba con su hija adolescente desde los cortijos de Almuñécar hasta Alhama de Granada. Se acercaron al chico sentado junto a la hoguerilla y le pidieron permiso para quedarse con él esa noche, pues ya era tarde y ambos estaban cansados. Manuel asintió encantado, y juntos cenaron los tres aquel conejo asado más una generosa cantidad del exquisito pulpo frito con cebollas que los viajeros llevaban en sus alforjas –y que a Manuel le supo a gloria–. Cuando llegó la hora de dormir, el buen hombre propuso que se acostasen los tres en la camilla de esparto que el pastor tenía preparada para sí mismo, pero el muchacho, que entonces tenía unos quince años y se hacía cargo de todo, cedió gustoso su cama a los dos caminantes, agradecido por tan inesperada y agradable cena, compañía y conversación. Manuel pasó la noche contento, echado junto a la hoguera, dando cabezadas a ratitos y cuidando de que el fuego no se apagase.

Con los años aquel niño se convirtió en un mozo guapo, centrado y formal. Pero seguía estando solo. Era de carácter más bien serio y poco amigo de fiestas; cuando bajaba al pueblo prefería la compañía de los hombres mayores antes que la de los muchachos de su edad. En una de aquellas ocasiones en las que bajaba a Jayena se cruzó con Laura, una amiguilla de la infancia a la que había dejado de ver muchos años atrás, cuando se vio obligado a buscarse la vida en la sierra. Al reencontrarse con ella por pura casualidad –la chica iba paseando por el camino del molino del pan–, Manuel sintió otra vez aquel pellizco en el pecho, una antigua sensación que ya creía olvidada: acostumbrado a vivir rodando de un sitio a otro desde que podía recordar, el muchacho soñaba con tener un lugar que pudiese sentir como suyo, al que volver por las noches, donde alguien lo estuviese esperando. Desde ese día en que coincidió con Laura, Manuel no dejó de ir a verla hasta que se hicieron novios. Tras cumplir con el servicio militar y totalmente resuelto a casarse, pidió sus ahorros a un familiar que se los guardaba desde hacía años –había conseguido reunir nada menos que siete mil pesetas– y compró una casita en Jayena, además de una bestia para poder trabajar en lo que le saliese. Y cuando todo lo tuvo bien dispuesto cumplió su sueño: se casó con Laura y consiguió por fin la estabilidad que tanto había deseado.

*Manuel durante el servicio militar*

El futuro está siempre en movimiento; la vida es un continuo perder y encontrar. Manuel, el niño solitario, el pastorcillo ilustrado que estudiaba en el campo y llevaba los pantalones con manchas de tinta, se enfrentó al mundo con las únicas armas que tenía: su valentía para afrontar los cambios y su resolución a no desanimarse por mal que fuesen las cosas. Tras una larga vida de trabajo hoy vive recogido y feliz en su casa de Jayena, rodeado por toda su familia –tiene mujer, cuatro hijos, nueve nietos y una biznieta–, y lo único que echa en falta es no poder subir ya, debido a la edad, a sus queridas montañas. Una de sus nietas, además, ha cerrado el círculo que dejaron abierto su tatarabuelo Alejandro y su bisabuelo Antonio en aquellos tiempos tan difíciles, y hoy es alcaldesa de Jayena.

*Antiguo cortijo Prados de Lopera, hoy reconvertido en la granja escuela Huerto Alegre*

Esta historia bien podría comenzar con un "érase una vez", al igual que podría terminar con un "…y fueron felices para siempre". Incluso el cortijo Prados de Lopera, donde Manuel pasó su adolescencia y juventud, ha tenido su correspondiente final feliz. No se ha convertido en una ruina olvidada como otros cortijos del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, sino que fue restaurado y ahora vive una segunda oportunidad como granja escuela. Ese lugar, con tanta historia dentro y fuera de sus muros, ha sido rebautizado con el nombre de Huerto Alegre y suele estar lleno de niños, la mejor y más esperanzadora promesa de futuro.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, José Luís Hidalgo*

*Publicado el 7 de noviembre de 2015*

# "Fermín", el último guerrillero

Un acercamiento a la aventura de vida de un hombre consecuente hasta el final con su forma de pensar.

*En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las Tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado. El Generalísimo, Franco. Burgos, primero de abril de 1939.*

Con estas líneas manuscritas el día uno de abril de 1939 el General Franco dio por terminada oficialmente la Guerra Civil, después de casi tres años de lucha entre compatriotas. Una parte del país respiró tranquila –la España de los vencedores–, mientras la otra – la España de los vencidos– supo entonces que encaraba un futuro incierto. Pero aunque la nueva autoridad aseguraba que ya no habría más enfrentamientos, la realidad fue bien distinta en algunas zonas de nuestro país. El nuevo régimen instauró una rígida dictadura que fue implacable con aquellos que habían luchado a favor de la República, así como con sus familiares y simpatizantes; los que no huyeron de España tuvieron que asumir su nueva condición de "bando derrotado", con todas sus consecuencias. Ya desde el año 1937, a medida que el ejército republicano iba perdiendo posiciones, muchos de sus soldados y partidarios huyeron a las montañas en algunas zonas de España, y allí se fueron reagrupando con la esperanza de poder seguir haciendo frente, de alguna forma, a las tropas franquistas. Del mismo modo, los que escaparon de ser condenados por los Tribunales de Guerra se escondieron – incluso dentro de sus propias casas– hasta que se calmase la situación. Poco a poco, el número de huidos en las montañas fue incrementándose hasta formar grupos en algunos casos bastante numerosos. A partir del año 1944 empezaron a llegar a las sierras algunos guerrilleros bien preparados, apoyados desde el extranjero, entre otros, por el Partido Comunista, con armamento, equipos, municiones, teléfono y emisora de radio, dispuestos a reunir efectivos para enfrentarse al régimen del general Franco con la idea de derrocarlo. Estos combatientes, metódicamente instruidos en las técnicas de la guerrilla, convencieron a los hombres que se ocultaban en las sierras para ponerse bajo sus órdenes, y los reorganizaron en agrupaciones guerrilleras que durante unos años plantaron cara, y en ocasiones con bastante éxito, a las fuerzas de represión del régimen franquista, representadas principalmente por la Guardia Civil.

*Distribución de la guerrilla antifranquista en Andalucía. Archivo de José Aurelio Romero Navas*

Se trataba de grupos de estructura militar muy bien organizados en batallones, compañías y grupos, que estaban integrados principalmente por excombatientes republicanos de ideología comunista, socialista e incluso anarquista, a los que también se unieron desde monárquicos contrarios a Franco hasta simples delincuentes comunes que tenían pendiente alguna cuenta con la justicia, y aprovecharon la presencia del movimiento guerrillero para pasar desapercibidos. A partir de ese momento comenzó otra guerra, de la que apenas llegaban noticias o partes oficiales a la población; fue una contienda silenciosa y devastadora entre el maquis –término procedente del francés "maquisard" que se aplicaba a los guerrilleros que lucharon contra las tropas nazis durante la Segunda Guerra Mundial– y las fuerzas de la Guardia Civil, que obedecían a rajatabla las severas órdenes de sus mandos de acabar a toda costa con aquella rebelión.

El fenómeno de la guerrilla en España fue considerado, a partir de ese momento, desde dos puntos de vista muy opuestos. Para los partidarios del General Franco y la población afín a su régimen, se trataba de grupos organizados de delincuentes armados que merodeaban por las sierras como lobos hambrientos, pensando sólo en hacer daño robando, asaltando y secuestrando, y a los que había que aplastar sin dilación. Los llamaban bandoleros, rebeldes, fugitivos e incluso vagos y maleantes; con estas calificaciones se les privaba del estatuto de prisioneros de guerra, si eran capturados vivos. Y por el otro lado, para los contrarios a la dictadura y sus simpatizantes, estos hombres "de la sierra" eran genuinos héroes en la sombra: nada menos que los maquis o guerrilleros, valerosos patriotas leales a la República que, inmunes al desánimo, continuaban, con medios muy limitados y como buenamente podían, con aquella Guerra Civil –que, según el bando vencedor, había terminado– pasando mil penalidades lejos de sus familias, sobreviviendo en la rigurosa intemperie de las montañas.

Pero entre tan distintas apreciaciones hay un hecho innegable y en el que todos están de acuerdo: durante los atroces años que duraron los combates entre los guerrilleros y las fuerzas del régimen franquista, en las zonas que fueron escenario de estos sucesos se vivió un auténtico infierno para perseguidores y perseguidos, ambos víctimas y a la vez verdugos. Esta situación también fue muy penosa para las familias de los implicados: tantos padres y madres, esposas, hermanos e hijos, ya fuesen parientes de maquis o de guardias civiles, que tuvieron que aguantar encarcelamientos, represalias, odio y venganzas personales, además de vivir con la incertidumbre de no saber si volverían a ver a los suyos; que levantaban, desolados, la mirada hacia las montañas preguntándose en qué lugar estarían luchando a vida o muerte, quizá en ese mismo momento, agazapados en las zonas más inaccesibles de la Almijara.

*Agrupación Guerrillera Málaga-Granada, en 1948*

En las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama solía operar la "Novena Agrupación Guerrillera", también conocida como "Agrupación Guerrillera Granada-Málaga" –formada básicamente por activistas de estas provincias– o "Agrupación Guerrillera Roberto" –que era el nombre de guerra de su jefe, José Muñoz Lozano–. Desde su formación en el año 1946 hasta su disolución en 1952, este grupo fue conocido por ser uno de los más activos del país. Roberto fue un dirigente experimentado, inflexible, inteligente y también cruel, al que sus hombres admiraban y temían por igual, que consiguió reunir bajo su mando, en los mejores tiempos de su agrupación, a más de 150 combatientes. Uno de sus hombres fue nuestro protagonista, Enrique Urbano Sánchez, cuyo apodo guerrillero era Fermín.

Enrique nació el siete de julio de 1924 en Río de la Miel, un asentamiento de caseríos y cortijadas que se extiende a lo largo de un amplio barranco con el mismo nombre cerca de Maro, muy próximo al límite provincial entre Granada y Málaga. En una casita cerca del antiguo Molino de Papel, que aún existe y goza de unas extraordinarias vistas del mar al frente y de las montañas almijareñas a su espalda, pasó Enriquito –así lo llamaba su madre según el historiador José Aurelio Romero Navas– sus primeros meses de vida. El Río de la Miel es un bonito lugar con abundante agua y fértiles tierras de cultivo, que por su intrincada geografía y su cercanía a la costa se convirtió en tiempos de la posguerra en un sitio frecuentado por contrabandistas. También fue utilizado por los guerrilleros antifranquistas, que aprovecharon el incómodo acceso por mar a estos parajes para llevar a cabo algunos desembarcos de armamento y munición procedentes de África.

Enrique era el único hijo de Ignacia Sánchez Morcillo y Enrique Urbano Muñoz. Su padre, oficial del Cuerpo de Carabineros de la República, fue trasladado a Palma de Mallorca cuando el niño tenía catorce meses, y el pequeño Enriquito tuvo así la oportunidad de estudiar allí en un buen colegio, donde terminó el Bachillerato de la época con excelentes calificaciones, ya que era un chico muy inteligente y de naturaleza curiosa. Pero el comienzo de la Guerra Civil y el inmediato encarcelamiento de su padre por sus ideas políticas trastocaron su brillante futuro como estudiante de provecho. Cuando finalmente se excarceló a su padre, también se le desposeyó de su grado militar y por lo tanto de su empleo, con lo cual, el 29 de junio de 1941 la familia se vio obligada a volver a su lugar de procedencia en Río de la Miel para intentar salir adelante.

Al poco tiempo comenzó el movimiento de guerrilleros en aquella zona y la familia de Enrique, que efectivamente tenía algunos miembros huidos entre "los de la sierra", fue inmediatamente sospechosa de ofrecerles cobijo y alimento. Las continuas presiones y amenazas –incluido el maltrato físico– que sus padres y él mismo recibían por parte de la Guardia Civil para que delatasen a algunos, llegaron a hacerse insoportables. En 1947, cuando contaba veintitrés años, Enrique Urbano hijo, cansado de ver y soportar tantas vejaciones, decidió unirse a la causa guerrillera. La sufrida Ignacia, como cualquier madre, intentó impedirlo a toda costa, pero el muchacho ya estaba decidido. Para cuando deportaron a toda la familia a La Línea de la Concepción como castigo adicional, Enrique – que decidió llamarse Fermín a partir de entonces, como nombre guerrillero, por haber nacido un siete de julio– ya se había marchado a las montañas.

*Los alrededores del Cerro Lucero fueron una de las zonas más frecuentadas por los maquis*

Fermín asumió su nueva identidad y su condición de guerrillero plenamente convencido de lo que hacía, permaneciendo en la sierra desde 1947 hasta el final de la lucha, en 1952. En esos cinco años tuvo que habituarse a soportar la difícil existencia de un combatiente, viviendo a la intemperie durante todo el año y aguantando la rígida disciplina militar de su agrupación; a mantenerse en continuo movimiento, a acatar la norma general de guardar silencio ante todo lo que veía y a saber que sería ajusticiado si desertaba o delataba a algún compañero; a no conocer ni el nombre de sus enlaces, a no tener contacto con su familia ni con mujer alguna; a no beber alcohol bajo ninguna circunstancia ni fumar mientras estuviese de guardia o fuese de noche; a no dormir tranquilo ni de día ni de noche y a tener que estar listo en todo momento por si había que salir corriendo; a temblar de frío en invierno y cocerse de calor en verano, a comer comida caliente sólo en contadas ocasiones y a no desmoralizarse ante las derrotas o la muerte de sus compañeros. Pero en la sierra también aprendió mucho sobre el compañerismo y la solidaridad, no sólo en los momentos más duros sino también cuando, en sus ratos de descanso o inactividad, se enseñaban a leer y escribir unos a otros, intentaban animarse mutuamente contando chascarrillos o se leían en voz alta, para que todos pudiesen oírlos, el "Manual del Guerrillero" y los "Episodios Nacionales" de Pérez Galdós.

La Novena Agrupación Guerrillera, a la que Fermín pertenecía, no sólo actuaba en la Almijara, sino que también se trasladaba cuando era necesario a puntos de Cazorla y Sierra Nevada. Pero con el paso de los años la situación se fue volviendo cada vez más complicada para el movimiento guerrillero. La dureza de sus condiciones de vida unida a la falta de apoyos tácticos y económicos por parte del exterior, al gran número de bajas por muertes o encarcelamientos y al recrudecimiento de las medidas tomadas por la Guardia Civil y sus refuerzos provenientes de África, aumentaron las deserciones entre sus filas. El ambiente entre los mismos guerrilleros se volvió tan tenso y desconfiado que sus mandos ordenaron el ajusticiamiento inmediato de los compañeros sospechosos de huida y delación. La situación tocó fondo cuando el jefe de la agrupación, Roberto, abandonó la sierra y se marchó a Madrid, donde terminó detenido, encarcelado y delatando cobardemente a sus propios hombres. El afamado conjunto de guerrilleros que había dirigido hasta entonces quedó prácticamente desarticulado por el masivo abandono de sus miembros para entregarse a la Guardia Civil, dado el evidente fracaso de sus expectativas de derrocar al régimen franquista.

*José Muñoz Lozano, alias "Roberto"*

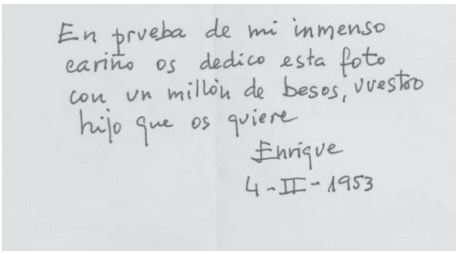
Sólo quedaron unos cuantos guerrilleros, derrotados y desanimados, escondidos en un cortijo de la Sierra de Lújar, de los cuales seis decidieron no entregarse a las autoridades e intentar escapar a Francia, en un último intento por no renunciar a su libertad. Entre aquellos hombres estaba también Fermín. Contaban con doscientas ochenta mil pesetas que habían conseguido mediante un secuestro para disponer de fondos económicos y, ante la desesperación de verse en una situación sin salida, finalmente se decidieron a emprender la arriesgada odisea de atravesar España entera a pie, con la única ayuda de un mapa escolar sacado de una enciclopedia de Grado Medio y un palito que usarían para ir calculando las distancias.

*Recorrido que siguieron los guerrilleros en su huida a Francia. Croquis de José María Azuaga*

Caminaron durante más de mil kilómetros, en un éxodo que duró cien días con sus noches: desde el seis de junio de 1952 hasta el catorce de octubre del mismo año. Su profundo conocimiento de las tácticas guerrilleras de supervivencia fue crucial para el éxito de tan larga travesía, aunque ellos mismos reconocían –al recordar su periplo años después– que también tuvieron mucha suerte. Siempre se desplazaban campo a través, buscando las zonas menos pobladas y aprovechando las horas nocturnas salvo cuando había niebla; se servían de la Osa Mayor y otras constelaciones que conocían para orientarse y, cuando estaba nublado y no podían ver las estrellas, simplemente no se movían del sitio. Solían vestir ropas oscuras, marchaban en fila india, iban en completo silencio y sin fumar para no delatar su posición,

cruzaban los ríos a nado por evitar los puentes… por fin, tras mil vicisitudes, alcanzaron la frontera con Francia con casi doscientos guardias civiles tras su pista. Pero ellos ya eran libres.

Una vez en el país vecino, se entregaron a las autoridades en la primera gendarmería que encontraron, describiendo con detalle los motivos y pormenores de su huida. Tras contrastar aquella información, el gobierno francés les concedió el estatuto de refugiados políticos, e incluso la misma policía se encargó de buscar trabajo para aquellos seis exiliados andaluces.




*Cuando llegó a Francia, Enrique envió esta foto dedicada a sus padres, para que supieran que estaba bien. Archivo de José Aurelio Romero Navas*

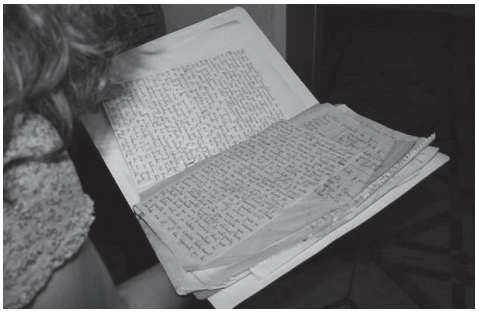
Enrique Urbano Sánchez –que ya no volvió a utilizar el nombre de Fermín– vivió tranquilo en Francia durante veinticinco años. Aunque mantuvo algunas relaciones, nunca se casó. Y si bien es cierto que consiguió establecerse y ser feliz allí, a menudo también sentía los familiares síntomas del "mal del Mediterráneo", es decir, la nostalgia de su tierra y su familia. Por eso, cuando finalmente volvió la democracia a España y con ella la amnistía del año 1977, Enrique no lo pensó dos veces y decidió regresar a casa. Después de un viaje muy distinto al que había realizado tantos años atrás, la tarde del 24 de diciembre de ese mismo año pudo volver a abrazar a sus padres, que ya estaban muy mayores. Con ellos se recogió en la vivienda familiar del Río de la Miel hasta que ambos murieron, y después de eso Enrique siguió adelante, ya en soledad y en plena decadencia física también. En sus últimos años llevó una existencia muy humilde y retirada allá en su casita, pescando en el mar, paseando con su perro y recibiendo generosa y amigablemente a todos aquellos que fueron a visitarlo con gran interés por escuchar sus historias de guerrillero de la sierra, o su extraordinaria aventura caminando a través de toda España con la Guardia Civil pegada a sus talones.

*Enrique a mediados de la década de los años noventa. Foto de José Aurelio Romero Navas*

Tenía una memoria portentosa y un extraordinario don de palabra, además de escribir muy bien. Le gustaba relatar con gran detalle sus experiencias como uno de "los de la sierra", y sus valiosos testimonios –tanto orales como escritos, pues Enrique dejó algunos apuntes de su puño y letra en viejos cuadernos y hojas sueltas, donde narraba muchas de sus vivencias e incluso revelaba su forma de pensar– han servido para documentar importantes libros de diferentes autores, numerosos artículos en periódicos y revistas e incluso algún reportaje de televisión, todos ellos relacionados con el fenómeno de la guerrilla durante la posguerra española.

Enrique falleció en el verano del año 2001. Sus restos descansan en el cementerio de Nerja junto a los de sus padres -la única familia que conoció-, frente al mar y a la sombra de su otra casa, las cumbres de la sierra de la Almijara.

Han pasado casi sesenta y cinco años desde que la guerrilla terminó, pero su recuerdo aún perdura, sobre todo en las personas que la padecieron. El movimiento guerrillero se enfrentó con decisión a una férrea dictadura, aun cuando sus posibilidades de éxito eran escasas; por su parte, el régimen de Franco llevó a cabo una durísima persecución sobre aquellos que ponían en peligro el orden establecido tras la Guerra Civil. Como en todas las guerras, unos y otros esgrimieron sus razones ideológicas para actuar como lo hicieron, y combatieron entre sí –con mayor o menor acierto– actuando conforme consideraron que era lo justo, dado el complejo momento histórico que les tocó vivir. Enrique Urbano Sánchez, alias Fermín, fue, sencillamente, uno de ellos.



*Enrique dejó valiosos testimonios escritos. Foto de José Luís Hidalgo*

Según relataba, antes de entrar en combate –incluso en los momentos más difíciles– los "de la sierra" solían entonar el "Himno Guerrillero", porque hacerlo les infundía ánimos. La letra decía así:

*"Por llanuras y montañas / guerrilleros libres van, / los mejores luchadores / del campo y de la ciudad. / Su bandera de combate / con su manto cubrirá / a los bravos paladines / que en la lucha caerán. / Ni el dolor ni la miseria /nos harán retroceder, / seguiremos adelante, / nuestra consigna es vencer. / Nuestros jefes nos ordenan / atacar para vencer, / venceremos al fascismo / sin jamás retroceder. / Venceremos al franquismo / en la batalla final, camaradas, muera Franco, / viva nuestra libertad."*

*Enrique descansa junto a sus padres, en el cementerio de Nerja*

*Fotografías de Carlos Luengo y José Luís Hidalgo*

*Publicado el 21 de noviembre de 2015*

## Thea, la forastera

*Tras recorrer medio mundo, Thea y su marido David decidieron quedarse a vivir para siempre en un pueblecito de la sierra almijareña.*

A Thea le gusta mucho su casa de Frigiliana, pero su rincón preferido es, desde luego, la terraza. Se trata de un alegre mirador sombreado con cañizo y bordeado de macetas, abierto a un hermoso paisaje de montañas, campos de cultivo, casas blancas y al fondo, no muy lejos, el mar Mediterráneo. Gracias al suave microclima de la Axarquía, durante todo el año se está bien allí. Cuando dispone de tiempo libre, Thea disfruta sentándose en uno de los sillones con un libro entre las manos –casi siempre en compañía de Shiva, el gato errante que un buen día decidió quedarse a vivir en su casa–, aunque reconoce que a menudo la distrae de su lectura la belleza del paisaje que la rodea. Entonces deja el libro sobre la mesa, se quita las gafas y deja vagar su mirada más allá del murete de ladrillo, mientras su espíritu se pierde en aquellas vistas casi infinitas.

*Shiva en el mirador favorito de Thea*

Ese panorama, aunque muy familiar para ella al cabo de tantos años, no deja nunca de sorprenderla. Como persona nacida en el norte de Europa, Thea aprecia enormemente las cálidas temperaturas, pero sobre todo le gusta la increíble calidad de la luz, blanca y brillante, que lo inunda todo al margen de la estación de año, pues en su pueblo casi siempre brilla el sol. El típico aire andaluz que se respira en Frigiliana, cuyas calles empedradas y casas encaladas con esmero representan la Andalucía más auténtica, es lo que a ella y a su marido les enamoró hace ya casi cuarenta años. Un momento… ¿casi cuarenta años? No, hace más tiempo… sí, ahora recuerda: se mudaron allí en el año 1971. Apenas sin darse cuenta, ahora ambos se sienten parte de Frigiliana, más de allí que de ningún otro lugar; el pueblo donde todos los vecinos los conocen y ellos conocen a casi todos. ¡Pues sí que ha pasado tiempo, quién lo diría…! Tanto, que ya no se imagina viviendo en otro sitio.

Theodora Wilhelmina Maria Braam y su marido, el periodista y escritor británico David Baird descubrieron Frigiliana casi por casualidad, durante unas vacaciones. Thea es, como ella dice, de origen neerlandés –es decir, originaria de los Países Bajos– y de su niñez recuerda sobre todo los llanos y verdes paisajes de su país natal, los cielos grises, el ambiente húmedo y las acogedoras casas de madera. Pero también le viene a la mente, casi sin quererlo, el recuerdo terrible de la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial, que durante cinco dolorosos años –de 1940 a 1945– sumió a sus habitantes en la desolación más absoluta. Thea rememora, como si fuese ayer, el sonido de los aviones bombarderos sobrevolando su ciudad y el paso de los camiones y las tropas invasoras marchando en perfecta formación por delante de su ventana, mientras los soldados alemanes entonaban triunfantes himnos militares. Recuerda también cómo se escondían todos donde podían, temblando de miedo y a toda prisa, allí donde eran sorprendidos cuando sonaban las alarmas antiaéreas y las bombas empezaban a caer del cielo arrasándolo todo al paso, incluso su propia casa, de la que sólo quedaron unas ruinas humeantes.

*La casa familiar, donde Thea vivía con sus padres y hermanos, quedó reducida a escombros tras el paso de los bombarderos. Archivo de David y Thea Baird*

Afortunadamente la contienda terminó y con el tiempo Europa volvió a la normalidad. Thea se hizo mayor y estudió Magisterio, pues la muchacha tenía una habilidad especial para el trato con los niños. Durante un tiempo trabajó como maestra en su ciudad, pero pronto le surgió una oportunidad de volar lejos y ella, deseosa de conocer otros lugares, decidió aceptar ese reto. En el año 1961, cuando contaba veintiséis años, dejaba su país –aún no imaginaba que

sería para siempre– para irse a trabajar como maestra a Canadá, al otro lado del mundo. Allí conoció la grandiosidad y belleza de los paisajes canadienses, la nieve y el frío de verdad, pero también el sol radiante y el cielo alto y profundamente azul; allí aprendió que las distancias podían ser muy largas –tanto como para tener que hacer treinta kilómetros en coche si quería ir a tomar un simple café– y que los paisajes no solo eran llanos y verdes como los de su tierra natal, sino también ariscos y escarpados, con montañas eternamente cubiertas de nieve. Pero sobre todo, allí fue donde, en el año 1962, Thea conoció a David.

David Baird era por aquel entonces un joven periodista británico que trabajaba para un periódico de Ottawa. Durante un tiempo los dos amigos residieron en la misma ciudad, pero el intenso afán que ambos sentían por recorrer el mundo y conocer otros lugares les llevó, en los años siguientes, a viajar por separado, dados los intereses de cada uno en aquel momento. Mientras David aprendía español en México, Thea trabajó en California; cuando David marchó a París para estudiar francés, ella decidió hacer lo mismo y allí volvieron a coincidir los dos. Al poco tiempo decidieron mudarse a Inglaterra, ya juntos y resueltos a no separarse más, y un nublado día de noviembre de 1964 se casaron.

*Thea y David solían viajar en barco largas distancias. Archivo de David y Thea Baird*

Vivieron unos meses en Manchester, pero allí no eran felices. No conseguían acostumbrarse al clima húmedo y al ambiente gris de esa ciudad, así que aprovechando que David tenía una hermana residente en Australia, tomaron un barco que los llevó, atravesando de nuevo medio mundo, a la soleada y alegre ciudad de Sidney. Allí se instalaron durante dos años, en los que disfrutaron plenamente de aquel lugar, tan distinto, tras los cuales –y puestos a seguir cambiando– se animaron a probar suerte en el Lejano Oriente. Encontraron trabajo en la antigua colonia inglesa de Hong Kong, donde permanecieron otros tres años. Fue entonces, aprovechando unas largas vacaciones de invierno, cuando decidieron viajar al sur de España y explorar un pequeño y bonito pueblo andaluz del que habían oído hablar muy bien. Thea y David tomaron el barco una vez más para dirigirse hacia el que sería su destino final, si bien ellos aún ni lo imaginaban.

El ocho de diciembre de 1966 atracaron en el puerto de Málaga y desde allí viajaron en autobús al entonces sencillo pueblecito de pescadores de Nerja. Aquel fue un amor a primera

vista, pues todo lo que vieron les enamoró al instante: la intensidad y blancura de la luz, el azul del mar, las suaves temperaturas en pleno invierno, el tipismo del lugar, la deliciosa comida, los precios asequibles y la acogedora calidez de la gente. Durante los tres meses siguientes recorrieron los alrededores de Nerja con curiosidad e interés: Granada, Tánger, Málaga, la Axarquía y otras comarcas andaluzas, y por supuesto, las playas y las estribaciones de aquel verde macizo montañoso, agreste como si fuese un Himalaya en miniatura, que era la sierra de la Almijara. Terminadas sus vacaciones tuvieron que volver a casa, pero ya había arraigado en sus corazones una idea que no tendría vuelta atrás y los cambiaría para siempre.

El matrimonio llevaba años viajando de un lado a otro, residiendo en distintos países y adaptándose a diferentes culturas y costumbres. Y aunque hasta entonces les habían gustado los cambios, de pronto sintieron la necesidad de encontrar un lugar donde establecerse definitivamente, lejos del ajetreo de las grandes ciudades; querían tener un sitio donde guardar las maletas, cerrar la puerta y dejar el mundo al otro lado. Por eso, a la vuelta de cinco años –en el año 1971– la nostalgia del Mediterráneo que ambos sentían pudo sobre todo lo demás, y volvieron a Andalucía con la intención de quedarse a vivir aquí. Como encontraron Nerja muy cambiada por el creciente turismo de la Costa del Sol, decidieron buscar su residencia en el vecino pueblecito almijareño de Frigiliana.

*Frigiliana, asentada en la ladera sur del Fuerte, en la Sierra Almijara*

No tardaron mucho en localizar una sencilla casita en el Barrio Alto que se ajustaba a sus necesidades y a su presupuesto. No se encontraba en muy buen estado; era pequeña y tenía, como casi todas las construcciones de la zona, gruesos muros encalados; apenas contaba con puertas y ventanas, y una habitación conducía directamente a la siguiente –carecía de puertas interiores, detalle que les llamó mucho la atención–. El tejado necesitaba una reparación urgente, las vigas del techo estaban carcomidas y los escalones interiores eran incómodos y peligrosamente irregulares. El "cuarto de baño" estaba situado en las antiguas cabrerizas, y consistía en un diminuto recinto en el que se había cavado un simple agujero en el suelo. La casita tenía un huerto muy descuidado en el que, entre maleza, crecían una parra y una higuera. Pero fue la panorámica del pueblo y sus alrededores desde aquel lugar lo que terminó de convencerlos. Delante de sus ojos, atónitos ante tanta belleza, descendían escalonadamente las demás casas de Frigiliana; más allá se veían los verdes campos de labor

coronados por las cumbres rocosas de la Almijara y, para completar el cuadro, el azul intenso del mar, que daba la impresión de fundirse con el cielo en todos los puntos del horizonte. Thea y David se miraron: sí, aquel lugar era exactamente el retiro que habían imaginado.

Una vez instalados en su nueva casa, ambos se incorporaron con gusto a la vida cotidiana del pueblo, como unos vecinos más. No les costó ningún trabajo adaptarse al sencillo modo de vida frigilianense, pues estaban habituados a cambiar de vivienda, cultura y ambiente. Del mismo modo los lugareños, aunque al principio no comprendían qué había llevado a aquellos dos forasteros a querer vivir entre ellos, pronto se acostumbraron también a su presencia y al interés que ambos mostraban por aprender el idioma y las costumbres de su lugar –Thea y David fueron de los primeros extranjeros en afincarse en el pueblo–. Es cierto que al principio a los dos les sorprendió que un lugar tan cercano a la cosmopolita Costa del Sol conservase tan arraigadas ciertas costumbres que a ellos les parecieron arcaicas pero, desde luego, tenían que reconocer que todo aquello formaba parte del encanto de su nuevo hogar.

*Calle típica de Frigiliana, antes de la llegada del turismo*

No imaginaban que se familiarizarían tan rápidamente con costumbres tan inusuales para ellos como despertarse por las mañanas con el sonido de los cascos de los mulos, que golpeaban contra el empedrado de la calle mientras iban camino del campo, o con los balidos de las cabras, que todos los días pasaban por delante de la puerta de su casa. Todo les resultaba interesante: los panaderos que acercaban las hogazas de pan recién hecho hasta las casas, en grandes serones que cargaban sobre sus mulillas; las vendedoras de pescado que portaban sus capachos llenos de pulpos y sardinas fresquísimas; los pastores que bajaban puntualmente de la sierra para vender leche, quesos y requesones; los labradores de los cortijos cercanos al pueblo, que bajaban con sus canastos de frutas y verduras; el afilador que acarreaba su bicicleta de hierro precedido por el inconfundible sonido de aquella flauta tan peculiar… cada cual pregonaba su mercancía en plazas y calles, convirtiendo las mañanas del pueblo en un bullicioso ajetreo de gente yendo y viniendo alegremente, que se escuchaba por todas partes.

Thea y David –al principio con la curiosidad de simples espectadores, y luego con verdadero interés y participando activamente, como sus otros vecinos– asistían a las fiestas típicas del pueblo y aprendían ritos y costumbres centenarias que hasta entonces habían sido un misterio para ellos como los cencerrazos, las matanzas, las procesiones y las romerías. En su afán por integrarse en el modo de vida de su pueblo de adopción, se esforzaron por entender y hablar el castellano con el marcado acento local de sus vecinos, y asumieron algunas de sus costumbres como nuevos horarios, nuevas recetas de cocina y nuevas tareas como cultivar su propia huerta de frutas y verduras, entre otras. Incluso heredaron el apodo de los anteriores dueños de su casa: ahora eran también conocidos como "*los de la carrería*". El día que Thea y David supieron que poseían un apodo, tuvieron la certeza de que, definitivamente, eran aceptados en la comunidad.

A menudo recibían las visitas de familiares y amigos, que llegaban desde sus países de origen y apenas comprendían el empeño de la joven pareja por vivir en un lugar tan a trasmano, lejos de costumbres más cultivadas. Al preguntarles cuándo volverían a casa, los dos daban siempre la misma respuesta: "ya estamos en casa". Y así era, porque así lo sentían. Desde entonces, y salvo un paréntesis de cuatro años en el que volvieron a Hong Kong por cuestiones de trabajo, Thea y David no han vuelto a vivir en otro sitio. Ambos continuaron con sus vidas, ya desde su casita del Barrio Alto, manteniendo sus respectivas actividades profesionales y sin perder el contacto con sus amigos y familiares, que tienen repartidos por todo el mundo. Pero, a la vez, disfrutando a manos llenas de las ventajas de la *"simple life"*, la vida sencilla que tanto habían anhelado.

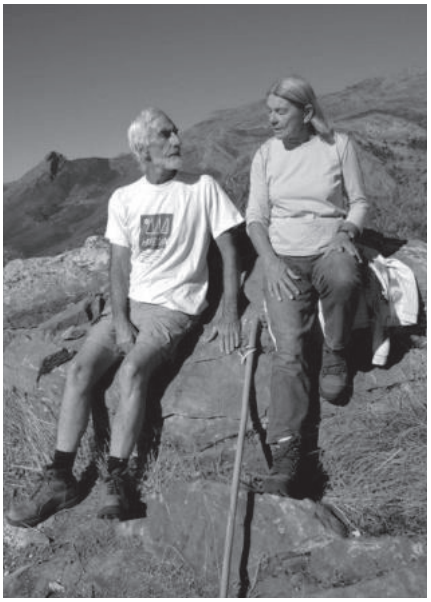
*Thea trabajando en el huerto de su casa. Archivo de David y Thea Baird*

Fueron pasando los años, y con ellos, inevitablemente, llegó el progreso también a Frigiliana. La Costa del Sol estaba muy cerca, y estaba claro que un lugar tan pintoresco como aquel no iba a quedarse al margen del turismo, que poco a poco fue avanzando desde las zonas costeras hacia las montañas, en busca de la España “auténtica", no ya la de sol y playa. Aquel rústico pueblo de callecillas empedradas, casas encaladas y jardines recónditos se convirtió en un

destino turístico más, y poco a poco la vida cotidiana de sus habitantes fue cambiando ante la lógica alegría de los lugareños, que veían en el turismo nuevas oportunidades de prosperidad y mejora de sus precarias economías domésticas. Las bestias de carga fueron sustituidas por motos y furgonetas, las cabras dejaron de pasar por las calles, los tejados de las casas se llenaron de antenas de televisión, y los vecinos del Barrio Alto, con los que Thea y David habían convivido pared con pared durante muchos años, fueron muriendo o mudándose a otras zonas del pueblo más cómodas y accesibles. Casi todos terminaron vendiendo sus casas a otros forasteros –como ellos habían sido– que buscaban lo que ellos mismos habían encontrado años atrás.

En la calle de Thea quedan hoy solamente dos de sus antiguos vecinos; los demás son extranjeros venidos de todos los rincones del mundo: holandeses, franceses, ingleses, americanos, alemanes… ella suele decir que cuando se asoma a su terraza oye hablar en muchos idiomas distintos. Pero a pesar de lo mucho que ha cambiado su pueblo en los últimos tiempos, éste no ha dejado de ser su retiro dorado, del que ella y su marido continúan disfrutando como el primer día. Y no solamente del pueblo, sino también de las personas, de sus historias y del maravilloso entorno que supone la sierra de la Almijara, la cual han explorado en multitud de ocasiones. Conocedores de la importancia que en otros tiempos supuso ese macizo montañoso para las poblaciones que lo rodean, Thea y su marido han coronado muchas de sus cumbres más emblemáticas, como la Maroma, el Lucero y el Pico del Cielo, y han recorrido gran parte de los senderos que hay por allí. Amantes del aire libre y los espacios abiertos, también les gusta visitar siempre que pueden otras zonas de montaña, como Cazorla y Sierra Nevada.

A lo largo de todos estos años, Thea y David han visto evolucionar ya no sólo Frigiliana, sino todo el país. Vivieron junto a sus vecinos hechos históricos como la muerte de Franco, la coronación de Juan Carlos I y la transición española; participaron activamente en la vida social y cultural de su zona, han visto muchas cosas y conocido a muchas personas, unas que estaban de paso y otras que, al igual que ellos, decidieron establecerse allí. Incluso han contribuido a dar a conocer el idioma, la comarca y su historia reciente a la comunidad extranjera afincada allí, a través de las guías de bolsillo sobre lengua y literatura publicadas por Thea –bajo su nombre de soltera, Thea Braam– y los libros de historia, relatos, guías de viaje y artículos periodísticos publicados por David Baird en distintos medios de todo el mundo. Y aunque ambos conservan sus respectivas nacionalidades, se sienten tan aguanosos como si hubiesen nacido en la casita en la que viven desde hace tantos años.



*David y Thea, de excursión por la Almijara. Archivo de David y Thea Baird*

Thea se pone la mano en la frente, a modo de visera para protegerse la vista de la intensa luz, y observa el panorama que se domina desde su soleada terraza. A pesar de haber cumplido ya los ochenta años, conserva una agilidad y una energía envidiables y continúa llevando una vida muy activa; su carácter abierto y acogedor, su alegre sonrisa y el brillo suave de sus ojos azules, además, evocan la niña intrépida que fue una vez. Su interesante vida, plena de vivencias, la ha llevado a recorrer medio mundo para terminar colgando su nido en una casa blanca del sur de Andalucía.

Frigiliana no es ya el mismo sitio que descubrieron hace tantos años ella y David, eso es verdad. Ni ninguno de los demás pueblos del entorno de estas montañas; ni los turísticos del lado malagueño, ni los agrícolas del lado granadino: todos han cambiado en mayor o menor medida. Pero, afortunadamente, hay algunas cosas que permanecerán inmutables para siempre: las bellas y escarpadas siluetas de las cumbres almijareñas y el azul acerado del Mediterráneo, tan brillante a veces que hay que entrecerrar los ojos para poder mirarlo. Y sobre todo, el olor intenso de los jazmines y las damas de noche en los jardines, y del romero y la mejorana en flor en las montañas, que perfuman las noches serenas de la primavera en las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotos, José Luís Hidalgo y archivo de David y Thea Baird*

*Publicado el 9 de julio de 2016*

## Del cortijo Prados de Lopera a la granja escuela Huerto Alegre

*Muchos hemos estado allí alguna vez, con nuestros niños; pero quizá pocos conocemos los pormenores de ese "viaje". Y es que algunas casas, como las personas, también tienen su pequeña –o grande, como en este caso– historia tras de sí.*

Existió una vez, no hace demasiados años, una próspera finca situada en el centro de una pradera, abrazada por fértiles lomas redondeadas que se extendían, subiendo y bajando suavemente, hasta alcanzar la base de las cumbres de Sierra Almijara. Era un sitio realmente apropiado para la agricultura y la ganadería, tanto por la calidad de sus tierras como por la abundancia de agua, además de estar bien comunicado con los pueblos más próximos. El lugar había tomado su nombre precisamente de una de las montañas que tenía más cerca, el Cerro de Lopera. Desde que los más antiguos podían recordar, las productivas tierras del cortijo de los Prados de Lopera, que también eran extensas –más de quinientas hectáreas de vegas, tierras de secano y monte bajo– se habían dedicado principalmente al cultivo de cereales y a la cría de cabras y ovejas. Muchas fueron las familias que se alojaron en aquellas casas, y varias las generaciones de guardas, labradores y pastores que nacieron, crecieron e incluso murieron entre sus recios muros de piedra y cal.

*Terrenos del antiguo cortijo de los Prados de Lopera*

Era otra época; el tiempo pasaba más despacio, y la vida transcurría serena y laboriosa en las casas y terrenos de aquel cortijo. Cada estación del año conllevaba sus propios quehaceres, en los que sus habitantes –hombres, mujeres y los niños más mayorcitos– se afanaban con presteza. Durante la primavera nacían decenas de cabritos y corderos a los que había que vigilar mientras sus madres estaban en los pastos; con el verano llegaba la época de barcinar, trillar y aventar la cosecha de cereales y legumbres, y de recolectar hortalizas; en otoño volvían los rebaños de los pastos altos de las montañas, mientras las mujeres elaboraban conservas de frutas y verduras y secaban pimientos y tomates al sol. Y, antes de que llegasen

los fríos del invierno, se castraban las colmenas para recolectar la miel y se repasaban los tejados de casas, pajares y cuadras para que no calasen con las lluvias. También se almacenaba leña suficiente para cada familia y se preparaba el forraje seco para que el ganado tuviese alimento de sobra cuando llegasen el hielo y la nieve, y no se pudiera salir al campo. La última tarea importante del año era la matanza, que se dejaba para los cortos días de diciembre y que, a pesar del trabajo que suponía, todos celebraban como si fuesen días de fiesta. Era una vida de faena y trajín continuo la que se llevaba en el cortijo de los Prados de Lopera, pero era una buena vida, al fin y al cabo.

No obstante dicen que nada dura para siempre, y los acontecimientos posteriores así lo demostraron. Cuando los crueles años de la Guerra Civil y la –casi peor– posguerra llegaron a todos los rincones de España, alcanzaron también a aquel cortijo, rompiendo atrozmente con el tranquilo ritmo de vida de sus habitantes, pues el lugar quedó convertido en un destacamento de la Guardia Civil desde el que se vigilaba el movimiento de los guerrilleros antifranquistas o maquis en aquella parte de la sierra. Durante varios años fueron muchas, y muy duras, las experiencias que se vivieron en la finca, que vio trocada su apacible vida rural por la estricta disciplina de un cuartel militar. Pero, afortunadamente, aquellos momentos de zozobra también llegaron a su fin. A ellos siguió una época de calma en la que se retomó la vida habitual en el cortijo, aunque sus habitantes ya preferían vivir en los pueblos más cercanos –Jayena, Otívar o Albuñuelas– e ir y venir para cultivar las tierras y pastorear el ganado. De esa forma sobrevino el paulatino abandono de aquellas viviendas que, cada vez en peor estado, fueron cayéndose poco a poco. Con el paso de los años la soledad y el silencio se abatieron sobre los muros de Prados de Lopera; todo indicaba que el cortijo terminaría sus días como tantos otros, convertido en un olvidado montón de piedras.

*Ruinas del cortijo Prados de Lopera*

Pero el tiempo transcurre para todos, e inevitable y afortunadamente, para nuestro cortijo también. Llegaron los años 60, los 70 y, tras ellos, los 80 –la década prodigiosa–. España, que con la muerte de Franco había recuperado la libertad, dejó atrás sus complejos y volvió a figurar en el panorama internacional. Esos aires de cambio se notaron especialmente en la

juventud: la cultura alternativa y las ideas innovadoras proliferaban en todas las universidades. Y en la de Granada, un grupo de ocho amigos –cuatro chicos y cuatro chicas– cuyas edades oscilaban entre los 19 y los 24 años, decidió pasar a la acción. Ellos eran Ernesto, estudiante de Derecho; Javier, de Filosofía; Rafa, licenciado en Geografía e Historia; Mariluz, estudiante de Psicología; Roser, de Administración de Empresas; Lucrecia, de Derecho; Francis, que era maestro, y Aurelia, también maestra. Compartían, desde hacía tiempo, ciertas inquietudes comunes que los habían llevado a dedicar sus ratos libres al voluntariado en barrios marginales haciendo teatro, música y otras actividades culturales. Pero todos sentían que eso ya no les bastaba; estaban listos para dar un paso más.

*De izquierda a derecha: Ernesto, Javier, Rafa, Mariluz, Roser, Lucrecia, Francis y Aurelia, con Olmo, el pastor alemán, en Prados de Lopera*

Entre todos imaginaron un lugar especial: una granja escuela –algo casi desconocido en aquellos años–. Un espacio diferente donde trabajar en plena naturaleza, que les permitiese desarrollar actividades prácticas, culturales y lúdicas tales como educación medioambiental, música, teatro, talleres sobre plantas y animales, cultivo ecológico, concienciación social… y no sólo dirigidas a los niños; también a docentes, universitarios y recién graduados; incluso, ¿por qué no?, a adultos y jubilados con ganas de seguir aprendiendo.

La idea ya tenía forma; sólo quedaba encontrar el lugar idóneo para llevarla a cabo. Y fue a través de una agencia de compraventa de fincas rústicas –la Sociedad Prados del Pinar– como llegaron a su destino, pues el primer terreno que les mostraron fue el elegido. Se trataba de las ruinas de una vieja cortijada llamada Prados de Lopera, cuyo futuro era la demolición, para construir en su lugar un club de caza y una urbanización de chalets. A todos les enamoró el inmejorable emplazamiento del lugar: a una distancia perfecta de Granada, bien comunicado por la carretera de la Cabra y en un entorno precioso, en plena sierra. Sí, aquel cortijo, bien restaurado, sería perfecto para sus planes… además, sintieron compasión por la ruinosa construcción, sentenciada a una muerte segura, pues ya estaba ordenado su derribo inmediato. No le dieron más vueltas: en cuanto reunieron el dinero para la compra –cinco millones de las antiguas pesetas–, adquirieron la propiedad junto con cinco hectáreas de terreno a su alrededor y, sin pensarlo dos veces, los ocho amigos y su compañero canino

"Olmo" se mudaron allí para comenzar las labores de restauración in situ y cuanto antes. Era el otoño del año 1982.

*Descansando ante la casa principal*

Establecieron su cuartel general en la planta baja de la casa principal del cortijo, que era casi la única que quedaba en pie, donde también se alojaba por temporadas Rafael, un pastor que tenía los pastos arrendados para sus cabras –y del cual aprendieron muchas cosas útiles en los dos años siguientes–. En esa habitación los chicos disponían de una amplia chimenea donde se calentaban y cocinaban a diario sus migas y sus patatas fritas con huevos –no tenían dinero para cambiar el menú– y donde, llegada la noche, dormían todos como marmotas sobre colchonetas tiradas en el suelo, tan agotados al cabo del día, que no notaban la incomodidad de aquel improvisado dormitorio.

*Aurelia se encargaba de cocinar en la chimenea*

La estructura del cortijo era muy clásica: constaba una casa principal y varias viviendas aledañas con sus cuadras y pajares, todas alrededor de un patio central de planta cuadrada y suelo de losas de piedra, en el que también había un pozo seco y un antiguo horno, ya

inservible. Las paredes eran gruesos muros de casi un metro de espesor, todos semiderruidos, construidos a base de piedra y cal grasa –un mortero que se usaba antiguamente en lugar de cemento–. Los ocho amigos, sin ayuda de nadie y con sus propias manos, limpiaron primero las distintas dependencias de escombros y basuras acumulados durante décadas. Después, poco a poco –y respetando escrupulosamente el estilo de la construcción original– fueron reconstruyendo las antiguas paredes y levantando otras nuevas; abrieron más puertas y ventanas, rasparon con infinita paciencia la cal de las añosas vigas de madera, impermeabilizaron y aislaron tejados y muros, convirtieron los antiguos graneros en espaciosos dormitorios, salas y talleres, eliminaron el pozo seco del patio y en su lugar plantaron un ciprés –que hoy es un árbol enorme–, y añadieron nuevas dependencias a las ya existentes para dedicarlas a espacios comunes como un amplio comedor, baños y más aulas. Fue un proceso lento y trabajoso, pero en ningún momento flaquearon las fuerzas de aquellos ocho valientes.

*Un comedor al aire libre en el antiguo patio*

*Abriendo una nueva ventana*

Con frecuencia recibían la visita de los agentes de la Guardia Civil, que se acercaban por el cortijo y observaban todo con curiosidad y suspicacia, ya que no terminaban de creerse la aventura de "esta pandilla de hippies que dicen que están arreglando el cortijo…". Pero el

tiempo se encargó de dar la razón al incansable grupo. Cuando dieron por terminada la primera etapa del proceso de restauración –pues en los años siguientes continuarían ampliando y mejorando las instalaciones–, buscaron un nuevo nombre para el renacido cortijo de los Prados de Lopera. Un nombre significativo, que estuviese en consonancia con la futura actividad del lugar. Decidieron, por unanimidad, llamarlo Granja Escuela Huerto Alegre. Y en el verano del año 1983 empezaron a recibir los primeros grupos de niños acompañados por sus profesores.

*Mariluz, psicóloga y gerente de Huerto Alegre, en la entrada de la granja escuela*

Desde entonces la trayectoria de la granja escuela Huerto Alegre ha sido todo un éxito, y año tras año los ocho compañeros han visto aumentar exponencialmente el número de solicitudes para visitarlos, tendencia que no ha variado hasta ahora. De aquel primer grupo de emprendedores, hoy continúan dos al frente del proyecto: Mariluz y Roser, a quienes se ha sumado otra gente nueva. El final de esta historia es bien conocido por todos: hoy Huerto Alegre es una empresa que funciona como una cooperativa en la que trabajan más de cuarenta personas, y que engloba otras actividades como Aulas de Naturaleza y colaboraciones con el Patronato de la Alhambra, la Universidad de Granada y el Parque de las Ciencias. Reciben grupos de alumnos durante todo el año –tanto de niños como de adultos–, de toda España e incluso de fuera de nuestras fronteras. En la granja escuela trabajan de forma permanente un encargado de mantenimiento, cinco monitores de grupo y tres cocineras, aparte del equipo directivo y de gestión, y es un referente en cuanto a formación y educación medioambiental; han recibido numerosos premios y reconocimientos oficiales por su labor durante todos estos años, y tienen su propia línea de publicaciones. Son ya varias las generaciones de niños que han pasado por allí, y todo indica que esa cadena continuará igual por muchos años más.

*Patio central del antiguo cortijo, hoy granja escuela*

Por suerte, ciertas historias no terminan como sería de esperar. El que una vez fue el conocido cortijo de los Prados de Lopera ha recorrido un largo camino a través del tiempo hasta llegar a convertirse en la actual granja escuela Huerto Alegre. Ciertamente, no terminó sus días convertido en unas ruinas solitarias, y hoy vive una segunda edad de oro. Sus campos están cultivados, y sus cuadras llenas de animales. Pero lo verdaderamente importante es que, tras los viejos muros que tanto vieron en el pasado, resuenan otra vez las risas de los niños y los pasos de hombres y mujeres que –hoy igual que ayer– conservan anhelos parecidos a los que tuvieron, hace ya tantos años, los antiguos habitantes de ese lugar.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotos de Mari Luz Díaz, Carlos Luengo y José Luís Hidalgo*

*Publicado el 6 de agosto de 2016*

## El Honor Es Mi Divisa, I. Recuerdos de un guardia civil.

*José Antonio, militar en tiempos de Franco, describe cómo era la vida de un guardia civil dentro de la antigua Casa Cuartel de La Resinera de Arenas del Rey.*

Paralelo al valle del río Cacín, internándose gradualmente en la sierra almijareña, transcurre el camino forestal que nos lleva a la antigua fábrica de la Unión Resinera Española, hoy Punto de Información del Parque Natural. En la orilla derecha de ese camino se encuentran los restos de una construcción poco común por esa zona; están rodeados por una alambrada que intenta proteger el lugar del libre acceso de personas. Aunque el edificio aparece casi hundido por el tiempo y un devastador incendio acaecido hace años, una mirada rápida basta para apreciar lo notable que debió ser en otra época. Se trata de la Casa Cuartel que la Guardia Civil tenía establecida en la finca de La Resinera, o como se llamaba en su tiempo, la 136 Comandancia de la Guardia Civil, Puesto de Pinar de Alhama.

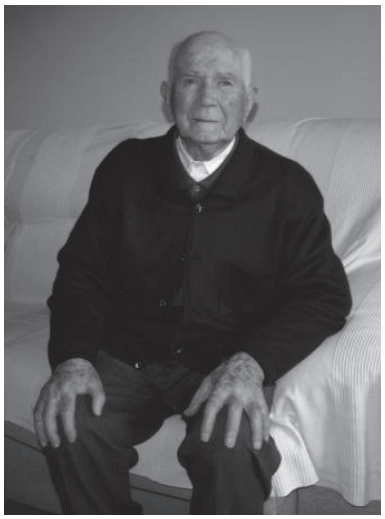
*Puerta principal del Puesto de Pinar de Alhama*

Lo primero que destaca es la escalera con balaustrada de acceso al edificio, y tras ella la puerta principal, en forma de arco y con una estructura añadida también en doble arcada, ambas rematadas por un borde de vistoso ladrillo rojo. Las ventanas, altas e iguales entre sí, repiten también esa forma arqueada y el margen de ladrillo, de manera que todo forma un conjunto muy armonioso. En el interior, llama la atención la impecable factura del patio central, de planta cuadrada, rodeado en su perímetro por una arquería de ladrillo semicubierta por un alerón de madera, que en algunos lugares conserva el color verde de la pintura original. Alrededor del patio, un amplio corredor muestra cómo se distribuían las viviendas y otras dependencias de la construcción.

*Patio central*

El emplazamiento del viejo cuartel es precioso, pero también algo apartado. ¿Cómo fue la vida de los guardias civiles y sus familias en aquel lugar, su día a día? ¿Serían felices o, por el contrario, se sentirían solos y lejos de todo? En tiempos de guerra, y también de paz, los hermosos muros del Puesto de Pinar de Alhama han sido testigos callados de la historia en general, y de muchas historias particulares, también. Una de ellas es la de José Antonio.

José Antonio Camposo de Haro fue un guardia civil a la antigua usanza; militar por vocación, firme e íntegro cumplidor de su deber, de él decían que llevaba la disciplina en la masa de la sangre. Hoy, a punto de cumplir noventa y cinco años, es un hombre cariñoso y afable y todo un caballero en el trato. Tiene el cuerpo frágil debido a su edad, y la mirada –unos ojos azules, algo maltrechos ya, que en sus tiempos debieron ser muy bonitos– con esa expresión noble, que de puro sabia se vuelve tierna, que tienen en común todas las personas mayores.



*José Antonio Camposo de Haro*

José Antonio habla con voz suave y pausada –el paso de los años atemperó su timbre– y conserva una memoria excelente, que él se encarga de mantener así de bien leyendo y escribiendo a diario. Cuenta que nació en Los Guájares en octubre de 1921, que perdió a su madre con sólo dos años y que desde niño fue pastor de cabras; que su familia era humilde y pasaron muchas penalidades. Salió por primera vez de su pueblo cuando lo llamaron a filas, con diecinueve años, y al terminar el servicio militar ingresó en la Academia de la Guardia Civil de Torrelavega (Cantabria), en el año 1945. Durante la posguerra española, ya convertido en miembro de la Benemérita, fue destinado a luchar contra la resistencia antifranquista. En esa misma época –ironías de la vida– un pariente suyo, Diego Camposo Arnedo, huyó con los proscritos a la sierra, uniéndose a Agrupación Guerrillera Roberto justo mientras José Antonio andaba persiguiendo maquis por tierras de Badajoz. –"Nosotros los llamábamos bandoleros, ¿sabe usted?", comenta con mirada seria–. En esto, como en otras cosas, todo depende del color del cristal con el que se mira. Los maquis fueron unos héroes para la izquierda de la época, y unos malhechores para sus perseguidores, en el gobierno del país. Todos, de un bando y del otro, víctimas del momento histórico en el que vivieron.

*Recién licenciado en la Academia de la Guardia Civil*

José Antonio pasó por varios destinos antes de presentarse en el Puesto de Pinar de Alhama, en el año 1953. Cuando llegó a la Almijara la guerrilla ya había terminado, aunque todavía se realizaban, por precaución, algunos servicios especiales de vigilancia. Al mencionar su vida en el cuartel de La Resinera, se nota en su voz un cambio de tono que evidencia el cariño y la nostalgia que aún siente por ese lugar, al que llegó recién casado con Carmen, la mujer fuerte y discreta que fue su compañera –y la persona que mejor supo comprenderlo– durante sesenta y dos años. Y de la que continúa bien enamorado, a pesar de que hace dos años que ella falleció.

*José Antonio y Carmen, el día de su boda*

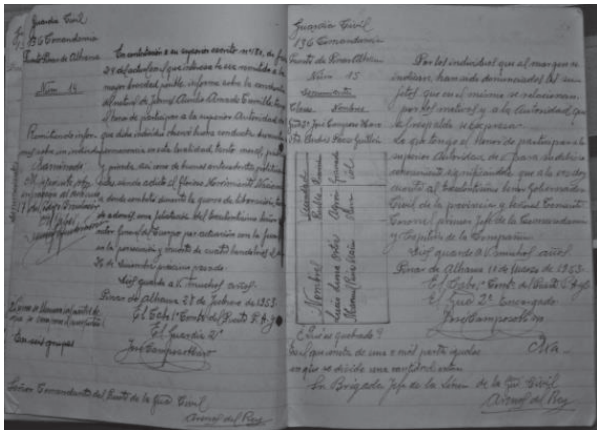
José Antonio relata esa época de su vida de una forma tan descriptiva que la transcribo a continuación con sus propias palabras y sin cambiar ni una coma, tal y como él mismo me la apuntó en una hoja de papel. Dice así:

***"Pequeño historial de mi estancia en el Puesto de la Guardia Civil, en La Resinera.***

***Mi llegada a dicho lugar fue en enero de 1953, incorporándome a dicho Puesto como Guardia 2º, casado el día 1º de febrero del año 1952 anterior, aún sin hijos. Esta pequeña agrupación se hallaba formada por un Cabo y seis guardias cuyos nombres cito a continuación: Cabo Primero Domingo Aguilera Portero, Comandante de Puesto; Guardias Civiles: Pedro Cayuela Cayuela, Antonio Esturillo Morales, Vicente García Jiménez, Francisco Polo Molina, José Santana Valido, Andrés Páez Guillén y José Antonio Camposo de Haro.***

***Misión de este componente:***

***Vigilancia del extenso territorio poblado de pinares y espeso bosque de muy variadas especies, entre las que se encontraban las aromáticas que en tiempo de su floración embriaga su perfume al viandante que visitase aquel bello paisaje. En trayectos cortos llamados "servicio de correrías" lo hacíamos por parejas, en servicio rural, para evitar se cometiese cualquier hecho punible, e intervenir si se cometiese. Dado a que pudiese existir algún pequeño grupo de los llamados por nosotros "bandoleros", de vez en cuando, el servicio se nos nombraba de tres guardias con pernocta en cualquiera de los cortijos que existían en el recorrido, dentro de la finca jamás llegamos a tener encuentro con dichos malhechores.***



*Cuaderno original de la época, donde José Antonio apuntaba los casos prácticos*

***Beneficios recibidos de la dirección del ingenio:***

***Además de la luz eléctrica, leña de pino en la precisa cantidad para hacer las comidas y calentarnos en el invierno, más una pequeña parcela de terreno para las hortalizas, y en la parte de atrás del cuartel unos pequeños corrales en los que cebábamos un cerdo para hacer matanza, teníamos conejos y gallinas para evitarnos comprar carne y huevos. En cuanto al transporte para viajar y regresar a casa, existía un camión de Fajalauza, que para la cocción de la cerámica instalada en Granada, la leña la llevaba autorizadamente del monte de dicha finca. Cuando era necesario viajar a cualquiera del personal del cuartel lo hacíamos en la cabina con el conductor, a quien también se le hacían encargos.***

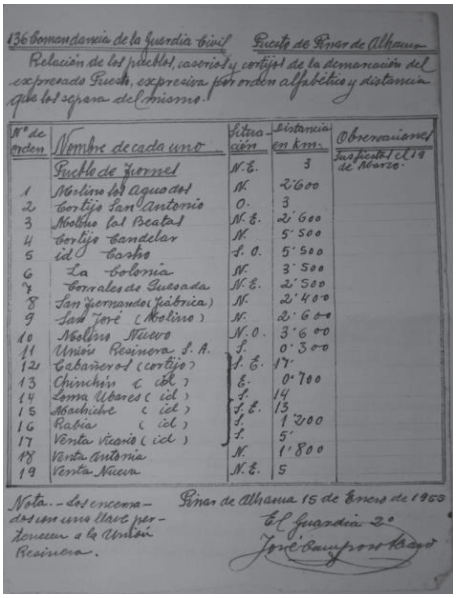
***Casa Cuartel:***

***Se hallaba la primera a la derecha del carril a la entrada del lugar en que se encuentra el complejo industrial de La Resinera. Dicho complejo, porque además de aguarrás y sus derivados, también se producía un producto para dar más vida a las redes de pesca, con las cepas del enebro que abundaba en aquellos campos.***

***Por lo que a mí respecta, realicé mis estudios por correspondencia en la academia "Maripur" primero, no me convenció y me integré en la llamada "Gamar". Hice mis exámenes en la Dirección General de Madrid y en septiembre de 1955 marché a la capital de España. Es donde realicé el curso de preparación de Cabo. Regresé a La Resinera en marzo de 1956, ascendí a dicha categoría militar y fui destinado al Puerto de Motril en calidad de Jefe del Resguardo, así pues, mi permanencia en el Puesto del Pinar en finca de La Resinera sólo fue de tres años.***

***La Casa Cuartel fue un hermoso edificio, construido con excelentes materiales, en los que predominaban arcos de ladrillo en su patio interior. Desgraciadamente, hoy se halla en total estado ruinoso, porque un grupo de minusválidos denominado "El Bosque" que fue alojado en él, tal vez por imprudencia de ellos o de las personas que los asistían, se produjo un incendio que devoró las siete viviendas, oficina y habitación en la que permanecía el guardia de puertas cada 24 horas.***

***Siento gran nostalgia, no sólo porque allí viví con mi muy amada y recordada querida y ya difunta esposa, sino también porque en dicho lugar nacieron y vivieron mis dos hijas que tengo y quiero con todo mi amor. Me permito adjuntar a esta pequeña historia copia de un escrito por mí confeccionado en 15-enero-1955, con datos de La Resinera".***



136 Comandancia de la Guardia Civil — Puesto de Piñar de Alhama

Relación de los pueblos, caseríos y cortijos de la demarcación del expresado Puesto, expresiva por orden alfabético y distancia que los separa del mismo.

| Nº de orden | Nombre de cada uno | Situación | Distancia en km. | Observaciones |
|---|---|---|---|---|
| | Puesto de Piñar | N.E. | 3 | Inspección el 19 de Marzo. |
| 1 | Molino los Aguadas | N | 2'600 | |
| 2 | Cortijo San Antonio | O. | 3 | |
| 3 | Molino la Beata | N.E. | 2'600 | |
| 4 | Cortijo Candelar | N. | 5'500 | |
| 5 | id Cacho | S.O. | 5'500 | |
| 6 | La Colonia | N | 3'500 | |
| 7 | Corrales de Quesada | N.E. | 2'500 | |
| 8 | San Fernando (fábrica) | N. | 2'400 | |
| 9 | San José (Molino) | N. | 2'600 | |
| 10 | Molino Nuevo | N.O. | 3'600 | |
| 11 | Unión Resinera S.A. | S. | 0'300 | |
| 12 | Cabañerol (cortijo) | S.E. | 17 | |
| 13 | Chinchín ( id ) | E. | 0'700 | |
| 14 | Loma Llanes ( id ) | S. | 14 | |
| 15 | Acalchibe ( id ) | S.E. | 13 | |
| 16 | Rabia ( id ) | S. | 1'200 | |
| 17 | Venta Vicario ( id ) | S. | 5' | |
| 18 | Venta Antonia | N. | 1'800 | |
| 19 | Venta Nueva | N.E. | 5 | |

Nota.- Los encerrados con una llave pertenecen a la Unión Resinera.

Piñar de Alhama 15 de Enero de 1955

El Guardia 2º

José Campos Rayo

A este relato de José Antonio añado algunos detalles que conocí el día que fui con él y sus hijos a visitar las ruinas del cuartel, al que el anciano sólo había vuelto una vez en sesenta años. Mientras paseábamos entre los escombros –él caminaba despacio y cogido de nuestro brazo, para no tropezar– José Antonio iba reviviendo retazos de los tres años largos que pasó entre aquellas paredes, con su esposa y sus dos hijas mayores. Con la mirada emocionada y evidente alegría, el antiguo guardia civil señalaba a un lado y al otro, mientras los recuerdos iban emergiendo de los rincones de su memoria y se convertían en un relato ilustrativo y conmovedor, que todos escuchábamos con atención.

"La Casa Cuartel disponía de siete viviendas familiares, una para el Cabo y otras seis para los guardias; una Sala de Armas que también funcionaba como oficina, y una Sala de Guardia, donde nos turnábamos para vigilar las 24 horas del día", refería. "Ésta de aquí era nuestra casa y ésa es la ventana de nuestro salón; ahí estaba la chimenea, y en este otro lado mi mujer tenía la máquina de coser. Las casas tenían una entradilla, un salón con chimenea para calentarnos y cocinar, y dos dormitorios; el suelo era de cemento. Todas las viviendas eran iguales; sólo la del Cabo era algo más grande. Por esta ventana se ve el terrenillo que teníamos para plantar la hortaliza, ¿veis? justo ahí detrás. Dentro de las casas no teníamos agua corriente, pero las mujeres iban a buscarla a una fuente que había detrás del cuartel, que se abastecía de una acequia que la traía abundante y fresca, para el uso de la casa, y también para mantener los huertos y los animales, porque cada uno teníamos además nuestro corralillo con unas gallinas, unos conejos y un cerdo para hacer matanza cada año".

*Ante la ventana de su antigua vivienda*

A cada paso de daba evocando fragmentos de su vida, José Antonio se animaba y parecía rejuvenecer. De pie frente al patio central, observaba un momento con añoranza y luego continuaba con su historia. "Aunque ya no quedasen bandoleros, nuestra tarea era dura. Salíamos a hacer las rondas durante varios días, a pie y con mucho peso encima: el uniforme, la capa y el tricornio, el fusil colgado al hombro, la cartera con la documentación, las cartucheras llenas de munición, una manta para abrigarnos por la noche, y un macuto lleno de lo necesario para hacernos la comida: ¡hasta una sartén llevábamos! En ocasiones, cuando llovía y se nos empapaba la capa, se nos enredaba entre las piernas y casi nos impedía caminar, porque pesaba una barbaridad… Teníamos asignado un territorio de vigilancia de varios kilómetros y lo recorríamos andando, porque en este cuartel no había caballerías. Íbamos de dos en dos si la ronda era de un día, y de tres en tres si hacíamos pernocta. A veces dormíamos en los cortijos que encontrábamos al paso, otras veces al raso o en cobertizos viejos, con tantos mosquitos que teníamos que ahuyentarlos quemando boñigas secas de vaca, aunque el humarín casi nos asfixiara. ¡Y el frío que soportábamos en invierno, las noches de guardia, aun envueltos en nuestras capas y mantas! Eso es para pasarlo… Nunca decíamos a nadie adónde íbamos ni con qué compañeros, ni siquiera a nuestras mujeres; estaba estrictamente prohibido bajo pena de arresto e incluso expulsión del Cuerpo. Oficialmente teníamos ocho horas de servicio diario, pero la realidad era que vivíamos en servicio permanente, listos en todo momento para actuar, donde fuese y cuando fuese".

*El tiempo ha dejado su huella, pero la memoria permanece intacta*

Algunos recuerdos hacían sonreír a José Antonio, pues el paso de los años, afortunadamente, suaviza los antiguos rigores: "Cada cierto tiempo –y siempre sin previo aviso– recibíamos la visita de nuestros superiores, que venían a la Casa Cuartel para una inspección general. Me acuerdo que todos temíamos especialmente las visitas del Teniente Limia, que era un mando estricto y autoritario como ningún otro; no sólo revisaba cuartel, armamento y uniformes, sino que también entraba en nuestras casas para comprobar si estaban limpias y ordenadas… ¡nada escapaba a su control! Los guardias no podíamos hablarle directamente, sólo el Cabo se dirigía a él; creo que todos le teníamos miedo". Efectivamente, el Teniente Coronel Eulogio Limia Pérez fue un destacado mando de la Guardia Civil, famoso por su inteligencia y severidad para con todos sin excepción, incluidos sus subordinados. Llegó a ser, con el tiempo, Director General del Cuerpo.

*El Teniente Coronel Eulogio Limia Pérez*

"Los domingos y fiestas de guardar nos acercábamos para oír misa a la capilla de la Resinera, donde también iban a la escuela los niños más mayores del cuartel. Y en verano, al terminar los quehaceres de la casa, las mujeres se acercaban al río con los más chicos para pasar un rato allí fresquitos. Las esposas de los guardias civiles estaban muy unidas, eran casi como familia,

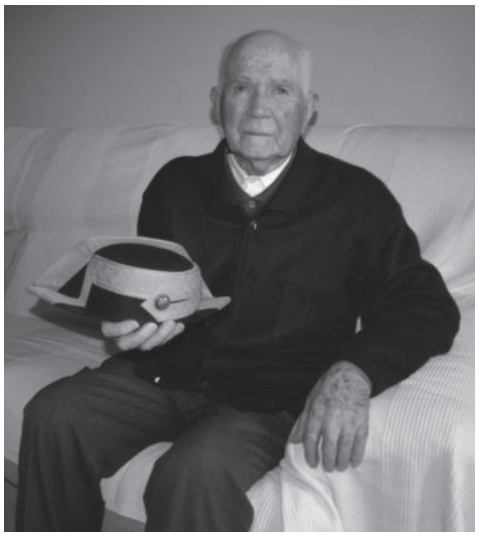
pues vivían un poco aisladas dentro del cuartel y recibían pocas visitas; digamos que se tenían las unas a las otras. Si mi mujer, Carmen, hubiese podido venir, nos habría contado cómo se las arreglaban". Y añadió luego, bajito: "Todos los días me acuerdo de ella…"

*José Antonio con sus hijos Carmen, Matilde, José Antonio y Francisco Javier, y sus nietos Álvaro, Javier e Irene*

La visita al cuartel de La Resinera estuvo llena de momentos emotivos para la familia del anciano guardia civil. Poco antes de marcharnos, José Antonio se acercó a la ventana de su antigua casa para cortar, con infinita delicadeza, una amapola que crecía sobre el alféizar; después comentó a sus hijos: "Estoy seguro de que vuestra madre está hoy aquí con nosotros, en espíritu". José Antonio vivió durante algo más de tres años en el Puesto de Pinar de Alhama y allí nacieron sus dos hijas mayores, Carmen y Matilde; al poco tiempo ascendió de categoría militar y fue destinado al Puerto de Motril, donde se fue con su familia en 1956. Continuó prestando servicio en el Cuerpo hasta que cumplió los 53 años de edad y se jubiló con el cargo de Brigada, en 1974. Luego solicitó un destino civil –fue conserje en un instituto de Granada– en el que trabajó hasta su jubilación definitiva, en el año 1986.

*El 10 de octubre de 2014, José Antonio recibió un homenaje en la Comandancia de la Guardia Civil de Granada, por ser el guardia civil vivo de más edad*

Desde entonces dedica su tiempo al estudio, la lectura y la escritura; ha investigado el árbol genealógico de su familia remontándose hasta el año 1613, y recientemente ha recogido la historia de su localidad natal en un volumen titulado "Los Guájares en la Historia". Hoy vive rodeado del cariño de sus hijos, nietos y bisnietos, y trabaja, feliz y tranquilo, en el retiro de su casa de La Zubia (Granada). Porque José Antonio aún tiene varios proyectos, y está dispuesto a llevarlos a cabo, mientras –como él mismo dice – "Dios lo tenga en este mundo".



*Con uno de sus objetos más preciados: el sombrero de gala de la Guardia Civil, que conserva desde que ingresó en la Academia, en el año 1945*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotos, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 20 de agosto de 2016*

## El Honor Es Mi Divisa, II. Detrás de cada hombre…

*La vida cotidiana –las luces y las sombras, lo sabido y lo ignorado– de la esposa de un guardia civil del cuartel de La Resinera, en la España del general Franco.*

Su nombre es Facunda. Me recibe, afable y sonriente, en su piso de Granada donde vive con su hijo Antonio, párroco de la iglesia de Peligros. Es una señora ya mayor –hace tiempo que dejó atrás los ochenta años–, guapa aún, que comenta, mientras me conduce al salón de su casa, que apenas puede caminar porque tiene la piernas delicadas, y que está encantada de revivir con nuestra charla sus años de juventud. Dicen que las personas mayores guardan los recuerdos antiguos mucho mejor que los recientes; puede que así sea, porque rememorar junto a Facunda los nueve años que residió en el cuartel de La Resinera de Arenas del Rey es recuperar para el presente, llevados de su mano, aquella época lejana en el tiempo, pero cercana en su corazón. ¡Y qué relato tan interesante hace Facunda de aquella primera etapa de su vida como mujer casada!

Era tan sólo una muchacha de ciudad, joven e inexperta, cuando dejó la casa de sus padres en Granada y llegó, con veintiún años y su recién estrenado matrimonio con el joven guardia civil Vicente García Jiménez, a la 136 Comandancia de la Guardia Civil, Puesto de Pinar de Alhama. Aquel cuartel situado en pleno campo, aislado y lejos de todas partes, no la desanimó en lo más mínimo. "Y es que cuando se es joven, el coraje nunca falta" –dice muy convencida–. Facunda, desde luego, se sentía en plenitud de fuerzas para afrontar su nueva vida, que sabía sería muy distinta a la que había llevado hasta entonces.

*Facunda Angulo Moreno*

Facunda y Vicente no habían tenido más remedio que esperar un tiempo antes de casarse, pues él estuvo destinado, durante muchos meses, a la vigilancia directa de un grupo de combatientes antifranquistas; de aquellos a quienes casi todos conocían como la "gente de la sierra". Entre esos prisioneros se encontraban dos históricos del movimiento maquis,

apodados en la época como "Polopero" y "Paquillo", con los que Vicente –al margen de las ideas políticas de cada uno– charlaba con cordialidad, como si los conociera de toda la vida, sosteniendo con ellos interesantes conversaciones durante horas, e incluso reconociendo en alguno de aquellos hombres cierta afinidad personal. Quién sabe, si las circunstancias políticas hubiesen sido menos complejas, hasta dónde podría haber llegado aquella incipiente amistad.

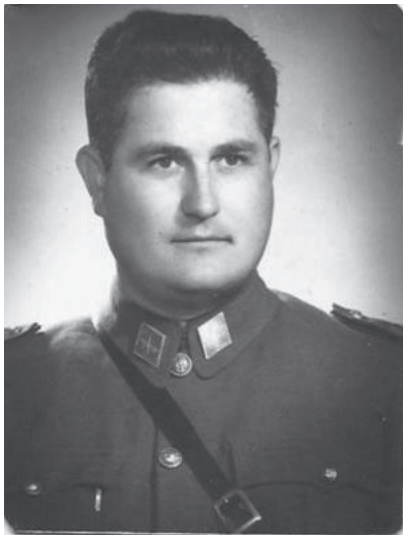
Como parte de los preparativos de su boda, Facunda tuvo que someterse a una exhaustiva investigación de sus antecedentes personales, familiares, historial de orientación política y comportamiento. Se trataba de un trámite ineludible que se exigía a todas las mujeres que aspiraban a casarse con un miembro de la Benemérita; era de la forma que tenía el régimen de Franco de controlar quién penetraba en el corazón –literalmente y también en sentido figurado– de sus fuerzas de seguridad. Tras mucho papeleo, Facunda pudo por fin vestirse de novia y cumplir su sueño en el año 1953, siendo consciente de que su vida iba a cambiar drásticamente. Sabía que se casaba no sólo con el hombre del que estaba enamorada, sino también con su profesión; no tenía más remedio que aceptar sin reservas –le gustase más o le gustase menos– todo lo que conllevaba, en aquellos tiempos de la dictadura, ser la esposa de un guardia civil.

*En enero de 1953 Vicente y Facunda se convirtieron en marido y mujer*

El cuartel de La Resinera fue el primer destino en el que tendría que residir el nuevo matrimonio, sin saber además por cuánto tiempo. Aquel apartado edificio, tan grande y bien construido, rodeado por un paraje natural casi idílico, impresionó a Facunda desde el primer momento, y al pasar por primera vez bajo los arcos enladrillados de la puerta principal se dijo que intentaría adaptarse al lugar y ser feliz.

Conoció a los seis matrimonios destinados allí, todos tan jóvenes como ella y su marido; algunos tenían niños muy pequeños. Y se llevó la primera alegría nada más llegar, al reconocer entre sus nuevos vecinos a Carmen. Pero, ¿era aquello posible…? Tenía ante sí a su amiga Carmela, su compañera de juegos y de pupitre cuando ambas estudiaban en el colegio del Sagrado Corazón, que –en una increíble coincidencia– también se había casado con un guardia civil, muy amigo de Vicente, y que del mismo modo había sido destinado a aquel retirado lugar. Efectivamente: Vicente y José Antonio Camposo –cuya historia se relata en el artículo

anterior– habían sido amigos y compañeros en el servicio militar, años atrás. Carmela y José Antonio llevaban viviendo casi un año en el Puesto Pinar de Alhama, y ahora la Providencia había querido reunir a los cuatro amigos otra vez.



*Vicente García Jiménez, guardia civil en el Puesto de Pinar de Alhama y marido de Facunda*

Facunda y Vicente se instalaron en uno de los pabellones –así llamaban a las viviendas situadas dentro del cuartel– que rodeaban aquel imponente patio central adornado con arcadas de ladrillo. Las casas eran pequeñas, pero cómodas. Cada una contaba con una cocina y su despensilla, un salón con chimenea y dos dormitorios; en aquella época, el servicio –"que no era cuarto de baño", explica Facunda– era común para todas las viviendas, y se encontraba en un rincón del patio. Con el tiempo se hicieron reformas y se añadió un servicio a cada vivienda, lo cual constituyó una gran mejora para todas las familias.

Pronto se habituó Facunda a la rutina de su nueva vida. Como la ventana de su cocina daba al patio central, cada día, mientras cocinaba o fregaba los platos, la muchacha se entretenía con el ajetreado trasiego del cuartel: las continuas idas y venidas de quienes vivían allí y de los que visitaban el recinto militar por cualquier razón, la distraían mucho. Solía madrugar a diario para atender los quehaceres de la casa, y cuando su marido se iba de servicio, le ayudaba a preparar el pesado macuto. –"Si el servicio era de varios días, el pobre se iba "cargaíco" como un burro", recuerda Facunda–. Lavaban la ropa en una acequia de agua transparente y abundantísima que corría por detrás del cuartel, tan fría en invierno que les congelaba las manos. También recuerda que algunas prendas del uniforme de sus maridos como la capa, la guerrera o el abrigo, no se podían mojar porque aquellas telas eran tan gruesas que "si se metían en la acequia y se empapaban, pesaban tanto que se iba una detrás", comenta ella entre risas.

Por las tardes, ya terminada la faena cotidiana, se sentaba a la orilla de la chimenea a coser o recibía las visitas de otras mujeres del cuartel –su amiga Carmela iba a verla todos los días–. Cuando el tiempo era bueno salían todas en grupo, con los niños, y daban un paseo por el sombreado camino del molino, que entonces estaba bordeado de árboles y casillas de las que

ya no queda ninguna. Solían llegar hasta el cercano pueblo de Fornes, que por aquella época era un lugar animado y con una tienda de comestibles, recuerda Facunda, muy bien surtida, a la que les gustaba ir de compras de vez en cuando. Otras veces, si tenían más ganas de caminar y la tarde estaba agradable, incluso llegaban hasta la localidad de Arenas del Rey.

*Facunda, embarazada, en compañía de su madre y otras mujeres del cuartel*

El trajín dentro y fuera del recinto militar era continuo. Los pueblos cercanos –Fornes, Jayena y Arenas del Rey– y la colonia de la fábrica de la Unión Resinera sumaban entonces mucha población, dedicada en su mayoría a la resinación, la agricultura y la ganadería, aparte de otros oficios tradicionales, que obligaban a los lugareños a recorrer aquellos caminos casi continuamente. Al Puesto de Pinar de Alhama también se acercaban algunos de ellos: Eufemiano el panadero, que acudía a diario al cuartel con su mulilla cargada de panes recién hechos en el molino de harina; el pescadero de Jayena, al que todos llamaban "Caracol", que pasaba por allí cada cuatro o cinco días, con su destartalada bicicleta equipada con unas alforjas repletas de pescado de varias clases; el quincallero, que surtía a las mujeres de los guardias civiles –en el pueblo las llamaban "civilas" o "civileras"– de hilos, agujas, medias, cremas y otros pequeños artículos femeninos, y que aparecía dos veces al mes… pero también había otras personas, como el ingeniero o el administrador de La Resinera, que visitaban el cuartel por el mero placer de un agradable rato de conversación con los guardias.

Cada estación del año ofrecía sus propios placeres, pero Facunda evoca con especial agrado el encanto de aquellas largas tardes de verano en las que, cumplidas las tareas de la casa, las mujeres del cuartel se llegaban, en su acostumbrado paseo con los niños, hasta el cauce del río Cacín. Una vez allí, dejaban pasar el rato sentadas tranquilamente bajo la sombra de los árboles, charlando de sus cosas, mientras los niños chapoteaban en las pocillas transparentes, intentando cazar los peces que nadaban en el agua o las ranas y cangrejos que se escabullían entre los juncos. La exuberante arboleda que existía en la zona mantenía los caminos en

sombra, y eran muchos los vecinos de los alrededores que también se acercaban al río para pasar unas horas al fresco.

Los días de invierno, en cambio, eran fríos y oscuros; llovía durante días enteros, y el viento sopaba a menudo con tal furia que amenazaba con arrancar los árboles que rodeaban el solitario cuartel. Pero dentro de las casas, bien provistas por La Resinera de leña para la chimenea y carbón para el hornillo donde cocinaban, las familias de los guardias civiles apenas notaban las inclemencias del tiempo. Cuando llegaba el mes de diciembre y terminaban con las faenas de la matanza, acostumbraban a prepararse para celebrar la Navidad todos juntos, por encontrarse la mayoría de ellos lejos de sus familias –algunos guardias provenían de otras provincias–. A ese efecto disponían, en la galería cubierta que rodeaba el patio del cuartel, una gran mesa donde se reunían niños y adultos alrededor de una sencilla comida navideña. De esa manera sentían menos la ausencia de los suyos, que estaban en algunos casos a cientos de kilómetros de distancia.

*Facunda junto a su marido, su madre y dos de sus hijos, en la escalera de acceso al cuartel*

Facunda era consciente de que ser la mujer de un militar suponía ciertas ventajas. Aparte de una vivienda digna en la que no faltaban la leña en invierno ni las viandas como carne, huevos y verduras de los que se proveían gracias al huerto y al corral de que disponía cada familia, se contaba también –de manera extraoficial– con los regalos que recibían de algunos vecinos, ya fuese por aprecio o por andar a bien con la Benemérita. Los cazadores de la zona solían obsequiar al cuartel con parte de las cabras monteses que se cobraban los días de cacería –dos cabras adultas a repartir entre las siete familias de los guardias–. Los niños que estaban en edad escolar acudían a la escuela de La Resinera aunque no fuesen hijos de los trabajadores, en cuya capilla también hacían la Primera Comunión. Asimismo, el camión de la fábrica de Fajalauza de Granada, que cargaba en La Resinera grandes remolques de leña para los hornos de cocer cerámica, solía llevarlas y traerlas de la capital cuando lo necesitaban, viajando con el conductor en la misma cabina. Y, si se precisaba un médico de urgencia, éste podía desplazarse al cuartel, evitando el penoso traslado a pie del enfermo. No tenían que pagar la electricidad, y a menudo los lugareños les ayudaban también a cultivar los huertos. En general, las esposas de

los guardias civiles se sentían respetadas por sus vecinos; unas veces por afinidad, y otras, sin duda, por temor a la autoridad que representaban sus maridos.

*Niños jugando en los alrededores del cuartel*

Pero no todo era miel sobre hojuelas. Ser la mujer de un guardia civil también implicaba una serie de exigencias y responsabilidades que a menudo resultaban muy duras de sobrellevar. Los guardias civiles sólo contaban con quince días de permiso al año, durante los cuales no podían ni quitarse el uniforme –es decir, vestir de paisano–, ni dejar su arma reglamentaria, que debían llevar literalmente encima en todo momento. Al estar de servicio permanente incluso durante sus contados días de descanso, no podían tampoco ayudar a sus esposas en nada. Si había que cargar paquetes pesados, o encargarse de varios niños a la vez, o realizar trabajos duros, todo correspondía a la mujer. El guardia ni siquiera podía meterse las manos en los bolsillos: debía llevarlas libres para poder empuñar su pistola rápidamente, en caso de urgencia. Cuando los niños enfermaban, era tarea de sus madres llevarlos al médico aunque fuese caminando durante horas, pues un guardia civil, si no estaba de servicio, se hallaba acuartelado y pendiente de otras obligaciones. "Nos veíamos igual que si fuésemos viudas, porque no podíamos contar con nuestros maridos en ningún momento", relata Facunda. Tanto era así, que ella misma se vio con la sola compañía de una matrona en los partos de sus hijos, pues Vicente se encontraba de servicio fuera del cuartel, y Facunda no sólo desconocía su paradero, sino que tampoco podía enviar recado para que le avisaran. Sencillamente, no estaba permitido.

Pero lo peor para ellas era acostumbrarse a las frecuentes ausencias de sus maridos. Al menos tras el fin de la guerrilla antifranquista los tiempos eran más tranquilos; pero la incertidumbre de no saber dónde y con quién estaban, o cuándo volverían, y la angustia ante el temor de que les ocurriese algún percance, agudizaban la punzada del miedo a medida que pasaban los días sin noticias de ellos. No respiraban tranquilas hasta que los veían entrar por la puerta. También tenían que cuidar en extremo de qué y con quién hablaban; no podían tratar con familiares o amigos de ideología contraria al régimen, pues se arriesgaban a ser castigadas "con rigor", según el reglamento. Tampoco recibían visitas, salvo aquellas previamente justificadas mediante informes y cuestionarios, ya que el acceso al interior del cuartel estaba restringido por lógicos motivos de seguridad. Y por si aquello fuera poco recibían, al igual que

sus maridos, las inspecciones por sorpresa de los mandos del Cuerpo, que terminaban de poner la guinda a aquel amargo pastel. Las visitas del teniente coronel Eulogio Limia eran, desde luego, las más temidas. Las mujeres de los guardias civiles sabían que cuando él llegase, entraría en sus casas para examinarlas de arriba a abajo, con ojo terriblemente crítico –incluso husmeaba el contenido de la olla que se estaba cocinando al fuego–. Cuando la revisión resultaba de su agrado, el teniente coronel felicitaba al guardia civil en cuestión –nunca a la dueña de la casa–; pero si algo no estaba en perfecto estado de revista, el castigo podía incluir severos correctivos para sus maridos, como traslados a otro cuartel e incluso penas de calabozo. Definitivamente, no era fácil ser la mujer de un guardia civil en aquellos tiempos.

*Edificio del antiguo cuartel, antes de que un incendio lo destruyese por completo*

El tiempo pasó inexorablemente. Tras el nacimiento de sus tres hijos y nueve años de feliz estancia, a pesar de todo, en el Puesto de Pinar de Alhama, Facunda y su marido se mudaron a otros destinos cuando sus mandos lo consideraron oportuno, y así prosiguieron sus vidas hasta que Vicente García Jiménez se retiró del Cuerpo de la Guardia Civil por edad, en el año 1971. Posteriormente trabajó, hasta su jubilación definitiva, como conserje de la Capilla Real de Granada. Facunda, que enviudó en el año 2001, lleva una vida apacible y recogida en Granada junto a sus hijos y, a pesar del tiempo que ha pasado, no ha olvidado aquellos años dichosos en los que convivió íntimamente con otras seis familias en el antiguo cuartel de La Resinera, al que no ha vuelto desde entonces.

*Facunda Angulo Moreno, en su casa de Granada*

Hoy, desde la perspectiva de los años transcurridos, Facunda se alegra de lo mucho que ha cambiado, y para bien, la profesión del guardia civil, y por lo tanto, la vida de estos militares y sus familias. Por fortuna dejaron de representar el poder autoritario del régimen de Franco para convertirse en lo que son hoy: una reconocida y respetada institución militar, al servicio de la democracia y de la sociedad civil. Aquellos –los de Facunda y Vicente, y los de tantos otros guardias civiles y sus familias que no tuvieron más remedio que amoldarse a las circunstancias– fueron otros tiempos, y la situación política, muy diferente. Pero ahí están; forman parte de la historia, y como dice José Antonio Camposo, "la Historia no está muerta, sólo dormida, y de vez en cuando hay que despertarla, para que no se olvide".

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: Archivo de la familia García Angulo y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 3 de septiembre de 2016*

## Una cueva con piedras, chorreras y esqueletos

*Aquellos chicos no imaginaban que una de sus travesuras cambiaría para siempre la historia de su comarca; ha pasado más de medio siglo y la aventura que ellos iniciaron, continúa.*

A finales de los años cincuenta del siglo XX, Maro –una pedanía de Nerja, compuesta por un puñado de casitas blancas asentadas entre la Almijara y el mar– era un lugar tranquilo, dedicado por entero a la agricultura y la ganadería, que aún se encontraba al margen del boom turístico que empezaba a alcanzar la Costa del Sol. La vida de los mareños se reducía a una invariable sucesión de días apacibles, en los que nunca ocurría nada especial. Las estaciones del año y las tareas del campo marcaban el ritmo del pueblo: los mayores trabajaban de sol a sol en sus quehaceres cotidianos y los menores, cuando no tenían que ir a la escuela rural o que ayudar a sus padres, jugaban en la calle, como hacían todos los niños hasta no hace demasiado tiempo.

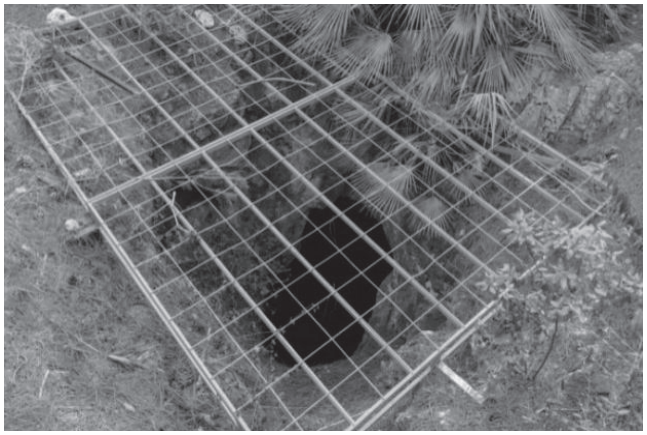
*Maro visto desde Nerja, a finales de los años cincuenta*

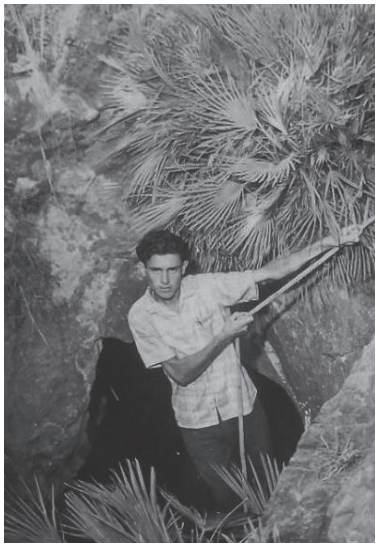
Miguel tenía trece años. Era el miembro más joven de un grupito de cinco amigos –en el que también se encontraba su hermano Manuel–, que solían pasar las tardes jugando por los alrededores del pueblo. Uno de sus pasatiempos favoritos consistía en ir a cazar murciélagos al lugar que allí todos conocían como las "minas del cementerio de Maro". Se trataba de dos oquedades naturales abiertas en pleno suelo, una grande y la otra más pequeña, en las que algunos vecinos tenían por costumbre arrojar los cadáveres de las vacas y las bestias de carga, por retirarlos del paso. De aquellas dos simas –o torcas, como las llamaban en el pueblo–, negras como una noche sin luna, salían todos los días al atardecer inmensas bandadas de murciélagos. Eran tan numerosas que la cuestión tenía intrigados a los chavales del lugar. ¿De dónde saldrá tanto bicho?, se preguntaban.

*Los cinco amigos, de izquierda a derecha: Miguel, José Luís, José, Francisco y Manuel*

Algunos chiquillos se organizaban en grupos para aventurarse por el interior de aquellas torcas, compitiendo y apostando entre ellos para ver quién cazaba más murciélagos aunque, una vez dentro, sólo se atrevían a avanzar unas cuantas decenas de metros. Se alumbraban con unas rudimentarias y pestilentes antorchas fabricadas por ellos mismos, que improvisaban sobre la marcha atando a un palo las suelas de goma de alpargatas viejas; luego, provistos de varas y de trozos de redes de pesca, atrapaban todos los animalillos que podían. Unas veces los mataban, y otras los sujetaban por las alas para juguetear con ellos y observarlos con curiosidad.

Miguel y sus amigos llevaban un tiempo queriendo averiguar la procedencia exacta de tal multitud de quirópteros. Al igual que otros niños, en varias ocasiones habían entrado en una de las torcas, gateando por su interior unos treinta o cuarenta metros, hasta que el pasillo se cerraba de tal forma que les impedía avanzar más. Para colmo, sus precarias antorchas humeaban demasiado: a menudo les costaba respirar allí dentro, y salían de sus incursiones con las caras tan tiznadas que, entre risas, contaban luego que se reconocían unos a otros por la forma de los dientes. Pero ellos sospechaban que aquella torca, o mina, o lo que fuese, tenía que ser más grande de lo que parecía a primera vista, pues una vez en su interior se apreciaban ciertas corrientes de aire –frescas en verano, tibias en invierno–, que evidenciaban que al otro lado de aquel estrecho paso tenía que haber algo más.



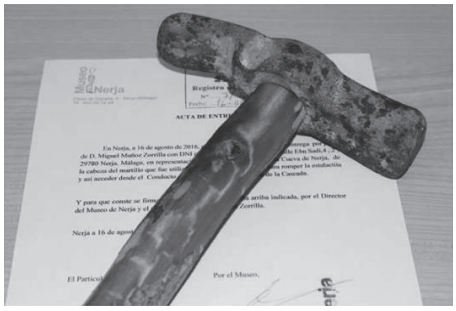


*Francisco en la torca o entrada natural por la que accedían al interior de la cavidad.*

Trazaron cuidadosamente su plan, y el doce de enero de 1959 decidieron llevarlo a cabo. Miguel y sus cuatro audaces compañeros, bien pertrechados –o eso pensaban ellos– con una linterna y un martillo cogidos a escondidas de sus padres, decidieron internarse todo lo que pusiesen en el interior aquella cavidad, para descubrir de una vez por todas de dónde salía tanto ratón volador. Uno tras otro, emocionados, los chicos se fueron descolgando al interior de la torca más pequeña, por ser la de más fácil acceso y no contener restos de animales muertos; una vez llegaron al fondo gatearon en fila india por aquel estrecho pasillo, que ya conocían de anteriores exploraciones.

Sintiéndose seguros gracias a la luz de la linterna que portaba Francisco –que encabezaba la marcha–, reptaron unas decenas de metros hasta llegar a una pequeña sala en la que apenas podían ponerse de pie; era el lugar donde se habían visto obligados a dar la vuelta en anteriores intentos. En ese reducido espacio existía una gatera, cegada por dos gruesas estalactitas de piedra que impedían el paso a través de ella. Llegó entonces el momento de utilizar el pesado martillo que acarreaban para ese propósito, y de unos cuantos golpes

rompieron limpiamente aquel obstáculo para poder proseguir con su exploración. Los cinco amigos eran conscientes de que a partir de ese punto iban a internarse en una zona desconocida para ellos, así que decidieron tomar algunas precauciones.



*Martillo original con el que rompieron las estalactitas que cerraban el paso a la cueva*

Se acordó entonces que los cuatro mayores entrarían por el agujero recién abierto y que Miguel, por ser el más joven del grupo, se quedaría en ese lugar, sin moverse un ápice, para dar la voz de alarma en el pueblo si acaso ellos no regresaran. Acto seguido, los cuatro muchachos se internaron muy decididos por aquella estrecha chimenea llevándose la linterna con ellos, y Miguel se quedó solo. Se sentó en el suelo, pegado a la pared, rodeado de la más negra oscuridad, e intentó no pensar en nada. Pero al poco rato escuchó –porque no veía en absoluto– que los murciélagos entraban y salían del mismo agujero por el que se habían marchado sus amigos, y notó que el miedo le erizaba el pelo de la nuca. Aterrado, decidió ponerse en pie y seguir a los demás. Cuando sus compañeros lo vieron aparecer detrás de ellos, blanco como el papel, no tuvieron más remedio que entenderlo, y así continuaron adelante los cinco, muy juntos, aun a sabiendas de que aquello que estaban haciendo era una imprudencia. Pero ya que habían llegado hasta allí no iban a volverse atrás.

Descendieron arrastrándose por la estrecha chimenea, que los condujo a otra sala diminuta, en la que notaron claramente un corriente de aire que venía desde abajo. Enfocaron la linterna hacia ese punto y vislumbraron una abertura pequeña, de la que salían algunos murciélagos. "¡Es por aquí, vamos bien!" gritó Francisco, entusiasmado. Ensanchó aquella brecha con los

pies, empujando hacia abajo sedimentos, piedras y tierra, y uno tras otro se internaron los cinco por allí. Se trataba de una inclinada rampa por la que prácticamente se deslizaron como por un tobogán hasta el fondo, un lugar que todos percibieron como muy amplio, oscuro y silencioso. Levantaron entonces la linterna, intentando adivinar el tamaño de aquella nueva sala, pero fue en vano, pues el haz de luz se perdió, como si fuese la llamita tenue de una vela, en la majestuosa inmensidad de aquel recinto. El techo, a muchos metros de altura sobre ellos, estaba literalmente tapizado por decenas de miles de murciélagos que dormían tranquilamente, suspendidos cabeza abajo.

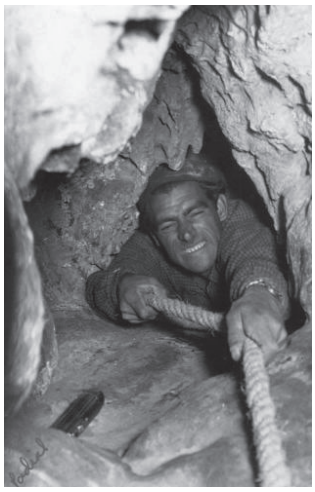
¡Por fin habían encontrado el lugar del que procedían aquellas bandadas! Pero ya no les importaban nada esos animalitos; los cinco muchachos habían perdido todo el interés por ellos pues ahora eran conscientes de que habían descubierto un lugar verdaderamente extraordinario. Espoleados por la curiosidad y la conciencia de su hallazgo, intuyendo más que viendo la grandiosidad de aquel sitio, caminaron por el suelo irregular y pedregoso, hundiéndose hasta las rodillas en el guano –el excremento de los murciélagos– acumulado allí durante cientos, tal vez miles de años. El puro miedo a lo desconocido les hacía avanzar pegados a las paredes de aquella monumental cavidad, al amparo de la luz amarillenta de su linterna. Maravillados y a la vez sobrecogidos, recorrieron un gran trecho hasta llegar a lo que ellos tomaron por una escalera construida por la mano del hombre, pero que en realidad era una cascada pétrea formada hacía cientos de siglos.

Treparon por aquella escalera natural y alcanzaron otra sala, también de dimensiones descomunales. Continuaron avanzando con precaución; ahora el terreno ascendía suavemente. Iban dejando, cada pocos metros, unas señales de piedra a modo de hitos, que luego les sirvieran para poder regresar a la superficie. Repentinamente, un crujido seco rompió el silencio absoluto que los envolvía. "Aquí se ha roto algo que he pisado" comentó uno de ellos, extrañado. Iluminaron el suelo con la linterna y con las manos retiraron la capa de guano que lo cubría todo, como una gruesa y polvorienta alfombra. Cuál no fue su sorpresa –y eso que creían que ya no podían asombrarse más– cuando ante sus ojos aparecieron los huesos de un esqueleto humano completo. Unos metros más adelante encontraron otro; entonces la

sensatez y el sentido común pudieron más que la fascinación que todos sentían. Decidieron dar media vuelta en ese momento, tras más de una hora caminando por las interioridades de la cueva.

*Uno de los esqueletos humanos encontrados en la cueva, de unos diez mil años de antigüedad, hoy conservado en el museo de la Fundación Cueva de Nerja*

El regreso fue arduo y lento, pues resultaba complicado trepar y girar el cuerpo a la vez, a través de los estrechos pasadizos por los que habían bajado tan rápidamente. Finalmente consiguieron salir al exterior y los cinco amigos, extenuados por el esfuerzo y la impresión, se sentaron al borde de la cueva, mirándose unos a otros en silencio. Después rezaron un padrenuestro por las almas de los dos esqueletos que habían encontrado; imaginaban que serían los restos de otros exploradores como ellos, que tal vez se habrían quedado sin luz, perdiéndose para siempre en aquellas galerías. Había que dar parte de todo lo acontecido a las autoridades. Pero, ¿cómo explicarían su hallazgo para que les creyesen? Pasó entonces por allí un labrador, al que intentaron contarle lo que había pasado; el buen hombre se limitó a decir que se dejasen de fantasías, que esa torca era tan sólo un agujero de zorros.



*La salida de la torca natural tenía pasos muy complicados*

Los muchachos decidieron relatar su aventura a los dos maestros de Nerja, don Carlos y doña Manuela, quienes, al escuchar a los chicos decir que habían encontrado "un lugar mágico con piedras, chorreras y esqueletos de tíos muertos, pegados al suelo" –esas fueron sus palabras–, pensaron que podría tratarse de un yacimiento arqueológico. A los cuatro días, el dieciséis de enero, los dos maestros y los cinco chicos, previsoramente equipados con varias linternas, pilas de repuesto, algo de comida y agua, unas cuerdas e hilo bramante para marcar el camino de vuelta, se encaminaron a la cueva y penetraron por el mismo sitio que lo hicieran los muchachos. Realizaron un recorrido completo por las distintas galerías y tomaron plena conciencia de la magnitud real del descubrimiento. Don Carlos dio entonces aviso a las autoridades de Nerja –a él le creyeron a la primera– y cuatro meses después, en abril, una expedición formada por un grupo del Frente de Juventudes de Nerja y el fotógrafo local José Padial, guiados todos por el propio Miguel –que se puso su traje de los domingos para la ocasión–, se internaron en la cueva para inspeccionarla y fotografiar su interior.

*Miguel, a la derecha de la imagen, acompañando al grupo del Frente de Juventudes*

Aquellas fotografías, que mostraron al mundo por primera vez el esplendor de la "Cueva de las Maravillas" –como se la había empezado a llamar–, se publicaron en un periódico de Málaga y terminaron de atraer la atención de todos. A partir de entonces una sucesión interminable de edafólogos, biólogos, espeleólogos, geólogos, arqueólogos y estudiosos de todo tipo se encargaron del resto. En junio de 1960, tan sólo un año y medio después del descubrimiento, la cueva se abrió oficialmente al público, y desde ese día la localidad de Nerja –que hasta entonces sólo era conocida por la calidad de sus batatillas– figuró en el mapa como lugar de peregrinación para profesionales y amantes de la Espeleología de todo el mundo. El resto de la historia de la Cueva de Nerja es bien conocida.

Los cinco muchachos, conocidos desde aquellos días memorables como "los descubridores", fueron homenajeados y recompensados económicamente. Además obtuvieron trabajo como guías oficiales de la cueva; Miguel comenzó a trabajar con quince años, y allí se jubiló. Han sido cuarenta y ocho años de plena dedicación al lugar, al que conoce y ama como si fuera su propia casa; uno de sus hijos ha seguido sus pasos y es también guía de la cueva. Casi todos los trabajadores actuales del recinto de la Cueva de Nerja han heredado el trabajo de sus padres, e incluso en algún caso, de sus abuelos. Se trata de esos casos afortunados en los que obligación y devoción se aúnan en una misma iniciativa.

La Cueva de Nerja se ha consolidado como uno de los monumentos naturales más visitados de España, y constituye una inagotable fuente de riqueza para la comarca. ¡Y pensar que durante miles de años sus secretos permanecieron ocultos a los ojos del hombre moderno...! Si no hubiera sido por la curiosidad de cinco intrépidos adolescentes, esta gruta extraordinaria quizá aún hoy seguiría inexplorada. Es posible –es seguro– que, escondidas bajo las laderas siempre verdes de Sierra Almijara, otras cuevas hoy inéditas estén esperando pacientemente a que nuevos aventureros se atrevan a buscarlas, a descubrirlas también.

*Los descubridores. De izquierda a derecha, Miguel Muñoz, José Luís Barbero (ya fallecido), José Torres, Francisco Navas y Manuel Muñoz*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: Carlos Luengo*

*Fotografías antiguas: José Padial, Archivo de la Fundación Cueva de Nerja*

*Publicado el 1 de octubre de 2016*

## Manuel, el resinero

*Dicen que de casta le viene al galgo. Manuel heredó el oficio –la tercera generación de resineros, tras su padre y su abuelo– casi inevitablemente, antes de ser capaz de decidir por sí mismo.*

Fornes es una pequeña localidad situada a orillas del embalse de Los Bermejales, entre Jayena y Arenas del Rey, hoy tranquila –quizá demasiado–, pero que en otros tiempos tuvo cierta relevancia. Y es que su proximidad a los principales caminos de arriería que enlazaban el interior y la costa, y a la productiva fábrica que la Unión Resinera Española instaló en sus cercanías, hizo de este pueblecito un lugar muy activo y frecuentado durante décadas. Pero la desaparición de estas actividades tradicionales, entre otras razones, obligó a parte de su población a emigrar hacia regiones con mejores perspectivas económicas. Hoy Fornes se resiste a perder entidad, a pesar de que su población va disminuyendo poco a poco. El colegio aún mantiene dos aulas abiertas con veintidós alumnos de infantil y primaria, y nuevas posibilidades para dinamizar la economía del lugar, como el turismo rural y los deportes de montaña, aparecen en su horizonte, bellamente enmarcado por las estribaciones de las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

Manuel Funes Rando es un forneño sencillo, amigable y cordial; ya ronda los ochenta años y dice muy orgulloso que es de las personas más mayores de su pueblo. Es evidente que le gusta mucho conversar y que posee todavía una energía digna de admiración, pues según comenta sale a menudo a dar largos paseos por la sierra. Durante su infancia y juventud trabajó como resinero –o resinador, que de las dos formas lo hemos oído decir– en los pinares de la sierra, oficio al que también se habían dedicado su padre y su abuelo. Tiene, quizá por eso, las manos agrandadas, rugosas, modeladas por años de duro trabajo, y la cara curtida como la corteza de un árbol –precisamente–, en la que brillan unos ojos sorprendentemente vivaces para una persona de su edad.

*Manuel Funes Rando*

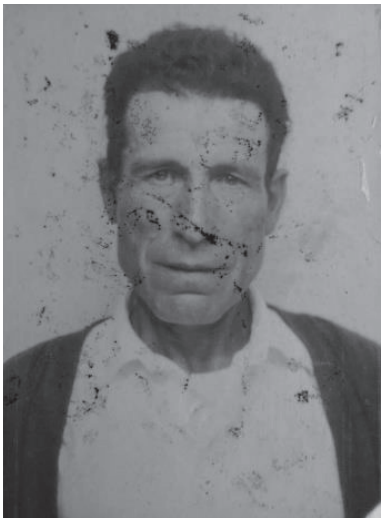
Le pedimos que nos explique cómo fue su vida de resinero, ese oficio que, tal y como se realizaba en sus tiempos, pervive ya tan sólo en el recuerdo de personas como él. Nos gusta escucharlo: hay algo en su forma de hablar –optimista, jovial, haciendo gala de un excelente sentido del humor– que resulta estimulante; la suya no parece la conversación de un anciano.

"¡Bueno!", comienza su relato," pues yo en mi vida he hecho casi de todo; desde los once años en que empecé a trabajar en los pinos, no he parado todavía. ¡Porque aún sigo haciendo cosas…! Es mi temperamento; yo no puedo estarme quieto, al menos eso me dice mi mujer", refiere mientras intercambia una sonrisa con Elvira, su esposa, que escucha la conversación sentada a su lado.

*Manuel en su juventud*

"Yo me crié desde chiquitillo faenando en el campo; conozco la sierra lo mismo que mi casa. No fui a la escuela, ¿cómo iba a ir? Aunque mi madre quería apuntarme a las clases, yo era el mayor de siete hermanos y en mi casa se pasaba mucha necesidad porque la época de la posguerra fue muy mala. Había miseria, sí señor, y no sólo en mi casa: en casi todas partes estaban igual. A mí no me da vergüenza decir que algunas veces hasta teníamos que buscar en el campo algarrobas, collejas, "chicorias" y cardillos para tener algo que comer. Fíjense cómo sería aquello, que en esa época algunos niños chicos se morían en el pueblo, porque sus madres no tenían leche para amamantarlos, ni tampoco harina para hacerles unas gachillas con que sacarlos adelante.

Entonces mi padre dijo que hacía falta meter otro jornal en la casa, y con cinco años ya me puso a ayudarlo tirando del ronzal del burro y aprendiendo a cultivar unas tierras que teníamos ahí, en la Cuesta del Carrascal. Cuando cumplí los once años quiso que trabajara con él en la resinación de los pinos, oficio al que también se había dedicado mi abuelo, igual que otros vecinos de por aquí. En la Resinera me hicieron un contrato y un seguro, con los que empecé a trabajar como si fuera un hombre, ¡pero era un chiquillo "ná" más! Yo era el más joven de todos los que iban a los pinos, pero no había más remedio…"



*Manuel Funes Muñoz, resinero antiguo y padre de Manuel*

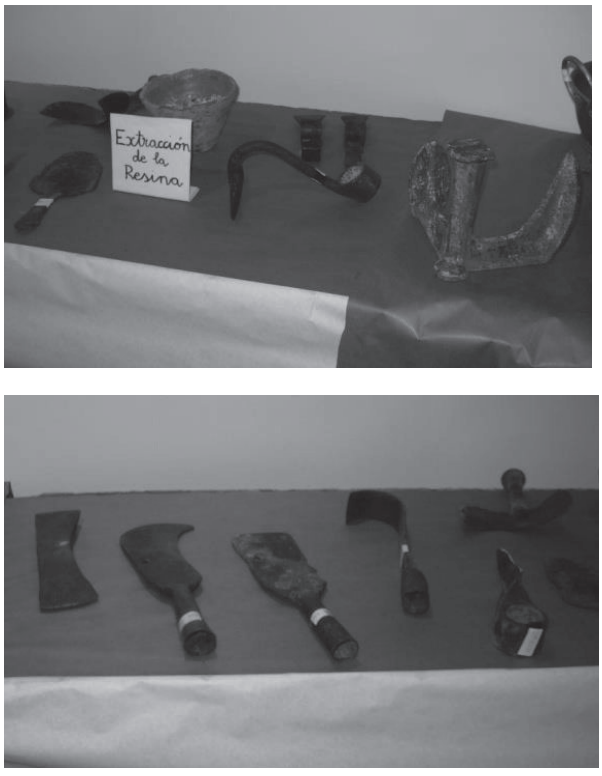
Manuel recuerda su época de resinero como si fuese ayer, a pesar de que abandonó el oficio hace muchos años. Ciertamente, no olvida los rigores de aquel trabajo; aun así, habla con una sonrisa del tiempo que pasó en los pinares.

"Nosotros vivíamos en Fornes, pero durante la temporada de la resina, que iba de marzo a octubre, nos mudábamos a los cortijos o las casillas que hubiera más cerca de los pinos que estábamos resinando, o sea, de los *cuarteles*. Un cuartel era, a ver si yo me explico, el número de pinos que se asignaba a cada resinero para trabajarlo. Unos cuarteles eran más grandes que otros; los había con cinco mil pinos, y otros que tenían hasta siete u ocho mil. ¡Y anda que la "panzá" de subir y bajar cuestas que nos dábamos por aquellos pecharrales! Así llegábamos a la noche, "entregaícos"… y eso sin contar la sed que se pasaba en verano si te quedabas sin agua y te pillaba lejos del río, porque la comida era siempre pan con tocino o migas con bacalao, que no sé qué estaba más "salao". Y diciendo esto, Manuel se ríe con tanta gana que contagia a todos.

*Las casas de La Monticana, al igual que otras repartidas por la sierra, se construyeron expresamente para los resineros y sus familias*

"Nos levantábamos antes del amanecer y caminábamos hacia los pinos mientras era de noche todavía; para cuando salía el sol teníamos que estar ya metidos en faena. Cargábamos todo el día con las herramientas a cuestas ¡con lo que pesaban!, además del cántaro de barro lleno de agua y la capacha con la comida para todo el día. Y hala, monte arriba y monte abajo, con frío o calor, estando malos o buenos. Sólo parábamos el rato para comer y cuando hacía falta afilar las herramientas –me acuerdo que un día me quedé dormido mientras afilaba el hacha, de cansado que estaba–.Y no terminábamos la faena hasta que se hacía de noche. Pero la paga no estaba mal, para los tiempos que corrían: la Resinera nos daba dieciséis pesetas diarias para cada jornalero. Había que aprovecharlo, porque los días de lluvia o nieve no se podía trabajar, y no se ganaba nada, ¡y en mis tiempos llovía mucho más que ahora!"

Mientras escuchamos el relato de Manuel recordamos haber visto pinos con las cicatrices de la resinación en lo alto de cumbres casi inaccesibles, y también en lo más profundo de abruptos barrancos; resulta inimaginable lo que debió ser la vida de aquellos esforzados resineros. Este empleo dio de comer a muchas familias de los pueblos de Tejeda, Almijara y Alhama, desde comienzos del siglo XX hasta que un atroz incendio ocurrido en el año 1975, de proporciones colosales, arrasó gran parte de la sierra, reduciendo a la nada no sólo los bosques de pino, sino también aquel oficio ancestral. Hoy en día existen en el Parque Natural iniciativas para la recuperación de esa actividad, pero quién sabe si saldrán adelante. Pedimos a Manuel que continúe con su interesante historia.




*Distintos tipos de herramientas usados en la extracción de la resina (cortesía de José Morales, de Jayena)*

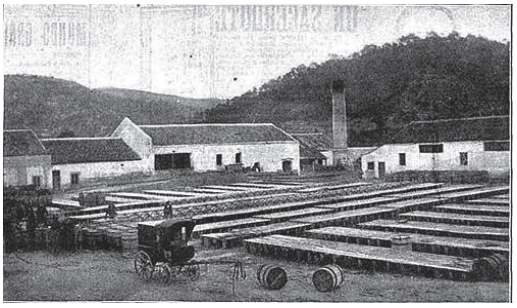
"Pues verán, cuando se nos asignaba un cuartel echábamos allí por lo menos cinco años de trabajo, hasta que esos pinos se agotaban y solicitábamos a la Resinera el cambio a otra zona. Lo primero que se hacía era la preparación de monte: con un hacha fina se quitaba un trozo de corteza a todos los pinos del cuartel; a esto lo llamábamos *roñar* el pino. Después, con el hacha gubia, se hacía el *asiento*, y con la cuchilla de media luna se tallaba una grieta donde se clavaba la latilla por la que chorreaba la resina; lo último era clavar una puntilla en la que se apoyaba el cacharro que iba recogiendo la resina. Si se resecaba el corte, lo refrescábamos para que el pino no dejara de *sudar*; a eso le llamábamos *dar la pica*. Teníamos varios tipos de hachas según el uso, y procurábamos que estuvieran siempre muy afiladas, tanto que pudieran cortar hasta el vello de un brazo. Se afilaban con el *esperón*, una piedra que llevábamos en el bolsillo.

Cada pino se resinaba sólo por una cara, aunque algunos eran tan buenos que se resinaban por varias a la vez, y cada temporada se iba subiendo la altura del cuenco que recogía la resina, cuando el corte ya cicatrizaba. Cada cinco años, o como nosotros decíamos, cada *quinquenio*, se *roñaba* otra cara del tronco, y así se continuaba hasta que todo el árbol estaba resinado. Los pinos más grandes llegaban a acumular cuatro o cinco quinquenios de trabajo. Algunos de esos árboles quedan todavía en la sierra; yo los conozco con sólo verlos, hasta desde lejos. ¡Y siguen verdes! Si quieren, les puedo llevar donde hay algunos".

*Resinando*

Agradecemos su ofrecimiento, y animamos a Manuel a proseguir con su narración.

"Cuando se llenaban los cacharros de resina, se reservaban hasta que llegaban los *remasadores*; ellos iban rellenando unas cántaras de metal con la resina almacenada y después las sacaban a cuestas, con lo que aquello pesaba, hasta las veredas, para que los arrieros las acarrearan en las bestias a la zona del *vacie*. Esas cántaras se volcaban en unas barricas grandes que se cargaban en camiones, y éstos llevaban toda la resina recogida hasta la fábrica de La Resinera. ¿Conocen ustedes la fábrica por dentro? Todavía se pueden ver cosas que quedan allí: algunas casas, la caldera, la chimenea aquella, tan alta… Yo iba a la oficina, como todos, para cobrar mi jornal, que nos entregaban a través de una ventanilla."



*Instalaciones de la Resinera en plena producción*

La colonia de la Unión Resinera Española, hoy Punto de Información del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, era el lugar donde se asentaba la fábrica y donde vivían muchos de los trabajadores con sus familias. En sus mejores tiempos llegó a albergar a más de cuatrocientas personas. Manuel recuerda aquel lugar a la perfección.

"La Resinera era como un pueblo, tenía de todo: sus casas, sus calles, su iglesia, su escuela, su economato para comprar los avíos, hasta un ventorro para los trabajadores había. También tenía un sereno para vigilar por las noches, un guarda mayor con uniforme que iba a caballo, y hasta un portero. En la portería, que era una casilla a la misma entrada, había un teléfono para hablar con el cortijo de Córzola y el de Fuente Barrera, que eran los únicos sitios que tenían teléfono de toda esta parte, en aquel entonces. Para alimentar la caldera se aprovechaban los pinos viejos que ya no servían porque estaban "mataos de caras", y la leña que resultaba de la limpieza del monte, que hacíamos nosotros mismos fuera de la temporada de resinación. ¡Anda que no gastaba leña aquella caldera, y el ruido que metía, con aquel runrún, runrún…!"

*Colonia de la Unión Resinera Española, en Arenas del Rey*

Manuel cuenta que continuó trabajando en la resinación hasta que cumplió los veinte años y lo llamaron para hacer el servicio militar. "Cuando terminé la mili ya no quise faenar más en la resina y así se lo dije a mi padre, que a eso yo no volvía más, ¡fíjense ustedes si terminé harto de aquello…!"Y añade que, durante ese tiempo, él se encargaba de escribir las cartas de algunos compañeros soldados a sus familias, pues ellos eran totalmente analfabetos. Y es que aunque Manuel no fue a la escuela como el resto de sus hermanos, pudo aprender a leer y escribir un poquito –para medio defenderse, como dice él– gracias a las enseñanzas de un familiar que iba a su casa por las noches para darle unas clases, tras la jornada laboral.

*Manuel durante el servicio militar*

Manuel cumplió su promesa y, a su vuelta, no volvió a trabajar en la resina. En lugar de eso, emigró al norte en busca de un porvenir mejor, como tantos jóvenes de la época, y sólo volvió a Fornes para casarse, en el año 1967, con Elvira Peregrina, forneña como él. Juntos se marcharon a Bilbao, donde ambos estuvieron trabajando en una fábrica y con el tiempo formaron una familia. Tras veinte años lejos de su tierra, Manuel y Elvira pudieron permitirse regresar a su pueblo natal y establecerse allí para siempre, donde llevan en la actualidad una vida feliz y tranquila, cerca de sus hijos y de sus nietos.

*Boda de Manuel y Elvira en su localidad natal, Fornes*

Manuel era resinero por tradición familiar, pero finalmente decidió terminar con un trabajo que no era para él. Escuchar de su boca los detalles de aquella forma de ganarse la vida es aprender sobre un oficio que –tal y como fue– ya no volverá, afortunadamente. Porque los resineros de hoy en día cuentan con ventajas que los antiguos no podían ni siquiera imaginar: buenos vehículos, mejores accesos a los pinares, equipamiento y tecnología modernos, comida abundante y de calidad, teléfonos móviles y tantas cosas más. Aquel riguroso estilo de vida, que sin testimonios como el de Manuel quedaría irremediablemente condenado al olvido, hoy puede ser conocido al divulgar estas historias, antes de que vayan desapareciendo quienes fueron sus protagonistas.

Ha sido un placer contar con la colaboración de este hombre, tan buen conversador y tan afable para todo el mundo. "Yo no tengo enemigos por ningún lado", comenta, sonriendo ampliamente; y cuando lo hace, sus ojos azules desaparecen casi por completo, convertidos en una hendidura más en esa cara de expresión llana y honesta, tan marcada por el paso del tiempo. Sí; estamos seguros de que así es, Manuel.

*Manuel y su esposa Elvira, en la Plaza del Portichuelo de Fornes, donde residen*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 15 de octubre de 2016*

## Una familia de cabreros trashumantes

*Bautista decía que él era cabrero y no pastor, porque –"ya se sabe, no es lo mismo"– los pastores guardan ovejas, los vaqueros, vacas, y los cabreros como él y su familia, guardaban cabras.*

A principios del siglo XX Frigiliana no era la turística localidad que es hoy, espejo del pueblo blanco andaluz, presente en todas las guías de viajes y cosmopolita como una gran ciudad, pues más de un tercio de sus residentes son extranjeros llegados de todas partes, atraídos por su clima y su tipismo. Hace un siglo era un sobrio conjunto de casas encaladas –bello también, en su rústica simplicidad– asentado al pie del Cerro del Fuerte, cuyas huertas y bancales, labrados con esmero, descendían hasta el río verdeando el paisaje circundante. Las calles estaban empedradas con cantos rodados, y se unían entre sí por recónditas escalerillas y callejones estrechos, empinados y a menudo bastante solitarios, porque sus únicos transeúntes eran los naturales del lugar. Y es que, salvo por el hecho de que el pueblo ya contaba con electricidad desde el año 1903, la forma de vida de los frigilianenses de aquella época no se diferenciaba mucho de la que habían llevado sus antepasados, generaciones atrás, en ese –por aquel entonces– apartado rincón de la Almijara.

*La Frigiliana de antes era un pueblecito modesto y rural*

En una de aquellas pintorescas calles blancas, concretamente en el número 9 de la Cuesta del Apero, vivía Bautista Ortiz Retamero, cabrero de toda la vida, con su familia. A aquel hombre bueno y cabal, respetado por todos en el pueblo, se le conocía más por su apodo que por sus apellidos –Bautista Ramona le decían, que era el nombre de su abuela–, como sucede en los lugares donde se acostumbra apodar a los vecinos. Bautista estaba casado desde el año 1928 con Ascensión García Martín, natural de Frigiliana como él mismo, con la que había tenido tres hijos: Antonio y José, los dos varones, nacidos en 1929 y 1932 respectivamente, y la niña de la casa, Dolores –a la que todos llamaban cariñosamente Dolorcica–, que nació en plena guerra civil, en el año 1938.

La casa familiar era una vivienda de regular tamaño, primorosamente blanqueada, típica de la comarca, situada en la parte alta de la calle. Contaba, entre otras dependencias, con un amplio corral interior –la majada– que era pieza común en muchas casas del pueblo en aquellos tiempos, pues los lugareños tenían por costumbre recoger por las tardes a sus valiosos animales domésticos, de los que dependían directamente –bestias de carga, cabras, gallinas, perros–, para que no pasasen la noche a la intemperie. Porque la vida ordinaria en la Frigiliana de entonces era así, campesina y austera. La mayoría de la población vivía de labrar el campo, de cuidar sus animales y de otros oficios tradicionales del momento y lugar; los vecinos se conocían entre sí de toda la vida, y los días se sucedían unos a otros lentos, pausados, con esa especial atmósfera de sosiego que, a pesar de la abundancia de faena, se respira siempre en el entorno rural.

*Calle Cuesta del Apero. La casa de Bautista y Ascensión era la última de la izquierda*

La familia Ortiz García, como casi todos los vecinos del pueblo, salía adelante a base de trabajo y más trabajo. En aquella época el dinero y la comida no eran precisamente abundantes, pero ellos eran felices: su modo de vida, aunque sencillo, les bastaba. Bautista solía decir que "por la puerta de un cabrero pasa el hambre, pero no sube el escalón", y estaba en lo cierto, ya que a los suyos nunca les faltó de lo más preciso. Ascensión cuidaba con celo de su casa y sus tres hijos, y Bautista llevaba en renta un nutrido hato de más de trescientas cabras, propiedad todas ellas de un vecino del pueblo. Bautista era cabrero desde niño y, desde luego, no le faltaban ni el gusto ni la experiencia; todos los días al amanecer salía de la casa con su rebaño, constantemente vigilado por las dos perras pastoras de la familia –Canela y Paloma–, mientras bajaban todos en tropel al son casi musical de los cencerros, a lo largo de las calles empedradas, atravesando el pueblo entre tapias blancas como la nieve camino de los pastos que había en los cerros cercanos.

Cada día las llevaba a una zona distinta, porque ya se sabe que a las cabras les gusta variar de sitio y de alimento, y no estaban de vuelta hasta que se ponía el sol. Sus dos hijos varones le ayudaban en todo lo que podían: el mayor, Antonio, ya desde los siete años acompañaba a su

padre con las cabras; "¡Antoñico, Antoñico!", le decía Bautista, "¡levanta de la cama que hoy te vienes conmigo!". José, el hijo mediano, se encargaba de barrer el corral y cuidar de los chotos en la época de cría, y la pequeña Dolorcica, como niña que era, ayudaba en la casa a su madre.

En esos tiempos, para muchos era de uso común el llevar en renta tanto terrenos como animales, pues gran parte de los cortijos y las ganaderías de entonces eran propiedad de unas pocas familias, las más acomodadas. Así que todos los años, tras la época de cría, Bautista pagaba sin tardanza al dueño de sus cabras la renta estipulada, que consistía en una chota de cada cinco que naciesen en su rebaño esa temporada. El resto de las crías habidas –las que sobrevivían, que no eran todas– correspondían a él y su familia, como ganancia. Se solía pagar en hembras porque eran consideradas más valiosas que los machos, ya que con el tiempo proporcionaban leche y más crías. Por eso todos los rebaños estaban formados por un mayor número de hembras; se conservaban los machos estrictamente necesarios para la cubrición, y los "mansos" –o machos castrados–, que eran los encargados de llevar los cencerros más grandes y pesados. Bautista, por ejemplo, disponía de veinte machos cabríos para más de trescientas cabras. Esta era una buena proporción, según él.

*Bautista fue cabrero vocacional toda su vida*

El suave clima de Frigiliana permitía al ganado disfrutar de alimento bueno y abundante durante gran parte del año; solamente durante los rigores del verano, cuando la hierba se agosta y el aire parece vibrar con los estridentes chirridos de las cigarras, los cabreros del lugar se veían obligados a buscar zonas con temperaturas más frescas para sus animales, donde no faltasen el agua y los pastos verdes. Bautista no era una excepción, y cada año a principios del mes de mayo, ya empezando a apretar el calor, la familia del cabrero al completo y su rebaño se preparaban para la travesía de la sierra de la Almijara desde Frigiliana –subiendo por el Puerto de Cómpeta, a lo largo de una ruta que seguía los senderos ancestrales de la trashumancia y la arriería– hasta el paraje conocido como el Haza del Aguadero, en la sierra de

Játar. Como su nombre indica, aquel era un terreno en el que confluían varias cañadas y cursos de agua, por lo que el pasturaje era abundante y duraba todo el verano, especialmente en aquellos años en los que llovía mucho. También existía allí un manantial hermosísimo que, más abajo de aquellos barrancos y ya convertido en el río Malinfierno, llegaba incluso a formar algunas pozas y cascadas. Allí pasaban Bautista y los suyos la temporada de canícula sureña, que iba desde primeros de mayo hasta principios de septiembre. Y no eran los únicos que se desplazaban hasta ese lugar: aquellos fértiles pastizales, pertenecientes al ayuntamiento de Alhama de Granada, tenían la fama bien justificada, y eran muchos los ganaderos y pastores que, como Bautista, arrendaban una parte de ellos para alimentar a sus animales –cabras, vacas y ovejas– mientras en sus territorios de origen las praderas, ajadas y resecas, aguardaban la llegada de las lluvias.

*Ascensión en su casa de la Cuesta del Apero*

No era cosa baladí la preparación de aquel traslado para varios meses. Bautista y su hijo mayor, Antonio, salían primero con los perros y el rebaño, y caminaban durante un día entero hasta llegar a su destino, pues las cabras –que conocían el camino a la perfección– hacían todo el trayecto "careando", es decir, deteniéndose continuamente para comer. Una vez que llegaban al Haza del Aguadero con el ganado, se ponía en marcha el resto de la familia. Ascensión y los dos hijos menores, José y Dolorcica, emprendían viaje ayudados por un arriero que transportaba sus pertenencias en un mulo. Se llevaban con ellos tan sólo lo indispensable: ropas, cacharros de cocina, utensilios de uso cotidiano y sus gallinas, que viajaban al modo de antaño, atadas por las patas y colgadas bocabajo de los serones del mulo. Como el camino era largo y pesado para los niños, solían hacer noche en el Cortijo del Daire, una gran finca –hoy en ruinas, como la mayoría de los cortijos antiguos de la zona– que se encontraba a la orilla del camino. Entonces habitaba allí una gran familia, con muchos hijos e hijas, que acogía de buen grado a los viajeros que llamaban a su puerta en busca de comida y posada.

Cuando la familia de Bautista se reunía en el Haza del Aguadero, procedían a arreglar entre todos la choza en la que se alojarían durante la temporada. En aquel terreno existían varias cabañas de pastores; solían habitarlas temporalmente otras familias que, al igual que ellos, venían de pueblos como Cómpeta, Acebuchal y Canillas de Albaida. Con planta de forma variable y el tamaño de una habitación mediana, las chozas estaban construidas con muretes de piedra seca, sobre los que se apoyaba una estructura de palos en forma de cono para dar altura al techo. Esta base servía de sujeción a una cubierta que se hacía superponiendo varias capas de lastones –plantas herbáceas, muy impermeables, que crecen a la orilla de ríos y acequias–, que se aseguraban entre sí con cuerdas de esparto, para que no se los llevase el viento. En el interior, el suelo de tierra se humedecía y apisonaba bien, de forma que no levantase polvo y se pudiese barrer. Las camas o catres eran una sencilla estructura de madera, lo justo para que los colchones no se apoyasen directamente en el suelo; éstos se rellenaban con lo que se tuviese a mano –que nunca era lana, pues ese trataba de un material considerado casi de lujo–; lo más corriente eran las hojas de palmito secas. Encima del colchón se colocaba una manta para que no pinchase aquel relleno vegetal y, sobre ella, la sábana encimera y otra manta, pues las noches eran frescas en la sierra, incluso durante verano.

*A pesar de su rusticidad, las chozas de pastores eran prácticas viviendas en verano*

La cocina consistía en un porche construido con palos –lo llamaban "enramada"– a un lado de la choza y, bajo ella, un hornillo para la lumbre hecho con piedras donde se cocinaba la cena, que para los hombres era el único plato de comida caliente del día, tras la jornada de trabajo. Mientras estaban en los pastos, los cabreros se apañaban sin problema con un poco de pan, unos pedazos de queso, bacalao o tocino, y unas uvas pasas. Y es que antes las cosas eran así: esas viandas, aparentemente frugales, bastaban para mantener activos durante todo el día a los hombres del campo, una raza fuerte y entera, hecha desde la infancia a las incomodidades de su trabajo.

Cada día, al caer la tarde, las mujeres del Haza del Aguadero encendían la lumbre en sus hornillos y el aire se impregnaba en un momento del rico olor a migas recién hechas, o a papas fritas, a cazuelilla y a carne frita; comidas aquellas que se hacían en familia y que calentaban los corazones de todos, a la vez que los estómagos. Llegada la noche y concluida la cena, las chozas se alumbraban con faroles y candiles de aceite, y a su luz amarilla y oscilante pasaban las mujeres un buen rato conversando y haciendo punto, mientras de un rincón cualquierabrotaba el contagio de unas risas, o una coplilla sostenida en el aire puro de la noche almijareña, mostrando el carácter optimista de aquellas gentes, que llevaban con dignidad y alegría la modestia de su condición.

*"Bendita sea mi suerte, / porque si la vida no fuera buena / es mucho peor la muerte…"*

Si precisaban comprar alguna cosa se acercaban a pie al cercano pueblo de Játar; entonces el trayecto se hacía por un cómodo sendero. Los hombres pasaban el día entero en el monte con los animales, mientras que las mujeres y los niños más pequeños se quedaban en las chozas haciendo queso, cuidando de los chotos, lavando y remendando ropa o preparando la comida de la noche. Siempre había quehaceres. Y así transcurrían los días para las familias de los cabreros, tranquilamente instaladas en aquel bucólico lugar, sin otro anhelo que terminar con bien cada uno su tarea, mientras –casi sin sentir– se iban sucediendo las semanas, las horas de sol se acortaban y el aire empezaba a refrescar, anunciando el final del verano.

A principios de septiembre, la familia de Bautista recogía sus enseres y se ponía de nuevo en marcha para volver a Frigiliana. Procedían de igual manera a la ida: primero se marchaban Ascensión y los niños con el arriero, mientras que Bautista y su hijo Antonio permanecían allí con las cabras un poco más, hasta que las cabras terminaban de apurar los pastos, fecha que solía coincidir con la llegada de las primeras lluvias otoñales.

*Los hermanos Ortiz García: de izquierda a derecha, Dolores, José y Antonio*

Durante muchos años la trashumancia, recorriendo la sierra detrás su hato de cabras camino de los invernaderos de Frigiliana en invierno y los agostaderos de Játar en verano, fue la principal ocupación de Bautista, Ascensión y sus hijos. Los tres hermanos crecieron, pues, yendo y viniendo de un lugar a otro junto a sus padres, trabajando duro, desde luego, pero también disfrutando plenamente del contacto continuo con la naturaleza, dueños y señores de la independencia y libertad de movimiento que les proporcionaba aquella forma de ganarse la vida.

Sólo vivieron con amargura, como tanta gente, los años oscuros en que los combates entre "los de la sierra" y los guardias civiles se extendieron por la zona. El miedo llegó a todas partes; también hasta las cabañas del Haza del Aguadero, pues algunos maquis asomaban por allí para aprovisionarse de alimentos, mientras que en los pueblos la guardia civil, que tenía muy vigilados los accesos a la sierra, exigía un permiso especial a todos los que se adentraban en ella, en el que había que especificar por escrito la zona a la que se iba, bajo pena de multa o castigo si se cambiaba de destino. Antonio, el hijo mayor de Bautista, incluso llegó a tener un encuentro casual con el mismísimo Roberto, jefe de la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga. Antonio, que entonces contaba dieciocho años, caminaba junto a un amigo por las cercanías del cortijo de Alcóncar cuando les salió al paso un guerrillero que los llevó –quizá para interrogarles– donde tenían su campamento. Allí Antonio pudo contar decenas de maquis, que justo en ese momento se disponían a dar buena cuenta de una enorme "sartená" de migas. Afortunadamente, el padre de su amigo era simpatizante de la causa republicana, por lo que los muchachos fueron invitados a comer con los fugitivos, entre quienes se encontraba ese día su jefe, Roberto. Mientras todos devoraban las migas con hambre canina, los dos chicos apenas si pudieron probar bocado, tal era el miedo que tenían. Pero no ocurrió nada; los trataron bien y, cuando les dejaron marchar, la única condición que les pusieron fue que no contasen a nadie que los habían visto por allí.

Mientras Antonio, José y Dolores vivieron bajo el techo de sus padres, se dedicaron gustosamente al pastoreo y la trashumancia, ocupación que llevaba en su familia más de tres generaciones; pero al casarse y emprender cada uno de ellos su propia vida cambiaron de actividad, pues los tiempos, inevitablemente, también estaban cambiando. Sólo Antonio, el mayor de los hermanos –"el más cabrero de los tres", según cuenta su hermana Dolorcica–, continuó durante un tiempo con ese trabajo, después de casado. Tanto es así, que su noche de bodas y los días siguientes los pasó con las cabras, allá en el Cortijo de La Fábrica –que era la choza de verano que existía por encima del Cortijo El Imán–, junto a su recién estrenada esposa Dolores, que le ayudaba en todos los quehaceres.

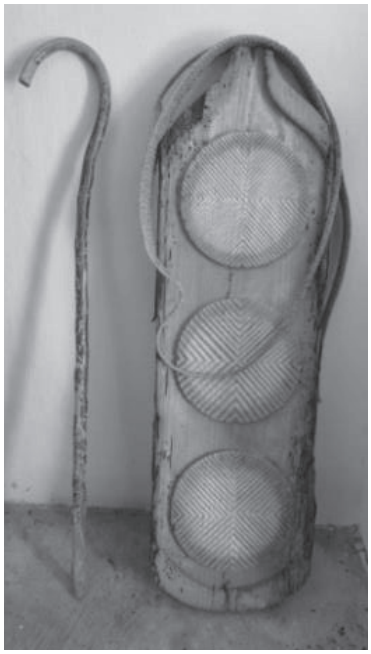
*Antonio y Dolores en el cortijo El Imán*

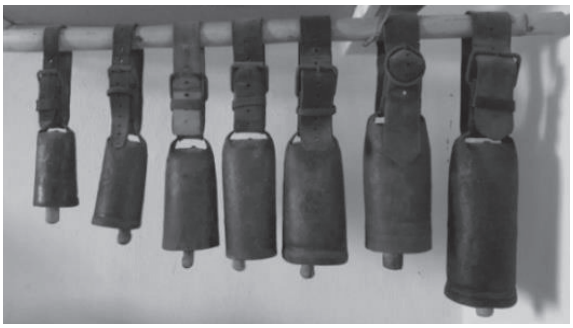
*Antonio y Dolores, en la actualidad*

Treinta y cinco años después de abandonar ese trabajo, en el verano de 1985, los hermanos Ortiz García quisieron visitar una última vez el paraje del Haza del Aguadero, al que no habían vuelto desde sus tiempos de cabreros. Ese día subieron por un carril desde la localidad de Canillas de Albaida, cómodamente sentados en un todoterreno –¡ay, de aquellos tiempos en los que tanto caminaban…!–, y con el corazón conmovido, pudieron comprobar lo cambiado que estaba el lugar; tanto, que casi no lo reconocieron. Encontraron un paraje menos verde, con menos cursos de agua –algunos arroyos estaban definitivamente secos, aunque la fuente grande aún resistía–; unos cuantos frutales asilvestrados –almendros, higueras y cerezos– que no estaban cuando ellos vivían allí, y las ruinas de un cortijo que se construyó unos años después de su marcha. Aun así, les gustó mucho volver a ver aquellas tierras y recordar su vida en las arcaicas cabañas –de las que no queda ni rastro– donde fueron tan felices.

*Ruinas del cortijo Haza del Aguadero, que sustituyó a las antiguas chozas*

Han ido pasando los años, y hoy los tres hermanos viven en Frigiliana, jubilados desde hace tiempo y muy cerquita unos de otros. Dolorcica reside en la antigua casa paterna de la Cuesta del Apero, que tiene a sus espaldas una maravillosa panorámica de las montañas de las que tanto dependió su familia en otros tiempos. Los tres hablan con cariño y respeto del oficio milenario del cabrero, y conservan cuidadosamente algunos utensilios de los que utilizaron en su época de trashumantes. Incluso recuerdan todavía los nombres con los que se identificaban los distintos cencerros de las cabras, que se clasificaban según su tamaño: el piquete, la pedrera, el cañón, el medio cañón, el cabestreño, el mediano y el medianillo, la cencerra, la arriera…





*El cayado, la mesa quesera y las pleitas, así como los cencerros, son los originales de la época*

La valiosa cultura trashumante, con miles de años de historia que la convierten en patrimonio de todos, no fue sólo una forma de vida, sino también una forma de pensar: la de aquellos hombres y mujeres que pasaban la vida al aire libre, con el horizonte como único límite ante sus ojos; hechos a todo, capaces de adaptarse a vivir con lo mínimo y donde hiciese falta, por incómodo que fuese, sin perder su buen humor.

Hoy son universalmente reconocidas las ventajas de la práctica de la trashumancia como medio de conservación y aprovechamiento del entorno natural: mantiene la biodiversidad, protege los bosques de los incendios, fertiliza el suelo por el paso del ganado, favorece la dispersión de semillas y la permanencia de vías pecuarias y senderos históricos, entre otros beneficios. Pero el progreso ha hecho de éste un oficio en serio peligro de extinción, mantenido a duras penas por los escasos pastores trashumantes que siguen recorriendo las montañas a través de las antiguas cañadas reales, aunque todavía sigue vivo en los corazones de quienes, una vez, vivieron de esta profesión. Personas como Antonio, José y Dolores; gracias al cariño con el que recuerdan aquella etapa de su vida, las costumbres de los antiguos cabreros trashumantes no caerán del todo en el olvido.

*Los hermanos Ortiz García, hoy. De izquierda a derecha, José, Dolores y Antonio*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Manuel Rodríguez Martos y archivo de la familia Ortiz.*

*Publicado el 29 de octubre de 2016*

# José, el albardonero

*José es el último representante en la Comarca de Alhama de un oficio secular, imprescindible en todas las comunidades rurales hasta hace unas décadas.*

Durante muchos siglos la albardonería constituyó una de las profesiones de mayor relevancia en el mundo campesino. Los albardoneros de oficio eran personas importantes y valoradas en la comunidad: recibían el título de maestros, es decir, eran considerados artesanos de primera; incluso fueron calificados por algunos como "los sastres de las caballerías". Llevaban a cabo una labor respetada y segura no sólo por su utilidad, sino también porque nunca les faltaba faena, y contaban además con la ventaja de trabajar bajo techo y no sufrir el desgaste físico de los trabajadores del campo. Este era, por tradición, un oficio vinculado al hombre, en el que raramente las mujeres tomaban parte, condición quizá heredada de la costumbre árabe, de la que nuestra albardonería tomó asimismo el gusto por los colores brillantes, los diseños ornamentales geométricos y las formas de hacer de aquella cultura. Ese legado se aprecia hasta en los nombres relacionados con el oficio, transmitido de padres a hijos a lo largo de muchas generaciones de estos artesanos.

*Mulos enjaezados a la antigua, con el aparejo completo típico*

Pero la modernización y el progreso llegaron, poco a poco, a todas partes. Con los nuevos medios de transporte y la introducción de maquinaria en la agricultura, quedaron atrás aquellos tiempos en que la vida y el trabajo de las gentes que habitaban en el campo dependían por completo de las bestias de carga –mulos, burros, caballos y bueyes–. Hasta entonces los arrieros, los labradores y en general la población rural trabajaba a diario, codo con codo, con las caballerías, que en muchos casos eran tratadas como auténticos miembros de la familia; tanto era así que se podía ver a hombres que salían adelante mal alimentados y mal vestidos, pero no así sus bestias, a las que no les faltaba ni su ración diaria de buena comida ni sus arreos y atalajes en perfectas condiciones. Mulos, burros y caballos eran generalmente cuidados con esmero por toda la familia, porque las economías domésticas –y tal vez mucho más– giraban en torno a tan nobles animales.

Fueron aquellos, desde luego, buenos tiempos para la albardonería. Entonces cada población, por pequeña que fuese, contaba con uno o varios maestros albardoneros entre sus vecinos. En la Almijara malagueña, por demás, se trataba de una profesión muy popular, pues gran número de locales se ganaba la vida mediante la arriería –comerciaban con todo tipo de productos, que transportaban desde la costa hasta los pueblos del interior–, y los servicios de estos artesanos se encontraban muy solicitados. Muchas eran, por lo tanto, las familias que durante generaciones se habían dedicado a la albardonería; una de ellas fue la de José Núñez Ocón. Hoy, con 74 años cumplidos, este vecino de Jayena es el último de los albardoneros que quedan en la Comarca de Alhama.

*José Núñez Ocón*

José Núñez forma parte de una antigua estirpe –hijo, nieto, bisnieto y tataranieto– de maestros albardoneros. Natural de Torrox, en la costa malagueña, recaló en la localidad de Jayena hace ya mucho tiempo, cuando era un niño de tan sólo cuatro años. Sus padres se habían trasladado a la Comarca de Alhama precisamente porque que en esa zona hacían falta buenos albardoneros. Allí creció José y allí conoció a Elisa, su mujer; lleva tantos años residiendo en esa villa que se considera un jayenero más. Ya jubilado, José lleva una vida familiar y sosegada; le gusta pasear por el monte a diario y, sobre todo, coger de vez en cuando su aguja para dar unas puntadas con vistosas lanas de colores a alguna pieza en miniatura de las que sigue realizando, por el puro placer de hacerlo. Porque José se resiste a abandonar del todo esa actividad: sabe que cuando lo haga, será ya para siempre. Ama ese oficio, que aprendió de su padre y de su abuelo, y que comenzó a ejercer profesionalmente a los dieciocho años; un trabajo al que están ligados sus mejores recuerdos de juventud.

*Ya desde muy joven, José decidió dedicarse profesionalmente a la albardonería*

En la misma casa en la que se enamoró de Elisa –pues eran vecinos desde niños– y en la que lleva viviendo más de cincuenta años, José conserva una habitación aparte, pequeña y especial, donde expone una muestra de sus trabajos. Pasea cada día por el mismo patio en el que jugaba de chico, hoy lleno de macetas y limpio como una patena; es el lugar en el que también, años después, se sentaría a trabajar junto a su padre y su hermano mayor. Ese querido rincón de su casa –sempiterno testigo de su vida– se llenaba hasta arriba con montones de serones y aparejos "por gobernar", gracias a los cuales no les faltaba el jornal durante todo el año.

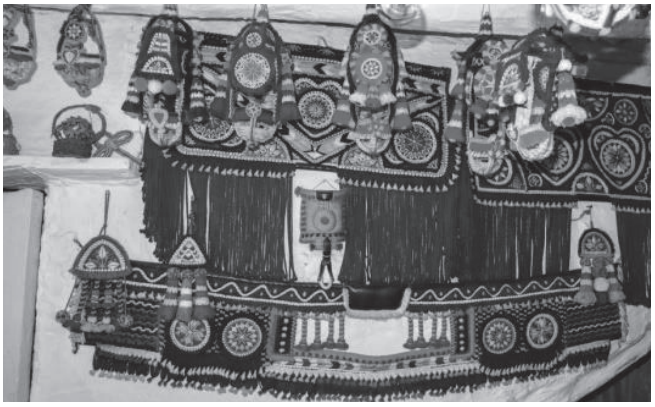
Los arrieros y labradores de toda la comarca solicitaban continuamente sus servicios, tanto para reparaciones como para hacerles encargos nuevos. Cuenta José que había épocas en las que no daban abasto, especialmente justo antes del verano, tiempo en el que comenzaban las tareas de recolección en el campo, y que los aparejos que arreglaban para la zona de la costa eran más lujosos que los que les llevaba la clientela de los pueblos cercanos, porque la vistosidad de los arreos –¡había que causar buena impresión!– era muy importante para los arrieros, que vendían su mercancía de cara al público.

*José en el acogedor patio donde trabajaba junto a su padre y su hermano*

Los arrieros, por la cuenta que les traía, eran bastante cuidadosos con sus caros aparejos: siempre los cepillaban tras el uso, además de procurar cubrirlos con una lona de goma cuando llovía, para que no se mojasen. En cambio, los trabajadores del campo reservaban el aparejo de lujo exclusivamente para ocasiones especiales como romerías, celebraciones y para visitar a las novias; el resto del tiempo utilizaban arreos muy sencillos, que requerían menos cuidados y reparaciones menos costosas. A la familia Núñez acudían clientes de todos los rincones de la comarca: de Jayena y Fornes, por supuesto, pero también de Arenas del Rey, Játar, Cacín, Albuñuelas, Los Bermejales y Alhama de Granada.

*Parte del trabajo en miniatura que José tiene en exposición: mandiles, ataharres, tameros, cojinetes, comodines, bastas, alforjas, bozales, jalmas y sobrejalmas*

El suyo era un trabajo razonablemente bien pagado; el precio se cobraba en función del tiempo que llevaba la confección de cada pieza. Ser albardonero también exigía poseer algunas cualidades específicas: habilidad, paciencia, buena vista, buen gusto para combinar diseños y colores y hasta buen humor –para no enfadarse cada vez que se daban mal las puntadas y había que deshacer lo hecho–. No era un trabajo duro pero sí muy minucioso, pues además de dar las puntadas exquisitamente iguales había que saber medir, hacer patrones, cortar, coser, bordar, encordonar, embadanar, rellenar, zurcir y remendar. Se necesitaban varios días para elaborar las piezas, más aún si se trataba de las más adornadas y lujosas –que luego se vendían en la guarnicionería de Juan Moral, en la calle Mesones de Granada–; por ello, con frecuencia, para sacar adelante todos los pedidos, trabajaba en ellos toda la familia.

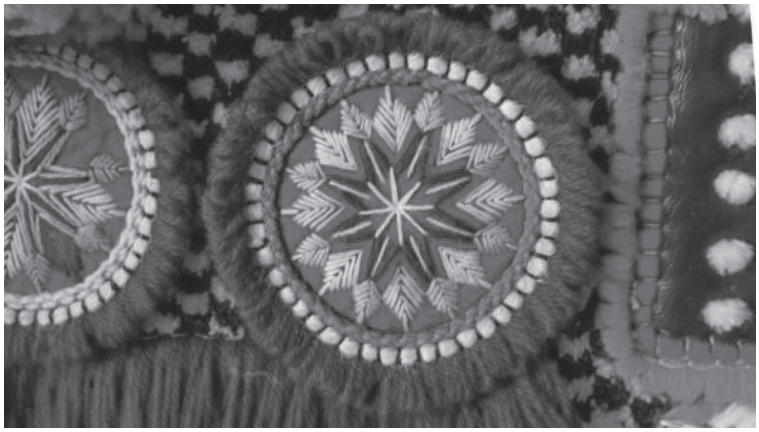


*Otra muestra de los trabajos expuestos: frentadas, bozales, mandiles y ataharres de lujo*

José evoca con detalle aquellos días, largos y tranquilos, en que se sentaban todos en su patio rodeados por un cerro de aparejos pendientes de arreglar y se pasaban horas y horas remendando, rellenando y bordando piezas, entre conversaciones y chascarrillos. A ello contribuían sobre todo algunos ancianos de Jayena –como Antonio Triguito, Antonio el costurero, Antonio el Floro y Fernandico– que, sobrados de tiempo libre, se acercaban hasta

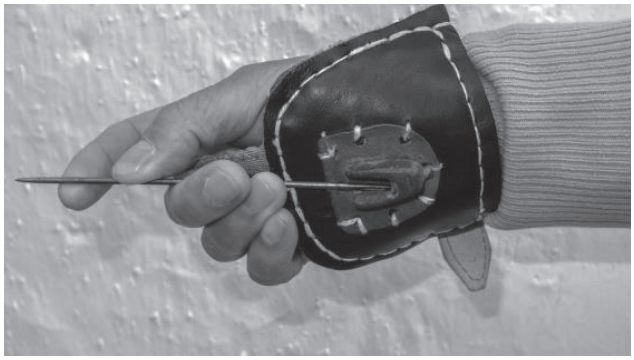
allí para departir amigablemente unos con otros, recordando anécdotas de sus buenos tiempos hasta tal punto graciosas y ocurrentes que José aún recuerda algunas.

"Pues cuando yo estaba en la mili", contaba uno, "había tantos piojos que una vez se me llevaron la manta arrastrando hasta la otra punta del cuartel". "¡Eso no es nada!", apostillaba otro, "Porque cuando estuve yo, había tantos piojos y chinches que una vez fui a echar mano a la navaja que llevaba en el bolsillo, y me encontré con que se habían comido hasta las cachas de madera, sólo el hierro habían dejado". "¡Pues menudas dentaduras tenían aquellos bichos!", soltaba otro, y todos reían tanto que José recuerda tener que levantarse del sitio para poder seguir trabajando.



*Detalle del preciosismo que caracteriza los bordados de José*

La albardonería era un oficio que contaba con un vocabulario muy particular, de nombres tan enrevesados –muchos de ellos de origen árabe– como los diseños que se realizaban, tales como jáquima, cincha, sudadera, tarabita, tamero, jalma, sobrejalma, basta, albardón, bozal, borla, rocón, frentada, mandil, carona, comodín, alforja, cojinete, ataharre, badana, etcétera. Las herramientas del albardonero consistían principalmente en la almaraz o aguja de gran tamaño, que usaban de distintos calibres; el palmete, que es un protector de cuero con una pieza de hierro en el centro para apoyar la aguja –el de José perteneció a su bisabuelo y tiene más de ciento cincuenta años de antigüedad– y la baquetilla o hierro para rellenar de paja jalmas y albardones; además utilizaban punzones de distintos tamaños y tijeras, entre otras cosas. Se empleaban materiales como las lonas de algodón, lanas e hilos de todos los colores salvo el gris: no se usaba en albardonería por no combinar bien con otros; telas de estambre, hilo guarnicionero y cuero para remates, aparte de la paja de centeno y el tamo para rellenar los distintos aparejos. Éstos, dependiendo del animal al que estaban destinados, se clasificaban como asnal, mular, entremular –para animales de tamaño intermedio– y caballar. Cada albardonero procuraba dejar su sello personal en sus trabajos para que fuesen después reconocibles; ello redundaba directamente en su prestigio como artesano.



*Almaraz (aguja) y palmete, en posición de trabajo*

*Baquetilla o hierro para rellenar de paja los distintos aparejos; a la derecha, detalle del extremo superior*

Cuenta José que a partir de los años setenta del siglo XX empezó a escasear el trabajo y a decaer rápidamente la demanda de aparejos. El progreso alcanzó también al campo y los animales fueron sustituidos, lógicamente, por la eficiencia de las máquinas. Entonces nuestro amigo no tuvo más remedio que ir compaginando su profesión de albardonero con otros trabajos estacionales, hasta que finalmente se jubiló. A pesar de ello, todavía dedica parte de su tiempo libre a realizar pequeños trabajos de albardonería, unos para vender –si alguien está dispuesto a comprar– y otros para exponer en su pequeña salita, habilitada para ello. Algunos días, cuando hace buen tiempo, se sienta en su patio recoleto, lleno de macetas y de sol, y empuña sus herramientas como antaño para elaborar preciosas miniaturas, tan detalladamente y con la misma dedicación como si se tratase de encargos de verdad.

Nuestro amigo José es el último maestro albardonero de la Comarca de Alhama y lo seguirá siendo hasta el final de sus días; por su trabajo se han interesado incluso, en varias ocasiones, algunas publicaciones y programas de la televisión autonómica y local. Es el último eslabón de una cadena de seis generaciones de artesanos de la albardonería, una actividad histórica hoy en inevitable extinción. José es consciente de que con él terminará ese modo de vida, pues ninguno de sus hijos ha decidido continuar con el oficio. Afortunadamente contamos con relatos como el suyo y con la oportunidad de verlo trabajar de igual forma que antes se hacía. Así no se olvidarán aquellos tiempos en los que ser maestro albardonero era ser alguien importante; aquellos tiempos, no tan lejanos, en los que hombres y animales trabajaban juntos, como uno solo.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 14 de enero de 2017*

## Rosa, la niña de la Venta de López

*Como otras mujeres antes que ella, Rosa nació en una época difícil de la que, a pesar de las circunstancias que le tocó vivir, guarda muy buenos recuerdos.*

"Yo me crié en un cortijo que le dicen la Venta de López, ¿sabe usted? Allí vivía mi familia desde los tiempos de mi abuelo, que era peón caminero. Un buen día le dieron recado de que había un cortijo en arrendamiento que se había quedado vacío, y allá que se fue porque entonces la vida estaba muy mala…" Así comenzaba Rosa Márquez Molina su narración el día que la conocimos, allá por el otoño de 2013. Después de ese día volvimos a su casa de Játar en varias ocasiones, porque queríamos seguir escuchando más relatos de los que ella y su marido, Juan Mediavilla Fernández, guardan tan buena memoria: las peripecias de una excelente familia que durante tres generaciones vivió y trabajó en una finca muy conocida en aquel tiempo, situada junto al histórico Camino de los Arrieros.

*Rosa sonríe mientras sujeta su mortero, hecho con un recipiente de arcilla de los que utilizaban los antiguos resineros*

No había vuelto a ver a Rosa hasta hace unos días. Ella esperaba en su casa, con esa amabilidad suya, tan discreta, y con su mejor sonrisa a pesar de que su salud no es ya la que era. Durante mi visita Rosa revivió, como suele hacer, algunos momentos –duros a veces, pero también entrañables– de su infancia y juventud en la Venta de López, que recuerda como si fuesen de ayer mismo. El sencillo día a día de una niña solitaria, la menor de nueve hermanos ya mayores –seis varones y tres mujeres– que siempre andaban atareados en las faenas de la casa y el cortijo. Una niña que no iba a la escuela porque su casa quedaba demasiado lejos del pueblo; que jugaba sola a las casitas en la era del cortijo, con pedazos de loza y piedras del río; que no celebraba nunca su cumpleaños porque ni siquiera sabía cuándo era. En definitiva, la hija más chiquita de un matrimonio a la antigua usanza, en el que un padre severo y excesivamente autoritario y una madre afligida y agobiada –como tantas mujeres de antes– por el exceso de trabajo, no tenían apenas tiempo para dedicarse a la más pequeña de la casa.

*Rosa (en el extremo inferior derecho, sentada en el suelo) junto a otras niñas, durante las fiestas de Játar*

A pesar de ello, Rosa añora su infancia en aquel rincón de la Almijara. Entonces, la Venta de López era en un cortijo grande y próspero, que su familia ocupaba desde hacía muchos años. Tenían sus vacas, cabras, cerdos y gallinas, dos hortalizas y mucho terreno de labor –hasta donde se podían roturar las laderas que rodean el cortijo– en el que se cultivaban habichuelas, garbanzos, maíz, trigo, cebada… El agua era abundante "porque entonces llovía", dice ella, "mucho más que ahora". Y cuenta también de aquellos inviernos de antes, tan crudos que el agua se congelaba en los caños de las fuentes e incluso en los cántaros dentro de la casa; que el agua del río Añales se helaba hasta tal punto que les hacía sangrar las manos cuando lavaban allí la ropa; que cuando caía la nieve, lo hacía durante días seguidos, cubriendo de tal forma campos y senderos que los animales debían quedarse encerrados en los corrales, porque no podían salir a pastar. ¡Y qué decir del frío que pasaban en los pies, cuando salían al sendero nevado calzados tan sólo con las agobías de esparto –un tipo de abarca– que les hacía su padre! Ni siquiera se atrevían a plantar flores, porque sabían que terminarían congelándose incluso durante la primavera…

Cuando no tenía que ayudar a su madre o sus hermanas mayores, la pequeña Rosa se entretenía fácilmente con cualquier cosilla; jamás se sintió sola a pesar de no tener amigas de su edad. Además, en el cortijo vivía con más gente además de sus padres y sus hermanos: un tío soltero, el vaquero, el cabrero y otros trabajadores que se alojaban con ellos. Pero lo que más animaba el lugar era el continuo ir y venir de personas –"aquello era igual que una calle" recuerda Rosa–, pues la venta se situaba al borde de un camino que enlazaba los pueblos de Granada y los de la costa, atravesando la sierra. Por eso durante todo el año arrieros, resineros, jornaleros y caminantes de todo pelaje pasaban a diario por delante de su casa. Con muchos de ellos trabaron gran amistad, como fue el caso del humilde arriero Planas –a quien

solían hacer algunos encargos–, que pasaba casi todos los días por allí con un pesado saco a cuestas, "porque el pobretico no tenía para comprarse una bestia", añade Rosa.

Cuenta que recuerda a su madre, la buena de María, siempre cocinando. En verano y en invierno, sudando a chorros junto a la gran lumbre de la cocina, trajinando a todas horas con enormes ollas y sartenes pues, previsora como nadie, María preparaba grandes cantidades de gachas, patatas fritas, migas, potaje o puchero con los que daba de comer a todo aquél que se detenía en su casa. “El que venga con hambre, que coma”, solía decir sencillamente. Y así era. Cuando llegaba la hora del almuerzo o la cena –aunque en su casa no había relojes, se regían muy bien por la luz del sol. "¡Ya va el sol por los tajillos, niña, hay que poner el puchero!” – se ponía la mesa de la cocina con la fuente en el centro, se repartían las cucharas que había, y si éstas faltaban se improvisaban más con cascos de cebolla, y todos los que allí estaban ese día se sentaban y comían juntos, como si fuesen de la familia.

Los días transcurrían entregados a la faena habitual de una casa de campo. Los hombres labraban los campos con yuntas de vacas y cuidaban del ganado. Las mujeres atendían la casa, amasaban pan dos veces por semana, hacían queso y requesón en primavera, conservas y dulces en otoño –rosquillas, borrachuelos– y la matanza cuando llegaba la Navidad. También fabricaban cal y jabón. Aunque era chiquita, Rosa ayudaba contenta en las tareas que le encargaban. Cuando anochecía, todos se sentaban a la luz del fuego y los candiles; a veces ponían un disco en el gramófono –no tenían radio porque a su padre no le gustaba– y mientras los hombres fumaban y conversaban, las mujeres remendaban calcetines, pantalones y camisas de trabajo. Si había que hacer ropa nueva, se compraban las piezas de tela en Alhama y contrataban la ayuda de dos mujeres que venían del pueblo, con su máquina de coser portátil: Inocencia "la cortaora" y Virginia "la clavicos".

*Rosa junto a su madre, María, una mujer buena y valiente que se desvivió hasta el final de sus días por sacar adelante a su familia*

Pero esa vida trabajadora y apacible quedó interrumpida por culpa de la guerra y la posguerra. A la Venta de López llegó, para quedarse, un destacamento militar compuesto por seis guardias civiles y un cabo, destinado a la protección de esa zona frente a los asaltos de los guerrilleros antifranquistas, o “los de la sierra”. Qué años tan amargos, cuánto sufrimiento

acarrearon a los habitantes de la Almijara; a pesar de que Rosa entonces sólo tenía nueve años, se acuerda muy bien de esa época de miedo e incertidumbre. "Un grupo de los de la sierra se presentó en mi casa, encañonaron a mi padre y se llevaron lo que teníamos: tocino, aceite, quesos y pan, además de dos escopetas de caza y veinticinco duros de plata que mi padre guardaba bajo un colchón… ¡cómo lloraba yo del susto!", comenta Rosa.

*Los guardias civiles asentados en la Venta de López, el día que recibieron la visita de dos compañeros*

En un primer momento, los habitantes del cortijo y el grupo de militares compartieron vivienda e incluso provisiones; afortunadamente, entre ellos había muy buena relación. Pero al poco tiempo la familia se vio obligada a dejar su casa y trasladarse a Játar. Esa situación duró siete años –de 1946 a 1952– que a todos parecieron interminables. Los hermanos de Rosa subían a diario para atender a los cultivos y el ganado, y por la noche volvían al pueblo para dormir. Arriba, en la venta, quedaban apostados los guardias civiles junto con un grupo de soldados venidos de Marruecos –habían plantado su "haima" en la era en la que Rosa solía jugar– que les servían de apoyo en las tareas de vigilancia.

Durante esos años en el pueblo Rosa pudo ir a la escuela y hacer amistad con niñas de su edad, conocer a otras personas y madurar en un ambiente más adecuado para una chica, aunque echaba de menos su casa del campo. Cuando la guerrilla desapareció definitivamente, la Guardia Civil levantó sus asentamientos y la vida rural volvió de nuevo a los pueblos y cortijos de la Almijara. La familia de Rosa regresó también, y todos retomaron el hilo de sus vidas donde lo habían dejado, aunque algunas experiencias –como cuando su padre fue encarcelado, acusado de dar apoyo a "los de la sierra"–, los habían cambiado para siempre. Rosa también había cambiado, y en más de un sentido; ahora era una muchachita de dieciséis años con novio formal y la ilusión de tener su propia casa y formar una familia.

*Rosa y Juan*

La rutina habitual del cortijo volvió a ocupar las vidas de todos. Rosa recibía con frecuencia la visita de su novio, Juan Mediavilla, quien, una vez obtenido el permiso de los padres de ella, iba a verla siempre que podía. Cada domingo, muy tempranito, el muchacho aparecía por el sendero que venía del pueblo, unas veces a pie y otras sobre una mula, y pasaba el día con ellos en la venta; así fue durante siete años, hasta que cumplió el servicio militar y la pareja pudo casarse, en Játar. El joven matrimonio se trasladó entonces al pueblo; Juan llevaba en renta un rebaño de cabras y, trabajando como cabreros trashumantes, ambos pasaron muchos años también conociendo otros lugares: Peña Escrita, Fuente Barrera, Haza del Aguadero, la Cueva del Puerto, la sierra de Dúrcal, el Barranco de la Herradura… vivían muy sencillamente, casi con lo justo, trabajando mucho y siempre con los enseres y los niños de un lado a otro, pero tampoco necesitaban más: estando todos juntos, ellos eran felices. Rosa y Juan tuvieron tres hijos: Juan, Rosa María y José Luis, y con el tiempo, cinco preciosos nietos.

*El día de su boda*

*Juan y su familia se alojaban a menudo en chozas de montaña (Haza del Aguadero), y aprovechaban los recursos que la naturaleza ponía a su alcance, como la recolección de miel de abejas silvestres (alrededores de la Cueva del Puerto)*

"¡La vida corre en un suspiro! Cuando quieres acordar ha pasado, te pones vieja y no te has dado ni cuenta" dice Rosa, acariciando con mirada nostálgica sus fotos de niña. Hoy ella y su marido son ya mayores; viven, desde hace más de treinta años, cómodamente instalados en una acogedora casita a la entrada de Játar –que compraron, precisamente, abonando su precio con cabras en lugar de con dinero–.El anciano matrimonio continúa queriéndose entrañablemente, tanto como el primer día. Y, a pesar de que no les falta de nada y viven rodeados de familia y amigos, Rosa dice que, algunas veces, ella todavía añora la vida que llevaba de chiquilla allá en su querida Venta de López, a la que ha vuelto con su familia en varias ocasiones, a pesar de que no le gusta verla tan abandonada. Porque su antigua casa ya lleva más de cincuenta años deshabitada y con el paso del tiempo se ha convertido en una aislada ruina de la que se cuentan ciertas historias, unas reales y las otras… quién sabe.

*La Venta de López, en la actualidad*

Para Rosa Márquez ese rincón de la sierra siempre será su hogar, el primero y el más querido de todos; el lugar donde pasó los años cruciales de su niñez y juventud, aunque algunos momentos no fuesen precisamente de color de rosa. Una infancia sencilla, con algunas carencias materiales –como la de tantos niños de su época, por otra parte–, pero vivida con una felicidad palpable y plena, de la que es muestra innegable el cariño con el que la recuerda hoy, para todos nosotros. Gracias, querida Rosa, por enseñarnos a conocer un poco mejor la historia de lugares tan emblemáticos como un día lo fue la Venta de López.

*Rosa y Juan*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Manuel Rodríguez y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 28 de enero de 2017*

## Pedro, el Guarda Mayor

*La de Pedro es la historia de un amor y entrega incondicionales a la montaña donde creció y donde ha vivido siempre, a la que quiso dedicar toda su vida profesional como Guarda Mayor.*

Sin duda, aquellos que mejor entienden la montaña son quienes desde siempre vivieron de sus recursos: pastores, arrieros, leñadores, labradores… pero, ¿qué hay de los que velaron –y velan– por ella día y noche, dedicando ese esfuerzo a la conservación de sus parajes? Es la impagable labor de los guardas y agentes medioambientales, verdaderos ángeles custodios de la Naturaleza sin cuyo tesón, constancia, voluntad y trabajo, probablemente, la realidad de nuestros espacios naturales protegidos sería muy distinta.

*Pedro Aguilar Miranda*

Pedro Aguilar Miranda fue, y sigue siendo en espíritu, uno de ellos. Nació en Málaga en 1939. A los pocos días de nacer, su familia se trasladó a una finca de los Montes de Málaga donde su padre trabajaba como repoblador forestal, por lo que sus primeros recuerdos están unidos a aquellas sierras y a la casa donde se alojaban, tan grande que tenía hasta un molino de aceite y un lagar. Aun hoy dice Pedro que puede escuchar el ulular de aquel búho misterioso, que todas las noches se posaba en el castaño centenario que había detrás de su casa… La familia de Pedro estaba compuesta por sus padres, él y sus cuatro hermanos, más dos perrillas, Chispa y Golondrina, y todos se tenían que apañar con el jornal –de tan sólo cinco pesetas– que ganaba su padre plantando pinos en la sierra, inclinado sobre la tierra de sol a sol.

*Pedro junto a su hermano mayor, Pepe*

El niño disfrutaba acompañando a su padre al campo y ayudándolo en pequeñas tareas; así se aficionó también a la compañía de los adultos, sobre todo a la de unos ancianos muy parlanchines cuyas historias de cuando ellos eran jóvenes escuchaba embelesado. Dados los tiempos que corrían, también vivió momentos difíciles: los maquis merodeaban por aquellas sierras y pasaban por las casas cuando menos se les esperaba, armados hasta los dientes pero sin hacer daño, pues se limitaban a comer algo y marcharse. Pedro recuerda a sus padres advirtiéndoles con gravedad que no contasen nada a nadie, pues irían todos la cárcel. "¿Por dar de comer a esos hombres podemos ir a la cárcel…?" se preguntaba el niño.

El pequeño Pedro heredó de su padre y de su abuelo un respeto incondicional por la Naturaleza. En el año 1946 –él tenía siete años– su familia se trasladó al pueblecito de Alcaucín, pues su padre faenaba entonces repoblando el pinar de Sierra Tejeda, que había quedado totalmente deforestada por la explotación masiva de la leña y el carbón. En aquellos tiempos Sierra Tejeda formaba parte del Patrimonio Forestal del Estado, y en las labores de repoblación trabajaban muchos habitantes de los pueblos cercanos: de ahí el amor de los lugareños por sus montañas. Cuando cumplió los catorce años, el chico entró a trabajar en el vivero del cortijo El Alcázar; era un trabajo duro pero del que guarda muy buenos recuerdos, sencillamente porque el trabajo de campo le gustaba mucho.

*Alcaucín se asienta en la ladera suroeste de Sierra Tejeda*

Alcaucín era entonces un pueblo de gente humilde, pero alegre y muy acogedora. La sierra estaba llena de pastores, cazadores, esparteros, arrieros y labradores, y cada gremio bautizaba a su gusto los distintos lugares que frecuentaban –nombres que ya se están perdiendo–, por eso algunas zonas tenían incluso más de uno. Pedro cuenta también que durante la posguerra el hambre era tan grande que la gente inventaba fórmulas inverosímiles para poder comer. La picaresca de algunos era incluso digna de admirar: localizaban un nido de águila real con pollos; colocaban una especie de frenillo en el pico de los animales para que no pudiesen comer y por la tarde volvían al nido para llevarse las piezas de caza que las águilas dejaban a sus crías –conejos y chotillos, sobre todo–. Se dejaba algo para que los pollos pudiesen comer, y se llevaban lo demás, para volver otro día.

*Los padres de Pedro, Francisco y Emilia; él con uniforme de guarda forestal y ella en su casa de Alcaucín*

Los años pasaron, y Pedro se hizo mayor. Su padre ascendió a Guarda Mayor de aquella zona; Pedro hizo el servicio militar y eligió dedicarse a esa misma profesión, no ya por el sueldo –que era exiguo– sino porque llevaba las montañas en el corazón. Decidió estudiar en la Escuela de Capataces Forestales de Segovia; allí pasó dos años preparándose a conciencia. Se licenció con buenas notas y encontró trabajo enseguida. Pasó por diferentes lugares –Madrid, Cazorla, Ronda–, se casó con su novia, Pura, y formó su propia familia. Su trabajo consistía en labores de guardería de montes y responsabilidad de las reservas de caza. Aunque estaban a gusto en los montes de Ronda, él y su familia echaban de menos Sierra Tejeda. En el año 1974 obtuvo por oposición una plaza de Guarda Forestal del Estado, y poco después consiguió, por méritos propios, su traslado definitivo a Alcaucín. Por fin, el 1 de agosto de 1979, tomó posesión del cargo con el que tanto había soñado, y en el que pasaría el resto de su vida profesional: Guarda Mayor de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

*Con su compañero y amigo Miguel, en la Almijara*

Como Guarda Mayor de la reserva, Pedro era responsable de numerosas obligaciones como comprobar que licencias y permisos de caza estuviesen en regla, acompañar a los cazadores durante las cacerías y controlar que las jornadas cinegéticas transcurriesen sin incidentes; además se encargaba de buscar gente para organizar las batidas, formaba parte de los retenes contra incendios si era necesario, llevaba el control sanitario de los animales de la reserva, actuaba contra las cacerías ilegales que se organizaban en los pueblos y contra los furtivos solitarios –en ocasiones hasta con riesgo de su vida– y recorría incansable su territorio, ya fuese a pie, en moto o en su viejo Renault 4L, desde el Arroyo de la Miel hasta el Puerto de Zafarraya, cuidando de que todo estuviese bajo control.

Un agente forestal debía, además, mantenerse en buena forma física y estar dispuesto a prestar servicio en cualquier momento, pues el campo no entiende de horarios; observar a los animales –dónde comen, se encaman o se retiran para morir–; localizar los mejores pastos, mantener en buen estado comederos y abrevaderos, naturales o artificiales, añadiendo sal, agua y comida si era necesario, y no olvidar jamás su arma reglamentaria por si había que sacrificar perros asilvestrados y animales con sarna o enfermedades contagiosas –¡cuántos rebaños se habían perdido por no eliminar a los ejemplares enfermos a tiempo!–. También era su deber conocer la reserva entera como su propia casa: barrancos, cerros y navas con sus nombres, si tenían más de uno. Y, por descontado, el Guarda Mayor había de saber expresarse correctamente de cara al público: cazadores, compañeros, visitantes, etc.

*El equipo de un Guarda Mayor incluía, entre otras cosas, prismáticos y arma reglamentaria*

Los agentes no estaban solos en tan amplio cometido pues contaban con la ayuda de los celadores, que colaboraban con sus superiores en las tareas de vigilancia –algunos de ellos habían sido cazadores furtivos, y su profundo conocimiento de aquellas montañas resultaba muy útil, cuando lo ponían al servicio de los demás–. Pero, como en todo, el trabajo de Pedro también conllevaba aspectos desagradables, como era la persecución del furtivismo, tarea que realizaban con el apoyo indispensable de la guardia civil, ya que a veces eran sus propias vidas las que corrían peligro.

*En plena labor de vigilancia, junto a otro compañero*

Gracias a su trabajo, Pedro conoció a personas inolvidables con quienes vivió jornadas enteras de experiencias y conversación; gente como Miguel de Manuela, Pepe Guerra, José el del Daire o Miguel "Carrucho" –éste había nacido en una cueva del Barranco de los Cazadores y era capaz de cargar con un macho montés a la espalda durante todo el día–. Durante años y años compartieron esfuerzos y buenos momentos, de los que Pedro conserva mil anécdotas. "La sierra estaba muy trabajosa, porque había pocos caminos y costaba un mundo llegar a todas partes, pero así y todo trasponíamos adonde hiciera falta porque no había más remedio, ya fuera andando o en el Renault 4L. ¡Ese coche llegó a saberse la sierra entera de memoria…!" comenta Pedro con una sonrisa.

*Miguel "Carrucho" podía caminar muchas horas llevando a cuestas un macho montés*

El tiempo fue transcurriendo. Gradualmente el progreso llevó hasta la sierra algunos adelantos tecnológicos que facilitaron bastante el trabajo de aquellos servidores públicos: emisoras de radio para comunicarse entre ellos, vehículos todoterreno para los caminos, certeros y modernos rifles, mejor equipación y vestimenta, etcétera. A la vez, se dotó a los Parques y Reservas del Estado con más personal, tanto celadores como guardas forestales, y –sobre todo– con más eficaces figuras de protección legal. Con esas y otras mejoras, la gestión medioambiental del Parque Natural de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama experimentó un gran avance. Sin duda, aquellos fueron buenos tiempos para Pedro: quizá, los mejores de su vida.

*La mirada de Pedro refleja su excepcional calidad humana*

Pedro Aguilar se jubiló en el año 2004, tras un merecidísimo homenaje a una vida dedicada en cuerpo y alma a lo que más le gustaba: la conservación de la naturaleza. Y decidió aprovechar su tiempo libre escribiendo en una libreta sus valiosos recuerdos y experiencias como guarda forestal, evocando con respeto y afecto personas, lugares y vivencias personales, para que no quedasen en el olvido. Esos apuntes se convirtieron en un interesante libro editado en el año 2011, titulado "Con el viento en calma: recuerdos de un guardia forestal"; fue un último acto de amor hacia sus queridas montañas.

Hoy, retirado en Alcaucín y muy cerca de sus hijos y nietos, Pedro vive tranquilo en su casa familiar que, como un privilegiado mirador, se sitúa en la falda de Sierra Tejeda, la montaña a la que dedicó sus desvelos. Es Miembro de Reconocido Prestigio de la Junta Rectora del Parque Natural de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, así como de la Asociación Cultural Arilo; colabora con varias instituciones en la elaboración de un mapa del Parque Natural que recoge los antiguos topónimos de la sierra, y continúa saliendo a la montaña siempre que puede. Porque dice el refrán que "genio y figura…", y en este caso, desde luego, se cumple. Pedro Aguilar ha sido, y es, un ejemplo para todos.

*Con el chotillo montés huérfano "Manolito", al que cuidó mientras fue pequeño*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: archivo de Pedro Aguilar y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 11 de febrero de 2017*

# Amparo, la de Cacín

*El último siglo en la historia de un pueblo, visto a través de los ojos y la experiencia de su vecina más anciana, Amparo.*

En la vertiente norte del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, casi a los pies del Cerro Lucero, nace el bello río Cacín. En pocos kilómetros su curso recorre cerradas gargantas, acompaña senderos y se embalsa en pantanetas y represas, atravesando en su camino lugares escondidos, agrestes, de gran belleza paisajística. Por fin, aguas abajo de Los Bermejales, el paisaje se suaviza y va abriendo a lo largo de un valle ubérrimo, conocido en toda la comarca por la abundancia de sus aguas y la riqueza de sus tierras –habitadas por el hombre desde hace milenios–, en el que se alternan las vegas y alamedas con plantaciones de olivares, vides, almendros y otros cultivos. Es allí, muy cerca del llamado por los locales "Puente Romano", en la margen derecha del río, donde se asienta un pueblecito pequeño como una miniatura, rodeado por un cinturón verde de sembrados y choperas. Este lugar lleva el nombre de su río –¿o es el río el que lleva el nombre de su pueblo? –: también se llama Cacín.

*A la orilla de su río, el caserío blanco de Cacín*

A diferencia de otros municipios, Cacín no conserva su casco antiguo, pues el terremoto que asoló la Comarca de Alhama en la Navidad de 1884 destruyó la localidad casi por completo; incluso su iglesia tuvo que ser reconstruida, y por eso data de tiempos modernos. Paseando por el pueblo, llaman la atención del foráneo el silencio y la plácida calma del lugar; tanto, que lo que mejor se escucha, por encima de cualquier otro sonido, es el canto de los pájaros, de incontables especies distintas; cientos, miles de ellos. Apenas se ve gente por sus calles y plazas, y muchas de sus casas aparecen cerradas a cal y canto, las ventanas con los postigos cerrados y las persianas echadas, ofreciendo algunas zonas –por momentos– el aspecto de un pueblo fantasma. A pesar de ello Cacín no es, en absoluto, un lugar triste. Tiene algo que lo hace especial; una luz y alegría que vienen dadas por la cordialidad de sus gentes y por la amplitud del valle en el que se sitúa este pueblo, bello incluso en la desnudez del pleno

invierno. Según el censo oficial, Cacín cuenta con casi cuatrocientos habitantes, pero en realidad allí sólo viven unas doscientas personas. Y es que éste es otro más de los muchos pueblitos de tradición agrícola que acusan día a día el descenso de su población, que se fue marchando hace tiempo obligada por la necesidad de encontrar un futuro mejor. Cuentan los cacineños que tan sólo en verano su pueblo recupera un poco de su antigua animación, cuando vuelven por vacaciones –procedentes de todas partes– los descendientes de los emigrantes y sus familias.

*La calle Vista al Río*

El ambiente del pueblo se encuentra saturado de quietud, de días iguales, de noches sin fin. Cacín se ha convertido, a su pesar, en un lugar en el que ya apenas nacen niños –el año pasado tan sólo uno–; en cuyo colegio rural sólo quedan diecinueve alumnos entre los cinco y los doce años, y donde la mayoría de sus habitantes son personas mayores, hombres y mujeres que viven plácidamente, unos mejor y otros peor, añorando todos otros tiempos: los buenos tiempos. Porque Cacín conoció otra vida, muy distinta a la actual, y de la que no han pasado todavía demasiados años. Aquella época feliz, cuando en cada casa vivían dos familias e incluso más; cuando las plazas estaban llenas de vecinos y por todas partes se escuchaban, junto al sempiterno canto de los pájaros, el griterío y el corretear de los niños que jugaban en la calle.

En la parte más antigua del pueblo, entre construcciones cerradas –algunas de ellas en evidente estado de abandono–, quedan todavía algunas casas vivas y cuidadas; en una de ellas habita Amparo Naveros Romera, que con sus casi noventa y nueve años es la mujer más anciana de Cacín. "Ando ya pisando el siglo; estoy vieja y medio mala, como la mayoría de los que quedamos aquí" dice ella, riendo a pesar de todo. Pero no es verdad: Amparo mantiene una salud, una lucidez y, sobre todo, un sentido del humor verdaderamente admirables para su edad; es un placer detenerse a escuchar lo que cuenta, y cómo lo cuenta.

*Amparo Naveros Romera, una cacineña de pura cepa*

Amparo nació en el Cacín activo y bullicioso de 1918, el mismo año en el que terminó la Primera Guerra Mundial. Entonces aquél era un pueblo afanoso, con muchos habitantes, dedicado principalmente a la agricultura y a la ganadería, y en el que la vida cotidiana e incluso los días de fiesta –la feria de septiembre, la de agosto, las "merendicas" de enero, y por supuesto, todos los domingos– giraban en torno a su río, el Cacín. Aquella inagotable corriente de agua cristalina, poblada de truchas y cangrejos, surtía las casas y abastecía los cultivos y el ganado; constituía un espacio ideal para que jugasen los niños y para que se bañasen en los largos y calurosos días de verano; era el lugar perfecto donde podían reunirse las familias a comer arroz, que cocinaban en la misma orilla; donde los más ancianos paseaban sus achaques por las tardes, y también el espacio romántico que recorrían de arriba a abajo las parejas de novios mientras pelaban la pava a salvo de miradas indiscretas, a la orilla de sus interminables paseos, bajo el ramaje entrelazado de los chopos. El río era, sin duda, un elemento fundamental en la vida del pueblo.

*Llenando los cántaros de agua para la casa*

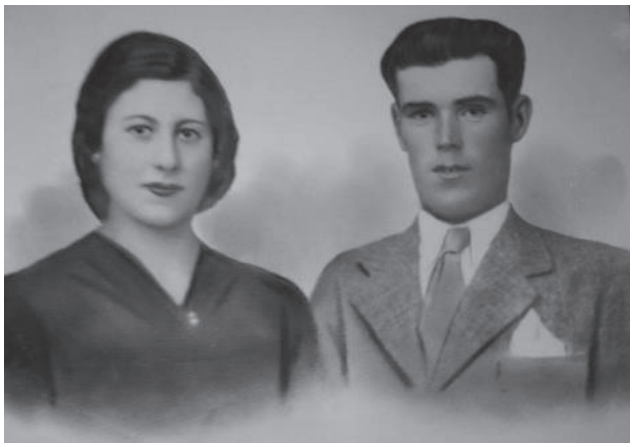
*Lavanderas*

Amparo era la mayor de ocho hermanos. Su padre, carpintero y labrador, trabajaba duramente para sacar adelante a su gran familia; ella empezó a ir a la escuela, pero tuvo que dejarlo al poco tiempo por ayudar a su madre en la casa. Todos llevaban una vida tranquila que cambió de la noche a la mañana con la muerte del padre, durante la guerra civil. Amparo tenía entonces dieciséis años; su madre empezó a trabajar fuera para mantener a la familia –era una buena partera y matancera–, mientras Amparo se quedaba al cuidado de sus siete hermanos. "Era una vida muy trabajada, sin lujos ningunos, en la que había poco de todo: poca comida, poca ropa… ¡sólo un traje para todo el año, y no como ahora, un traje para cada día!" cuenta ella. Pero eran dichosos, no obstante, porque tampoco buscaban más. Todas las tardes, después de la tarea diaria, solían reunirse los vecinos en las plazas, las comadres en corrillos, los niños para jugar y las muchachas para pasear cogidas del brazo, por la orilla del río –donde a veces las esperaban sus pretendientes, escondidos entre las choperas–. Otros se iban a las eras, donde "echaban merceores" y "cantaban rondones" –es decir, se columpiaban y jugaban al corro a la vez que cantaban tonadas de antaño, tanto más bellas cuanto más sencillas: "A la sombra del olivo, olivo verde; si el olivo se seca, ya no florece; ya no florece, ya floreció; que la flor del romero, ya se secó…"–.

*Grupo de vecinos en la puerta de la antigua iglesia con el párroco de la época, don Emeterio*

Tenía Amparo diecinueve años cuando, en el año 1937, entraron las tropas franquistas a Cacín. En aquellos momentos de miedo y confusión gran parte de la población huyó a Cómpeta a través de las montañas, por temor a las represalias de los vencedores. Su familia fue una de las muchas que se fueron de Cacín por ese motivo. "¡Casi medio pueblo se escapó en un día!" recuerda ella. Fue aquél uno de tantos exilios crueles de la época: familias enteras, unos andando, otros en bestias, todos asustados marcharon unos detrás de otros por unas veredas estrechas, bordeadas de profundos barrancos, haciendo noche en los cortijos del camino, bajo una tormenta inmisericorde que duró varios días. Amparo recuerda detalles de aquel penoso viaje: "Había tanto barro que las bestias resbalaban con la carga encima; uno de los burros, me acuerdo como si lo estuviera viendo, rodó por un barranco con cuatro sacos a cuestas, y allí abajo se quedó. Y una pobre mujer, de Játar decían que era, que iba andando sola, y se sentó a la orilla del camino porque ya no podía tirar más de cansancio, la pobretica, con sus dos hijos chicos en brazos, y allí mismo se murieron los tres..."

Cuando se calmó la situación Amparo y su familia volvieron a Cacín, que tras la guerra civil recuperó rápidamente la tranquilidad y alegría de otros tiempos. "Aquí no se pasó tanta hambre como en otros sitios, porque todo el mundo tenía su cachillo de vega, sus cabrillas, su gallinas… se podía ir tirando". Amparo empezó entonces a salir con Pedro, un muchacho cacineño como ella; el suyo fue un noviazgo de tan sólo nueve meses. "Estábamos los dos tan a gusto juntos que decidimos casarnos, ¿para qué íbamos a esperar más tiempo?" recuerda Amparo, risueña. Se casaron en el año 1940, y dice ella que ese día comenzó la etapa más feliz de su vida. Su marido era un hombre bueno, serio y muy trabajador. Durante más de cincuenta años trabajó como alguacil y secretario del ayuntamiento de Cacín. Amparo y su marido se mudaron a la casa de los padres de ella –que es la misma casa que sigue habitando hoy– y tuvieron dos hijos varones. Como Pedro tenía un trabajo fijo, el joven matrimonio no se vio obligado a emigrar a otro sitio, como tantos vecinos de su pueblo.



*Amparo y Pedro recién casados, año 1940*

La mejor época de su vida, sí señor. Mucho trabajar durante la semana dentro y fuera de la casa, desde luego –pues Amparo hacía trabajos de costura para la calle–, pero al llegar el domingo se organizaban aquellas fantásticas reuniones de vecinos y familia, en las que grandes y chicos se juntaban para almorzar o cenar, hacer música y bailar hasta que el cuerpo aguante:

Pedro tocaba muy bien la bandurria, y Amparo era reconocida por todos como una excelente bailarina. Algunos domingos se acercaba por Cacín un hombre de Alhama –Paquito le llamaban– famoso por tocar muy bien el acordeón, que participaba como uno más en aquellas fiestecillas improvisadas. ¡Qué buenos ratos los de entonces! Amparo y su marido eran jóvenes, sus hijos estaban pequeños y el pueblo entero se encontraba lleno de vecinos; cualquier ocasión era buena para compartir un momento agradable, y hasta las labores cotidianas eran, para los cacineños, motivo de animados corrillos.

*Amparo en el salón de su casa, sirviendo café a un grupo de familiares*

*A la izquierda, Pedro (con el uniforme de alguacil del ayuntamiento) y Amparo, con unos amigos*

Amparo fue, toda su vida, una mujer diligente, alegre y dicharachera; su carácter voluntarioso la volvía incansable. Siempre estaba dispuesta a organizar una comida, una reunión o lo que fuera menester, y todos en Cacín confiaban en su buen hacer al respecto. Casi sin sentir, los años fueron pasando y con ellos llegó la madurez; los hijos se independizaron, su marido se jubiló y el matrimonio se propuso aprovechar bien su tiempo libre. Amparo y Pedro hicieron muchos viajes con el IMSERSO mientras ambos gozaron de buena salud, hasta que finalmente Amparo se quedó viuda; aun así su talante animoso e inquieto la empujó a no encerrarse en casa, asistir a la escuela de adultos y aprender muchas cosas nuevas, pues los tiempos estaban cambiando y ella era, sencillamente, incapaz de quedarse de brazos cruzados.

*Sus años de madurez fueron tranquilos y felices*

Pero los nuevos tiempos también trajeron la inevitable decadencia de las zonas rurales; en un goteo imparable, decenas de familias cacineñas se vieron forzadas a cerrar sus casas y marcharse muy lejos. Cacín fue quedándose vacío. Como una enfermedad gradual e insidiosa, la población fue disminuyendo y aumentando el número de viviendas vacías, y así ha sido hasta el día de hoy. Amparo vive sola en su manzana y dice que ya no le queda cerca casi nadie, pues sus vecinas emigraron, casi todos sus hermanos ha muerto y sus hijos se fueron a vivir a Granada. Pero ella permanece, firme como una roca; no quiere irse de su pueblo y menos aún dejar su casa, que lo fue antes de sus padres, y en la que lleva viviendo prácticamente toda su vida.

La cuidada casita de Amparo es su castillo. Con más de un siglo de antigüedad y su arcaica distribución, todavía conserva muchos elementos originales como puertas, ventanas de postigos, cámaras, escaleras y patio interior; incluso mantiene la corriente eléctrica a 125 voltios –es la única vivienda del pueblo que queda con ese voltaje–, porque Amparo ha querido que sea así. Traspasar su puerta es como viajar atrás en el tiempo, hasta una época en la que las viviendas necesitaban muy pocas comodidades que dependen de la electricidad.

*Las acogedoras y alegres estancias de la casa son un fiel reflejo del carácter de su dueña*

Hasta hace poco tiempo Amparo se ha valido por sí misma; ahora, como es natural por su edad, precisa ayuda, pero su sentido del humor y su carácter permanecen intactos, bien lo saben quienes la visitan a diario. Ya no sale de casa, y pasa el tiempo "rezando el rosario y pidiendo por todos" como ella dice, pero también –¡genio y figura!–, resolviendo sopas de letras y pequeños crucigramas, que despacha con una agilidad mental asombrosa. Recibe a diario la ayuda a domicilio que el ayuntamiento de Cacín facilita a sus mayores; los fines de semana la visitan sus hijos, y cada domingo el sacerdote del pueblo se acerca para darle la Comunión y compartir con ella un ratito de charla, pues Amparo necesita poco más.

Amparo, dinos, ¿cuál es tu secreto? ¿Quizá tu buen ánimo y optimismo, que te ayudaron a sobreponerte sin flaquear, a buscar siempre la parte positiva de todo lo que la vida iba trayendo consigo? Tu existencia ha sido larga y fructífera, entregada y útil; con momentos malos pero sobre todo buenos, como el día que fuiste entrevistada en Canal Sur Televisión por ser la mujer más longeva de tu pueblo. Tras muchos años dedicada a los demás, ahora –tus manos descansando merecidamente en el regazo– sabes que ha llegado el momento de hacer balance de toda una vida: de casi un siglo de vida. Un balance que forzosamente ha de ser bueno, pues eres apreciada y respetada no sólo por tus paisanos, sino también por todo aquel que llega a conocerte. Por algo será… ¿verdad?

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: archivo de la familia Naveros, "Jirones en la historia de Cacín y el Turro", de Agustín Galindo, y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 25 de febrero de 2017*

## La Cueva de la Umbría

*Confundidas entre las rocas de la sierra resisten apenas las ruinas de un pequeño cortijo, el más humilde de la Almijara. Antonio Recio, descendiente de sus últimos habitantes, nos describe cómo se vivió allí.*

Hace mucho tiempo, allá por el siglo XIX, llegó a la Almijara una familia de la nobleza, rica e influyente. Su última heredera fue María del Mar Bermúdez de Castro y Seriñá Montes y Lillo, señora de Montanaro, aunque todos la conocían simplemente como "la marquesa". La marquesa de Montanaro fue –hasta 1971, año de su muerte– un típico ejemplo de la más rancia aristocracia rural española; recibió de su padre un marquesado con siglos de antigüedad, y contaba con grandes posesiones por toda España. Una de las fincas más queridas de doña María del Mar era Cázulas, situada en la falda sureste de Sierra Almijara; se trataba de una gran hacienda que sobrepasaba las 5.500 hectáreas de extensión y mantenía varios miles de cabezas de ganado entre cabras, ovejas y vacas. La propiedad incluía casi todo el término municipal del pueblo de Otívar.

*Doña María del Mar Bermúdez de Castro y Seriñá Montes y Lillo, tercera marquesa de Montanaro, más conocida como Marquesa de Cázulas o, simplemente, "la marquesa"*

La marquesa era una enamorada de los paisajes de la Almijara y pasaba largas temporadas en su palacete de Cázulas. Estaba situado en un estratégico mirador cerca del pueblo de Otívar, y se asemejaba casi a un diminuto reino de taifas donde esta señora era soberana indiscutible. El recinto del palacete incluía las casas para sus trabajadores, una serrería, dos molinos de harina, un molino de aceite, un lagar donde se pisaba la uva y un salto de agua que proveía de electricidad a las viviendas e instalaciones de la propiedad. Quienes vivían y trabajaban al

servicio de la casa marquesal eran conscientes de su suerte: aquello era un como un pueblecillo, pero con todas las comodidades de la ciudad, pues disfrutaban de buenos accesos, luz eléctrica y agua corriente en todas las casas, y unos alrededores que se mantenían limpios y cuidados, por expreso deseo de la señora.

La marquesa era una mujer seria, consciente de su posición social y económica, y educada según antiguas normas. Muy religiosa y estricta, estaba acostumbrada a ser obedecida al instante, pero también –a decir de quienes la trataron– fue buena, respetuosa y justa con quienes dependían de ella. Su propiedad funcionaba como una entidad autosuficiente: sus trabajadores llevaban las tierras y animales del marquesado, además de los molinos de harina y de aceite, la serrería, el lagar y la vaquería. Y luego estaban los de fuera, que acudían desde los pueblos circundantes para llevar a cabo otras actividades en la finca: caleros, carboneros, leñadores, podadores, resineros, jornaleros para la recogida de la aceituna o el trigo, etcétera.

Los terrenos de la marquesa eran tantos que algunos se arrendaban para facilitar su mantenimiento; uno de ellos fue el cortijo de la Cueva de la Umbría. El lugar, en plena montaña almijareña, es una más de las numerosas oquedades naturales que el hombre aprovechó hace siglos como refugio. Está situada en la ladera norte del Barranco de la Umbría, conocido también como la Cañada de las Alberquillas –son muchos los rincones con varios nombres, por allí–. Actualmente los campos que rodean la cueva aparecen incultos, invadidos por un manto tan espeso de aulagas, romeros y retamas que impide el paso casi por todas partes. Tan sólo quedan los vestigios del antiguo sendero que llevaba hasta el lugar y permite, a duras penas, acercarnos hasta las ruinas del cortijo. Antonio Recio Ruiz es bisnieto, nieto, hijo y primo de la última familia que vivió en el cortijo Cueva de la Umbría, lugar que conoce muy bien a través de los relatos de sus familiares, que cuidaron con tesón de aquella finca durante tres generaciones; casi un siglo de su propia historia –desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX– se encuentra ubicado allí.

*Antonio Recio Ruiz, a la entrada de la Cañada de las Alberquillas*

De todos los cortijos que se asentaron por esa zona de la Almijara, el de la Cueva de la Umbría es, y fue siempre, el más pequeño y humilde. Según cuentan Antonio y su primo Francisco Salas Arcos este cortijillo, que pertenece al término municipal de Otívar pero se encuentra más cerca de la localidad de Jayena, estuvo habitado desde hace varios siglos aprovechando la cueva natural. Con los años, a ésta se le fueron añadiendo unos gruesos muros de piedra seca

para ampliar el espacio aprovechable, así como para proteger su interior del frío invierno de las montañas. En tiempos antiguos se accedía al lugar gracias a una senda que subía zigzagueando por la empinada ladera, a la vez que se cruzaba con otras tantas que llevaban al río y a distintos parajes del cortijo. Hoy, esa senda original está prácticamente desaparecida bajo un ancho cortafuegos que la sepultó para siempre. A la derecha del cortafuegos emerge un ramal de la vereda primitiva, que llevaba –y aún lleva– hasta la Cueva de la Umbría. Perfectamente visible en algunos tramos y en otros engullida por el matorral, la vereda conduce en un corto trecho hasta la puerta del cortijo, que al estar construido a base de piedras pasa desapercibido, tan perfectamente mimetizado con el entorno rocoso, que no se ve hasta que se está ya muy cerca de él.

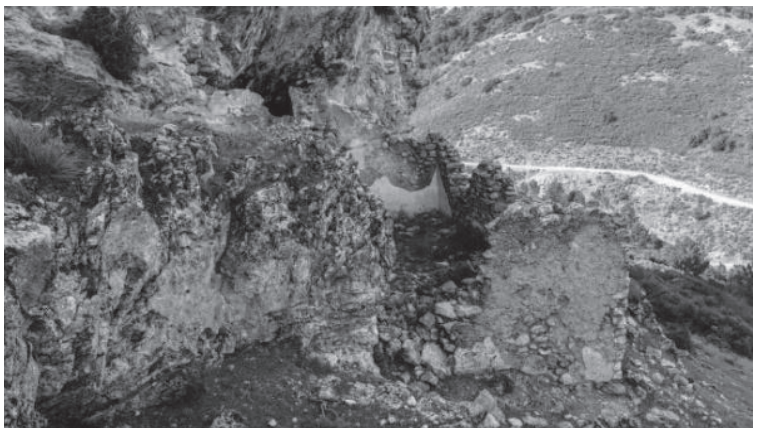
*El sendero presenta tramos en los que desaparece casi por completo bajo la vegetación*

Tras una revuelta del sendero se abre a nuestra vista el Barranco de la Umbría; si caminamos un poco más, veremos las ruinas ante nosotros. Están en la ladera izquierda, casi invisibles, al abrigo de unas grandes rocas; allí resiste, solitario y en silencio, el cortijillo de la Cueva de la Umbría. Alrededor sólo se escucha el viento, que suele soplar bastante por esos pagos. Qué distinto debió ser todo aquello en otra época, cuando las tierras circundantes pertenecían a otros cortijos, habitados entonces por muchas familias y todos esos campos estaban en plena producción…

*El cortijo Cueva de la Umbría es prácticamente invisible desde cierta distancia*

Siempre fue éste un lugar modesto comparado con los cortijos de los alrededores, y muchos fueron los hombres y mujeres que intentaron salir adelante allí a base de trabajo y más trabajo, labrando esas tierras y criando su ganado. El terreno de cultivo que pertenecía al cortijo alcanzaba las quince fanegas de tierra de labor, o las "treinta obradas" –que es como se medían las tierras antiguamente–, es decir, el tiempo que empleaba una yunta de bestias en ararlo todo: unas ocho hectáreas, en medidas actuales. Entonces, el agua abundaba porque llovía mucho; el barranco la llevaba todo el año y alimentaba multitud de acequias, que la distribuían por todas partes. Además contaban con una fuente de la que manaba "un brazo" de agua fresquísima a unos cincuenta metros por debajo del cortijo; es posible que el nombre de Cañada de las Alberquillas viniese de tal cantidad del líquido elemento.

La Cañada de las Alberquillas se encontraba cultivada hasta donde podían acceder las yuntas para labrar. Contaba con terrenos de secano donde se sembraban cereales como trigo, avena, avenate, yeros, cebada, lentejas y garbanzos, y de regadío donde se cosechaban excelentes habichuelas verdes, pimientos, tomates, maíz y otras hortalizas. ¡Quién lo diría observando hoy aquellas laderas, tan cubiertas de maleza! Pero la actividad principal del cortijo Cueva de la Umbría fue siempre la ganadería. Durante muchos años, nutridas manadas de cabras y ovejas –de cientos de cabezas– pastaban por aquellas lomas y proveían a sus propietarios de carne y productos derivados de la leche, cuando llegaba la época de "hacer la cabaña" –el momento de fabricar quesos, requesón y suero–. También hubo cerdos para hacer matanza, gallinas para huevos y carne, perros, gatos y bestias de carga para trabajar y desplazarse. Era un cortijo, al fin y al cabo, en una época de trajín continuo, en la que toda la sierra estaba llena de personas y animales; cuesta creerlo, al ver ahora allí tanta soledad.



*La entrada principal al cortijo Cueva de la Umbría*

A medida que nos acercamos a la casa se revelan las antiguas formas de la construcción: los vanos de las puertas, las piedras de los muros –caídos casi en su totalidad–, los huecos donde debieron estar las ventanas… una vez en su interior, podemos comprobar que el recinto habitable debió ser más amplio de lo que ahora parece, pues el piso está colmatado por la tierra que décadas de intemperie han ido acumulando en el suelo. La habitación previa a la propia cueva tenía delante dos escalones de piedra que hoy son nada más que un montoncito de piedras. Según los testimonios de Antonio y Paco, esta habitación –en la que había un pequeño horno de ladrillo a la derecha de la entrada– tenía varias ventanas y era alegre y

espaciosa; se destinaba a cocina, almacén de comida y dormitorio, a la vez que servía de antesala a la cueva en sí, a la que se accede por una puerta a nuestra izquierda.

*La primera habitación, rectangular y despejada, contaba con horno y varias ventanas. A la izquierda se encuentra la puerta de entrada a la cueva*

Por un hueco entramos al interior de la cueva. Llama la atención la amplitud del lugar, a pesar de que a primera vista pueda parecer pequeño. A la izquierda encontramos la chimenea, haciendo esquina para aprovechar mejor el espacio, de la que sólo quedan unas piedras requemadas y el hollín, pruebas innegables de que allí una vez ardió un buen fuego y se cocinó para familias y trabajadores. Ese espacio estaba destinado a zona común, pues era en torno a la chimenea donde se hacía la vida cuando no había trabajos que realizar; allí se reunían todos al final de la jornada para comer alrededor de una mesa, sentados en sillas o en asientos hechos con troncos de madera, y conversar sobre las incidencias del día. En aquella época se paraba muy poco en la casa, porque todos, hombres y mujeres, trabajaban en el campo mientras hubiese luz del sol.

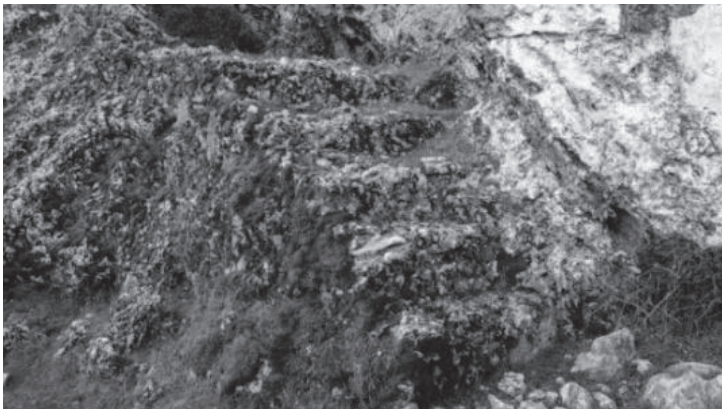
*El sitio de la chimenea y cocina, que fue sin duda el corazón de la casa*

No había tabiques interiores; las "habitaciones" se separaban por medio de cortinillas. A la derecha de la zona de cocina se extiende el resto de la cueva, en un amplio espacio que sus habitantes aprovechaban sabiamente: junto a la pared y recorriéndola en casi toda su longitud, un gran atroje servía para guardar todo tipo de granos y semillas. Al fondo, la cueva

formaba una cavidad que se utilizaba como pajar –y también como improvisado dormitorio, si alguien necesitaba acomodo por un tiempo–. Enfrente del atroje se situaban las camas que pudiesen caber: lo justo para acomodar un colchón donde poder descansar. Y todavía se pueden ver las vigas de madera que recorrían el techo de las habitaciones, que se llamaban "tirantas" y servían para colgar y almacenar enseres y herramientas de labor.

*En esta parte se situaba el atroje (a la derecha, junto a la pared) y al fondo estaba el pajar. Enfrente del atroje se colocaban las camas*

Como todos los cortijos de antes, la Cueva de la Umbría también contaba con su horno para cocer pan; se encontraba en la pequeña explanada empedrada que se extiende frente a la entrada de la casa. Pero de ese horno ya no queda nada, sólo los restos de ladrillos que lo formaban, desperdigados por el barranco. Los corrales estaban a la espalda del cortijo, en la solana de la Majada de la Hiedra, pues en la umbría hacía demasiado frío para los animales; los inviernos allí eran especialmente fríos y lluviosos, y dicen que nevaba mucho. Sin embargo, el gallinero estaba al final de una escalerilla tallada en plena roca, muy cerquita de la casa. La era del cortijo se situaba unos cincuenta metros por encima de éste, en un rellano empedrado, muy expuesto a los abundantes vientos que barren esas laderas.



*La escalerilla de piedra que lleva al rellano donde se situaba el gallinero*

El precio estipulado por la marquesa de Cázulas por el arrendamiento de aquellas tierras se pagaba bien en dinero, bien en forma de grano y animales, según viniese el año. La marquesa

tenía por costumbre visitar sus cortijos y terrenos cuando llegaba el buen tiempo; se ponía en marcha desde su palacete de Otívar con un pequeño séquito de mulas, sirvientes y comida que la acompañaban en todo momento. Ella viajaba en una hermosa jaca, sobre una silla portátil que se ajustaba a los arreos llamada "amugas". Cuando la señora marquesa recorría sus propiedades, tarea que le llevaba varios días, siempre procuraba hacer noche –quién sabe por qué– en el más humilde de sus cortijos, que era precisamente el de la Cueva de la Umbría. Y cuenta Paco Salas que "aunque ella llevaba sus avíos de comer, a la señora le gustaba mucho probar las viandas que se guisaban en el cortijo, sobre todo la fritura de choto". La marquesa sabía que en la Cueva de la Umbría siempre la trataban bien, hasta el punto de que, cuando llegaba la hora de retirarse a descansar, se le cedía la mejor cama que hubiese disponible, aunque los miembros de la familia terminasen esa noche durmiendo en el pajar.

Pero todo tiene su época de esplendor, y también de decadencia. A finales de los años cincuenta del siglo XX la marquesa vendió parte de aquellas fincas y los cortijos fueron quedando abandonados, pues el nuevo propietario no quería ganado por allí. La última familia que habitó el cortijo de la Cueva de la Umbría –la del primo de Antonio, Paco Salas, precisamente– se marchó en el año 1958. Y cuentan Paco y Antonio que a partir de entonces los muros de la casa se fueron desmoronando con una rapidez inusitada, como si fuesen conscientes de que nunca más viviría nadie allí –si las piedras hablasen, quizá se quejarían amargamente–. Durante generaciones medraron allí familias enteras, naciendo unos y muriendo otros; hoy ya no queda nada. Sólo se descubren algunas evidencias de que aquello una vez fue un hogar, si paramos a buscarlas por los alrededores del cortijillo abandonado.

*La suela de una vieja abarca que alguien calzó un día; está en el interior de la cueva*

Las ruinas del aislado cortijillo de la Cueva de la Umbría continuarán sumidas en el silencio, quién sabe por cuánto tiempo más. Nadie podría imaginar, observando su sencilla fábrica de casita pobre, que al resguardo de sus muros reposaron –y seguramente soñaron– no sólo pastores y labradores, sino también la persona más poderosa en ese momento y lugar, la marquesa de Montanaro, con su séquito. A todos los acogió esta casa cuando estaba en pie, sin distingos de ninguna clase. Hoy, cumplidos su tiempo y su destino, añorando quizá su lumbre mientras la vida continúa alrededor, asume su futuro, que no es otro que formar parte

para siempre de las rocas que la rodean. Tal vez, la historia de esta casita podría ser una lección de vida –discreta, terminando sin aspavientos ni estridencias– para todos nosotros.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 11 de marzo de 2017*

## Angustias, la de la Torre Dona

*Alhama de Granada y el cortijo de la Torre Dona son dos lugares que Angustias lleva siempre en el corazón.*

Hay algo en Alhama de Granada que atrapa. Antaño ciudad monumental, hoy opulenta y desheredada a un tiempo, tan llena de historia que cada rincón describe un episodio heroico de hace siglos, consigue cautivar hasta tal punto que el sentimiento que experimentan quienes han nacido allí –que los mueve a adorarla sin medida y añorarla cuando están lejos– casi se contagia a los que llegan de fuera. Hay algo en Alhama indescriptible, espontáneo, ineludible casi, que se percibe ya incluso cuando se da vista a la ciudad desde la carretera; algo que anuncia a los forasteros que llegan, sin lugar a dudas, a tierra amiga.

En una tranquila calle del casco antiguo reside una alhameña –o jameña, en el habla local– de los pies a la cabeza, Angustias Gutiérrez Velasco. Ella ha conseguido lo que otros paisanos suyos no pudieron: pasar toda su vida en su querida Alhama, sin alejarse jamás de la ciudad donde nació y donde espera terminar sus días, como ella misma dice, "feliz y sin mucha tardanza". Angustias, que está muy cerca de alcanzar los noventa años, siempre pensó que, al igual que todos sus hermanos, ella tampoco viviría más allá de los ochenta y cinco –"¡Agárrate Angustias, que ya te vas!" se dijo al cumplir esa edad–. Pero no se fue. Y allí continúa, en su casa de la calle Enciso –la misma calle donde nació el ocho de junio de 1927– y en la casa que compró su padre para la familia, que fue, curiosamente, una de las pocas viviendas que logró mantenerse en pie tras el gran terremoto que asoló esa comarca en 1884. Angustias dice que la casa aguantó porque sus cimientos están construidos sobre una sólida roca; ese paralelismo podría establecerse también con su propia vida.

*Angustias Gutiérrez Velasco*

En el año 1927 Alhama de Granada era una ciudad de casi ocho mil habitantes, de carácter agrícola y ganadero, aunque también contaba con una importante actividad económica centrada en los molinos harineros. Aunque consciente de su propio pasado como uno de los tesoros del reino nazarí de Granada, la población vegetaba sumida en una creciente decadencia cultural que la hacía bostezar apática, casi ajena a su antigua gloria. En la calle de Enciso nacía entonces Angustias, hija del matrimonio formado por José Gutiérrez y Amparo Velasco. Era la menor de cinco hermanos, y todo iba bien hasta que su casa recibió un golpe terrible al fallecer Amparo inesperadamente. La pequeña Angustias quedó, por lo tanto, huérfana de madre con dos años, mientras que su hermano mayor sólo tenía siete. ¿Cómo sobreponerse a semejante desgracia?

El amargo suceso no acobardó a aquella familia: José, un hombre ante todo práctico y positivo, tenía las ideas muy claras. "No voy a imponer una madrastra a mis hijos" pensó, y por ello no consintió en casarse por segunda vez, algo raro en aquella época. Afortunadamente para todos, un atisbo de esperanza apareció en la casita de la calle Enciso: una hermana de José llamada Angustias –que no se había casado porque quería ser monja– no pudo abandonar a su suerte a su hermano y sus cinco sobrinillos. La "tita Angustias", que era buena como ella sola, renunció a su vocación religiosa y se hizo cargo sin dudarlo un momento de la casa, de los niños y de su hermano. Ella fue para todos, durante el resto de su vida, mucho más que una madre, hermana y abuela; un apoyo firme y delicado a la vez, una mujer valiente y discreta que demostró con ese acto de amor su entrega a los demás, sin necesidad de pasar por un convento.

*José Gutiérrez, padre de Angustias, también conocido como papá José y José "Perrute", y Angustias Gutiérrez, "tita Angustias"*

Por aquella época, José –o papá José, como lo llamaban en la familia– se trasladaba a diario a una finca donde llevaba unos terrenos en arrendamiento, el cortijo de la Torre Dona. Eran aquellas muy buenas tierras, que procuraban trabajo y sustento a dos familias numerosas más un buen número de jornaleros. Tras un tiempo yendo y viniendo, cuando la pequeña Angustias cumplió los siete años e hizo la Primera Comunión José se trasladó definitivamente con los

suyos al cortijo, con lo que la niña dejó la escuela y a su querida profesora, doña Concha –aún la recuerda–, para iniciar una vida distinta en el cortijo de la Torre Dona. Fue aquella una etapa inolvidable en la vida de Angustias, que se prolongó desde sus siete años hasta que se marchó para casarse.

*El cortijo de la Torre Dona se encuentra actualmente en actividad; gran parte de sus instalaciones se han restaurado y los terrenos están en plena producción*

El cortijo de la Torre Dona. Como si fuesen palabras mágicas, a Angustias se le iluminan los ojos con sólo pronunciar ese nombre. El cortijo se encuentra muy cerca de la población de Alhama, en las estribaciones de Sierra Tejeda. Es un sitio privilegiado no sólo por su situación sino también por la belleza única de los campos que lo rodean: hectáreas de bosques de encinas y fértiles terrenos de labor. Este lugar no ha languidecido como otros, víctimas tristes del éxodo rural: en el cortijo de la Torre Dona no hay campos estériles ni chimeneas apagadas, las puertas no están cerradas ni impera el silencio de los lugares olvidados, donde nunca pasa nada. El cortijo de la Torre Dona fue, y sigue siendo por fortuna, una explotación agrícola y ganadera que bulle a diario, plena de actividad.

Corría, pues, el año 1934 cuando la familia de José Gutiérrez, papá José, se trasladó a vivir al cortijo. La vida al aire libre, sin más límite que el horizonte, rodeados de naturaleza y animales, hacía muy felices a los niños y, la verdad sea dicha, a toda la familia. En aquel tiempo este cortijo y otros cercanos estaban habitados por varias familias y sus trabajadores, y todos tenían muy buena relación entre sí. El día a día en la Torre Dona se podría muy bien resumir en dos palabras: trabajo y diversión, porque aquellas gentes laboriosas también sabían disfrutar de su tiempo libre y sacar partido a los medios de que los que disponían; todo no podía ser doblar el espinazo.

Como solía ocurrir antiguamente, los niños también colaboraban en las tareas de la casa y del campo, cuando podían. Desde muy chica, Angustias aprendió a amasar pan y hacer dulces, a preparar comidas sencillas y a colaborar en pequeñas tareas como buscar los huevos que ponían las gallinas por todas partes –"¡A veces parecía que los escondían, las bribonas!" – y acarrear leña menuda del bosque cercano, para la chimenea de la cocina. Con el trabajo de

cada uno de ellos, el cortijo de la Torre Dona se convirtió en una explotación próspera que generaba todo lo que podían necesitar; la familia de Angustias no podía pedir más.

Angustias fue creciendo; todos decían que había salido a su madre, Amparo. Era una muchacha alta y delgada, de ojos grandes y expresivos y abundante cabello rizado. Le gustaba mucho hacerse fotos, y las pocas veces que tenía ocasión de salir en una no la desaprovechaba, tal vez porque la vida le había mostrado su cara más cruel arrebatándole a su madre. "En aquella época la gente se moría de cualquier cosa porque no había tantos medicamentos como ahora, y yo quería hacerme fotos por si me moría joven, como mi madre y dos de mis tías, para que luego todos me recordasen, y no se olvidaran de mí".

La muchacha aprendió sola a leer y escribir, ya con diecinueve años –al dejar la escuela tan pequeña, perdió su oportunidad–. ¿Qué cómo lo hizo? Como no podía leer cuentos, ni novelas, ni siquiera las cartas que le enviaban sus amigas, pidió a tita Angustias que le leyese varias veces la carta de una de ellas. La memorizó entera, y conociendo ya su contenido, se dedicó a copiar pacientemente las letras, dibujando palabra por palabra, y a asociarlas con su significado. Así, a fuerza de tiempo y voluntad, asimiló lo suficiente como para poder leer y contestar las cartas que recibía. De igual modo aprendió a escribir su nombre, copiando los trazos de la firma de tita Angustias; su firma es un calco de la de su tía.

*Angustias a los diecinueve años*

De complexión fuerte y fibrosa, Angustias no temía al trabajo, por duro que éste fuese. Había algunas tareas que le gustaban mucho, como trillar en la era mientras cantaba cancioncillas, amasar el pan e ir al pozo a por agua cada día a la caída de la tarde, con las muchachas del cortijo. Otras faenas le hacían menos gracia, como cargar costales o la tediosa siembra del garbanzo –"pintar" garbanzos lo llamaban ellos–: caminaban delante de la yunta, dejando caer los garbanzos de uno en uno, mientras el paso del arado los enterraba después. El cortijo contaba asimismo con un inmenso y poblado bosque de encinas y chaparrales –que hoy en día se conserva en perfecto estado– que servía para dejar pastar al ganado, surtir de leña a todo aquel que la precisaba, y para tender la ropa al sol en las ramas más soleadas y cercanas a la casa, entre otras funciones.

Tenían grandes corrales a un lado del cortijo –hoy sustituidos por otros más modernos– donde guardaban el ganado que había en aquella época: cabras, ovejas, una yunta de vacas y otra de mulos, una yegua, conejos, gallinas y "guarros cebones", destinados expresamente para la matanza, que vivían en unas zahúrdas o cochiqueras justo a la orilla del bosque. Con tanta faena era necesario contratar, por temporadas, a algunos trabajadores: segadores, esquiladores, un porquero y un cabrero, entre otros. Cada estación del año conllevaba sus propias faenas. Las obligaciones no entendían de fiestas, pero bien es cierto que cuando éstas llegaban –la Candelaria, el Carnaval, San Marcos, la feria de Alhama, las novenas a la Virgen de la Angustias– todos en el cortijo de la Torre Dona se disponían a disfrutarlas como merecían.

*Cualquier ocasión festiva era buena para reunirse. A la izquierda de la imagen, Angustias con un grupo de familiares y amigos*

*Desde la era del cortijo se puede ver, en toda su extensión, el gran bosque de encinas que pertenece a la propiedad*

Fuese la ocasión que fuese, todos lo pasaban en grande. También aprovechaban los domingos y los días del "esquilo"– cuando se contrataba a los esquiladores de las ovejas– para juntarse con familiares y amigos, en unas alegres reuniones en las que el patriarca de la familia, papá José, era el alma de la fiesta. Algunos sábados pasaban toda la noche cantando y bailando fandangos cortijeros, típicos de Alhama, acompañados por la guitarra, cuyas letras se iban

improvisando casi sobre la marcha -"*Viva tu gracia, Consuelo / esa que Dios te ha dado, / que para que tú la tengas / a otra se la habrá quitado…"-.* Cuando se cansaban de cantar, ponían en marcha una gramola y continuaban el baile en la cocina de la casa, que era muy grande.

Parte del atractivo de aquellas reuniones era la comida. Los días anteriores, las mujeres de la familia preparaban abundantes viandas para todos los invitados: se mataban chotos para freírlos, se sacaba queso y jamón y se hacían migas, requesones y dulces –arroz con leche, rosquillos, leche cuajada–. Papá José, generoso como era su costumbre, sacaba de su despensa lo mejor que tenía para agasajar a sus convidados. Además de ser desprendido, papá José "tenía una gracia que se derramaba", a decir de todos. Le gustaba mucho gastar bromas; los fines de fiesta solían terminar con las risas que provocaba su empeño por manchar de tizne la cara de todo el que se le ponía por delante. Era jocoso hasta consigo mismo, cuando decía: "¡Si yo fuera una mujer sería muy mala, porque todo lo daría…!".

*Angustias con José, que con el tiempo se convertiría en su marido*

La vida transcurría pacífica en el cortijo de la Torre Dona, hasta que llegaron los años aciagos de la guerra y la posguerra. Si bien a la familia de Angustias no le faltó de nada porque en el campo tenían suficientes recursos para alimentarse, sí pasaron miedo cuando la "gente de la sierra" merodeaba por la zona, entrando a los cortijos por sorpresa exigiendo comida o dinero, a la vez que la guardia civil presionaba a todos por igual; tan temibles eran los unos como los otros. Pero por suerte el buen carácter de su padre, el bueno de papá José, que se llevaba bien con todo el mundo y evitaba cualquier confrontación, les evitó más de un disgusto.

Con los años, Angustias se convirtió en una mujer hecha y derecha. En el vecino Cortijo de la Vera tenía un amigo de infancia con quien empezó a tener relaciones, cuestión que hizo muy feliz a su familia, que conocía al muchacho desde siempre. Angustias y José Flores Negro se casaron en el año 1950 –ella de terciopelo negro y sombrero en lugar de velo, porque era la moda–. Fue entonces cuando la vida de Angustias volvió a dar un vuelco, pues dejó el cortijo de la Torre Dona y se trasladó a vivir a Alhama, aunque su marido trabajaba en el cortijo y por ello volvían cada fin de semana. Los años fueron pasando, la economía mejorando y los hijos

llegando. Poco a poco, la familia fue adquiriendo los terrenos del cortijo en propiedad, pues aquella finca era ya parte de sus vidas y no querían desligarse de ella.

*José y Angustias en el día de su boda*

Durante la década de los años sesenta parte de la población de Alhama emigró a otras regiones, principiando un proceso que desgraciadamente continúa hoy. La vida en el entorno de Angustias cambió significativamente, pues muchos amigos y familiares se vieron forzados a marcharse, dejando su querida tierra atrás. Angustias y su familia se quedaron, ya que no soportaban la idea de alejarse de Alhama, y una vez más, gracias al cortijo de la Torre Dona pudieron salir adelante. Y, aun cuando papá José ya era muy anciano y tenían lejos muchos familiares, mantuvieron la costumbre de celebrar las reuniones festivas en el cortijo, incluyendo los disfraces carnavaleros a escondidas de la guardia civil, ayudando a mantener viva esa rica manifestación cultural, tan arraigada en la ciudad.

La vida quiso golpear una vez más a Angustias, que se quedó viuda con sólo cincuenta años. Pero ella era una superviviente, así que salió adelante llevando una pequeña tiendecita de ultramarinos que la mantuvo activa hasta que se jubiló. Ya retirada, se animó a asistir al Hogar del Mayor de Alhama, donde pasó muchos años realizando manualidades, primero como alumna y después como monitora, participativa como la que más. Hace unos años fue homenajeada por sus compañeros del centro, que le dedicaron un bonito reconocimiento a su entrega y buena disposición. También recibió las felicitaciones de un programa de Canal Sur Televisión, junto a otros mayores de Alhama de Granada.

Angustias tenía muy buena mano para la artesanía; tanto, que recibía muchos encargos. Gracias a la venta de sus manualidades fue juntando, dentro de una jarrilla de porcelana, una cantidad de dinero –casi dos mil euros– que tiempo después donó a la organización Manos Unidas. "Yo tengo de todo, pero hay criaturicas que no tienen de nada", decía ella muy convencida. Hoy, Angustias reconoce que esa conciencia la heredaron todos de su padre y la tita Angustias, ambos muy sensibles a las necesidades de los menos afortunados.

*En esta "hucha" fue Angustias reuniendo, poco a poco, su generoso donativo*

Angustias vive actualmente al cuidado de sus hijas en la que fue casa de papá José, a quien muchos todavía recuerdan con afecto en Alhama de Granada. Ella es ahora la cabeza visible de una gran familia compuesta por sus seis hijos, dieciséis nietos y doce bisnietos. Sale poco de su casa y continúa haciendo algunas labores, mientras rememora aquellos tiempos de felicidad imperecedera vividos en el cortijo de la Torre Dona, lugar emblemático que, por fortuna, se ha quedado en la familia para siempre. Angustias termina con esta reflexión: "hay que saber que la vida puede ser bonita aunque no se tenga todo; a mí me faltaron mi madre primero y mi marido después, pero ya ves tú cómo a pesar de eso fuimos felices conformándonos con lo que teníamos, y sin pedir más".

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 25 de marzo de 2017*

## Unas horas con Gerardo

*Al sur de Sierra Tejeda, junto a un cerrado bosque de encinas y algarrobos, reside un hombre cuya apacible forma de vida es la clave de su felicidad.*

*Salares aparece como una mancha blanca entre la vegetación tejedense*

Hoy, que hace un precioso día de primavera, ponemos rumbo a Salares, ese municipio serrano de la Axarquía malagueña. Es uno de los más pequeños de la provincia de Málaga, y tal vez por ello uno de los que mejor ha conservado su encantador aire de tiempos pasados. Por suerte el turismo voraz, que llega cada vez más lejos, no ha alcanzado todavía este lugar, que –casi, casi– se mantiene como siempre fue: un apretado conjunto de casillas blancas construidas sobre la ladera sur de Sierra Tejeda, bordeado por la frondosa abundancia de sus cultivos y un gran bosque de encinas y algarrobos que se prolonga hasta más allá de donde alcanza la vista. El paraje es tan tranquilo que casi lo único audible es el canto de los pájaros y el sonido del agua saltando entre los barrancos que recogen las escorrentías de los impresionantes farallones de la montaña.

Paseamos durante un rato por sus calles, cuya arquitectura y trazado nos recuerdan a las de la Alpujarra granadina –aunque es un típico pueblo blanco malagueño– sin encontrarnos con nadie. El silencio es palpable; el aire, perfumado y transparente. Al doblar una esquina aparece una vecina ya mayor, subiendo despacio la cuesta arriba, con la que cruzamos unas pocas palabras. "¡Qué bonito es su pueblo, y qué tranquilo!" le decimos. Ella sonríe deslavazadamente: "Bonito sí que es, pero quedamos tan pocos aquí ya…" Y tiene razón; Salares ha pasado de los casi mil doscientos habitantes con que contaba a finales del siglo XIX a las apenas doscientas almas que mantiene hoy. No obstante es una localidad que merece la pena explorar despacio: sus jardincillos secretos y algunos de sus rincones nos contarán, sólo con mirarlos, remotísimas historias atesoradas durante siglos de tiempos fenicios, griegos, romanos y musulmanes.

Aquí las distancias son cortas; en unos minutos de paseo alcanzamos la iglesia de Santa Ana con su magnífico alminar de estilo mudéjar y, algo más abajo, el diminuto y precioso puente

romano que salva el cauce del río Salares, en cuya ribera todavía se pueden ver los restos de antiguos molinos y caleras. Estas construcciones sobreviven para demostrarnos que Salares no siempre fue un lugar recogido y despoblado, sino que conoció también sus días de gloria, aquellos en que sus calles bullían de gente y en las casas y en el campo no cesaba la actividad.

Pero la verdadera riqueza de un lugar no son sus monumentos, sino sus gentes. Hoy hemos venido para conocer a un salareño sencillo, muy apreciado por todos los que le conocen; justo ahora nos dirigimos hacia su casa, que se encuentra en una plaza a la entrada del pueblo. Nos espera de pie, bajo un balcón cuajado de macetas; nos mira con una sonrisa algo tímida. Lo saludamos con gratitud anticipada, porque Gerardo García Pérez va a mostrarnos uno de sus lugares más queridos, donde pasa la mayor parte de su tiempo, y podremos observarlo a placer mientras realiza la labor tradicional que lleva desempeñando toda su vida.

*Gerardo, el pastor*

Gerardo nos recibe equipado según la costumbre de los pastores de toda la vida: ropa cómoda y resistente, calzado a propósito para caminar por el campo, una buena gorra para proteger la cabeza del sol y, por supuesto, los complementos indispensables que debe llevar encima todo aquel que se dedica al oficio del pastoreo: un morral en bandolera, una honda a la cintura, un cayado en la mano y un perro fiel a los pies. No hay que ser muy perspicaz para percatarse de que Gerardo es un hombre reflexivo, prudente y poco dado a la vana conversación; por ese motivo sus palabras resultan doblemente valiosas. Habla en tono bajito, con un marcado acento de la Axarquía; escuchar lo que dice es sentirse, un poco, parte de ese mundo que nos va a enseñar –en el más amplio sentido de la palabra– hoy.

*Pendiente de la punta del cayado de su amo, el perro pastor, Canelo*

Gerardo cuenta con la ayuda de dos perros pastores –Canelo y Artista– de los que se diría que han aprendido a la perfección el talante discreto de su amo al verlos echados, serenos y casi sin levantar la vista del suelo, pero pendientes del más mínimo movimiento del extremo del cayado. Nuestro amigo guarda su rebaño, compuesto por cuarenta ovejas y diez cabras, en una nave colindante con un hermoso bosque que, según nos cuenta, es de su propiedad desde hace unos años. Se trata de una dehesa poblada por cientos de encinas, alcornoques y algarrobos, algunos realmente magníficos, de mucha antigüedad, bajo cuya sombra el ganado dispone de un terreno excelente –pastos frescos en primavera; bellotas y algarrobas en otoño– donde alimentarse y pasar el día.

Es temprano, por la mañana. La primera labor de Gerardo consiste en abrir la puerta de la nave construida con bloques de cemento donde duermen sus animales para que salgan al sol y al aire libre, tras pasar toda la noche estabulados. Tradicionalmente, el ganado dormía en el monte mientras hacía buen tiempo; tan sólo en las noches más frías del invierno se guarecía al calor de los corrales techados e incluso en el interior de las casas. Pero Gerardo guarda ahí a sus animales cada noche sea invierno o verano, primavera u otoño, porque él ya es mayor y sus piernas no están para tanto trasiego.

El pastor abre el portón de la nave. Tímidamente –porque advierten la presencia de extraños: nosotros– las ovejas, cabras, corderos y chotos comienzan a emerger de la oscuridad de su dormitorio. Entre balidos y brincos que levantan una leve polvareda salen trotando unos detrás de otros, beben primero agua en el abrevadero y corren luego en busca de su ración de libertad diaria. Saben que muy cerca les esperan los árboles bajo cuyas copas crece la hierba tierna y abundante que trae la primavera; sin duda este es un lugar perfecto para vivir, si se es una oveja. Al poco rato los animales se han dispersado y pacen libres en la dehesa verde que se extiende por todas partes. Tras el breve tumulto todo queda tranquilo de nuevo; a nuestro alrededor zumban las abejas y se oyen tintinear las cencerrillas del rebaño. Es en ese momento, en que el ganado ya está a sus anchas –lo primero es lo primero–, cuando Gerardo respira tranquilo y nos dedica, amablemente, toda su atención.

Nuestro amigo comienza a hablar con esa voz suya, bajita y suave. Que nació en Salares en 1939, cuenta, y que no ha salido de su pueblo más que para cumplir con el obligado servicio militar, al cumplir los veintiún años. Que estuvo destinado en Madrid, y que aquello le pareció tan grande, tan inabarcable en todos los aspectos, que al terminar volvió a su pueblo y ya no se movió de allí; ni siquiera emigró, como tantos de sus vecinos. Que toda su vida ha sido pastor nada más –¡como si eso fuera poco! –; que a los diez años aprendió el oficio de su padre y de su abuelo, y que ya no ha hecho otra cosa porque tampoco ha querido, pues estar con el ganado es lo que más le gusta: caminar junto a los perros y el rebaño en la paz del campo, olvidado de sí, atento a las necesidades de sus animalillos. Y que mientras pueda seguirá en el oficio, pues él no está hecho para quedarse metido en la casa. "A mí no me gusta estar sentado porque se pone uno agarrotado y pesón, y ya para qué queremos más…"

De vez en cuando, durante nuestra charla, a Gerardo se le escapa la mirada más allá de sus ovejas, por encima del bosque, lejos de donde estamos. Miramos en esa misma dirección: en la ladera de enfrente se vislumbran las ruinas de un cortijo, que destacan entre el verde intenso de los árboles. Le preguntamos por el lugar y Gerardo rompe a hablar de esas ruinas, que son lo que queda de la casa de su infancia. Le ha cambiado un poco el tono de voz; es como si al mirar hacia allá los recuerdos se agolpasen en su mente animándolo a describirnos, con una viveza inusitada hasta ese momento, los primeros veintiún años de su vida, que transcurrieron, felices e inolvidables para él, en el cortijo Casa de Haro.

*A Gerardo se le anima el semblante cuando habla del cortijo Casa de Haro*

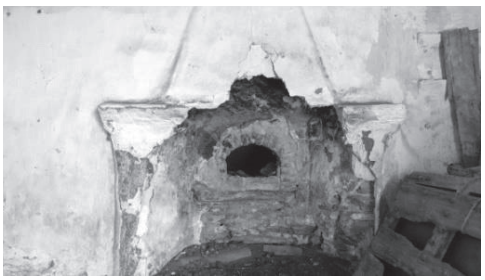
Situado a media ladera y orientado al sur, entre antiguos bancales de labor hoy abandonados y regado por varios arroyos, el cortijo Casa de Haro disfruta de una situación privilegiada. Es tanto el afecto con el que Gerardo describe retazos de su niñez y juventud en aquella casa que decidimos acercarnos hasta ella para conocerla de la mejor forma posible, es decir, de su propia mano. Como los antiguos senderos que llevaban desde el pueblo hasta allí desaparecieron hace tiempo por falta de uso, accedemos al lugar por un carril que se abrió hace unos años, y que nos conduce directamente a la parte de atrás del cortijo.

Llegamos por fin, y observamos todo con curiosidad. Incluso desde su parte trasera se puede apreciar lo grande y lucida que fue la vivienda para ser eso, una sencilla casa de labor. Sus restos evidencian todavía el lustre de otros tiempos en sus dimensiones, la factura de puertas y ventanas –terminadas en forma de arco– y las dos bonitas chimeneas, rematadas al uso de las típicas casas de la Axarquía. Ante la fachada principal, un cartel anuncia su nombre a los cuatro vientos. Avanzamos hacia la entrada y –sin poderlo evitar, a pesar del estado ruinoso de la construcción– pasamos con precaución a su interior, que no desdice en absoluto del exterior. La estructura principal de la vivienda y los corrales siguen siendo reconocibles. ¡Qué confortable debió ser todo esto en otra época! Gerardo, orgulloso como si hablase de un familiar muy querido, nos describe cada estancia con detalle, como si tan sólo fuese ayer que dejó de vivir allí –los recuerdos tienen más aroma que un bosque de lilos en flor–.

Eran ciertamente otros tiempos, cuando Salares contaba con muchos más habitantes que hoy. Aunque él había nacido en el pueblo, a los pocos días se trasladó con sus padres a este cortijo. Desgraciadamente, la madre de Gerardo murió cuando él tenía diecisiete meses, y su padre, que necesitaba una mujer para gobernar aquella casa, volvió a casarse. La familia que formaban el padre, su segunda esposa –fue como una madre para el niño– y las dos hermanas de Gerardo habitaba en la Casa de Haro junto con los abuelos y varios trabajadores de la finca. Era una vivienda cómoda y anchurosa en la que había sitio para todos, incluso para quienes pasaban por allí y tenían necesidad de hacer noche por cualquier circunstancia.

En la habitación principal se encontraba la chimenea más grande, que incluía un horno, al estilo de las casas de campo malagueñas. Éste contaba con una puertecilla metálica para cerrarlo y que el calor no escapase mientras se cocían los panes, al tiempo que la chimenea se utilizaba para calentarse y cocinar. A la vera de aquel hogar se reunían la familia y los trabajadores del cortijo, todas las noches. Desde esa habitación principal arrancaba la escalera que conducía a las tres cámaras o dormitorios de la casa, en la segunda planta, donde también

había un amplio granero y un pajar. Desde luego, recuerda Gerardo, aquel era uno de los mejores cortijos de aquella zona, y la casa estaba tan bien acondicionada que no tenía nada que envidiar a las del pueblo, al que se llegaba desde allí tras una hora de camino por un estrecho sendero.



*La habitación principal de la casa; a la derecha, detalle del antiguo horno*

Las habitaciones interiores –las más abrigadas de la casa– eran varias y de buen tamaño, y se destinaban a cobijar el ganado; de esa manera se aprovechaba el calor que generaban los animales para caldear los dormitorios que se situaban justo encima, en la planta superior. Aún se pueden ver los pesebres, de distintos tamaños y formas, dependiendo éstos de si se albergaban allí cabras, ovejas o vacas. El ganado atravesaba la habitación principal cada vez que entraba y salía de la casa al campo y viceversa, como era la costumbre, pues la vivienda estaba diseñada así. Y en virtud de que las pulgas y otros parásitos propios de los animales no se convirtiesen en un problema para los habitantes humanos de la casa, esas dependencias se mantenían limpias desinfectando a menudo con abundante zotal.

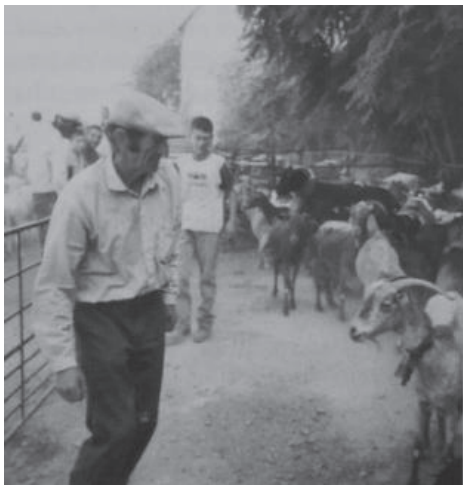
En un lateral de la habitación principal, junto a la entrada, quedan los restos de una extraña estructura de obra que, según cuenta Gerardo, sirvió para colocar el gran lebrillo en el que se amasaba el pan. Dicha estructura mantenía el lebrillo en alto para facilitar la tarea; aún se aprecia la marca de que estuvo ahí y de ella deducimos que era grande, de al menos unos setenta centímetros de diámetro. Según parece ser, el lebrillo debía ser muy antiguo ya incluso en los tiempos de Gerardo, porque por debajo tenía grabada una fecha que algunos recuerdan todavía: año de 1780.

*Sobre este armazón de obra se reconoce la marca circular que dejó el lebrillo*

Gerardo continúa evocando el pasado, mientras con las manos nos indica dónde y cómo estaba colocada cada cosa. "Las ventanas eran de madera y estaban pintadas de color marrón; el suelo era de losetas de barro arriba y de piedra abajo, más bonico… no había cuarto de baño, pero íbamos a la acequia y allí nos lavábamos, y la fuente de la que cogíamos el agua para beber estaba unos metros por encima del cortijo; ahora no se ve por las zarzas." En su narración se entremezclan recuerdos y emociones por igual; comprobamos que el cariño que siente por su antiguo hogar no ha menguado con el tiempo. Y no es para menos: durante tres generaciones –ya desde los tiempos de su abuelo, en el último tercio del siglo XIX– fue su familia la que cultivó las tierras y cuidó la casa del cortijo Casa de Haro.

Los terrenos del cortijo eran muy extensos –alcanzaban desde las afueras del pueblo hasta las Llanadas de Sedella, muy cerca de la cumbre de la Maroma–, y mantenían unas quinientas cabezas de ganado que incluía cabras, vacas y ovejas, así como cerdos y gallinas, más un par de bestias. Todo se encontraba aterrazado y regado por numerosas acequias provenientes de los ríos Marchena y Salares. Se sembraban vides, garbanzos, trigo, alfalfa, habichuelas, maíz y hortalizas, y el terreno que no se cultivaba era dedicado a pastos para el ganado.

Gerardo casi nació siendo pastor. Ya desde pequeño se levantaba al despuntar el día y se iba con los perros de la familia, Serrano y Olivero, caminando hasta el atardecer por aquellos cerros con su rebaño, calzado con unas humildes agobías de esparto. Llevaba su comida en un zurroncillo, "lo que se comía entonces, porque no había otra cosa: pan, agua, un cacho de queso, tocino o morcilla seca, que estaba muy buena". Gerardo, niño primero y muchacho después, se pasaba los días vigilando –quizá también soñando, con los ojos entrecerrados– que el ganado no invadiese las sementeras ni fuese por sitios donde no debía.



*A la derecha, Gerardo con sus cabras; foto de Pedro Aguilar Miranda*

Cuando volvió del servicio militar se topó con la sorpresa de que el dueño del cortijo había decidido ponerlo a la venta -corría el año 1960- y su familia tenía que marcharse. Se mudaron, pues, al pueblo y él se tuvo que conformar llevando su ganado a pastar a los campos que rodeaban Salares. El cortijo Casa de Haro pasó entonces, por el precio de un millón doscientas mil pesetas, a manos del Patrimonio Forestal del Estado, que utilizó sus terrenos para la

reforestación de pinos. Así que, durante los veinte años siguientes –mientras los pinos crecían–, no se permitió pasar a nadie por aquellas tierras, hasta que los árboles fueron maduros y se empezaron a conceder los primeros permisos de pasturaje. Gerardo y sus animales aprovecharon la coyuntura para volver, aunque él ya era dueño de unos terrenos que lindaban precisamente con la que fue su casa por seguir, de alguna manera, cerca de ella.

Han pasado casi sesenta años desde que su familia se marchó, y no ha vuelto a vivir nadie más en el cortijo Casa de Haro, que desde entonces se está derrumbando, digna y lentamente. Con las modernas ordenaciones del territorio se abrieron nuevos caminos que llegan hasta el cortijo cómodamente; incluso pasa por allí el sendero señalizado Gran Senda de Málaga, de ahí el cartel con el nombre del cortijo y las balizas de madera. Esos terrenos, antaño dominio de cultivos y ganado, de pastores y labradores, son hoy más frecuentados por los montañeros que por los locales. La casa, no obstante las décadas de abandono, sigue mostrando su remanente gallardía a quien atraviesa esos parajes.

En cuanto a nuestro amigo Gerardo, disfruta tranquilo su vejez en su casita de Salares con su mujer, María Gálvez, y aunque no han tenido hijos viven felices y en paz, ella cuidando de sus gallinas y sus macetas y él recorriendo el bosque de encinas, su particular santuario vegetal. Gerardo continúa saliendo a diario con el rebaño "porque el ganado tiene comer todos los días", y dice, muy seguro de sí mismo, que aunque le regalasen un piso en la capital no se iría allí jamás. Quiere seguir poniéndose las botas por las mañanas y llenando su morral como lo ha hecho toda su vida: con su poquito de agua y de pan, de queso, tocino o morcilla seca, y también, si encarta, de vinillo del terreno, "que todo puede pasar".

*La sonrisa de Gerardo es la de un hombre feliz y conforme con su vida*

Antes de irnos le pedimos que nos deje ver más de cerca su zurrón de cuero –hecho por un famoso artesano del cuero de Alhama de Granada; lleva colgado de su hombro veinticinco años–, su cayado de cañavera –que le ayuda a caminar, vadear arroyos y apartar las zarzas del camino–, y su honda de cuerda. "La honda aleja mucho más que el brazo", explica Gerardo. "Antes las hacíamos de esparto, pero duraban muy poco; ahora las hago de cuerda, que aguanta más", y con un experto movimiento desata la honda que lleva colgada del morral, coge una piedra del suelo y la coloca en la honda, mirando a un lado y al otro antes de lanzarla.

"Este trabajo da briega bastante, hay que saber hacer de todo, pero al que le gusta no le estorba", comenta muy satisfecho, tras su demostración.

*El morral y la honda de Gerardo, en detalle*

Miramos el reloj; es casi mediodía y Gerardo tiene ya que atender a sus tareas. ¡Se ha pasado el tiempo sin darnos apenas cuenta...! La sabia conversación de nuestro pastor ha llenado por completo la mañana. Estrechamos su mano con afecto. "Hasta otra", nos dice sonriendo, antes de darse media vuelta y echar a andar –despacito, porque le duele una pierna– hacia sus animales, que lo esperan acarrados a la sombra de una encina centenaria. Nos quedamos mirándolo mientras se aleja; durante un breve lapso de tiempo, el silencio y la quietud se apoderan de nuestras voluntades. Una tórtola gris cruza el cielo, justo por encima de nuestras cabezas. La felicidad, como la serenidad, también es gris, sin altibajos ni colores chillones, sin cumbres y sin valles. Gerardo y su rebaño desaparecen tras una curva del camino. Hasta la vista, Gerardo. Ha sido un privilegio pasar unas horas en tu compañía.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 22 de abril de 2017*

## Antonio, el requeté

*Recuerdos de un niño de la guerra, cuyas experiencias se convierten en una valiosa lección de historia. Porque para aprender tenemos los libros, pero algunas veces es mejor preguntar a la gente mayor*.

Cuando Antonio García Vacas, más conocido en su pueblo por Antonio "el requeté", asegura que si empieza a contar sobre su vida no acaba, tiene toda la razón. Este hombre, de ochenta y siete vigorosos años –el más anciano de su localidad natal, Agrón–, mira por encima de sí mismo y lo que ve, desde la perspectiva de su edad, aún le da vértigo. Y no podría ser de otra manera: las circunstancias en que vivió su infancia y juventud le obligaron a madurar en un tiempo récord y a hacer de la supervivencia casi un oficio. Su vida entera le queda al alcance de la mano; guarda cada acontecimiento vivo en esa memoria que, como Penélope, desteje el pasado, lo trae al presente y se lo vuelve a llevar, como el eterno oleaje del mar.

*Antonio García Vacas*

"No se me olvidará…"

Con esa frase, que Antonio repite una y otra vez, empieza esta historia de aventuras y desventuras, en sentido literal. Antonio nació el cuatro de abril de 1930 en Agrón, y su vida fue como la de cualquier otro niño de la época hasta que los acontecimientos le dieron un vuelco brutal, cuando él estaba a punto de cumplir los siete años. Hacía unos meses que había estallado la Guerra Civil y el país se encontraba sumido en el caos y la desolación que generó aquel enfrentamiento entre hermanos. El pequeño Antonio despertó a la conciencia del mundo real en el momento en que las gentes de ideología republicana iban huyendo de sus pueblos y ciudades, perseguidas de cerca por el avance imparable de las tropas franquistas. Toda España, desde las ciudades más importantes hasta las aldeas más pequeñas, sufrió el peregrinaje de miles de familias que –de la noche a la mañana y casi con lo puesto– se vieron

forzadas a dejarlo todo y escapar de una muerte cierta. La familia de Antonio fue una más. Él, sus padres y sus cuatro hermanos –entre los cuatro y los doce años– salieron de Agrón deprisa y corriendo junto con otros muchos vecinos para tomar el camino de Almería, ciudad que todavía permanecía en manos republicanas y era considerada por ellos un destino seguro. Era el mes de febrero del 1937. Daba entonces comienzo uno de los episodios más crueles de nuestra historia reciente, del que hace unas pocas semanas se ha celebrado el octogésimo aniversario, y en el que se dejaron la vida entre cinco mil y diez mil personas.

*La famosa "desbandá". Miles de civiles sufrieron el acoso de las tropas franquistas, en el mayor éxodo de la Guerra Civil*

La carretera que llevaba de Málaga a Almería, encerrada entre el mar y las montañas, era el único camino practicable hacia lo que ellos pensaban que era su salvación; por eso se convirtió en una trampa mortal. Aquel rosario interminable formado por miles de personas –mujeres, niños, ancianos sin fuerzas e incluso animales domésticos– que caminaban sin descanso, agotados por el miedo y la inanición, fue un blanco perfecto para los aviones de la Legión Cóndor y tres barcos bombarderos anclados frente a la costa, que se cebaron en aquella marabunta de seres aterrorizados, extenuados y sin escapatoria posible. La familia de Antonio, que se había unido a tan desdichada comitiva a la altura de Motril, también sufrió de primera mano el acoso de los bombardeos masivos de los aviones desde el cielo, y de los certeros cañonazos de los barcos de guerra desde el mar.

"No se me olvidará…"

Caminaban principalmente de noche, pues el fuego cesaba al anochecer. En una ocasión estuvieron tan cerca de la muerte que Antonio y su familia tuvieron que ocultarse en un campo de caña de azúcar para evitar ser asesinados, donde esperaron inmóviles durante horas a que, con la puesta del sol, se fuesen los aviones. Entumecidos por el intenso frío, espantados por el ruido de las ametralladoras, embotados por el hedor del humo y la sangre de sus compañeros de viaje, apenas podían articular palabra. Cuando salieron de su escondite se buscaron unos a otros, llamándose a gritos entre los cientos de cadáveres que habían quedado esparcidos por las cunetas y los incontables heridos –personas y animales– que gemían pidiendo ayuda, y por quienes no podían hacer nada. Finalmente pudieron reunirse todos salvo el padre, a quien encontraron días después, casi sin esperarlo ya –consumido el pobre hombre por la ansiedad, pues pensaba que había perdido a su familia–, escondido entre los muros de un convento abandonado. Tras unos días más de viaje infernal llegaron todos, sanos y salvos, a su destino. Pero en lugar de un refugio seguro encontraron una Almería desbordada

y caótica, en cuyas calles se hacinaban miles de vagabundos forzosos como ellos, que no sabían ni tenían donde ir.

La situación era insostenible y las tropas franquistas continuaban avanzando, así que los padres de Antonio decidieron que su única salida era escapar a Francia, como estaban haciendo tantos compatriotas. Durante dos interminables años viajaron como buenamente podían: unas veces caminando durante días enteros, otras en carros que encontraban al paso; las menos amontonados en los trenes de mercancías –que llamaban "marraneros" porque carecían de asientos y había que ir sentados en el suelo–, con breves períodos de tiempo en los que paraban a descansar unos días en alguna población. La familia de Antonio alcanzó Barcelona tras un inenarrable periplo, donde pararon unas semanas; allí enfermó y murió el padre, con lo que el resto de la familia tuvo que continuar su viaje sin él. Finalmente la valiente Carmen y sus cinco hijos llegaron –física y psíquicamente exhaustos– a Figueras, en el año 1938.

"No se me olvidará…"

Se dirigieron a la estación. Antes de tomar el tren que los conduciría a Francia, Carmen buscó un bar: necesitaba unos vasos de leche para sus niños. Entró al establecimiento con los más pequeños y dejó a Antonio y a su hermano mayor al cuidado de los pocos bultos que llevaban. "En ese momento se lió un tiroteo tan grandísimo y nos asustamos tanto que mi hermano y yo echamos a correr a ciegas, llorando y gritando de miedo, justo para el lado contrario de donde corrió mi madre con mis otros hermanos". Tal debió ser el desconsuelo de aquellos dos chiquillos –imaginando quizá que no verían más a su madre– que dos soldados se acercaron a ellos, apiadados ante su terror infantil. "No lloréis; luego buscaremos a vuestra madre en la estación", les dijeron. Cuando finalizó el tiroteo los acercaron a la estación del tren de Figueras donde, efectivamente, su madre los buscaba desesperada. Continuaron luego su viaje hasta Francia y su huida terminó en uno de los numerosos campos de internamiento que acogían a quienes conseguían escapar de la guerra. Bien es cierto que allí, al menos, no se les tiroteaba; pero el hambre, la miseria, las enfermedades y la pena de verse en aquella situación se encargaron de diezmar considerablemente el número de asilados. Fueron muchos los que sucumbieron mirando al horizonte, esperando una libertad que, para ellos, nunca llegaría. Antonio, su madre y sus hermanos consiguieron sobrevivir.

*Uno de los innumerables campos de internamiento que acogieron a miles de republicanos*

Nada es eterno y la Guerra Civil concluyó, por fin. España era un país devastado en todos los aspectos, y más aún para quienes habían apoyado al bando perdedor. Carmen no dejaba de pensar en ello. ¿Qué vida podrían esperar?¿No sería mejor embarcar a los niños en uno de aquellos barcos que zarpaban para Rusia? Ella podría intentar irse a México y empezar de nuevo, tal vez así todos tendrían una oportunidad de salir adelante. Pero no… ¡imposible! Ya había perdido a su marido, y quién sabía a cuántos familiares más. No podía, de ningún modo, perder también a sus hijos. Así que decidió regresar a su pequeño y lejano pueblecito, Agrón. Allí tenía una casa y dos hermanas en las que podría apoyarse cuando le faltasen las fuerzas. Carmen respiró hondo, tomó a sus hijos de la mano y volvió a su tierra, sin saber que se encaminaba hacia una nueva guerra, ahora disfrazada de paz: estaba a punto de comenzar la dura represión franquista hacia aquellos que habían simpatizado con la República.

*Agrón también quedó muy dañado tras la Guerra Civil*

"No se me olvidará…"

Cuando llegaron a Agrón se encontraron con un pueblo asolado y desolado. Muchas viviendas habían desaparecido bajo la furia de los bombardeos; su casa estaba en pie, pero ocupada por una familia tan desamparada como ellos mismos y no tuvieron más remedio que cobijarse, a su vez, donde pudieron. Y, si por un momento pensaron que su calvario había terminado, estaban muy equivocados. La sed de dominación de la dictadura no se hizo esperar. Los encarcelamientos, persecuciones y fusilamientos de sospechosos continuaron formando parte de la vida cotidiana de aquellas pobres gentes. Casi todos los días, detrás de cada cerro, se producían palizas, ejecuciones y enterramientos en fosas comunes. Aunque hecho ya a todo, el pobre Antonio no podía comprender aquello. ¿Pero no había terminado ya la guerra? ¿Por qué volvían aquellos siniestros camiones tapados con toldos, en los que –él lo había visto– se llevaban a hombres y mujeres camino de ser ajusticiados? El niño ya no recordaba lo que eran los tiempos de paz.

Y luego llegó el hambre. Las tierras que rodeaban Agrón pertenecían a cinco grandes fincas, propiedad de unos pocos terratenientes. Los habitantes del pueblo no poseían ni un solo terrón, así que las posibilidades de salir adelante pasaban por pedir trabajo a los "señoritos" o marcharse del pueblo. "¡Menos mal que en esos tiempos llovía mucho! Eso fue lo que nos salvó la vida, porque crecía mucha hierba. Y como no se echaban pesticidas en el campo como ahora, todo se podía comer. Mi madre salía con otras mujeres por los alrededores del pueblo y

volvía con dos cestas llenas de cardillos, collejas, hinojos y otras hierbas que luego cocía con sal, y eso era lo que comíamos".

En verano salían a espigar los campos tras el paso de los segadores, rebuscando entre el rastrojo las preciosas espigas de trigo y cebada que habían quedado olvidadas. O recogían a escondidas los frutos que daban los almendros locos que crecían en las lindes de los cortijos. "Aquello estaba malísimo, amargo como la hiel, ¡pero más mala era nuestra hambre!". Incluso se comían las flores de un árbol que por allí llamaban "pan de pobre". Las muchachas del pueblo se podían considerar afortunadas si conseguían trabajo en las casas de los más pudientes –aunque fuese casi sin cobrar, sólo por la comida–. Fueron momentos muy duros para todos. Antonio, al igual que muchos otros niños, iba vestido con harapos porque su madre no tenía dinero para ropa ni zapatos. Cuando alcanzó los diez u once añillos, una de sus tías atinó a dar con una solución provisional: lo afilió a la Falange. Allí le dieron ipso facto un par de zapatos nuevos con sus calcetines, un pantalón, una camisa y una gorra roja –que al chiquillo, por cierto, le gustaba mucho–. Por todas partes iba el inocente, muy peripuesto con aquel uniforme. Y es que la vida tiene a veces esas ironías; Antonio, proveniente de una familia netamente republicana, empezó a ser conocido como "el requeté", aunque a su madre se le encogiese el corazón cada vez que veía a su pequeño vestido de igual forma que quienes les habían causado tanto dolor. Pero no había más remedio que ser prácticos: su hijo ya no iba medio desnudo.

*Con un uniforme como este se vestía Antonio, el pequeño requeté republicano*

"No se me olvidará…"

Ante lo complicado de la situación, Antonio y sus hermanos se despabilaron rápidamente. Él consiguió trabajo como cabrero en uno de aquellos grandes cortijos –la Hacienda de San Rafael–; por dos reales diarios se pasaba todo el día en el campo con el rebaño. Subsistía a base de queso, leche que escamoteaba para sí cuando ordeñaba las cabras y los trozos de pan que le lanzaba desde un balcón una de las muchachas que trabajaban en la casa, compadecida del hambre del pastorcillo. "Yo le estaba tan agradecido que tenía hasta pensado casarme con

ella cuando fuese mayor, por ser tan buena conmigo. ¡Tenía un corazón muy grande!". Día y noche con su rebaño, Antonio vivió mil experiencias que le sirvieron para ser del todo autosuficiente, solo por aquellos campos. Coincidía a menudo con un pobre jornalero que, tan hambriento como el niño, se acercaba todas las noches para pedirle por favor un poco de leche. Antonio entonces ordeñaba una cabrilla en un cencerro oxidado –porque no tenía otro recipiente– que ensuciaba la leche blanca y tibia, recién ordeñada. Pero a aquel pobre hombre no le importaba. Se bebía en silencio –y en un decir amén– dos cencerros rebosantes de leche, que seguramente serían su única comida en todo el día.

*La hacienda de San Rafael fue el primer sitio donde Antonio encontró un trabajo*

El tiempo iba pasando; poco a poco, Antonio se hacía mayor. Aprendió muchas cosas y desarrolló ciertas habilidades, entre ellas cazar sin escopeta. "Porque entonces el campo estaba lleno de conejos, liebres, perdices y de todo; había muchos más animales que ahora. Ibas andando y veías las bandadas de conejos y perdices que te salían al paso, y no como ahora, que ya no se ven conejos por el campo. Cuando los conejos se achantaban en el suelo, se les podía cazar fácilmente, dándoles así con un palo. ¡Y nos llevábamos en un rato los cinchos llenos de conejos y perdices!". Muy lentamente, la vida en Agrón iba mejorando; los vecinos volvían a tener productos para comer e incluso para vender –gallinas, conejos, patos, huevos, cerdos, hortalizas–. Apareció la figura del "recovero", que se llevaba los capachos de su bicicleta repletos de carne, huevos y verduras para venderlos en otros lugares. Por fin parecía que iba retornando la normalidad a todas partes.

"No se me olvidará…"

Fue entonces –ya contaba Antonio dieciséis años– cuando comenzó la época terrible de la guerrilla antifranquista, el fenómeno del "maquis", que tan cruelmente sacudió a los pueblos de la sierra. De Agrón huyeron a la sierra veintidós hombres –a todos los conocía Antonio–, cada uno por distintos motivos. Los había convencidos de que aquella lucha a deshora contra la dictadura tendría éxito; otros marcharon porque se habían cansado de los abusos que la guardia civil, alentada por sus estrictos mandos superiores, cometía contra ellos y sus familias. Corría el año 1949 cuando llamaron a Antonio para el servicio militar, que cumplió en Málaga, vigilando por cierto aquellas sierras en busca de los llamados "bandoleros" por el régimen, aunque esa tarea no les correspondía. "¡Menos mal que nunca nos topamos con los de la

sierra! Yo habría sido incapaz de dispararle a ninguno". Y era lógico; entre los perseguidos tenía Antonio algunos amigos e incluso un cuñado, el conocido Fernando Romero Calvo.

Sí se los encontró, y en varias ocasiones, después de cumplir con el servicio militar. Fueron los momentos más difíciles de aquella guerra silenciosa –negada en todo momento por las autoridades franquistas– que sufría principalmente el pueblo, resignado como siempre, humillado como siempre, sin libertad ni en su propia casa, porque no podía hacer otra cosa. Cada noche, sin faltar una, la guardia civil iba cerrando y precintando las puertas y ventanas de todas las viviendas, desde el anochecer hasta el amanecer, para que sus habitantes no pudiesen ayudar en forma alguna a los fugitivos, entre los que muchos tenían padres, hijos, hermanos o amigos.

*Antonio durante su servicio militar*

En 1952, cuando se dio por terminada oficialmente la lucha contra la guerrilla, Agrón recuperó la paz de verdad. Las fiestas y celebraciones volvieron a pueblos y cortijos, donde los jóvenes se reunían por las tardes a bailar y alternar. Antonio se había enamorado de una muchacha que vivía en el cortijo de la Cueva de la Luz, perteneciente al término de Cacín. Allí vivía junto a sus padres y sus ocho hermanos. María Ciruela Crespo era una niña guapa, seria y formal, que no pensaba en tener novio todavía por verse muy joven, y a la que a Antonio le costó un tiempo conquistar. Fue cuestión de intercambiar muchas cartas y algunas visitas de cortesía a su casa, hasta que poco a poco fue ganándose el cariño de la muchacha. Hija de una familia muy trabajadora, María era una chica inteligente y capaz, que con el tiempo se convirtió en la mejor esposa que Antonio pudo soñar. Se casaron en Agrón el otoño de 1960 y para Antonio ése fue el primer día, en toda su vida, en que se sintió plenamente feliz. Tenía treinta años.

*El cortijo de la Cueva de la Luz, en la actualidad*

Al poco llegaron los dos hijos de Antonio y María, y nuestro protagonista sintió que su felicidad ya era completa. Pero los tiempos estaban cambiando; la economía en casa de la joven familia no iba bien, así que Antonio decidió emigrar. Por no mover a su mujer y sus hijos del hogar familiar se marchó solo a Alemania. "La noche que me iba subí a despedirme de los niños, que ya estaban durmiendo; mi niña tenía dos años y mi niño once meses. Cuando les di un beso se me caían las lágrimas a chorros por tener que separarme de ellos". A partir de ese momento, Antonio fue y volvió muchas veces: de Alemania, de Francia, de Cataluña… en Agrón no tenían futuro, por eso decidió finalmente establecerse con su familia en Alicante, donde había trabajo para todos. Allí vivieron muchos años, y allí se educaron y se casaron sus hijos. Cuando Antonio y María se jubilaron, resolvieron, como modernos hijos pródigos, volver a su lugar. Construyeron una casa nueva y se dispusieron a pasar plácidamente la última etapa de su vida, en la tierra que les vio nacer.

*Dice Antonio que su logro más grande fue su familia: su mujer, María, y sus hijos, Mari Carmen y José Antonio*

*María, con los niños*

Antonio enviudó hace unos años pero continúa en su casa, viviendo con su hermano Jacinto; los dos se cuidan y se hacen compañía. Sus hijos y nietos lo visitan con frecuencia y disfrutan extraordinariamente escuchando los relatos de su abuelo. Hasta hace bien poco, Antonio paseaba por las sierras que fueron escenario de su infancia, porque le gusta mucho. En Agrón todos respetan a Antonio "el requeté" por su sabiduría y buen humor. "Ya estoy cargado de años, pero mientras me valga por mí mismo, la cosa va bien". Y narra maravillas de María, su mujer, de la que continúa enamorado y a la que sigue echando en falta por muchos años que pasen. "Como ella yo creo que no ha habido ninguna. Era formal, trabajadora y muy buena administradora; mientras ella vivió yo estaba despreocupado, porque ella sabía llevarlo todo muy bien. Era el ama de mi casa; yo siempre digo que hay que cuidar mucho a las mujeres, porque no nos damos cuenta del bien que hacen hasta que nos faltan".

Lo que más le gusta a Antonio es contar historias. Sus experiencias han sido recogidas en varios libros, publicaciones y documentales de televisión, con cuyos autores ha colaborado merced a su amplio conocimiento sobre la historia de su pueblo. Y todavía, a sus ochenta y siete años, continúa activo y en forma, con ganas de seguir haciendo cosas.

"No se me olvidará…" decía Antonio a lo largo de nuestra conversación. No se le olvidará, no, porque ciertos olvidos son imposibles. Sus recuerdos continúan vivos, relegados sólo en apariencia durante el día a día, entretejidos en la trama de su vida como la hilaron cuando la protagonizaban. Sólo tiene que cerrar los ojos para traerlos de nuevo. ¿Será Antonio otro, al recordar? ¿Mirará con equidistancia todo lo que pasó, sin tomar ya partido? Aquel niño de la guerra, el requeté republicano de mirada blanca a pesar de la negrura que le rodeaba, sigue siendo hoy, en esencia, una persona vital y optimista.

*En los campos de Agrón, donde tanto tiempo pasó con las cabras cuando era niño*

Hay quien dice que al mundo hemos venido a sufrir; que este es un valle de lágrimas. Pero las personas –los supervivientes de una época– como Antonio saben que la vida es, por encima de todo, alegría. Y que el secreto radica en saber ser adaptable, porque al final del camino te das cuenta de que, sencillamente, hay que seguir viviendo.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 6 de mayo de 2017*

## Manolo y el Ingenio de Frigiliana

*Desde la perspectiva de sus más de cuatrocientos años de historia, esta casa y Manolo Herrero hacen un repaso, cogidos de la mano, de los momentos más importantes de las vidas de ambos.*

*Palacio de los Condes de Frigiliana. Foto de Sebastián García Acosta*

Ahí estoy, ¿me veis? Claro que sí; soy inconfundible desde cualquier punto, pues formo parte del paisaje urbano de Frigiliana desde hace cuatrocientos treinta y siete años. Destaco, como podéis comprobar, por encima de todos los edificios del pueblo, imponente y elegante, sólida y austera, integrada a la perfección en el típico caserío blanco a pesar de mi gran fachada color miel. Todos aquí me conocen familiarmente como "el ingenio", mas en otro tiempo fui un símbolo del poder de la aristocracia rural española: nada más y nada menos que la antigua residencia –el palacio, para ser exacto–s del primer Señor de Frigiliana, don Iñigo Manrique de Lara, cuyos descendientes se verían elevados, con el tiempo, a la categoría de condes por Felipe IV El Grande, Rey de Todas las Españas.

Soy la Casa de los Condes de Frigiliana, conocida y considerada como una de las construcciones de mayor mérito de mi lugar. Y no me limito a figurar como un estático monumento sin más cometido que su valor histórico o arquitectónico sino que, además, constituyo la base de la última fábrica de miel de caña que permanece activa en toda Europa; la única que ha sobrevivido –de las muchas que existieron por estos lares– al azaroso devenir de la modernidad. Porque debéis saber que durante varios siglos la producción de azúcar y miel de caña fue un próspero negocio que dio trabajo a cientos de familias de la costa mediterránea. Desde Almería hasta Málaga –Adra, Almuñécar, Motril, Salobreña, Maro, Nerja, Torrox, Vélez Málaga…– fueron muchas las poblaciones que contaban con su propia fábrica de azúcar y miel, como lo sigo siendo yo aún para Frigiliana.

*Muchos hombres y mujeres llegaban de todas partes para trabajar en los campos de caña azucarera*

La época dorada de la industria azucarera –mi época dorada, también– llegó a su fin a principios del siglo XX. Varios factores se aliaron para contribuir a esa extinción, entre ellos los impuestos a la fabricación de azúcar, la escasez de leña para las calderas de las fábricas y la competencia del azúcar que llegaba de las colonias americanas. Uno a uno, los ingenios o trapiches que bordeaban la costa fueron quedando abandonados; sólo yo tuve la suerte de continuar con mi labor.

Mi historia comienza en la última parte del siglo XVI –concretamente en el año 1580–, cuando se abordó mi construcción, con materiales de la antigua fortaleza árabe del Cerro de Lízar por cierto, por orden de don Iñigo Manrique de Lara. Al mismo tiempo, mi señor levantó otros edificios de renombre como la Iglesia Parroquial y la Casa del Apero, además de una veintena de casas "hechas a la malicia", como se decía en aquellos tiempos de las construcciones que no seguían una ordenación urbanística concreta. Me acuerdo muy bien de aquella Frigiliana minúscula y humilde, de poco más de cien habitantes, repoblada tras la expulsión de los moriscos con colonos o "cristianos viejos" traídos de otras tierras por don Iñigo; estos nuevos vecinos eran gente muy sencilla, que debía "permanecer descaperuzada" –es decir, sin sombrero– como clara señal de vasallaje en presencia de aquel noble señor, de pecho constelado de condecoraciones.

*El aspecto externo de la casa solariega apenas ha variado a lo largo de los siglos*

Yo era por aquel entonces un soberbio edificio cuya fachada de estilo renacentista representaba el orgullo de sus propietarios y era la admiración de todos, ornamentada con sobria distinción por borduras de ladrillo visto, bellos relieves geométricos, pinturas en color terracota y azul, pórtico de piedra, un gran balcón y ventanales de valiosos enrejados. Contaba igualmente con dos hornacinas que albergaban las esculturas de San Raimundo y la Virgen del Carmen –ambas fueron destruidas durante la guerra de 1936– y dos relojes de sol encastrados en mis muros. Mi interior distribuía, en la planta baja, grandes salones más una capilla con su coro –en la que estuvo permitido dar misa desde el año 1662–, mientras que en la planta alta se encontraban las dependencias y alcobas privadas de la aristocrática familia, a las que se accedía por una amplia escalinata. Posteriormente se ampliaron y modificaron algunas de mis estancias con el propósito de emplearlas como fábrica de azúcar y miel de caña, cuando los descendientes de mi señor don Iñigo así lo dispusieron, allá por el siglo XVII.

He visto muchas cosas en mis más de cuatrocientos años de vida. El lento pero imparable crecimiento de mi pueblo y sus habitantes a pesar de las duras condiciones de vida; la invasión de esta tierra por parte de las tropas napoleónicas en la Guerra de la Independencia; la embestida de epidemias de cólera y peste tan virulentas –como la del año 1834– que los fallecidos saturaron el cementerio parroquial y hubo que habilitar un nuevo camposanto que diese acogida al desmedido número de bajas. Fui asimismo testigo impotente de la agresiva plaga de filoxera que acabó con todos los viñedos de Frigiliana: un golpe atroz para un pueblo cuya agricultura se basaba principalmente en la producción de vino y pasas.

Llegó por fin el siglo XX y, para mi sorpresa, cambié de propietarios, pasando en el año 1930 a manos de la familia De la Torre, a la que pertenezco desde entonces. Sobrevino al poco tiempo la durísima Guerra Civil, a comienzos de la cual di cobijo y protección a algunas familias de Alhama de Granada y su comarca, huidas de sus lugares ante la inminente ofensiva de las tropas franquistas a principios de 1937. Temí por mi integridad cuando los anarquistas destruyeron parte del patrimonio de Frigiliana y sufrí junto a mi pueblo una dolorosa posguerra que trajo consigo grandes hambrunas y el conocido fenómeno del maquis. Pero, como una madre orgullosa que ve crecer a sus hijos, del mismo modo he visto crecer a "mi" Frigiliana. La pequeña aldea agrícola y ganadera se convirtió en un reconocido y próspero núcleo turístico; sus habitantes pasaron de ser humildes labriegos y pastores a boyantes empresarios y profesionales con un merecido lugar en el mundo.

Sé que la gente de mi pueblo me mira con afecto: no en vano y gracias a las necesidades de producción del azúcar y la miel de caña he dado vida a Frigiliana y proporcionado trabajo a casi todos mis vecinos a lo largo de los siglos, con tareas como el acarreo de cañas y leña del monte, el mantenimiento de la maquinaria y el envasado y distribución de la miel, entre otras. Muchas generaciones de frigilianenses, puedo decirlo con orgullo, han contado con un medio de vida gracias a mí. Uno de ellos es mi gran amigo Manolo Herrero Castillo.

*Manuel Herrero Castillo ante el palacio de los Condes de Frigiliana o el Ingenio del Carmen*

Conozco a Manolo desde siempre, pues es natural de Frigiliana y jamás se ha movido de aquí. Nació en el año 1940, cuando en nuestro pueblo había mulos y cabras en lugar de coches, y corrales en vez de tiendas de artesanía; yo lo veía con frecuencia jugar con otros niños en la placeta que hay delante de mi fachada principal. Cuando cumplió los dieciséis años atravesó el umbral de mi puerta para entrar a formar parte de los trabajadores de la fábrica de miel de caña Nuestra Señora del Carmen –donde también trabajaban sus tíos–, y ya no salió de aquí hasta que cumplió los sesenta y siete. Me parece que lo estoy viendo tal y como era entonces, inquieto, capaz y voluntarioso. Empezó desde abajo y desempeñó sin rechistar todas las tareas que le encomendaban como pinche, trayendo leña, al pie de la caldera, vigilando la picadora y los molinos o limpiando instalaciones, hasta que, con los años, llegó a ser capataz de producción, cargo con el que se jubiló. Sé –y para mí es todo un honor– que me considera su segunda casa, y lo he visto emocionarse más de una vez cuando se acerca por aquí y mira mi fachada con nostalgia. Por eso creo que nadie mejor que él os puede explicar cómo es el proceso de fabricación de la miel de caña, al tiempo que os muestra mi interior, las instalaciones del Ingenio del Carmen. Escuchad su relato...

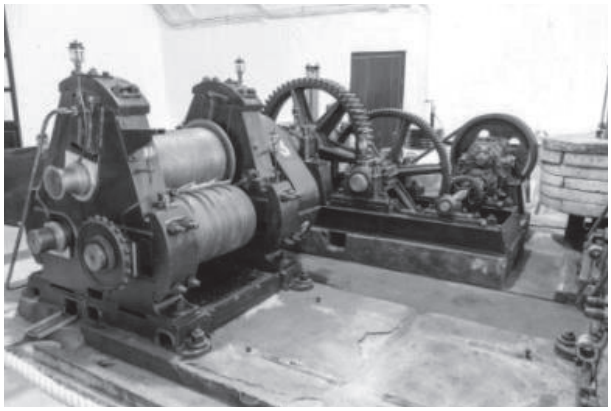
*Una compleja estructura de arcos de ladrillo sostenía las acequias que llevaban el agua desde la parte alta del Cerro de Lízar hasta los molinos*

"Toda la vida he estado yo trabajando en el ingenio; lo conozco como si fuera mi casa. ¡Además apenas ha cambiado en tantos años! Sólo una parte de las máquinas, que son nuevas. Aquí a la entrada había una plazoleta empedrada con una báscula, donde se paraban las bestias cargadas, para pesar la caña. Luego pasaban por el lateral derecho y llegaban hasta la

puerta de la fábrica, en cuya entrada hay un ensanche donde descargaban los haces de caña recién cortada. Todo esto que veis está igual que entonces, no ha cambiado apenas. En un lateral del edificio, arriba, una red de acequias con mucha pendiente –los "ceatillos" los llamábamos– traía el agua del río Higuerón para mover los molinos, a los que les decíamos "las maquinillas".

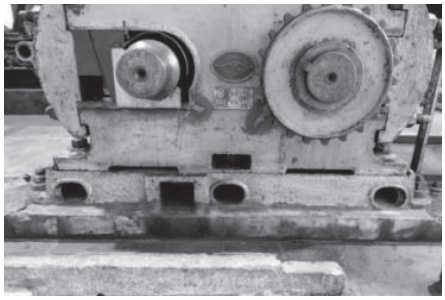
*Al final de esta rampa se descargaban los fardos de caña de azúcar*

"A continuación las cañas pasaban por una cinta transportadora que las dirigía a una rueda picadora y tres molinos, uno detrás de otro, cada uno con distinta fuerza. Primero pasaban por uno, luego por otro más fino y luego por otro más, hasta que la caña se quedaba "estrujaíca" del todo. Esta de aquí es la maquinaria original, que ya no se utiliza porque ahora no se muele caña, sino que el jugo se trae de otros países para transformarlo en miel, porque aquí la caña ya casi no se cultiva. Pero los molinos originales todavía funcionan perfectamente."



*Los molinos exprimían la caña haciéndola pasar por varios rodillos con distinta presión, para extraer el jugo o "caldo"*

"Al pie de cada molino había dos trabajadores; uno de ellos tenía que estar pendiente de que la caña no se enredara en las ruedas. Conforme la caña se estrujaba, el caldo iba escurriendo por una conducción en el suelo que lo llevaba a unos filtros antes de pasarlo a la zona de cocción, mientras que otro trabajador iba comprobando, a medida que chorreaba, que ese caldo saliera limpio y no llevase espuma ni broza de ninguna clase."



*Por esas aberturas circulares escurría el zumo de caña y corría a lo largo del canal*

"El zumo de la caña una vez filtrado –o sea, el caldo– pasaba luego a la sala que llamamos cocina, porque es eso, una cocina grande. Esta sala está equipada con unos depósitos que se llaman pailas, donde el caldo se cuece durante dos horas –hasta que la espuma sobresale por encima de las pailas– con el vapor que genera la caldera. Ese caldo se depura y se concentra con la cocción y se convierte en lo que nosotros llamamos jarabe. El jarabe sale luego de las pailas y se vuelve a filtrar; después pasa por un concentrador que elimina el exceso de agua y controla su espesor y dulzura; el producto resultante es la miel de caña pura. Y ya sólo queda envasarla. Antes se hacía todo a mano: la miel salía por unos grifos y se iban llenando los botes uno a uno, pero ahora hay una máquina envasadora, en una sala colindante con la cocina."

*En el interior de la cocina se encuentran las pailas donde se cuece el caldo*

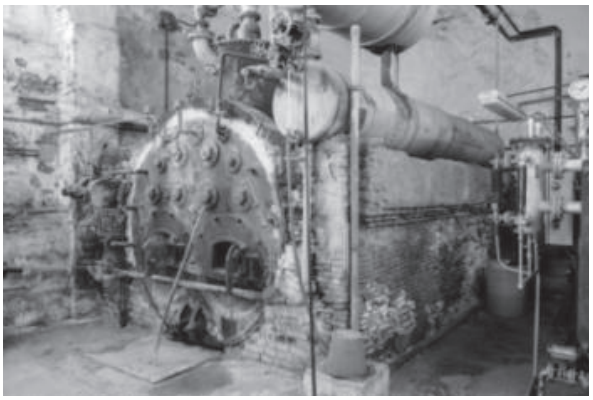
"Las cañas estrujadas al máximo se quedaban convertidas en bagazo –o "gabazo", como las llamamos por aquí–. Es un material de desecho que, una vez seco, se aprovechaba luego para quemarlo también en la caldera, igual que la leña. ¡Aquí no se desaprovechaba nada!"

*El jugo de la caña al natural es una bebida sana y deliciosa; a la derecha el bagazo o "gabazo", es decir, los restos de la caña una vez exprimida*

"Todo se ha mantenido igual que cuando yo trabajaba aquí, menos el número de trabajadores. Antes estábamos entre quince y veinte, en turnos de veinticuatro horas, pues la fábrica no paraba ni de noche ni de día; ahora, al no moler la caña y contar con la máquina de envasado, sólo hay cinco o seis trabajadores. El caldo en crudo lo traen desde Cuba y Colombia, pero el proceso de fabricación de la miel sigue siendo el mismo desde hace tres siglos, siguiendo una receta original de 1630 propiedad de la familia de los Condes de Frigiliana, así que la miel que se hace aquí es la mejor de todas. ¡Todo el que la prueba, ya no quiere otra! A mí me gusta venir de vez en cuando y entrar dentro, charlar con los compañeros y recordar mis buenos tiempos, ¡que anda que no me acuerdo de ellos!"

Como veis, Manolo tiene mucho que contar. A su explicación quiero añadir yo que antiguamente había siempre una pareja de carabineros o guardias civiles montando guardia desde el coro de mi antigua capilla, pues las autoridades temían que, junto con el azúcar y la miel, se fabricase también licor de forma clandestina, actividad para la que la fábrica no tenía autorización.

En lo más profundo de mis sótanos –fueron mazmorras, en tiempos muy lejanos– se conserva la antigua caldera de leña que se utilizaba para generar el vapor que cocía el caldo de las pailas. Proviene del desguace de un viejo barco del siglo XVIII atracado en el puerto de Málaga, y durante muchísimo tiempo fue la única fuente de energía de toda la fábrica. Aunque hace unos años que ya no se utiliza –fue sustituida por una moderna y eficiente caldera de gasoil– esa bella reliquia de otros tiempos todavía funciona a la perfección. La familia del conde de Frigiliana se encargó además de comprar una parte de bosque en la sierra de la Almijara para disponer de la ingente cantidad de leña que consumía dicha caldera.



*La veterana caldera del barco de vapor aún continúa en su lugar*

Mi amigo Manolo opina que nada ha cambiado, pero yo, que veo las cosas a otra escala –es el privilegio que me conceden mis cuatro siglos de edad– puedo afirmar que sí acuso ciertos cambios. Y el principal de ellos es que ahora sólo quedo yo. Echo de menos los tiempos en que los campos de caña de azúcar verdeaban sin límites y las esbeltas chimeneas de ladrillo de otras fábricas hermanas se recortaban en el horizonte; añoro las voces de los cortadores de caña, que venían de todas partes para la recolección, y las de mis trabajadores llenando las salas, mientras en los alrededores los arrieros y sus bestias se afanaban trayendo caña para

moler y leña para quemar, que se amontonaba, fragante e impregnada de resina, en el patio trasero…

*Manolo preparando la leña para quemar. Al fondo se aprecia el chorro de vapor que expulsaba la caldera por una válvula de escape, para evitar explosiones. Fotos archivo de Sebastián García Acosta*

*La vieja caldera en plena actividad. Manolo se encargaba también de meterse en su interior para limpiarla de cenizas. Fotos archivo de Sebastián García Acosta*

*El caldo se cocía en las pailas concentrándose hasta quedar convertido en jarabe, paso previo al de la miel. Fotos archivo de Sebastián García Acosta*

Manolo me ha dicho muchas veces, a su manera, que recuerda con cariño y agradecimiento los años que trabajó con nosotros; yo le digo –a mi manera, también– que el agradecimiento es mutuo, pues dedicó al Ingenio toda su vida laboral. Era, sin lugar a dudas, un trabajo duro, más que ahora, con turnos de muchas horas que exigían cambios en los horarios y en la rutina diaria de los empleados; en algunos puestos, además, el esfuerzo físico era considerable. Pero quienes trabajaban aquí se consideraban, en verdad, afortunados.

*Tal vez en honor a los viejos tiempos, a Manolo le gusta caminar apoyado en una caña de azúcar a modo de bastón*

Veo, desde el altozano sobre el que me construyeron, extenderse el pueblo a mis pies, blanco y cuidado, y un poco más allá, la línea azul del mar. Y veo, por encima de mi tejado, en la falda del Cerro de Lízar, los últimos campos de Frigiliana sembrados de caña azucarera. Nadie sabe qué traerá el futuro, y la vida, desde luego, no se detendrá al final de esta historia. Pero los hechos están ahí: la calidad de nuestra miel es reconocida por todos, exportamos a varios países del mundo e incluso celebramos, una vez al año, nuestro "Día de la Miel de Caña". Tengo fe, por lo tanto, en que la fábrica seguirá adelante mucho tiempo más. Soy la Casa de los Condes de Frigiliana, una superviviente de otra época que ha navegado casi cuatrocientos cincuenta años para llegar hasta aquí. Continuaré, pues, afrontando los desafíos que traiga el futuro, mientras sea posible.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Colaboradores: Sebastián García Acosta, Antonio Sánchez Sánchez "el maestro" y José Aurelio Romero Navas*

*Fotografías, Sebastián García Acosta y José Luis Hidalgo Aguado*

*Publicado el 8 de julio de 2017*

## Pepe Sales, el de Cerezal Alto

*Hay muchos tipos de héroes. Unos son fácilmente reconocibles porque cubren sus hombros con una pomposa capa hecha de fama, orgullo y afectación; otros, en cambio, pasan desapercibidos porque prefieren vestir ropas sencillas. Pepe Sales es uno de ellos.*

Sierra Tejeda, o lo que es casi lo mismo, la Maroma. Con el corazón dividido entre las provincias de Málaga y Granada, resulta inconfundible y magnífica en cualquier época del año. Pintada de azul en verano y de blanco en invierno, surcada por veredas invisibles en la distancia que conducen hasta su descomunal vértice geodésico, es la cumbre más elevada del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama y una de las más populares. También es el lugar de asentamiento de históricos núcleos de población que se aferraron a sus laderas hace siglos –pueblos, pedanías, cortijadas, ventas y casas aisladas– y prosperaron, en mayor o menor medida, gracias a sus abundantes recursos naturales. Muchos de ellos se perdieron para siempre; otros permanecen habitados y, por lo tanto, vivos todavía.

Sierra Tejeda o la Maroma y, muy cerca, la histórica ciudad de Alhama de Granada. En su término municipal, al pie de la sierra, se encuentra el cortijo del Cerezal Alto, limitando con espesos pinares y profundas barranqueras orientadas al norte que encauzan arroyos de aguas transparentes. Y en ese cortijo, al cuidado de una casa que no ha dejado de habitarse durante generaciones y de unos terrenos que se cultivan desde que los primeros labradores llegaron a esas tierras, un genuino hombre de campo llamado José Márquez Márquez, a quien todos conocen mejor por su apodo: Pepe Sales.

*José Márquez Márquez, Pepe Sales*

Escogimos para ir a verlo un día de principios de verano en el que nos dieron la bienvenida un agreste paisaje típicamente serrano y un cielo de un azul prístino, surcado por nubes blancas que parecían desplazarse a cámara lenta. En su casa del Cerezal Alto se encontraba Pepe, departiendo cordialmente con su hijo mayor y unos amigos comunes –Pedro Aguilar y Jesús Cuartero, con quienes ha colaborado en varios proyectos editoriales gracias su profundo

conocimiento de esas montañas–. Tras los saludos iniciales y la posterior marcha de sus invitados, nuestro anfitrión se dispuso a atendernos con toda la amabilidad que suele desplegar este hombre de trato sencillo y carácter acogedor que hacen que, en su compañía, uno se sienta cómodo al instante.

*Tarzán, el mastín, dormita echado a la sombra del muro, guardando la entrada al cortijo*

Quiso Pepe, antes que nada, mostrarnos su casa, de la que se siente lícitamente orgulloso. Fue restaurada con sus propias manos y las de sus familiares a lo largo de muchos años, con todo el cuidado y fidelidad al estilo original del cortijo del que han sido capaces. Gracias a ello el Cerezal Alto, que lleva generaciones en manos de su familia y que él decidió convertir en su hogar permanente –la vida de campo es la única que le gusta–, luce hoy mejor que nunca. Pepe y los suyos reacondicionaron con laboriosa dedicación las tres pequeñas viviendas originales de que constaba el cortijo para convertirlas en una sola casa familiar con varias habitaciones y estancias útiles para el trabajo cotidiano del campo, más unos corrales y otras dependencias. Su propiedad no se convirtió, como muchas de esa misma zona, en un lugar ruinoso y dejado de la mano de Dios, sino que toda la familia reinvirtió allí esfuerzos y ganancias roturando y manteniendo campos de cultivo, reparando fuentes y cercas, conservando y acondicionando caminos, acequias y corrales y modernizando el cortijo –que tiene hasta teléfono, aunque aún no ha llegado la electricidad– en la medida de sus posibilidades.

Todo en este lugar respira el amor y respeto incondicionales que siente la familia Márquez por el pasado del Cerezal Alto, sensación que se percibe nada más cruzar el umbral de su casa. Cada piedra cuidadosamente restaurada, cada utensilio conservado con cariño y expuesto en el zaguán a la mirada de quienes les visitan, rinden cumplido homenaje a las usanzas y costumbres de otros tiempos. Una amplia colección de arcaicos enseres y aparejos –algunos útiles todavía, otros ya del todo obsoletos– cuelga de un muro de piedra, contando una digna historia de vidas transcurridas entre el ajetreo del campo y los quehaceres tradicionales; evocando un pasado indudablemente arduo, pero tal vez más acogedor y más humano. Todos y cada uno de los objetos expuestos pertenecieron a esa casa y sus habitantes. "Estas cosas las vi yo en manos de mis abuelos y de mis tíos", afirmaba Pepe, "y en vez de tirarlas cuando ya no hicieron falta, las guardamos aquí para tenerlas de recuerdo".

*Cuidadosamente conservados y colocados se muestran los enseres que formaron parte de la vida cotidiana de los antiguos habitantes del cortijo*

Entre ellos el imprescindible candil de aceite, hoy definitivamente apagado, que iluminaba las oscuras noches sin luna de antiguamente. Su presencia no faltaba dentro de la casa, cuando las mujeres se reunían a remendar la ropa bajo su luz temblona y amarillenta, ni fuera de ella, pues los hombres lo utilizaban para echar una última mirada a los animales del corral, antes de retirarse a descansar. El sempiterno candil, testigo silente de largas conversaciones alrededor de la lumbre y de dulces veladas "pelando la pava" –eso sí, ante los padres de la novia, que una pareja no debía quedarse sola antes de contraer matrimonio–, mientras en la imaginación de los pretendientes resonaba esa temida estrofilla que los futuros suegros recitaban, medio en broma, medio en serio, cuando consideraban que la visita se alargaba demasiado:

"El candil se está apagando, / y en la alcuza no hay aceite. / Ni te digo que te vayas, / ni tampoco que te sientes…"

En un ángulo del patio se conservan, en perfecto estado y listas para ser usadas, una práctica chimenea y un juego de trébedes que se utilizan durante las labores de la matanza –para cocer

cebollas y distintos tipos de embutidos– y para preparar generosas raciones de comida en grandes sartenes, los días de fiesta en los que se reúne allí toda la familia. Justo enfrente hubo, en otros tiempos, un horno para cocer el pan, que se eliminó en una reforma posterior porque ya no se utilizaba y ocupaba mucho espacio.

Pepe Sales nos invitó a pasar al interior de su casa y a sentarnos a su mesa –"de mi casa no os vais sin comer", dijo llanamente–. Compartimos pues, con él y José Antonio, su hijo mayor, un delicioso almuerzo a base de verduras cultivadas por ellos mismos y un delicado vino del terreno, también de elaboración propia. En la intimidad de su hogar, pausadamente, pude observarlo con atención mientras nos contaba algunos detalles de su vida. Tiene seria la mirada y las facciones agradablemente curtidas, propias de un hombre que ha pasado toda su vida expuesto a las inclemencias de muchos inviernos y veranos aguantados –disfrutados también– en las montañas. La expresión de su cara es sobria, pero tras esa compostura –no aprendida, sino nacida de muy adentro– acecha una sonrisa sincera, de hombre íntegro, que conserva intactos el ancestral sentido del honor y la caballerosidad que tenían antes los hombres del campo, aquellos que tasaban con mesura gestos y palabras, y de los que tan poquitos, desgraciadamente, quedan ya.

Nuestro hombre nació en el año 1939, poco antes de que concluyese la Guerra Civil, en el cortijo del Robledal Bajo, que era a la sazón propiedad de su abuela materna y donde sus padres se alojaban por aquel entonces. Las faldas de Sierra Tejeda estaban sembradas de cortijillos y ventas diseminados por todas partes, fincas aquellas generalmente de mediano tamaño, habitadas por laboriosas familias de condición modesta que mantenían animado el lugar con su continuo trajinar. Cuando Pepe cumplió los siete años su familia se trasladó al vecino cortijo del Cerezal Alto, que se convirtió desde aquel momento en su hogar –el único que ha querido desde entonces–, donde su familia continuó creciendo, al nacer allí sus dos hermanos menores. Entonces el caserío constaba de tres viviendas de reducido tamaño, en las que se acomodaron Pepe, sus padres y sus cinco hermanos junto con otros familiares.

En su diminuta casita –de la que hoy ocupa el espacio una cocina recientemente reformada– se acomodaron los ocho, haciendo la vida en una habitación con chimenea, un dormitorio en el que dormía toda la familia –los más pequeños en la cama de sus padres y los mayorcitos a su lado, en un catre apañado con cuatro palos y un colchón de farfollas de maíz– y una cámara superior, que utilizaron primero como granero y después acondicionaron como segundo dormitorio, cuando los muchachos fueron creciendo.

Pepe continuó su narración mientras caminábamos junto a él hacia uno de sus lugares predilectos: el Cerro del Cerrajón, un monte que se encuentra a las espaldas del cortijo y desde cuya cima, redondeada y coronada de rocas, se disfruta de una amplia panorámica. Aquella posición nos permitió conocer los terrenos y lindes del actual cortijo Cerezal Alto, al que pertenece una propiedad de cuarenta fanegas de extensión. A pesar de sus setenta y ocho años, nuestro amigo subía delante de nosotros con paso ágil y seguro por la empinada ladera que asciende envuelta en olor de romero y mejorana, animado seguramente por la perspectiva de descubrirnos, desde ese punto elevado, la belleza de su lugar. Ese día, además, el campo lucía espléndidamente bajo aquella atmósfera pura, diáfana e inefablemente luminosa de finales del mes de junio.

*Desde el vértice de piedra del Cerro del Cerrajón, la panorámica de toda la cara norte de Sierra Tejeda y sus estribaciones es imponente*

Pepe miraba a la lejanía y, extendiendo el brazo, señalaba uno por uno y por sus nombres ancestrales –los que les dieron los lugareños– cada cima, barranco y vaguada, cada río y cada arroyuelo, porque todos tienen unos apelativos locales que, hasta que Jesús Cuartero y Pedro Aguilar no los recopilaron, apenas constaban en los mapas. De la misma forma describía los cultivos que recogían cuando se hacía la "cosecha de la caña", es decir, de cereales y legumbres: garbanzos, trigo, avena y avenate, beza, lentejas y lentejillas morunas –especiales para alimentar al ganado–, y las vegas a la orilla del río en las que cultivaban el "verdeo", esto es, las hortalizas: tomates, cebollas, patatas, pimientos, habichuelas y demás verduras, todo para el consumo de la casa. Eran tiempos laboriosos en los que trabajaba toda la familia: mayores y pequeños, varones y hembras, allí no se escapaba nadie de la faena diaria ya fuese arando, segando, trillando, pastoreando el ganado u ordeñando cabras y ovejas. Y claro, con tanto quehacer, de lo último que tenían tiempo los niños del Cerezal Alto era de acudir a la escuela. Pepe Sales decía: "Yo pisé la escuela por primera vez cuando llevé allí a mis hijos, pero aprendí a leer, escribir y a lo más preciso por un maestro que venía varias veces a la semana a darnos clase por los cortijos".

*La vega dedicada al cultivo del "verdeo" sigue siendo la misma*

Así era; un maestro ambulante, don Francisco Villalobos, natural de la cercana localidad de Canillas de Aceituno –al otro lado de Sierra Tejeda– era el encargado de instruir en lo más básico a los niños cortijeros; el buen hombre recorría a pie aquellos caminos y se quedaba a dormir donde le viniese bien para continuar con sus clases al día siguiente. Parece ser que era

conocido por su seguimiento al pie de la letra del refrán "La letra con sangre entra", pues solía tener la mano algo larga a la hora de tratar con sus alumnos, pero desde luego enseñaba, y enseñaba bien. Pepe Sales refería que en el Cerezal Alto se reunían ocho niños –él, sus hermanos y los chiquillos que venían del vecino cortijo de Venta Palma– para dar clase todos juntos. Don Francisco cobraba cinco duros al mes por cada alumno, honorarios que no estaban mal para los tiempos que corrían.

*La era del cortijo, hoy en desuso; a la derecha unas ovejas en el corral, al que da sombra una frondosa higuera*

La familia de Pepe era autosuficiente, y lo poco que les faltaba acudían a comprarlo a Alhama o a la cercana Venta de Rodríguez –propiedad de un hermano de su padre–, donde se había instalado un pequeño economato en el que los habitantes de los alrededores podían adquirir ciertos artículos con los que no contaban en los cortijos: aceite, azúcar, harina, arroz, etcétera. Durante la posguerra pasaron necesidad, como en todas las casas; Pepe recordaba las famosas cartillas de racionamiento con las que acudían a Alhama a recoger la escasa asignación de alimentos y otros bienes de primera necesidad –pesados al gramo y medidos al milímetro– que correspondían a cada familia.

Luego llegó la posguerra y los oscuros tiempos de la lucha antifranquista, que se extendieron por todas las sierras de España y que alcanzaron, cómo no, a Sierra Tejeda. En uno de aquellos enfrentamientos entre la guardia civil y "los de la sierra" o guerrilleros maquis –entre los que también se ocultaban estraperlistas y otros delincuentes comunes– perdió la vida un miembro de la familia de Pepe, su tío Francisco Márquez Navas, hermano de su padre, al que un mal día se llevaron de su propia casa. Al poco tiempo su familia colocó una cruz de piedra al pie del Barranco de las Piletas, lugar cercano al punto donde Francisco cayó.

*En la cruz de piedra que recuerda el nombre de su tío, muerto muy cerca de ese lugar*

Pepe prosiguió su relato. "Éramos pobres pero tampoco nos faltaba de lo importante, y aunque era una vida de mucho trabajo para todos, estábamos conformes porque no conocíamos otra cosa". Cuando llegaban las fiestas de Alhama o de Játar –la función, como se les llamaba antiguamente– los jóvenes se marchaban allá a pie o subidos en una borriquilla, con un hato de ropa limpia y zapatos de vestir liado en una taleguilla de tela para cambiarse luego y componerse justo antes de entrar en el pueblo. De esta manera llegaban presentables a la feria, con el calzado libre del polvo del camino y los vestidos de sus hermanas, guapas por cierto como ellas solas, perfumados de membrillo o alhucema.

Pepe Sales no ha salido en toda su vida del cortijo desde que llegó allí con siete años, porque sencillamente no quiere vivir en otro sitio. Tan sólo se alejó de su terreno los quince meses en los que cumplió con el servicio militar, que lo llevaron hasta Almería y Granada. Fue al término de éste cuando conoció a la que sería su mujer, una guapa jovencita llamada Francisca Rodríguez García –Paquita para todos– que vivía en el cortijo de El Alcornocal, hoy completamente abandonado, y con la que, después tres años de relación, se casó en el año 1968. Con ella comenzó la etapa más dichosa de su vida: la aventura de crear su propia familia.

*Pepe Sales durante su servicio militar. A la derecha, en el día de su boda con Paquita, junto a los padres de ambos*

Los recién casados se instalaron en el cortijo del Alcornocal con los padres de Paquita hasta que, pasados tres años, se mudaron definitivamente al Cerezal Alto, que se convirtió a partir de entonces en el hogar definitivo de Pepe, su mujer y sus dos hijos, José Antonio y Manuel. Fue aquella la época más feliz, sosegada y fructífera de las vidas de ambos, durante la cual prosperaron en el cortijo y sacaron a sus hijos adelante. Cuando los chicos estuvieron en edad escolar fueron enviados a estudiar a Granada, al tiempo que Pepe y Paquita continuaban trabajando sin descanso, allá en Cerezal Alto. Los pequeños José Antonio y Manuel finalmente crecieron, se casaron y se instalaron en Alhama de Granada, ya con sus propias familias; mientras tanto Pepe y Paquita compraron una vivienda en el pueblo, aunque sin dejar su vida apacible en la casita del Cerezal.

*Pepe y Paquita. Ella era muy apreciada por su dulzura y simpatía con todo el que se acercaba al cortijo a visitarlos*

Pero el tiempo pasaba irremisiblemente, y con él llegaron el progreso y el abandono paulatino de los modos de vida rurales. Mientras los cortijos de los alrededores se iban quedando vacíos porque sus habitantes no encontraban más solución que emigrar a la ciudad, Pepe Sales y su mujer se aferraron con decisión a su campo y sus animales, manteniendo vivas la casa, las tierras y una larga tradición familiar como labradores y ganaderos.

Los tiempos estaban cambiando, y en más de un aspecto. "Empezamos a ver más excursionistas que cortijeros por estas sierras", nos contaba Pepe. "Yo me los encontraba camino de la Maroma muchas veces, unos iban perdidos en la niebla, otros se habían accidentado, alguno hasta con los huesos rotos me lo encontré, tirado a la orilla del camino, y tuve que cargármelo a las espaldas hasta mi casa porque cómo iba a dejar allí a esa criatura. Han sido muchas las veces que me he visto en esas, siempre procurando ayudar en lo que podía, yo y mi mujer también, que no fueron pocos los que me llevé a mi casa para socorrerlos y darles algo de comer. Paquita y yo dábamos aviso a las autoridades y a las familias de que los había encontrado; no fueron pocos tampoco los que se quedaban a dormir aquí en el cortijo si les pillaba la tormenta, la nieve o lo que fuera, y siempre lo hacíamos muy conformes porque, ¿qué otra cosa íbamos a hacer? Cuando te encuentras a alguien en una situación de esas lo único que te sale es ayudarle en todo lo que buenamente se pueda".

Efectivamente; con el auge de los deportes al aire libre, excursionistas y paseantes de todo tipo comenzaron a frecuentar –muchos de ellos sin la preparación o equipación adecuadas– los parajes que antes fueran territorio exclusivo de pastores y labradores, expertos

conocedores de aquellas montañas. Dados la excelente predisposición y conocimiento de Sierra Tejeda de Pepe Sales, nuestro amigo ha tenido la oportunidad de ayudar a muchas personas –y de salvar vidas, sin duda alguna– en multitud de ocasiones, y de la forma más altruista y compasiva que se pueda imaginar. Del mismo modo cazadores, agentes de la Guardia Civil, guardas forestales e incluso estudiosos del terreno como sus amigos Pedro Aguilar y Jesús Cuartero, han contado con la amplísima experiencia de Pepe siempre que lo han precisado porque Pepe Sales es, ante todo, un hombre generoso que –desde la modestia más absoluta– disfruta siendo útil y poniendo todo lo que tiene a disposición de quien lo necesite.

El merecido reconocimiento a esta labor de entrega le llegó en el año 2001 gracias al acreditado **Patronato de Estudios Alhameños**, que le otorgó el **Premio 'A una labor alhameña'** en el Salón de Actos del Ayuntamiento de su ciudad, Alhama de Granada. "Yo venía de arar en el campo y me llamaron por teléfono para decirme que me daban un premio, y yo ¡no sabía por qué!", comentaba Pepe sonriendo. "Me alegré mucho, y ese día vinieron toda mi familia y mis amigos a verme cuando me lo entregaron, qué buen rato pasamos".

*Un momento del solemne acto de entrega de su premio a José Márquez Márquez*

José Márquez Márquez, Pepe Sales, ya está algo cansado y, aunque goza de buena salud, ha delegado en su hijo mayor el cuidado del Cerezal Alto. Viudo recientemente, marchó durante unas semanas a Barcelona en compañía de sus familiares, pero ello sólo le ha servido para reafirmarse en algo que ya sabía: para él no existe otro lugar en el mundo donde reclinar la cabeza y descansar que en su amado Cerezal Alto, la tierra que fue testigo de las vidas de sus antepasados y de la suya propia. Allí no se encuentra solo, pues su hijo José Antonio acude a diario a cuidar del campo y los animales y el resto de la familia –sus hermanos, su hijo Manuel, sus nueras, sus cinco nietos y ese biznieto que llegará muy pronto, con el otoño– van a verlo con frecuencia. Hasta su querida Paquita permanece allí de alguna forma, acompañándolo en todo momento, igual que hizo en vida. "Tengo tranquilidad y el cariño de mi familia y mis amigos, ¿qué voy a querer más?", terminó su historia nuestro amigo. Y es así. Pepe Sales goza

del afecto de su familia y amigos, y del respeto de sus paisanos y de todo aquel que llega a conocerlo. Imposible desear nada más.

Existen, en efecto, héroes que legítimamente enarbolan su capa de brillo acerado y deslumbrante, felices de que todos puedan reconocerlos. Otros, como nuestro amigo Pepe, pasan por ser hombres grises y corrientes, que renuncian a ascender a la cumbre y se quedan a vivir, pacíficamente, a la sombra fresca del valle. Porque para conseguir realizarse y dar color a sus sueños -esos que todos tenemos-, no necesitan sentirse admirados, ni envidiados, ni vivir de tejas para arriba. Sólo tomarse con verdadera honestidad la obligación de vivir. Y eso ya los hace brillar con luz propia –más brillante que ninguna otra–, sin capas ni ornamentos de ningún tipo.  Per se.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Con la colaboración de Francisco Ortiz Villarraso*

*Publicado el 19 de agosto de 2017*

## Ana, la del Cortijo del Pincho

*Ana Funes Díaz es, con sus recién estrenados noventa y cinco años, la vecina de más edad del municipio de Jayena. Hoy repasamos con ella casi un siglo de historia a través de sus recuerdos*.

*Ana Funes Díaz*

Hace sólo unos días, el pasado ocho de septiembre, celebraste tu cumpleaños, Ana. Nada menos que tu nonagésimo quinto cumpleaños, tu noventa y cinco cumpleaños. ¡Muchas felicidades y que sea enhorabuena! Eres la persona más anciana –que no la más vieja; no es lo mismo– de Jayena; eso significa que nadie queda ya en ese pueblo que naciese antes que tú. ¿Dinos, qué se siente al llegar a esa cifra, que a muchos nos da vértigo? Casi un siglo de historia, no ya sólo de tu lugar sino de otros muchos sitios, han visto pasar ante sí tus ojos castaños, que no han perdido en absoluto ni su brillo ni esa expresión, casi joven todavía, casi inocente a pesar de lo vivido, que llama la atención nada más conocerte. Y no, Ana; no digas que con los años has perdido todo lo que eras y que ya no estás guapa, porque no es verdad. Es más bien al contrario: hay muchos detalles en tu aspecto que suavizan los efectos de la edad, como por ejemplo la paciente y sincera sonrisa que no se borra de tus labios mientras hablas conmigo. Y fíjate, además, en lo que dice tu hija mayor: que eres coqueta y de siempre te ha gustado cuidarte –la crema facial todos los días, la peluquería cada semana, tu ropa, tan arregladita–; eso también se tiene que notar, ¿verdad?

Tu buen carácter es de sobra conocido en Jayena: cuando pregunto cuál es el camino de tu casa, todos tienen algo agradable que decir sobre ti. "Una buena familia desde siempre", apunta Jesús; "Ya verás lo agradable que es, da alegría hablar con ella", comenta Adrián; "Son gente magnífica, ella y sus hermanas", añade José. Tus vecinos, que te conocen de toda la vida, te quieren y te respetan... por algo será. Debes sentirte orgullosa.

Llamo a la puerta, me invitas a entrar en la que fue casa de tus padres– tu casa hoy– y me siento entre tu hermana Fernanda, tu hija Ana y tú. A pesar de que acabamos de conocernos,

con vuestro trato cariñoso me hacéis sentirme, al poco, como en familia. Y efectivamente, no se tarda en descubrir que es cierto lo que opinan tus paisanos: el buen humor y la cordialidad deben ser innatos en todos vosotros; tu hermana Fernanda, además, es risueña como un cascabel, como una niña. Me miras con curiosidad porque no me conoces, Ana, y a la vez te esfuerzas por escucharme educadamente –con noventa y cinco años, tu oído no es ya el que era– y contestar las preguntas que te voy haciendo, que os hago a las tres, en realidad. Y como las protagonistas de aquella antigua serie de televisión, "Las chicas de oro", Fernanda, Ana y tú, las tres juntas, con vuestra animada conversación –una cuenta una cosa, la otra cuenta otra–, comenzáis a desgranar un pasado amable que, como si una brisa fresca entrase repentinamente por la ventana, se hace presente por momentos, próximo e inasible a la vez, en el mismo salón de vuestra casa.

*Ana Funes y su hermana Fernanda comparten el mismo buen humor*

Ana –Anita, como te decían en otros tiempos–, naciste el ocho de septiembre de un lejano 1922 en Jayena, en la misma casa que hoy habitas, cuando el tuyo era un municipio que, según contáis Fernanda y tú al alimón, era entonces más grande y tenía más habitantes e incluso más casas que ahora. Una localidad dedicada enteramente a la agricultura y la ganadería, y dependiente para casi todo de la cercana Sierra de la Almijara. Tus padres, Fernando Funes y Carmen Díaz, al igual que poseían su casa de la calle Carril, eran dueños de un cortijo situado a unos seis kilómetros de distancia, conocido como el Cortijo del Pincho. Naciste en Jayena, sí. Pero apenas pasaron unos días desde que te "hicieron las entrañas" –así llaman los jayenenses a la antigua costumbre de hacer una señal de la cruz en la cara y el pechito de los recién nacidos–, te llevaron tus padres al cortijo de la familia, porque al fin y al cabo estaban a finales del verano y había mucha faena en el campo. "Que nazca un niño es una alegría, pero el pan es el pan, y hay que acudir a las obligaciones cuanto antes".

El cortijo del Pincho. Al pronunciar ese nombre cambia perceptiblemente el tono de la conversación, así como la expresión de vuestras caras, que se vuelve… no sé, casi diría que radiante: es evidente que entramos en una parte muy especial de vuestra historia.

El Cortijo del Pincho, como lo conocen en Jayena, o el Cortijo de las Pilas, como lo conocen en Las Albuñuelas, ha sido y es para vosotras igual que un talismán, testigo durante cuatro

generaciones de la historia de vuestra familia. Sus terrenos se extienden entre ambos términos municipales, que ocupan noventa fanegas por la parte de Jayena más otras sesenta por la de Las Albuñuelas. El caserío comprende varias viviendas construidas en hilera, rodeadas por una plantación de almendros que debe ser un regalo para la vista cuando llega la primavera. Escucharos hablar del cortijo es llegar a la conclusión de que si el valor de un lugar se midiese por el apego que se siente por él, el cortijo del Pincho tendría, sin duda, un precio incalculable: tanto es el cariño que os inspira. "Felicidad, aquello es para nosotras la felicidad", decís las dos, textualmente. Y por un instante me vienen a la cabeza los pobres cortijos que no tuvieron tanta suerte y fueron abandonados por sus dueños, y que sin el calor de una familia que acaricie sus piedras se vienen abajo lentamente, con toda su historia a cuestas, sin que nadie lo pueda remediar.

*El Cortijo del Pincho o de las Pilas. Fotografía de José Morales Aguado*

Vuestro padre, Fernando, compró esos terrenos a su propietario entonces –un terrateniente de la época– poco a poco, con mucho esfuerzo, con el dinero que iba pagando en renta como colono por las viviendas y la tierra de labor. Allí pasabais largas temporadas con el resto de la familia –"Ocho hermanos éramos: siete hembras y un varón"–, en compañía de otros familiares así como de los muchos trabajadores que os ayudaban en las tareas del cortijo. La moderna carretera que lleva hasta allí era entonces una vía pecuaria; un simple camino de herradura que enlazaba Jayena y Fornes con Las Albuñuelas, frecuentado por innumerables arrieros, pastores con su ganado, jornaleros y trabajadores que, a pie o montados en bestias, pasaban a la misma vera de vuestra casa. Tan al paso quedaba, que a todos los efectos el cortijo del Pincho funcionaba como una venta en la que muchos viajeros –por no decir todos– paraban a descansar del camino, beber agua, echar un ratico de conversación con vuestro padre y comerse un buen plato de migas o puchero. En la chimenea había siempre una olla de grandes dimensiones en la que hervían los garbanzos y el tocino, o una sartén repleta de migas, de aquellas que tenían abrazaderas y mango largo para cogerlas, "porque eran tan grandes como el vuelo de una mesa camilla", dice Fernanda. Incluso las familias de gitanos errantes, que pasaban por allí ocasionalmente con su colorida parafernalia de burros y caravanas, se quedaban a comer con vosotros. Con todos os llevabais bien.

Cultivados principalmente de cereales –trigo, cebada, garbanzos, lleros, mánganos, habichuelas–, aquellos terrenos, diligentemente explotados, daban de comer a muchas familias de Jayena y Las Albuñuelas, pues con vosotros trabajaban y vivían, según la temporada, las familias del pastor, del porquero, del gañán, del trillero, del segador… "Casi medio Jayena andaba por allí", dices tú. "Bregando unos y otros, todo el día para arriba y para abajo; navegábamos mucho, pero éramos muy felices y el cortijo parecía que tenía agua bendita, porque todo el mundo estaba a gusto", añade Fernanda con una sonrisa que, en verdad, es mucho más explícita que sus palabras.

*La familia de Ana al completo con sus padres, sus hermanos y los novios de algunos, durante la feria de Jayena, principios de los años cincuenta del siglo XX*

Se me va el santo al cielo atendiendo a vuestro relato; describís todo tan bien que es como vivir los hechos con vosotras. Que en la casa se hacía la comida para todos a diario, dueños del cortijo y trabajadores; que los cerdos se criaban por piaras, de manera que en vuestra casa no se hacía una, sino varias matanzas –desde el mes de septiembre hasta la misma Navidad–, porque hacía falta mucho de todo para dar de comer a tanta gente. Que había un gran horno en el que hacíais el pan, el pan de aceite y las magdalenas y otros dulces, y que en la época de "la cabaña" aquello era un no parar también, con la fabricación de los quesos y requesones.

Que también hubo momentos amargos, y es que la guerra civil y su consecuente posguerra os sorprendieron moceando, contáis. Las cosas de la vida, que a veces juega así de cruelmente con nosotros. Cuánta dilapidación de alegrías, ilusiones y proyectos de futuro, perdidos para siempre durante esos años para tantas muchachas –y no digamos ya muchachos– de tu edad entonces, Ana. Recuerdas cómo os dieron aviso de que debíais marcharos del cortijo cuanto antes, porque algunos iban prendiendo fuego a las casas –en el incendio de la iglesia se calcinaron muchos documentos importantes de Jayena y sus habitantes, entre ellos tu partida de nacimiento–. Os fuisteis todos, deprisa y corriendo, camino de Las Albuñuelas, literalmente con lo puesto –incluida una olla llena de puchero que estabais a punto de comeros cuando se os avisó– y sin querer, o sin poder aunque hubieseis querido, mirar atrás. El cortijo del Pincho quedó, como otros, arrasado por el fuego, así como sus campos y muchos de sus animales.

Tras un tiempo viviendo primero en Las Albuñuelas y luego en Alhendín, volvisteis a vuestra casa de la calle Carril, y poco a poco fuisteis reconstruyendo el cortijo y sus dependencias. Aunque no todo había concluido: todavía os quedaba por pasar la época de "los de la sierra", que añadió más miedo a vuestro miedo. Cada cierto tiempo, los maquis se acercaban a vuestra casa en busca de suministros que llevarse a las montañas –herramientas, sacos llenos de panes, quesos y tocino–; afortunadamente nunca os hicieron daño, a ninguno. ¿Y qué decir de cuando llegaron las hambres? La gente de los pueblos acudía a espigar, como podía, a eras y sembrados; algunos pobres ancianos famélicos de aquellos que iban pidiendo pan por los cortijos llamaban también a vuestra puerta; vuestro padre les daba de comer y luego les permitía que se llevasen con ellos un poco de grano. "Llenad las talegas en el pez de trigo que hay en la era", les decía, compadecido de tanta necesidad. "El pez era el montón de grano que se quedaba después de trillar y aventar, que era alargado, así como con la forma de un pez", aclara Fernanda.

*Fernanda, a la izquierda, y Ana, a la derecha, en el cortijo del Pincho*

Con el tiempo os hicisteis mayores, convirtiéndoos en unas guapas mozuelas a las que rápidamente salieron pretendientes. A ti, Anita, te pidió relaciones aquel muchacho tan apañado de Las Albuñuelas, Joaquín García Navarro se llamaba, ¿verdad? Venía a la fuente del cortijo porque trabajaba en una caldera de extracción de esencias de plantas aromáticas, que se ponía allí por temporadas. Al poco de conoceros Joaquín quiso convertirse en guardia civil, y cuando os casasteis –en Jayena, como no podía ser de otro modo– llegó para ti el momento más esperado y temido a un tiempo: el de de dejar tu casa y tu tierra por primera vez; una ausencia que no imaginabas duraría tantos años, hasta la jubilación de tu marido.

Muchos han sido los pueblos y ciudades donde os llevó la profesión de Joaquín: vuestro primer destino fue Vélez Rubio, al que siguieron varias localidades de la provincia de Albacete; por último, recalasteis en Barcelona. En un principio Joaquín intentó solicitar destino cerca de Jayena, pero fue vano el intento: los mandos militares consideraron que el guardia civil y su familia debían ser castigados a no volver a su tierra por haber tenido Joaquín un pariente en Las Albuñuelas que se había unido a los guerrilleros de la sierra. Durante todos esos años fuera de Jayena –de Granada– tuvisteis siete hijos, y cada permiso que se concedía a Joaquín lo aprovechabais sin dudar un segundo para volver a vuestro pueblo, y sobre todo al cortijo del Pincho.

*Joaquín, Ana y sus siete hijos, en una plaza de la ciudad de Barcelona*

Volvisteis definitivamente a Jayena cuando, al cumplir los sesenta años, Joaquín se jubiló. Teníais muy claro que queríais regresar al lugar de vuestras raíces después de tanto tiempo; residir de nuevo en la casa donde naciste, Ana, para cerrar, de alguna forma, el círculo de tu vida. Cuando Joaquín falleció tú continuaste adelante, siempre adelante con tu buen ánimo por bandera. Tus siete hijos se hicieron mayores y terminaron –como vosotros a su edad– haciendo sus vidas fuera, también: Barcelona, Tarragona, Madrid, Motril y Granada capital. Hoy, lejos de estar sola, tienes a tu lado a dos de tus hermanas: Fernanda, de ochenta y cinco años, y Encarna, de ochenta y siete; las tres junticas –"las Pinas", como se os conoce en Jayena– sois las últimas representantes de aquella gran familia que regentó el cortijo del Pincho. Aunque la vida siempre compensa: ahora tú eres la cabeza visible de otra gran familia, la tuya propia: tus siete hijos, diez nietos y una biznieta, que te visitan a menudo, cada vez que pueden. Entonces aprovecháis para reuniros, como siempre, en el lugar en el que más os apetece estar: en el cortijo, que como un gigantesco imán atrae a toda la familia; allí cabéis todos –hijos, nietos, hermanos, tíos, sobrinos…– y sois felices por igual. Como si el corazón de varias generaciones de Funes se hubiese convertido en uno solo, y estuviese ubicado allí.

*La familia Funes se reúne en el cortijo del Pincho siempre que tiene ocasión*

Ana, te acordarás de José Morales Aguado, el hijo de "Moralicos"; ya sabes, el antiguo gañán del cortijo. Trabajó durante muchos años con vuestro padre, y José se crió allí con vosotros, con tu familia, ayudando en pequeñas tareas como guardar los chotillos o llevar a los cerdos a comer al rastrojo; incluso acompañando a algunas de tus hermanas a la fuente, para que no

fuesen solas. Pues, ¿sabes una cosa? Tiene que ser verdad lo que dice tu hermana Fernanda acerca de que el cortijo "tiene agua bendita", porque este otro Moralicos –heredó de su padre el cariñoso diminutivo que le pusisteis– también guarda, de su paso por aquella vuestra casa, recuerdos muy gratos.

*José Morales Aguado se crió como trabajador en el cortijo del Pincho*

*El cortijo del Pincho, en la actualidad*

Nos acercamos al cortijo hace unos días y, dando un paseo, completamos un breve recorrido por las casas y sus alrededores. Ahora, el terreno que antaño fueron campos de cereales está sembrado de añosos y retorcidos almendros, que resisten verdes a pesar de la sequía de este año. La antigua casa familiar en la que vivíais está restaurada, y los viejos corrales y pajares convertidos en viviendas rehabilitadas por y para toda la familia. También para José, como trabajador, la vida en el cortijo del Pincho fue buena: "Aquí nunca nos faltó de nada, ni siquiera el pan, que entraba también en el pago de mi padre: una hogaza diaria de las que había entonces, de setecientos gramos", recuerda Moralicos. "Todas las mañanas me acercaba yo a la casa y decía: 'buenos días, que vengo a por el pan de mi papa'. Y me entregaban mi hogaza. En el cortijo además de cultivos había mucho ganado, y cuando se hacían los requesones, en la época de la cabaña, me llamaban a mí siempre para rebañar las ollas. ¡Lo bueno que estaba aquello…! Hasta teníamos nosotros cedido un rodalillo de terreno para plantar nuestros garbanzos, habichuelas y tomates y otras cosas. La familia Funes siempre nos trató muy bien, de verdad que yo no tengo de aquí nada más que recuerdos buenos. Me acuerdo todavía de algunos compañeros que trabajaban con nosotros: Paco Gaspar; un pastor al que le decían 'Sombrerón'; un trillero que venía de la zona de la costa…"

*Las mujeres del cortijo haciendo la matanza. A la derecha, Fernanda*

Fuimos también a ver la fuente de la que obteníais el agua para el gasto de la casa. Se encuentra al final de un caminito que en otros tiempos fue sendero, a unos cincuenta metros de las casas, y que –como curiosidad– cae en el término municipal de Las Albuñuelas. Moralicos contaba que aquella había sido una fuente alta, de caudal abundante, que tenía una teja por caño y alimentaba, un poco más abajo, a una gran alberca. Hoy continúa manando el agua, pero el terreno se ha ido rellenando por las lluvias y el poco uso, y aparece muy cambiada respecto a como debió ser en esa época. Aun así, se puede reconocer todavía el lugar donde estuvo la alberca, que ahora es una charca rodeada de juncos y tomada al asalto por ranas de todos los tamaños. Pero hay que reconocer que incluso en su actual estado, sigue siendo éste un bonito paraje, Ana.

*Un hilillo de agua mana del caño; más abajo, los restos de la alberca en la que se lavaba la ropa y se bañaban animales y personas*

Luego caminamos hasta a la era, situada en un pequeño altozano al otro lado de la carretera, con sus impresionantes vistas a la sierra de la Almijara. La explanada empedrada, aunque en buen estado, se encuentra hoy en completo desuso –lógicamente, pues ya no se cultivan cereales en el cortijo–. Antes de que esa vía de asfalto la separase de las casas se llegaba hasta ella por una corta vereda bordeada de trigales, verdes en primavera y dorados en verano, por la que incontables cargas de grano y paja, cuenta Moralicos, subían y bajaban a diario en la época de la cosecha.

*La era del cortijo del Pincho. Al fondo las siluetas de la Almijara*

Con los años y el inevitable cambio generacional, el cortijo del Pincho ha ido pasando a manos de vuestros descendientes, pero continúa íntegramente en poder de la familia Funes; ahora son vuestros hijos, sobrinos y nietos quienes, lejos de desprenderse de la finca, continúan, cada uno a su ritmo, arreglando y acondicionando las viviendas por dentro y por fuera. El futuro de vuestra ancestral casa de campo, desde luego, no puede ser más halagüeño. Todo indica que ese lugar continuará formando parte de vuestras vidas durante muchos años más.

*Interior de distintas estancias del cortijo, reformadas conservando sus elementos originales. Fotografías, archivo de la familia Funes*

Hace unos días, Ana, te llevaste una gran sorpresa, que no por inesperada deja de ser bien merecida. En plenas fiestas de tu pueblo recibiste una bonita muestra del respeto de tus vecinos, con la alcaldesa Vanessa Gutiérrez Pérez al frente de todos, que te homenajearon cariñosamente por ser la persona más mayor de tu pueblo, junto con tu también vecino Antonio Salcedo Dionisio, cuatro años más joven que tú. Ambos recibisteis el cariño de Jayena en forma de un ramo de flores, una placa conmemorativa, el abrazo afectuoso de vuestra

alcaldesa y el aplauso sincero de vuestros paisanos en un día que, seguramente, no olvidaréis ya, ni Antonio ni tú.

La vida continúa. Y al igual que el cortijo del Pincho, tú también permaneces, Ana, aparentemente frágil pero resistiendo con firmeza el embate permanente del día a día. Hoy vives feliz y recogida –con tu gato Mir y dos gallinillas que cuidas en el patio– en la casa donde naciste hace noventa y cinco años, y donde seguramente terminarás tus días. Eres además una mujer que discretamente, sin aspavientos –como has hecho toda tu vida–, se esfuerza a cada minuto por continuar siendo independiente y no dar quehacer a nadie: acudes a comprar al supermercado de Adrián, te acercas al banco para sacar tu dinero, vas a la peluquería cuando te hace falta y te gusta llevar las cuentas de todo lo de tu casa. Y siempre con la sonrisa, con tu sempiterna sonrisa dibujada en la cara. Ese empeño tuyo por sentirte útil y activa es, con certeza, lo que te ayuda a serlo plenamente.

*Las hermanas Funes Díaz están tiernamente unidas*

Las personas como tú dais lecciones de vida, amiga Ana. ¿Y sabes por qué? Pues porque no se dejan vencer por la melancolía ni se arrinconan a sí mismas; porque a pesar de sus efectos evidentes, no se amilanan ante la invisible e implacable mano del tiempo. Olvidándote de los años y los achaques tú te arreglas, te pones guapa –sí, guapa– y sales a la calle; vas y vienes, dejas que tu mirada se enrede en la hermosura de las cosas y abres tus oídos a la música que otros producen, pero que atesoras con las mismas ganas de siempre, feliz de poder hacerlo, antes de que todo se lo lleve el invierno. Es el camino por el que has decidido avanzar, el camino que crees mejor. Gracias por mostrárnoslo a todos.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 16 de septiembre de 2017*

## El cortijo de Marchiche

*El cortijo de Marchiche está enclavado en plena Sierra de la Resinera, que así llamaban en otros tiempos al paraje donde se levantó esa casa antes de convertirse en el actual Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.*

Este inspirador claro del bosque tapizado de hojas secas y bordeado de pinares con el Cerro Cabañeros de fondo es un rinconcito de la antaño conocida como Sierra de la Resinera, convertida desde el año 1999 en parte del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Hace ya muchos años que no la llaman así; desde la época en que esas montañas eran pertenencia de varios terratenientes que poseían miles de hectáreas. Unos eran personas con nombres y apellidos como la poderosa Marquesa de Cázulas; otros, entidades empresariales cuyos propietarios solían disfrutar de un considerable poder adquisitivo, como la Unión Resinera Española, que desde su fundación –a finales del siglo XIX– se dedicó a comprar por toda España terrenos de pinar para su explotación industrial. La Unión Resinera adquirió miles de hectáreas en los términos municipales de Alhama de Granada, Jayena, Fornes, Játar y Arenas del Rey mediante la compra de dos grandes fincas que en aquel tiempo se llamaban el Pinar de Alhama y el Monte de Córzola. Ambas englobaban, además de muchos kilómetros cuadrados de montañas, ríos, valles, barrancos y vaguadas, históricos cortijos que se hallaban diseminados como al azar por todas aquellas sierras, algunos de ellos muy antiguos. Uno de tantos fue el cortijo de Marchiche, sito en el término municipal de Arenas del Rey, que se encuentra precisamente junto a ese bello claro del bosque.

Si nos fijamos bien podremos distinguirlo desde aquí: se encuentra debajo de aquella peña, que llaman el Cerro del Águila; ahí, dentro del círculo rojo. ¿Que no se ve…? Tal vez estamos demasiado lejos, ya que esa foto se hizo desde lo alto de la Loma de la Madera. Vamos a acercarnos, pues, un poco más. Demos media vuelta; tomaremos el camino de tierra que parte desde la antigua Resinera –hoy Punto de Información del Parque Natural– que lleva, tras muchos kilómetros de subidas y bajadas, de curvas y contracurvas, casi hasta el último rincón de estas montañas atravesando collados y valles mientras nos salen al paso cortijos ruinosos

de nombres casi olvidados. Porque este camino nos deja, justamente, delante de la puerta del viejo cortijo de Marchiche.

*Ruinas del cortijo Marchiche. Al fondo, el roquedo del Cerro del Águila*

Ahí lo tenemos, ante nosotros. Como se puede apreciar, apenas queda piedra sobre piedra. El pobre es la viva imagen de la desolación; desgraciadamente parece que ése es el sino ineludible de tantos cortijos almijareños. Mirando esos muros derruidos realmente cuesta imaginar la casa en pie y con gente alrededor. Pero no hace tanto fue un hogar, y un hogar además lleno de gente: trabajadores, personas de paso, una familia con muchos niños… el cortijo de Marchiche –o Machinche, incluso Machiche, porque por todos esos nombres es conocido entre las gentes del lugar– fue una finca grande, productiva, muy próspera, que procuró el sustento a muchas familias durante generaciones. La última que lo habitó fue la de Antonio Recio Ruiz, conocido también en el pueblo donde nació –Jayena– por su apodo, Antonio "Lagarto", que heredó de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo. Antonio dice que no hay confusión posible: el nombre de ese cortijo es Marchiche, escrito con r; él lo sabe bien porque tuvo que escribirlo muchas veces, al rellenar los recibos de la renta por el arriendo de esos terrenos que su familia pagaba  a la Unión Resinera Española, propietaria de la finca.

*Antonio Recio Ruiz junto a su perro "Pancho". A su espalda, el Cerro del Águila*

Para Antonio cualquier momento es bueno si ello implica visitar su antigua casa y revivir sus años de infancia y juventud entre aquellas cuatro paredes que constituyeron, como para cualquier niño, todo su mundo. La familia Recio Ruiz –compuesta por el matrimonio de Francisco y Soledad y sus ocho hijos– se trasladó a esa casa en el año 1952, cuando Antonio apenas contaba ocho años, para cultivar la tierra y criar ganado, tareas que se realizaron durante unos años; más tarde todos se dedicaron a la resinación y el mantenimiento del magnífico pinar adyacente al cortijo. Antonio salió por primera vez de esa casa para hacer el servicio militar, con veintidós años, e incluso después de eso continuó volviendo por temporadas –su familia seguía por allí con un gran rebaño de ovejas– hasta que se marcharon todos definitivamente de Marchiche en el año 1971. A ver, hagamos las cuentas… desde 1971 hasta el año en que estamos, 2017, van cuarenta y seis años. No hace, por lo tanto, demasiado tiempo que esa casa está deshabitada; aun así la construcción prácticamente ha desaparecido bajo sus propias piedras –las casas, de alguna forma, son conscientes de su abandono–. ¿Damos un paseo por aquí? Será muy interesante recorrer con Antonio el cortijo y sus alrededores, escuchando tantas cosas como tiene que contar.

*La casa original ya tenía muchos años cuando la familia de Antonio "Lagarto" se mudó allí*

En la actualidad permanecen en Marchiche las ruinas de dos construcciones diferentes, pero cuando llegó la familia Recio Ruiz sólo había una vivienda, la casa original, que por cierto era ya, por aquel entonces, muy antigua; no obstante todavía perfectamente habitable. Se trataba de una sólida edificación de anchos muros levantados a base de piedra amalgamada con launa, una especie de arcilla muy aislante e impermeable que abundaba por los alrededores. La casa era moderadamente amplia: contaba con tres habitaciones de buen tamaño, a saber, una cocina con chimenea y dos dormitorios. Aparte y fuera de la vivienda existía un gran horno hecho de piedra –que era el material que tenían más a mano– y las dependencias para los animales, que se encontraban por encima del cortijo. Vamos a "entrar" en la casa, para que Antonio nos cuente cómo se vivía en ella.

El acceso al interior se encontraba en el centro de la edificación, que constaba de una sola planta; del tejado a dos aguas no queda ni rastro, aunque se ven en el suelo los fragmentos de tres tipos distintos de teja de barro con los que se cubrió. El amplio vano de piedra de la entrada se aprecia todavía; en él encajaba una puerta hecha con grandes listones de madera

maciza, adornados con unos vistosos clavos de hierro en forma de flor, de los que quedan algunos esparcidos por el suelo. A la izquierda se encontraba la cocina, que tenía en la pared de enfrente una enorme chimenea cuadrada, de amplia repisa. La estancia contaba con una ventana que abría en la fachada principal. Bajo ella, un contrafuerte de piedra –que aún se mantiene en pie– reforzaba el muro para que éste no se viniese abajo. Como solía ser costumbre en los cortijos sencillos, la cocina estaba amueblada con lo justo: una mesa de madera en el centro, unas cuantas sillas pegadas a la pared y un poyete o repisa de obra, más una cantarera debajo de la ventana. Esa estancia era el corazón de la casa, alrededor del hogar, donde la familia hacía la vida por las noches, los días de mal tiempo y durante las largas y oscuras tardes de invierno.

*La cocina. A la derecha se puede apreciar el hueco de la ventana en la fachada; bajo ese montón de piedras están enterrados la chimenea y el horno de piedra, que estaba adosado al muro exterior*

*Otra época, mismo lugar: María, Manuel y Francisco, hermanos de Antonio, sentados delante de la ventana de la cocina; detrás de ellos el horno, en pie*

Enfrente de la cocina, tras un tabique con una puerta, se situaban los dos dormitorios de la

casa, cada uno con su ventana a la fachada principal que daba vista a una panorámica espectacular del Cerro Cabañeros. Se comunicaban entre sí a través de otra puerta que llevaba de uno al otro, como era usual en las casas, antiguamente. Las camas, muy sencillas, eran de palo y se llamaban "chillas". A diferencia del "catre", cuyas patas se construían en forma de tijera, las chillas tenían las patas rectas; sobre ellas se extendía un colchón relleno de farfollas o hierba seca, y si no había colchón, la estructura se cubría con monte, es decir, ramaje seco que se tapaba con una manta gruesa para que no pinchase. Completaban la decoración de los dormitorios unos clavos grandes en las paredes que servían para colgar talegas, ropa, sombreros y demás complementos de uso cotidiano.

*Espacio que correspondió al primero de los dormitorios; a través del hueco de la ventana se divisa la mole azul del Cerro Cabañeros, hoy semioculta por los pinos*

La familia de Antonio era numerosa, pero todos se las componían para descansar en esos dos cuartos sin estrecheces; tanto era así que cuando había más gente en el cortijo –cosa que ocurría a menudo– como trabajadores o gente de paso, los acomodaban también dentro de la casa, como buenamente podían. "¡Aquí había a veces más gente que en la guerra!", ríe Antonio. Y evoca risueño aquella noche en la que aparecieron por allí dos viñateros de Málaga. Iban camino del cortijo de Cabañeros, pero era pleno invierno y no había parado de llover durante toda la jornada; cuando les cayó la noche encima justo a las puertas del cortijo Marchiche los pobres hombres, empapados y agotados, pidieron cobijo por unas horas en cualquier rincón de la casa. La familia de Antonio los acogió a ellos y a sus monturas; los dos hombres junto con sus bestias –un mulo y un burrillo, que ataron a una esquina– se acomodaron bien calentitos en la cocina, mientras fuera se descerrajaba un tremendo aguacero. "Caía el agua a brazadas", recuerda Antonio. Cada viñatero llevaba dos pellejos llenos de vino dulce para vender, y cuenta Antonio que aquella noche durmieron bien poco entre conversación y vasillos de vino, departiendo todos amigablemente junto a unos jornaleros que también paraban allí esos días.

En el lateral derecho de la casa, al lado del horno –hoy convertido en un montón de piedras– existía una pequeña explanada o placetilla en la que solían tomar el sol cuando el tiempo era bueno; un poco más allá tenían dispuestas unas rocas muy a propósito, donde colocaban la sal

para el ganado –las ovejas, las vacas y hasta el burro de la familia acudían allí–. De esas rocas sólo queda una en su lugar original; las demás han rodado o simplemente desaparecido.

*Los hermanos de Antonio montados en "Pajarillo", el borrico de la familia, que servía tanto para las faenas de la casa como de compañero de juegos*

El carril que conduce al cortijo de Marchiche parte desde la Resinera y llega hasta el paraje de La Monticana. Pero no era éste el que existía en tiempos de Antonio. Al cortijo se venía entonces por dos caminos de herradura: uno salía desde Jayena atravesando barrancos y collados, y el otro subía desde el cauce del río Cebollón. Entonces los terrenos que rodeaban el cortijo estaban formados por un bosque continuo de pinos y numerosas hazas donde se sembraban distintos tipos de cultivo. Justo por encima de la casa, precisamente, crecía un grupo de pinos jóvenes –hoy siguen en el mismo sitio, enormes ya y en plena madurez– que ellos llamaban "la lomilla de los pinos reales" porque los árboles pertenecen a esa especie. Toda esa loma, que ascendía suavemente hasta la peña del Cerro del Águila, estaba tapizada por un espeso pinar mezclado con monte bajo que se parecía mucho al que existe en la actualidad.

Más allá del cortijo, cada parcela de terreno medianamente llana –las hazas y las hazuelas, se llamaban– estaba dedicada a la labranza. Unas se empleaban para plantar cereales de secano como trigo, cebada, avena, avenate, garbanzos y lentejas; otras, las que tenían el agua más cerca, se sembraban de habichuelas, patatas y maíz. Eran muchas las fanegas de terreno cultivable que tenía el cortijo Marchiche; más de regadío que de secano porque por aquellas barranqueras discurría el agua durante todo el año. Por encima de la casa se situaban los corrales, que la familia había construido a modo de chozas, es decir, a base de ramaje seco o "pinacho". Las bestias de carga, las ovejas y a veces hasta las vacas dormían allí –no tenían cabras porque los propietarios de la finca opinaban que ese ganado devoraba los retoños de los pinares–. A pesar de estar construidos con un material aparentemente frágil, los corrales, hechos a conciencia, no se caían con el viento ni calaban cuando llovía. Hoy esa explanada está

colonizada por nuevas generaciones de pinos y matorral que han borrado por completo los vestigios de aquellos sencillos rediles.

Algo más arriba, junto a una curva del camino que gira a la izquierda, se encuentra el terreno donde la familia tenía puestas las colmenas. Eran al menos treinta o cuarenta, y producían tanta miel que había suficiente para el gasto de la familia y hasta para vender fuera. Aún se pueden ver en algunos lugares el asiento o surco que se hacía a cada colmena para que se apoyase bien en el suelo. Muy cerca hay un pequeño barranco y una planicie contigua a él que la familia bautizó como la "majaílla de los conejos", tal era el número de esos animalillos que rondaba por allí. Había centenares de ellos; el barranco entero estaba horadado de arriba a abajo por sus madrigueras.

Eran buenos tiempos, cuenta Antonio. El cortijo y sus terrenos "estaban que bullían de gente y animales". Dedicados en cuerpo y alma al campo, entre todos mantenían cada palmo de tierra perfectamente desbrozado y cultivado. Era, según él, una alegría vivir allí con la casa tan llena; en el cortijo, además, siempre había alguien que entendía de letras y enseñaba –a ratitos, entre faena y faena– a leer y a escribir a Antonio y sus hermanos, que por vivir en aquel retirado lugar no tuvieron la oportunidad de ir a la escuela.

Su madre, Soledad, era muy buena cocinera. ¡Lo que se acuerda Antonio de aquellas matanzas tan hermosas que hacían todos los años…! Además de varios cerdos se solían sacrificar algunos carneros para disponer de mayor cantidad de carne para hacer embutidos, ya que en esa casa había muchas bocas que alimentar, propias y ajenas. El agua que necesitaban la obtenían de una fuentecilla –hoy seca e invadida por juncos y zarzas– que manaba muy cerca de la casa y, a su lado, corriente abajo, había una alberca hecha de tierra con una canal de madera que llevaba el agua hasta una acequia para regar la hortaliza, plantada a propósito justo al lado. En ese paraje húmedo y umbroso se daban muy bien las setas, de las que nacían varias especies; la familia de Antonio no las aprovechaba, pues entonces –"cosa curiosa, con las hambres que había aquellos días", apunta Antonio– en su casa no tenían costumbre de comerlas.

*Las mujeres del cortijo se encargaban de cocinar grandes cantidades de comida para todos, trabajadores y miembros de la familia*

Delante del cortijo se extendía una amplia haza sembrada de cereales, aunque también crecían algunos pinos dispersos que daban una agradable sombra. Algo más allá se encontraba la era, empedrada y en leve cuesta abajo, que solía ser minuciosamente recorrida por las gallinas de su madre mientras picoteaban arriba y abajo en busca de grano, gusanillos y otras menudencias comestibles. A menudo las cabezonas aves se escondían entre la maleza para poner sus huevos y luego aparecían tiempo después, seguidas por una hilera de diminutos y ariscos pollitos. De la misma manera, enormes bandadas de perdices acudían al reclamo de los campos de cereal. Enfrente del cortijo se recortaban los montes de perfil quebrado y pendiente que han dado fama a estas sierras: el Cerro Cabañeros, imponente y azul, con la altiplanicie pedregosa del Navachica detrás, y justo delante de ellos el Cerro del Duende; a la derecha, la alargada Loma del Oso, toda cubierta por un cerrado bosque de pinar que ya estaba ahí en tiempos de Antonio.

El verde y frondoso Barranco de las Culebras estuvo en otro tiempo plagado de hazuelas de regadío en las que se cultivaban patatas, habichuelas y maíz, principalmente. La abundancia de agua gracias a las frecuentes lluvias obligaba a construir toscos puentes de palo sobre los arroyos para que el ganado pudiese pasar de un lado a otro, tanto era el caudal que bajaba. Eran aquellas hazas grandes y muy llanas a pesar de la orografía del propio barranco, y los nacimientos de agua surgían en cualquier parte. En la parte más baja había un pozo al que llamaban "el pozo del puente", porque estaba situado al lado de un puentecillo para el ganado, en la confluencia del arroyo de las Culebras con el de la Monticana. Por allí pasaba un camino de carros conocido como el "camino de los pastizales" –del que todavía se conservan varios tramos– que comunicaba varios cortijos de la zona. Todo aquello era un paraíso para los caracoles; esos enormes caracoles de concha blanca, endémicos de esas sierras, que se encontraban por todas partes y que la familia de Antonio recolectaba para que su madre los cocinase con una deliciosa salsa que era su especialidad. En el centro de esa gran hoya verde, un alto roquedo en forma de talud servía como pajar del cortijo. A su resguardo almacenaban la paja para los animales; por eso lo llamaban "el tajo de la paja".

Un poco más abajo del cortijo se yergue un pino muy alto, recto y majestuoso, que capta la atención de todo el que pasa por allí. Es el "pino del abuelo". La familia de Antonio lo bautizó con ese nombre con toda la lógica, ya que era el lugar predilecto del padre de su padre para sentarse tranquilamente a descansar, cuando iba a pasar con ellos algunas temporadas. Se trataba, desde luego, de un lugar perfecto: desde la casa la familia controlaba al anciano y éste podía, a su vez, sentarse y sentirse en paz, en silencio y a sus anchas. Aunque el pino era mucho más pequeño entonces, ya apuntaba maneras y procuraba una magnífica sombra. Cuántas horas no se pasaría allí el abuelo Antonio hablando consigo mismo, ensimismado en quién sabe qué pensamientos, meditando tal vez en lo mucho que habían cambiado las cosas desde su lejana juventud. En la actualidad el "pino del abuelo" presenta viejas heridas –ya cicatrizadas– debidas a la resinación y su tronco, hueco por dentro, alberga una pacífica y laboriosa colmena de abejas silvestres.

*Antonio muestra el agujero de entrada a la colmena, en el tronco del "pino del abuelo"*

Casi cada árbol guarda para Antonio un recuerdo asociado a su imagen. El "pino de la vaca", por ejemplo, era llamado así porque una vez ataron allí a una vaca para curarle una pata de la picadura de una víbora, que eran entonces muy abundantes. También anda cerca el "pino de las sartenes", enhiesto e inconfundible en la placeta a la derecha de la casa, bajo cuya fresca sombra su madre solía cocinar en tiempo de verano, "talmente como se hacen las barbacoas hoy en día". De sus ramas se colgaban las distintas sartenes que ella utilizaba, de ahí su prosaico nombre. Quedan todavía por los alrededores algunos restos de aquellas actividades: Antonio reconoce aquí los trozos de loza de un lebrillo y allí la tapadera de una olla de hierro, utensilios que pertenecieron a su madre y sus hermanas.

El senderillo que conducía a la fuente se perdió bajo las aulagas y el romero hace muchos años. Tampoco quedan restos ya del antiguo estanque, ni de la canal hecha de palo –era un tronco hueco de pino– por la que corría el agua hacia la hortaliza. Todo ha desaparecido, tragado por una maleza que ya no ramonea el ganado y que, asilvestrada e invasiva, se ha adueñado del terreno antes controlado por la mano del hombre. Sólo se reconocen los viejos "chortales" o zonas de pasto, repletos de junqueras y otras herbáceas que crecían al favor de la humedad, donde solía pacer el ganado. Incluso la protegida vaguada que ocupaba la hortaliza ha cambiado: donde antes crecían tomates, pimientos y pepinos ahora medra un lustroso bosquete de pinos resineros.

Cuando la familia de Antonio llevaba unos años viviendo en Marchiche la Unión Resinera decidió construir, al lado del cortijo original, una de aquellas casitas que la empresa habilitaba para los resineros –que, antes de que se introdujese esa mejora, se alojaban en chozas–. Esas casitas, todas iguales, se encuentran repartidas por muchos rincones de la Almijara donde todavía permanecen, en distintos grados de ruina. Con una sencilla pero eficaz distribución, constituían una vivienda bastante más práctica, caliente y confortable que las oscuras y gélidas casas-cortijo antiguas. La familia de Antonio se mudó a la nueva casa, dejando la anterior como alojamiento para el ganado y almacén para guardar los aperos de trabajo. Al poco fabricaron ellos mismos un nuevo horno de piedras al lado de su nuevo hogar, y allí se instalaron durante varios años más.

*Dos hermanos de Antonio frente a su nuevo hogar, la casita de la Unión Resinera. A la derecha, la vivienda en la actualidad; tampoco queda mucho ya*

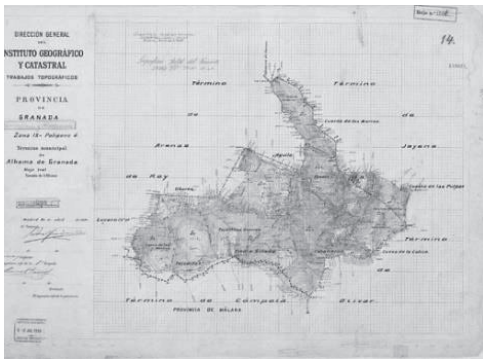
Con el tiempo Antonio y su familia dejaron de cultivar aquellas tierras, pues aunque había mucha agua, el terreno agrícola –siete fanegas de regadío y seis de secano– era pobre, en realidad. Continuaron trabajando unos años más para la Unión Resinera, pero ya en la resinación y cuidado del pinar y al cargo de su rebaño de ovejas. A ellos les resultaba económicamente más rentable, a pesar de que resinar pinos era un trabajo más duro que labrar la tierra. Y claro, con el abandono de la actividad agrícola las antiguas hazas fueron repoblándose de pinos resineros, ya fuese plantados o nacidos espontáneamente de semillas caídas. El paisaje alrededor de Marchiche fue cambiando poco a poco, hasta convertirse en lo que vemos hoy. Por fin en el año 1971, con los hijos ya crecidos y en busca de nuevas perspectivas de trabajo y los padres más mayores, la familia Recio Ruiz abandonó el lugar definitivamente y el cortijo encaró resignado su nuevo y postrer destino; el mismo que han ido sufriendo, unos antes y otros después, todos los cortijos de la zona: el abandono.

El cortijo de Marchiche duerme hoy, y para siempre, el sueño de los olvidados. Olvidado de todos menos de Antonio Recio, que sigue paseando por allí siempre que tiene oportunidad, narrando sus historias sobre la vida de antes en ese rincón de la Almijara. Mientras tanto, año tras año, el ciclo de la vida se perpetúa, las especies se reproducen, todo sigue en continua evolución. El paraje de Marchiche también se muestra renovado, verde y exuberante; tan sólo

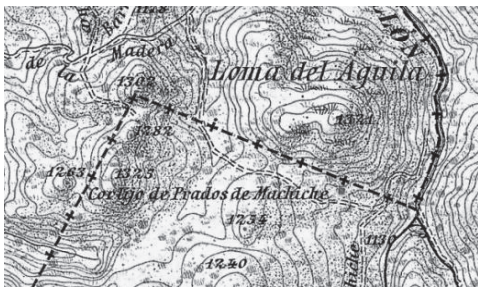
las casas han abdicado y se vienen abajo lentamente mientras cae sobre ellas la noche definitiva, evidenciando con su desahucio que ciertos modos de vida –por desgracia o por fortuna, el tiempo lo dirá– ya no volverán.

*NOTA ACLARATORIA

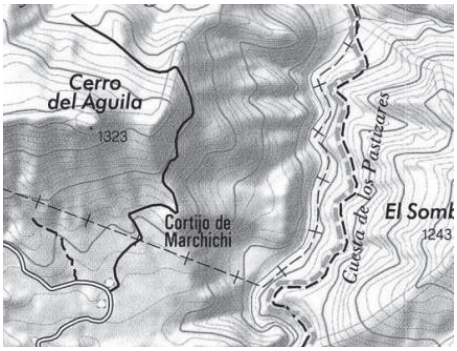
El cortijo Marchiche recibía ese nombre del mismo modo que también era conocido como cortijo Malchiche, Machiche, Machinche e incluso Marchichi. Todos son nombres tradicionales y por tanto válidos, que constan por escrito en distintas cartografías de la zona. No es el único caso de una misma localización que figura en los registros con nombres distintos. La diferencia de topónimos venía dada principalmente por la tradición oral y la particular pronunciación de cada lugar, a lo largo de la historia.



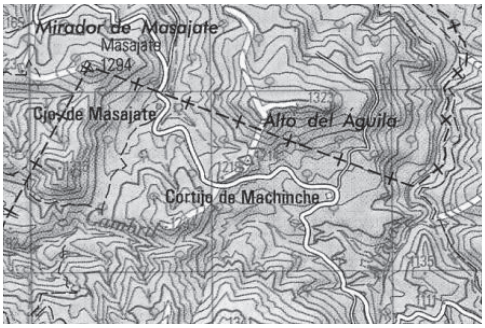

*Escrito Cortijo Marchiche, cartografía del año 1930*



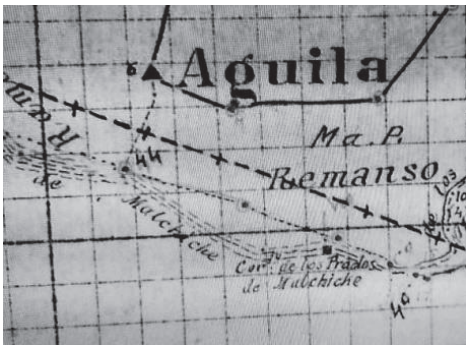

*Escrito Cortijo de Prados de Machiche, cartografía del año 1980*




*Escrito Cortijo de Marchichi, cartografía del año 1990*




*Escrito Cortijo de Machinche, cartografía del año 1979*




*Escrito Cortijo de los Prados de Malchiche, cartografía del año 1895*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Documentación cartográfica: Jesús Pérez Peregrina y Carlos Luengo*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Con la colaboración de José Gutiérrez Jiménez*

*Publicado el 25 de noviembre de 2017*

## La escuela rural de El Robledal

Casi medio siglo después, tres alumnas de la última escuela rural de Alhama de Granada vuelven junto a su maestro, a quien siguen llamando "don Luis", al que fue su primer colegio.

El Robledal es una conocida zona de acampada controlada situada a unos cuantos kilómetros de Alhama de Granada. Hoy en día extensas zonas de prados y pinares dominan ese paisaje, emplazado al pie de la hermosa Sierra Tejeda, en un territorio donde no hace mucho tiempo todo eran campos de labor y donde, para corroborar este hecho, se levantan todavía muchos cortijos. Algunos son ya poco más que un montón de escombros; otros, más afortunados, fueron cuidadosamente reconstruidos por los descendientes de quienes los habitaron. Los nombres de esas casas –los de todas, ruinosas y restauradas– todavía resuenan, antiguos y evocadores, en la mente de los que frecuentan la zona: el cortijo de los Nacimientos, la Venta de Palma, el Cerezal Alto, el cortijo del Almendro, el Robledal Alto, el Robledal Bajo, el Lagar de Baltasar, el cortijo Nuevo Ángel, la Venta de Rodríguez, el cortijo de Los Ratones, el cortijo de La Jura, el cortijo de La Loma, el cortijo de la Casa Alta…

Este relato recupera la historia del cortijo del Almendro, uno de los que no tuvieron suerte y hoy se cae a pedazos. Si no toda su historia, al menos una pequeña parte; tal vez, la más bonita. ¡Ay, si las piedras hablasen…! Porque si así fuera, él mismo nos la contaría: aunque no lo parezca, lo está deseando. Pero no pasa nada; con un poco de imaginación y las detalladas, casi nostálgicas explicaciones de Luís, Reme, Pili y Manoli, obviaremos tan desolador abandono para recuperarlo –para verlo con total claridad– tal y como era durante un breve y feliz período de tiempo: el que dejó de ser conocido como el cortijo del Almendro para convertirse en la escuela rural de El Robledal.

*El cortijo El Almendro, hoy abandonado, se encuentra en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama*

Érase una vez una casa muy bonita, rodeada de montañas y praderas. De factura sencilla aunque de buena calidad, a su construcción no le faltaba un detalle: constaba de vivienda principal con todos sus acomodos; corrales, pajar, granero, patios interiores y hasta un

hermoso almendro que extendía sus ramas junto a entrada principal, al que el cortijo debía su nombre. Pero, pese a su atractivo, la casa no era feliz porque le faltaba aquello a lo que toda vivienda debe aspirar: una familia que la ocupe. El cortijo del Almendro no se sentía hogar; bajo sus tejas no crecían niños ni envejecían abuelos; tras sus muros de piedra no se hacía el pan cada semana, ni el vino y las conservas del otoño, ni la matanza por Navidad. Ninguna maceta adornaba su patio empedrado, ni había mujeres cantando mientras tendían la ropa recién lavada al sol; en los corrales no pululaban las cabras, las gallinas o los cerdos, ni tampoco se ensuciaba el suelo los días de lluvia con el barro de las albarcas de los hombres.

El cortijo del Almendro pertenecía al Estado y, a través de él, a un organismo oficial que se conocía como el Instituto para la Conservación de la Naturaleza (ICONA). Sus espaciosas y cómodas habitaciones tan sólo servían, por lo tanto, como alojamiento ocasional para el guarda forestal que se encargaba de vigilar aquella zona. A su alrededor, en cambio, los otros cortijos bullían de vida campestre y familiar, de niños que jugaban, de padres que trabajaban de sol a sol y de abuelos sabios que descansaban sentados a la puerta de sus casas, mientras observaban a los suyos yendo y viniendo, cultivando la tierra y pastoreando el ganado. Pasaban los años y el cortijo del Almendro allí seguía, como un –literal– convidado de piedra, siempre silencioso, siempre tranquilo, siempre bonito y bien cuidado por el guarda de turno. Pero bostezando de melancolía en su fuero interno, mientras miraba la vida y los hombres pasar de largo por delante de su puerta.

Un buen día, su suerte cambió. El cortijo del Almendro vio con sorpresa cómo se limpiaban a fondo sus dependencias y se reacondicionaba la más grande de sus habitaciones, amueblándose con pequeñas mesas y sillas, un encerado verde oscuro, un pupitre grande y un gran mapa de España a todo color; la casa, esperanzada, imaginó –aunque no quería hacerse demasiadas ilusiones– que se le iba a dar un nuevo uso. Y no se equivocaba: en adelante se la destinaría a alojar provisionalmente una escuela rural, con un aula única donde pudiesen acudir los niños que vivían en los cortijos cercanos, a quienes resultaba muy complicado desplazarse a diario hasta la escuela del pueblo. El cortijo del Almendro pasó entonces a conocerse oficialmente como la Escuela Rural del Robledal y, durante cinco increíbles y dichosos años, aquellos muros acogieron ¡por fin! a algo muy parecido a una familia de verdad: un nutrido grupo de niños y niñas, con sus maestros.

Una nueva vida, que a ella se le antojó desconocida y maravillosa, comenzó para esa casa. Sus espacios, antes mudos y vacíos, se llenaron con las voces de los escolares recitando la lección o cantando a voz en cuello las canciones que el maestro les enseñaba. También con sus reprimendas, que todo hay que decirlo, pues los antiguos métodos de enseñanza imperaban aún en la mentalidad de la comunidad educativa. La antigua escuela unitaria –niños de distintas edades y niveles en el mismo aula– y los maestros rurales formaban un tándem muy efectivo; aquellos hombres y mujeres repartían su riqueza intelectual, como labradores de mentes, la mano en la esteva y al costado el cesto con la simiente, para sacar buena cosecha de las mentes de los niños cortijeros y convertirlos en hombres y mujeres de provecho. Los viejos maestros, que dedicaban sus días y sus afanes a enseñar al que no sabe en las escuelas "de primeras letras" que, a la vez, lo eran también "de segundas": escuelas de ciudadanía. Era la única revolución eficaz y perdurable.

Los años, transformados ahora en cursos, se pasaban suavemente, sin sentir, hasta que llegó el de 1971-72. Ese año obtuvo plaza en la escuela rural de El Robledal un nuevo maestro, un muchacho de apenas veinticuatro años –licenciado hacía unos días de la mili– al que acababan de conceder su primer destino para un curso completo precisamente allí, en el viejo cortijo del Almendro. Sería un curso que, aunque ninguno lo imaginase entonces, se convertiría en algo inolvidable para todos ellos.

*Luis Hinojosa Delgado*

Luis Hinojosa Delgado era natural del cercano pueblo de Santa Cruz del Comercio, donde residía con su familia. Cada lunes, muy tempranito, tomaba un autobús de línea que lo dejaba en el paraje conocido como La Alcaicería, de donde parte el camino de tierra que llevaba, pasando por muchos cortijos, hasta su puesto de trabajo allá entre montañas, en la escuela rural del Robledal. Con el macuto con sus pertenencias al hombro, el muchacho echaba a andar con sol, con lluvia o con nieve hasta completar los cinco kilómetros que separaban la Alcaicería del cortijo del Robledal Alto –también, como su nueva escuela, propiedad de ICONA–, lugar donde se alojaba de lunes a viernes, con la familia del guarda forestal.

Cuando el joven maestro tomó posesión de su plaza se encontró con una escuela situada en plena montaña, en un paraje precioso pero lejos de todo, y con un variopinto grupo de alumnos formado por diecisiete niños y niñas entre los cinco y los quince años, cuyo nivel académico abarcaba desde párvulos hasta quinto curso de EGB. Las caritas de Manoli, Pilar y Reme Palomino Márquez, Pepe Núñez, el pequeño Reyes, Visitación, Miguel Palomino, Antonio, Juan, Nicolás Ramírez, Paco, Juan Manuel Ramírez, Álvaro, Juan Retamero, Rafaela Márquez, Francisco y José Luís lo miraban de hito en hito, con simpatía pero a la vez con algo de reserva, pues desconocían por completo el carácter de su nuevo maestro. ¿Sería, tal vez, tan severo y estricto como sus predecesores don Manuel, don Eduardo y don Antonio…?

*Los niños y niñas que asistían a la escuela rural de El Robledal, con algunos amiguitos y familiares. A la izquierda don Antonio, su antiguo maestro*

Dio comienzo el curso, pues. La habitación que les servía de aula era amplia y alegre; tenía las paredes cuidadosamente encaladas, anchos zócalos pintados de color y un lustroso suelo de losetas de barro rojizo que entre todos –alumnos y maestro– mantenían escrupulosamente limpio. La puerta que daba acceso a la clase estaba dividida por la mitad en dos partes iguales, a la usanza de los antiguos portones cortijeros, y había también una pequeña chimenea que no se usaba nunca, al fondo de la estancia. Justo al entrar se encontraban la mesa y la silla del maestro; los pupitres de los alumnos estaban colocados por grupos según edades y nivel, y en la pared cercana a la ventana se reservaba un vano de donde colgaba airoso un gran mapa de España. Frente a él, una pizarra de buen tamaño completaba el mobiliario escolar.

Al aula se accedía a través de un precioso patio de proporciones cuadradas, perfectamente empedrado y blanqueado, en el que crecía un pequeño almendro que se asomaba por la ventana de la clase, alegrando con sus flores, sus hojas o su ramaje desnudo cuajado de yemas rosadas –dependiendo de la estación– la posible aridez de las lecciones. Era aquel un espacio tan agradable y recogido que los días que hacía buen tiempo don Luis y sus alumnos lo utilizaban, si la actividad lo permitía, como una prolongación de la clase al aire libre.

*Cerremos los ojos para ver el patio como era entonces: no hay escombros ni decadencia, sino un espacio al aire libre empedrado, de paredes blancas, amplio y soleado*

*El aula de la escuela era una habitación pulcra y alegre; a la izquierda se situaban los pupitres de los niños, agrupados por edades, y a la derecha estaba la mesa del maestro*

Con el paso de las semanas, los niños descubrieron que su nuevo maestro –don Luis, como respetuosamente, a pesar de su juventud, todos lo conocían en la zona– tenía un concepto de la enseñanza radicalmente opuesto al de sus antecesores, en el que primaba la instrucción con alegría y sentido del humor; ¡nada de castigos, ni regañinas innecesarias! El joven consideraba que los antiguos métodos humillan antes que estimulan, y arraigan recelos difíciles de erradicar. Por eso la suya era una enseñanza cercana, que sus alumnos agradecían pues eran niños buenos y dóciles, que jugaban a aprender, mientras, con habilidad, el joven preceptor se adueñaba de sus mentes infantiles por medio de palabras sencillas, pensadas para que los pequeños le entendiesen bien. Ese método de educación creaba en la clase un ambiente distendido que propiciaba la quietud y la atención de los niños. Tan buena llegó a ser aquella relación que don Luis era invitado continuamente a visitar las casas de sus alumnos. "¡Véngase usted hoy a comer con nosotros, don Luís!", le decían los padres a menudo, trato que el muchacho agradecía profundamente, pues en compañía de aquellas buenas gentes, que todo lo ofrecían de corazón, se sentía como en familia.

*El joven maestro era muy apreciado en la comarca, tanto por sus alumnos como por las familias de éstos. En la foto, Manoli, Reme, Miguel, Ana y José, con sus familiares*

El aula de la escuela rural El Robledal era confortable y acogedora, salvo cuando hacía mucho frío –el duro invierno del campo– y las nevadas caían abundantes, o llovía sin parar. En esos días tenían permiso del guarda del cortijo para trasladarse a la habitación contigua, que era la

cocina de la vivienda; allí reinaba una gigantesca chimenea que, junto a un cuartito aledaño repleto de leña, hacían las delicias de maestro y alumnos, que se arracimaban alrededor del fuego para continuar con su instrucción. Y es que en la escuela rural de El Robledal los horarios no eran tan estrictos como en las demás escuelas; allí había que adaptarse al momento y a los niños –algunos de los cuales tardaban una hora en llegar caminando desde sus casas, o más aún si había nevado, o llovía mucho–. Porque eso sí, ¡a las clases no se faltaba! Ni alumnos ni maestro. Ya lloviese a cántaros o nevase intensamente, la escuela era sagrada para todos.

Las clases comenzaban sobre las diez de la mañana y terminaban alrededor de la una y media de la tarde, y el recreo llegaba, sencillamente, cuando los niños daban muestras de estar cansados. Entonces salían todos afuera, a pleno campo, el mejor patio de juegos que se pueda imaginar, donde chiquillos y maestro –casi un niño, como ellos– se relajaban y jugaban a los juegos de antes, corriendo, gritando, muertos de risa, mientras daban buena cuenta de sus meriendas, la mayoría de las cuales consistía en pan con aceite y azúcar o un bocadillo relleno con algún producto de la matanza.

*El patio de juegos de la escuela eran las interminables praderas y pinares de Sierra Tejeda*

Cuando llegó la Navidad de aquel año, 1971, y terminaron las clases, don Luis organizó una alegre fiestecilla la que asistieron los escolares y sus familias; la sorpresa del joven maestro llegó cuando se encontró con que aquellas gentes, entre villancico y villancico, le ofrecían agradecidas lo que tenían más a mano como regalo de Navidad, en una inequívoca muestra de afecto y respeto: desde un pollo vivo a productos de la matanza recién hechos, pasando por garrafas del típico vino de Alhama y mantecados y roscos caseros… tantos regalos le llevaron, que el muchacho precisó la ayuda del coche de un amigo para llevarse todo a su casa. Navidad en el campo, y Navidad en la escuela; Navidad en el viejo cortijo del Almendro, tal y como esa casa siempre había imaginado: con las habitaciones abiertas, la chimenea encendida y el eco de las conversaciones de los mayores y las risas de los niños resonando por todas partes.

*Los alumnos de don Luis lo querían entrañablemente, cariño que ha perdurado hasta la actualidad*

Entre letras y cuentas el año académico fue avanzando; a su tiempo llegaron las Primeras Comuniones y por último el fin de curso, en junio de 1972, y en ambas ocasiones volvió el maestro a contar con sus amigos para organizar una celebración digna de días tan señalados. Entre otras actividades, montaban una pequeña rondalla en la que tocaba él mismo la guitarra, obras de teatro preparadas por los propios niños, y un final de fiesta con cante y baile de los típicos fandangos cortijeros de Alhama, en la que participaban todos, chicos y grandes, jóvenes y viejos, alumnos y maestro, con gran alegría. Sin duda alguna, el final del curso 1971-72 fue, y sigue siendo, digno de recordar.

Luis se alojaba cerca de allí, en el vecino cortijo del Robledal Alto. Se trataba de una casa grande, de proporciones nobles, que ocupaban Serafín, el guarda forestal, y su mujer, Dolores, junto a su hija Ana, que también era alumna de don Luis. Tenía allí el joven maestro una cómoda habitación donde descansar; el resto de la jornada hacía vida de familia con Serafín, Dolores y Ana. Su casera era una excelente cocinera y la casa que llevaba, francamente confortable; incluso contaban con la única televisión –un aparato de doce pulgadas y pantalla en blanco y negro, que funcionaba con una batería de coche– que había por aquella zona. Los días que llovía y Serafín no podía salir al campo, cocinaba él mismo unas enormes sartenadas de migas que todos comían luego directamente de la sartén, convenientemente acompañadas de unas tajadas de bacalao y unos vasos de vino del terreno, comida rústica donde las haya pero que Luís recordaría con agrado durante mucho tiempo.

*El cortijo del Robledal Alto también se encuentra abandonado hoy en día*

Su rutina diaria era sencilla: por las mañanas, después de desayunar, se marchaba caminando con Ana hacia la escuela, trayecto que recorrían en sentido inverso a mediodía, para el almuerzo; luego pasaban la tarde en una acogedora habitación, anexa a la cocina, donde Ana hacía sus deberes mientras el joven preparaba concienzudamente las clases del día siguiente. Por las tardes, si no tenía nada que hacer, Luís salía a dar largos paseos por los alrededores del cortijo, que eran, aparte del dominio de cientos de conejos y perdices, de una belleza considerable. El anciano matrimonio no cultivaba la tierra ni tenía ganado; el trabajo de Serafín consistía en ser guarda forestal, y Dolores cuidaba de aquella enorme casa. Se trataba de una familia tranquila, de costumbres antiguas, muy arraigadas –cenaban a las siete de la tarde y se retiraban a dormir muy temprano–, dentro de la cual Luis se sintió, desde el principio y en todos los sentidos, como un hijo más. El tiempo que pasó en el Robledal Alto, con la familia de Serafín, lo recordaría toda su vida.

*La escalera que conducía a la planta superior, y el dormitorio que ocupaba Luís en el Robledal Alto*

*La amplia chimenea de la cocina donde Dolores preparaba grandes cantidades de comida; a la derecha, la habitación donde el joven maestro preparaba sus clases*

Concluyó finalmente –inevitablemente– el curso 1971-72, que fue mágico e inolvidable, sin duda, para los escolares y sus familias, para el maestro primerizo y también para aquella casa bonita, que durante el tiempo en que fue una escuela rural se había olvidado de su pasado solitario. ¿Y qué ocurrió con los protagonistas de esta historia? Pues don Luís se marchó destinado a otros centros escolares donde desempeñó, durante muchos años, una brillante y reconocida carrera hasta su jubilación; los alumnos de la vieja escuela de El Robledal fueron reubicados en otros centros educativos en Alhama, en Granada e incluso más lejos y con el tiempo crecieron –algunos murieron–, otros emigraron y todos formaron sus propias familias. La escuela rural de El Robledal volvió a ser el cortijo del Almendro, y al año siguiente de

marcharse los niños y el maestro –la mejor familia con la que podía haber soñado–, la vivienda fue ocupada por el matrimonio formado por Eugenio y Encarna; después quedó como alojamiento para animales hasta que la construcción fue decayendo y le llegó el abandono definitivo.

El cortijo del Almendro lleva vacío muchos años. Ha pasado casi medio siglo de aquel extraordinario curso del 1971-72, en el que la casa vivió el mejor año de su "despertar" como hogar; el último curso de la última escuela rural de Alhama de Granada.

Cuarenta y cinco años después, durante la Navidad del año 2017, don Luis y tres de sus primeras alumnas –Reme, Pili y Manoli Palomino Márquez– se reunieron para visitar su vieja escuela y recordar aquellos días, de los que todos y cada uno de ellos guardan un recuerdo imborrable. En el mismo camino que lleva al cortijo del Almendro se encuentran algunas casas desde las cuales asistían muchos niños a la clase de don Luís, como el cortijo del Lagar de Baltasar, que se ha restaurado conservando hasta el más mínimo detalle original.

Se ha mantenido con respeto la estructura original de la vivienda principal, las puertas y los suelos, así como gran parte del mobiliario; ciertos detalles como una mesilla de noche hecha a partir de una de las orzas donde se guardaban los lomos y chorizos en pringue, o las camas de hierro con sus correspondientes colchones de lana de oveja, originales de la época de sus abuelos, delatan el cariño que sus actuales propietarios sienten por esos enseres. En sus mejores tiempos en ese cortijo vivían varias familias, que reunían unas treinta personas de las que la mitad eran niños; pero no todas las casas se han restaurado.

*A la izquierda, el comedor de una de las viviendas del Lagar de Baltasar; a la derecha, el dormitorio principal*

*El tapete de colores que tejió hace tantos años Juana Márquez, la madre de Pili y Manoli, continúa hoy sobre la mesa*

Más allá del Lagar de Baltasar se pasa por la puerta del cortijo de la Venta de Rodríguez. Allí vivía Visi, una de las alumnas más mayores de la clase de don Luís, aunque su casa no ha tenido buena suerte. Era una vivienda sencilla, adosada a la casa principal del cortijo, pequeña pero muy agradable, con aquel bonito patio delantero que la madre de Visi mantenía pleno de macetas primorosamente cuidadas; con sus habitaciones diminutas pero limpias y ordenadas, y aquel ambiente sosegado que se respiraba en cada rincón de la casita. Visi era hija única, algo no muy frecuente por aquel entonces. La Venta de Rodríguez era lugar de paso de arrieros, y también contaba con un pequeño economato al que acudían a comprar los habitantes de la zona que no tenían tiempo de acercarse por Alhama.

*La casa de Visi y su familia es de las que no han tenido quien se encargue de recuperarla*

Algo más adelante se encuentra también el cortijo del Nuevo Ángel, perfectamente recuperado y modernizado, por dentro y por fuera, por los hijos y nietos de los primeros dueños. Desde este cortijo, que se encuentra cerca del cortijo del Almendro, acudían muy

contentos a su escuela el joven Miguel –desgraciadamente fallecido con veinticuatro años, en el año 1981– y su hermana pequeña, Reme.

*El cortijo de Nuevo Ángel se encuentra muy cerca del camino, y a escasa distancia del cortijo del Robledal Alto, donde se alojaba el maestro*

Ese día –Navidad es sin duda un buen momento para los reencuentros– fue también el de la visita de don Luis, el último maestro de la escuela rural de El Robledal, tanto a su antigua escuela como a la casa en la que vivió durante ese inolvidable curso en el Robledal Alto, que fue como la suya propia porque la familia que lo acogió así lo quiso, y a las que no había vuelto desde el mes de junio de aquel ya lejano 1972. Hombre sereno y discreto, Luís no dio apenas muestras de las sensaciones que se agolparon en su cabeza y su corazón a lo largo de todo ese día, mientras él y sus tres ex alumnas iban recordando, con infinito cariño, tantos momentos compartidos. La vieja escuela rural y el cortijo del Robledal Alto, lejanos y cercanos, a la vez. "Había pasado varias veces por aquí, pero no se me había ocurrido entrar…", diría luego. Una fecha, seguro, que Luis Hinojosa Delgado no olvidará.

*Don Luis, el maestro, en el cortijo del Robledal Alto, delante de la habitación donde preparaba sus clases, cuarenta y cinco años después de marcharse de allí*

*Las niñas de entonces son ya mujeres; las alumnas de ayer se han convertido en amigas hoy. Cuarenta y cinco años separan estas dos fotografías, pero, en el fondo, nada ha cambiado*

Todos tenemos un cajón secreto donde guardamos nuestros recuerdos, ilusiones, temores, sueños… es como una carpeta aparte, dentro del corazón. Sabemos que está ahí, pero a menudo nos da pereza abrirla y sin embargo, cuando lo hacemos, resulta que merece la pena. Porque lo que vivimos hace tiempo –incluso hace mucho tiempo– lo revivimos plenamente, adentrándonos en aquellos momentos y disfrutándolos con la perspectiva que da la distancia. Al cruzar de nuevo el umbral de su vieja escuela, don Luís y sus alumnas Reme, Pili y Manoli abrieron, por unas horas, su particular cajón secreto. Tal vez ese día, el viejo cortijo del Almendro también lo hizo.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 27 de enero de 2018*

# José Luís, el trompetista

*Durante las décadas de los años cuarenta y cincuenta Alhama de Granada, como tantos otros lugares, olvidaba durante unos días las penurias de la posguerra para celebrar sus fiestas, en las que uno de los principales alicientes era la banda de música.*

*Alhama al fondo, desde el cruce del Puente de Los Baños, principios del siglo XX*

En plena posguerra española el país entero se encontraba sumido en la más desoladora de las realidades. La miseria y el desánimo se habían adueñado de una sociedad extenuada económica, política, social y culturalmente, y ese escenario se reflejaba en la población que, como siempre, se llevó la peor parte. Porque a las devastadoras consecuencias de una guerra atroz había que sumar la fuerte represión que prácticamente anuló toda iniciativa que no fuese del gusto del bando vencedor, a la que fue sometida España entera. Para donde se mirase –no había escapatoria– quedaban huellas de aquel cataclismo: hambre, ruina y enfermedades que alcanzaban a todos; incontables familias desgarradas por la muerte y el exilio; miedo de los vencidos a represalias tras la contienda; racionamiento estricto de los productos de primera necesidad; hundimiento de las economías familiares y subidas inasumibles de los precios… a este panorama se añadió el azote de una sequía continuada que terminó de empeorar la situación. Pero, al menos, quedaba el consuelo de que en el campo la situación no era tan desesperada como en las ciudades, ya que la cercanía de campos y animales ayudaba, un poco, a la subsistencia.

La ciudad de Alhama de Granada no era una excepción y sus siete mil habitantes intentaban sobreponerse día a día a ese estado general de desaliento, ya que en otros aspectos no cabía más que la resignación, como el verse pobres de solemnidad y gobernados de forma implacable, igual que si fuesen criaturas sin voluntad. Por fortuna el carácter animoso y optimista del español –y, más aún, del andaluz– se imponía casi por instinto en aquellas gentes, en cuyos planes no entraba el dejarse vencer por la melancolía. Cada cual probaba a sobrellevar su situación intentando por todos los medios retomar sus vidas donde las dejaron antes de que la guerra y sus calamidades arrasaran con todo; aferrándose a cada buen momento como a una tabla salvavidas que los mantuviese a flote –aunque sólo fuese un momento– de entre ese océano de penalidades. Uno de aquellos salvavidas, y sin duda el

acontecimiento más esperado por todos, coincidía con el solsticio de verano y se prolongaba hasta el mes de septiembre: se trataba de las ferias y fiestas anuales. Y no es de extrañar: en una época en la que no existían las salas de fiestas, ni las discotecas, ni la televisión, ni apenas diversiones porque la mayoría estaban consideradas como espectáculos pecaminosos y ofensivos según la rígida moral imperante e incluso gravemente peligrosos para la población, las fiestas de Alhama constituían un auténtico respiro que brindaba a la población la posibilidad de olvidarse por unos días de sus problemas y su infortunada vida cotidiana.

Oficialmente, al margen de la Semana Santa y del día de la Patrona de la ciudad –la Virgen de las Angustias– Alhama de Granada contaba con dos fechas festivas muy señaladas: la feria de San Juan, que abarcaba desde el día 24 de junio hasta el 27, y la Feria Grande, que se celebraba del 8 al 11 de septiembre. Esas fechas eran inamovibles, casi sagradas. Ambas consistían en esencia en una feria ganadera a la que se sumaban numerosas actividades lúdicas, que las convertían directamente en fiestas. La feria de San Juan, la primera del año, era idónea para presentar, comprar y vender ganado de cara al verano y a los trabajos de recogida de cosechas; la segunda, la feria de septiembre, que se celebraba una vez terminada la recolección, venía muy bien para deshacerse de animales agotados o viejos y cambiarlos por otros, y sobre todo para comprar más ganado, pues los labradores y ganaderos –que constituían el grueso de la población– disponían por fin de algo de dinero. La relativa mejora económica y la época de descanso que siempre conllevaba el final de la cosecha aumentaban considerablemente para los alhameños las posibilidades de pasarlo bien.

Las dos ferias de Alhama atraían a gente de toda la comarca e incluso de fuera de ella; no sólo de otros pueblos sino también de los numerosos cortijos de los alrededores, entonces habitados por decenas de familias que esperaban como agua de mayo esos festejos, porque en muchos casos era la única ocasión que tenían para salir de la rutina del campo. Entonces cambiaban las abarcas por un par de zapatos y la tosca ropa de faena por los vestidos y trajes que llevaban esperando todo un año guardados en el arcón, entre membrillos y ramitas de espliego, para pasar unos días en el pueblo, donde muchos cortijeros tenían casa para poder pernoctar cómodamente en ocasiones especiales como aquella.

Como si fuese cosa de magia, Alhama entera se transfiguraba de la noche a la mañana: el aspecto de las calles, las caras de grandes y pequeños, todos vestidos con los trajes de domingo, el ambiente y hasta la luz, que recién entrado el verano se tornaba dorada y alegre, demorándose en el cielo hasta casi las diez de la noche. Llegaban primero los feriantes que, como cada año, despejaban las calles para plantar sus casetas, hechas con sábanas blancas, que luego se convertían en diminutos santuarios de la golosina donde se despachaban deliciosos turrones de todas las clases y humeantes churros, todo a precios populares, dando así la posibilidad de probar esas delicias a muchos que no se las podían permitir en Navidad. También se montaban los ansiados –y rudimentarios– columpios: las cadenas, las voladeras, las barquillas, las olas… cada cual tenía su nombre y su encanto particular. Los alhameños, orgullosos de su feria, que llevaban un año entero preparándose de cuerpo y de mente –la mente para disfrutar, el cuerpo para aguantar las vigilias festivas– para no perderse ni un matiz de ese espectáculo anual, se agolpaban por calles y plazas deseosos de disfrutar al máximo de la charla alegre, el ambiente relajado, la música, las bromas y las risas, dando rienda suelta, en

la medida que les era permitido por las autoridades, a sus ganas; a su necesidad casi perentoria de pasarlo bien.

*Fiestas de Alhama; en la fachada del castillo se aprecian varias casetas y columpios (las "barquillas")*

Dentro de las actividades que se programaban para las fiestas, uno de los eventos más deseados era la llegada a la ciudad de la banda de música. Alhama había disfrutado de su propia banda hasta los tiempos de la Segunda República, pero otro de los daños colaterales de la Guerra Civil fue su total desaparición. En vista de ello, el ayuntamiento de la ciudad tomó por costumbre el solicitar la colaboración de la banda de música de las Escuelas del Ave María, de Granada. Se trataba de una agrupación infantil formada por un conjunto de chavales de entre los seis y los diecisiete años, alumnos todos de ese famoso colegio del Albaicín, que se desplazaban desde Granada capital para pasar los cuatro días de feria amenizando los entretenimientos previstos en esos días. Tal era la expectación que producía todos los años la llegada de los niños músicos, que casi se podía decir que era la presencia de la banda de música la que inauguraba oficialmente el comienzo de las fiestas.

*La llegada a Alhama de la Banda de Música de las Escuelas del Ave María daba el pistoletazo de salida a esas celebraciones anuales*

Las escuelas del Ave María, fundadas por don Andrés Manjón en el año 1889, se encontraban situadas al principio de la Cuesta del Chapiz, en el Bajo Albaicín, y daban acogida a todos los niños que vivían en los barrios del Albaicín y el Sacromonte. Allí, además de estudiar las materias clásicas que se enseñaban en la época, también se instruía al alumnado en el arte de la música como parte de una enseñanza innovadora e integral. El centro, al que acudían niños y niñas de todas las clases sociales, era considerado más una colonia escolar permanente que un colegio por las características de su construcción –con amplias zonas ajardinadas– y sobre todo por el tipo de enseñanza que impartía, pionera y reformadora. Una de sus actividades más exitosas era la de sus dos bandas de música, en las que los alumnos ponían en práctica todo lo aprendido visitando regularmente numerosos pueblos de la provincia de Granada, donde interpretaban todo tipo de piezas ante un público siempre entregado y agradecido.

La mayoría de los alumnos del colegio deseaba fervientemente entrar en alguna de las dos bandas por todo lo que conllevaba, pero esa oportunidad quedaba reservada generalmente para los chicos que demostraban tener aptitudes musicales. Uno de sus componentes más destacados fue un niño llamado José Luís.

*Acceso principal a las escuelas, desde el principio de la Cuesta del Chapiz*

José Luís Hidalgo Chica nació el 28 de septiembre de 1937 en pleno Albaicín, en concreto en el número 3 de la Calle de la Tiña. Era el más joven de cinco hermanos y, como todos ellos, a los cinco años de edad entró a estudiar en las escuelas del Ave María, tras mudarse su familia a la cercana calle del Aljibe de Trillo. Niño inquieto, inteligente y redicho como él solo, José Luís soñaba con formar parte de la famosa banda de música, a la que ya pertenecían tres de sus hermanos mayores. Lo consiguió por fin, al año siguiente –en 1942–, y se sintió el más feliz de los mortales el día que, a la edad de seis años, le tomaron la medida de su cabeza para fabricarle la gorra de plato que era parte del flamante uniforme de la banda. Su dicha finalmente alcanzó cotas inimaginables cuando le entregaron su primer instrumento musical: se trataba de una pequeña y brillante corneta. Al año siguiente, una vez que el niño demostró con creces que lo merecía, ascendió de nivel y comenzó a tocar un bombardino hasta que por fin, ya con nueve años cumplidos solicitó –y le fue concedido– tocar nada menos que la trompeta. ¡Ya sí que se sentía importante! Esa afición, que había empezado como un simple juego, estaba a punto de cambiar su vida para siempre.

*José Luís Hidalgo Chica*

Poco tardó José Luís en ganarse un lugar preferente en la banda de música. Además de poseer un gran talento musical era para todos un compañero divertido, entusiasta y generoso. Sus amigos lo conocían como "el Chica chico" por ser el menor de varios hermanos que también habían tocado en la banda. Junto a sus compañeros de estudios se aplicaba bien a sus tareas y, cuando llegaba la época en que se sucedían las fiestas de los pueblos, allá que se iba él con su uniforme y su trompeta, viajando junto a sus amigos por toda la provincia, desde los pueblos más cercanos a los más alejados, desde los más grandes a los más pequeños, donde los pequeños músicos se alojaban por unos días con familias locales. Esa actividad les procuraba experiencia, ayudándolos a depurar vocaciones, a ver mundo y a algo que los niños tenían muy en cuenta –sobre todo en aquellos duros años de posguerra, donde todo era pasar faltas–: a comer opíparamente, ya que en los pueblos era más fácil tener acceso a los alimentos que en las ciudades. Todos los lugares les gustaban: eran chiquillos y cada ocasión les servía para aprender y divertirse. Pero había un destino al que siempre deseaban volver; para ellos era el pueblo más grande, el más poblado, el más bonito, el que tenía la feria mejor. Ese pueblo se llamaba Alhama de Granada.

Nunca olvidaría José Luís la primera vez que viajó a Alhama: corría el mes de septiembre de 1943 y él estaba a punto de cumplir los siete años. Hacía mucho calor; ese año además había sido muy seco. La banda de música de las escuelas del Ave María volvía de tocar en las fiestas de la localidad de Píñar, a bordo de un traqueteante carro tirado por mulos que llevaba a los músicos hasta la estación del tren para regresar a Granada. Pero un inoportuno bache del camino volcó el carro en el que viajaban y esa circunstancia retrasó su viaje, haciendo que llegasen tarde a Granada, donde les esperaba el camión que los debía llevar a su siguiente destino, Alhama. Después de más de tres horas de viaje desde Granada a Alhama, dando saltos por aquellas carreteras estrechas y llenas de curvas –los niños viajaban de pie, cogidos a los barrotes del camión, con los instrumentos metidos en sus fundas y apilados en el centro del remolque– arribaron a Alhama cerca ya de la una de la madrugada. El ayuntamiento de la ciudad había dispuesto el alojamiento de cada niño en distintas casas del pueblo –siempre buscando familias que se pudiesen permitir acoger y alimentar a un invitado–, y el pequeño

José Luis fue adjudicado a uno de los médicos del pueblo, don Francisco Jiménez Zambrano. Al llegar a esa hora tan intempestiva, la familia no tuvo más remedio que acomodar al pequeño músico –sólo por esa noche, afortunadamente– en la cuna de su hijo menor, Pepe, y pasar a éste a la cama de sus padres. José Luís se acostó en aquella cuna de madera, encogiendo sus piernas lo mejor que pudo y durmiendo como un bendito el resto de la noche, pues estaba realmente cansado del viaje.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, daba comienzo la primera actuación de la banda, la Diana Floreada, que consistía en la realización de un pasacalles en el que los músicos, ataviados con sus lustrosos uniformes color azul marino y encabezados por su director, don José Agrela –hombre excelente y todo un caballero en el trato– iban recorriendo las calles más céntricas de Alhama mientras tocaban alegres marchas, con el pequeño tamborilero en primera fila asombrando a todos con sus redobles, mientras los niños del pueblo correteaban emocionados detrás de ellos. La alegre comitiva llegaba al barrio de La Joya, donde se paraba en la plaza para interpretar varias piezas populares, mientras la gente formaba un gran corro a su alrededor. La actuación se iba alternando con algunos descansos hasta que llegaba la media mañana; era entonces cuando la banda disponía de unas horas de tiempo libre, que los niños podían emplear como quisieran: disfrutando de los columpios y casetas de la feria o jugando con los amigos hasta que llegase la hora de almorzar, momento en el que cada niño acudía a la casa donde había sido acogido para comer con la familia.

*La banda de música de las escuelas del Ave María junto a su director, José Agrela. José Luís está situado en la segunda fila desde arriba, el tercero por la izquierda, con su trompeta entre las manos*

Después de pasar el hueco del día relajados y disfrutando, los pequeños músicos volvían a la tarea justo a la caída del sol, momento en el que la banda se reunía de nuevo en la espaciosa plaza del Paseo del Cisne, que se abarrotaba de público de todas las edades. Era el mejor momento del día. Entonces tocaban durante varias horas seguidas –con los consabidos descansos– hasta bien entrada la noche, para alegría de todos los asistentes que, unos en pie y otros sentados en sillas que bajaban desde sus casas, no podían evitar mover los pies al ritmo de los alegres pasodobles e incluso emocionarse hasta las lágrimas con las evocadoras melodías que impregnaban el aire; la Música, ese lugar misterioso donde todos coincidimos, hacía posible el milagro. Por aquel entonces no se permitía el baile –ni juntos ni por separado– en lugares públicos; se trataba de una actividad considerada vergonzante e impúdica por las autoridades franquistas y religiosas de la época. Pero esa circunstancia no estropeaba el ambiente festivo y el bonito espectáculo que ofrecía aquella banda de pequeños uniformados con sus instrumentos dorados y brillantes, que con su música llevaban la alegría a todos los rincones de ese pueblo, de todos los pueblos, en unos tiempos en los que había que atrapar al vuelo cada instante de felicidad que pasase por delante.

*En la Plaza del Cisne se congregaba una gran multitud para ver actuar a la banda de música*

Los jóvenes músicos eran muy apreciados por todos los alhameños. Se trataba de niños disciplinados y bien educados, que sabían comportarse adecuadamente en cualquier momento y eran además, por naturaleza, dóciles y buenos. Como iban todos los años la población de Alhama los conocía bien, igual que los pequeños a ellos, y ese afecto tanto a los niños como a su director, don José, era recíproco. Para las familias que los acogían su estancia era un cambio agradable, sobre todo para quienes tenían hijos de la misma edad que los pequeños músicos, pues los niños salían de la rutina, hacían amigos distintos y podían ver de cerca e incluso tocar un instrumento musical, algo bastante extraordinario por aquel entonces. Esa oportunidad resultaba igualmente grata para los músicos, todos ellos niños con pocas oportunidades de disfrutar de la naturaleza. No era de extrañar pues que, mientras no estaban tocando o enredando entre las casetas de turrones y los columpios, corriesen como liebres camino del río con sus amigos del pueblo; las aguas limpias y frescas del río Marchán, que caían en cascadas y se remansaban en pozas transparentes, resultaban todo un lujo para aquellos niños de ciudad, que se lo pasaban bomba chapoteando felices en las horas más calurosas del día.

*Remanso en el río Marchán o Alhama, que entonces corría limpio y en abundancia; un lugar muy frecuentado en verano por todos los alhameños*

Y de esa manera, entre festejos y diversión para todos –locales y visitantes– se iban pasando los cuatro días que duraba la feria. Al atardecer del cuarto día la banda de música actuaba por última vez; esa noche Alhama presentaba una animación especial, con su castillo de fuegos artificiales como máxima atracción. Cuando por fin se disipaban en la negrura del cielo los últimos regueros de chispas de la gran traca final, que estallaba en arcos de brillantes colores con forma de lágrimas –como si supiera que ya terminaba lo bueno–, se daba por concluida la fiesta. A la mañana siguiente, con auténtica pena, los niños de la banda liaban los petates, guardaban los instrumentos en sus fundas, se echaban al hombro las talegas de tela que sus familias de acogida les habían llenado de viandas para el viaje de vuelta –embutidos, pan de pueblo, quesos y dulces– y se despedían de todos, con frecuencia entre lágrimas, hasta el año siguiente. Terminaba la feria para los músicos y para todos los alhameños y se acababan los días de despreocupación; ahora tocaba poner los pies en el suelo, retomar las obligaciones, reasumir la grisura de sus vidas cotidianas. Con la marcha de los niños de la banda de música parecía que también se esfumaba la alegría. José Luís, al igual que todos los demás, se despedía con pesar de su amigo Pepe, el hijo del médico, que no paraba de llorar ante la inminente marcha de su amigo el trompetista.

Pasaban los años. José Luís y sus compañeros de la banda continuaron acudiendo fielmente a su cita veraniega con Alhama para las fiestas de San Juan y las de septiembre; a veces incluso también iban el Viernes de Dolores para acompañar con su música a la procesión de la Virgen de las Angustias. José Luís no faltó ni una sola vez durante los siguientes once años –desde los seis hasta que cumplió los diecisiete–, y todas ellas se alojaba, feliz, en la casa de su amigo Pepe, el hijo del médico. Los dos chicos fueron creciendo y trabando una excelente amistad que desgraciadamente quedó truncada cuando José Luís, por edad, se vio obligado a dejar la banda de música y, por lo tanto, dejó de viajar a Alhama. El tiempo había corrido inexorablemente para ambos muchachos; aunque Pepe aún tenía catorce años, José Luís, ya con los diecisiete cumplidos, debía empezar a buscar su lugar en el mundo.

Hacía tiempo que José Luís tenía decidido ser músico profesional. Tocar su trompeta era lo que más le gustaba, y lo que se le daba mejor. Completó entonces su formación musical estudiando violín en el Conservatorio de Granada y más tarde perfeccionó su técnica como trompetista en el Conservatorio de Madrid. Para entonces ya se había convertido en un guapo muchacho y un auténtico virtuoso de su instrumento, muy solicitado por las orquestas de la época, con las que participó en los siguientes años en infinidad de actuaciones en hoteles, salas de fiestas y festivales de música por toda España, llegando incluso a ser contratado por agrupaciones musicales de gran prestigio –como la orquesta del cantante Antonio Machín–, grabando exitosos discos e interpretando también sus propias composiciones para Radio Televisión Española.

*José Luís Hidalgo Chica llegó a ser un músico de reconocido prestigio*

En el año 1979 dejó las actuaciones públicas y abrió una tienda de instrumentos musicales y partituras en la céntrica calle Reyes Católicos de Granada, un próspero negocio que gracias a su buen hacer fue creciendo hasta convertirse en todo un referente en el sector. Hoy, ya jubilado, disfruta de una vida tranquila junto a su mujer Ángeles, sus siete hijos y sus once

nietos. José Luís ha vuelto a  Alhama de Granada en dos ocasiones por el gusto de pasear por sus calles y recordar sus tiempos de músico de la banda de las escuelas del Ave María, durante los que disfrutó de los que sin duda fueron los momentos más felices de su infancia y adolescencia, junto a sus compañeros Alarcón, Fernandín, Escudero, Gallurt, Leonardo, Suárez, Rosales, Molina, Cambeiro, Romero, Ripoll, Rada, Antoñín, Delgado, Rafael… aquellos mágicos e irrepetibles veranos que se sucedieron entre los años de 1943 a 1955.

*José Luís Hidalgo Chica*

No hace mucho que el destino quiso hacer a José Luís un último regalo. Sucedió al terminar un concierto al que asistía, en el auditorio Manuel de Falla de Granada. Cuando salía al exterior del edificio se le acercó un hombre elegantemente vestido, ya de cierta edad. "¿Es usted José Luís Hidalgo, el famoso trompetista?" le preguntó. José Luís asintió. El desconocido continuó hablando, emocionado: "Yo soy médico jubilado; ¿se acuerda usted del niño que sacaron de la cuna una noche, hace ya muchos años, cuando iba usted con la banda de música a tocar en la feria de Alhama de Granada? Ese niño era yo".  José Luís lo miró. Efectivamente, estaba ante su gran amigo Pepe de Alhama, el hijo del médico, el niño que lloraba desconsolado cada vez que el pequeño trompetista tenía que irse de su casa. Pepe había estado buscando hasta que, por fin, había logrado dar con él.

Pepe y José Luís se abrazaron estrechamente, más de cincuenta años después de aquella despedida en Alhama siendo niños, mientras a su alrededor se escuchaba el rumor de la gente que se dispersaba tras el concierto y una tenue fragancia, procedente de los cercanos jardines de la Alhambra, envolvía a los dos amigos.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Documentación histórica, Andrés García Maldonado*

*Fotografías, "Alhama en blanco y negro" y archivo de José Luis Hidalgo Chica*

*Publicado el 24 de febrero de 2018*

## Teresa y la Ermita de los Ángeles

*Una historia de entrega y generosidad; una vida entera transcurrida en el Camino de los Ángeles, dedicada a mantener uno de los rincones más emblemáticos de Alhama de Granada.*

Si pudiésemos, de alguna forma, retroceder al pasado –tal vez cerrando los ojos y viajando con la imaginación–, uno de los lugares más interesantes por redescubrir sería el célebre Camino de los Ángeles de Alhama de Granada. Muy transitado desde tiempos inmemoriales, ese histórico recorrido transcurre a lo largo de unos dos kilómetros junto a la orilla del río Alhama o Marchán, y ha visto pasar durante siglos a quién sabe cuántas generaciones de personas de todo origen y condición, tanto locales como foráneas. Se trata de un camino medieval repleto de mitos y leyendas, que debe su romántico nombre a una de las más famosas. ¿Quién no ha oído hablar de aquel aguerrido caballero cristiano que imploró desesperadamente el favor de la Virgen de los Ángeles cuando se vio en trance de muerte? Fantasía y realidad se dan la mano en cada recodo de esa amplia senda, tan bonita y bien comunicada que fueron incontables las familias que se establecieron a su vera: las más pudientes en casas y cortijillos y las más sencillas en rústicas chozas e incluso en cuevas horadadas en la base de sus tajos de piedra arenisca.

El Camino de los Ángeles ha sido a lo largo de la historia una importante vía de comunicación, lugar de paso obligado para labradores, pastores, arrieros y viajeros que entraban y salían de Alhama camino del campo o de otros pueblos. Pero los tiempos cambiaron, y con ellos, como suele suceder, todo lo demás. Los habitantes del camino se fueron marchando paulatinamente hacia otros lugares en busca de mayor prosperidad; el paraje sufrió entonces unos años de decadencia y abandono hasta que el ayuntamiento de la ciudad decidió recuperarlo como espacio público. En la actualidad, el Camino de los Ángeles constituye un agradable paseo, bien conservado y señalizado aunque silencioso, pues ya nadie vive por allí. ¿Nadie? Un momento… en realidad, sí que queda alguien. Se trata de una "vecina" humilde y discreta, muy querida por todos los alhameños, que habita desde hace más de quinientos años en una de las cuevas que bordean el camino. Sí, se trata de la Virgen de los Ángeles; aquella que, hace más de medio milenio, se compadeció del apurado caballero.

*El Camino de los Ángeles*

Debe haber en España, y seguramente en todo el mundo cristiano, muchas ermitas, iglesias y capillas consagradas a la Virgen de los Ángeles. Pero seguramente la más chiquita, la más modesta –y no por ello menos venerada– es esta que se encuentra, precisamente, a la orilla del camino que lleva su nombre. Desde los albores del siglo XVI fue ganándose el corazón de todo el que pasaba por allí, enclavada ella en medio de una ruta tan sumamente frecuentada, que fue desde el principio punto de encuentro para muchas personas quienes, como si fuesen peregrinos, abandonaban sus quehaceres por unos minutos para rezar, devotamente postrados ante su puerta de madera, o simplemente para santiguarse si iban con mucha prisa. La Virgen de la Ermita de los Ángeles es una preciosa imagen de apenas setenta centímetros de altura en la que parece que no pusieron sus manos artistas pecadores –"cosa de los ángeles", dice el pueblo, y cuando el pueblo lo dice, punto redondo–; tan pequeña como el recinto que la acoge, que pasaría desapercibido entre las ásperas paredes rocosas de no ser por el blanco deslumbrante de su fachada, tan sencilla. Allí lleva recogida la Señora más de cinco siglos, a decir de sus fieles, consolando a los tristes, sanando a los enfermos, cuidando los campos, salvando a los que están en peligro y ayudando a quienes ponen en ella su fe, como lo hizo el famoso caballero de la leyenda.

*Fachada de la Ermita de los Ángeles; las abundantes lluvias han deslucido un poco su blancura*

*"No pases, alma mía, sin saludar a María"*

Cuentan los más ancianos de la comarca que, desde que pueden recordar, el cuidado de esa reliquia tan preciada para los alhameños estuvo siempre a cargo de sucesivas generaciones de la familia de los Retamero que, en categoría de ermitaños a la antigua usanza, optaron gustosa y voluntariamente por cuidar de ella. Un mantenimiento que básicamente consistía en la limpieza y reparación del recinto, aunque lo más importante –lo principal– era procurar que

nunca le faltase a la imagen de la Virgen una lucecita que había de permanecer siempre encendida –entonces contaban con las "mariposas" que flotaban en aceite, y que por su escasa duración había que ir renovando a diario–. Esa tradición fue pasando amorosamente de padres a hijos, como si de una valiosa herencia familiar se tratase. Todos conocían y respetaban a los Retamero y cada cual, a su manera y en la medida que se lo permitían sus posibilidades, agradecía a aquella familia su altruista dedicación a la Virgen con ofrendas y donativos que abarcaban desde monedas a alimentos o pequeños adornos para la ermita.

Los habitantes del Camino de los Ángeles, muy numerosos por cierto, se conocían y apoyaban entre sí como si fuesen parientes. Una de las familias más apreciadas era la de Teresa García Pinos, que vivía muy cerca de la ermita, en un cortijo que se había conocido toda la vida con el sugestivo nombre de El lagar de la Providencia. Nacida en el convulso año de 1936 en la alhameña Calle Llana, Teresa era la mayor de siete hermanos. Cuando cumplió los seis años sus padres se mudaron a ese cortijo, que llevaba el nombre de Lagar de la Providencia por haber servido durante muchos años como venta donde se despachaba el afamado vino de Alhama a todo el que iba de paso por aquel concurrido camino. Cuando su familia adquirió la finca en propiedad, poco tiempo después, ésta pasó a llamarse coloquialmente el Cortijo de los Ponches, porque ése era el apodo de su padre.

*La pequeña Teresa García Pinos*

El cortijo de los Ponches gozaba de una situación excelente: se encontraba en una de las salidas de Alhama –la que llevaba al antiguo sendero de Játar–, muy cerca del Mirador de Las Peñas, justo al lado del camino que se une bajando, un poco más adelante, al de los Ángeles. Aunque la propiedad no poseía amplias vegas ni terrenos para cultivar por encontrarse en la parte alta de los tajos, contaba con una parcela de buena tierra alrededor de la casa, suficiente para la familia de Teresa, y con las impresionantes vistas que ofrecía el cañón del río Alhama a un lado, y la propia ciudad encaramada en lo más alto, con la torre de la iglesia –maciza y cuadrada– destacando sobre las casas blancas, al otro. Como la mayoría de las viviendas de la época, el cortijo era algo incómodo pues carecía de agua corriente y luz eléctrica, detalles a los que había que añadir unas puertas demasiado grandes, que cada vez que se abrían favorecían la entrada de heladas corrientes de aire, ya que las ventanas de la casa no tenían cristales.

Pero las gentes de antes, hechas desde luego de otra pasta, se hacían a todo; el frío aquel se paliaba perfectamente con gruesos trapos colocados en las ventanas y una buena lumbre ardiendo en la chimenea desde que amanecía hasta que llegaba la hora de acostarse. La familia de Teresa, sin lugar a dudas, se encontraba muy a gusto allí.

*El cortijo en la actualidad, perfectamente restaurado*

La casa tenía mucha faena diaria, pero la más trabajosa de todas era ir a por agua, que solían obtener llegándose al cauce del río –entonces más caudaloso que ahora–, donde también acudían a lavar la ropa en unas grandes y cuadradas pilas de piedra que se habían colocado para ese menester a la orilla de una acequia. Bajaban por un empinado senderillo y subían luego acarreando pesados cántaros, pipos y cubos chorreandico de agua clara; tan sólo cuando llovía torrencialmente y el río bajaba muy turbio aprovechaban el agua de lluvia que se embalsaba cerca de la casa o, si no había más remedio, se acercaban a alguna de las abundantes y hermosas fuentes del pueblo. Cocinaban en la amplia chimenea y se alumbraban por las noches con candiles de aceite y quinqués de petróleo, a la luz de los cuales ella y sus hermanas pasaban muchas horas aprendiendo a coser siendo niñas y bordando sus ajuares de novia, ya mozuelillas. Y salvo los años de posguerra, en los que la miseria y el miedo alcanzaron a todos, la infancia y la juventud de Teresa transcurrieron felices; con carencias, ciertamente, como el hecho de no poder asistir ni un solo día a la escuela –algo que a ella le habría encantado– por verse en la obligación de cuidar de sus hermanos más pequeños, pero Teresa aprendió sola a leer y escribir un poco, porque cuando se tiene verdadero interés en algo, llevarlo a cabo es sólo cuestión de voluntad.

*Teresa en la hornacina del Humilladero, Alhama*

El padre de Teresa, José García Pinos, pasaba muchas horas fabricando serones de esparto con las tomizas y pleitas que trenzaban sus hijas, por aligerarle un poco el trabajo. Una parte de aquella fábrica era destinada a la venta, mientras que otra la guardaba para su uso personal, ya que José se dedicaba a caminar incansable por aquellos caminos, la espalda encorvada bajo el peso de un serón cargado hasta los topes de pescado, fruta, legumbres, verduras o lo que tuviese a mano, para ir vendiendo esa mercancía de cortijo en cortijo y de pueblo en pueblo. Unas veces –las menos– le pagaban con dinero, pero lo más común era el intercambio de unos productos por otros, que tenía que volver a vender o canjear en su camino de vuelta a casa. Se trataba de la milenaria cultura del trueque, ya que la gente disponía entonces de muy poco dinero contante y sonante. Su mujer, Teresa Pinos Martín, lo acompañaba siempre que podía, pues dos venden más que uno, y de esa manera sus hijos se quedaban solos en el cortijo al cargo de Teresa, que para eso era la hermana mayor. Aun así, ella recuerda el miedo que pasaban todos cuando sus padres salían de la casa, cerrando aquella enorme puerta tras de sí. Entonces los siete chiquillos se acurrucaban junto a la chimenea y no se separaban unos de otros hasta que, al final del día, regresaban sus progenitores. Éstos no tenían más remedio que dejarlos porque la necesidad apretaba más que el temor a alejarse de los niños, pero se marchaban con la tranquilidad de saber que si había alguna urgencia sus hijos contarían con el apoyo de los muchos vecinos que vivían por los alrededores que, por supuesto, estaban al tanto de la situación, y con quienes la familia se llevaba muy bien. Cuando José y Teresa regresaban tras una dura jornada de camino, regateos, ventas y trueques, cenaban todos en amor y compaña y, antes de irse a la cama, Teresa ajustaba las cuentas del día –que llevaba con la exactitud de una calculadora– con un puñado de garbanzos.

*Teresa (con sombrero) junto a su madre, hermanos y otros familiares, en el cortijo de Los Ponches*

Pero no todo eran trabajo y sacrificios. También sabían divertirse, como por ejemplo durante las fiestas de la Navidad, días aquellos en los que, bien abrigados "porque los inviernos de antes no eran como los de ahora", salían todos por el Camino de Los Ángeles adelante junto a otras muchas familias, cantando villancicos acompañados por la zambomba que tocaba magistralmente papá José, y las manos de almirez y botellas de anís que iban raspando mamá Teresa y los niños. Pasaban así por las casas de sus amigos y familiares hasta que el frío y el cansancio los obligaban a cobijarse en su casa, al calor del fuego, donde continuaba la fiesta.

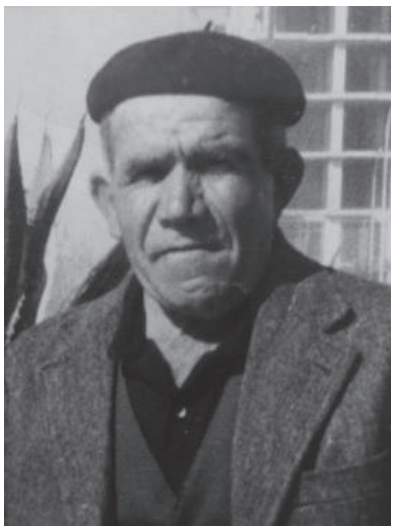
Además de eso, cuando llegaba el buen tiempo se organizaban divertidos bailes por los cortijos –también en el cortijo de los Ponches–, pues era la única forma que tenían entonces los jóvenes de olvidarse un rato de las obligaciones, relajarse y alternar con gente de su edad. Con el paso de los años, a medida que José y Teresa envejecían y sus hijos se hacían mayores, la familia prosperó un poco y José pudo comprar una mula para que le ayudase en la tarea. Ya no tuvo más necesidad de cargar pesados fardos a la espalda –cada vez más debilitada–, aparte de poder llevar mucha más mercancía en un solo viaje; y su mujer y sus hijos mayores tampoco tuvieron desde entonces la obligación de acompañarlo en sus desplazamientos. El noble animal supuso un gran respiro para todos, que lo incorporaron a su vida cotidiana casi como uno más de la familia.

*Teresa junto a sus padres y otros familiares, con la mula, por supuesto*

Con frecuencia, en su continuo ir y venir, pasaban por delante de la Ermita de los Ángeles y solían tenían la costumbre de parar unos minutos para dedicar un rezo a la Virgen antes de proseguir su camino, piadosa tradición muy arraigada por cierto entre las gentes de Alhama. "¡Ea, Virgencita, hasta otro día!" "¡Adiós, Virgen de los Ángeles, pídele a tu Hijo por los míos"! "¡No te olvides de mí Tú, Divina Pastora"…! Cuidaba de la ermita por aquel entonces el anciano Isidoro Retamero, que –religiosamente, nunca mejor dicho– continuaba con la tradición heredada de su padre Cristóbal, de su abuelo Juan y de su bisabuelo y su tatarabuelo… se trataba de un viejecito muy arrugadito y encorvado que acudía a diario al pequeño recinto para recoger las monedas que los fieles lanzaban a la Virgen, adecentar la capilla y renovar las

mariposas que iluminaban la hornacina que cobijaba la imagen. Luego guardaba los enseres de limpieza en la parte de atrás de la capilla, a la que se accedía por un vano rectangular donde hacía muchos años su abuelo Juan había excavado en plena roca, con sus propias manos, una gran cueva con varias estancias –incluida una cocina con chimenea y salida de humos al exterior– que después utilizó como vivienda de ermitaño.

Isidoro iba y venía con sus pasitos cortos desde el pueblo a la ermita, con frío o con calor, cada día un poco más cansado que el anterior, a encender devotamente la lamparilla de aceite para que Ella nunca estuviese a oscuras. Pero llegó el momento en que no tuvo más remedio que aceptar la evidencia de su avanzada edad y, como mandaba la tradición en su familia, trasladar a su hijo Antonio Retamero la responsabilidad del cuidado de la ermita. Su hijo la aceptó encantado y de ello se ocupó con diligencia hasta que las circunstancias sociales y económicas de finales de los años cincuenta del pasado siglo le forzaron, como a tantos otros alhameños, a emigrar, con todo el dolor de su corazón, lejos de su ciudad. Antonio cedió pues la responsabilidad de la ermita a una familiar, Carmen Pinos, quien al poco también se vio obligada a marcharse de Alhama. Y es que las exigencias de la vida moderna estaban acabando con una tradición que databa de más de cuatrocientos años atrás. Fue de esta forma como Carmen Pinos, pariente de la familia de los Ponches, pidió a papá José que a partir de ese momento cuidasen ellos de la ermita, puesto que vivían muy cerca y también eran devotos de esa imagen. La custodia de la Ermita de los Ángeles pasó definitivamente a la familia de Teresa; una nueva etapa en la historia de ese santuario en miniatura acababa de comenzar.



*José García Pinos, padre de Teresa*

Pasaron los años. José pasaba todos los días por la ermita para atender a su mantenimiento, y cuando no podía por cuestiones de trabajo, lo hacía en su lugar mamá Teresa. Gradualmente, el resto de la familia fue incorporándose a la tarea. Todos colaboraban complacidos en cuidar del pequeño recinto en lo que fuese menester: limpiando, blanqueando, encendiendo luces, reparando desperfectos, adornándolo con flores en los días más señalados… La Virgen de los Ángeles empezó a formar parte de sus vidas casi sin que se dieran cuenta; la obligación de cumplir con la Señora se convirtió en devoción, en el más amplio sentido de la palabra. Y

cuando papá José falleció continuó su mujer con los cuidados de la ermita, ayudada cada vez más frecuentemente por sus hijas. Por fin y dadas las incomodidades de vivir en el cortijo, la familia decidió mudarse a una casa en Alhama, mas no por ello dejaron ni un solo día de atender a la Virgen. El tiempo corría, la salud de la madre declinaba y fueron sustituyéndola sus hijas, especialmente la mayor, Teresa, que también involucró a su novio, Manuel Becerra Carrión –de apodo Angelino –en esa labor.

*Papá José y mamá Teresa*

Gradualmente, Teresa fue asumiendo en solitario la responsabilidad de cuidar de la Virgen. Se casó con Manuel en mayo de 1961 y tuvieron cuatro hijas –Mari Tere, Fina, Juani y Manoli– que también aceptaron con absoluta naturalidad, como una parte más de sus vidas, los cuidados de la Ermita de los Ángeles; especialmente la menor de las cuatro, Manoli, que tanto quería a su virgencita que un día voló a su lado para siempre, hace tres años. Han pasado ya más de sesenta y la ermita continúa estando al cargo de esa familia.

*Teresa con su marido Manuel y sus cuatro hijas.*

En este tiempo, Teresa y los suyos han conocido infinidad de anécdotas y experiencias que tienen por protagonista a la Virgen de los Ángeles. Y, como tantos fieles, creen firmemente en los favores que Ella otorga a quienes invocan su nombre con fe. La propia Teresa recuerda emocionada –mientras se limpia los ojos con su pañuelo blanco como la nieve, bordado de flores– que su madre, un día que volvía de lavar en el río, iba contando a la virgen que no tenía pan para dar a su familia, y a la vuelta del camino se encontró una hermosa hogaza de pan blanco, sin que nadie hubiera pasado por allí antes y en una época en la que ese alimento escaseaba bastante. Y aquella otra ocasión en la que dio un traspiés y cayó por el terraplén directa hacia el río; milagrosamente una roca la frenó, justo cuando ella pedía ayuda a la Virgen, salvándola de un golpe que podría haber sido fatal. Son muchos los alhameños que narran fenómenos parecidos; tal vez sea por eso que abundan los nombres de Ángeles y Ángel, en esa localidad. Tal vez sea por eso, también, que muchas personas caminan descalzas hasta la ermita cumpliendo una promesa, y que cada dos de agosto se reúnen en gran número alrededor del recinto para presentar sus respetos a la Virgen, en su día.

*Interior de la Ermita de los Ángeles, en la actualidad*

El interior de la ermita no ha cambiado sustancialmente en los últimos siglos, salvo por las capas de pintura de diferentes colores aplicadas a sus irregulares paredes de roca pulimentada. Una dulce quietud y una alegre sensación de paz señorean en su interior, en el que nunca faltan las flores, que la familia de Teresa mantiene primorosamente limpio y ordenado, mientras la imagen luce esplendorosa, recientemente restaurada por voluntad de Teresa, que ya con más de ochenta años decía que se negaba a irse de este mundo dejando a su Virgen desarreglada. La actual escultura, de escayola policromada, data del año 1943 y fue cedida por una familia de Alhama tras la pérdida de la imagen original durante la guerra civil. Con sus propios medios y ayudada por los donativos de numerosos alhameños devotos de la Virgen de los Ángeles, Teresa ha ido reponiendo, reformando y rehabilitando todo lo que ha sido preciso sin dudar un momento, antes de ceder el testigo a su hija Juani. Ese amor imperecedero se percibe tan sólo con atravesar la puertecita metálica que cierra la mínima estancia. Lloviendo, nevando, sanos o enfermos, Teresa y su familia, todos a una, han permanecido al pie del cañón, y ahora que las piernas de Teresa ya no le permiten llegar

caminando hasta la ermita, son su hija Juani y su yerno Paco quienes toman el relevo –otro más, como tantas generaciones de cuidadores de la ermita a lo largo de quinientos años– "mientras ellos puedan y la Virgen quiera".

*Teresa, Juani y Paco se afanan por conservar la ermita en el mejor estado posible*

La dedicación que esa pequeña imagen ha inspirado se refleja también en la parte menos visible del pequeño santuario. A la izquierda del altar, atravesando un hueco excavado en la pared, se accede a una gran cavidad socavada a mano hace más de un siglo por el antiguo ermitaño Juan Retamero, que adaptó su interior como una vivienda donde se instaló para vivir con la máxima sencillez, lo más cerquita posible de su Virgen, la Madre que conocía las penas y alegrías de sus antepasados –y también las suyas–, hasta el mismo día de su fallecimiento. Esa historia y otros detalles quedaron por escrito en un antiguo legajo que conserva Teresa cuidadosamente junto a otros documentos, y que le fueron legados a su padre directamente por Antonio Retamero, el último representante de aquella estirpe de ermitaños, cuando José se hizo cargo del mantenimiento de la ermita.

*Interior de la amplia cueva excavada tras el altar de la ermita*

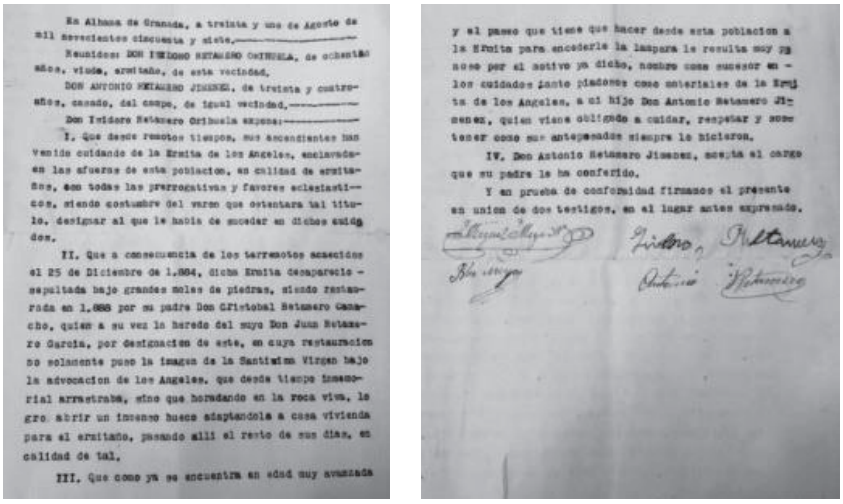
La consagración de Teresa a la defensa y cuidados de la ermita ha merecido, como no podía ser de otro modo, el reconocimiento público a su desinteresada labor por parte de Alhama de

Granada, ciudad agradecida como pocas, mediante la concesión de dos galardones: el Premio Alhama Ponte Guapa, que otorga el ayuntamiento de la ciudad y, más recientemente, el Diploma a la Conservación concedido por el prestigioso Patronato de Estudios Alhameños el pasado veintisiete de febrero, víspera del Día Histórico de Alhama.

*Teresa recoge su galardón de manos del Presidente del Patronato de Estudios Alhameños, Andrés García Maldonado*

La Ermita de los Ángeles seguirá acumulando años, historia, leyendas y experiencias místicas, y nuevas generaciones de cuidadores –ermitaños del futuro– la ayudarán a seguir en pie. Y con ella, el histórico camino que lleva su nombre, atrayendo con su belleza y particularidad a los visitantes, creyentes y no creyentes, al igual que las casas cueva y los cortijos derruidos que jalonan su recorrido, que resisten como reliquias de una época, de una forma de pensar y de un estilo de vida que fueron y que ya no son.

Corren malos tiempos para las creencias religiosas tal y como las conocemos. Al menos, eso podría deducirse al observar el ritmo de vida que llevamos actualmente, el cambio radical de prioridades, de costumbres, de apegos incluso. O tal vez sea que lo que hemos cambiado es nuestro concepto de la divinidad, sustituyendo en el imaginario de muchos la imagen de un Dios a la antigua usanza por una idea abstracta, más bien un "ir en la buena dirección". Pero una cosa está clara: en el ser humano lo físico es inseparable de lo emocional, de lo espiritual; es la cualidad que nos diferencia del resto de animales. Todas las relaciones que establecemos –con nosotros mismos y con los demás– reflejan la unión íntima de nuestro cuerpo con nuestro espíritu, con nuestro "yo" más elevado, más sagrado. Despojemos a esa palabra de sus connotaciones religiosas: etimológicamente, la palabra "sagrado" deriva de una raíz que significa "entero". Seamos pues, seres humanos enteros, completos, sin prescindir de nuestra conexión con ese espíritu divino que para cada uno de nosotros será diferente –Dios, Allah, Buda, la Madre Tierra, el Destino, la fuerza vital del Universo…–, para sentirnos plenos, íntegros; seres humanos de verdad.



En Alhama de Granada, a treinta y uno de Agosto de mil novecientos cincuenta y siete.----------

Reunidos: DON ISIDORO HETAMERO ORTHUELA, de ochenta años, viudo, agricultor, de esta vecindad,

DON ANTONIO HETAMERO JIMENEZ, de treinta y cuatro años, casado, del campo, de igual vecindad,----------

Don Isidoro Hetamero Orihuela expone:----------

I. Que desde remotos tiempos, sus ascendientes han venido cuidando de la Ermita de los Angeles, enclavada en las afueras de esta poblacion, en calidad de ermitaños, con todas las prerrogativas y favores eclesiasticos, siendo costumbre del varon que ostentara tal titulo, designar al que le habia de suceder en dichos cuidados.

II. Que a consecuencia de los terremotos acaecidos el 25 de Diciembre de 1.884, dicha Ermita desaparecio sepultada bajo grandes moles de piedras, siendo restaurada en 1.888 por su padre Don Cristobal Hetamero Camacho, quien a su vez lo heredo del suyo Don Juan Hetamero Garcia, por designacion de este, en cuya restauracion no solamente puso la imagen de la Santisima Virgen bajo la advocacion de los Angeles, que desde tiempo inmemorial arrastraba, sino que horadando en la roca viva, logro abrir un interno hueco adaptandola a casa vivienda para el ermitaño, pasando alli el resto de sus dias, en calidad de tal.

III. Que como ya se encuentra en edad muy avanzada y al pesar que tiene que hacer desde esta poblacion a la Ermita para encenderle la lampara le resulta muy pe nose por el motivo ya dicho, nombre como sucesor en - los cuidados tanto piadosos como materiales de la Ermita de los Angeles, a su hijo Don Antonio Hetamero Jimenez, quien viene obligado a cuidar, respetar y sostener cosa sus antepasados siempre lo hicieron.

IV. Don Antonio Hetamero Jimenez, acepta el cargo que su padre le ha conferido.

Y en prueba de conformidad firmamos el presente en union de dos testigos, en el lugar antes expresado.

*Documento de cesión de los cuidados de la ermita*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 24 de marzo de 2018*

## Otilia, la de las Ventas

*La conciencia de pertenecer a una determinada clase social ha existido siempre, incluso en los pueblos más pequeños. Pero a la hora de la verdad, ya fuese viviendo en el "yesón" –una casa de obra– o viviendo en el "terrón" –una casa cueva–, todos los venteños tenían que colgarse la capacha cada día para ir a ganarse el jornal.*

*Ventas de Huelma se extiende entre vegas y olivares*

A lo largo y ancho de la Mancomunidad de Municipios del Temple, en la Comarca de Alhama, en un país de colinas suaves que enmarcan extensos olivares y fértiles campos de cereales, se asientan varios pueblos hermanados y sus anejos: Castillo de Tajarja, Chimeneas, Escúzar, La Malahá, Agrón, Ácula y Ventas de Huelma. Todos ellos se encuentran a medio camino de la ruta secular que une Granada y Alhama de Granada, en un territorio donde cuentan las crónicas y los libros de historia que existieron, durante cientos de años, grandísimas fincas de labor con sus casas y trabajadores. Ventas de Huelma ocupa una planicie rodeada de fértiles vegas –o "veguetas", como las llaman sus paisanos– y cuenta con un núcleo urbano compuesto por una curiosa amalgama de casonas blasonadas, casi aristocráticas, herencia del antiguo señorío de algunos de sus habitantes, construidas junto a tradicionales casas de pueblo y seguidas, en el último lugar de este improvisado escalafón, por humildes casas cueva, agrupadas en la parte baja del pueblo –un lugar pintoresco y poco conocido–. Porque, de hecho, en Ventas de Huelma existieron tres importantes barrios de cuevas: el de la Ermita, el del Zacatín y el de la Tejuela, tan densamente poblados, animados y característicos como los famosos barrios trogloditas de las comarcas de Guadix, Baza y Galera.

Otilia del Barrio Navarro nació en una modesta casa cueva el quince de agosto de 1931. Hija y nieta de venteños y venteña ella misma hasta las raíces, no puede sustraerse a repasar con nostalgia su vida en aquella cueva familiar, rincón al que todavía, a sus ochenta y siete años, sigue acudiendo casi a diario en su paseo mañanero por los alrededores del pueblo. Con su aspecto impecable y pulcro y su inseparable bastón, al que ella llama con gracia "su tercera

pata", Otilia disfruta caminando por las mañanas o al atardecer, sola o acompañada, a lo largo de las calles de Ventas, terminando siempre su recorrido en las cercanías del rinconcito de la Tejuela que fue su hogar. Viuda desde hace diez años, Otilia vive sola en su casa pues sus tres hijos y sus cuatro nietos se establecieron lejos de Granada. Vive sola, pero eso no quiere decir que lo esté, porque cuenta con el cariño y la compañía incondicionales de su hermana Ángela y sus sobrinas, de muchas de sus amigas de la infancia y de sus vecinas, con las que trata a diario. Sentada en el salón de su casa, primorosamente limpio y ordenado –como ella misma–, en compañía de sus amigas Amadora, Inocencia y Nieves, Otilia rememora junto a ellas, con su marcado acento venteño y esa voz suya tan llena de energía a la que acompañan expresivos gestos y ademanes, las etapas más felices de su vida –a pesar de la dureza de la época en la que transcurrieron– como fueron su infancia y juventud allá en su casa cueva. Y así, al ritmo del interesante relato de estas cuatro amigas, recordamos junto a ellas –recuperamos con ellas– momentos clave de aquella época, echando la vista ochenta años atrás.

*De izquierda a derecha, Otilia junto a sus amigas Amadora, Inocencia y Nieves*

Ventas de Huelma era, en el año 1931, un pueblo mucho más pequeño de lo que es ahora. Las casas eran menos, aunque los vecinos muchos más. ¿Y cómo podía ser esto? Pues sucedía que Ventas no sólo contaba con el caserío propio de la localidad, como todos los pueblos, sino también con tres extensos barrios de casas cueva, tan bien acondicionados que eran muchas más las familias que habitaban allí que en el centro de la villa. Y es que incluso en ese pueblecito existía la conciencia de pertenecer a una clase social, una suerte de "arriba y abajo" a pequeña escala: las clases más pudientes –los llamados "labradores", que eran los propietarios de las tierras– vivían en magníficas casas de obra, algunas de estilo casi palaciego, mientras que los "jornaleros" o miembros de las clases más humildes –sin tierra en propiedad, que salían adelante trabajando las de sus afortunados vecinos–, que no podían costearse una casa de ladrillos, se alojaban en las casas cueva, en la mayoría de los casos excavadas por ellos mismos o por sus familiares. Los pobres vivían pues "en el terrón", en contraposición a los ricos que vivían en el "yesón", como los venteños decían en tono de broma, gracias al incombustible sentido del humor –y al orgullo, y a la dignidad– tan andaluz que incluso de las situaciones más penosas consigue extraer algo de luz. La familia de Otilia, de origen humilde desde que ellos recordaban, pertenecía a este último grupo. Pero, lejos de considerarlo una desgracia, los vecinos del "terrón" se encontraban muy a gusto allá en sus barrios de casas

cueva, en la Tejuela, la Ermita y el Zacatín. Además –y esto era algo que llevaban muy a gala–, mucho antes que ellos ya había vivido allí otra persona; alguien verdaderamente destacado y querido en la localidad, que dio origen a una preciosa leyenda de la que todos se sentían orgullosos.

*Ruinas de la histórica Cueva del Cura Santo*

Contaban los más viejos que hace muchísimo tiempo –allá por el año 1622–, un anciano sacerdote que ejercía su ministerio en Granada llamado Francisco Velasco, viéndose ya muy mayor, decidió pasar lo que le quedase de vida retirado en el campo, meditando y pidiendo por los demás, viviendo con lo mínimo, así como hacían los ermitaños. Un buen día, por lo tanto, pidió el permiso pertinente a sus superiores eclesiásticos, dejó su iglesia de Granada y echó a andar sin rumbo fijo, caminando despacio apoyado en una vara, observando, meditando, atravesando paso a paso comarcas enteras, hasta alcanzar la entonces diminuta aldea de Ventas de Huelma. Algo especial, sin duda, debió ver en ese lugar, porque tras recorrer el paraje resolvió al punto excavar allí mismo, con sus propias manos, una cueva que finalmente quedó compuesta por tres habitaciones: la central, que era también la más grande, pensada como una humildísima capilla, más otras dos, una a cada lado, que le servirían como dormitorio y como comedor-cocina.

*Sala central de la cueva o capilla*

Los vecinos de la aldea se acostumbraron rápidamente a su discreta presencia y le agradecían su total disposición para ayudar a todo aquel que lo precisara. Al poco tiempo lo respetaban y veneraban hasta tal punto que lo llamaban "el cura santo", porque estaban convencidos de que podía realizar milagros; algunos incluso afirmaban que lo habían visto levitar mientras decía sus oraciones. Al año de su llegada a Ventas de Huelma el "cura santo" murió de muerte natural, por lo que la cueva y la capilla se cerraron, en señal de respeto. Y cuenta la leyenda que el senderillo que llevaba hasta esa cueva no se cerraba nunca; que ni la hierba ni la maleza lo podían ocultar, a pesar de que nadie pasaba ya por allí. Llegó a decirse que incluso si se araba volvía a aparecer, con lo que la fama del lugar y de su piadoso morador aumentó aún más después de muerto don Francisco. Según esa misma leyenda, los vecinos más pobres de la aldea decidieron imitar a su "cura santo" y empezaron a excavar ellos también, junto a la vieja ermita abandonada, sus propias casas cueva, por vivir cerca de ese lugar tan especial. Y que ése fue el nacimiento de los barrios de casas cueva de Ventas de Huelma.

Sea este su origen o no, el caso es que los tres barrios de casas cueva de Ventas fueron, durante mucho tiempo, el hogar de cientos de familias, de generaciones de venteños honrados y trabajadores que nacieron, vivieron y murieron allí. Otilia vino al mundo un día de fiesta –el día de la Virgen de agosto– que entonces era jornada festiva solamente para los ricos: los pobres, si no ganaban un jornal, no comían ese día. El día que Otilia nació su padre se encontraba segando en el cortijo de Los Frailes, uno de los latifundios de la zona, donde su progenitor trabajaba como hortelano y segador. Otilia era la tercera de seis hermanos, y pocos son los recuerdos que guarda hasta sus cinco años, cuando comenzó la guerra civil. Un duro despertar a la vida, desde luego. Sus primeros recuerdos están ligados a la visión de unos padres que trabajaban sin descanso –su madre, cuando disponía de ratos libres, ayudaba en la economía familiar yendo a las casas del pueblo a limpiar, a lavar la ropa, a blanquear paredes e incluso a acarrear agua del pozo–, y a la huida que emprendió con su familia cuando, en el año 1937, las tropas del general Franco entraron en Ventas de Huelma. Su familia, como las de todos los simpatizantes de la República, huyó como pudo a otras tierras dando con sus huesos en un cortijo de Guadix, donde pasaron los años de la guerra hasta que pudieron regresar a su pueblo y a su cueva. Al encontrar ésta totalmente destruida y desvalijada, como tantas otras viviendas del pueblo tras la huida de sus moradores, se mudaron a la cueva de sus abuelos, en el barrio de la Tejuela, que era muy grande y se había conservado algo mejor.

*Grupo de casas cueva en el barrio de la Tejuela; al otro lado se encuentra el barrio de la Ermita*

En contra de lo que en principio podría parecer, las casas cueva eran unas viviendas bastante confortables. Vivir bajo tierra resultaba cálido en invierno y fresco en verano, pues las variaciones de temperatura y humedad en el interior de cada vivienda –y más cuanto más interiores eran las habitaciones– eran mínimas. Además, por las características del terreno, cuando éste se mojaba por las lluvias el agua era incapaz de traspasarlo, con lo cual las casas cueva se mantenían en todo momento aisladas, calientes y secas. Dentro de cada vivienda se alojaba la familia y también sus animales domésticos –"¡todos entraban por la misma puerta!" refiere Otilia–, a los que se les reservaba una de las habitaciones, generalmente la más cercana a la entrada, con un ventanuco o tronera que daba al exterior para favorecer la ventilación y limpieza de ese cuarto.

*Interior de una habitación dedicada a albergar animales. Se aprecian los pesebres tallados en la pared y un comedero en el suelo, para gallinas y conejos*

Las cuevas se excavaban en taludes o colinas suaves, alineadas unas junto a otras en la medida que el terreno lo permitía, formando calles improvisadas unidas por senderos y plazoletas en torno a las cuales se agrupaban una o varias cuevas. Al exterior se mostraba sólo una fachada con pocos vanos para mantener las cualidades térmicas de la vivienda, y un simple agujero comunicado con la superficie servía de salida de humos de la chimenea. En el interior, las paredes y los techos mostraban la señal de los picos y eran algo irregulares, sobre todo en los vanos interiores, que daban acceso a las demás habitaciones. Unos cuartos conducían directamente a otros, al estilo de las casas antiguas, y no había pasillos. Las cuevas solían tener tamaños muy variables: las había pequeñas, medianas y también muy grandes; el número de habitaciones variaba mucho de unas a otras, habida cuenta que se podían ir ampliando a medida que la familia crecía y se necesitaba más espacio. Eso sí, siempre con mucho cuidado para no abrir un agujero en la cueva del vecino, cuando éstas se encontraban unas junto a otras.

*Una familia venteña en plena matanza, a la puerta de su cueva*

Normalmente cada casa cueva estaba constituida por salón, cocina y comedor –todo en uno–, que era la habitación más amplia, situada a la entrada de la cueva, donde estaba también la chimenea. A ambos lados, hacia el interior, se situaban los dormitorios y, junto a la entrada, la habitación de los animales domésticos, lo más cerca posible de la puerta principal para facilitar la entrada y salida de los animales –que pasaban el día en el campo– y su aseo y ventilación. Las cuevas carecían de puertas interiores; las habitaciones se separaban unas de otras por medio de cortinas. Sólo existía la puerta de la calle, y gran parte del mobiliario –como hornacinas, alacenas, bancos y repisas– se solía tallar en la misma pared de la cueva. Los interiores se encalaban cuidadosamente, ya fuese en blanco o en color, lo que daba a la vivienda una sensación de pulcritud y calidez muy considerables. Efectivamente; las casas cueva solían ser muy limpias y alegres a pesar de que las habitaciones interiores contaban con poca luz natural; recibían el resplandor del sol que entraba por los vanos de las puertas. Se amueblaban con mobiliario sencillo y práctico, y la mayoría no tenían mucho que envidiar en comodidad a las casas del pueblo, o de "yesón". Como cualquier vivienda, también se compraban, se vendían y tenían su documentación. Solían ser muy baratas porque, lógicamente, se trataba de hogares humildes.

La cueva de Otilia y su familia, excavada por el abuelo muchos años atrás, era espaciosa y estaba muy bien construida. Contaba con amplias habitaciones, unos bonitos arcos hechos en piedra para que el techo no se viniese abajo –techo, por cierto, adornado con vigas de madera que además de decorar, lo reforzaban–, suelos de yeso y lajas lisas de piedra y una hermosa chimenea tallada, pintada de color burdeos. Otilia la recuerda con verdadero deleite, pues de aquél su hogar se marchó ya con los veintiséis años cumplidos, justo para casarse. Allí vivía junto a sus padres y hermanos, su abuela y los animales domésticos precisos para el día a día de la familia: un cerdo, una cabra –"teticoja" decían que era, porque tenía las ubres de distinto tamaño– unos conejos y las gallinas. Pero dejemos que sea Otilia quien nos describa, con sus propias palabras, cómo era su casa cueva…

"A la entrada teníamos la cocina, que era también salón y comedor, todo junto, donde hacíamos la vida de día cuando no estábamos faenando en el campo o yendo a por agua; en la chimenea cocinábamos y al lado teníamos la mesa para comer. Detrás de la puerta de la calle teníamos la cantarera con los cántaros de agua, allí se ponía muy fresquita, y al lado de esa entrada grande teníamos varios dormitorios, así a los lados de la cueva, grandes también; había uno que era el de mis padres, otro que era para las hermanas en el que también dormía la abuela, y el cuarto de mis hermanos varones. El cuarto de los animales tenía una ventana, y para que no se colasen por allí los zorros, mi padre le hizo una cruz de palos, que era como si dijéramos una reja. Las camas era catres de palo y base hecha de soga, y encima de eso poníamos los colchones rellenos de farfollas de maíz, que se rellenaban todos los años para que estuvieran altos y blandos. Se dormía muy bien en esas camas. Las almohadas eran de lana de las ovejillas que tenía mi abuelo. Había una cama sola por dormitorio, y en ella teníamos que apañarnos todos para dormir, unos para arriba y otros para abajo. ¡Pero no te vayas tú a pensar, que se dormía allí muy bien!"

*Casa cueva de la familia de Otilia*

A pesar de los rigores impuestos por la posguerra en la vida de los venteños, Otilia se consideraba, dentro de lo que cabe, una niña feliz. Su día a día transcurría tranquilamente aunque con grandes faltas, pues al poco de terminar la contienda su padre fue encerrado en la cárcel junto a quienes, como él, profesaban ideales de izquierdas. Cada semana su madre, Adoración, junto a otras esposas de encarcelados, trasponía caminando desde Ventas de Huelma hasta la cárcel de Alhama de Granada –salían de noche para que les diese tiempo a ir y volver en el día– para llevar a sus hombres comida y tabaco, porque los pobres presos se morían literalmente de necesidad. Tanto trabajaba Adoración en su casa y fuera de ella, y tanto trajín tenía que soportar que tal vez esas circunstancias fuesen la causa de que cayese enferma de tifus. Se tuvo que conformar entonces con dar instrucciones a sus hijos desde la cama, para que su casa siguiese en marcha. Durante ese tiempo los abuelos y los tíos de Otilia se encargaron de ellos, pero aun así los chiquillos tuvieron que despabilar rápido. Otilia ganaba algunas perrillas extra haciendo pequeños encargos a sus vecinos; su hermana mayor se puso a servir en una casa del pueblo. Aun así ella recuerda momentos que, aun dentro de la

desgracia, eran a menudo motivo de risa para los niños, como aquellos días en que una de sus hermanas enfermó de los ojos; su madre, desde la cama, aconsejaba que se hiciese una infusión de manzanilla para lavárselos, y Otilia, con su mejor intención –entonces tenía nueve años– puso mucho azúcar a la manzanilla, tal y como veía hacer a los mayores "para que estuviese bien dulcecica", olvidando que no era para bebérsela. Al lavar los ojos enfermos de su hermana con el empalagoso brebaje, empeoró su estado considerablemente. –"¡Todas las moscas del barrio querían pararse en sus ojos!" ríe ella, recordando el episodio-. O cuando tenían que localizar a tientas, en la más absoluta oscuridad, a su cabra "teticoja", palpando una por una las ubres de todas las cabras, y aun así se equivocaban y ordeñaban a la cabra del vecino, dejándolo sin leche hasta el día siguiente…

*Cocina comedor de la cueva de Otilia; la gran chimenea aún conserva restos de color*

Otros momentos vivió, por el contrario, de gran emotividad. Tras mucho tiempo sin poder abrazar a su padre, preso en la cárcel de Alhama, pudo verlo unos instantes por pura casualidad. Iba ella cargada con una espuerta llena de hierba para los conejos de una vecina, cuando una mujer del pueblo la llamó a voces en plena calle. "¡Otilia, Otilia, corre, que va tu padre en la alsina…!" La niña voló descalza por las calles del pueblo –su madre no tenía para comprarle unas alpargatas– hasta que llegó a la plaza donde tenía su parada el autobús. En efecto, dentro del vehículo y junto a otros presos iba el hacedor de sus días, tan delgado y desmejorado que le costó trabajo reconocerlo. Estaban siendo trasladados a la cárcel de Padul –las autoridades de la época no avisaban de los cambios a los familiares hasta que se habían producido–. Su padre esposado, cabizbajo, convertido en una sombra de sí mismo, en cuanto vio a su hija se echó a llorar. La niña golpeaba la puerta del autobús pidiendo que la dejasen subir antes de irse para abrazarlo un minuto; por fortuna el guardia civil que custodiaba a los reos, aunque no le estaba permitido hacerlo –"en el mundo existen hombres buenos", refiere Otilia– no sólo permitió a la pequeña subir y abrazar a su padre, sino que además le regaló, compadecido de su pobreza, dos pesetas y media para que se comprase unos zapatos. Siempre ha habido hombres buenos, sí.

*Uno de los dormitorios de la cueva de Otilia, cuidadosamente encalado aun cincuenta años después. Debajo, detalle del acceso a una de las habitaciones interiores*

*Otra habitación más de la cueva familiar*

El agua era algo incómoda de obtener en Ventas de Huelma. A diferencia de otros pueblos, Ventas no tiene río propio y los arroyos cercanos, al proceder de un terreno muy rico en yeso, "daban aguas salobres", por lo que el agua para beber y cocinar se extraía de unos pozos de agua dulce –de origen muy antiguo, por cierto– situados a unos dos kilómetros del pueblo, justo a la orilla de la vía pecuaria que los une con Alhama de Granada. Y allá que trasponían todos a por agua con cántaros, calderos, bestias y aguaderas. No obstante para regar las veguetas, dar de beber a los animales y lavar la ropa se apañaban bien con la que corría por

una gran acequia que atravesaba el pueblo, aunque esa agua era tan dura que el jabón ni siquiera hacía espuma. Luego tendían la ropa en las matas cercanas a las cuevas, bien extendida al sol para que quedase blanquita. Cerca de las cuevas del barrio de la Tejuela manaba una fuentecilla; se trataba un diminuto manantial del que brotaba un hilo de agua que los vecinos recogían con una hoja de higuera o con una teja –de ahí el nombre de la fuente y del mismo barrio–.

El tiempo fue pasando; a los seis años de su reclusión el padre de Otilia salió de la cárcel y la familia, reunida por fin tras el nefasto paréntesis, retomó como mejor supo el hilo de su vida. Su padre volvió a las tareas del campo en la finca de Los Frailes; su madre continuó faenando en otras casas y los hermanos de Otilia y ella misma, ya mayores, trabajaron también en todo lo que se ponía por delante. Mucho trabajo dentro y fuera de la casa, pero felices todos y en paz. A Otilia le gustaba mucho cocinar; entonces llovía mucho y el campo se llenaba de deliciosas plantas silvestres comestibles como collejas, cardillos, cambrones, chicoretas, serraja y una variedad casi infinita de setas, aunque sus preferidas eran los negritos. "El campo daba mucha comida", dice ella. Una de sus recetas favoritas, de las que más le gustaba preparar entonces, era el guiso de collejas, del que ella misma nos da la explicación.

**Receta del guiso de collejas de Ventas de Huelma (al estilo de Otilia)**

"Pues mira, se cogen las collejas del campo, se limpian de la tierrecilla que tengan y se lavan bien, y se echan en una olla con agua y una mititica de sal. Cuando están cocidas se escurren bien apretando y haciendo con ellas como una bola; luego, en una sartén, se fríen un poquito ajo y una poquita cebolla y, si se tiene, pues unas almendrillas también. Cuando eso está ya, se saca al mortero y en esa misma sartén se echan un poco de agua y unas papicas, se marean con las collejas y luego se le pone un chorrico de vinagre. Se majan en el mortero las almendras y el ajillo y se le echa también, luego un poco de más agua, su sal y su "carterilla"; si se tienen huevos se le echa también uno por persona, y ya está. Yo lo sigo haciendo, pero ya con collejas no, porque yo no sé qué le echan al campo que ya no nacen collejas; yo lo hago ahora con acelgas o espinacas, y también sale muy bueno".

*Con los años, Otilia se convirtió en una joven muy guapa*

Los años pasaban y Otilia y sus hermanos se hacían mayores, mientras la vida continuaba apacible en el barrio de las cuevas. La feria de septiembre, el día de San Isidro, el siempre ameno paso de los arrieros –como el famoso Planas, que contaba mil historias de la Venta de López, en Játar– que llegaban de la costa trayendo frutas, verduras y pasas… Otilia, al igual que sus hermanas, se puso a servir en la casa de una familia pudiente del pueblo, y con dieciocho años conoció a un mozo del vecino pueblo de Agrón, Antonio García Fernández, de quien se enamoró nada más conocerlo. Poco a poco sus hermanos se fueron marchando para iniciar sus propias vidas; a Otilia le llegó su turno también. Se casó con Antonio a los veintiséis años y se marchó con él a Agrón, donde se estableció en casa de su suegra por unos años. Allí tuvo a sus dos primeros hijos, Antonio y Begoña. Cuando la casa de su suegra empezó a quedarse pequeña para todos, Antonio marchó a Alemania para trabajar y al poco ella lo acompañó, dejando a los niños al cargo de su madre. A los dos años volvieron ambos, con ahorros suficientes como para poder comprar su propia casa. Otilia quiso que fuese en Ventas de Huelma "porque donde te has criado es donde te gusta estar", y por fin pudieron adquirir la casa en la que se establecerían definitivamente –por casualidad, su madre había trabajado allí mismo, de soltera–; la casa en la que nació su tercera hija, María José, y en la que Otilia continúa viviendo hoy.

*Otilia y Antonio por fin alcanzaron la estabilidad con la que habían soñado*

Con el tiempo sus tres hijos se hicieron mayores y, como es ley de vida, emprendieron sus propias vidas; Antonio y Otilia permanecieron juntos en su casita de "yesón" hasta que él falleció, hace diez años. Desde entonces, Otilia vive con la sola compañía de su canario cantor y sus queridas macetas. Los barrios de casas cueva habían entrado en franca decadencia a medida que la emigración iba haciendo mella en el pueblo, pero sobre todo a raíz de las inundaciones del año 1963, que anegaron y derrumbaron varias viviendas, causando incluso muertos. Fue entonces cuando el ayuntamiento promovió y favoreció el traslado de las pocas familias que quedaban en las cuevas a las casas del pueblo, y el barrio "del terrón" decayó a partir de entonces velozmente. Posteriores reformas –como la conversión de la vereda de la Ermita en un camino– terminaron de enterrar algunas de aquellas viviendas y la fuente de la

Tejuela. El tiempo convirtió a la Ermita, el Zacatín y la Tejuela en barrios fantasma, en meros recuerdos; en puras escombreras que sólo servían para que los chicuelos jugasen al escondite.

*Restos de algunas casas cueva, en la actualidad*

Hoy aquellas singulares y antiquísimas viviendas subterráneas bostezan en su abandono, como oscuras bocas abiertas de asombro ante el incomprensible olvido de todos; las plazoletillas de delante, antaño escrupulosamente barridas y blanqueadas, se encuentran tomadas como al asalto por las altas hierbas que alimenta la primavera. Ya sólo las recuerdan los que vivieron allí, como nuestra amiga Otilia, que continúa recorriendo sus alrededores con frecuencia, llena de añoranza y respeto, reviviendo sin esfuerzo el espíritu de su antiguo barrio: las voces alegres de los vecinos, los ladridos de los perros, el rico olor a comida que escapaba por los agujeros de las chimeneas… porque a pesar de la evidente humildad del lugar, ése fue el único hogar que conocieron muchas personas.

*A Otilia le encanta salir a pasear cerca de las cuevas, recorriendo los viejos senderos de su niñez*

Aunque sus hijos la animan a que se vaya a vivir con cualquiera de ellos, Otilia ha decidido no moverse de su pueblo natal. "¿Dónde voy a ir ya? Mis hijos trabajan los tres; para estar sola fuera, prefiero estar sola en mi casa, al menos mientras me valga", dice muy convencida. Y así pasa ella sus días tranquila, a gusto consigo misma, cuidando de su casa, de sus macetas y de sus muchos recuerdos, paseando y charlando con sus amigas y manteniendo graciosos

monólogos con su canario sin nombre –su confidente leal–, a quien le gusta reprochar cada día, entre bromas y veras, que desperdicia mucho alpiste. Y así la dejamos, ya. Hasta pronto, querida Otilia, la niña que nació en el "terrón" y terminó en el "yesón"; la mujer que vive sola pero que no lo está, porque cuenta con el cariño y el respeto de todo su pueblo.

Cae la tarde dorando las suaves laderas donde persisten en completo silencio, empeñadas en no desaparecer todavía, las ruinas de las casas cueva; donde una vez prosperaron tantas familias humildes, que no tenían dinero para comprar una casa del pueblo. "Aunque yo digo una cosa: los del terrón y los del yesón, en el fondo, éramos todos iguales: todos nos colgábamos la capacha por la mañana temprano, para irnos a ganar el jornal, ¿dónde está la diferencia entonces…?" concluye Otilia. Y, a nuestro juicio, tiene toda la razón.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías de Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 19 de mayo de 2018*

# La Cueva de la Vaca

*Hay lugares que resulta difícil imaginar como el hogar permanente de una gran familia. Pero existen: la Cueva de la Vaca, en Sierra Tejeda, es uno de ellos.*

*Camino de la Cueva de la Vaca*

Sabéis que es por aquí, y que no se encuentra lejos. Vuestras referencias no pueden ser más fiables, por lo tanto deberíais ser capaces de encontrarla. Tú miras hacia arriba: la ladera es muy empinada y, para colmo, no hay trazas de sendero por ninguna parte. Echáis a andar siguiendo en mente las indicaciones, algo imprecisas, que os dieron –"La vereda va por encima del camino, a la orilla de una adelfa en flor, y pasa cerca de una gran higuera asilvestrada desde la que se llega a un arroyo…"– con lo cual tenéis que dejaros llevar casi por la intuición. No obstante, mal que bien, vais avanzando con rapidez a pesar de que el sotobosque se encuentra cerrado de vegetación en pleno crecimiento: recias matas de aulaga y romero, de jara y mejorana se empeñan en hacer más dificultoso vuestro ascenso, arañándoos los tobillos y prendiéndose en vuestra ropa. Tú haces caso omiso a pinchazos y rasguños y sigues adelante, porque tienes la certeza de que la Cueva de la Vaca, de alguna forma, se ha enterado de que vais para allá.

Continuáis ascendiendo el encaramado repecho –como decía el otro, inasequibles al desaliento–; ahora es el turno de los pinos, que son especialistas en impedir el paso. Altos y tupidos, con las ramas muy cerca del suelo, se enganchan al pelo y a la ropa tironeando de ellos como si fuesen brazos siniestros de dedos retorcidos, decididos a no dejar cruzar a nadie al otro lado después de tantos años de falta de paso y abandono. El sendero del que os hablaron, hasta ahora, brilla por su ausencia, y sólo por instinto vais guiándoos –casi a ciegas– por entre la vegetación enmarañada. "Siempre arriba, siempre hacia la derecha", recordáis. Y así proseguís hasta que la propia ladera os conduce, tras una revuelta, a un claro del bosque en el que súbitamente os topáis con lo que andabais buscando.

Casi engullida por el caos vegetal, evidente, cómoda y bien trazada –tal y como se hacían las cosas antiguamente–, la vereda original que conducía a la Cueva de la Vaca parece daros la bienvenida y deciros que se acabó lo malo y podéis pasar por ella, ya que habéis demostrado tanto interés en encontrarla. A partir de ese punto el camino cambia radicalmente y el tramo

de vetusto sendero os conduce directamente y sin rodeos hasta el Arroyo de la Cueva de la Vaca, que reconocéis enseguida gracias a las indicaciones que os dieron. Se encuentra bastante cambiado respecto a lo que debió ser, pues el desuso y la falta de tránsito frecuente lo han convertido en un tupido bosquete de arbolillos de distintas especies que, oportunistas como ellos solos, han colonizado su cauce, aprovechando de esa manera hasta la última gota del agua que baja por allí.

*El cauce del Arroyo de la Cueva de la Vaca está invadido por los arbustos*

Lo cruzáis y te detienes un minuto para mirar a tu alrededor antes de seguir camino. Te rodea la naturaleza no manipulada por la mano del hombre desde hace mucho tiempo, y en ese breve lapso ella te cuenta de su buen hacer, de su sabiduría paciente. Con el tiempo, el arroyo desaparecerá soterrado e incluso hasta desecado por tanta planta sedienta, piensas. Lejos quedan los días en los que de aquí se tomaba el agua necesaria para regar y lavar la ropa, cuando el trajinar de los habitantes de la cueva lo mantenía limpio de piedras y matorral para tenerlo en condiciones. Unas voces te animan a avanzar. Según vuestras cuentas, debéis estar muy cerca de la Cueva de la Vaca.  En pocos minutos deberíais verla ya.

*La Cueva de la Vaca*

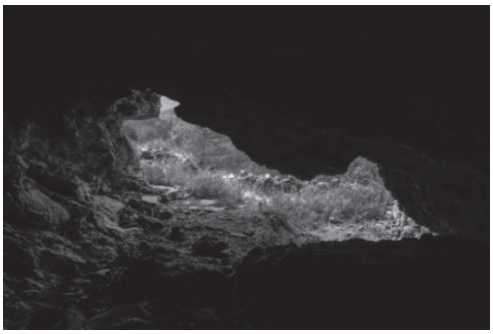
En efecto, ahí está. Exactamente en el lugar que os habían descrito, aunque, como todo lo demás, con un aspecto muy distinto  a lo que debió ser. Las personas que la conocieron mejor que nadie hace ya muchos años que desaparecieron, y sus descendientes no imaginan cómo el paso del tiempo ha desfigurado sin piedad el lugar que fue hogar de sus abuelos y bisabuelos. La Cueva de la Vaca debe su nombre a la forma de su entrada principal: desde lejos, dicen, se

asemejaba a la silueta de una vaca echada, con sus cuernos y todo. Os acercáis, observando con interés la boca de la cueva, pero, al menos tú, no ves la vaca por ningún sitio. ¿Tal vez desde otro punto de vista…? Te mueves a un lado y al otro, te alejas un poco –en la medida que lo permite el inclinado terreno– y te viene a la cabeza el dibujo que te mostraron, así a modo de croquis, representando esa entrada. No; definitivamente, desde la posición en la que te encuentras no se distingue esa forma tan peculiar.

Os disponéis a inspeccionar cada rincón de la cueva mientras recordáis todo lo que os han contado sobre ella. La última familia que la habitó, la del matrimonio formado por Antonio Cazorla y Carmen Béjar y sus veintiún hijos, la abandonó en el año 1946. Veintiún hijos, ¡y aquí! te dices con asombro. Desde entonces prácticamente nadie se ha vuelto a acercar por este lugar, si exceptuamos a algún nostálgico descendiente de sus moradores; con razón el sendero es ya casi invisible, y no sólo el sendero, sino también toda traza de habitabilidad en la propia cueva. Los años, fugitivos, la han ido transformando desde el hogar que fue a la mera oquedad en la roca, colmatada y oscura –de crecimientos y de menguas se construye la existencia de todo–, que es hoy. Te quitas las gafas de sol y penetras hasta el rincón más profundo. El techo, irregular y bajo, se encuentra teñido de un negro mate; lo tocas con la mano y los dedos se te tiznan de color oscuro: se trata del hollín acumulado por incontables fogatas encendidas en su interior. Piensas en lo duros que debieron ser los inviernos aquí. Esta estancia –presumiblemente más amplia y profunda hace cien años– constituyó el corazón de la casa de Antonio y Carmen. Desde que se casaron en los albores del siglo XX hasta los años de la posguerra, éste fue su único hogar. El de ellos y el de los veintiún hijos que tuvieron el valor de sacar adelante –cuatro varones y diecisiete mujeres–, de los que finalmente sobrevivieron dieciocho, cifra récord en aquellos tiempos y circunstancias. Intentas imaginar, con la mentalidad de hoy en día, lo que debió suponer para aquella madre fuerte y valiente gobernar una familia de ese tamaño, con los medios de los pastores de entonces. Imaginas también el jolgorio que formarían tantos niños de todas las edades resonando en esas mismas paredes de roca, pululando por los alrededores, ayudando en las tareas, llorando, riendo y creciendo, en contraposición con la mudez absoluta, con el silencio conventual que se respira hoy dentro de la cueva.

*Interior de la cavidad principal de la cueva*

Cuando llegas al fondo de la estancia principal te das la vuelta y observas la entrada desde esa nueva perspectiva. Así, o de forma parecida, debieron verlo también sus antiguos habitantes. A ver… pues va a resultar que sí… desde el interior, y con mucha imaginación, la entrada de la cueva podría parecer un gran animal tumbado. Una vaca, sí, o tal vez un ser mitológico, de formas extrañas e irregulares. El lomo extendido hacia la derecha… la cabeza e incluso uno de los cuernos en la parte izquierda, hacia arriba… casi podría identificarse incluso el nacimiento de la cola del animal, en la protuberancia más a la derecha de la silueta…

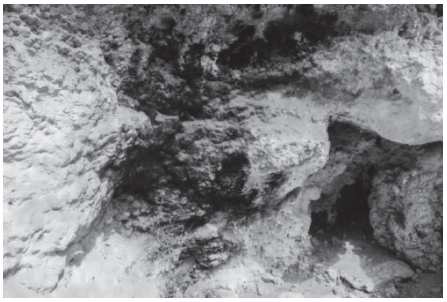


*Vista de la boca de la cueva desde el interior*

Sabéis, porque os lo han explicado, que en la habitación principal dormía toda la familia –los padres discretamente separados de sus hijos por una cortinilla improvisada con una manta colgada del techo– y también el ganado, que daba calor a la cavidad en los días más fríos de los largos inviernos de antaño. No había dinero ni lugar para muebles, pero tampoco eran necesarios. La familia se pasaba el día entero en el exterior, desde que amanecía hasta que caía la noche, afanada con las cabras en la sierra o con los animales domésticos –cerdos y gallinas– en las cercanías de la cueva, yendo a por agua, lavando la ropa en el arroyo, recogiendo leña, labrando los bancales cercanos… todo el mobiliario que precisaban estaba constituido por unas "cabeceras" o colchones rellenos de farfollas de maíz o hierba seca sobre los que dormían los niños de cinco en cinco, unos taburetes convenientemente repartidos por toda la estancia y unos clavos y estacas de madera clavados en las paredes de donde colgaban sogas, cayados, ropas y morrales, así como ristras de maíz, ajos, cebollas, tomates y pimientos secos. Unas estanterías voladas hechas con cañizo en las que se almacenaban las patatas o los quesos ya listos para ser vendidos completaban el ajuar de la casa.

*Lugar que ocupaba la cocina*

Por delante de la entrada, los restos de un murete de piedra seca indican claramente que esa zona estuvo ampliada y protegida de las inclemencias del tiempo por una pared y un techado fabricado con palos y ramas. Más a la derecha y en una posición inferior, una cavidad adyacente a la principal, también completada con gruesos muros de piedra, hizo las veces de cocina. La reconocéis fácilmente: es casi cuadrada y conserva pedazos de capas y capas de cal blanca en los muros, una esquina muy a propósito para encender la lumbre –donde se mantienen las consabidas manchas de tizne– y hasta una alacena en la que todavía se puede ver una esquina de balda de madera. Al tratarse de una cavidad más pequeña, el lugar se agrandó considerablemente añadiendo una pared en la que todavía destacan los vanos de la puerta de entrada y de una ventana. Al contrario que otras, la Cueva de la Vaca no contaba con horno de pan: os han contado que la familia acudía cada diez o quince días a Alhama de Granada o a Alcaucín para comprarlo.



*El rincón donde se encendía la lumbre para cocinar*

*La tosca alacena de piedra aún conserva un trozo de repisa de madera*

Cierras los ojos y por un momento imaginas una escena cotidiana: la familia reunida en torno a la sartén o a la cazuela, según los antiguos usos en el campo, cada uno con su cuchara en la mano, aguardando respetuosamente y en silencio mientras el padre trazaba una cruz imaginaria con la hoja de la navaja en la hogaza de pan. Después de repartir a cada uno un buen pedazo, daba comienzo la deseada ronda de turnos para llenar hasta el borde la cuchara de lo que hubiese ese día para comer: puchero, o gachas, o papas fritas, o sopilla, o migas… la costumbre mandaba que el cabeza de familia fuese el primero, seguido de la madre y de los hermanos, cada uno en el orden establecido y por su lado, sin meter la cuchara en los dominios del vecino."Cucharada y paso atrás", rezaba un refrán de la época. Y cucharada y paso atrás se procedía, cuidadosamente.

Salís de la cocina y rodeáis la cueva, ascendiendo un poco más por la ladera. Comprobáis que otros huecos naturales eran también aprovechados como puntos de almacenamiento extra, o como pequeñas corraletas para las gallinas. Luego alcanzáis la parte dedicada al cultivo de la tierra. No es mucho terreno, pero por encima y a un lado de la Cueva de la Vaca varios bancales perfectamente horizontales son reconocibles todavía. En estas tierras solía cultivarse un poquito de todo: maíz, habichuelas, patatas, tomates, pimientos y otras verduras, además de varios tipos de árboles frutales. Asimismo se solía reservar un rodalillo para sembrar tabaco, que para los hombres de la casa era tan importante como el maíz o los tomates. El agua de riego venía del cercano Arroyo de la Cueva de la Vaca y de una acequia que corría por encima de la misma, que provenía de la Fuente de la Colmena. Entonces Sierra Tejeda no estaba cubierta de pinos como ahora, ya que el aprovechamiento de recursos como el carbón y la leña había despojado a las laderas de los bosques de encinas originales en esa zona.

*Los antiguos bancales han sido invadidos por los pinos*

En este punto paráis un momento para comentar lo que sabéis del lugar y de la familia. Que Antonio y Carmen se adaptaron a la vida en esas condiciones –y no eran los únicos– y que sus hijos crecieron, se hicieron mayores y poco a poco se fueron marchando de la cueva y de la sierra, en legítima busca de un futuro mejor. Que, con los años, Antonio y Carmen pudieron permitirse ir a vivir a Alcaucín y en la cueva sólo quedó uno de sus hijos con las cabras, Eduardo. Éste permaneció allí hasta que en el año 1946 la sierra pasó a convertirse en un lugar peligroso debido a los enfrentamientos que se sucedían entre la guardia civil y "la gente de la sierra", que luchaba en contra del régimen franquista. Muchos habitantes de cortijos y cuevas huyeron del monte por esa razón, y Eduardo no fue menos que los demás. La Cueva de la Vaca quedó vacía y desde entonces nadie salvo los corzos, los tejones, los jabalíes, los zorros y las cabras monteses ha vuelto a frecuentarla. Antonio y Carmen murieron, ya ancianos, en su casa de Alcaucín, y todos sus hijos se desperdigaron no sólo por la geografía española sino también por gran parte de Francia. Hoy sus descendientes suman más de quinientas almas.

*Dolores, hija de Antonio y Carmen, junto a su marido Eduardo*

Dolores –apodada "la Simona"– fue una de las hijas intermedias de Antonio y Carmen. Nacida en el año 1911 en la Cueva de la Vaca era, al igual que su madre y sus hermanos, una mujer de constitución fuerte y robusta, y muy guapa. En la cueva permaneció junto a sus padres y hermanos hasta que, a los dieciocho años, fue enviada a Melilla para servir en una casa. Allí trabajó contenta hasta que su padre la reclamó para casarla, y de la ciudad se vino la niña con veinte años, sin querer enteramente; pero entonces la voluntad de los padres era ley inquebrantable. Dolores se casó con Eduardo y se fueron a vivir a la Cueva de la Cerca, próxima a la Cueva de la Vaca, donde ella tuvo a cuatro de sus cinco hijos. Pero los tiempos estaban cambiando y, cuando pudieron, también Dolores y Eduardo se trasladaron al pueblo. Y cuentan sus hijos y nietos que nunca quiso ella volver a pisar una cueva, durante el resto de su vida. "¡Ni me lo mentéis siquiera…!" solía decir a sus familiares cuando la animaban a volver, por el gusto de verla nada más, a la cueva donde había nacido y crecido. "Ni me lo mentéis", repetía ella…

*Dolores y Eduardo se hicieron mayores en su casa de Alcaucín (foto de Pedro Aguilar Miranda)*

*De izquierda a derecha, Antonio, Dolores (hijos de Dolores y Eduardo) y una prima hermana. En la segunda fotografía, Antonio y su mujer, Pepa (padres de Román) y Eduardo (hijo de Dolores) con su mujer, Teresa*

Vuelves al momento presente; ha llegado la hora de marcharse de la Cueva de la Vaca. Desandáis vuestros pasos y retomáis el sendero perdido, el arroyo invadido por los árboles, los pinos arrebatados y la ladera empinada, erizada de aulagas, hasta alcanzar el cauce del río Alcázar, en el término municipal de Alcaucín –del que la cueva dista sólo cuatro kilómetros–. Allí os esperan algunos descendientes de Antonio y Carmen, que han echado mano de sus recuerdos más lejanos para evocar con cariño los tiempos en los que sus antepasados salieron adelante, felices a pesar de todo, en la Cueva de la Vaca. Román, hijo de Antonio, nieto de Dolores y bisnieto de Antonio y Carmen, recuerda con orgullo los humildes orígenes de su extensa familia; a diferencia de su abuela, a él sí que le ha gustado volver a la cueva e imaginar aquella ancestral manera de vivir. Os despedís de todos con la promesa de volver y con la certeza de que, una vez más, os lleváis en la mochila una gran lección de vida.

No hace tanto de los tiempos de Antonio y Carmen –¿o sí?–, y nuestro modo de vida ha evolucionado radicalmente para bien, desde luego, pero dejando algunas cosas por el camino. Vivimos un momento en el que imperan la posesión, las prisas, la competitividad y la dictadura del parecer antes que el ser, afanes que, paradójicamente, nos empobrecen en muchos aspectos. ¿Estaremos desvirtuando la naturaleza de nuestra propia existencia? Porque en el fondo fuimos hechos para el afecto y la tranquilidad, sin más anhelos que el alimento, el refugio, la pareja y los hijos; ésa es la verdadera esencia del ser humano. Ya lo decía Francisco de Quevedo: "Perdí, con el desprecio a la pobreza / la paz y el ocio; el sueño, amedrentado, / se fue en esclavitud de la riqueza./ Quedé en poder del oro y del cuidado, / sin ver cuán liberal Naturaleza / da lo que basta al seso no turbado."

*Román, biznieto de Antonio y Carmen, observa el que fue hogar de sus ancestros*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 7 de julio de 2018*

# La historia de María del Mar, I

*Durante muchos años ella fue la dueña única, poderosa e incontestable de gran parte de Sierra Almijara. Pero doña María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá Montes y Lillo, tercera marquesa de Montanaro fue, ante todo, una personalidad notable a quien muy pocos llegaron a conocer de verdad. Esta es la historia de una mujer irrepetible.*

Cae la tarde, un día más, en el histórico cementerio de Granada. La luz horizontal del ocaso se filtra entre los cipreses y alegra con pinceladas doradas la solemnidad de aquellos patios, enmarcados por amplios paseos y cuidados jardines siempre verdes. Voy caminando despacio por el paseo central, admirando la opulencia de las tumbas más antiguas y disfrutando del recogimiento del lugar, al tiempo que intento localizar un nicho muy concreto. Por fin lo descubro no muy lejos de la entrada, discretamente situado en un lateral. Es posible que esperase encontrar algo parecido a los lujosos mausoleos que he ido dejando atrás, pero no es así: lo que tengo ante mí es un panteón austero, elegante dentro de su sobriedad, donde descansan a perpetuidad –esas palabras encierran connotaciones que imponen– los restos de una familia. Me acerco para leer sus nombres: María del Mar, Loreto, Paquito y Juan. Sí, son ellos. A primera vista podrían parecer los de una familia corriente; no obstante si atendemos a sus apellidos y títulos completos la cosa cambia, y mucho. Porque bajo ese mármol blanco duermen el sueño eterno –inseparables en la muerte como lo fueron en vida– los últimos representantes de una antigua familia de la aristocracia rural andaluza. Se trata de doña María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá Montes y Lillo, marquesa de Montanaro; su madre doña Loreto Seriñá y Lillo, marquesa viuda de Montanaro; el último esposo de María del Mar, el Exmo. Sr. don Juan Izquierdo Groselles, Capitán General Inspector del C.I.A.C. y marqués consorte de Montanaro, y el único hijo de la marquesa, don Francisco Dorado Bermúdez de Castro, marqués de Villanueva de la Sagra y de la Nava de Barcinas, y conde de Campomanes.

El nombre de esa familia estuvo –y estará siempre– íntimamente ligado al de las montañas de la Almijara y a su residencia solariega en Granada, el Palacete de Cázulas, así como a la historia y memoria colectiva de la localidad de Otívar. Ese vínculo extraordinario, lejos de olvidarse, ha perdurado en el tiempo hasta el día de hoy. Porque todavía se reviven con gusto, en corrillos y conversaciones privadas, los tiempos de "la señora marquesa" gracias a los recuerdos de

algunas personas que trataron muy de cerca a los marqueses de Montanaro y, en especial, a la última representante de su linaje, la inolvidable María del Mar. La señora que, llegado el momento –y es de justicia reconocerlo al margen de otras opiniones, tergiversadas quizá por el paso del tiempo o por prejuiciosos puntos de vista, que ciegan más que revelan– tanto haría en favor de las gentes que vivían cerca y dentro de sus propiedades. Acerquémonos sin venda en los ojos a la figura de esta mujer única, sobre cuya personalidad y forma de ser tanto se ha hablado y tan poco se ha escrito. Acerquémonos no a la señora marquesa, sino a la mujer de carne y hueso que pensaba, sentía, acertaba y erraba, reía y lloraba tras los bruñidos ornatos de su título nobiliario. Acerquémonos, pues, a María del Mar.

*El Palacete de Cázulas a principios del siglo XX*

La finca de Cázulas y la Sierra de la Almijara forman parte de una misma entidad no sólo geográfica, sino también histórica y humana. El asentamiento original, una antigua y próspera alquería de origen árabe, existía ya mucho antes de la llegada de los Reyes Católicos a esas tierras; antes incluso del nacimiento de la cercana localidad de Otívar. Cázulas fue pasando por distintas manos a lo largo de su dilatada historia hasta que, a principios del siglo XIX, llegó a ser propiedad del insigne don Andrés de Montes –el abuelo de María del Mar– quien, enamorado de la comarca y de la estratégica situación de aquella casa, se hizo con la finca permutándola por otras propiedades. A don Andrés le sucedió, a finales de ese mismo siglo, su hijo don Francisco, quien andando el tiempo sería el padre de María del Mar. La magnífica hacienda contaba con un territorio que se extendía a lo largo de casi cinco mil quinientas hectáreas de tierras de labor y monte cuyas lindes alcanzaban los términos municipales de Almuñécar, Nerja, Frigiliana, Játar, Alhama de Granada, Fornes, Jayena, Otívar y Lentegí. Además del curso del Río Verde y sus fértiles vegas, la propiedad englobaba gran parte de la sierra y muchos cortijos, cada uno con sus propias tierras de labor, que habitaban y labraban arrendatarios por cuenta de la familia de los marqueses. Durante más de ciento cincuenta años la finca de Cázulas perteneció a la familia de los Bermúdez de Castro. Su última propietaria fue precisamente María del Mar, postrer representante a su vez de un modo de vida que probablemente no regresará ya más a esa comarca.

*Don Francisco Bermúdez de Castro y Montes, marqués de Montanaro y padre de María del Mar*

Nuestra protagonista nació en la Granada posromántica y decadente de 1889. Hija única del matrimonio habido entre don Francisco, heredero del marquesado de Montanaro y miembro de una antigua estirpe de aristócratas, y doña Loreto Seriñá y Lillo, descendiente de un adinerado militar de alto rango, héroe de la guerra de Filipinas y fundador de la Capitanía General de Granada, la pequeña María del Mar gozó desde su nacimiento de los privilegios que conlleva formar parte de una familia perteneciente a la más elevada posición social y económica. Sus padres contaban con grandes posesiones consistentes en fincas e inmuebles en Granada, Almuñécar, Madrid y Extremadura, así como en gruesos paquetes de acciones empresariales y nutridas cuentas bancarias. La joven heredera era portadora además de unos apellidos cargados de gloria conseguida a lo largo de los siglos por ilustres antepasados, cuyo recuerdo brillaba aún con esplendor en la historia de España. Sí; a todas luces podría afirmarse que María del Mar era una persona bendecida por el destino.

Sin embargo la realidad –su realidad– no era tan idílica como pudiese parecer; de hecho nuestra princesita no disfrutó, precisamente, de una infancia de cuento de hadas. Desde muy temprana edad María del Mar tuvo que soportar el carácter intolerante, autoritario y desabrido de un padre con una exagerada conciencia de clase, que sistemáticamente sometía a su esposa y a su hija –y, por extensión, a todo aquel que conocía– a los arcaicos gustos y caprichos de un tiránico señor feudal. Del mismo modo la niña se vio obligada a seguir una educación rígida y estereotipada, de corte casi medieval, y a asumir roles que habían quedado anticuados hacía mucho tiempo. Al menos y como feliz contrapartida, la finca de Cázulas ofrecía un lugar de ensueño donde vivir, y eso ya era un consuelo para la pequeña María del Mar. Aquella gran casa, que se levantaba en un altozano privilegiado, tenía las paredes cubiertas por alegres glicinias, jazmines y rosales trepadores; la puerta principal se abría en la base de una alta torre cuadrada, coronada por doce ventanas en forma de arco que miraban a los jardines aterrazados, conectados entre sí por sólidas escalinatas de piedra. En su interior, confortablemente amueblado, se afanaban solícitos sirvientes –doncellas, cocineras, planchadoras, jardineros, guardas, administradores, chófer…– atentos a la más mínima necesidad de la familia del marqués. El palacete contaba con bellos espacios ajardinados de estilo alhambreño –los setos de boj recortado, las altas palmeras, los cedros de ramas perfumadas, las flores de todas las clases–, así como con aquella gran piscina, tan bien situada, que hacía las delicias de todos en los largos días de verano… y sin embargo, a pesar de su

magnificencia, el palacete no abrumaba sino que era un hogar pensado para eso, para vivir. Cázulas contaba con unos alrededores tan espectaculares –el pueblecito de Otívar a un tiro de piedra, el bosque cerrado de pinos y encinas que rodeaba la casa y las cumbres azuladas de Sierra Almijara tan cerca que parecía que se podían tocar con la mano– que podía decirse, sin temor a exagerar, que sus paisajes constituían el mayor atractivo de la casa.

*La famosa torre cuadrada de Cázulas a principios del siglo XX*

*La piscina se había construido en el lugar que ocupó un antiquísimo molino de aceite*

Los marqueses de Montanaro pasaban allí largas temporadas, pues Cázulas era una de sus posesiones más queridas. La propiedad funcionaba como un pequeño reino autócrata, independiente de las localidades vecinas –Otívar y Lentegí–; los trabajadores de la finca, todos locales, vivían dentro del recinto del palacete junto con sus familias, en unas casitas construidas a propósito para ellos al otro lado del patio trasero, donde existían también una serrería, dos molinos de harina, un molino de aceite y un lagar que daban trabajo a cientos de lugareños. En el exterior, fuera de los altos muros que protegían al palacete y a sus afortunados habitantes, la vida era, ciertamente, muy distinta.

*Trabajadores de Cázulas y sus hijos, principios del siglo XX*

*Antiguo molino de aceite dentro del palacete*

*Jardines de Cázulas a principios del siglo XX*

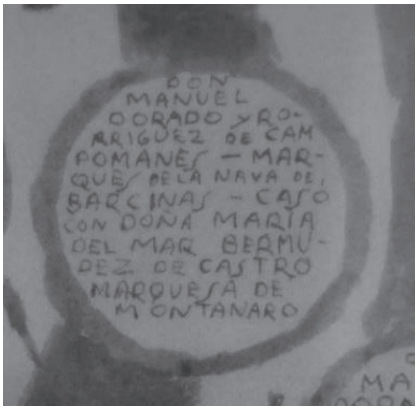
Debido a su difícil carácter –déspota y de corazón endurecido– don Francisco, el marqués de Montanaro, no gozó en vida de muchas simpatías. Su trágica muerte, acaecida en el año 1898, dejó solas –que no indefensas– y sobre todo tranquilas a su viuda, doña Loreto, y a una María

del Mar de tan sólo nueve años, que había crecido tiernamente unida a su madre. La marquesa viuda de Montanaro y su heredera, por tanto, continuaron con sus vidas bien arropadas por la seguridad que les proporcionaban su gran fortuna y la fidelidad y el cariño sincero de sus trabajadores, que eran conscientes de la gran suerte que suponía trabajar para esa familia. Doña Loreto, señora distinguida y de muy buen carácter, se encargó de que su hijita creciese feliz y entretenida entre viajes y estancias en sus casas del barrio de Gracia en Granada, en la finca de Cázulas, en la de La Encomienda del Moro en Extremadura, en el piso de la calle Núñez de Balboa de Madrid y con sus escapadas esporádicas a San Sebastián, donde tenían la ocasión de reunirse con otras familias pertenecientes a la alta sociedad. Según la costumbre en la aristocracia de la época, María del Mar no asistió a ningún colegio sino que fue educada por varias institutrices y por el ejemplo de su madre, mujer de firmes convicciones morales que inculcó a su hija valores que ésta no olvidaría jamás: un ferviente catolicismo, la conciencia de clase sin el despótico abuso de poder que había visto en su progenitor, el respeto y la cercanía de trato hacia sus subordinados y el gusto por todo lo popular y costumbrista. Pero los principales rasgos del carácter de María del Mar fueron su generosidad y optimismo innatos, que no cambiarían un ápice a lo largo de su vida. Con el paso de los años María del Mar se convirtió en una elegante señorita en la que todo el mundo reparaba, antes o después.

*María del Mar en el año 1917*

La marquesa viuda de Montanaro anhelaba para su hija, única heredera del título y del patrimonio de la familia, un matrimonio a la altura de su posición. La joven María del Mar era rica, noble, hermosa y además muy simpática –tenía “ángel", a decir de muchos– y debía aspirar, desde luego, a los mejores partidos. Para que la joven pudiese figurar en sociedad y alternar con lo más granado de la aristocracia, doña Loreto la fue introduciendo, merced a sus excelentes relaciones con familiares y amigos, en los círculos más elegantes de la época. Fiestas, reuniones, bailes, tertulias y otros actos sociales se sucedían sin descanso en salones propios y ajenos, y a todos acudía la marquesa viuda con su hija. Los desvelos de doña Loreto no tardaron en dar resultado: María del Mar se prometió finalmente a uno de los solteros más codiciados del momento: don Manuel Dorado Rodríguez de Campomanes, marqués de la Nava

de Barcinas, marqués de Villanueva de la Sagra y conde de Campomanes, nacido en la finca de Campomanes (Mérida) en el año 1884 –él era cinco años mayor que ella–, con quien contrajo matrimonio en 1910, cuando ella cumplió los veintiún años de edad. El joven matrimonio se instaló en la residencia de la familia de María del Mar, y muy pronto fue anunciado el embarazo de la recién casada, que a su debido tiempo dio a luz a un varón al que llamaron Francisco Dorado Rodríguez y Bermúdez de Castro –Paquito, para la familia–. Con la llegada de su bebé, María del Mar experimentó por primera vez la felicidad completa: profundamente enamorada de su marido, con quien se llevaba a las mil maravillas, y con un hermoso hijo en los brazos –futuro heredero de ambas dinastías–, la joven daba gracias cada mañana, nada más abrir los ojos. Nadie podría desear más.

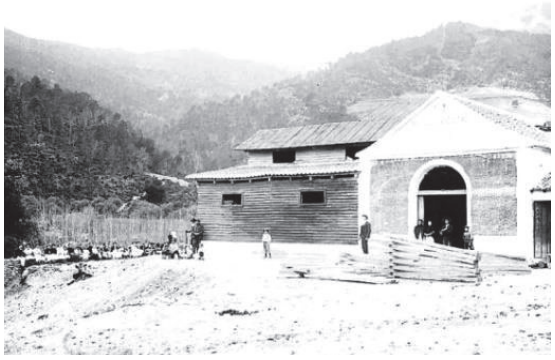



*Medallón del árbol genealógico familiar donde figura el matrimonio de María del Mar*

*Paquito, heredero de los marquesados de Villanueva de la Sagra, de la Nava de Barcinas y de Montanaro, y del condado de Campomanes*

Un refrán de la época afirmaba que "El hombre propone y Dios dispone". Nada está escrito, y así resultó para María del Mar, que no pudo disfrutar de esa felicidad por mucho tiempo. Tras el nacimiento de Paquito, la reciente mamá notaba que se reponía mal del parto; sentía dolor, se encontraba débil y su ánimo empezaba a resentirse por ello. Temía caer enferma porque quería cuidar personalmente de su pequeño, tener más hijos y crear una familia –¡una gran familia! –, ilusión que acariciaba desde que jugaba con sus muñecas. Varios médicos de Madrid y Granada la examinaron y confirmaron sus temores: un inesperado problema de matriz

obligaba a realizar una intervención quirúrgica que seguramente la imposibilitaría para volver a ser madre. María del Mar no tuvo más opción que pasar por el amargo trance, resignada. Su gozo desde entonces consistía en observar a su niño, arrobada y admirada por haber traído al mundo a ese pequeño ser en el que ella encontraba todas las perfecciones. Afortunadamente, su hijo crecía sano y feliz; de carácter tranquilo, Paquito nunca lloraba y siempre tenía la sonrisa pintada en la cara. Empujada por su gusto por los niños, María del Mar encontró consuelo amadrinando a algunos hijos de sus trabajadores, contribuyendo económicamente en su educación y vestido y celebrando sus bautizos, primeras comuniones y fiestas de cumpleaños en Cázulas, entre otras cuestiones de índole práctica. También prestaba atención a los más pequeños del vecino pueblo de Otívar, colaborando activamente con la parroquia y la escuela y organizando divertidas meriendas y excursiones a Río Verde. Los años pasaban, calmados; lentamente, la dicha volvió a aquella casa.



*El aserradero o fábrica de la sierra de Cázulas daba trabajo a muchos habitantes de los alrededores*

*Trabajadores del palacete con sus hijos*

Pero la mala fortuna no dudó en golpear de nuevo a la familia. En el año 1916 don Manuel, el marido de María del Mar, falleció de tuberculosis, dejando a su viuda y a su hijo sumidos en un mar de desconsuelo. No obstante ella, mujer positiva y de fuerte carácter, supo sobreponerse a esa adversidad y, con la ayuda del tiempo y de la experiencia de doña Loreto y sus administradores, continuó al frente de sus haciendas y negocios. Todo iba bien, mas la historia de su vida parecía que se iba a repetir… ¡no podía ser! María del Mar aún era joven y no quiso dejarse vencer por la melancolía, por ello volvió a frecuentar los refinados salones de sus amistades. No tardó en entablar relaciones con un antiguo amigo de la familia, don Francisco Javier de Allende Salazar y Azpiroz, conde de Tovar, con quien contrajo matrimonio poco tiempo después. El conde de Tovar, joven viudo como ella, aportó dos hijos –un varón y una

jovencita, Rafael y Marichu– a su nuevo matrimonio, que fueron cálidamente recibidos por María del Mar. De profesión ingeniero y con una excelente calidad humana, el segundo marido de la marquesa de Montanaro realizó importantes mejoras en la finca de Cázulas a lo largo de los años. Una de las más representativas fue la construcción de una fábrica de electricidad aprovechando la fuerza de un salto de agua del Río Verde que proveyó de electricidad a todo el recinto de Cázulas y a la localidades de Otívar, Almuñécar y Salobreña. Si bien no se sentía muy enamorada, con los años María del Mar encontró de nuevo, si no la felicidad plena, sí la paz y la tranquilidad junto a su nueva familia.

*María del Mar con su segundo esposo, el conde de Tovar, la hija mayor de éste y una sobrinita*

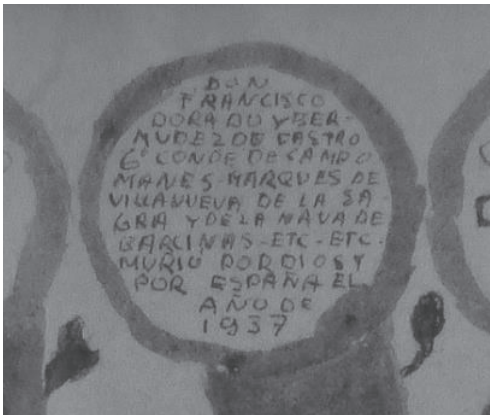
Pero ni ella ni los demás estarían preparados para los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse no sólo en Cázulas, sino también en el resto de España. Durante los meses previos al inicio de la guerra civil reinaba en casa de María del Mar un clima de inquietud, aprensión y desconfianza que se convirtieron en la peor de las certezas cuando las leyes de la II República confiscaron la finca de Cázulas a sus propietarios. Los acontecimientos se precipitaron y con el estallido de la contienda Cázulas quedó en zona republicana; María del Mar y su familia, sabedores de que no despertaban simpatías en el bando de izquierdas, se vieron obligados a huir durante la noche. Caminaron hasta Almuñécar; de allí viajaron a Granada y más tarde a Madrid. Durante los años que duró la guerra la gestión de la finca quedó en manos mercenarias: las de la administración republicana primero y las de la administración franquista después. A esa situación hubo que añadir otra penosa calamidad: el segundo marido de María del Mar, don Francisco Javier, falleció durante su estancia en Madrid de forma súbita, por un ataque al corazón, en el año 1938. Nuevamente la desgracia se cebaba en la familia. María del Mar apretó los dientes con valentía, dispuesta a no dejarse ganar por la adversidad y a seguir adelante a toda costa. "Es fuerte como una luchadora romana" decían de ella al verla pasar con la frente erguida, sin imaginar que lo peor estaba aún por llegar.

*Paquito, el joven marqués, poco antes de su alistamiento en el ejército*

Paquito, el hijo de la marquesa, se había convertido a la sazón en un muchacho alto y apuesto. Su personalidad se afirmaba. De carácter alegre, honesto y generoso, el joven marqués era querido y respetado por todos los que le conocían, sin excepción. Había iniciado, antes de la guerra, una novedosa reforma agraria mediante la cual parceló y adjudicó una parte de las tierras de labor pertenecientes a la finca de Cázulas a los habitantes de Otívar, la mayoría muy pobres. El muchacho entendía que era justo que cada labrador poseyese un trozo de tierra en propiedad; esta iniciativa era sólo una parte de sus planes de reforma, que esperaba terminar de llevar a cabo cuando volviese de la guerra. Porque, valiente hasta la temeridad, Paquito se había empeñado en luchar en el frente: consideraba que alistarse en el ejército en tiempos de guerra era su obligación como buen español. "No vayas" le rogó su madre; pero el joven no la escuchó. Y así la desgracia, una vez más, irrumpió –y esta vez por la puerta grande– en la vida de María del Mar. Su único hijo, Paquito, el marqués de Villanueva de la Sagra, de la Nava de Barcinas y conde de Campomanes, el futuro y la esperanza no sólo de aquella familia sino también del pueblo de Otívar, cayó herido de muerte en el frente de Teruel el último día de diciembre de aquel fatídico 1938.

Ese golpe maestro del destino estuvo a punto de acabar con la fortaleza de María del Mar. Durante unos meses quedó postrada, en silencio, enclaustrada en su dormitorio con el corazón destrozado. Cuando finalizó la guerra civil, María del Mar y su madre regresaron a Cázulas y solicitaron de las autoridades franquistas la devolución de la finca, hecho que ocurrió en 1940. Allí, en su finca más querida, rodeadas del paisaje amigo, se refugiaron las dos mujeres para recomponer la casa –que había quedado muy deteriorada tras el paso de las tropas republicanas y tres años de conflicto armado– y recomponerse a sí mismas. Doña Loreto, ya muy anciana, entregó su alma en el año 1943. Nuevamente sola, María del Mar pasó a ser titular del marquesado de Montanaro y dueña única del patrimonio familiar, y comprendió que debía ser, a su pesar, marquesa antes que hija, esposa y madre. Era su obligación y su destino. No se podía permitir caer en la cuenta de que su existencia no había sido más que una triste sucesión de pérdidas. Y, ayudada por su inquebrantable fe católica, remontó otra vez. Pero las heridas del alma marcan profundamente, y las suyas añadieron una expresión a su mirada que duraría ya hasta el último día de su vida. "Mi única fuente de consuelo terrestre es la idea de

que mi hijo cayó como un soldado, que es lo que él eligió. Que el recuerdo de su muerte nos una a todos los que le amábamos", escribiría meses después a un familiar.




*Medallón del árbol genealógico de la familia donde queda registrado el fallecimiento de Paquito (por una confusión de fechas figura el año 1937 en lugar de 1938)*

Pasaba el tiempo. Para la marquesa de Montanaro se convirtió en una necesidad el verse rodeada de gente –no soportaba la soledad–, así que, mujer inquieta como pocas, recibía muchas visitas y se embarcaba en continuos proyectos y obras benéficas que mantenían su mente ocupada. Después de meditarlo concienzudamente, decidió aceptar la propuesta de matrimonio de un antiguo admirador suyo, un militar de alta graduación enamorado de ella desde hacía años. El General de División don Juan Izquierdo Groselles, hombre de gran cultura y magníficas cualidades, consiguió llevarla al altar por tercera vez. Y como afirma el dicho popular, a la tercera fue la vencida. Con don Juan encontró María del Mar la compañía que tanto echaba de menos y el firme apoyo de un hombre íntegro, que la quiso tanto que incluso renunció a su carrera militar porque ella se lo pidió –desde la muerte de Paquito, María del Mar no quería saber nada de la vida castrense–.

*Ya bien entrada en la madurez, María del Mar encontró la estabilidad*

Por fin entró la marquesa de Montanaro, rebasados ya los cincuenta y cinco años, en la etapa más apacible de su vida. La situación política se fue estabilizando a lo largo de las décadas cuarenta y cincuenta y María del Mar, en compañía de sus numerosos amigos y parientes –ella quiso mantenerse en estrecho contacto con los hijos, sobrinos y nietos de sus anteriores maridos, a quienes quería sinceramente, como si fuesen de su propia familia–, continuó acudiendo por temporadas a sus casas de Cázulas, La Encomienda del Moro y Madrid. Pero era en Cázulas donde pasaba la mayor parte del tiempo y donde se sentía más ella misma. Con los años, como era de esperar, la finca fue recuperando la alegría y el esplendor de otros tiempos. La casa estaba siempre abierta; los afables marqueses de Montanaro recibían visitas muy a menudo, especialmente durante el verano y la Navidad, fechas en las que ambos disfrutaban llenando el palacete de niños y gente joven. Las recepciones, fiestas, bailes y conciertos improvisados, las habitaciones llenas de invitados, la mesa dispuesta para muchos comensales, las chimeneas encendidas y los jarrones de flores engalanando hasta el último rincón, los jardines tomados al asalto por sobrinos, primos y nietecillos que corrían de un lado a otro… todo formaba una parte muy importante de la vida de María del Mar.

*Los marqueses con unos invitados en la mesa del jardín*

Cuando no había huéspedes en la casa, los marqueses llevaban una vida muy metódica y organizada, en la que los horarios de ciertas actividades se llevaban casi a rajatabla. El ritmo de vida cotidiano de la marquesa no variaba mucho de un día para otro: se levantaba a las nueve de la mañana, pues a las diez se servía el desayuno en el "cuarto de la torre", que era como llamaban a la habitación situada en la parte más alta de la vistosa torre cuadrada de Cázulas. Desde sus doce ventanas arcadas se disfrutaba de unas espectaculares vistas al pueblo, al valle del Río Verde y a los jardines. Tras el desayuno, cada miembro de la familia acudía a sus habitaciones para asearse y vestirse, y el resto de la mañana lo dedicaban a sus quehaceres cotidianos: el marqués atendía a las necesidades de la finca con los administradores Miguel y Rodolfo, y la marquesa se retiraba a su gabinete para escribir y contestar cartas, y organizar su intensa agenda social. Cerca ya del mediodía se servía un aperitivo en la mesa del jardín y a continuación llegaba el almuerzo, que se realizaba siempre en el comedor principal, en la gran mesa alargada perfectamente dispuesta con mantelería de hilo, cristalería fina, cubertería de plata y porcelana inglesa –"los primeros invitados han de ser los dueños de la casa" era una de las máximas de María del Mar–, atendida por el diligente Carmelo, el camarero, que vestía traje negro y guantes blancos para servir las viandas que había preparado Lucía, la cocinera.

*Lourdes Guerrero Sánchez ("Lourdicas" para la marquesa) era hija de Miguel, el administrador, y muy querida por María del Mar*

Tras el descanso que seguía al almuerzo, María del Mar se preparaba para dar el paseo de todas las tardes –con su marido, con familiares o con quien quisiera acompañarla– por el camino que descendía suavemente, pasando por la fuente de la Fuentezuela, hasta el Soltadero. Era aquel un recorrido muy agradable a lo largo del cual se podía disfrutar de una maravillosa perspectiva del pueblo y de todo el valle. En una curva que se ensanchaba se había improvisado un pequeño mirador con unos bancos de piedra, donde a María del Mar le gustaba detenerse un rato para admirar las vistas y para pensar. Cuando se cruzaban con los vecinos del pueblo era saludada respetuosamente: "Buenas tardes, señora marquesa," le decían quitándose el sombrero los hombres, y sonriendo levemente las mujeres. Ya de vuelta en la casa, era el momento de rezar el rosario en la capilla del palacete –todos juntos: familia, servicio y trabajadores de la finca–, al cual proseguía la "tertulia". Este momento, uno de los más esperados del día por María del Mar, consistía en un rato de conversación distendida entre la marquesa y las mujeres de sus trabajadores, durante el cual se comentaban las incidencias del día e incluso los pequeños cotilleos del pueblo. El marqués, por su parte, hacía lo propio con sus trabajadores para ponerse al corriente de todos los pormenores de la finca. Por último llegaba la hora de la cena, también servida en el comedor principal, a la que acompañaban una copita y unos juegos de mesa para relajarse antes de ir a dormir. Los domingos se acercaba por la casa el cura del pueblo para decir misa en la capilla de Cázulas, y el resto del día se dedicaba al descanso general.

*Carmelilla era la doncella personal y mujer de confianza de María del Mar*

*Grupo de trabajadores de la finca posando en los jardines*

La vida de María del Mar fue transcurriendo, a la par que los años, sosegada y muelle. Y, salvo aquel pequeño susto que pasaron todos –ella tenía entonces cincuenta y ocho años– cuando le fue diagnosticado un cáncer de mama del que se operó en Madrid, nuestra protagonista envejeció sin sobresaltos ni sucesos que lamentar –¡que ya había completado el cupo en su juventud!–, siempre en compañía del nutrido grupo de familiares, amigos y acompañantes ocasionales que formaban su corte personal, y sobre todo de su servicio fiel y de su marido, don Juan, que no se separaba de ella. Las recepciones prosiguieron, aunque ya más espaciadas –los marqueses recibían jovialmente a todos cuantos iban a verlos– y en todas ellas María del Mar continuó asombrando a los asistentes con su conversación animada y su incombustible sentido del humor. Poco a poco, los achaques de la edad fueron empujando al anciano matrimonio a pasar más tiempo en su residencia de Almuñécar, pues el suave clima y el terreno sin pendientes de la costa venía muy bien a los dos. María del Mar había gozado toda su vida de una naturaleza robusta, pero de un tiempo a esa parte ya no era la misma. "Aunque duermo bien y como con hambre no me encuentro fuerte; tengo la impresión de que un soplo de aire me derribaría", solía decir.

*Los marqueses en el jardín, rodeados como siempre por amigos y familiares*

Sucedió durante una de aquellas estancias en Almuñécar, concretamente la noche del dos de diciembre de 1971. Hacía mucho frío incluso allí, en el benigno ambiente de la Costa Tropical. Después de la cena María del Mar se sintió indispuesta. Decidió irse a la cama; se levantó y avanzó unos pasos, pero la sensación de mareo aumentó con rapidez y la anciana cayó al suelo, inconsciente. Ya no despertaría más. Tenía ochenta y dos años.

María del Mar fue enterrada casi en soledad, en una ceremonia muy íntima y sencilla en Granada, la ciudad donde nació, y ocupó su sitio junto a dos de los seres a quienes más amó en vida: su hijo Paquito y su madre, doña Loreto. Don Juan no llegó a recuperarse de la pérdida de su esposa y se reunió con ella cuatro años después. La marquesa de Montanaro, la inolvidable María del Mar, falleció sin descendencia directa, por lo que el título nobiliario del Marquesado de Montanaro caducó al no ser reclamado por heredero alguno.

Sus propiedades más queridas, las fincas de Cázulas en Granada y La Encomienda del Moro en Mérida, corrieron distinta suerte tras la desaparición de su carismática propietaria. Pero, casi medio siglo después de su muerte, permanece aún en ellas el rastro imborrable de la señora marquesa. Ambas protagonizan, junto a sus actuales propietarios, la segunda parte de esta historia.

Suele decirse que el tiempo se encarga de hacer justicia y poner en su lugar a cada persona. La figura de María del Mar, la "marquesa de Cázulas", merece ser estudiada en perspectiva; que sus actos la sitúen en el sitio exacto que le corresponde. Ni más, ni tampoco menos. La tercera y última marquesa de Montanaro no fue perfecta –¿quién lo es?– pero, sin su existencia, la de ella y la de toda la familia Bermúdez de Castro, la historia de Otívar y su comarca y, desde luego, la de la Sierra de la Almijara y sus cortijos se habrían escrito de forma muy, muy distinta.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: archivo de Lourdes Guerrero, Francisco Novo, Joaquín Gasset de Pablo, Carlos Luengo y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 6 de octubre de 2018*

# La historia de María del Mar, II

*La huella que dejó la marquesa de Montanaro permanece en la actualidad visible y bien marcada a través del legado que constituyen sus dos posesiones más queridas: Cázulas y La Encomienda del Moro.*

**CÁZULAS**

*Depresión de Río Verde desde el Mirador de la Cabra Montés*

Verde, perfumada y azul. La sierra de la Almijara es, ante todo, verde de pinares, retamas, palmitos, espartos, lentiscos y aulagas; perfumada de jarales, romeros, tomillos, mejoranas, salvias y alhucemas, y azul del cielo y el mar. Y cambiante según la luz del día y la estación del año, y a la vez siempre igual. E invariablemente hermosa. Y acogedora, y protectora, y generosa, y quebrada e indómita, y perfectamente caminable si respetamos sus normas. En un extremo de esa inmensidad de laderas verdeazules, sobre un otero privilegiado se sitúa el Palacete de Cázulas, el hogar en Granada de la marquesa de Montanaro. La que fue casa de María del Mar, convertida en la actualidad en un exquisito alojamiento rural. Cumpliendo un sueño largamente deseado me encaminé hacia allí una buena mañana en compañía de mis amigos Paco Salas, de Otívar, y Antonio Recio, de Jayena.

*Panel indicador que muestra el camino al palacete*

*Vista desde la carretera del Palacete de Cázulas*

El vistoso cartel situado al borde de la carretera de montaña nos mostraba la dirección en la que teníamos que ir. Una serie de retorcidas curvas y contracurvas y una pendiente pronunciada más allá, Cázulas apareció ante nosotros majestuosa y sencilla, rústica y palaciega, como una quimera pero muy real, completamente actualizada. Penetramos en el recinto del palacete por la entrada trasera; ya desde ese punto se podía apreciar que el conjunto residencial se encuentra en proceso de restauración, pues aunque la casa principal luce en perfecto estado todavía no han concluido las obras en las zonas anexas. Dejamos el coche en el amplio patio rectangular que forman las antiguas casitas de los trabajadores de la finca –hoy reconvertidas en dependencias auxiliares y de almacenamiento– en las que, en los mejores tiempos de la propiedad, llegaron a alojarse hasta veintitrés familias. El mismo lugar donde, en días más penosos, acamparon y rezaron con el rostro girado a Oriente los feroces soldados de la Guardia Mora del general Franco –en su lucha a vida o muerte contra la guerrilla antifranquista de finales de los años cuarenta– ya que esta casa fue tomada, a lo largo de ese tiempo y como tantas otras, por un destacamento de la Guardia Civil. Accedimos a la construcción principal rodeando sus muros a través de un patio empedrado al estilo granadino, cubierto por la sombra límpida y verdosa de una glicinia muy antigua.

*Entrada posterior al recinto del Palacete de Cázulas*

Cázulas. La casa de María del Mar. ¡Y estábamos a punto de entrar…! Toc, toc, toc… mis nudillos apenas resonaron en la maciza puerta de madera tachonada con clavos dorados –la original de la casa–, pero ésta se abrió casi al momento. Ante nosotros aparecieron dos caras desconocidas, y en ellas dos amplias sonrisas de bienvenida nos hicieron sentirnos cómodos al instante. Los actuales administradores del Palacete de Cázulas, los británicos Richard y Brenda Russell-Cowan, nos esperaban desde hacía rato. Tras las pertinentes presentaciones nos invitaron, con un expresivo ademán, a pasar al interior de la casa.

*El matrimonio formado por Richard y Brenda Russell-Cowan*

Fuimos conducidos directamente al comedor del palacete. Era éste una habitación de generosas dimensiones, iluminada por dos amplios ventanales alargados –al más puro estilo

andaluz– y amueblada con una gran mesa rodeada de sillas altas, tapizadas en color vino tinto. Nos sentamos y fue Richard quien comenzó a hablar, casi tan ansioso como yo por saber, por hacer preguntas y por contarnos su experiencia. En una curiosa mezcla de español con acento granadino e inglés muy refinado, nuestro anfitrión comenzó su relato acerca de cómo había sido su llegada a Granada y a Otívar en el año 1994 con la idea de invertir en bienes inmuebles, y cómo se toparon y enamoraron perdidamente de aquella casa. Cómo decidieron comprarla para restaurarla con el máximo respeto a su esencia y categoría y reacondicionarla poco a poco para devolver a la vida esa joya de la arquitectura andaluza. Y cómo, para poder sufragar los innumerables gastos que generarían su restauración y mantenimiento, decidieron –en un principio– transformarla en un hotel muy especial.

*El comedor principal de la casa de Cázulas, donde María del Mar y su familia hacían todas las comidas, salvo los desayunos*

Richard y Brenda comentaban que en la rehabilitación del palacete tuvieron como prioridad absoluta recuperar y conservar el máximo de los elementos originales de la construcción. Puertas y ventanas, solerías, cubiertas y tejas, azulejería, hornacinas, columnas, artesonados de madera, los artísticos zócalos y cornisas de las paredes y, por descontado, todos y cada uno de los escasos muebles y enseres que encontraron dentro de la casa y fueron susceptibles de ser reparados. Escuchábamos atentamente sus interesantes explicaciones, pero yo no podía evitar que mis ojos volasen de un lado a otro para admirar ahora la lámpara de hierro, ahora el mueble rinconera, ahora el óleo de la pared, que fueron de María del Mar; con la mirada prendida del artesonado del techo, de las molduras de las paredes y de aquellas ventanas con sus postigos de madera y sus preciosas rejas blasonadas, pensaba que todos ellos habían sido testigos de los espléndidos almuerzos y cenas que la marquesa de Montanaro ofrecía a su familia e invitados; testigos también de sus largas conversaciones de sobremesa aquellas cuatro paredes blancas, que en su día estuvieron repletas de valiosas pinturas entre las que destacaban dos Goyas, dos Velázquez y un Murillo.

*La lámpara del comedor y la rinconera de madera fueron encontradas en la casa*

Nuestros anfitriones continuaban narrando sus peripecias para conseguir poner a flote la histórica mansión, que llevaba más de veinte años en total abandono cuando el destino la colocó ante ellos. Al margen de desperfectos por todas partes –algunas zonas eran directamente una ruina, como el molino de aceite–, Richard y Brenda descubrieron que algunos pájaros del campo y varios gatos errabundos se habían colado a través los cristales rotos de las ventanas, y sus pequeños cadáveres yacían desperdigados por el suelo en distintas fases de putrefacción. ¿Y cómo había llegado a degenerar de ese modo la confortable casa de la marquesa de Montanaro…?

Cuando María del Mar se vio ya anciana comprendió que, a falta de descendencia directa –su único hijo, recordemos, había muerto en la guerra civil–, debía legar sus posesiones para que no se perdiesen. La marquesa cedió la explotación de la finca de Cázulas al Opus Dei, organización en la que ella confiaba y con la que mantenía lazos estrechos. A la muerte de María del Mar, esta organización vendió la propiedad al consorcio de empresas RUMASA, que fue expropiada por el gobierno en el año 1983; la Sociedad Cooperativa de Agricultores y Ganaderos de Otívar adquirió entonces la hacienda de Cázulas directamente de los bancos. En los años ochenta del pasado siglo la parte de la finca que ocupaba la sierra, unas 2750 hectáreas, pasó a manos del estado para convertirse, unos años después, en parte del actual Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Los campos cultivables de Cázulas serían desde entonces gestionados por la cooperativa otiveña, integrada por ciento noventa y dos socios locales. Finalmente, en 1989, esta sociedad decidió vender el palacete con sus edificaciones adyacentes –el molino, los jardines, la capilla y las casitas de los trabajadores– a un ciudadano alemán. Cinco años después la casa de María del Mar pasaría a manos de Richard y Brenda.

La restauración del conjunto arquitectónico de Cázulas comenzó en el año 1994, y en 1998 se inauguró una parte, como hotel exclusivo. Pero atender un hotel generaba demasiado trabajo para el matrimonio, por lo que desde 2003 Cázulas empezó a alquilarse completo, bajo la denominación de "casa rural con encanto".

*Salón principal del palacete*

Mientras escuchábamos el relato de la reconstrucción de la casa de María del Mar fuimos recorriendo, una tras otra, todas las habitaciones. Admirar el gran salón de Cázulas –centro neurálgico de tantas fiestas, bailes y reuniones de alto nivel–, que conserva íntegra la majestuosidad de otros tiempos, fue como retroceder en el tiempo. Sus altos techos abovedados, realzados por elegantes cornisas y molduras que se cruzan entre sí formando pequeñas cúpulas; los bellos suelos originales de baldosa hidráulica, tan bien restaurados y lustrados que brillan como si fuesen nuevos; la estilizada línea de embocadura de la chimenea de piedra tallada de Sierra Elvira; las altas ventanas orientadas al sur por las que entraba el sol a raudales y las recias puertas y tantos otros elementos originales… Algunas piezas del mobiliario de María del Mar que –oh, fortuna– habían conseguido sobrevivir a los avatares de una casa que fue pasando de mano en mano, atestiguaban el esplendor que debió tener el

palacete. No era difícil imaginar todo aquello engalanado y lleno de invitados elegantemente vestidos que reían, charlaban y bailaban al son de las músicas de la época con sus copas en la mano, mientras el servicio de la casa se ocupaba –discreto y eficaz, como siempre– de que todo fuese sobre ruedas, como gustaba a la señora marquesa.

*El espejo y la consola, las galerías de la cortinas y el arcón formaron parte del mobiliario del palacete en tiempos de María del Mar*

Del salón pasamos a la estancia que fue biblioteca –la afamada colección de libros de Cázulas, cuyos volúmenes, algunos de incalculable valor, fueron quemados al comienzo de la guerra civil mientras los marqueses faltaron de su casa–, hoy transformada en sala de lectura. En la repisa de la chimenea, revestida por completo de azulejos granadinos, destaca una fotografía de María del Mar, que parece mirar este mundo con condescendencia desde su marco plateado. A partir de allí se accede a la salita íntima y acogedora donde la marquesa se reunía con las mujeres de la finca para las consabidas tertulias de las tardes. Richard y Brenda, siempre corteses y hospitalarios, seguían describiendo de qué manera se habían realizado las reformas mientras me detenía aquí y allí fascinada, embebiéndome del ambiente y de cada detalle estructural de la casa –allí donde todo permanece igual que en tiempos de María del Mar–, intentando visualizar el aspecto original de aquellos cuartos entre cuyas paredes la marquesa de Montanaro creció como bebé, recorrió dando carreras como niña, soñó con amores imposibles como adolescente, lloró por la pérdida de su hijo y sus esposos como adulta y encontró la serenidad definitiva, como anciana.

*Una fotografía de María del Mar preside la estancia*

*Este mueble (encontrado en la antigua cocina) asume hoy las funciones de biblioteca. Desde la habitación se accede a la sala de las tertulias. Puertas y suelos originales de la casa*

*Frente a esa chimenea (en la que destaca el escudo heráldico del marquesado de Montanaro) María del Mar se reunía con las mujeres de la finca para la tertulia de las tardes*

*El tramo de escalera sube a la parte alta de la torre cuadrada y a los dormitorios. Solerías y balaustrada de madera tallada originales*

*La base de la torre de Cázulas distribuye una entrada adornada con azulejos sevillanos de más de dos siglos de antigüedad*

*Esta cocina de leña se encontró en el palacete. Sin duda fueron muchas las deliciosas recetas que Lucía, la cocinera, preparó sobre esos fogones*

Richard y Brenda se interesaron profundamente por la historia y antecedentes del palacete y de la familia Bermúdez de Castro, su propietaria durante un siglo y medio. Gracias a los vecinos de Otívar y a su amistad personal con el padre Javier Alaminos, ahijado de la marquesa –quien le costeó sus estudios en el seminario, entre otras muchas prebendas–, nuestros anfitriones consiguieron saber más acerca de aquella casa y de su larga historia. Del mismo modo mostraron su deseo de examinar la valiosísima documentación y títulos de propiedad de la finca –algunos legajos databan del siglo XV–, que la marquesa había preservado como oro en paño en su biblioteca. Pero parte de esa documentación, desgraciadamente, se perdió. Unos dicen que pereció en la quema de libros durante la guerra civil; otros, que se fue traspapelando en los sucesivos cambios de propietario… lo que queda se encuentra archivado en la sede de la cooperativa que gestiona las tierras de Cázulas.

Una vez recorrida la casa salimos al exterior. Soplaba un vientecillo fresco que traía el familiar e inconfundible aroma de la Almijara. Miré hacia arriba, a la famosa torre cuadrada de Cázulas, tantas veces fotografiada, en cuyo piso superior desayunaban María del Mar y su familia, y la vi con ojos nuevos. Su grandiosidad era inexcusable; realmente impresionaba. Frente a ella, los jardines y la capilla llamaron inmediatamente nuestra atención: el conjunto era tan bello y sereno, tan armónico en sus proporciones, que comprendí la admiración que debía despertar el palacete en todos los que lo visitaban.

*Torre de Cázulas y ala derecha de la mansión, donde se ubicaban la biblioteca y la sala de tertulias*

*Plaza central del recinto de Cázulas, con la capilla a la derecha de la imagen*

*Los jardines originales fueron cuidadosamente restaurados por Brenda Russell-Cowan*

En las zonas ajardinadas coexistían árboles, palmeras y bojes centenarios con otros de más reciente plantación. Las escaleras y balaustradas de ladrillo macizo, los empedrados tradicionales, el viejo pozo en el centro del conjunto y sobre todo el olor intenso a jardín antiguo; Cázulas conservaba intacto el sabor de otra época. Era emocionante pensar que bajo esas copas frescas y tupidas se celebraron innumerables meriendas y reuniones, tal y como lo atestiguan las viejas fotografías. Sin necesidad de cerrar los ojos podía ver las mesas y sillas de hierro lustrosamente pintadas de blanco, los invitados sonrientes y charlando por los codos, las aromáticas tazas de té y café y los platos de postre colmados de pastas, yendo y viniendo en bandejas desde la cocina, en manos de los inefables Carmelo y María. Una concienzuda labor de restauración vegetal a cargo de Brenda había dejado ese jardín si no igual, sí bastante parecido a lo que era en tiempos de la marquesa.

Pasamos luego al interior de la capilla, rehabilitada con respeto por mantener la máxima fidelidad a lo que debe ser un lugar de culto católico. Arrimado a la pared, un artístico reclinatorio perfectamente conservado llamó mi atención. Era original y fue encontrado en ese mismo lugar. ¿Cuántas veces se arrodillaría y reclinaría su cabeza justo ahí María del Mar, mientras elevaba una plegaria a la Virgen de Lourdes –de la que era muy devota– por todos sus familiares?

*Interior de la capilla y reclinatorio de época original*

Por último entramos al viejo molino de aceite, que habían encontrado tan ruinoso –sólo quedaban en pie los muros y una parte de la cubierta– que hubo que reconstruirlo por

completo. Me vino a la cabeza la imagen, en el centro de la nave, de las grandes piedras cónicas que molían la aceituna y casi pude respirar el característico olor de la pulpa molida y del aceite recién exprimido. Hoy el molino es una amplia y práctica sala de usos múltiples.

Antes de irnos quisimos recorrer un tramo del caminito, hoy asfaltado, por el que María del Mar salía a pasear todas las tardes; se puede tomar desde la cancela principal del palacete. Llegamos a pie hasta la curva del mirador donde se encuentran los desvencijados bancos de piedra en los que la marquesa se sentaba para tomar el fresco. Nos detuvimos allí unos minutos y presentí a una María del Mar translúcida, apoyada sin peso en uno de aquellos bancos, contemplando extasiada el valle, Otívar y, por supuesto, su casa. Comprendí por qué disfrutaba ella tanto de aquel rincón: desde ese lugar el panorama deja sin palabras. Otívar a la izquierda, el valle de Río Verde a nuestros pies, el Palacete de Cázulas a la derecha –reinando en silencio sobre el valle– y la Almijara abrazándonos la espalda. Con ello dimos por concluida nuestra visita y nos despedimos del afable matrimonio británico.

*El camino que lleva al mirador, donde aguantan todavía los bancos de piedra*

*El Palacete de Cázulas desde el Mirador de la Marquesa*

Quién sabe qué habría sido del Palacete de Cázulas si Richard y Brenda Russell-Cowan no lo hubiesen rescatado de su triste situación. Unos dicen que habría terminado de venirse abajo y hoy sería poco más que un recuerdo; otros, que tarde o temprano habría llegado alguien y se habría hecho cargo de él. Y quién sabe qué habría sido de los terrenos de la finca de Cázulas, de no haberlos comprado la cooperativa del pueblo de Otívar. Bien está lo que bien acaba… Lo que importa es que la casa de María del Mar continúa en pie y cumpliendo la función para la

que fue concebida: una gran casa donde albergar a mucha gente. A su vez, la sierra de Cázulas forma parte de un espacio respetado y protegido –el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama– y las feraces tierras de labor son hoy cuidadas con esmero por los hijos y nietos de quienes las cultivaron en tiempos de la marquesa.
María del Mar, no me cabe duda, estaría satisfecha con el arreglo.

**LA ENCOMIENDA DEL MORO**

No di crédito a mi buena estrella el día que hablé por primera vez con Joaquín Gasset de Pablo, sobrino nieto de la marquesa de Montanaro y último heredero de la otra joya de la corona de María del Mar: la finca de La Encomienda del Moro, en Extremadura. Después de varias conversaciones telefónicas y animado por mi intención de escribir un reportaje sobre la vida de su tía abuela, Joaquín Gasset me invitó cordialmente a conocer la finca de La Encomienda, donde también había vivido por temporadas María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá y Lillo. Viajé, pues, a Mérida en cuanto tuve la oportunidad.

*Entrada a la finca de La Encomienda del Moro*

El día siguiente de mi llegada a Mérida fue el escogido para visitar La Encomienda del Moro. Joaquín me recogió por la mañana en el cercano pueblecito de Aljucén, término donde se ubica la finca. Desconozco si mi atento anfitrión se percataba de lo mucho que significaba para mí poder contemplar de cerca el otro rincón del campo español donde se refugiaba María del Mar, y donde estaba segura de que encontraría su estela. Como fue. No sólo por los recuerdos que Joaquín compartió amablemente conmigo, sino porque La Encomienda guarda memoria fiel e ininterrumpida de la que fue su dueña durante tantos años. Y es que, a diferencia de Cázulas, esta propiedad no ha pasado por otras manos más que las de esa familia a lo largo de sus casi dos siglos y medio de existencia. Todo lo que había pertenecido a María del Mar seguía allí. Tal y como aseguraba Joaquín, "la casa aún respira a la tía María".

*Entrada al patio posterior de La Encomienda*

Encontré a María del Mar en la entrada posterior del conjunto residencial de La Encomienda, tan parecida a su homóloga granadina, la finca de Cázulas. Como aquélla, las antiguas casitas de los trabajadores –que llegaron a albergar hasta diecisiete familias– se mantienen

cuidadosamente conservadas y pintadas al estilo campestre extremeño, y conforman un amplio patio trasero al que se accede por un portón arcado. Estas edificaciones se dedican ahora al almacenaje de diferentes enseres de la casa y del campo.

*Patio central del recinto, con la vivienda principal y el antiguo molino de aceite junto a ella*

Encontré a María del Mar en el jardín central de la casa, junto al viejo molino de aceite que, como en su homóloga granadina, había abandonado su original cometido para cumplir con otros menesteres. Del mismo modo en las dimensiones generosas y armónicas proporciones de la construcción principal, pensada para vivir cómodamente antes que para impresionar; en sus sobrios muros blancos y en el cuidado jardín-huerto donde, como en la finca de Cázulas, todavía se conservan los árboles –la mayoría frutales– que ella escogió.

*Capilla de La Encomienda del Moro, construida en el año 1779*

Encontré a María del Mar en la deliciosa capilla del siglo XVIII donde le gustaba recogerse para rezar; como su homóloga granadina de Cázulas, también acogía a los trabajadores de la finca para las oraciones del final del día y recibía semanalmente la visita del cura del pueblo de Mirandilla para oficiar la misa de los domingos. Esta capilla –de menor tamaño que la del Palacete de Cázulas– resultó insuficiente con el tiempo, por lo que en el año 1950 se construyó otra mayor para que cupiesen en ella todos los empleados de la marquesa. En un lateral a la derecha del altar reposan las cenizas de los padres de Joaquín –Francisco Gasset Dorado Alzugaray Rodríguez de Campomanes y María Dolores de Pablo Jiménez de Gasset– y de un hermano, Francisco Gasset de Pablo.

*Terrenos de La Encomienda del Moro*

Encontré a María del Mar en el paisaje que rodea la finca que, como su homóloga granadina de Cázulas, se construyó en plena naturaleza: una interminable extensión de fértiles tierras suavemente alomadas, características de la dehesa extremeña, pobladas por maduras encinas y alcornoques centenarios, y alfombrada por dorados campos de trigo recién cosechados. Decenas de vacas y toros, cerdos de raza ibérica y caballos se alimentaban apaciblemente en los rastrojos. Una tierra austera y hermosa, de horizontes inalcanzables y cielos anchos y altos, que ese día se habían llenado de nubes blancas que se perseguían entre sí.

*Joaquín Gasset y de Pablo, sobrino nieto de la marquesa de Montanaro, en la parte más antigua de La Encomienda*

Encontré a María del Mar en los recuerdos infantiles de Joaquín, que solía pasar largas temporadas alojado en el confortable Palacete de Cázulas de su tía María, especialmente durante las vacaciones de verano y Navidad. Sentado bajo la sombra de una frondosa parra virgen, sonriendo por dentro aunque no se notase por fuera y un poco asombrado de verse recordando su infancia ante una desconocida como era yo, Joaquín Gasset evocaba con agrado –y quizá con algo de nostalgia– aquellos días en los que, siendo un rubio rapazuelo de ocho o nueve años, correteaba alocadamente por todas partes entre risas, ya escondiéndose, ya alejándose, ya dejándose atrapar, sin hacer caso ninguno a las voces sensatas de quienes le decían que debía ir con más cuidado.

*Joaquín Gasset de Pablo. Fotografía de su archivo familiar*

"Me acuerdo muy bien de los jardines de Cázulas, que eran preciosos, y del jardinero que los cuidaba, aunque no recuerdo el nombre… Mi tía María, que siempre olía a aquella colonia que sólo le hacían a ella, ¿cómo se llamaba…? Era un perfume de color azulado que olía como a lavanda… También era el malva su color favorito. A la tía María le gustaban mucho los niños,

aunque ella no era mucho de dar besos ni abrazos, pero sí que le gustaba tenernos siempre alrededor. Me acuerdo de la piscina en el verano, y también de bajar con frecuencia a la playa de Almuñécar para bañarnos, y de que me gustaba mucho montarme en las mulas que trabajaban en la serrería de Cázulas. Estaba también el cuarto de estudios en el torreón, donde había unas colecciones de libros –"Las aventuras de Matonkikí", de Elena Fortún– que me gustaba mucho leer; y luego había un tocadiscos que lo poníamos y se usaba para algunos bailes. Me acuerdo de las comidas, muy buenas que eran, pues a mi tía le gustaba el buen comer. De hecho creo que la primera vez que comí lengua de ternera fue en su casa, y me acuerdo de que los mayores tomaban el café en el mirador del jardín. La tía María era muy educada y estricta, todos le teníamos mucho respeto. Le encantaba leer y escribir; tenían en Cázulas una muy buena biblioteca, y recuerdo también por allí muchos libros de moral católica y misales. Su forma de andar (me parece que la estoy viendo) era muy característica, así como a pasitos cortos y rápidos a pesar de su envergadura, porque era robusta, yo diría que estaba gordita. Pero sobre todo me acuerdo de que a veces se quedaba seria, como pensando en sus cosas, y de que su mirada tenía un trasfondo triste".

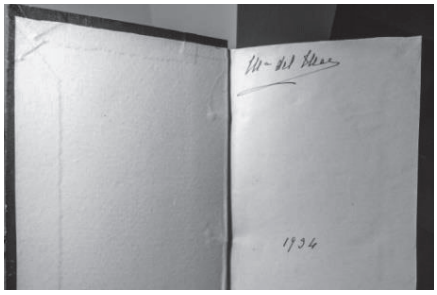
*El padre de Joaquín, Francisco Gasset Dorado, con su madre Carmen Dorado Rodríguez de Campomanes. Archivo familiar de Joaquín Gasset de Pablo*

El padre de Joaquín, abogado de profesión, era el administrador de La Encomienda del Moro en tiempos de María del Mar, a la que ayudaba además en otras gestiones que ella no podía atender. Tal vez por eso o porque fue considerado como la mejor opción –él era sobrino carnal de su primer marido–, don Francisco Gasset Dorado heredó la finca; María del Mar era consciente de que de esa forma el futuro de La Encomienda quedaría siempre en las mejores manos: las de la familia. Según la documentación de la propiedad –que se ha ido conservando cuidadosamente de generación en generación–, ésta data de los tiempos del rey Carlos III, quien legó esos terrenos a un lejano antepasado de María del Mar, don Vicente María de la Vera y Aragón, conde duque de La Roca.

*Documentación original del siglo XVIII relativa a la propiedad de La Encomienda del Moro*

Pero donde encontré definitivamente a María del Mar fue dentro de la casa. La edificación se modernizó respetando su grandeza histórica y el criterio de su anterior propietaria y así continúa siendo, llena como está de recuerdos y objetos personales de la marquesa. Muchos de sus libros, muebles, tapices y cuadros permanecen donde ella los dejó –algunos de esos objetos estuvieron en el Palacete de Cázulas–. Cada tramo de la escalera mientras subíamos a las dependencias superiores, cada olor evocador a cera de muebles, a cuero viejo, a maderas nobles, a libros antiguos y a buenas pinturas resultaban cálidamente cercanas: algo, mucho de María del Mar continuaba allí. Aunque ya no sea el hogar de la marquesa sino el de su sobrino nieto Joaquín, percibí aquella casa como si con los años hubiese adquirido un carácter propio –acogedora, espléndida y al mismo tiempo sin pretensiones de grandeza–, tal vez porque ese lugar ha sido el refugio y la piedra de toque de una sola familia.

*Algunos de los arcones, tapices, cuadros y sillas isabelinas de La Encomienda del Moro formaron parte del mobiliario de Cázulas*



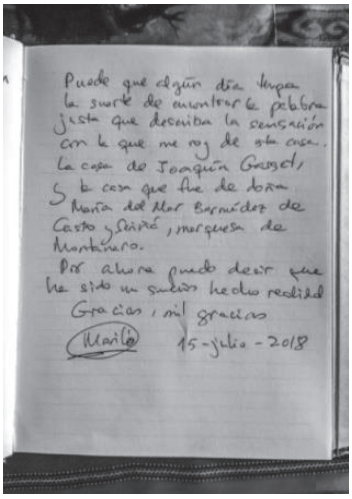
*Las fotografías de María del Mar y de su hijo Paquito presiden uno de los salones de la casa, cerca del cuadro que representa el árbol genealógico familiar.*

*La acuarela de la Alhambra de Granada estuvo en el dormitorio de María del Mar. Siempre llevaba a Granada en el corazón*

El tiempo pasó volando; la visita que estaba previsto durase unas horas ocupó gran parte del día. Sentado en uno de los porches de la casa, Joaquín terminaba de desgranar su historia. "Me vine a vivir a La Encomienda del Moro hace catorce años, cansado del ajetreo de Madrid. Esto es un remanso de paz. Esta casa me da equilibrio, en ella vivo feliz y tranquilo; aquí recibo a mis hijos y las visitas de mis amigos y también puedo cultivar mis aficiones".

Justo antes de marcharme propuso que firmase en el Libro de Visitas de la casa; profundamente agradecida tomé el bolígrafo y escribí. Joaquín Gasset de Pablo me llevó de vuelta a la localidad de Aljucén, desde donde regresé a Mérida. Nos despedimos expresando ambos el deseo de vernos otra vez y viajé a Granada al día siguiente con la cabeza y el corazón rebosantes de información, datos, imágenes y, desde luego, emociones. Había recorrido por fin los últimos metros de un largo camino que me ha llevado durante meses por los cortijos de la Almijara, el Palacete de Cázulas

y la finca de La Encomienda del Moro para reivindicar la memoria de María del Mar, la última marquesa de Montanaro.
Quedan en el tintero muchas fotografías, hechos, anécdotas y personas que se cruzaron en la vida de la marquesa, que nos irán contando sus interesantes historias en próximas ocasiones.
Sin lugar a dudas, la aventura merecerá la pena.




*Texto, Mariló V. Oyonarte*

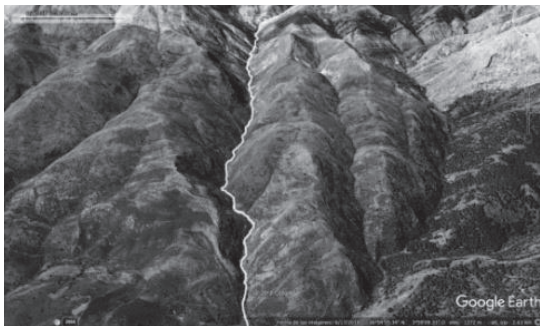
*Fotografías de Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 20 de octubre de 2018*

# El Camino de Ezequiel

*Los antiguos caminos, las gentes que los recorrían, que los cuidaban y los amaban… El nombre del histórico camino del Barranco de las Piletas, que unía las tierras de la Comarca de Alhama de Granada con las de la Axarquía malagueña por el Puerto de Sedella, continúa ligado al nombre de Ezequiel, el humilde peón caminero que lo cuidó durante gran parte de su vida.*

*Arriba, vista del Barranco de las Piletas desde el cortijo Cerezal Alto, en el término de Alhama de Granada. Abajo, vista por satélite del mismo barranco. La línea amarilla representa parte del antiguo camino de arriería que enlazaba la Comarca de Alhama con la Axarquía de Málaga*




El Barranco de las Piletas es una quebrada fresca y umbría que se abre de norte a sur en la cara granadina de Sierra Tejeda, en el término municipal de Alhama de Granada. Hasta no hace demasiado tiempo un cómodo camino empedrado, conocido también como el “Camino de Ezequiel", lo recorría en toda su extensión, pero hoy ese camino se encuentra enterrado casi en su totalidad bajo las piedras y la maleza; literalmente se ha borrado de la vista y de los mapas. Sólo quienes pasaron por allí en sus mejores tiempos –y quedan ya muy pocos– pueden dar fe de que el camino del Puerto de Sedella que atravesaba el Barranco de las Piletas representó durante muchos siglos una de las rutas más transitadas entre las provincias de Granada y Málaga, al mismo nivel que aquellas que han tenido la suerte de llegar indemnes hasta nuestros días, como los caminos del Puerto de Frigiliana y del Puerto de Cómpeta. El camino del Puerto de Sedella nada tenía que envidiar a los dos anteriores pero cayó, como otros, víctima del progreso: las nuevas carreteras y modernas vías de comunicación lo relegaron al olvido más absoluto. El Camino de Ezequiel formaba parte de un complejo entramado de rutas de arriería, imprescindibles hasta hace unas décadas para la

supervivencia de pueblos enteros a uno y otro lado de las sierras de Tejeda y Almijara, a los que enlazaba entre sí a través de los puertos de montaña.

*Mapa del tramo de esta ruta arriera entre la Axarquía de Málaga y la Comarca de Alhama. En color rojo, el trayecto que atravesaba el Barranco de las Piletas hasta alcanzar el Puerto de Sedella*

El Barranco de las Piletas, situado hacia la mitad del trayecto entre Alhama y Sedella, gozaba de una orografía que lo convirtió en una de las vías más cómodas para franquear la parte occidental de Sierra Tejeda. Su inclinación relativamente suave y la escasa constricción de sus paredes facilitaban el paso continuo de personas y cabalgaduras. Sólo en los tramos más cercanos al Puerto de Sedella –conocidos como "las Repechás"– el terreno se empinaba considerablemente, o bien se estrechaba dando lugar a pasillos umbrosos, húmedos y resbaladizos –las angosturas– en el arranque del barranco, por encima de la Venta Palma. A lo largo del recorrido había que cruzar numerosas veces el Arroyo de las Piletas, que recibía ese descriptivo nombre por las oquedades pétreas en forma de cuenco que iba labrando el agua con su paso continuo por el lecho del río, durante todo el año. Esas formaciones recordaban a las piletas que se usaban antiguamente para dar de beber a los animales.

*Formaciones en forma de cuenco o "pileta" que dan nombre al Barranco*

Se trataba un camino largo y difícil pues, por mucho que se aprovechasen las mejores zonas de paso, atravesar a lo ancho todo un macizo montañoso –como era y como sigue siendo– Sierra Tejeda tenía sus complicaciones, especialmente cuando llegaba el invierno y las lluvias continuas lo embarraban todo hasta puntos insospechados impidiendo el paso de las bestias cargadas, que resbalaban y se hundían hasta las rodillas en aquel cieno blando y pegajoso. Por ese motivo, el camino que ascendía por el Barranco de las Piletas tenía muchos tramos

empedrados. Y no se trataba de un empedrado cualquiera sino casi de una calzada; un trabajo cuidadosamente realizado para resistir el desgaste del paso continuado y de las inclementes intemperies de la montaña. Para que no se deteriorase demasiado, especialmente durante los meses que van de noviembre a marzo, el camino requería un mantenimiento constante. Esa labor era llevada a cabo –y de qué manera– por un solo hombre: Ezequiel Martín Caños, natural de Árchez, en la provincia de Málaga.

*En la vertiente sur de Sierra Tejeda se encuentra Árchez. Fotos de Beatriz López*

Cuentan quienes le recuerdan todavía –no se conserva ninguna fotografía suya– que Ezequiel era un hombre alto y robusto, de pelo entrecano, ojos negros y tez morena; serio, cariñoso con los suyos, honesto y, sobre todo, un trabajador entregado. Nacido a comienzos del siglo XX, estaba casado con Matilde López Portales y vivía junto a ella y sus cinco hijos –Antonio, Paco, Ezequiel, Teresa y Pepe– en un cortijillo situado a las afueras del pueblecito de Árchez, en la Axarquía malagueña, a la orilla sur de Sierra Tejeda. La de Ezequiel era una familia muy humilde, que tan sólo contaba con ese pedazo de tierra donde cultivaban viñas y unos olivillos; unas pocas gallinas, cinco colmenas de abejas y dos cabras completaban su escaso patrimonio. Por no tener, su terreno no tenía ni nombre: era conocido por todos simplemente como "el cortijo de Ezequiel". Ezequiel trabajaba en el campo, de sol a sol. Pero ello no bastaba para dar de comer a su familia todos los días; por eso, cuando llegaba el invierno y los alimentos escaseaban, todos lo pasaban mal. Un buen día nuestro hombre discurrió que no tenía más remedio que buscar algo más para poder sacar a su familia adelante. No le asustaba el trabajo por duro que fuese, y pensando llegó a la conclusión de que una buena forma de ganarse unas perrillas diarias podría ser haciéndose cargo del camino empedrado que llevaba desde su pueblo –esa ruta arriera pasaba por la puerta de su casa– hasta Alhama de Granada. Él mismo anduvo por allí en muchas ocasiones y había podido comprobar que el camino necesitaba cuidado constante para estar en condiciones. Dicho y hecho; desde ese momento Ezequiel pasó a ser el peón caminero extraoficial del camino del Barranco de las Piletas.

Su trabajo suponía un gran sacrificio para toda la familia. Ezequiel se marchaba durante los meses del invierno; durante ese tiempo Matilde y sus cinco hijos se las apañaban como mejor podían, soñando con la idea de que el cabeza de familia regresara bueno y con la talega llena de monedas. La espera merecía la pena, pues con las primeras flores de la primavera aparecía por la puerta un Ezequiel agotado pero sonriente ante la perspectiva de entregar a su mujer y sus hijos los sacos que llevaba en el burro –cargados hasta los topes de lentejas, garbanzos,

harina, queso y los afamados panes de Alhama– aparte de varias talegas repletas de gordas, perrillas e incluso algún duro que, magistralmente administrados por Matilde, les sacarían de apuros durante una buena temporada. El momento de abrir los sacos se convertía en toda una fiesta para la familia, especialmente para los hijos, que rodeaban a Ezequiel dando saltos de alegría mientras éste repartía las ricas viandas como si fuesen regalos de los Reyes Magos.

Cada invierno Ezequiel tomaba del ronzal a su burrillo "rabón" –el animal había nacido sin cola– llevando en los serones una porra, un escardillo, una espuerta y una azada, que eran sus herramientas de trabajo. Durante ese tiempo Ezequiel vivía, literalmente, por y para el Barranco de las Piletas. Desde que salía el sol por Sierra Nevada hasta que se ocultaba detrás del Puerto de Sedella se podía ver a nuestro hombre ataviado con unas zapatillas canilleras, unos trapos raídos que le cubrían las espinillas y su humilde vestimenta –del todo insuficiente para los rigores del invierno en aquel lugar tan frío– cargando con todo a la vez: la porra, la azada, la espuerta y la escardilla, yendo de arriba abajo y de abajo arriba a lo largo de los casi siete kilómetros que existen desde el punto más bajo del barranco –la Venta Palma– hasta el más alto –el Puerto de Sedella–. Su autoimpuesta labor consistía en mantener ese camino de arriería en el mejor estado posible para el paso de hombres y animales. No resultaba tarea fácil, y menos para un hombre solo.

Pero la virtud más valiosa de ser humano es la única que comparte con los animales: el coraje. Y si algo tenía Ezequiel era coraje de sobra para sacar adelante su trabajo, por duro que fuese. Así que con sol y con lluvia, si nevaba o granizaba, nuestro hombre, aparentemente incansable –cuán engañosa puede ser la realidad– removía la broza que obstruía el cauce del arroyo Piletas para que el agua no rebosara e inundase el camino; rellenaba con tierra los huecos entre las piedras si éstas se quedaban descarnadas por la fuerza de la lluvia; encauzaba el agua del arroyo cuando éste se desbordaba durante una tormenta; rompía con fuertes golpes de su porra el hielo que se formaba sobre el empedrado cuando hacía mucho frío, convirtiendo el camino en una peligrosa pista de patinaje para las bestias y su valiosa carga; eliminaba la nieve para que en todo momento la ruta fuese transitable; apartaba las rocas que caían desde lo más alto si se producía un desprendimiento; entresacaba piedras de un tamaño apropiado para reempedrar las zonas más expuestas y cortaba hasta el último matojo que crecía en las orillas del camino que pudiese dificultar el paso. Tan pulcro y despejado estaba todo –"daba gloria de verlo"– que dicen que por allí se podía pasar sin problemas de noche y sin luz ninguna, porque el propio camino guiaba los pasos del caminante.

*Todavía pueden verse algunos tramos del camino empedrado de Ezequiel*

El Barranco de las Piletas era una vía de comunicación imprescindible por la que pasaban a diario cientos de personas andando o sobre sus caballerías, cargados con distintas mercancías. Ezequiel era un personaje bien conocido por todos los que pasaban por allí, que lo saludaban gustosos valorando en su justa medida el excelente trabajo de aquel hombre. Por eso se acordó pagarle algo –una gorda, una perra chica o un duro, en función de los posibles de cada cual– por cada vez que se anduviese por ese camino tan bien acondicionado. Quienes no llevaban dinero solían entregarle una taleguilla de trigo, de harina o de garbanzos, un trozo de queso, un pan… Todo le venía bien al bueno de Ezequiel, que agradecía con una inclinación de cabeza cada entrega que se le hacía. Había días en los que el trasiego de personas era tanto que Ezequiel llenaba su talega de monedillas. Esto era algo sabido, pero él jamás sufrió un robo –ni siquiera en los peores años de la posguerra– porque quienes lo conocían sabían de su esfuerzo, trabajando todo el día con ahínco mientras saludaba a los viajeros con las manos agrietadas por el frío y los sabañones y los pantalones de pana, remendados por mil sitios, eternamente empapados de agua. Sólo se permitía un descanso durante el almuerzo, que hacía a base de un pedazo de pan con un arenque, un trozo de bacalao seco o de tocino.

*En los Tajos del Búho (llamados así porque en ese lugar solía anidar todos los años una pareja de aves de esa especie) se produjeron desprendimientos que han sepultado el camino. Abajo, vista aérea de la zona*

El Barranco de las Piletas era célebre por sus bajas temperaturas durante el invierno. Su orientación al norte y los vientos helados procedentes del interior formaban un tándem que lo convertían en un paraje gélido, sobre todo para la gente que provenía de la costa. Había veces incluso en que los mismos arrieros tenían que volverse por el mismo camino ante la imposibilidad de avanzar por culpa de la capa de hielo que se formaba en algunas umbrías, tan gruesa que ni siquiera la porra del vigoroso Ezequiel podía eliminarla. Por eso al terminar su

jornada laboral, cuando desparecía ya la luz diurna, Ezequiel recogía sus herramientas y bajaba hasta el cortijo del Cerezal Alto, donde la familia de Pepe Sales tenía por costumbre acogerlo desde hacía años, compadecida de su agotamiento y falta de medios. Todas las noches cenaba con ellos un plato de olla caliente y dormía a cubierto luego, donde quedase un hueco libre –él se conformaba con poco– en el pajar, en la cocinilla o en alguna cámara.

Con tantas idas y venidas a lo largo de los días, las semanas, los meses y los años, Ezequiel no sólo conocía hasta el último vericueto del barranco, sino también a todos los que transitaban por él. Unos se paraban a charlar unos minutos; otros pasaban de largo, cada uno con su particular alforja cuestas –que las bregas de los hombres pesan a veces más que el plomo–. Estaba Carmen, por ejemplo; era una pobre viuda de Salares que tenía varios hijos a su cargo. Tres veces por semana bajaba por el camino de Ezequiel aquella pobre mujer, que ya no era joven, encorvada bajo el peso de un saco de naranjas que llevaba a la espalda, pregonando el género por los cortijos con su vocecita cascada. Aun así, la sonrisa no se borraba nunca de su cara. Se volvía para Salares con tres cuartillos de harina de trigo –la excelente harina que se molía a la orilla del río Marchán– para hacer panes y vender a sus paisanos el excedente. O aquel hombre, tan menudo de cuerpo que de lejos casi parecía un niño, al que todos conocían por Paco Ché, que murió de frío junto al Tajillo Cucarra una helada noche de diciembre. O Ceferino, el locuaz y dicharachero arriero de Canillas que siempre andaba contando chascarrillos; había heredado el oficio de su padre, su abuelo y su bisabuelo y se había empeñado en que su hijo lo aprendiese también, por lo que solía llevar al chiquillo montado sobre su mula, junto a la carga. Cada rincón del Camino de Ezequiel guardaba la memoria de mil anécdotas e historias, reales unas y otras no. Como la de La Fuentecilla, que hoy apenas se ve detrás de una maraña de hierbas, pero antaño fue un abundante nacimiento que cambiaba la temperatura del agua –a voluntad, a decir de algunos– según la estación del año: muy fresca en verano y tibia en invierno, "para que nadie tuviera motivos de queja".

*Detrás de esa maraña de hierbas está la Fuentecilla, de donde todavía mana un hilillo de agua.*

*El Tajillo Cucarra. Con esta roca como todo abrigo pasó el pobre Paco Ché sus últimas horas.*

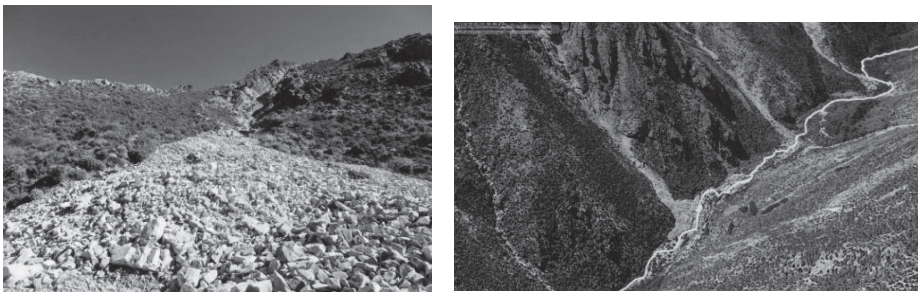
Pasaban los años y la Historia iba desgranando sus distintos episodios también a lo largo de ese camino empedrado, que fue testigo directo de hechos como la guerra civil y la desoladora "Desbandá" de simpatizantes republicanos del año 1937; de la cruel posguerra y la época en la que frecuentaba aquellos lares "la gente de la sierra"; del arriesgado oficio de los estraperlistas y el férreo control de los caminos –también el de Ezequiel– por parte de la Guardia Civil... Hombre discreto como pocos Ezequiel escuchaba, veía y callaba; siempre fue enemigo de meterse en líos así que se entregaba a su trabajo en cuerpo y alma, sin hablar casi con nadie y atendiendo sólo al buen estado de su camino. Porque, a pesar de las circunstancias, aquella vía de comunicación seguía siendo muy transitada de día y de noche. Interminables recuas de mulos y burros con sus serones de esparto o de goma bien cargados de chumbos, pasas, higos, naranjas, uvas, pescado, vino, harina, legumbres, lana de oveja, panes y otros bienes continuaban cruzando las montañas a diario. La vida, sencillamente, tenía que proseguir.

*Recua de bestias cubriendo la zona conocida por los arrieros como "los puertos", cerca de las Llanadas de Sedella*

Cuando la oscuridad sorprendía a los caminantes en el interior del barranco existían varias opciones para pasar la noche. La primera, alcanzar la Venta Palma o la Venta de Rodríguez, donde además contaban con economato y una tasquilla. El problema era que en ambos lugares había que pagar por dormir y no todos los arrieros podían permitirse ese lujo. Otra posibilidad consistía en alojarse en el Cortijo del Cerezal Alto, si había sitio libre; allí no cobraban a nadie, pero el lugar solía estar siempre lleno. Si no quedaba espacio en ninguno de aquellos hospedajes, los arrieros no tenían más remedio que acomodarse en ciertos lugares que aprovechaban como último recurso, a los que llamaban con admirable sentido del humor "la Posada de la Estrella". El Barranco de las Piletas también tenía la suya. Consistía en una pequeña explanada llana, muy cerca del arroyo, donde podían acomodarse los viajeros y sus animales con relativo espacio entre ellos; tendidos al raso sobre los aparejos de las bestias intentaban pasar la noche de la mejor forma posible. Las distintas "Posadas de la Estrella" que había repartidas por toda la sierra debían su nombre al lucero del alba –el planeta Venus–: su aparición en el cielo nocturno poco antes del amanecer avisaba a estos hombres de que era la hora de levantarse y continuar su camino.

El Barranco de la Piletas atesoraba a lo largo de su recorrido rincones de gran belleza natural, pequeñas cascadas y una profusa vegetación de ribera. Una de esas cascadas, con una caída de

casi diez metros que daba lugar a una poza de aguas cristalinas, se ubicaba justo al comienzo de la zona conocida por todos como "Las Repechás". Era ahí donde el camino se inclinaba, ya en su último tramo, para ascender al Puerto de Sedella. Se trataba de una zona de grandes pendientes y un fuerte desnivel, donde los desprendimientos eran frecuentes. En la actualidad y dado su estado de completo abandono, esos desprendimientos de roca y arena son visibles por todas partes. Del mismo modo la gran cascada ha quedado casi oculta por la vegetación.



*Desprendimientos de piedras a lo largo del barranco. A la derecha, vista aérea de los mismos*

*La cascada que señalaba el comienzo de la parte más inclinada del camino, "Las Repechás"*

Cerca ya del Puerto de Sedella el camino se bifurcaba en dos ramales. El de la izquierda pasaba por unas antiguas chozas de pastores conocidas por el curioso nombre de "Chozas de Gurripipi", alcanzaba el puerto y bajaba hacia la zona de Cómpeta, Canillas de Albaida, Árchez y Corumbela. El ramal de la derecha atravesaba los verdes chortales del "Chorrillo del Buen Viaje", coronaba el puerto y descendía hacia la parte de Salares, Sedella y Canillas de Aceituno. El paraje del Chorrillo del Buen Viaje, protegido de los fuertes vientos que soplaban arriba en el puerto, era un punto ideal de reunión donde los arrieros que iban y venían hacían un alto en su camino para comer algo y beber en las aguas de la fuentecilla que daba nombre al lugar, llamada así porque ésa era la frase que se decían unos a otros cuando reemprendían la marcha: "¡Que llevéis buen viaje…!"

Cuando por fin se coronaba el Puerto de Sedella sólo restaba dejarse caer hasta los pueblos blancos y las laderas soleadas, de clima suave y amable –como orientadas al sur– de la Axarquía. La parte más dura del camino había quedado atrás. Al fondo, en el horizonte, el mar Mediterráneo y sus tintes verdeazules anunciaban a los viajeros que se encontraban en la provincia de Málaga.

*Tras el puerto, el camino enfilaba hacia los pueblos de Málaga. Fotografía de Carlos Luengo*

Ezequiel Martín Caños –a quien no hemos podido ver, pero sí imaginar–, el último peón caminero del Barranco de las Piletas, continuó al pie del cañón mientras su edad y sus fuerzas se lo permitieron. Su marcha a mediados de los años cincuenta del siglo pasado, como una premonición, coincidió con la decadencia de la actividad arriera. Esa profesión centenaria agonizó con la llegada de las carreteras, los vehículos motorizados y el consecuente abaratamiento de las mercancías, transportadas a partir de entonces en grandes cantidades. Gradualmente los arrieros fueron desapareciendo de los caminos: unos volvieron a labrar la tierra y otros emigraron. Con la despedida de Ezequiel el camino del Barranco de las Piletas enfrentó su decadencia definitiva. Ezequiel murió en Canillas de Aceituno en el año 1978.

Hoy son muy pocos los que recuerdan aquel popular camino empedrado tal y como era. El Barranco de las Piletas, sin viajeros y sin un Ezequiel entregado que lo conserve, se ha ido cerrando en un proceso gradual de reconquista por parte de la naturaleza. El crecimiento sin control de la vegetación, los desbordamientos estacionales del arroyo, los desprendimientos periódicos de rocas y arena y la absoluta falta de paso –¿quién iba a aventurarse por allí ahora?– han hecho desaparecer el histórico camino bajo las piedras, el matorral y desamor de los hombres; pocos son los lugares donde todavía se dejan ver algunos tramos, como un recordatorio de lo que fue y ya no es. Una de las pocas personas que saben aún su recorrido original es Pepe Sales, del Cortijo Cerezal Alto, que conoció a Ezequiel siendo un niño y hoy, ya octogenario, nos sirve de guía. A través de las imágenes y los recuerdos filtrados por su memoria hemos podido conocer la historia de esta ruta emblemática de Sierra Tejeda.

*Pepe Sales, del Cortijo Cerezal Alto, al pie del Barranco de las Piletas*

Tal vez deberíamos plantearnos que estos senderos, verdaderos retazos etnográficos y culturales de nuestra historia, no deberían desaparecer tan tristemente como lo están haciendo. Podrían tener un futuro si les concedemos la oportunidad: muchas personas estarían dispuestas a seguir caminando por ellos no ya por obligación como los antiguos arrieros, sino por el puro placer de recorrer sus paisajes cargados de tradición y de leyendas de niños arrieros, de mujeres valerosas, de fuentecillas mágicas, de Posadas de la Estrella y de Chorrillos del Buen Viaje. El camino del Barranco de las Piletas, el viejo y olvidado Camino de Ezequiel; todos los caminos descaminados, en definitiva, lo merecen.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías y mapas, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 17 de noviembre de 2018*

# La historia del padre Javier, I

*Algunas personas nacen dotadas de una energía única y extraordinaria; una suerte de afán que esgrimen como bandera y propósito primero, y llega a convertirse en un modo de entender la vida. La entrega a los demás fue el del padre Javier Alaminos.*

*El pueblo de Otívar a principios del siglo XX*

El trece de abril de 1927 amaneció soleado, aunque algo fresco. El blanco caserío de Cázulas, junto al pueblecito de Otívar, se desperezaba todavía bajo la penumbra azulada de la sierra de la Almijara cuando Concepción Pérez Aneas –Concha, para quienes la conocían– se levantó, inquieta, de la cama. Estaba segura de que ése sería el día en el que daría a luz a su quinto hijo. Mujer previsora y con experiencia, ya tenía listo todo lo necesario para el alumbramiento; sólo era cuestión de aguardar a que llegase el momento. Mientras realizaba algunas faenas ligeras en la casa para entretener la espera, su pensamiento volaba. ¿Sería niño, sería niña…? Aunque nunca antes había sentido preferencia por un sexo u otro –y ya iban cuatro partos–, esta vez todo era diferente. Concha deseaba de corazón que le naciese un varoncito, porque en ese caso la suerte del recién nacido, su buena suerte sería mejor decir, estaba ya decidida.

*Caserío de Cázulas desde la carretera de la Fuentezuela*

Concha y su marido Miguel Alaminos trabajaban desde hacía años para la poderosa familia de la marquesa de Montanaro, doña María del Mar Bermúdez de Castro y Seriñá, en su finca de

Cázulas, en plena sierra de la Almijara. En aquel ubérrimo latifundio de más de 5500 hectáreas de extensión se ganaban el sustento cientos de trabajadores de la comarca suroeste de la provincia de Granada: pastoreaban el ganado, labraban las tierras, habitaban los cortijos propiedad de los marqueses, trabajaban en la serrería, el molino de aceite o el lagar, recogían leña, esparto y plantas aromáticas de la sierra, hacían cal y carbón... Miguel Alaminos era uno de los cinco guardas de monte que tenían empleados los señores para mantener vigiladas sus vastas propiedades. Se alojaba, junto a su mujer y sus cuatro hijos, en una de las casitas para empleados que englobaba el señorío de Cázulas, al igual que otras decenas de familias al servicio de la familia marquesal. La señora tenía un hijo ya adolescente –Paquito le llamaban– habido de su primer matrimonio con don Manuel Dorado, marqués de la Nava de Barcinas y conde de Campomanes pero, imposibilitada para tener más descendencia por una enfermedad posterior al parto, había manifestado su deseo de amadrinar al primer varón que naciese dentro de su finca esa misma primavera. El afortunado recién nacido resultó ser el quinto hijo de Concha y Miguel que, tal y como se esperaba, vino al mundo rollizo y hermoso. Prácticamente recién envuelto en su primera mantilla fue entregado en brazos de doña María del Mar. La marquesa, feliz, miró la carita amelocotonada del pequeño y decidió llamarlo con el mismo nombre que había dado a propio hijo: Francisco Javier.

*Casa natal de Francisco Javier Alaminos Pérez, dentro del caserío de Cázulas*

Concha y Miguel no lamentaban haberse desprendido de su bebé; era más bien al contrario. Ellos tenían varios hijos –cuyo número bien podría aumentar en el futuro– a los que esperaba una vida de esfuerzo y sacrificio como a todos los de su clase, mientras que a este recién nacido le había tocado en suerte, nunca mejor dicho, una existencia privilegiada, reservada sólo a unos pocos. Ser amadrinado por tan importante dama implicaba una crianza y educación acomodadas además de protección, seguridad, amistades para más adelante y oportunidades que ellos dos ni en sueños habrían podido proporcionarle con sus escasos medios. Tal vez incluso aquel hijo suyo podría disponer, en un futuro lejano, de una pequeña herencia que lo dejase bien situado, algo muy ventajoso en aquellos tiempos inciertos donde las oportunidades para la gente humilde, si es que las había, se podían contar con los dedos de una mano. Por ende, ellos tenían su casita dentro del recinto del palacete, con lo que podrían ver a su hijo a diario y éste a sus hermanos. Y, debían reconocerlo, tampoco les vendría mal tener a su cargo una boca menos que alimentar.

Los marqueses de Montanaro –doña María del Mar y su segundo esposo, el conde de Tovar– organizaron una fastuosa celebración para dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia. Después de su bautismo en la capilla del recinto de Cázulas –que tenía privilegio de Pila Bautismal–, durante el cual se impusieron al pequeño los nombres de Francisco Javier (por el hijo de la marquesa) Hermenegildo (por el santo del día en que nació, el trece de abril) María del Mar (por su madrina) Miguel (por su padre) María de la Concepción (por su madre) y María Angustias (por la patrona de Granada), los invitados –entre los que se encontraban amigos y familiares de los marqueses y todos los trabajadores de Cázulas con sus familias– pudieron disfrutar de un excelente y abundantísimo almuerzo en los jardines del palacete, al que siguió una alegre fiesta durante la cual se cantó y se bailó hasta bien entrada la noche. Al final de la misma los marqueses, dichosos como si el pequeño fuese su propio hijo, mandaron a sus sirvientes arrojar desde los balcones de la casa principal una generosa cantidad de brillantes duros de plata, que caían como una lluvia providencial sobre las cabezas de los asistentes al tiempo que incontables manos los iban recogiendo del suelo, entre risas y algazara. Ese regalo a todos los presentes también se entendía como señal de buen augurio para el pequeño homenajeado.

Cuando finalmente todos se retiraron a sus casas, Francisco Javier Hermenegildo María del Mar Miguel María de la Concepción y María Angustias –al que llamarían en adelante simplemente Javier–, cruzó el umbral del palacete de Cázulas adormilado como un Niño Jesús en los brazos de su madrina, entrando así oficialmente en la familia de los marqueses de Montanaro.

*La casa principal de Cázulas se convirtió en el hogar del pequeño Javier*

Los marqueses cumplieron generosa y sobradamente con su parte del compromiso. El niño Javier Alaminos Pérez creció feliz, magníficamente atendido, arropado igual que si hubiera sido hijo natural de doña María del Mar. Acudía diariamente a la escuela de Cázulas, en la que se educaban los hijos de los trabajadores de la finca así como también los pequeños invitados de la familia de los marqueses, que pasaban allí largas temporadas, rodeados por el campo amable y soleado de la sierra de la Almijara. Javier gozaba de los privilegios de formar parte de la familia marquesal a la vez que podía abrazar a sus padres y hermanos a diario. Alto y espigado, de carácter reflexivo y con un excelente sentido del humor, era un niño muy querido

en Cázulas tanto por la familia como por los sirvientes que, como hijo de compañeros, lo mimaban en extremo; Lucía, la cocinera de la casa, solía guardarle dulcecillos y otras galguerías para tomar entre horas, momentos que ambos aprovechaban para mantener interesantes conversaciones. Los marqueses solían pasar temporadas fuera de Cázulas, ya fuese en su piso de Madrid, en la finca que la familia poseía en Mérida –La Encomienda del Moro– o bien en la casa-palacio de la calle Puentezuelas esquina con Buensuceso, en Granada capital. También gustaban de relajarse en los días más calurosos del verano en un agradable hotel de San Sebastián. Javier los acompañaba a todas partes, como un hijo más.

Los años pasaban; sobrevinieron los tiempos de miedo e incertidumbre previos a la Guerra Civil. La familia había abandonado temporalmente el palacete de Cázulas por temor a los actos de vandalismo que algunos simpatizantes de la República querían cometer en su casa y huyeron a San Sebastián, donde les sorprendió el estallido de la guerra el 18 de julio de 1936. Desde allí marcharon a Madrid, donde don Francisco Javier de Allende, esposo de María del Mar, falleció repentinamente, en 1938. La mala fortuna parecía querer cebarse en la familia pues el valiente Paquito, único hijo natural de la marquesa, murió poco tiempo después luchando en el frente de Teruel, el 31 de diciembre de ese mismo año. El niño Javier, a sus once años, fue la tabla salvavidas a la que se aferró María del Mar, aquella pobre mujer rica, para no hundirse en su desconsuelo de madre sin hijo y esposa sin marido. La discreta presencia del chiquillo, su compañía y cariño constantes la ayudaron a salir de su apatía.

Cuando concluyó la Guerra Civil, la maltrecha familia regresó a un Cázulas destruido por la rabia incomprensible de unos pocos –todos sus recuerdos familiares como muebles, pinturas, menaje, libros y fotografías se habían perdido para siempre en un incendio provocado–. No obstante María del Mar y los suyos retomaron sus vidas como mejor pudieron. Con el tiempo la marquesa de Montanaro se casó por tercera vez con un militar de alto rango, don Juan Izquierdo Groselles; Javier mientras tanto se convertía primero en adolescente y luego en muchacho sin cambiar un ápice su talante noble, alegre y paciente, cada vez más consciente de su realidad personal y su posición en el mundo. "El muchacho crecía en estatura y en gracia delante de Dios y de los Hombres", dice el Evangelio de Jesús de Nazaret. Javier comenzó a dar muestras de un discernimiento y un sentido de la compasión y la justicia social poco comunes en los muchachos de su edad.

*La capilla de Cázulas fue siempre uno de los rincones favoritos de Javier*

Desde muy chico Javier se había imbuido del ambiente profundamente religioso que reinaba en la casa: los rosarios diarios, las misas de los sábados, las frecuentes charlas y lecturas piadosas, la devota devoción de su madrina… la capilla de Cázulas, además, le había atraído siempre como si fuera un imán. La cuidada iglesita de culto semipúblico donde había sido bautizado y donde había hecho su Primera Comunión era para él como un refugio recoleto en el que se podía esconder de todos para pensar en sus cosas. La marquesa intuyó esa inclinación y se ilusionó con la idea de que su ahijado fuese sacerdote. Efectivamente, el muchacho había sentido la llamada de la vocación religiosa y así lo manifestó a su madrina, que ya soñaba con la idea de tenerlo como sacerdote fijo en su casa. Pero los planes del joven no coincidían exactamente con los de su benefactora. Se fue a Burgos, donde ingresó en un seminario y se ordenó como sacerdote el cuatro de noviembre de 1956. Regresó a Cázulas para cumplir un deseo: oficiar su primera misa en la capilla, el lugar que lo inspiró. Después y sin dudarlo un momento solicitó su destino, que no era otro que el de marchar a las Misiones.

Javier –el padre Javier, a la sazón–, tal vez por su crianza a caballo entre el ambiente refinado del palacete y la humildad de su origen familiar, siempre entre la dicotomía de los extremos, del arriba y el abajo que tan bien conocía, era muy consciente de la necesidad que pasan los más desfavorecidos. Sin darse cuenta le embargó la solidaridad con lo que había visto toda su vida, desde la comodidad de sus habitaciones en el Palacete de Cázulas: gentes humildes del pueblo, despojadas del derecho a una alimentación, a un techo sobre su cabeza, a una educación y a un trabajo dignos… La llamada que Javier sintió fue la del Dios de la oveja perdida y el hijo pródigo; el que convidó a su fiesta a los pobres, a los lisiados y a los excluidos, en lugar de a la gente distinguida. No quiso decir a su madrina que se marchaba hasta que tuvo el billete de avión en la mano: conocía bien el fuerte carácter de María del Mar y tenía la certeza de que la marquesa, que ya había sufrido demasiadas pérdidas, se negaría en redondo a verlo irse tan lejos.

*El padre Francisco Javier Alaminos Pérez*

Como si el destino –o la voluntad divina– quisieran poner a prueba su osada vocación, el joven padre Javier fue enviado a la isla de Cuba, desde donde viajó a las profundidades de la selva del Petén, en el corazón de Guatemala. Pasó un tiempo conviviendo con las distintas tribus indígenas –itzáes, lacandones, cehaches, mopanes y choles, todos descendientes de los legendarios mayas– que habitaban, junto con una pequeña proporción de descendientes de españoles, en la aldea de La Libertad. Las diferencias entre ricos y pobres eran abismales; la población indígena estaba formada por campesinos oprimidos por las clases dirigentes, los descendientes de europeos que ostentaban el poder y la posesión de las feraces tierras del Petén. El joven misionero aprendió a conocerlos y a conocerse a sí mismo mientras los ayudaba a nacer, a sobrevivir a las enfermedades, penurias económicas, violencia y supersticiones, a vivir y a morir también, colaborando además en su educación y adoctrinamiento religioso, intentando a su vez habituarse al difícil clima de la jungla tropical, integrándose y aprendiendo de ellos las costumbres propias del lugar. Luego fue destinado definitivamente a la ciudad de Quetzaltenango, la segunda en importancia del país, donde el padre Javier pasaría la totalidad de su vida como misionero.

*Quetzaltenango, año 1956. Una ciudad en plena expansión social y económica*

Cuando el padre Javier llegó a Quetzaltenango no contaba siquiera con una iglesia donde administrar su ministerio. Reunía a los fieles, que al principio eran escasos, en un viejo local donde decía sus misas y hacía las catequesis. Tal era la humildad del lugar que el joven sacerdote –la misma persona que durante su infancia y adolescencia disfrutó de los mejores banquetes para comer y de lujosos aposentos donde dormir– apenas contaba con comida caliente que llevarse a la boca y un sitio cómodo donde descansar. Pero esas menudencias a él no le importaban. Su labor: eso sí que era lo primero. El carácter animoso y desprendido del cura fue calando hondo entre aquellas gentes, que tardaron poco tiempo en volcarse con un "padrecito" tan entregado. El tiempo no pasaba en vano. Cada día acudía más gente a sus misas, el número de personas que se convertían al catolicismo aumentaba rápidamente,

crecían los casos de jóvenes que querían ser curas o monjas y el de niñitos que eran bautizados con el nombre de Javier, se corría la voz en la ciudad y fuera de ella acerca de un sacerdote español cuyas misas eran un ejemplo de catequesis y participación popular. El buen hacer y el sempiterno mensaje de paz y armonía del padre Javier estaban transformando para siempre las almas de quienes le escuchaban.

Poco a poco los fieles mejor situados de Quetzaltenango y de otros lugares fueron haciendo donaciones económicas y la comunidad religiosa fue creciendo en importancia; el nombre del padre Javier era ya conocido por todos. Él se sentía realizado. Llevaba exactamente la vida con la que había soñado allá en su tierra natal. "Para esto estoy aquí", se decía. Y era verdad: había ido para convivir de igual a igual con sus feligreses y cumplir con su deber como un carpintero en su carpintería, construyendo un templo imaginario en el corazón de cada uno de ellos; para ofrecer lo mejor de sí mismo mediante un trabajo constante socorriendo, acogiendo, apoyando, consolando, aconsejando y educando en la fe, en definitiva, a todo el que lo precisase.

*El padre Javier se convirtió en alguien indispensable para muchos quetzaltecos*

Cada cierto tiempo, en función de sus obligaciones y sobre todo de su disponibilidad de dinero, Javier Alaminos volaba a España para reunirse con sus dos familias, la de la marquesa de Montanaro y la de sus padres y hermanos. Todos se alegraban sinceramente de verlo y escuchaban boquiabiertos las mil y una historias que el intrépido misionero describía con detalle sobre sus increíbles experiencias en Centroamérica. Durante sus estancias en España, familiares y amigos aprovechaban para reunir a toda la familia, casarse, bautizar a sus hijos o recibir la Primera Comunión de manos de su querido padre Javier, al que tanto echaban de menos el resto del año. Y cada vez que le tocaba regresar a Guatemala, invariablemente, se repetía el empeño del sacerdote por recaudar dinero y hacer el máximo acopio de bienes de todo tipo para llevarse a sus misiones, donde tanta falta hacía de tanto. Todo le servía: máquinas de coser, telas y retales, comida empaquetada, pequeños aparatos y herramientas, ropas, calzado, enseres de hogar… los suyos no sabían cómo se las ingeniaba para transportar tal cantidad de equipaje en el avión, pero el caso es que Javier conseguía aparecer con todo aquello en Quetzaltenango.

Los años pasaban rápidamente; sus padres envejecieron y murieron y sus hermanos se casaron y fueron llegando los sobrinos. La marquesa de Montanaro también envejecía a ojos vistas. El padre Javier solía alojarse con ella cuando estaba en Cázulas; sólo si María del Mar se encontraba fuera de Granada paraba Javier en casa de su hermana Carmela. El sacerdote veía a su madrina cada vez más delicada y frágil y deseaba brindarle su compañía y consuelo –no sólo como ahijado sino también como sacerdote– todo el tiempo que le fuese posible.

*Doña María del Mar Bermúdez de Castro, marquesa de Montanaro, en su casa de Cázulas*

*El padre Javier de vacaciones de verano en Almuñécar, con sus sobrinos*

Su madrina y benefactora, la Marquesa de Montanaro, falleció en el año 1971, dejando en herencia a su ahijado cierta cantidad de dinero y las valiosas acciones de una fábrica de electricidad situada en Cázulas. Los beneficios que generaban esas acciones dieron por fin un respiro –y de qué magnitud– al padre Javier, que vio enseguida, nunca mejor expresado, el cielo abierto. Sin dudarlo un momento, como si aquello formase parte de un plan previo trazado cuidadosamente, Javier se dispuso a emplear ese dinero en la construcción de su primera iglesia en Quetzaltenango, de la que supervisó las obras personalmente: la Parroquia de la Sagrada Familia. A ella le siguieron en años posteriores las de San Francisco Javier, la Medalla Milagrosa, la Inmaculada Concepción, San Miguel y San Bonifacio… y así hasta catorce templos, a los que se sumaron la construcción de casas de acogida para mujeres maltratadas, escuelas, talleres y el edificio del Movimiento Familiar Cristiano (MFC).

No obstante, las circunstancias en Guatemala no siempre fueron sencillas. Las sucesivas dictaduras militares hicieron de la labor misionera y religiosa en general una profesión de riesgo, pues el régimen imperante consideraba a los religiosos como izquierdistas levantiscos, ya que estaban de parte de los pobres y eran capaces de movilizar grandes masas de seguidores. Por ello sufrieron, como los antiguos mártires, persecución e incluso muerte. El padre Javier no fue una excepción, pero no se acobardó en ningún momento a pesar de sufrir varios atentados contra su vida. Sucedió al contrario: cuanto más ardua era la persecución, con más ahínco iba él a dar su misa, a la que tuvo que llegar en incontables ocasiones escondido como un fugitivo en el maletero de un coche, entre otras heroicidades. Pero las iglesias rebosaban de fieles que le esperaban con el alma en vilo, y el riesgo merecía la pena. Los años corrían; el padre Javier no era un superhombre –aunque a veces lo pareciese– y envejecía visiblemente, al tiempo que una antigua enfermedad y ciertos achaques aparecieron en su día a día. Se decidió por lo tanto que volviese a España definitivamente. El sacerdote, obediente a

sus superiores, partió hacia su tierra natal dejando a sus espaldas más de cuarenta años de auténtico apostolado en Guatemala y un enorme vacío en el corazón de sus feligreses.

De vuelta en su tierra, Javier desempeñó durante unos años un magnífico papel al frente de la Procura Central de Misiones en Madrid, pero estar detrás de una mesa no era lo suyo. Decidió por lo tanto volver a lo que de verdad le motivaba: el apostolado a pie de calle. Para ello solicitó destino en su pueblo natal, Otívar, haciéndose cargo desde 1998 a 2001 de esa parroquia además de las de Jete y Lentegí –qué contenta se habría puesto su madrina, de haberlo visto–, donde realizó una encomiable tarea apostólica al tiempo que se encargaba personalmente, con su propio dinero y solicitando, además, donativos a todo aquel que se cruzaba en su camino, de la restauración de los altares y las obras de arte de esas iglesias. Fue durante esa época cuando se reencontró con su infancia y recuerdos más íntimos al regresar, ya anciano, a las montañas almijareñas que le vieron nacer, y sobre todo a la casa de su madrina, el Palacete de Cázulas, que tras la muerte de sus propietarios y una larga serie de avatares había pasado a manos de los británicos Richard y Brenda Russell-Cowan, y se encontraba en pleno proceso de restauración y reacondicionamiento.

*La capilla de Cázulas fue restaurada siguiendo fielmente el modelo original*

*Su antiguo dormitorio conservaba toda la esencia de su infancia*

Fue una amiga común a ambos quien presentó al padre Javier y a la pareja británica. La simpatía que todos sintieron fue recíproca, y el padre Javier fue invitado cordialmente a visitar la casa donde había crecido. El viejo sacerdote, que se imaginaba a salvo ya –a esas alturas de su vida– de emociones intensas, lloró con lágrimas de niño al cruzar el umbral de su antigua casa, al abrir la puerta de su dormitorio y sobre todo al penetrar en la capilla donde Dios le habló por primera vez y supo por fin cuál sería su destino. El padre Javier estuvo presente –y dio su bendición– el día que se celebró la reapertura oficial del Palacete de Cázulas, en el año 1998. Desde entonces una sincera amistad unió al matrimonio inglés y al religioso, que llegó a su punto álgido cuando Richard y Brenda le pidieron que los casase, a pesar de profesar la religión protestante. Javier accedió encantado. Richard y Brenda Russell-Cowan recibieron la bendición del padre Javier en la capilla de Cázulas el 24 de mayo de 2002. Desde ese día solía ser invitado con frecuencia a visitar el palacete, al que a menudo llevaba a sus amigos y donde –quién lo hubiese imaginado, al cabo de tantos años y de tanta vida transcurrida– volvía a sentirse en su casa.

*En la boda de Richard y Brenda*

Tras un accidente casero que lo dejó algo debilitado, el padre Javier fue trasladado en el año 2001 a Granada capital donde, fiel a sus principios, solicitó las parroquias más olvidadas. Se le

destinó a las de San José, San Nicolás y San Miguel, en el barrio del Albaicín. Allí se hizo cargo asimismo de la dirección espiritual de las Cofradías del Cristo de la Misericordia (Silencio) y de la Aurora, adscritas a la parroquia de San José, además de encargarse de diferentes labores en el Colegio de Arciprestes y otras instituciones diocesanas.

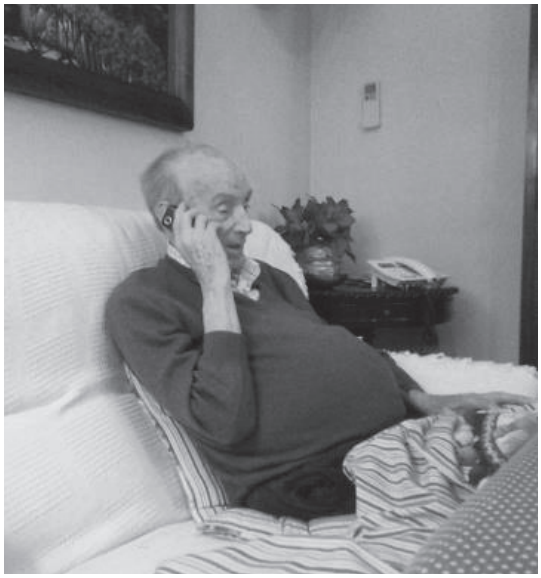
Pero, al margen de sus obligaciones, Javier no olvidó ni un solo día a sus feligreses en Guatemala. Continuó visitando las parroquias quetzaltecas cuando podía pagarse el billete de avión –o se lo costeaban sus amigos, porque el padre Javier vivía muy humildemente–, y cada vez que regresaba allí sus iglesias se llenaban hasta tal punto que la gente tenía que seguir la misa desde la calle; continuó apadrinando con su exiguo salario de sacerdote a todos los niños y niñas que podía permitirse, además de enviar la mitad de su paga de jubilado para Quetzaltenango todos los meses, y continuó hablando por teléfono con algunos de sus feligreses guatemaltecos casi a diario. A pesar de su creciente decaimiento seguía reuniéndose con su extensa familia en Navidad y otras celebraciones, al igual que mantenía una estrecha relación con los familiares de su madrina, la marquesa de Montanaro, amistades por cierto que le ayudaron a sostener sus obras benéficas en Guatemala cuando él se quedó sin recursos económicos. Porque el padre Javier pedía, pedía y pedía. Pedía sobre todo a los amigos de su madrina, gente acaudalada y de posibles –llegó a escribir a la Duquesa de Alba para restaurar la capilla de San Cayetano, en la parroquia de San José. Cayetana le envió un millón de pesetas– que caía rendida ante el empeño contagioso del viejo cura. Llegó un momento en que al padre Javier casi había que invitarle a comer y que comprarle ropa, calzado y otros artículos porque él no guardaba nada para sí; todo lo que tenía lo entregaba a quien consideraba que lo necesitaba más que él.

Siempre decía que él era un "hombre de Dios", y que así consideraba a todos los demás. Por eso jamás tuvo problemas para acercarse a personas de otras religiones, a los que consideraba sus hermanos, como hijos todos del mismo Padre. Entre sus más queridos amigos se encontraba un vecino del barrio del Albaicín, Aly Tawfik Eldaly, un profesor de origen egipcio y confesión musulmana que llegó a querer al padre Javier como lo que ciertamente era, un padre. En casa de Aly tenía siempre el sacerdote un rinconcito reservado para que se sentase y dejase vagar la vista por la hermosa colina de La Sabika; en ese lugar pasaron ambos muchas tardes de fructífera charla, aprendiendo uno del otro y disfrutando de su mutua compañía.

*El asiento del padre Javier en casa de su amigo Aly*

En el año 2006, cuando se cumplieron los cincuenta años de su ordenación como sacerdote, Richard y Brenda le ofrecieron el Palacete de Cázulas para celebrar una gran fiesta en la que se reunieron en su honor muchos familiares y amigos, prometiendo reunirse todos en ese mismo lugar para la celebración del 75 aniversario de su ordenación. Pero claro está, la vida –o tal vez Dios mismo– tenía otros planes para Javier. El anciano arrastraba varias dolencias, algunas de ellas graves, desde hacía años. La edad y el cansancio las empeoraron, aunque él intentó por todos los medios no dejar de desempeñar su tarea incluso encontrándose mal. La debilidad le obligó a dejar su casita junto a la parroquia de San José para quedar al cuidado de sus sobrinos. Su estado se agravó en pocos meses; aun así sacó fuerzas de donde no las había para ver por última vez su Paso de la Aurora, durante la Semana Santa del año 2016, tan sólo unos días antes de su fallecimiento. Con un hilo de voz –con un hilo de vida–, tan emocionado que apenas podía articular las palabras, él que había hablado ante multitudes, se puso en pie para despedirse de su Virgencita; para despedirse de todos, en realidad.

Pronto se supo la noticia de que el padre Javier se encontraba recorriendo los últimos tramos de su camino. La familia Dellachiessa se desplazó desde Guatemala para ayudar en sus cuidados. Todos querían despedirse del padre Javier que, a pesar de encontrarse ya muy enfermo, se pasaba el día contestando llamadas telefónicas pacientemente y sin perder la sonrisa –dando, en definitiva–, como tenía por costumbre. Acababa de cumplir ochenta y nueve años.



*El sacerdote no perdió las ganas de atender a los demás ni en los peores momentos*

Cuando el viejo sacerdote se vio en trance de muerte solicitó ser velado en su parroquia de San José; su deseo expreso fue que lo dejasen solo delante de su Virgen, de la que era muy devoto. Así se hizo. La mañana del nueve de mayo de 2016 sus restos fueron llevados a la residencia sacerdotal de la calle Ancha de Gracia, en cuya parroquia se celebró una solemne misa funeral que reunió a setenta sacerdotes y gran cantidad de fieles.

Sus restos fueron llevados a Otívar, su pueblo natal, donde descansan junto a los de sus padres, tal y como él quiso. Su tumba mira directamente hacia el caserío de Cázulas –del que

dista menos de un kilómetro en línea recta– y a las montañas de Sierra Almijara, que arropan su sueño cerrando un círculo invisible y eterno. Francisco Javier Hermenegildo María del Mar Miguel María de la Concepción María Angustias, o sencillamente el padre Javier, se cumplió a sí mismo mediante un desprendimiento sin límites: una naturaleza entregada que se reflejaba en su rostro, noble y desprovisto ya de cuanto es accesorio en sus últimos momentos.

"Gracias, Dios, por ser Dios", decía el padrecito con tanta frecuencia que ha quedado grabado en letras doradas sobre el mármol negro de su nicho. No tuvo nada, y lo tuvo todo. El padre Javier puede descansar tranquilo, porque cuando uno se busca a sí mismo acaba por encontrarse sólo a sí mismo; pero cuando uno se olvida de sí mismo en nombre de los demás, es cuando verdaderamente encuentra a Dios.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías y vídeo: archivos familias Alaminos y Dellachiessa, Richard y Brenda Russell-Cowan, Cofradías de la Aurora y el Silencio de Granada y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 9 de febrero de 2019*

# Esplendor y decadencia de la Venta de Panaderos, I

*¿Pueden cuatro paredes de piedra convertirse en leyenda? En el caso de la Venta de Panaderos la respuesta es afirmativa y rotunda. Una casa que constituyó para quienes la vieron en pie mucho más que un hogar o una posada, y cuyo nombre ha conseguido llegar hasta nosotros con la misma fuerza que poseyó en sus mejores tiempos. Hoy sus ruinas forman parte esencial de la historia de la sierra de la Almijara y, en última instancia, de la historia reciente de las provincias de Málaga y Granada.*

Hay ciertos nombres que se diría gozan de un poder o una magia intrínsecos, pues sólo con pronunciarlos son capaces de transportarnos a la época a la que pertenecieron. El del Camino Real de Granada –bello, sonoro, ¿imperecedero?– resulta un buen ejemplo: evoca lugares históricos como el Puerto de Frigiliana, las ventas de Acebuchal, Cebollera, Camila, de las Angustias, la del Vicario, el Puente Cambril, la fábrica de la Resinera… pero por encima de todo nos acerca a la afamada, a la inolvidable Venta de Panaderos. Entonces nos vienen a la mente las imágenes de hermosos senderos cuidadosamente empedrados, anchurosos a fuerza de pasos y pasos, transitados por un sinfín de personajes cuyos oficios pertenecen ya más al recuerdo que a otra cosa. Senderos a lo largo de los cuales se podían encontrar multitud de cortijos y ventorrillos mantenidos con primor por las gentes que los habitaban, levantados unos a la misma orilla del camino y otros apenas visibles, tan protegidos por el espeso pinar que sólo el humo de sus chimeneas delataba su presencia. Nombres que, del mismo modo, traen al presente figuras remotas como las de los arrieros, que hicieron suyas las sendas que abrieran en su día fenicios, romanos, y moriscos: aquellos caminos interminables que penetraban valles y montañas en busca de poblaciones alejadas con el fin de fomentar el comercio, la comunicación y las relaciones sociales entre los habitantes de las distintas comarcas.

Los arrieros. Una raza de hombres duros como el pedernal, de manos recias y facciones esculpidas por el sol y el aire libre; profundos conocedores de sendas y atajos, expertos en el franqueo de barranqueras y diestros en esgrimir la vara si los asaltantes de caminos se cruzaban en su marcha sin fin; amigos de albardoneros y talabarteros, psicólogos autodidactas que leían las intenciones de los venteros, carteros y mensajeros cuando era menester y cronistas sin igual de viejas historias de riadas, ventiscas, canículas y famosos bandidos emboscados. Con frecuencia los arrieros viajaban en grupo, principalmente por seguridad; las caravanas de hombres y bestias formaban largas hileras, ruidosas y coloridas, que ascendían parsimoniosamente por las veredas de toda la vida hasta coronar los puertos de montaña, donde paraban a recobrar el aliento y nivelar la carga entre voces, silbidos y cancioncillas que los esforzados muleros empleaban para arrear a sus bestias y, un poco también, a sí mismos.

*Arriero en el Camino Real de Granada, cerca de Venta Panaderos; al fondo el Cerro del Cisne*

El Camino Real de Granada, ruta de arriería por excelencia entre Málaga y Granada, era uno más de los numerosos caminos de herradura, empedrados por tramos como calzadas romanas, que comunicaban entre sí los pueblos, cortijos, ventas y caseríos que se asentaban por todas partes en las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. La travesía de la sierra era en aquellos tiempos el camino más corto para llegar a Granada desde la costa, evitando así tener que rodear todo el macizo almijareño. Este Camino Real partía de Nerja pasando por Frigiliana, El Acebuchal y las ventas de Cebollera, Camila, Panaderos y la Venta de las Angustias; cruzaba luego el límite entre las provincias de Málaga y Granada por el Puerto de Frigiliana y llegaba, dejando atrás la conocida –y hoy del todo inexistente– Venta del Vicario, hasta Granada por Fornes, Jayena, Arenas del Rey y Játar, o por Alhama de Granada, el Temple y Santa Fe. Era otra época y otra vida: el paso incesante de personas y animales que dependían de la sierra para todo y que se desplazaban a diario por sus sendas constituía el pan de cada día. Arrieros, sí; pero también caleros, leñadores, resineros, labradores, jornaleros, esparteros, pastores, carboneros y simples viajeros iban y venían a todas horas del día e incluso de la noche por aquellos parajes y llevaban la abundancia, en todos los sentidos, a los lugares ubicados a lo largo y al final del camino.

*Ascendiendo hacia el Puerto de Frigiliana. Foto de Mariló V. Oyonarte*

La Venta de Panaderos figuraba ya desde comienzos del siglo XIX como uno de los cortijos-hospedería más importantes de la Almijara. Estratégicamente situada en un altiplano, junto a

un importante cruce de caminos, rodeada de barrancos por los que fluía el agua durante todo el año y protegida por las impresionantes escarpaduras del Cerro de los Bojes, el Cerro Lucero, Rajas Negras y el cerro del Cisne, su emplazamiento resultaba inmejorable desde todos los puntos de vista. En aquel conocido –y casi obligado– punto de reunión solían hacer un alto todos los que transitaban por el Camino Real. El trasiego no cesaba nunca: con sol y con luna se podía ver allí a los que llegaban para pasar la noche o para resguardarse de las inclemencias del tiempo –una tormenta de nieve, un aguacero repentino o el calor aplastante de un día de verano–, a los que se acercaban para descansar un rato mientras echaban un trago de aguardiente y un rato de conversación con otros viajeros frente a la chimenea, y a los que entraban con el tiempo justo de engullir deprisa y corriendo un sustancioso plato de puchero antes de proseguir la marcha. Siempre había una olla grande repleta de guiso cocinándose a fuego lento sobre la trébede, gente durmiendo en las habitaciones, bestias de carga alojadas en la cuadra y aparejos de arriería apoyados contra la fachada de la casa. Y es que podía decirse que la parada –más larga o más corta– en la Venta de Panaderos formaba parte inexcusable de cada viaje.

*Cara sur del Cerro Lucero. El círculo señala el lugar donde se levantaba la Venta de Panaderos.*

La venta contaba con una espaciosa planta baja que acogía una cocina de generosas proporciones con suelos enlosados, horno y –lujo inusual en la época– una hilera de brillantes y coloridos azulejos sobre el caño del fregadero, que recogía a su vez el agua venida del exterior gracias a un ingenioso sistema de conducción por una canal hecha con tejas de barro. Un amplio corredor empedrado separaba la cocina de una acogedora habitación con chimenea, y daba acceso a las cuadras a través de una puerta de doble vano. A su izquierda el pasillo comunicaba con los cuartos de la planta baja y algo más allá con la escalera que subía al piso superior, donde varios dormitorios de diferentes tamaños y un pajar –que servía también para alojar a la gente cuando era necesario– completaban el espacio. Fuera de la casa se encontraban los corrales para el ganado, el gallinero y la zahúrda de los cerdos. Por encima del conjunto se podían ver una extensa era empedrada y una práctica acequia hecha con tubería y tejas de barro que conducía el agua del Barranco Bartolo hasta una alberca situada junto a la era, que a su vez llevaba dicha agua por la conducción de tejas adosada a la pared exterior hasta el interior de la cocina, donde un tubo de plomo que atravesaba el muro hacía las veces

de grifo. La de Venta de Panaderos era, sin duda alguna, una de las mejores casas de los alrededores; el paso de los arrieros con sus mercancías, además, la convertía en un punto de abastecimiento muy bien surtido, donde ellos mismos podían comprar, vender e intercambiar todo tipo de género sin tener que trasponer a los pueblos más distantes. Durante muchos años varias generaciones de venteros con sus familias se encargaron de atender a los viajeros del Camino Real de Granada, al tiempo que criaban a sus hijos y sacaban adelante sus cosechas en aquel agreste rincón de la sierra, que por ende tenía fama de producir las mejores hortalizas, melones y sandías de toda la Almijara.

*Reunión de cazadores en la Venta de Panaderos, año 1919. Al fondo, la cresta de Rajas Negras*

Venteros como la familia de Demetrio y Victoria primero, y su hijo Victoriano después (no hay constancia de sus apellidos), oriundos del pueblo de Cómpeta, quienes desde principios del siglo XX regentaron de forma impecable la magnífica posada, hasta que la ancianidad del cabeza de familia los empujó a volver a su pueblo y vender, no sin pesar, la Venta de Panaderos. Fue en el año 1944 cuando los nuevos propietarios de la casa, el matrimonio formado por Francisco Rodríguez Ramírez y Ana Herrero Herrero, ambos procedentes de Frigiliana, tomaron posesión de su nuevo hogar. Éstos adquirieron la célebre Venta de Panaderos sabedores de que durante mucho tiempo había sido un próspero negocio; los años de la guerra civil habían hecho mella en las ganancias, pero eso ya había quedado atrás y los dos confiaban en que en poco tiempo, y haciendo bien su trabajo, volverían a levantar la legendaria hospedería. Las tierras que rodeaban la casa eran buenas y el movimiento de viajeros no sólo no decaía sino que incluso aumentaba, merced a los arrieros que retomaban su actividad tras el parón de la guerra. Un buen número de pequeños estraperlistas –el hambre y la escasez de todo los empujaban a ello– aparecieron también en escena. Y todos tendrían que pasar por la puerta de la Venta de Panaderos. La familia al completo –Francisco y Ana tenían seis hijos: Dolores, Ana, Rita, Paquita, Francisco y José Antonio– se puso manos a la obra para hacer ese sueño realidad.

Pero nadie contaba con que, peor que la guerra, sería la posguerra. La miseria ocasionada por la contienda y la dureza de la posterior guerrilla antifranquista alcanzaron muchas zonas de España –incluidas las comarcas de Tejeda Almijara y Alhama–, perturbando la vida de todos los que vivían en aquellas montañas. A partir de 1945 la sierra se llenó de guerrilleros –o bandoleros, según los llamaban sus perseguidores–; se trataba de un numeroso grupo de

hombres de distintas procedencias, antiguos luchadores del bando perdedor, pero también locales descontentos con su situación e incluso algunos delincuentes de poca monta que, bajo el mando de un antiguo combatiente republicano, José Muñoz Lozano, pensaron que podrían liberar España de las manos de los franquistas.

Organizados como un ejército en miniatura desde fuera de nuestras fronteras por el Partido Comunista en el exilio, la "gente de la sierra" se ocultaba en las zonas más intrincadas de las montañas y organizaban ágiles escaramuzas con las que conseguían alterar a las fuerzas de la guardia civil que, prácticamente con carta blanca por parte de las autoridades franquistas, estaban dispuestos a combatir a aquellos molestos maquis en cualquier momento y en cualquier lugar. El panorama cambió radicalmente en toda la comarca. Se cerraron a cal y canto los antiguos caminos y se hizo indispensable la obtención de cédulas de paso –que había que renovar cada quince días en los cuarteles de la guardia civil– para poder circular por ellos. No quedó un rincón en las montañas que no se encontrase sometido a una estrecha vigilancia, tanto por parte de un bando como por parte del otro. Los arrieros sufrieron especialmente esta situación, pues su oficio los ponía en riesgo continuamente: o se veían obligados a vender su mercancía a los guerrilleros que les salían al paso, o se arriesgaban a perder sus bestias y la carga si se topaban con la Benemérita, que decomisaba toda la mercancía que atravesaba la sierra para evitar que llegasen provisiones y suministros a manos de los rebeldes.

*Las parejas de guardias civiles patrullando los senderos eran una imagen cotidiana*

Los tiempos se tornaron cada vez más difíciles. La Venta de Panaderos, situada al pie del Cerro Lucero, quedó rodeada de campamentos maquis que se ocultaban de la guardia civil por todos aquellos repechos, ya que la agreste orografía de la zona facilitaba su camuflaje. Sin comerlo ni beberlo la histórica posada se convirtió en un enclave muy comprometido. Francisco, Ana y sus seis hijos vivían literalmente en el centro de aquel fuego cruzado, y se veían obligados a atender tanto los requerimientos de los guerrilleros como los la guardia civil, pues la posición de la venta –tan beneficiosa en tiempos mejores– la convertía ahora en un punto clave de la lucha. Negarse a colaborar con unos y otros significaba una muerte segura o, en el mejor de los

casos, duras represalias para ellos y sus familiares. Y no se sabía quiénes podían ser más crueles, ya que en la práctica se trataba de un nuevo estado de guerra. Los momentos difíciles se producían a diario: literalmente, un día entraban a la venta los civiles y al día siguiente los de la sierra. El "teléfono guerrillero" –consistente en una sábana colocada sobre el tejado de la venta cuando la guardia civil se encontraba por las inmediaciones o en su interior– funcionaba las veinticuatro horas del día, quisieran o no los malhadados venteros. Se daban incluso situaciones que en otro momento hubiesen resultado cómicas: si los guerrilleros encargaban a Ana que les cocinase unas patatas o unas migas y al poco aparecían los guardias, eran éstos quienes daban buena cuenta de esa comida mientras los rebeldes escapaban atrochando monte arriba. Las palizas y asesinatos, los secuestros, enfrentamientos, delaciones y traiciones en ambos bandos se convirtieron en sucesos habituales entre aquellas gentes sencillas, que hasta hacía bien poco sólo entendían de criar ganado y labrar la tierra. Todos se volvieron medrosos y desconfiados. La comarca ya no parecía la misma.

*Guerrilleros de la Agrupación Málaga-Granada*

El responsable máximo de la lucha guerrillera en la Almijara, José Muñoz Lozano –más conocido por todos por su nombre de guerra, "Roberto"– era un hombre taimado e inteligente, experto en artes militares y un magnífico estratega, con una amplia experiencia en la técnica de la guerra de guerrillas adquirida en Francia, donde había luchado contra las fuerzas de ocupación nazi. Dotado de una fuerte personalidad y, también hay que decirlo, de un gran sentido del humor, su ingenio y socarronería corrían parejas con su frialdad. Tan pronto señalaba a uno de sus hombres como "chivato" y lo condenaba con un gesto a una muerte segura, como soltaba con gracia un chascarrillo a los que tuviese delante. Además de todo eso gozaba de buena presencia y un bagaje cultural muy superior al de la gente de la que solía rodearse, con lo cual su carisma resultaba aún mayor. Arrastraba una vieja herida de guerra en la pierna izquierda que le hacía cojear, por ello se defendía mal en el escabroso terreno almijareño y solía ir a cuestas de uno de sus hombres de confianza, José Martín Navas, al que todos llamaban "el caballo de Roberto". En el momento álgido de la lucha Roberto llegó a tener bajo sus órdenes a más de ciento sesenta hombres; la Agrupación Granada-Málaga fue la más importante de Andalucía y una de las más activas de España. A pesar de que no le gustaba la vida en la sierra asumió con determinación sus funciones, llegando a hacerse

temible dentro y fuera de sus filas. Su nombre y el de su agrupación llegaron a convertirse en leyenda.

*El jefe de la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga, José Muñoz Lozano, alias "Roberto"*

Debido a la proximidad con sus posiciones ocultas en el Cerro de los Bojes, el Barranco Bartolo, el Cerro del Cisne y el Cerro Lucero, Roberto y sus hombres solían frecuentar la Venta de Panaderos. Les gustaban su ambiente animado y especialmente los suculentos potajes que cocinaba Ana, que tanto echaban ellos de menos cuando, escondidos entre las rocas de la sierra, se veían forzados a alimentarse durante días a base de arenques, tocino, latas de atún y pan reseco. La familia de Francisco y Ana les apoyaba de distintas formas: facilitándoles información, procurándoles víveres y objetos de uso cotidiano, lavándoles la ropa, realizando compras por encargo para ellos e incluso ocultando parte de sus enseres y munición en unos zulos o escondites de los que disponía la antigua posada, algunos con casi un siglo de antigüedad, que se encontraban muy bien disimulados en el interior de la casa. Francisco y Ana, profesionales hasta sus últimas consecuencias, procuraban hacer su trabajo sin meterse en líos y arriesgando lo menos posible, realizando para ello mil malabarismos. Pero hay secretos difíciles de guardar, y era de muchos sabido –de la guardia civil también– que los de la sierra pasaban a menudo por su casa.

La hija mayor del matrimonio, Dolores, era una muchacha inteligente y muy guapa; sus padres habían previsto para ella una educación que le permitiera salir de la sierra algún día, por lo que la chica se encontraba por aquel entonces en un colegio, estudiando en régimen de internado. Una de las ocasiones en las que bajaba a la venta para tomarse una taza de café con relativa tranquilidad, Roberto reparó en una fotografía de la niña que colgaba de una de las paredes de la casa. "¿Quién es esta muchacha?" preguntó a Ana. "Es mi hija mayor, que está estudiando fuera" declaró la madre, temblando ante el inusitado interés mostrado por guerrillero. "¿Así que es hija tuya…? Bueno, pues cuando le escribas le dices que la vas a sacar del colegio y te la traes para acá, que la quiero conocer". "Pero es que ella no va a querer venirse, es menester que aprenda cuatro cosillas para luego encontrar trabajo", insistió la madre, con un hilo de voz. "No hay más que hablar. La próxima vez que venga yo tiene que estar aquí, que no le va a

pasar nada, mujer" concluyó Roberto apurando su jarrilla de café y saliendo fuera al tiempo que reclamaba a sus hombres, que se habían apostado en los alrededores de la venta.

Ana habló del asunto con su marido y ambos convinieron en escribir a su hija explicándole la gravedad de la situación y rogándole que no se negase a regresar, pues temían, y con razón, las represalias del temible jefe guerrillero. "Si no te vienes, hija, esta gente nos va a matar a todos", terminaba Ana su carta. Aunque Dolores no quería abandonar ni a sus amigas ni el ambiente tranquilo del internado, no tuvo más remedio que obedecer el mandato de sus padres, que era, a fin de cuentas, el mandato de Roberto. De ese modo la joven, de poco más de veinte años, regresó a la Venta de Panaderos, donde la esperaba el famoso maqui del que todo el mundo hablaba, que tenía por cierto esposa y una hija en Madrid, aunque eran muy pocos los que conocían la existencia de su pequeña familia.

*La bella Dolores Rodríguez Herrero, la niña de la Venta Panaderos*

Como era de esperar, Roberto se prendó de la muchacha nada más verla. Echando mano de su sabiduría de hombre maduro, obsequió a Dolores con un florido repertorio de requiebros y ternezas que, unidos a su figura de guerrillero proscrito –como los gallardos bandoleros románticos de los grabados antiguos– y a su carácter carismático, derribaron la débil defensa que la joven había erigido para protegerse. Dolores se convirtió, pues, en la acompañante oficial de Roberto cada vez que él aparecía por la Venta de Panaderos. El jefe maqui no se limitaba a tenerla cerca de sí mientras visitaba la casa –además de belleza, la muchacha poseía buen carácter y una agradable conversación–, sino que también se la llevaba de viaje cuando tenía que dejar la sierra, para utilizarla como coartada ante eventuales encuentros no deseados: la guardia civil buscaba a un guerrillero solitario, no a un solícito marido que viajaba junto a su esposa. Los rumores volaban ya por toda la comarca. Dolores dejó de ser "la niña de la Venta Panaderos" para convertirse en "la novia de Roberto", aunque, a decir verdad, nadie sabía con certeza si realmente existió entre ellos algún tipo de relación amorosa. Los propietarios de la venta quedaron, oficiosamente, bajo la protección –no solicitada– de la gente de la sierra, ya que Dolores vivía allí. Era probado que en más de una ocasión y por evitar daños a la familia de la muchacha, los rebeldes dejaron de atacar a los guardias civiles cuando

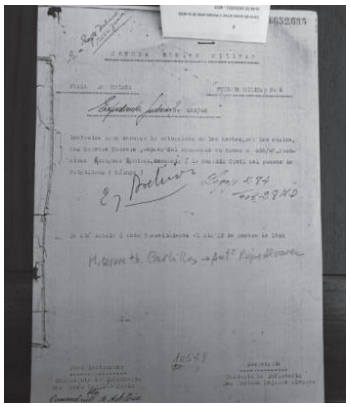
éstos se encontraban desprevenidos en el interior de la casa. Pero la situación, lejos de mejorar, fue empeorando gradualmente. La Benemérita, cada vez más amoscada sobre la verdadera naturaleza de la relación entre los dueños de la Venta de Panaderos y los guerrilleros, cerró el cerco sobre la familia de Ana y Francisco.

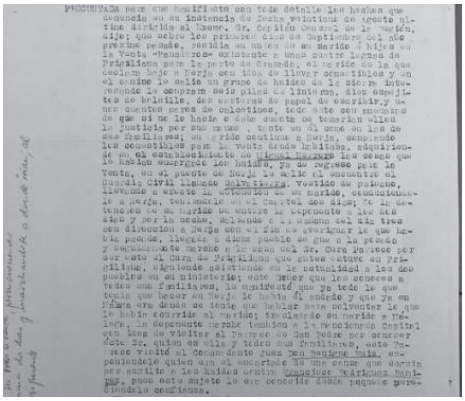
Los venteros y sus hijos, incluidos los pequeños Francisco y José Antonio, de once y ocho años de edad respectivamente, fueron sometidos a una vigilancia rigurosa. Llegó un momento en que la familia entera temblaba de pies a cabeza cada vez que llamaban a su puerta: si eran los civiles, malo, porque éstos no se lo pensaban dos veces a la hora de dar palizas; si eran los de la sierra, peor, ya que sus visitas continuadas ponían en grave peligro a todos. La guardia civil tenía ojos y oídos por todas partes, ya que no sólo contaba con el trabajo de sus hombres sino también con el apoyo de simpatizantes y ciertos confidentes que, por tal de redimirse ante los ojos de las autoridades, hubiesen delatado prácticamente a cualquiera. Los dueños de la Venta de Panaderos no tenían salida. Y, tal y como la guardia civil había previsto, cogerlos en falta fue sólo cuestión de tiempo.

*Contrapartidas de guardias civiles disfrazados de rebeldes recorrían la sierra de punta a punta*

Corrían los primeros días del mes de septiembre de 1947. Una mañana muy temprano –aún no asomaban las claras del día: había que aprovechar las horas más frescas– salió Francisco con una mula de la Venta de Panaderos, tomando el camino de Nerja: tenía que realizar varios encargos, entre los que se encontraban comprar comestibles y artículos de aseo para su familia y también –como en otras ocasiones– llevar unos mandados para la gente de la sierra. Francisco llegó al pueblo y despachó sus compras con premura, pues quería regresar a casa para el mediodía. En su camino de vuelta le salió al paso un hombre. Sin mediar otras palabras éste le dio el alto, le pidió la documentación y le preguntó qué llevaba la mula en las alforjas. Se trataba de un guardia civil vestido de paisano que lo había estado siguiendo sin que Francisco se percatase de nada. Tras revisar exhaustivamente la carga –entre la que había ocultos varios artículos que el pobre Francisco, titubeante, no consiguió justificar– el guardia civil procedió a la detención del ventero, conduciéndolo en el acto al cuartel de la guardia civil de Nerja, desde donde fue trasladado a Málaga capital. Nadie se preocupó de dar aviso a su familia que, ajena a todo lo que estaba ocurriendo, esperaba a Francisco con la mesa puesta para almorzar.

En la Venta de Panaderos, Ana se impacientaba. Aquel hombre suyo no volvía y era raro, pues se trataba de una persona metódica y de costumbres fijas. ¿Dónde podría estar?¿Le habría pasado algo? Llegó la tarde; cayó la noche. Desolada e insomne, con los ojos desorbitados en la oscuridad de su dormitorio, la mujer no paraba de dar vueltas a la cabeza. No quería alarmar a sus hijos, a los que había dicho que no temieran: seguramente su padre se habría encontrado con algún pariente. Pero al otro día tampoco hubo noticias y esa noche, aterrada ya, decidió liarse la manta a la cabeza y salir en busca de su marido. Ana tenía la certeza de que lo que tanto temían todos había ocurrido por fin. Lo único que anhelaba era saber si Francisco vivía o si lo habrían matado los civiles, porque tal y como estaban las cosas, eso era lo más probable. A la mañana del tercer día Ana lió un pequeño hatillo y se puso en camino, no sin antes despedirse cariñosamente de sus hijos, a quienes dejó al cargo de las dos hermanas mayores, Dolores y Rita. Caminando lo más deprisa que pudo llegó a Nerja e inmediatamente buscó al párroco del pueblo, que era también de Frigiliana y los conocía a todos desde hacía tiempo. El sacerdote, apiadado de la desesperación de la mujer, la informó de que su marido había sido detenido y llevado a Málaga. ¡Francisco seguía vivo, entonces! No había tiempo que perder; Ana regresó de inmediato a su casa para preparar el viaje a Málaga, antes de que las cosas se pusieran peor para Francisco.





*Fragmento de la declaración original de Ana Herrero en el año 1948 respecto a la detención de su marido*

En una declaración posterior –realizada al año siguiente, con motivo de una denuncia interpuesta por la valiente Ana contra la guardia civil– así quedaron registradas sus palabras, textualmente:

***"DECLARACIÓN DE ANA HERRERO HERRERO, de cuarenta y nueve años de edad, estado casada, natural de Frigiliana, de profesión sus labores, sabe leer y escribir, y sin antecedentes penales (...)***

***Preguntada para que manifieste con todo detalle los hechos que denuncia en su instancia de fecha veintiuno de agosto último*** *(año 1948)* ***dirigida al Exmo. Sr. Capitán General de la Región, dijo que sobre los primeros días de septiembre del año próximo pasado*** *(1947),* ***residía en unión de su marido e hijos en la Venta "Panaderos", existente a unas cuatro leguas de Frigiliana para la parte de Granada; el marido de la que declara bajó a Nerja con idea de llevar comestibles y en el camino le salió un grupo de huidos de la sierra interesando***

***les comprara seis pilas de linterna, diez espejitos de bolsillo, dos carteras de papel de escribir y unos cuantos pares de calcetines, todo esto con amenazas de que si no lo hacía o daba cuenta, se tomarían ellos la justicia por sus manos, tanto en él como en las de sus familiares; su marido continuó a Nerja, comprando los comestibles para la vuelta donde habitaba, adquiriendo en el establecimiento de Miguel Herrero las cosas que le habían encargado los huidos; ya de regreso para la Venta, en el puente de Nerja le salió al encuentro el guardia civil llamado Salvatierra, vestido de paisano, llevando a efecto la detención de su marido y conduciéndolo a Nerja, teniéndolo en el cuartel dos días; de la detención de su marido se enteró la deponente a los dos días y por la noche, saliendo a la mañana del día tres con dirección a Nerja con el fin de averiguar lo que había pasado; llegada a dicho pueblo se fue a la posada y seguidamente marchó a la casa del señor Cura Párroco por ser éste el cura de Frigiliana*** *(es un error del que transcribe, aquí debe decir Nerja)* ***que antes estuvo en Frigiliana, siguiendo asistiendo en la actualidad a los dos pueblos en su ministerio; este señor que los conoce a todos sus familiares, le manifestó que ya todo lo que había que hacer en Nerja lo había él andado, y que ya en Málaga era donde se tenía que hablar para solventar lo que le había ocurrido al marido (...)"***

Ana, por tanto, se veía impelida a viajar a Málaga para intentar ver a su marido primero, y para aclarar la situación, si ello era posible, después. No tenía ni idea de cuántos días estaría fuera; ni siquiera sabía si podría volver: quienes se veían envueltos –voluntaria o involuntariamente– en asuntos entre los guerrilleros y los guardias civiles solían pagarlo muy caro… Mientras tanto Dolores, Rita, Ana, Paquita, Francisco y José Antonio, los seis hijos de Ana y Francisco, no tendrían más remedio que aguardar el regreso de sus padres manteniendo el ánimo en la adversidad, como habían visto hacer a sus progenitores, y cuidando unos de otros, solos allá arriba y a merced de quien pasase por su casa, la Venta de Panaderos.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Bibliografía: "Recuperando la memoria" y "Censo Guerrillero", de José Aurelio Romero Navas, "Causa Perdida", de Juan Morente y "La gente de la sierra", de David Baird*

*Documentación histórica, archivo de José Aurelio Romero Navas*

*Publicado el 16 de marzo de 2019*

## Esplendor y decadencia de la Venta de Panaderos, II

*La odisea –más que la historia– de una casa peculiar, contemplada a través de los años y los acontecimientos, personas y vivencias que se sucedieron, durante varias generaciones, en ese remoto rincón de la Sierra Almijara.*

*La Venta de Panaderos en la actualidad*

Retomamos esta historia justo en el punto en el que la dejamos. Ana Herrero Herrero, esposa de Francisco Rodríguez Ramírez, propietarios ambos de la acreditada Venta de Panaderos, tomaba el camino de Málaga pocas horas después de tener noticia de que su marido había sido detenido por la guardia civil. ¿Su delito? Prestar apoyo logístico a la gente de la sierra, aquellos esquivos guerrilleros que luchaban desde sus escondites en las montañas –con mucho empeño y pocos medios– contra la autoridad del momento: el régimen del general Franco. Ana viajaba con la intención de ver a su marido, o al menos de intentarlo. Quería comprobar por sí misma que se encontraba bien, como le habían informado, e interceder ante sus captores, si no para que lo dejasen libre –hecho que sabía impensable–, al menos para que su castigo no fuese muy severo. Los seis hijos del matrimonio, con edades comprendidas entre los veintiuno y los doce años, se quedaron solos en la casa familiar, la Venta de Panaderos, a la espera de que sus padres escapasen con bien de tan amargas circunstancias.

Llegar a Málaga y reunirse con un anciano e influyente sacerdote amigo de la familia, fue todo uno. Ana le suplicó, puesto que estaba muy bien relacionado, que mediase entre ella y la guardia civil. Consciente de la delicada situación de sus conocidos, el cura visitó al Comandante Juez don Benigno Ruiz, ante quien intercedió en favor del detenido. Pero no hubo nada que hacer: el empeño de la Benemérita en aniquilar la pequeña pero enérgica rebelión antifranquista era férreo; los mandos ordenaban el encarcelamiento incondicional e inmediato de todo aquel que prestase a los de la sierra el más mínimo apoyo. Francisco Rodríguez Ramírez acababa de ser condenado a dos años de encarcelamiento, a cumplir en la prisión de Málaga. Ana, pues, ya no tenía nada que hacer en la ciudad, así que tras cuatro días de infructuosas gestiones regresó, abatida pero no vencida, a Frigiliana.

*Prisión Provincial de Málaga, donde cumplía condena Francisco Rodríguez Ramírez*

Ya se disponía a tomar el sendero de su casa cuando los vecinos del pueblo la avisaron de que los niños no estaban en la Venta de Panaderos; la esperaban, desde hacía unos días, en casa de sus parientes del Cortijo de la Viña. Ana voló allí para encontrarse con sus hijos, que entre lloros le contaron que el mismo día que ella había salido de viaje se había presentado en la venta un grupo de siete guardias civiles, al mando del temido cabo José Gómez Calet. Sin mediar palabra ni compadecerse de su angustia, el cabo los obligó a salir de la casa y esperar fuera, abrazados unos a otros, mientras los guardias efectuaban un minucioso registro del interior de la venta. Y es que el cabo Calet estaba convencido de que en alguna parte hallaría pruebas –ropas, munición, efectos personales, propaganda guerrillera, cualquier cosa serviría– de la culpabilidad de la familia, de su apoyo incondicional, según él, a la gente de la sierra. Pero por mucho que sus hombres revolvieron dentro y fuera, no encontraron nada sospechoso. Quizá frustrado por ello, el cabo ordenó a las hermanas mayores que se aprestasen a empaquetar lo más preciso porque ese mismo día, antes de que cayera la noche, tenían que abandonar su casa. Y, ¡ay del que osara desobedecer sus órdenes! Los niños se miraban entre sí, desesperados, sin saber qué hacer. Fue Rita, la tercera de las hijas de Ana –de quince años de edad–, la que rogó al cabo que por Dios les concediese algo más de tiempo, pues no eran capaces ellos solos de recogerlo todo en tan pocas horas, a lo cual accedió el cabo. Dolores, como hermana mayor y cabeza de familia en ese momento, envió recado a unos parientes para que al día siguiente a última hora se presentasen en la venta con las bestias y los ayudasen a trasladarse. Esa noche, el cabo Calet y sus guardias se quedaron a dormir en la Venta de Panaderos, donde entraron como Pedro por su casa, cenaron cuanto les vino en gana y ocuparon varias habitaciones para descansar.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, apareció en la venta el cabo Antonio González Bueno, más conocido como el Cabo Largo, famoso en toda la comarca por su crueldad sin límite. Mientras Dolores y sus hermanos se afanaban en recoger ropas y pequeños bártulos, ayudados por su primo Antonio Sánchez Recio y un trabajador de la venta, el Cabo Largo se jactaba ante los consternados muchachos de que por fin había llegado la hora de ajustar las cuentas a su familia. Los niños repasaron bultos y hatillos; dentro de la casa quedaron los muebles, los aperos de labranza, comida y un sinfín de enseres y objetos menudos que no había forma de llevarse. Todo fue cargado en dos mulas. Cuando por fin estuvieron listos la guardia civil, que no les había quitado el ojo de encima ni un minuto, marchó a Frigiliana

encargándoles que no tardasen en emprender la bajada ellos también. Los guardias desparecieron tras la primera curva del camino; entonces y sólo entonces los hijos de Ana y Francisco cerraron los postigos de las ventanas y la puerta de la Venta de Panaderos con la única llave que tenían. Dolores la guardó en uno de sus bolsillos y, entre lágrimas, los niños se despidieron de su casa. Desde allí caminaron directos al Cortijo de la Viña, situado a la entrada de Frigiliana, donde ya los esperaban los familiares que se encargarían de atenderlos hasta que volviese su madre de Málaga.

*Calle de Frigiliana*

Ana y sus hijos se instalaron provisionalmente en el cortijo. Pasaron unas semanas; aunque lo habían solicitado, no podían visitar –lo tenían expresamente prohibido– la Venta de Panaderos. Con el mes de noviembre llegó la época de recoger la cosecha de aceitunas, habichuelas y otros productos de la huerta que la familia tenía sembrados en los terrenos de alrededor de la casa. Ana se acercó al cuartel de la guardia civil y pidió permiso, sin muchas esperanzas, para subir a la venta y recoger al menos la aceituna y las habichuelas, pero esa solicitud –como era de esperar– no fue atendida. La familia de Ana, privada de las ganancias que le hubieran supuesto la recogida y venta de sus cosechas, se quedó sin ingresos ni medio alguno de vida. Ellos no querían resultar una carga para los parientes que los habían acogido, por lo que no vieron más salida que mudarse temporalmente a Málaga. Allí estarían cerca de Francisco, que continuaba cumpliendo su pena, y Dolores y Ana, las hijas mayores, podrían encontrar trabajo como sirvientas, algo muy demandado en la época. Con sus sueldos la familia esperaba subsistir hasta que el cabeza de familia concluyese su deuda con la justicia.

Mientras tanto la Venta de Panaderos, desalojada, cerrada a cal y canto, quedó en espera del regreso de sus habitantes. Pero la guardia civil pasaba por allí con demasiada frecuencia. Sabían que los guerrilleros se ocultaban muy cerca y que la ventajosa posición de aquella casa podría servirles, antes o después, para caer sobre ellos. Decidieron que sería bueno utilizar la venta como destacamento provisional, desde el cual organizar batidas en las proximidades;

para ello intentaron abrir la puerta y acceder al interior, pero fue en vano, ya que la misma se encontraba sólidamente cerrada por Dolores, con varias vueltas de llave. Visto lo visto y sin pensarlo dos veces –como era su costumbre en cuestiones de esta índole– echaron la puerta abajo y penetraron en la casa. Los guardias civiles comprobaron que ésta se encontraba a punto para ser utilizada por cualquiera –también por los de la sierra– si se quedaba abierta, ahora que la puerta estaba inservible. Así que no encontraron mejor solución que prenderle fuego. La legendaria Venta de Panaderos, con sus siglos de historia a cuestas, ardió casi por los cuatro costados, rápida, violentamente; las llamas alcanzaron varios metros de altura mientras se cebaban en puertas y ventanas, en las vigas del techo, en los muebles, en la paja del pajar… Todo la fachada principal de la casa resultó dañada irremisiblemente, pero por fortuna las grandes dimensiones de la construcción evitaron que ardiese en su totalidad –muchos de los cuartos interiores quedaron en pie–. También se cortaron y quemaron varios olivos, todo por orden de la guardia civil, aunque ésta lo negaría más tarde.

Algunos vecinos de Frigiliana, testigos de lo sucedido, dieron cuenta a Ana de lo que se había hecho con su casa; ésta y su hija Dolores tuvieron arrestos suficientes para volver al pueblo tras solicitar un permiso –que esta vez sí les fue concedido, tal vez por la gravedad de la situación– para ir a verla, quizá por última vez. Cuando ambas mujeres contemplaron la fachada calcinada de la venta, que era todo lo que poseían, se abrazaron estrechamente, sin decir palabra.

*La Venta de Panaderos*

Una vez de vuelta en Málaga, Ana quiso dejar constancia de su situación. En el mes de agosto de 1948, cuando estaba a punto de cumplirse el primer año de reclusión de su marido, la bizarra mujer, aun a sabiendas de que su denuncia no tendría mucho recorrido, acudió al Juzgado Militar número 2 de esa ciudad para denunciar todo lo acontecido, responsabilizando de ello a los dos cabos a los que consideraba culpables de la desgracia de su familia: el cabo Calet y el Cabo Largo. Tras tomar declaración a ella y a sus hijos, a varios trabajadores de la venta y a los cabos responsables de aquel desastre, la denuncia quedó archivada por falta de pruebas al año siguiente, en agosto del año 1949.

Los términos exactos de esa denuncia quedaron reflejados, literalmente, como sigue:

***"Excelentísimo señor,***

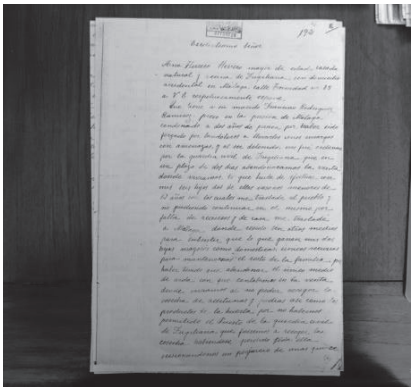
*Ana Herrero Herrero, mayor de edad, casada, natural y vecina de Frigiliana, con domicilio accidental en Málaga, calle Trinidad número 85, a V.E. respetuosamente expone:*

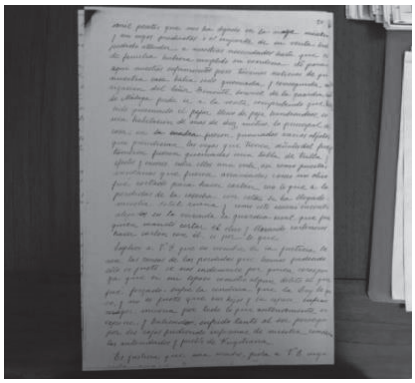
*Que tiene a su marido Francisco Rodríguez Ramírez preso en la prisión de Málaga, condenado a dos años de prisión por haber sido forzado por bandoleros a llevarles unos encargos con amenazas, y al ser detenido nos fue ordenado por la guardia civil de Frigiliana que en un plazo de dos días abandonáramos la venta donde vivíamos, lo que hube de efectuar con mis seis hijos, dos de ellos varones menores de doce años con los cuales me trasladé al pueblo, y no pudiendo continuar en el mismo por falta de recursos y de casa me trasladé a Málaga, donde resido sin otros medios para subsistir que lo que ganan mis dos hijas mayores como domésticas, únicos recursos para mantenernos el resto de la familia, por haber tenido que abandonar el único medio de vida con que contábamos en la venta donde vivíamos. Al no poder recoger la cosecha de aceitunas y judías así como los productos de la huerta por no habernos permitido el puesto de la guardia civil de Frigiliana que fuésemos a recoger la cosecha, habiéndose perdido toda ella, ocasionándonos un perjuicio de unas quince mil pesetas, que nos ha dejado en la mayor miseria y con cuyos productos o el importe de su venta hubiéramos podido atender a nuestras necesidades, hasta que el cabeza de familia hubiera cumplido su condena. No paran aquí nuestros sufrimientos, pues tuvimos noticias de que nuestra casa había sido quemada, y conseguida autorización del señor Teniente Coronel de la guardia civil de Málaga pude ir a la venta, comprobando que había sido quemado el pajar lleno de paja, hundiéndose en una habitación de más de diez metros, la principal de la casa; en la cuadra fueron quemados varios objetos que prendieron las vigas, que tienen señales del fuego. También fueron quemadas una tabla de trilla y efectos y enseres, entre ellos una criba, así como puertas y ventanas que fueron arrancadas y un olivo fue cortado para hacer carbón , con lo que a las pérdidas de la cosecha con ésta se ha llegado a nuestra total ruina, y como esto ocurrió encontrándose alojados en la vivienda la guardia civil , que fue quien mandó cortar el olivo y llevando carboneros hacer carbón con él, es por lo que,*

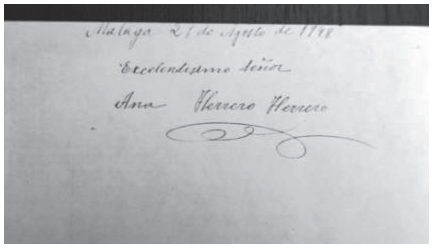
*Suplico a V. E. que en nombre de la justicia se subsanen las causas de las pérdidas que hemos padecido, ello es justo, y se nos indemnice por quien corresponda, ya que si mi esposo cometió algún delito al que fue forzado, sufre la condena que la Ley le puso, y no es justo que sus hijos y su esposa sufran mayor miseria por todo lo que anteriormente se expone, y habiendo sufrido tanto al ser perseguidos por los rojos, pudiendo informar de nuestra condena las autoridades y el pueblo de Frigiliana. Es justicia que una madre pida a V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.*

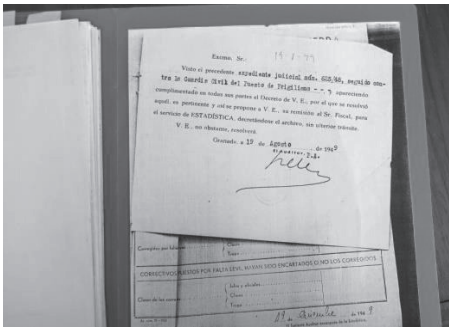
*Málaga, 21 de agosto de 1948"*

*(Firmado: Ana Herrero Herrero)*








*Documentación original de la denuncia (escrito presentado por Ana, y el archivo oficial de la misma). Fotos de Mariló V. Oyonarte*

Aunque había quedado semidestruida, la Venta de Panaderos fue efectivamente utilizada por las fuerzas de la guardia civil como base para vigilar aquel escabroso rincón de la sierra donde se refugiaban los maquis. Uno de los enfrentamientos más importantes entre los guerrilleros y

sus perseguidores se daría precisamente allí, en los alrededores de la casa de Ana y su familia. Con sus fuerzas cada vez más mermadas y dispersas, la gente de la sierra había resuelto reunirse en los campamentos que tenían ocultos a lo largo del intrincado Barranco Bartolo, en la ladera sur del Cerro Lucero. Para organizar esa reunión se mandaron avisos a los distintos grupos guerrilleros a través de numerosos enlaces; la guardia civil, que acechaba en todo momento y tenía confidentes por doquier, sospechó que algo grande se estaba tramando. El día elegido para llevar a cabo esa reunión fue el seis de diciembre de 1948. Unos noventa guerrilleros se dieron cita en los alrededores de la histórica venta con idea de intercambiar información, armamento y también –si la ocasión lo propiciaba– disfrutar de algo parecido a una comida de Navidad, para la que habían reunido doce cabras que pensaban sacrificar y comerse entre todos.

Mientras preparaban su asamblea, los guerrilleros notaron ciertos movimientos en la cabecera del río Higuerón –justo por debajo de sus posiciones–, pero no hicieron caso creyendo que eran cabras monteses. Se trataba de varios destacamentos de guardias civiles llegados desde distintos puntos de la comarca que sumaban casi cien hombres, a los que escoltaba una compañía de Regulares –la temible guardia mora– que iba en avanzadilla. Y ya los tenían encima. "¡Rojillos, bajad para abajo!" les gritaban desde abajo los soldados. "¡Subid a por nosotros!" respondían los interpelados. A las ocho y media de la mañana comenzó el tableteo de las metralletas. El combate fue muy duro y duró todo el día, hasta que se puso el sol. Con la oscuridad de la noche los de la sierra, que conocían el terreno como si fuese su casa, huyeron ladera arriba hasta salir por el Collado de Puerto Llano, ya en la provincia de Granada –lugar que la guardia civil dejó sin cubrir por un inexplicable error táctico–, desde donde se dispersaron y lograron escapar. El célebre combate sólo dejó un muerto y varios heridos, en ambos bandos. Cuando amaneció el siguiente día, los guardias inspeccionaron la zona y descubrieron varios campamentos guerrilleros con señales de actividad reciente como rastros de sangre, casquillos de bala, camas hechas con esparto y abundantes restos de carne de cabra y otras viandas que iban a ser la comida de Navidad de los huidos, y que no llegó a celebrarse.

La Venta de Panaderos continuó funcionando como destacamento de la guardia civil un tiempo más, hasta que el movimiento guerrillero fue aplastado definitivamente en el año 1952. Con los años regresaron la estabilidad y el sosiego a aquellas sierras, que por fortuna no volverían a vivir una situación como aquella.

*Ruinas de los campamentos guerrilleros en el Barranco Bartolo. Fotos de José Aurelio Romero Navas*

Francisco Rodríguez Ramírez fue finalmente excarcelado y la familia de Ana al completo regresó a Frigiliana en el año 1954. No volvieron a habitar la venta de forma estable, que se había deteriorado mucho en los últimos años, pero sí la ocuparon por temporadas, labraron sus tierras y mantuvieron allí al ganado. La actividad de la arriería, para entonces, había decaído considerablemente; muchos arrieros habían cambiado de oficio y el ambiente en los cortijos de la sierra ya no era el mismo de los años anteriores a la guerra civil, por lo que, a los cuatro años de su regreso, Ana y su marido decidieron vender la Venta de Panaderos y abandonar el lugar definitivamente. Fue Federico Sánchez Álvarez, un vecino de Frigiliana apodado "el molinero", quien en el año 1958 les compró la casa y el terreno circundante, por los que pagó ocho mil duros. Federico era cabrero y quería la venta para mantener allí a su rebaño de doscientas cabras durante la temporada del invierno. La casa, que por algunas partes estaba ya muy derrumbada –apenas le quedaban unas cuantas habitaciones en pie–, no era precisamente el mejor hogar del mundo. Poco quedaba ya de la magnífica hospedería de la que todos habían oído hablar; pero Federico y su familia tampoco necesitaban mucho más.

*Federico "el molinero" y su familia vivieron unos años en la Venta de Panaderos*

Cultivaban los viejos bancales que, ajenos a la rápida decadencia de la casa, continuaban produciendo excelentes cosechas de melones y sandías, tomates, pimientos, habichuelas y patatas. Los veranos, "cuando más apretaba la calor", Federico y los suyos se iban de trashumancia hasta los frescos y abundantes pastos de Sierra Nevada, caminando junto a sus cabras durante cinco días completos. En ese tiempo de ausencia, que se prolongaba hasta que caían los primeros copos de nieve en la sierra de Granada, la Venta de Panaderos se quedaba desierta y silenciosa. Durante cuatro años la familia de Federico ocupó las habitaciones que se encontraban en mejor estado de la casa, adecuándolas a sus necesidades. Después, cuando el deterioro de la construcción era ya generalizado, se mudaron a Frigiliana y subían a diario para labrar las tierras y vigilar las cabras, que ocupaban toda la superficie de la antigua posada, convertida a la sazón en un corral de más de cuatrocientos metros cuadrados. Eran los últimos coletazos de la arriería como forma de vida; de vez en cuando, sobre todo en verano, todavía pasaban algunos arrieros por el casi olvidado Camino Real de Granada. Cuando andaba por allí,

Federico les vendía pequeñas cantidades de vino y echaba un rato de conversación con ellos. Pero los tiempos de la arriería y de las grandes ventas habían quedado definitivamente atrás.

Las veredas empezaron a verse desiertas, al tiempo que muchos descendientes de los que tanto las habían frecuentado emigraban a otras zonas de España. El crepúsculo de toda una época no sólo había alcanzado a la Venta de Panaderos, sino también a sus alrededores. Las montañas quedaron convertidas en extensos cotos de caza que empezaban a atraer a otro tipo de interesados a las sierras. En el año 1968 Federico y su familia vendieron la Venta de Panaderos a un dentista militar granadino llamado Jesús del Castillo Enríquez, gran aficionado a la caza, que compró la vieja casa y sus terrenos para disfrutar de su deporte favorito en su tiempo libre. Existía un cupo de licencias de caza para locales, y poseer allí una propiedad, ya fuese grande o pequeña, permitía obtener uno de esos permisos. Cinco años después Jesús del Castillo, a su vez, traspasó la propiedad a un íntimo amigo suyo, el médico militar –también granadino– Miguel Travesí Jiménez, que compartía su pasión por la cacería. Corría el mes de enero del año 1973. La Venta de Panaderos era ya por entonces una absoluta ruina; nadie hubiera sospechado, sin conocerla de antemano, la sorprendente historia que atesoraban sus muros desvencijados. En la actualidad la venta continúa en manos de esa misma familia, aunque existen otras personas que también se consideran dueños de la propiedad.

Hace setenta y un años que el odio ciego y un absurdo deseo de venganza propiciaron el declive de la histórica Venta de Panaderos. La guardia civil de la época no quiso reconocer la autoría del incendio; las culpas saltaron de unos a otros, aunque la gente de Frigiliana siempre supo la verdad. Con el paso del tiempo la leyenda de la Venta de Panaderos estuvo a punto de desaparecer, hasta que algunos investigadores se interesaron por la historia reciente de aquellas sierras. Periodistas de reconocido prestigio como el británico David Baird e historiadores como José Aurelio Romero Navas y Juan Morente Jiménez, entre otros, estudiaron el pasado de esa comarca y consiguieron recuperar un legado que ha quedado reflejado en publicaciones como "Bibliografía de la guerrilla", "Censo de guerrilleros", "Recuperando la memoria", "Vidas truncadas" y "La guerrilla en 1945", de José Aurelio Romero Navas; "Causa Perdida" , de Juan Morente, y "Entre dos Fuegos" y "La gente de la sierra", de David Baird; trabajos que no sólo nos han devuelto esa parte de la historia de España, sino que al mismo tiempo han resucitado hechos, lugares, personas y vivencias dignos de ser recordados, acaecidos durante una época en la que apenas se sabía de la tragedia que se desarrollaba en las montañas de Málaga y Granada.

*La venta de Panaderos a finales de los años ochenta del siglo XX. Foto de José Aurelio Romero Navas*

Dice el refrán, y en este caso se cumple, que "quien tuvo, retuvo". Sólo hay que acercarse a la Venta de Panaderos y observar con un poco de atención: entreveremos todo lo que aquello fue. La casa conserva todavía, a pesar de su decrepitud, las proporciones equilibradas, la práctica sobriedad, el empaque y la dignidad que le dieron fama en sus mejores tiempos. Detalles que quedan constatados por la solidez de sus muros, reforzados con contrafuertes de piedra y ladrillo macizo, hechos para resistir en pie a lo largo de los siglos.

*Muros exteriores y contrafuertes de la Venta de Panaderos*

Las generosas dimensiones interiores de aquella posada concebida para acoger a muchos viajeros, donde los incontables dormitorios siempre estaban llenos y aun así se podía hacer sitio para más; el ingenioso sistema de acometida de aguas, llevadas ex profeso desde el Barranco Bartolo hasta la cocina a través de una conducción rudimentaria pero eficacísima, hecha con tejas de barro. El líquido elemento se almacenaba primero a un aljibe y desde allí pasaba al interior de la casa, a través de un grifo hecho con un tubo de hierro que todavía puede verse en la semienterrada cocina.

*La conducción de agua pasaba por el muro lateral de la casa hasta la cocina; el grifo estaba hecho con un trozo de tubo de hierro*

Las espaciosas cuadras con los pesebres construidos en obra, donde se podían alojar muchos animales a la vez, dado el gran trasiego de arrieros que paraban en la venta; la espaciosa

cocina, que contaba en su interior con un horno de gran tamaño y hasta con una hilera de coloridos azulejos junto al fregadero…

*Horno en el interior de la cocina y fragmento de azulejo de la Venta Panaderos, conservado por José Aurelio Romero Navas (foto de Mariló V. Oyonarte)*

Los fértiles bancales, cuidadosamente aterrazados y afirmados mediante muros de piedra seca –llamados balates en Málaga y albarradas en Granada–, que trepaban hasta media altura por la falda del Cerro Lucero, y que aún se distinguen en la ladera por debajo de la casa; incluso ha llegado hasta nuestros días uno de los cuatro zulos que disimulaban a la perfección los muros más recoletos de la Venta de Panaderos. Originales del siglo XIX, estos agujeros se utilizaron durante muchas generaciones para esconder en su interior desde armas y documentos a dinero, pasando por alimentos, en épocas de escasez. Casi enterrado por fuera y colmatado por dentro, incluso excavado por algún animal, aún se puede ver algo de su interior. Todo un homenaje al ingenio de los hombres en tiempos menos civilizados…

*Exterior e interior del zulo*

Cuántas vidas, afanes, gozos y desdichas se cumplieron entre esas paredes que hoy se hunden ante nuestros ojos. Hace mucho que en la Venta de Panaderos no se ven puertas entreabiertas, ni se asoma nadie a las ventanas; no se encienden los candiles y carburos para alumbrar las largas noches invernales, ni calienta la lumbre en el hogar. El agua no corre por la acequia camino de la cocina, ni en el ambiente flota el aroma delicioso de los pucheros de Ana; faltan el bullicio de los arrieros entrando y saliendo, las bestias sudorosas entibiando el aire de las cuadras y las conversaciones pausadas en torno a una ronda de aguardiente. La mayoría de las personas para las que esa casa significó algo han desaparecido, y sus descendientes hacen sus vidas lejos de allí. Los familiares de Demetrio y Victoria emigraron hace años; Dolores, "la niña de la venta", se casó con un cabrero de Jayena y se marchó a Cataluña, al igual que sus hermanos; una parte de la familia de "los molineros" continúa viviendo en Frigiliana, y los

descendientes de Miguel Travesí, en teoría los actuales propietarios, residen en Granada. En la actualidad sólo las montañas que la rodean acompañan a la venta en su ocaso definitivo. No obstante, ese lugar se ha convertido en un punto de referencia con nombre propio, como si fuese una cumbre o un río. Esta historia nos ha permitido apenas atisbar lo mucho que representó esa casa, convertida por las circunstancias en símbolo de una época que ya no volverá.

Cae la tarde, dorando las ruinas de la Venta de Panaderos. La luz atraviesa limpiamente los muros caídos y los vanos sin postigos de puertas y ventanas; pero las casas, como las personas, no mueren del todo mientras haya alguien que las recuerde. Nosotros volveremos a ese bello rincón de la Almijara para escuchar el susurro de la brisa entre las piedras: seguro que es la voz de la Venta de Panaderos que, a su manera, nos da la bienvenida.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Documentación histórica original, José Aurelio Romero Navas*

*Con la colaboración de David Baird, José Aurelio Romero Navas, Juan Morente Jiménez, Roberto Travesí Ydáñez y Sebastián García Acosta*

*Bibliografía: "La gente de la sierra" y "Entre dos fuegos" (David Baird); "Recuperando la memoria", "Censo guerrillero" y "La guerrilla en 1945" (José Aurelio Romero Navas); "Causa Perdida" (Juan Morente Jiménez)*

*Publicado el 30 de marzo de 2019*

# El largo viaje de Josefa la Corrientes, I

*Un viaje antes que una historia, que comenzó hace más de un siglo y nos transportará desde los humildes cortijos de la Jayena de principios del siglo XX hasta la población de Igualada, en Cataluña, en la actualidad.*

Últimos días de julio de 2019. El tren de alta velocidad, que salió puntual de Barcelona con destino Granada, avanzaba en dirección sur –como suele decirse, a velocidad de vértigo–, atravesando los campos agostados y los extensos rastrojales amarillos de España en pleno verano, en un viaje de más de cinco horas que cruza en diagonal nuestro país. Mientras el paisaje iba desfilando apresurado al otro lado de mi ventanilla, intentaba ordenar la ingente cantidad de material –grabaciones, fotografías, apuntes y papelillos sueltos– obtenido gracias a la colaboración de una afectuosa familia de origen granadino, emigrante en Cataluña como tantas, que me iba a permitir reconstruir la historia de Josefa Arcos Castro –la inolvidable abuela Josefa–, una mujer de bandera que dedicó hasta el último de sus días por entero a su familia. Pero esta no es sólo la historia de una familia, sino también la de varios enclaves donde se desarrollaron momentos cruciales de sus vidas como el río Cebollón, el Cortijo del Duro, el de Almijara, el cortijo de Marchiche, el de la Cueva Colica, el de la Cueva de la Umbría y la Venta de Panaderos, todos ellos circunscritos a una extensa área que ocupa hoy el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

Para situarnos en contexto es necesario retroceder a los ya lejanos albores del siglo XX y a un pueblecito colgado de la falda de Sierra Nevada, Güéjar Sierra; de allí eran los padres de Josefa, nuestra protagonista. Arrancamos pues con el joven matrimonio formado por Francisco Arcos, apodado "Rabiche", su mujer, Encarnación Castro, de la familia de los "Rinrines" y sus tres hijos, todavía de corta edad: Rosa, Josefa y Francisco. Su aventura comienza cuando, en busca de un futuro mejor para su creciente familia, Francisco y Encarnación partieron con todo lo que tenían, los niños y un pequeño hato de cabras, camino de otro pueblo, esta vez en la Sierra de la Almijara: Jayena. Labradores, cabreros y queseros por tradición, ambos constituían una pareja muy afable, de esas que suelen llevarse bien con todo el mundo. Una vez en Jayena alquilaron una casa en el centro del pueblo a una conocida familia local, los Linos, con los cuales –a pesar su fama de terratenientes altivos y distantes– también hicieron muy buenas migas. Jayena era por aquel entonces una localidad de poco más de mil habitantes, pequeña pero muy animada, dedicada casi en exclusiva a la agricultura y la ganadería. Entre sus gentes la familia de Francisco y Encarnación se sintió desde el principio como en casa, igual que si fuesen jayeneros de nación; decidieron, por lo tanto, establecerse allí para siempre. Con el tiempo empezaron a llegar más hijos: un varoncito primero, al que llamaron José y, a su debido tiempo, dos niñas más, Virginia y Rosario, que recibieron sus nombres apadrinadas amablemente por la familia de sus caseros, los Linos. Francisco, Encarnación y sus seis hijos se sentían apreciados por sus vecinos, y en su casa las cosas marchaban bien; a decir verdad, no se podían quejar.

E*l Río Grande de Jayena, al fondo la torre de la iglesia, año 1901*

Poco tiempo después a Francisco se le presentó la oportunidad de arrendar unas tierras, muy buenas a decir de la mayoría, en el Cortijo que llamaban de la Almijara, situado en plena sierra. La finca era propiedad de la afamada María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá y Lillo, marquesa de Montanaro, más conocida en la comarca como la "marquesa de Cázulas". Esta aristócrata, una poderosa terrateniente de la época, poseía gran parte de la Sierra de la Almijara, distribuida en parcelas de monte y tierras de labor cuyas casas-cortijo arrendaba a labradores y pastores sin hacienda. De esa manera éstos contaban con un techo sobre sus cabezas y tierras que cultivar, al tiempo que la marquesa conservaba la tenencia de sus fincas, limpias por demás y en plena producción, así como las acequias abiertas, los caminos expeditos, los bosques despejados de maleza y las viviendas en buen estado, amén de percibir por cada propiedad una rentita anual que no por ser pequeña dejaba de aumentar las arcas marquesales del Palacete de Cázulas, lugar de residencia de la señora en Granada. Así fue, por lo tanto, cómo los padres de Josefa cerraron la casa de Jayena para emprender la aventura de mudarse al campo con sus cabras. Una aventura que, esperaban, a todos les fuese propicia.

Francisco, Encarnación y los niños se instalaron allí y en poco tiempo se hicieron a su nuevo hogar. El Cortijo Almijara era uno de los mejores de aquella parte de la sierra, si exceptuamos la próspera cortijada de Córzola. Levantado cerca de un importante cruce de caminos y con el curso perenne y fecundo del Arroyo Almijara discurriendo por delante de la puerta del cortijo, su enclave no podía ser mejor, dadas las características de esa parte de la Almijara, en la que barrancos y quebradas son habituales. Para completar el cuadro las casitas, que además de bien construidas eran amplias y cómodas, se encontraban rodeadas por suaves colinas ya roturadas en las que, si el año venía bueno, se podían recoger excelentes cosechas de patatas –de aquella especie autóctona que Francisco se había llevado de Güéjar Sierra, la "copo de nieve", de carne suave y blanca–, habichuelas, garbanzos y lentejas, trigo, cebada, maíz, lleros y beza, además de las indispensables hortalizas "de verdeo" como tomates, pimientos, pepinos, calabazas, melones y sandías, en las hazas más cercanas al agua. Todo eso unido a la abundancia de chortales (praderas de juncos) siempreverdes y de lomas enteras de campo abierto donde las cabras podían carear a su antojo –alimentación gracias a la cual producían una leche especialmente buena–, convertía al cortijo Almijara en un inmejorable lugar donde

vivir. El trato de la familia con su arrendataria, la marquesa de Montanaro, era además verdaderamente cordial. Y es que, sin duda, la encopetada dama supo ver desde el principio las cualidades de aquella familia íntegra, honesta y trabajadora.

*Ruinas del Cortijo Almijara, en la actualidad*

Para la pequeña Josefa y sus cinco hermanos la vida transcurría, entre juegos y pequeñas faenillas, lenta, feliz y apacible. A pesar de que sobraba el trabajo para grandes y chicos, todos eran conscientes de su fortuna y cada cual daba gracias a su manera por lo que tenían que, dada la época y sus anteriores circunstancias, no era poco. El rebaño de cabras iba creciendo en número de cabezas y el cultivo de aquellas tierras feraces que proveían de todo les permitía vender bien los excedentes de cosecha así como los cabritos que iban naciendo, la leche y los quesos que hacía Encarnación con mano experta. Los padres de Josefa trabajaban de sol a sol, pero como esa vida era la única que habían conocido, no les pesaba.

La familia mantenía contacto epistolar frecuente con los amigos y parientes que habían dejado allá en Güéjar Sierra. Fue por una de esas cartas como tuvieron noticia de que una amiga de Encarnación, que se ganaba la vida como modista, había contraído la tuberculosis y se encontraba muy enferma, sola y sin poder ganarse la vida. La madre de Josefa, conmovida por tan dolorosa situación, no dudó un momento en acudir a la llamada de su amiga, a la que instaló en su propia casa para cuidar mejor de ella. La buena mujer pensaba, no sin razón, que el aire puro y fresco del Cortijo Almijara ayudaría a la curación de la desgraciada. ¡Se vivía tan bien en aquel rincón de la sierra…! Efectivamente: gracias a los solícitos cuidados de Encarnación y a los beneficiosos efectos del sol y el aire libre, de la comida buena y abundante, del ambiente sosegado y la compasión que se respiraban en aquella casa, la enferma se restableció por completo y pudo regresar a Güéjar Sierra. Pero con su marcha la desgracia llamó por primera vez a la puerta de Josefa y su familia. Sin imaginar siquiera –en su generosidad sin límite– que ello pudiese ocurrir, Encarnación se había contagiado de la traicionera enfermedad y, debilitada por el exceso de trabajo y por no contar con una cuidadora sabia y con experiencia, como ella misma lo había sido para su amiga, sucumbió a la tuberculosis en pocos meses. Su marido y sus seis hijos, todavía unos niños de entre los catorce años de Rosa y el añito de la pequeña Rosario, quedaron en el más absoluto de los desconsuelos.

*Estancias interiores del cortijo Almijara*

Encarnación ya no estaba con ellos; su viudo, sin poder acudir solo a las necesidades de sus hijos pequeños, del campo y de los animales, pudo contar con la ayuda de Ana Castro, hermana de su mujer, que se trasladó exprofeso al cortijo para sacar adelante a aquellos niños sin madre. Mientras tanto Francisco, que desde que su mujer faltaba se había convertido en una sombra de sí mismo, acudía a sus menesteres –que la labor no entiende de las penas de los hombres– consolándose, trabajando con empeño, de sus pesares de viudo. La vida tenía que seguir y, de hecho, siguió. Los años pasaron y Josefa y sus hermanos se convirtieron en hombres y mujeres de provecho gracias a la inestimable ayuda de la tita Anica, que enseñó a las niñas las faenas de la casa: a cocinar y a limpiar, a hacer los quesos, los requesones, la matanza y las conservas de tomates y pimientos así como a coser y remendar; a encargarse de las gallinillas, los cerdos y a realizar toda clase de faenas menudas y no tan menudas que había que llevar a cabo en un cortijo como aquél. Al mismo tiempo los muchachos acompañaban a su padre al campo y lo ayudaban a labrar y pastorear. Los años se pasaron sin sentir. Cuando el bueno de Francisco se quiso dar cuenta, sus hijos e hijas se habían ido enamorando y pensaban en casarse y volar de la casa. Asumió pues que muy pronto se quedaría solo de verdad, ya que por su mente jamás pasó la idea de volver a casarse.

La primera en dejar su hogar fue la hermana mayor, Rosa, que contrajo nupcias con un muchacho del cercano pueblo de Albuñuelas, Antonio Salas, apodado "Mariano". El nuevo matrimonio marchó a vivir al Cortijo del Duro, cercano a la finca de los Prados de Lopera, ambos propiedad, en aquel tiempo, de la familia de los Linos. En su origen, el cortijo del Duro era la casa de aperos de Prados de Lopera, que constituía el cortijo principal por acoger la casa señorial donde se alojaba la familia de propietarios cuando iba por allí. Gracias a su antigua amistad con los amos de la finca, Rosa y su recién estrenado marido pudieron asentarse allí, y allí tuvieron a sus seis hijos: Rosario, María, José Manuel, Pepe, Rosa y Francisco. Al igual que las familias de las que ambos provenían, se dedicaron durante años a labrar las tierras y a cuidar el ganado. El cortijo del Duro contaba con grandes extensiones de tierras de secano muy a propósito para plantar cereales y una buena casa, donde la hermana mayor de Josefa sacó adelante a su familia.

*Rosa, la hija mayor de Francisco y Encarnación*

En determinadas épocas del año se trasladaban con las cabras al cercano Cortijo de la Cueva Colica para realizar principalmente las labores de la cabaña –fabricación de quesos y requesones–, cuyos excedentes se destinaban luego a la venta. Especial mención hay que hacer, en este punto del relato, a la hija mayor de Rosa y Antonio, Rosario. Se trataba de una niña dulce y tranquila que ya desde muy pequeña dio muestras de un particular modo de ser, todo bondad y entrega, y que años después tendría un papel muy importante en esta historia.

*Ruinas del Cortijo del Duro, rodeadas por extensos campos de secano*

*Josefa, la segunda hija de Francisco y Encarnación*

También a nuestra protagonista, Josefa, le llegó el momento de abandonar el Cortijo Almijara para casarse con el joven de Albuñuelas Antonio Ortega Oliveros, apodado "Corrientes", alias

que –como manda la tradición en los pueblos– en adelante llevaría ella también. La recién constituida familia Ortega Arcos comenzó su andadura en casa de la suegra de Josefa, en Albuñuelas, hasta que la muchacha quedó embarazada de su primer hijo. Como no podía ser de otro modo, también ellos eran cabreros a tiempo completo de manera que, incluso en su estado, Josefa caminaba diariamente detrás de las cabras por no dejar solo a su marido, que andaba algo delicado de las piernas, con la faena. Cuando se le presentó el parto no tuvo más remedio que parir en el corral porque no daba tiempo de llegar al pueblo. En el suelo y sobre una manta vieja, rodeada por las cabras de su hato, en un remoto lugar que por esos parajes llaman La Galiarda, tuvo Josefa a su primer hijo, Antonio. Corría el año 1923.

Mientras tanto, uno detrás de otro se fueron casando todos los hermanos de Josefa, repartiéndose con sus familias por los cortijos próximos a la casa de su padre: el Cortijo del Duro, el de la Cueva Colica, el cortijo de Marchiche, la Cueva de la Umbría y el caserío de La Resinera acogieron a los miembros de esa familia; sus buenas relaciones con la marquesa de Montanaro, propietaria de la Cueva Colica y la Cueva de la Umbría facilitaron su asentamiento en dichos lugares. El patriarca de la familia, Francisco, cada vez más viejecico y solitario, permanecía en el Cortijo de la Almijara, pues para él no podía haber más hogar que ese donde atesoraba sus mejores recuerdos de Encarnación y los niños. Sus hijos solían visitarlo a diario cuando no era el abuelo quien, montado en su jaquita, se alargaba dando un paseo para disfrutar el día con sus nietos. Una tarde volviendo de La Resinera, donde vivía su hija Virginia, se le puso a nevar. Nevó y nevó, sin aflojar durante todo el trayecto; Francisco y su montura llegaron ya de noche, calados hasta los huesos, al Cortijo Almijara. A pesar de ir bien abrigado y de estar acostumbrado a los duros inviernos de la sierra, el anciano contrajo una pulmonía y falleció poco después como había vivido, abrazado por el cariño de sus hijos y en paz.

*Otros hermanos de Josefa: Francisco, José, Virginia y Rosario*

El marido de Josefa, Antonio, padecía desde joven una artritis reumatoide que iba minando lenta e implacablemente la fortaleza de sus piernas, problema que se veía agravado durante los crudos inviernos de antiguo en la montaña almijarense. Su trabajo caminando día y noche en pos de las cabras, hiciese el tiempo que hiciese, no ayudaba a mejorar las cosas. Uno de aquellos inviernos crueles cayó una tremenda nevada en el cortijo de la Cueva Colica, en cuya cueva Antonio y Josefa tenían resguardadas las cabras esos días. En vista de que pasaba el tiempo y las heladas persistían, la nieve no se iba y los animales no podían salir para buscarse la vida, Antonio decidió ir para allá; al menos intentaría cortar unas ramas de pino para que las cabras pudiesen comer algo. Se llevaría también una porra, pues seguramente habría que romper el hielo de la fuente para que no muriesen de sed. Sin darle más vueltas traspuso para la Cueva Colica y allí se apostó, junto a sus cabrillas. Tales fueron el frío y la humedad que el pobre Antonio aguantó durante días, que sus gruesas ropas de pastor, empapadas y

endurecidas, se le pegaron al cuerpo aterido como una segunda piel. Ni arrimado a la lumbre conseguía calentarse. Cuando Antonio pudo volver a su casa se encontraba tan enfermo que tuvo que meterse en la cama, de la que no pudo moverse durante muchos meses.

*Cortijo de la Cueva de Colica, con la cueva detrás*

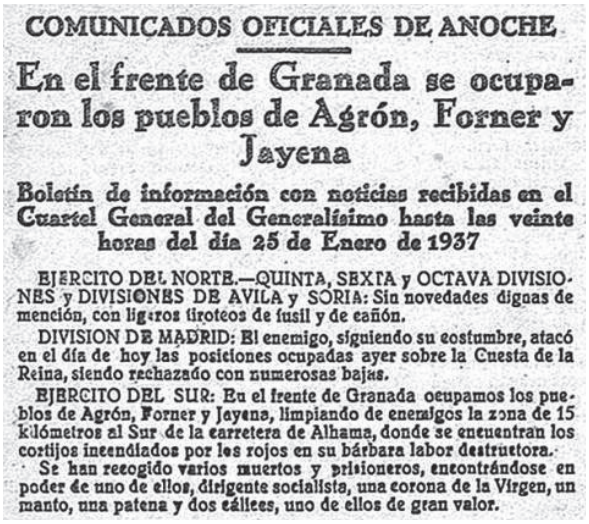
Todos los ahorros de la familia, reunidos afanosamente durante años de trabajo, se les fueron a Josefa y Antonio –igual que se escurre el agua entre los dedos– en las consultas de los mejores médicos que pudieron visitar; en prolongadas estancias en los baños de Alhama de Granada y de Graena; en todas las medicinas que les recetaron y en todos los remedios, incluso los menos ortodoxos, que les aconsejaron. Los ahorros se esfumaron, pero la enfermedad continuaba. Las piernas de Antonio se habían debilitado hasta tal extremo que no podía siquiera ponerse en pie. Aquello era, ni más ni menos, la ruina para un pastor, obligado a ir tras sus cabras si quería vivir de ello. Nuestro hombre tendría que resignarse a ser un inválido para siempre. ¿Qué iban a hacer ahora? Josefa, fuerte y decidida, recogió los bártulos, se puso al frente de su familia y regresaron a Jayena, donde tenían amigos que les ayudarían a salir adelante, dadas las nuevas y desesperadas circunstancias.

De nuevo en su pueblo de adopción, alquilaron a la familia de los Navas una casa en la Calle La Canal. Antonio, acostumbrado al trabajo duro y sin querer ser una carga para nadie, no claudicaba pese a sus limitaciones físicas y, ya fuese apoyado en dos muletas o agarrado firmemente al lomo de su burrilla Mohína, se las apañaba para salir todos los días con el rebaño a los campos que rodean Jayena, para que los animales espigasen tranquilamente. Poquito a poco, dando cojetadas renqueantes o bien montado a lomos de la borriquita, Antonio se iba conformando con su suerte. La suya era una burra famosa en todo Jayena por su curiosa personalidad: arisca y mordedora con todo el mundo, se convertía en un dócil cordero amaestrado para su amo, al que parecía entender como si fuese una persona.

*Antonio y Mohína se volvieron inseparables*

Los años fueron transcurriendo; aparte de Antonio, el niño nacido entre las cabras allá en Albuñuelas, llegaron a casa de Antonio y Josefa los pequeños María, Manolo y Encarna. A medida que éstos crecían ayudaban a sus padres en todo lo que les era posible. Antonio, el mayor, se encargó de salir con las cabras para que su padre, cada vez más impedido, no se viese en la necesidad de hacerlo. Algunas veces el rapazuelo solía llevarlas al cementerio del pueblo para que ramoneasen la hierba que crecía entre las tumbas, porque un agudo sentido práctico, aprendido de la pura necesidad, le dictaba que de la misma forma que el cementerio necesitaba una limpieza de hierbajos, sus cabrillas necesitaban abundante comida verde. El alguacil de Jayena, que lo venía observando desde hacía un tiempo, a punto estuvo de denunciarlo al ayuntamiento. Pero tras hablar con el pastorcillo y escuchar sus lógicos argumentos, tuvo que ser justo y admitir que el chiquillo, al fin y al cabo, llevaba razón.

La llegada del año 1936 proporcionó a la familia, a partes iguales, una gran alegría –el nacimiento del último de los hijos de Josefa y Antonio, Paco– y una gran desgracia –el comienzo de la guerra civil–. El ambiente enrarecido de Jayena, como el de todas partes a medida que aumentaba el caos de la guerra, obligó a la familia de Josefa a retornar a Albuñuelas en el invierno de 1937, temerosa por una parte de las represalias del ejército franquista que entraba en las poblaciones aplastando a quienes les hacían frente, y por otra de la anarquía y destrucción que dejaban tras de sí los milicianos republicanos en su camino de huida. La escapada de Josefa y los suyos durante una noche heladora y con apenas lo puesto encima, tirando de unos niños que lloraban asustados y de un marido que apenas podía valerse por sí mismo, procurando al mismo tiempo no tropezar con los cientos, tal vez miles de personas que también huían, como ellos, de otros pueblos, de todos los pueblos, no es para contar. Ese éxodo culminaría poco tiempo después con la tristemente célebre "desbandá" de febrero de ese mismo año.



COMUNICADOS OFICIALES DE ANOCHE

En el frente de Granada se ocuparon los pueblos de Agrón, Forner y Jayena

Boletín de información con noticias recibidas en el Cuartel General del Generalísimo hasta las veinte horas del día 25 de Enero de 1937

EJERCITO DEL NORTE.—QUINTA, SEXTA y OCTAVA DIVISIONES y DIVISIONES DE AVILA y SORIA: Sin novedades dignas de mención, con ligeros tiroteos de fusil y de cañón.

DIVISION DE MADRID: El enemigo, siguiendo su costumbre, atacó en el día de hoy las posiciones ocupadas ayer sobre la Cuesta de la Reina, siendo rechazado con numerosas bajas.

EJERCITO DEL SUR: En el frente de Granada ocupamos los pueblos de Agrón, Forner y Jayena, limpiando de enemigos la zona de 15 kilómetros al Sur de la carretera de Alhama, donde se encuentran los cortijos incendiados por los rojos en su bárbara labor destructora.

Se han recogido varios muertos y prisioneros, encontrándose en poder de uno de ellos, dirigente socialista, una corona de la Virgen, un manto, una patena y dos cálices, uno de ellos de gran valor.

A los aterrorizados oídos de Josefa llegaban rumores de que se estaban llevando a los hijos de los republicanos a Rusia. Su temor mayor era verse separada de sus hijos, y ese miedo la espoleaba a seguir caminando aun extenuada por el frío, el cansancio y el miedo. Jamás olvidarían, ni ella ni quienes la vivieron, esa huida infernal en la que las madres perdían a sus hijos por el camino y los ancianos caían desfallecidos por el agotamiento. Finalmente la familia se refugió en casa de su suegra, donde coincidió con otros familiares en el mismo caso, y permanecieron allí hasta que la guerra civil concluyó y el ambiente se fue tranquilizando, al menos en apariencia. Entonces y sólo entonces volvieron a Jayena.

Cuando entraron en el pueblo apenas pudieron reconocerlo. Por doquier podían verse las casas incendiadas o arrasadas por todo el que quiso entrar en ellas y desvalijarlas a placer, toda vez que sus dueños se habían visto forzados a abandonarlas. La casa de la calle La Canal, donde Josefa y su familia habían dejado lo que tenían, se encontraba también vacía como un cascarón. Ni los clavos de las paredes habían quedado. Y ellos tenían que vivir. Y no querían abandonar Jayena otra vez. No vislumbrando otra solución, solicitaron a la Unión Resinera Española –propietaria de una inmensa finca que interesaba la parte de la sierra que no pertenecía a la marquesa de Montanaro– un permiso para poder instalarse en el río Cebollón, donde discurrieron que con su trabajo podrían salir adelante. El lugar que les asignaron fue el conocido como Rodal de los Hornos, en la margen izquierda del río, donde existía una amplia cueva –conocida como la cueva del Rodal de los Hornos– en la que podrían cobijarse desde el primer momento, hasta encontrar algo mejor.

El río Cebollón era punto de confluencia de un sinnúmero de trabajadores de toda condición que vivían de la sierra. Resineros, caleros, carboneros, pastores, esparteros, esencieros, leñadores, guardas, labradores, jornaleros de paso… eran muchas las personas que por los dos senderos que orillaban el río –uno a la izquierda y otro a la derecha del cauce– iban y venían de continuo, todos los días, durante todo el año. La familia de Josefa se unió a ese tropel de gente y se instaló en la cueva del Rodal de los Hornos, la cual limpiaron, blanquearon y acondicionaron lo mejor que supieron. Se trataba de una oquedad natural de forma irregular, con una entrada que se asemejaba a una especie de soportal, en la que se abrían dos bocas o entradas, una más pequeña, que la familia utilizaba para almacenamiento de comida, aperos y

utensilios, y la otra más grande, con dos salas comunicadas por un pasadizo estrecho. En la sala interior, muy amplia, se recogían las cabras por las noches y los días de mal tiempo. En la exterior, a la que adosaron un murete de piedra para ampliar el espacio y guarecerlo de las inclemencias del tiempo, se alojaba la familia. La cueva, situada al amparo de un talud de roca, quedaba unos metros por encima del cauce del río Cebollón, y se accedía a ella por medio de dos senderos: el primero bajaba desde la cuerda de Los Morros y el segundo arrancaba desde la misma orilla del río.

*Situación de la cueva del Rodal de los Hornos, en la base de los tajos*

Una vez acomodados, todos se pusieron a trabajar. Las cabras estaban listas para salir al campo en cualquier momento, pero era menester preparar los terrenos y hazas adyacentes al río que se encargarían ellos de labrar. Unos vecinos de Jayena les prestaron una yunta de bueyes con la que se pusieron manos a la obra, metiendo en labor cada palmo de terreno de donde se pudiese sacar una cosechilla de lo que fuese, y construyendo una era por encima del camino que llevaba a la Resinera. Pasaron los primeros meses acondicionando el lugar, pero la salud de Antonio, con sus piernas ya completamente inútiles, se resentía con aquellas condiciones de vida. Llegó un momento en que el pobre inválido no podía entrar y salir solo de la cueva; sin fuerzas ni para mover una almendra, se pasaba los días sentado, "con los remos colgando", en el borde del tajillo que formaba el sendero de bajada en su zigzag hasta el río, saludando afablemente a todo el que pasaba por allí. Aquellos que disponían de tiempo se quedaban a departir un rato con Antonio, que tenía muy buena conversación; tanto era así que todos empezaron a llamar a aquel cortado "el tajillo de Corrientes" en honor a su morador, sobrenombre por el cual se le conoce todavía.

*Cueva del Rodal de los Hornos. Delante de la misma, el "tajillo de Corrientes"*

Josefa no quería que su marido viviese así, por lo tanto volvió a solicitar permiso a la Unión Resinera para construir una cabaña a la orilla del río; sólo pretendía disponer de un lugar que permitiese al enfermo mayor comodidad. Una vez obtenido ese permiso, sus hijos mayores levantaron dos hermosas cabañas de piedra y madera, una junto a la otra, justo en la explanada que se abría en la vertical de la cueva, a pocos metros del cauce del río Cebollón. Amplias y bien aisladas, con paredes interiores alzadas "con juncos, monte y retamas" y una de ellas hasta con una hermosa chimenea, su nuevo hogar hizo las delicias de toda la familia. Antonio, el mayor de los hijos, construyó entre ellas un horno con piedras, greda y una puerta de chapa metálica, y del mismo modo ideó un sistema de conducción de agua realizado con troncos de pino ahuecados que la llevaban a la misma puerta de las cabañas, así como a todas las zonas donde se requiriese. La familia dejó la cueva para guardar las cabras y se mudó a las confortables chozas, que tenían sus catres hechos de palo y todo, donde no se pasaba frío en invierno –a pesar de lo mucho que nevaba y llovía– ni calor en verano, pues se encontraban al resguardo de dos hermosísimas mimbres cuyo ramaje dejaba pasar los rayos del sol invernal y proporcionaba una tupida y fresca sombra en los meses más calurosos.

*Arranque del sendero empedrado que llevaba a la cueva desde el río*

Aunque ellos no lo imaginasen, Josefa y los suyos iniciaron entonces una etapa que todos recordarían como de las más felices de sus vidas. Y es que pasado un tiempo la familia era por

completo autosuficiente que, después de todo lo sufrido, era para ellos lo principal. Su rebaño de cabras iba en aumento y les proveía de cabritillos y leche con la que elaboraban suculentos quesos y requesones, muy apreciados por todo aquel que los probaba. Los campos de cultivo –el Haza Grande, que se extendía en dirección al Cortijo Marchiche, y el Haza Chica, situada por encima del río en el camino hacia La Resinera, además de las dos hortalizas, la temprana y la tardía y varias vegas– producían en manos de aquella familia laboriosa abundantes cosechas de habichuelas, maíz, patatas y garbanzos, y los frutales que habían plantado –higueras y melocotones– perfumaban el aire con sus frutas en sazón cada vez que se pasaba por su lado. En las orillas del río abundaban las moras en verano y las collejas y cardillos en primavera, las setas en otoño y todo el año la planta que llamaban "té de la sierra", con la que elaboraban aromáticas infusiones. En las laderas más frescas pululaban los caracoles –aquellos enormes caracoles de caparazón blanco, que mamá Josefa guisaba tan buenos– y, en las aguas transparentes y oxigenadas del río, nadaban las truchas y los cangrejos en tal profusión que podían atraparse casi con las manos desnudas. El cauce del Cebollón era entonces tan abundante que en muchos lugares era imposible de cruzar; grandes pozas naturales se sucedían una tras otra, aparte de las que construía la familia cerca de las cabañas para regar y bañarse en verano en aquel agua fresquísima. Criaban además gallinas y cerdos para la matanza, y qué decir de aquellas dos huertas tan lindas, gracias a las cuales no daban abasto a recoger tomates, pimientos, pepinos, calabacines y calabazas, melones, sandías…

*Explanada del Rodal de los Hornos; aquí se levantaban las chozas de la familia de los Corrientes*

Los hijos e hijas de Josefa y Antonio crecían rápidamente. Mientras los muchachos salían al campo con los animales y se encargaban de labrar las tierras, las mujeres de la casa, con Josefa a la cabeza, se aprestaban a hacer los quesos y requesones –muy bien escurriditos en talegas de tela blanca que colgaban de las ramas de los árboles– que luego vendían madre e hijas en Fornes y La Resinera, donde eran muy apreciados. En el horno amasaban y cocían su pan de trigo, sus tortas de aceite y de chicharrones, aquellas tortas de antes, redondas, de buen tamaño, densas y sabrosas. Y mientras tanto Antonio, imposibilitado del todo para el trabajo pero incapaz de permanecer mano sobre mano, se pasaba los días sentado ante su cabaña, haciendo pleita con el esparto que recogían los hijos y fabricando con él desde agobías para toda la familia a pleitas para hacer el queso, serones, espuertas, aventadores, sombreros y todo lo que fuera preciso, que se pudiese fabricar con tan rústico material.

Las noches que hacía buen tiempo, cuando la familia de Antonio y los trabajadores que andaban por allí habían dado de mano, después de la cena se iban acercando, puntuales como si de una cita formal e ineludible se tratase, a la cabaña de Antonio el Corrientes. Porque Antonio, a quien su desgracia no había arrebatado su ingenio, era un magnífico trovador; un hombre inteligente que poseía un agudo sentido del humor y un don especial para contar relatos, inventar chascarrillos e incluso entonar viejas canciones. Aquellas veladas improvisadas bajo la luna o las estrellas de la Almijara se convirtieron en una agradable costumbre para todos. Mientras las manos de Antonio trenzaban pleita a la luz del carburo, el ritmo suave y cadencioso de sus palabras conmovía los corazones de los rudos trabajadores que se habían sentado a su vera, contagiándose sin poder evitarlo del hechizo del relato, a quienes éste arrancaba risas y también, a veces, alguna lágrima. Josefa zurcía la ropa en silencio, mientras sonreía mirando a su marido. No necesitaba nada más; con su familia tenía ella el mundo. Muy cerca, en la oscuridad, el río Cebollón acompañaba la escena con el perpetuo rumor de su canto.

*Encarna y María, hijas de Josefa, vendiendo la leche de sus cabras en Fornes*

Y así, en este momento de sus vidas –dichosos y en paz, ajenos por completo a los acontecimientos que estaban por llegar– dejamos a Josefa y su familia. En la segunda parte de este artículo conoceremos el final de esta historia.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, archivo de la familia Ortega Arcos y Carlos Luengo*

*Publicado el 28 de septiembre de 2019*

# El largo viaje de Josefa la Corrientes, II

*Segunda parte de la historia de Josefa y su familia, a quienes dejamos instalados en la remota Cueva del Rodal de los Hornos, a la vera del río Cebollón, donde la familia se había visto obligada a refugiarse para huir de las miserias de la posguerra.*

La vida proseguía monocorde y reposada, entre faena y faena, para Josefa la Corrientes y su familia allá en la Cueva del Rodal de los Hornos donde, hechos a todo, ellos habían conseguido encontrarse a gusto. Un día sucedía al anterior y precedía al siguiente sin novedades reseñables, y de esa manera se iban pasando las semanas y los meses. Al calor y las labores del verano seguían los meses húmedos y fríos de la Navidad, fecha en la que Antonio Corrientes, el marido de Josefa –con aquellas manos mañosas sin par–, se disponía a fabricar zambombas con lo que tuviese a mano, con las que todos sin excepción se entretenían la noche del 24 de diciembre mientras cantaban villancicos. No hace falta decir, conociendo a la familia, que tenían por costumbre invitar a unirse a su fiesta a los que pasaban esa noche por los alrededores. Especialmente memorables resultaban aquellas reuniones cuando se incorporaban los gitanos canasteros de Jayena, que solían acercarse al río a cortar las sargas que crecían en la orilla para hacer cestos y asientos para sillas, y se animaban gustosos a cantar villancicos antiguos con ese arte suyo, genuino e inigualable. Luego todos juntos, sentados a la orilla de un chisporroteante fuego, saboreaban el vino dulce del cortijo de La Tana de Alhama, acompañado de los deliciosos boniatos que traían los arrieros de la costa, y que las hijas de Josefa asaban entre las ascuas con azuquíllar y canela…

La familia de Josefa prosperaba a ojos vistas, siempre, eso sí, sin parar de trabajar. Contaban con sus dos sólidas cabañas a la orilla del río, a las que sumaron poco después la de un carbonero conocido por allí por el sobrenombre de "el sordo". En su interior guardaban sus aperos de labranza, cada vez más numerosos. ¿Y qué más decir…? Pues que de vez en cuando se daban el lujo de cazar una cabra montesa de las muchas que descendían de las cumbres a beber agua al río, justo enfrente de sus hazas. Para ello utilizaban la vieja pistola que uno de los hijos de Josefa se había encontrado escondida en el fondo de una vieja talega de tela, reliquia olvidada –o quizá abandonada aposta, cansado de aquel sinsentido– por algún combatiente de la guerra civil. Atascada y herrumbrosa hasta el punto casi de ser desechada en un principio, su restauración corrió a cargo, cómo no, del paciente Antonio, que lijó, limpió y engrasó aquel trasto inservible hasta dejarlo brillante y a punto. Cada quince días Josefa y sus hijas tomaban el sendero de la Cuesta del Pino para hacer la compra en Fornes o en Jayena, en la tienda "del Rubio" y en la de Paquita, donde podían cambiar sus quesos por telas, azúcar, aceite y harina. El rebaño de cabras había crecido hasta agrupar más de cuatrocientas cabezas de ganado de raza fina, que daban una leche de calidad superior; todo, pues, parecía irles bien. Pero la maltrecha salud del marido de Josefa decidió poner punto final a la vida del anciano ese mismo año. El inefable Antonio Corrientes dejó este mundo pacíficamente, arropado por la mirada amorosa de Josefa y de sus hijos; fue enterrado en Jayena. Mas poco imaginaban ellos que la marcha del patriarca coincidiría con la desaparición de la tranquilidad para todos. La resistencia antifranquista que se manifestó durante la posguerra se adueñó poco a poco de las

sierras de España; de la Almijara, como no podía ser de otro modo, también. A medida que los enfrentamientos entre los maquis y la guardia civil se generalizaban, los guerrilleros o gente de la sierra se fueron refugiando a lo largo del cauce del río Cebollón, pasando inevitablemente por delante de la Cueva del Rodal de los Hornos, donde sabían que podían encontrar comida y otros suministros.

*Paraje del río Cebollón*

El ambiente en el río Cebollón, al igual que en muchas otras zonas de la Almijara, cambió radicalmente en poco tiempo. La gente de la sierra se ocultaba en las múltiples escarpaduras y oquedades que ofrecía aquel terreno, y eso incluía los alrededores de la Cueva de los Hornos. A medida que unos avanzaban, otros –los humildes trabajadores que hasta entonces habían ocupado chozas y campos– se retiraban a los pueblos en busca de algo de paz, ya que la feroz guerra de guerrillas que enfrentaba a los de la sierra y la guardia civil se recrudecía por momentos. La vida apacible de Josefa y sus hijos dio un vuelco. Cada vez más solos, se vieron obligados a poner de comer tanto a los rebeldes como a sus perseguidores cada vez que cruzaban sus hazas, que era bastante a menudo. La Benemérita no pasó por alto la cuestión y tildó inmediatamente a los Corrientes de colaboradores de los guerrilleros. Las consecuencias para Josefa y los suyos fueron desastrosas: dos miembros de la familia cayeron bajo el fuego de la guardia civil (obviamos sus nombres por deseo expreso de sus descendientes), y los que quedaron convivieron desde ese momento con el terror y las amenazas continuas, hasta tal punto que el hijo mayor de Josefa, Antonio, se vio en la necesidad –llegó a ser cuestión de vida o muerte– de confesar a los guardias civiles los lugares de paso de los maquis por allí. Después fueron forzados, como toda la gente que vivía en los cortijos, las cuevas y las chozas de la Almijara, a dejar la sierra y refugiarse en el pueblo. Sin tiempo para recoger nada, desalojados de sus cabañas de un día para otro, Josefa y sus hijos sólo pudieron reunir sus cabras y caminar hacia Jayena escoltados por varios guardias civiles, como si fuesen bandidos.

Alquilaron una casa en el pueblo pero, sin poder contar con un corral donde cupiese su enorme rebaño, tuvieron que vender las cabras a aquel que les ofrecía un precio mejor, que no era otro que el marqués de Jayena. Sin ganado que cuidar y sin terrenos que labrar, a Josefa y sus hijos –ya mayores y en edad de ganarse el sustento– sólo les quedaba una salida: trabajar a jornal para las pocas familias que podían dar empleo en la Jayena empobrecida de la posguerra, principalmente la del marqués y la de los Linos. Los Corrientes, que tanto habían

valorado su independencia, que toda su vida habían sido autosuficientes, hubieron incluso de verse faenando en el lóbrego interior de las minas del Cerro del Ángel, trabajo duro en extremo y en el que duraron poco. Afortunadamente el tiempo transcurría, las condiciones iban mejorando y poco a poco los hijos de Josefa se fueron casando y reubicándose: María contrajo nupcias con Francisco Ruiz "el chirre", de Jayena; Encarna, con José Navas, también de Jayena; Manolo se casaría con María Castro, de Alcaucín, y Paco, el más joven, estaba a punto de irse a hacer el servicio militar. Pero, ¿y Antonio, el mayor de los hijos?

*Los hijos de Josefa: Antonio, María, Encarna, Manolo y Paco*

Pues Antonio, el primogénito de nuestra protagonista, se había enamorado de su prima hermana Rosario Salas Arcos, la hija mayor de su tía Rosa, que era, a su vez, hermana de Josefa. La familia estuvo conforme con el enlace, con lo cual, tras serles concedida una dispensa especial para contraer matrimonio siendo familiares, el hijo mayor de Josefa pasó por el altar. Rosario era una chica guapa, por supuesto, pero sus mayores prendas consistían en su entrega, paciencia, bondad y dulzura, y en una inagotable capacidad de trabajo heredada de sus padres y sus abuelos. Después de la boda y en vista de la persecución encubierta a la que se encontraba sometido Antonio por parte de la guardia civil –lo culpaban de haber apoyado a la gente de la sierra–, los recién casados decidieron intentar buscarse la vida en Granada. Junto a un familiar que también se había marchado del campo a la ciudad, Antonio montó una pequeña fábrica de jabones que durante un tiempo fue bien, hasta que el pez grande se comió al chico y la empresa "Jabones Lagarto" se quedó con todo el negocio. Mientras tanto Antonio y Rosario tuvieron a su primer hijo, un niño al que llamaron Antonio, que por desgracia murió poco tiempo después de nacer. Luego llegó su segundo vástago, una niñita a la que llamaron Rosario, como la mamá. Josefa, ilusionadísima con la llegada de su primera nieta, casi voló sobre sus pies durante el trayecto que mediaba entre Jayena y Granada para arrullar al bebé y llevarle una primorosa canastilla, que la feliz abuela había bordado poniendo el corazón en cada puntada.

Momentos dichosos, ay, que lamentablemente resultaron también ser fugaces: una vez más, el destino pondría a prueba la fortaleza y la paciencia de Josefa y los suyos. Su nuera y sobrina Rosario, que había cuidado a su padre cuando éste enfermó de tuberculosis, se había contagiado de la enfermedad y la antigua maldición familiar reapareció –la tuberculosis, recordamos, se había llevado a la madre de Josefa muchos años atrás, cuando ésta era una niña y vivía en el Cortijo Almijara–. Como solían hacer siempre que se veían en dificultades, Josefa, Antonio y Rosario volvieron a Jayena, lugar donde se sentían seguros. Pero la ominosa enfermedad avanzaba imparable, devastando el organismo de Rosario sin que se pudiese hacer nada. Como Antonio no podía dejar de trabajar, se decidió que la abuela Josefa quedase al cuidado de la pequeña y la madre, que se encontraba ya muy enferma, se mudase al cortijo de la Cueva de la Umbría, donde estaba en ese momento su familia; la propia madre de

Rosario podría encargarse de ella. Pero la suerte –la peor suerte– estaba ya echada. Antes de dejar este mundo la joven mamá encargó a su tía y suegra, Josefa, a la que quería tanto como a su propia madre, que amparase a su niñita, que quedaría huérfana a los 24 meses. Rosario murió con sólo 31 años en una de las habitaciones de la Cueva de la Umbría, lejos de todas partes, acostada en una humilde cama de palo. Su féretro abandonó las montañas a lomos de un mulo, rumbo al cementerio de Otívar, el pueblo más cercano al cortijo. Era el año 1953.

*Cortijo de la Cueva de la Umbría, en la actualidad*

Josefa, al tanto como siempre de todo y de todos, acogió en su casa a su afligido hijo mayor, ahora viudo y padre de una niña de dos años; bajo ese techo permanecían sus hermanos menores, Manolo y Paco, que todavía estaban solteros. La nena –Rosario Ortega Salas–, una alegre muñequita de ojos azules, resultó ser un consuelo para el padre y la abuela y una inyección de optimismo para todos. Una vez concluida la etapa del maquis, Antonio, Manolo y Paco volvieron a cultivar las tierras que arrendaron en el río Cebollón, donde tan bien les había ido en tiempos más felices. Todos guardaban inmejorables recuerdos de cuando no faltaba ningún miembro de la familia; cuando sus mayores preocupaciones consistían en que el abuelo Corrientes no cogiese frío en la cabaña, que las cabras tuviesen buena paridera o que la cosecha se diese bien. Los inviernos los pasaban en Jayena, pero en verano solían trasladarse a las cabañas de la orilla del río, por verse otra vez en aquel entorno tan querido. Y cada tarde, cuando llegaba la hora de volver del campo, la pequeña Rosario esperaba muy sentadita a la orilla del sendero la llegada de los titos Manolo y Paco, que siempre aparecían con una sorpresa especial para ella: una fruta, un guijarro de forma curiosa, un puñado de moras, un cangrejillo del río o unas flores del campo, que hacían saltar a la nena con infinito júbilo

infantil. La vida, por tanto, continuaba para aquella familia, que una vez más se sobreponía a las disposiciones del destino.

Pero los tiempos estaban cambiando sensiblemente; nada podía ser igual que antes. A todas partes alcanzó el fenómeno de la emigración: los pueblos comenzaron a despoblarse –a desangrarse, más bien– en un goteo incesante de personas que marchaban en busca de un futuro para sus hijos menos miserable del que ellos habían padecido. Casi todas las familias se despidieron de uno o varios hijos; también la de Josefa. El primero en buscar la suerte fuera del pueblo fue Manolo, que tras concluir el servicio militar miró de probar en una próspera localidad catalana llamada Igualada. Josefa no se preocupaba demasiado: tenía todavía a sus otros hijos muy cerca, siempre moviéndose por las cercanías de Jayena –el Cortijo Marchiche, la Cueva Colica, el Cortijo del Duro, el de la Umbría, La Resinera y Cázulas–, con lo que todos se visitaban con frecuencia. Por su parte Antonio, el padre de la pequeña Rosario, que era joven todavía, volvió a ilusionarse pidiendo la conversación a una muchacha de Fornes, María Ruíz Zúñiga, una joven buena y jovial, hija del colmenero del pueblo, a la que todos cogieron cariño enseguida. Daba la sensación de que por fin Antonio dejaría de estar solo y podría recuperar un hogar propio. Josefa empezó a pensar en preparar esa boda.

*María Ruíz Zúñiga*

Pero la vida, o el Destino, o el Hada Fortuna, o Dios, o la Providencia, o quien lleve las riendas de todo esto, tenía otros planes para Antonio y su hijita. Ocurrió en el mismo Jayena, durante el velatorio de un conocido; entre los asistentes al acto una mujer llamó poderosamente la atención de Antonio. Era alta y garbosa e iba muy bien vestida; de hecho, con aquel traje de chaqueta que le sentaba tan a las mil maravillas hacía sombra a todas las mujeres allí reunidas. Pero lo más llamativo era su inusual atractivo y un nosequé que impedía apartar los ojos de aquel rostro de facciones simétricas, expresivos ojos negros y piel suave y aceitunada. Sin duda, pensó Antonio, se trataba de la mujer más guapa que había visto nunca. Un aura de misteriosa tristeza, no obstante, se desprendía de esos ojos tan bellamente rasgados, y esa circunspección terminó de conquistar el alma solitaria de Antonio. Se enamoró de ella en ese instante. Indagó; preguntó a sus conocidos. La mujer en cuestión se llamaba Dolores Rodríguez Herrero, y había ido a Jayena acompañada por su hermana Rita, cuyo novio era del pueblo. Rita y Dolores procedían de un cortijo que llamaban la Venta de Panaderos, sito en la parte de

la sierra que mira a Málaga, y precisamente esos días estaban parando en Jayena, en casa de su amiga Antonia, apodada la Lagarta.

*Dolores, la niña de la Venta de Panaderos*

Antonio parlamentó con su novia María, la forneña. Lo más cuidadosa y honestamente que pudo le explicó que no había podido evitar enamorarse de otra mujer y que no podría ser feliz, ni hacer feliz a nadie, si no era con aquella que, sin darse cuenta, le había robado el corazón. María no tuvo más remedio que aceptar la nueva situación, hacerse sus componendas y dejar marchar a su novio. Una vez libre del compromiso, Antonio entabló relaciones con Dolores, de quien corrían por la Axarquía malagueña mil historias acerca de su romance secreto con el famoso jefe de la guerrilla antifranquista, "el Roberto", allá en la Venta de Panaderos, un lugar simbólico en la Almijara. Antonio, enamorado como un colegial, no echaba cuentas de nada que no fuese convertirla en su esposa cuanto antes. Finalmente hizo realidad su sueño casándose con ella en Frigiliana, en el año 1955.

*Antonio y Dolores en el día de su boda*

Después de la boda el nuevo matrimonio tomó a Rosario, la hija de Antonio, y todos juntos se instalaron en la Venta de Panaderos, donde pasaban temporadas los padres de Dolores y algunos de sus hermanos, con los niños. La pequeña Rosario, que solía ir de vestida de luto por su condición de huérfana incluso siendo tan pequeña –cosas de la época–, hizo grandes amiguitos entre ellos y, la verdad sea dicha, lo pasaba muy bien. Como la distancia no era demasiada, hasta allí trasponía la abuela Josefa desde Jayena –andandico, andandico– siempre que podía, por el camino del Puerto de Frigiliana y la Venta de las Angustias, para ver a su hijo

y sobre todo abrazar a su nieta, a la que añoraba extraordinariamente. La Venta de Panaderos había constituido durante décadas un punto de reunión estratégico para todos aquellos que atravesaban la sierra. Aunque después de los sucesos acontecidos en la posguerra la casa ya no era la misma –la guerra encubierta entre la guardia civil y la gente de la sierra, el encarcelamiento del padre de Dolores por apoyar a la resistencia antifranquista y el posterior incendio de una parte de la venta por la Benemérita–, todavía se podían utilizar muchas estancias para vivir, así como para guardar las cabras, sacar adelante los cultivos, hacer carbón... En verano solían llegarse con el rebaño hasta los verdes chortales que crecían bajo la fuente de la Cuesta de las Pulgas, donde Antonio había construido una choza para pasar allí unas semanas con Dolores y su hijita.

*Rosario (vestida de negro) junto a sus amiguitos Ana, María y Fernando, sobrinos de Dolores, en la Venta de Panaderos*

Así pasaron algo más de un año pero, ¿qué hacer cuando en el campo la actividad decaía rápidamente, a medida que hombres y mujeres, incluso familias enteras, emigraban hacia regiones de España más prósperas? Manolo, el hijo de Josefa que se había ido a Cataluña, contaba y no acababa en sus cartas. Tan bien le iba allí que hasta se casó con una joven llamada María Castro y regresó a Jayena para que su familia la conociese. Mucho y bueno relataban ambos –trabajo suficiente y bien pagado, casas buenas donde alojarse con la familia y muchos otros emigrantes para no sentirse solo–, de tal modo que Antonio empezó a considerar la posibilidad de ir para allá y averiguárselas él también en aquella tierra dadivosa. Encargó a Josefa que se quedase con la niña en Jayena mientras él buscaba trabajo y vivienda en Cataluña, al tiempo que Dolores iba preparando la marcha definitiva. Pasaron unos meses; poco a poco y uno a uno fueron emigrando todos los hijos de Josefa, menos Encarna. Cuando Antonio ahorró algo de dinero y alquiló una casa para toda la familia en Igualada, reclamó a su mujer y a su hija.

Josefa caminó con su nieta Rosario de la mano hasta la Venta de Panaderos, donde tuvo que despedirse de ella con todo el dolor de su corazón, y Dolores y la niña se fueron a Málaga, desde donde partieron en tren para empezar una nueva vida en Igualada. La pequeña Rosario recordaría siempre aquel momento, pues su alma se debatía entre la pena inmensa de

separarse de su abuela, a la que estaba muy unida, y la dicha de reencontrarse con su padre y vivir en un lugar lejano, muy bonito y donde había de todo, algo que a ella se le antojaba de lo más emocionante. Abuela y nieta juntaron sus lágrimas: está la alegría tan cerca del dolor, que ambos tienen la misma expresión suprema. Josefa volvió a su casa, donde aún le quedaba Paco, el menor de sus hijos. Cuando éste regresó del servicio militar habló a su madre para decirle que él también se iría. Josefa reflexionó y, siempre práctica, decidió marcharse con él. En Igualada podría ser útil a sus otros hijos, que ya empezaban a traer nietos. Los hermanos de Dolores, de la Venta de Panaderos, también se habían ido a Igualada, de manera que prácticamente toda la familia se encontraba allí ya. Sí; definitivamente, Josefa haría allí más falta que en Jayena.

En Igualada vivían muy cerca unos de otros, así no se encontraban solos en aquellas tierras tan alejadas y distintas a la suya. Los años fueron pasando; Dolores y Antonio tuvieron tres hijos más –María Dolores, José Antonio y Jorge– mientras Josefa, incansable y animosa pesar de ir haciéndose mayor, acudía solícita a casa de todos sus hijos para cuidar de los nietecillos, feliz de poder hacerlo, mientras sus padres trabajaban. Y es que a Josefa le encantaban los niños y la alegría de la juventud. Disfrutaba lo indecible jugando con los más pequeños y aconsejando a los mayorcitos en lo que podía, dado que los tiempos estaban cambiando rápidamente y ella era consciente de que sus conocimientos eran limitados. Los meses y los años se sucedían cada vez más rápido; Rosario, que ya no era una niña, enfermó. El médico aconsejaba para la chica un cambio de aires y Josefa lo vio claro: ¿dónde podrían estar más a gusto que en su Jayena de su alma? Las dos regresaron al pueblo como hijas pródigas; como si aquel fuese un destino ineludible, siempre a su disposición en los momentos más complicados de la familia. Después de pasar unos meses en Jayena, ya con Rosario mejorada, abuela y nieta se trasladaron temporalmente a Almuñécar, donde Josefa podría ganar algo de dinero cuidando a una señora mayor para sostenerse ella y la niña, puesto que todos sus hijos estaban en Cataluña y Encarna, la hija que vivía en Jayena, tenía su propia familia y sus quehaceres.

*Josefa y su nieta Rosario*

El tiempo que abuela y nieta vivieron solas estrechó aún más los lazos que había entre ellas, si eso era posible. Siempre juntas donde, cuando y como fuese, sin separarse más que para lo imprescindible, Josefa sentía con orgullo que estaba cumpliendo fielmente el último deseo que había formulado su pobre sobrina, la madre de Rosario, desde su lecho de muerte en la remota Cueva de la Umbría. Rosario creció y se fortaleció gracias al suave clima de Almuñécar y el aire puro de la Almijara, y a su debido tiempo ambas regresaron a Igualada, para no volver más. Los nietos crecían y se hacían mayores; aun así, Josefa seguía manteniéndose al quite, presta a ayudar en lo que fuese a cualquier miembro de la familia. ¿Que había que cuidar a alguno de los chiquitines que estuviese enfermo? Allá que acudía ella la primera. ¿Que hacía falta ir de una casa a otra para cocinar a los nietos cuando los padres estaban demasiado ocupados? Ya estaba lista Josefa para preparar esas comidas y asegurarse de que los niños comían requetebién. ¿Que era menester acompañar a las más mayorcitas a un guateque, a un paseo, a una verbena o incluso cuando tenían vacaciones para que no se fuesen solas y los muchachos no tomasen demasiadas confianzas con ellas? Pues Josefa se arreglaba, o hacía su bolsa, o se las componía como mejor veía y allá que se iba con sus mozuelillas para que no dijese nadie que no tenían quien mirase por ellas. De su boca jamás salía un no cuando se trataba de ayudar a cualquiera que lo necesitara. Y aun así, con tanto vaivén, la abuela se las ingeniaba casi todos los años para escaparse unos días a Jayena y visitar a los pocos, pero muy queridos, que había dejado allí.

Cómo resumir más de noventa años de amor, generosidad y dedicación incondicionales; de qué manera condensar en unos párrafos una vida larga, plagada de detalles que revelaban el carácter fuerte y tierno a un tiempo, pero sobre todo entregado, de la abuela. Llegó inevitablemente el momento en que, anciana ya, Josefa no estaba en paraje de cuidar a nadie, sino de que la cuidasen a ella. Su nieta Rosario, a la sazón una mujer hecha y derecha, se trasladó a su casa para atenderla y acompañarla, como Josefa había hecho con ella cuando la recogió de brazos de su madre. Y cuando se casó y tuvo su propia casa, la nieta mayor de Josefa se la llevó a vivir con ella sin pensarlo un momento. El círculo de la vida de Josefa se estaba completando.

*Rosario en el día de su boda junto a su padre, Antonio, y su abuela Josefa*

Pese a su edad avanzada Josefa no perdía un ápice de su carácter y, acostumbrada desde niña a servir y no a ser servida, procuraba resultar de utilidad en lo poquito que podía –dar compañía y poco más– en casa de Rosario. Sus bisnietos crecían y ella se iba convirtiendo en una viejecita muy arrugadita, venerable y bienhumorada, siempre sonriente, que disfrutaba paseando a primera hora de la mañana por la Playa de la Tortuga (Tarragona) cogida del brazo de Rosario, para luego remojarse los pies en la orilla, si la mar estaba tranquila, con la cara vuelta al sol y la brisa del Mediterráneo despeinando levemente su moñillo blanco.

*A Josefa le gustaba mucho el mar*

El 24 de noviembre de 1998 se levantó algo más cansada que de costumbre. Josefa se extrañó, puesto que no estaba enferma: toda su vida había gozado de una constitución fuerte; confió pues en que se le pasaría. La familia había salido esa mañana: unos para hacer unos recados; otros a devolver una visita. Sola y tranquila en casa, por no estar de brazos cruzados la abuela Josefa se levantó del sillón para dar un agua a unos pañuelos que tenía sucios. Despachó la faena en pocos minutos, pero se sintió mal repentinamente. Su corazón de noventa y siete años, agotado de dar sin medida, claudicaba. Josefa lo supo, cerró los ojos y expiró en paz. Así la encontró su bisnieta Esther, la hija de Rosario, cuando todos volvieron a casa. El médico tranquilizó a la familia: el corazón de Josefa se había parado de puro viejo, sin más. La muerte más natural del mundo. Fiel a sí misma, la abuela se había marchado sin dar un ruido ni generar una sola molestia a los suyos. Josefa fue enterrada en el Cementerio Nuevo de Igualada, lejos de su marido Antonio y de su añorada Jayena pero cerca de su familia, como siempre había estado.

Esta historia, que ha intentado recoger una mínima parte de lo que significó la abuela Josefa para la familia de los Corrientes de Jayena, ha podido ser escrita gracias a los recuerdos de Encarna, la única de sus hijos que no emigró del pueblo y que allí continúa, rodeada de recuerdos; de buenos recuerdos. Pero, principalmente, este relato ha sido el resultado del empeño de Rosario, la nieta mayor de Josefa: la persona que más cerca estuvo siempre de nuestra protagonista, y que deseaba rendir un pequeño homenaje a tan valerosa mujer. Rosario sólo conoció a su madre a través de largas conversaciones con su padre Antonio y su

abuela Josefa, que además le entregó los únicos objetos que se conservan –ya que no hay fotografías –de aquella joven madre que falleció en el cortijo de la Cueva de la Umbría: un pequeño devocionario y un raído trocito de algodón con la R de Rosario bordada en color azul.

*Encarna, hija de Josefa, recuerda las vivencias de su familia en el Río Cebollón*

El largo viaje de Josefa la Corrientes, que comenzó en Jayena y terminó en Igualada, concluye también aquí. Pero no así su recuerdo y menos aún su legado, que es el de todas las familias de emigrados que un día tuvieron que dejar su lugar –sacrificios que seguramente costaron muchas lágrimas– animados por la legítima aspiración de construirse una vida mejor. Josefa es una más de tantos hombres y mujeres fuertes, sufridos y trabajadores de nuestra tierra, que se fueron y no regresaron. Ojalá que sus valores, los de todos ellos, se perpetúen a través de sus descendientes.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: archivo de la familia Ortega Arcos y Carlos Luengo*

*Publicado el 29 de octubre de 2019*

# "Recuperando la memoria". Historia de un historiador

*Pocos son los interesados en la historia reciente de España que no conocen la obra de José Aurelio Romero Navas, una de las máximas autoridades en materia de la guerrilla antifranquista en Andalucía Oriental durante la posguerra. Este prestigioso investigador, historiador, escritor y conferenciante narra hoy su propia historia.*

*Canillas de Albaida a principios de los años cincuenta del siglo XX*

José Aurelio, te hemos visto en las concurridas presentaciones de tus libros, en entrevistas de radio y televisión y en numerosos documentales, tertulias, debates y conferencias sobre la historia de España, incluso fuera de nuestras fronteras. En todo momento han quedado manifiestas tu solvencia en la materia, fidelidad al hecho histórico y sorprendente capacidad para retener nombres, fechas y acontecimientos, que describes luego con tu peculiar forma de hablar, suave y reposada, mientras nos abres los ojos de forma amena, sin que apenas nos demos cuenta, a una etapa de nuestra historia de la que tan arbitrariamente se había prescindido; de la que apenas se tenía constancia escrita ni se supo nada fiable, hasta que apareciste tú.

En estos días de parón casi generalizado por la pandemia, en los que la obligación moral y ciudadana de quedarnos en casa nos pone a prueba en más de un sentido pero también nos brinda la posibilidad de dedicar tiempo a cosas diferentes, recuperamos una entrevista tuya realizada hace un tiempo en la que –para variar y por esta vez– cierras los ojos y traes al presente tus propios recuerdos. Bien es cierto, José Aurelio, que sabemos de sobra que no te gusta hablar de ti, ni ser el protagonista de nada. Pero, ¿no te parece que, después de tantos años descubriéndonos los avatares de aquellos de quienes muy pocos se habían acordado, ha llegado el momento de hablar acerca de ti mismo?

Somos legión quienes pensamos que tu labor de investigación es todo un referente; quienes, de una u otra forma, conociéndote personalmente o no, nos hemos servido de tu magnífica obra para documentarnos a la hora de escribir, de estudiar o simplemente de saber más sobre los hechos ocurridos entre los años 1944 y 1952 en las sierras andaluzas. El aciago tiempo aquel durante el cual unos pocos –valientes, osados, locos, idealistas, ilusos o delincuentes–,

apoyados, entre otros, por un indigno Partido Comunista de España en el exilio que los abandonó a su suerte a las primeras de cambio –y, lo que es peor aún, sin avisar– creyeron que sería posible restaurar la República enfrentándose, solos del todo, a la maquinaria del recién constituido régimen franquista.

Este artículo se titula "Recuperando la memoria" porque ése fue el primer libro que publicaste, y porque eso mismo es lo que nos gustaría, que recuperases tus memorias. Así pues y aunque no estés muy convencido, finalmente accedes y nos permites retrotraernos contigo a un pasado muy especial, en el que nadie salvo tú mismo había buceado hasta ahora: el tuyo.

*Aurelio Romero Jiménez, alcalde de Canillas de Albaida en el año 1942*

De tu mano viajamos hacia atrás, y nos situamos en el año 1942. Al mismo pie de Sierra Tejeda el pueblo de Canillas de Albaida, en la Axarquía de Málaga, se afanaba, como el resto de España, por levantar cabeza de la inconmensurable miseria física, moral y económica que sucedió a la guerra civil. El 27 de marzo de ese año –el mismo día que moría en la cárcel el poeta Miguel Hernández–, la casa de don Aurelio, el alcalde del pueblo, hervía de trajín y alegre actividad: su mujer, María Teresa, se había puesto de parto del que sería el primero de sus cinco hijos. Al poco nacías tú, José Aurelio, en la cama de tus padres, bajo el tejado de una de aquellas casitas blancas que habían logrado resistir en pie los tres años de contienda. "Ese día nacía una estrella y moría otra", dirías en tono de broma, muchos años después, a tus alumnos de Historia en el instituto, cuando los muy curiosones te preguntaban tu edad.

Cuentas que tu infancia fue algo distinta a la de otros niños de tu edad, época y condición. Tu padre trabajaba como alcalde de Canillas de Albaida –colocado ahí por las autoridades franquistas en reconocimiento a su trayectoria ideológica, de carácter firmemente conservador–, cometido que el buen hombre desempeñaba lo mejor que podía, en la medida en que fueron aquellos unos tiempos bien dificultosos para todos. Aunque la familia adoraba vivir en el pueblo, fue vuestra madre, María Teresa –una mujer de carácter fuerte y voluntarioso, que disfrutaba decidiendo por todos–, la que discurrió que sería mejor idea mudarse a Málaga capital para que tú y tus hermanos pudieseis estudiar en condiciones, ya que el sueño de vuestros progenitores era daros una carrera a todos los hijos. Por eso, tu niñez transcurrió a caballo entre la ciudad y el campo: oscuros inviernos en blanco y negro de

adoquines, cartillas y colegio, e inolvidables y larguísimas vacaciones de Semana Santa y verano a todo color, en las verdes laderas abancaladas de Sierra Tejeda, lugar que –más adelante lo dirías tú mismo– marcaría indefectiblemente tu destino.

*Aurelio Romero y María Teresa Navas con su primogénito, José Aurelio*

Te extiendes en detalles casi sin darte cuenta, evocando con agrado los inacabables veranos de entonces, de cuatro meses de duración –desde finales de mayo a principios de octubre– que pasabais en vuestra casa del pueblo. Tu familia gozaba de una posición relativamente acomodada y tu padre era un alcalde recto y cabal, por lo que los vecinos de Canillas os miraban con respeto. Como niño, la temporada de vacaciones estivales se te pasaba sin sentir, los días enteros en la calle jugando con los amiguillos a las carreras arriba y abajo del río Turbilla, tan caudaloso como bajaba entonces desde Sierra Tejeda; a las canicas hechas con bolitas de barro; al pañuelo –ese juego tan entretenido que os enseñó el cura de pueblo, un vasco simpatizante de la República a quien las autoridades eclesiásticas habían castigado mandándolo lejos de su tierra...–. A diferencia de algunos compañeros de juegos, tú no tenías que realizar tareíllas en el campo; tu única obligación consistía en encargarte de mantener los pipos de la casa llenos de agua fresca de la fuente del Cañuelo.

Las horas transcurrían lentas, las distancias eran largas y la idiosincrasia de cada pueblo muy acusada. El habla coloquial de los habitantes de la sierra era muy cerrada, dando lugar a diferentes cuasidialectos, cada uno con su propio vocabulario y pronunciación, que variaban bastante incluso entre localidades vecinas. Recuerdas asimismo cómo a principios de verano, recién llegado de Málaga, apenas entendías lo que te decían los amigos, pero por la cuenta que te traía afinabas la oreja y a los pocos días adoptabas la lengua canillera a la perfección, con sus giros y dejes, de modo que cualquiera habría dicho que jamás te habías movido de allí. Después era tu madre la que, a la vuelta de las vacaciones, te corregía pacientemente zurciendo palabrejas, para que tus compañeros del colegio no se rieran de ti.

*José Aurelio con seis años, en 1948*

A principios de los años cincuenta el hambre remitía, pero no así otro tipo de problemas. Desde el final de la Guerra Civil Franco dirigía España con mano inflexible, condescendiente al extremo para con sus simpatizantes y severísima para con sus oponentes. La represión era tal que muchos ciudadanos, sobre todo los procedentes de los pueblos, huyeron a las sierras por temor a la cárcel o a las represalias de tipo político; con ello un numeroso contingente de descontentos fue agrupándose desde principios de los años cuarenta en lo que terminaría siendo conocido como el Ejército Nacional Guerrillero, que ocupó casi todas las montañas españolas hasta el año 1952. Los huidos contaron en un principio con el apoyo y asesoramiento del Partido Comunista de España en el exilio, que había convencido a aquellos hombres de que, dadas las condiciones internacionales en ese momento y con el apoyo cierto de fuerzas extranjeras, sería posible terminar con el régimen de Franco si accedían a participar en una guerra de guerrillas. Las sierras se llenaron pues de guerrilleros, maquis o "gentes de la sierra", cuyos enfrentamientos continuos con la Guardia Civil atemorizarían hasta extremos insospechados a los habitantes de las comarcas serranas, y convertirían la vida de todos en un auténtico calvario.

Prosigues tu relato: Canillas de Albaida, como tantos otros lugares, quedó situado en pleno territorio de lucha y, por ser un alcalde franquista, tu padre constituía un objetivo prioritario para las gentes de la sierra. Tú escuchabas a hurtadillas las conversaciones de los mayores, prestando especial atención, con una extraña mezcla de curiosidad y pavor, a los comentarios de tu padre, que con frecuencia se refería a "los bandoleros de la sierra" como a un peligro muy cercano y real. Llegó un momento en el que cada habitante de tu pueblo, de todos los pueblos, hombres, mujeres e incluso niños, tenía alguna historia aterradora que contar, ya fuese real o inventada, acerca de aquellos hombres escurridizos y malvados –que tú imaginabas, quién sabe por qué, vestidos de negro– que descendían desde sus remotos escondites montaraces aprovechando la oscuridad de la noche a los pueblos y a los cortijos para robar, amenazar, secuestrar o asesinar a los hasta entonces tranquilos habitantes de la zona.

Momentos concretos, como cuando un sargento de la Guardia Civil informó a tu padre de que su nombre había aparecido escrito en una libreta requisada a un maqui, encabezando una lista de futuras víctimas, o como aquella plácida noche de verano en la que tu familia tomaba el fresco en conversación con los vecinos, y llegó el alguacil sofocado, corriendo y llamando a voces a tu padre –"¡Aurelio, Aurelio, corre y escóndete, que han visto a los bandoleros por aquí!"–, te convencieron de que tu padre debía llevar mucha razón. Nueve años tenías entonces; grabada en tu mente quedó para siempre la imagen del cabeza de familia dando un brinco de la silla y corriendo adentro de la casa para coger su pistola –artefacto que entonces los alcaldes podían llevar en caso de necesidad– para desaparecer al segundo siguiente por la puerta de atrás, camino del huerto. Los guerrilleros no lo encontraron, pero en su lugar se llevaron al juez de paz del pueblo, a quien mataron a los pocos días. No; decididamente, para algunos la guerra todavía no había terminado.

Desde entonces tomaste por costumbre –bendita inocencia infantil– el llevar dos buenas piedras metidas en los bolsillos del pantalón, así como ir cantando a grito pelado las canciones de Antonio Molina que mejor te sabías, para demostrar que eras un valiente cada vez que bajabas solo a la fuente a por agua. Porque, aunque como niño todavía te amedrentaban el hombre del saco y el Sacamantecas, eran los bandoleros aquellos que imaginabas vestidos de negro y que querían llevarse a tu padre quienes más te asustaban.

*José Aurelio a los nueve años (1951) delante del molino de su abuelo materno, José Navas.*

Pero no pasó nada. Nada, salvo el tiempo. Los acontecimientos siguieron su curso, los tristes años de la guerrilla quedaron atrás y tu padre dejó de ser el alcalde del pueblo; tú y tus hermanos crecisteis en paz. Llegaron los años del Bachiller y la Universidad; te hiciste hombre, cumpliste con tu servicio militar y conociste a una preciosa chica rubia y de ojos celestes llamada Rosi, con la que te casaste en abril del año 1969. Y seguían volando los años en el

calendario… Eras ya un joven maestro muy ocupado en seguir formándose, te convertiste en padre, aspirabas a ser profesor de instituto y estudiabas la carrera de Filosofía y Letras cuando, en el año 1975, un libro recién publicado, "El maquis en España", escrito por el teniente coronel de la Guardia Civil Francisco Aguado Sánchez, llamó tu atención. No podías imaginar que su lectura cambiaría tu vida para siempre.

*El soldado José Aurelio Romero Navas, Montejaque (Valencia), año 1963*

Engulliste, más que leíste, aquel volumen. Conforme ibas pasando las páginas que narraban los hechos de una época que creías borrada de tu mente, los recuerdos infantiles afloraron vívidos, como si todo hubiese sucedido ayer. Pero tú ya no eras el crío de nueve años con los bolsillos llenos de piedras que cantaba canciones camino de la fuente, sino un hombre formado y con un agudo sentido crítico, en cuya mente ecuánime no cuadraban algunos hechos. El libro que tenías en las manos se había enfocado desde un punto de vista tan exageradamente tendencioso que hasta resultaba extraño; en aquellas páginas sólo se describían hechos atroces, cometidos por un grupo de facinerosos sin escrúpulos ni compasión que sólo buscaban robar, asesinar e instaurar el caos en las zonas donde actuaban. En tu opinión, era más que evidente que sólo se había contado una parte de la historia.

Sin proponerte nada en concreto, sólo por pura curiosidad, te pusiste a charlar de ese tema con los hombres más mayores que encontrabas en los pueblos de la Axarquía, donde trabajabas como maestro. Les preguntabas, así como quien no quiere la cosa, por la época en la que la gente de la sierra merodeaba por allí. Y, para tu sorpresa –¿o quizá no…?–, empezaron a llegar a tus oídos, lenta e inevitablemente, como si la verdad silenciada durante tanto tiempo por fin consiguiera abrirse camino, otras opiniones, otras perspectivas: la desgracia de unos hombres, de unos pobres hombres –idealistas unos, revolucionarios otros–, obligados por las circunstancias a escapar a la sierra, que se embarcaron en una lucha sin futuro, en la que perecerían casi todos sin remedio.

El gusanillo de averiguar más acerca de aquella etapa de la posguerra española, de la cual lo poco que se sabía no era ni ponderado, ni objetivo, ni desinteresado, ni siquiera honesto, se

instaló definitivamente en tu cabeza; decidiste, pues, tomar la cosa muy en serio. El mismo año en el que murió tu padre, 1980, nacía el investigador José Aurelio Romero Navas.

Tu carácter afable y tu perseverancia se ganaban la confianza de la gente con facilidad; gracias a ello tuviste acceso a ciertas personas que te pusieron en contacto con un hombre de Río de la Miel al que todos conocían como "el abogado". Él fue quien te llevó a casa de Enrique Urbano, un destacado maqui –cuyo nombre de guerra era Fermín– que vivía retirado en su casita de Maro, cuyos testimonios terminaron de abrirte los ojos. A través de sus relatos, unos más fieles a la verdad que otros pero todos históricamente verosímiles, aprendiste que los maquis o guerrilleros, como te gustaba llamarlos, no fueron en absoluto las cuadrillas de bandoleros que se movían por la sierra sin pies ni cabeza, que las autoridades franquistas habían hecho creer a todo el país durante décadas.

Merced al aval del propio Enrique llegaste a entablar conversación con antiguos compañeros suyos, miembros históricos de la guerrilla –el Duende, Isidro, Gerardo, Carlos, Francisco, Miguel, Paquillo y así hasta quince o dieciséis excombatientes–, todos ya ancianos que, venciendo el miedo a contar lo que tanto tiempo habían callado, te hablaron largo y tendido de otra realidad: la de unos luchadores que creyeron posible un sueño y padecieron mil calamidades por intentar llevarlo a cabo. Unas cosas llevaron a otras: visitabas cada vez más pueblos, entrevistabas cada vez a más personas… aquello era como una red que se iba extendiendo, a medida que sabías más y más. Comprendiste definitivamente el por qué de la existencia de aquellos hombres; su organización, sus rutinas, sus razones, sus anhelos, sus miedos también. Tanto te metiste en materia que, siendo ya profesor de instituto, decidiste dar un paso más y elaborar toda una tesis doctoral sobre ese tema.

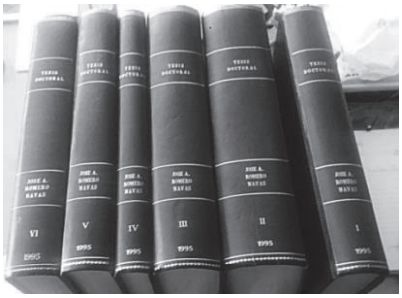
*Realizando trabajo de campo en los cortijos que fueron escenario de la guerrilla*

Una tesis doctoral no puede basarse exclusivamente en testimonios orales, por lo que comenzaste con tus investigaciones en los archivos oficiales. Trabajaste mucho tiempo junto a José María Azuaga Rico, un compañero de profesión que también elaboraba su tesis doctoral sobre la guerrilla antifranquista. Cuántas idas y venidas a pueblos y cortijos para recoger los testimonios de quienes habían vivido aquella época; cuántas triquiñuelas para poder grabar cientos de horas de conversaciones valiosísimas con aquel magnetofón que pesaba como un muerto y llevabas disimulado dentro de una bolsa en bandolera; cuántas excursiones a la Almijara acompañado por antiguos guerrilleros, para documentar y fotografiar los lugares donde habían desarrollado sus acciones; cuántos viajes de Málaga a Granada levantándote a las seis de la mañana para estar en la puerta de Capitanía General antes de que abriesen; cuántas mañanas de trabajo, hasta que los funcionarios te echaban de allí a las dos de la tarde –"Pero hombre, ¿todavía está usted aquí?"–, examinando vetustos legajos y carpetas de octavillas dispuestas sin ton ni son, buscando causas de enjuiciamiento a guerrilleros almacenadas en archivadores con polvo acumulado desde el año 1952, que nadie se había molestado en consultar jamás; cuántos viajes de regreso a Málaga deprisa y corriendo para dar por la tarde tus clases de Historia en el instituto, sin almorzar siquiera porque no te daba tiempo; cuántos viajes a Madrid los fines de semana para inspeccionar los archivos de la Guardia Civil en la calle Guzmán el Bueno… Pero, sobre todo, cuánta dosis de paciencia la de tu familia para soportar tus prolongadas ausencias, incluso para soslayar algún comentario malintencionado por parte de extraños sobre las razones por las que faltabas de tu casa. Quince años de tu vida dedicaste casi en cuerpo y alma –desde 1980 a 1995, año de la presentación de tu tesis– a esas investigaciones.

*Con el guerrillero Gerardo Pinto*

*Con Montse Fernández, nieta del guerrillero Juan Garrido, en un congreso en Barcelona*

Tanto esfuerzo, como no podía ser de otro modo, dio buen fruto. Fuiste el primero que descubrió y dio a conocer que la realidad no era como nos la habían contado; que había que sacar a la luz la organización y las tribulaciones de aquellos infelices diseminados por la sierra con poco o ningún apoyo logístico, expuestos a la dureza extrema de la vida en las montañas, a las enfermedades, la falta de alimentos y la soledad, traicionados por sus dirigentes, perseguidos sin cuartel hasta su exterminio y difamados luego por los historiadores franquistas. Y, aunque tu propio padre había sido objetivo de los maquis de la Almijara, honesta e imparcialmente –lo que nadie hasta entonces había sido– trasladaste al papel toda la verdad, todo lo que aprendiste en esos años de investigación: publicaste varios libros que se han convertido en bibliografía de referencia, y completaste una tesis doctoral brillante, titulada "La inquietud político social en la provincia de Granada y en la zona oriental de la provincia de Málaga durante los años 1939 a 1947. Huidos, partidas y guerrilla", encuadernada en seis gruesos tomos, por la que recibiste la felicitación unánime de todo el tribunal.



*Con los miembros del tribunal el día de la lectura de su tesis doctoral. A la derecha, los seis volúmenes que la constituyen*

Te convertiste en catedrático y te centraste en tu trabajo como profesor y director del instituto María Zambrano de Torre del Mar (Málaga), en el que prestabas servicio. Por fin, después de cuarenta y tres años de trabajo, te jubilaste en el año 2002, convencido de que ya era hora de descansar. Pero el pícaro gusanillo de la investigación, que seguía instalado en tu cabeza, decidió llamar tu atención otra vez. Así que en el año 2005 volviste a las andadas –genio y figura–. Los archivos de Capitanía General de Málaga y del Togado Militar de Almería fueron esta vez escenario de tu curiosidad insaciable. Ahora se trataba de saber más sobre el pasado de las personas de las que habías escrito, sus antecedentes y las razones por las cuales se echaron a la sierra; de ese modo pasaron otros cinco años, en los que continuaste aprendiendo, disfrutando cada minuto mientras estudiabas viejos ficheros repletos de información, relajado ya, sin la urgencia de trabajos que publicar ni clases inaplazables a las que acudir.

En el año 2010 te retiraste oficialmente. Hiciste unas reformas en casa para conservar de forma adecuada tu extenso archivo, ese trabajo de años de valor incalculable y, en la tranquilidad del hogar, con todo el tiempo del mundo y el justo reconocimiento a tu labor, pasas desde entonces tus días junto a Rosi, tu compañera de vida. Todavía se sigue solicitando tu colaboración en publicaciones, tertulias y debates, pero declinas amablemente esas invitaciones –aunque jamás dices que no a los amigos que necesitan de tu sapiencia, entre los que, por fortuna, podemos contarnos–. Fiel a ti mismo, mente incansable, en tu rutina diaria siempre reservas un hueco para releer tus libros, repasar las causas que investigaste, subrayar párrafos, buscar en internet más información y escribir, siempre escribir; escribir todo lo que se te ocurre. Y pensar, y recapacitar sobre lo mucho que te cambió personalmente la oportunidad de escuchar las experiencias de los maquis de boca de sus protagonistas.

*Repasando algunas de sus publicaciones*

Numerosos han sido los investigadores y estudiosos que han seguido tus pasos y han continuado, cada cual a su manera, la labor que emprendiste tú. Gracias a esa iniciativa contamos hoy con interesantes y documentadas publicaciones que analizan el fenómeno del maquis en las sierras andaluzas desde diferentes puntos de vista. Muchos también los que hemos aprendido leyendo tus libros –"Recuperando la memoria", "La guerrilla en 1945,

proceso a dos guerrilleros", "Censo guerrillero", "Vidas truncadas" y "Bibliografía de la guerrilla"–, y tus artículos en revistas especializadas; los que hemos recibido tu ayuda desinteresada y tu amable disposición para colaborar en todo lo que te ha sido posible. Tus trabajos, igualmente, sirvieron para que gran número de familias encontrasen información sobre sus parientes huidos a la sierra, de los que no habían vuelto a saber nada; algunos incluso pudieron cobrar las indemnizaciones que puso en marcha el gobierno del presidente Felipe González, gracias a la aportación de las causas de sus familiares halladas en los archivos de la Guardia Civil, que tus publicaciones habían sacado previamente a la luz.

Cuando hace buen tiempo te gusta asomarte a la terraza de tu casa, desde donde se domina una amplia panorámica de la cara sur de las sierras de Tejeda y Almijara: de un solo vistazo puedes abarcar desde la Maroma hasta el Cerro Lucero. Entonces dejas vagar tu mirada, que no ha cambiado en absoluto a pesar de los años, por esas montañas tan queridas: las mismas que te vieron nacer, que recorriste siempre que tuviste ocasión y que te inspiraron una labor que ha llenado una vida entera. Un trabajo del que tu padre, como hombre íntegro que era, se habría sentido orgulloso. Un legado que quedará para que las generaciones venideras, como nosotros hoy, comprendan la realidad de una etapa de la historia de España que fue invisible muchos años. Gracias, maestro José Aurelio, amigo José Aurelio, por habernos enseñado tanto; por continuar enseñándonos a todos.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, archivo de José Aurelio Romero Navas y Carlos Luengo*

*Publicado el 21 de marzo de 2020*

# Cerro Lucero y Antonio, el guardia civil, I

*A casi mil ochocientos metros de altitud, coronando la silueta del Cerro Lucero, un muro solitario desafía todos los vientos desde hace setenta y un años. Sabido es que, durante la posguerra, este paraje constituyó un punto clave en la historia de la guerrilla antifranquista en Andalucía. Pero Cerro Lucero también fue decisivo en la vida de Antonio, un joven guardia civil que vinculó sus mejores sueños a esta montaña.*

*El Cerro Lucero o Raspón de los Moriscos. A la derecha, el Lucerillo (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

Dicen que el Cerro Lucero debe su nombre a la circunstancia de que, desde la perspectiva de la costa malagueña, donde esa montaña resulta muy visible, cada amanecer que el lucero del alba –el planeta Venus– emerge resplandeciente sobre el horizonte, lo hace justo por encima de esa cumbre. En la parte de Granada, donde es otro el punto de vista geográfico, esa montaña ha sido siempre conocida –al menos en tiempos antiguos– con el nombre de Raspón de los Moriscos o Cerro de los Moriscos, sin más.

Llamémoslo Cerro Lucero o Raspón de los Moriscos, hay ciertos aspectos que no cambian: son éstas tierras muy viejas, con un largo historial de incidentes ocurridos entre esas peñas y barrancos: Cerro Lucero desde luego, pero también el Lucerillo, el Coladero de los Mosquitos, el Collado de Puerto Llano y el de la Perdiz; el Barranco Bartolo y el del Caracolillo, la Venta de Panaderos y la cabecera de los ríos Chíllar e Higuerón; la Venta de López, el Cerro de Los Machos, el arroyo Añales y los puertos de Cómpeta y Frigiliana. Nombres que traen al presente antiguas leyendas de comerciantes fenicios, romanos y árabes que salían por estos pasos naturales desde las comarcas del interior hacia el mar; de arrieros, pastores, leñadores, resineros y esparteros, afanados todos en su honrado quehacer; de malintencionados "caras tapadas" –bandoleros y salteadores– que acechaban a los incautos viajeros tras cualquier revuelta del camino para apropiarse de su bolsa; de guerrilleros maquis y guardias civiles enfrentados en una lucha encarnizada en la que muchos de ellos, demasiado jóvenes para entender el por qué de ese afán, perecieron. Un paisaje hermoso por lo austero, que no ha variado desde hace cientos, miles de años, y que seguirá siendo así mucho después de que nosotros desaparezcamos. Un horizonte que se expande gris de roca, azul de cielo, blanco de nubes y verde de pinar a los cuatro puntos cardinales. Y una estrecha e inclinada vereda

tallada a pico en pura piedra, que asciende dibujando fielmente el recorrido que diseñaron, allá por el año 1949, las mismas manos que levantaron en la cumbre del Cerro Lucero el conocido puesto de vigilancia de la Guardia Civil, hoy en estado ruinoso.

*Ruinas en la cumbre del Cerro Lucero (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

No obstante, antes de conocer la historia de esa construcción tan emblemática nos apoyaremos en otra, casi paralela en tiempo y espacio, y esencial para humanizarla y comprenderla de verdad. Este relato lo protagoniza un muchacho, casi un niño, llamado Antonio Martín González, que nació en el año 1923 en Almayate, un pueblo de la Axarquía de Málaga. Un rollizo y tranquilo bebé rubio, muy deseado, al que sus padres, Antonio y Virtudes, bautizaron con el nombre de su progenitor. El pequeño Antonio y su hermana mayor, Adelina, pasaron toda su infancia en Almayate hasta que el cabeza de familia, que era guardia civil, fue destinado a prestar servicio en el cuartel que la Benemérita tenía en la localidad de Algarrobo. El traslado de la familia, en el año 1939, coincidió con el final de la guerra civil; en su nuevo hogar Antonio, que para entonces ya era un guapo adolescente de dieciséis años, terminó de madurar y se convirtió en un muchachito alto y muy bien plantado.

La familia de Antonio era pobre, como lo había sido la de sus padres y anteriormente la de sus abuelos. Sin hacienda ninguna y sin el título de propiedad siquiera del techo que les cobijaba, Antonio y los suyos se las maravillaban para salir adelante con el raquítico sueldo de guardia civil que aportaba su padre a fin de mes; era gracias a la buena voluntad de todos como se lograba estirar esos ingresos hasta niveles insospechados. Aun así en aquella casa nadie se quejaba: muy al contrario, eran conocidos en el pueblo por su buen humor. Pero al fin y al cabo de optimismo no se come, y menos durante una posguerra como aquella. Un día el cabeza de familia llamó muy serio a su hijo y lo sentó en la mesa, delante de él. Había llegado el momento, le dijo, de ponerse a trabajar para ayudar económicamente en la casa, o aprender un oficio que le asegurase un porvenir. El chico podía hacer lo que quisiera, pero tenía que decidir algo, y ya. Para ser realistas, a su alcance sólo tenía dos opciones: o trabajaba en el campo o se alistaba en la guardia civil, como había hecho su padre. Este le explicó también que ser labrador sin tierra propia le condenaría a la oprimida e incierta vida del jornalero, invariablemente sometida a la voluntad, incluso al capricho, de un capataz. Larga fue aquella conversación entre padre e hijo; Antonio, que se había sentado a la mesa como niño y se levantó de ella hecho un hombre, resolvió pues ser guardia civil, noticia que alegró

mucho en su casa. En 1944, cuando cumplió los veintiún años, Antonio entró a formar parte de dicho cuerpo militar. El día que juró bandera la madre lloraba de orgullo, y también de desazón: conocía a su hijo y sabía de su pundonor y agudo sentido del deber. Estaba segura de que, antes o después, Antonio daría "todo por la Patria".

*Antonio posa con su flamante uniforme*

Antonio pasó un tiempo de servicio en el cuartel de Algarrobo, dedicado a tareas de inspección y vigilancia en una comunidad de por sí tranquila. Pero la posguerra parecía eterna; la escasez y las penurias de todo orden se aferraban a la población, que pugnaba por mantenerse a flote como si llevase una piedra colgada del cuello. Para completar el panorama, la llegada del franquismo propició, poco tiempo después, un rebrote de los enfrentamientos entre un pequeño grupo de idealistas de izquierda y las fuerzas militares encargadas por el gobierno de su represión. Efectivamente, en las sierras de España la lucha se reanudó, enconada, entre los guerrilleros antifranquistas, maquis o "gente de la sierra" –los bandoleros, como eran llamados por quienes los perseguían–, el ejército y, por supuesto, la guardia civil. Los encuentros no tardaron en hacerse cada vez más cruentos y las bajas en uno y otro bando no paraban de producirse. Los maquis hicieron de las montañas su hogar; las recorrían como sombras huidizas de un extremo al otro evitando caminos y senderos, casi siempre durante la noche, borrando cuidadosamente el menor indicio de su paso. Se orientaban mirando al cielo y haciendo uso de su profundo conocimiento de la orografía. En las sierras de Málaga y Granada contaban, además, con el apoyo incondicional de muchos habitantes de pueblos y cortijos, aunque a medida que los años pasaban la guardia civil fue cerrando el cerco sobre los proscritos, que cada día se veían más acorralados en las montañas que en un principio les habían servido de refugio. Precisamente uno de los lugares que más frecuentaban, por lo intrincado de sus accesos y las características del terreno, era el Cerro Lucero y sus alrededores, donde los maquis contaban con numerosos campamentos de piedra hábilmente camuflados entre las rocas, que les permitían ocultarse a la perfección.

El particular relieve del Cerro Lucero ofrecía los fugitivos laderas empinadas y abruptas, sin vegetación, plagadas de grandes rocas y profundos recovecos que propiciaban mil escondites. También resultó crucial la relativa cercanía de la Venta de Panaderos –ubicada en la falda sur de dicha montaña–, un lugar donde recibían apoyo y suministros por parte de la familia que la regentaba. Esos y otros motivos explicaban la abundancia de campamentos guerrilleros en los alrededores de la Venta de Panaderos, el Barranco Bartolo, el Cerro de los Bojes y el propio Cerro Lucero. Estos campamentos, muy básicos, consistían en meras corraletas construidas piedra sobre piedra, con el suelo cubierto de lastones o esparto, las cuales cubrían de noche con una lona para dormir sin que el frío de la madrugada les helase los huesos. Los había de varios tamaños, en función de las características del terreno donde se encontraban. Los más comunes eran para dos o tres ocupantes, pero también los montaban con más capacidad. Estaban tan bien construidos y disimulados que resultaban prácticamente invisibles, vistos desde abajo. Desde esa posición dominante contaban, en algunos puntos, con 360 grados de visibilidad.

Era cuestión sabida que el Cerro Lucero funcionaba como una fortaleza natural, por lo que constituía uno de los principales santuarios guerrilleros y había que tener mucho cuidado al acercarse a esa zona. La guardia civil, consciente de todo ello, inspeccionaba esos parajes armada hasta los dientes, convertida en fiel sabueso –en ocasiones a su pesar– de los mandos militares, y dispuesta a todo con tal de "limpiar la zona de los temibles bandoleros". Como pocos querían meterse en la boca del lobo, tan solo los arrieros que no tenían más remedio que atravesar la sierra para llevar sus mercancías de un lado a otro se atrevían a cruzar los puertos y lugares de paso cercanos a esa cumbre tan temida. Y es que llegó un momento en que pasar por el Cerro Lucero y sus cercanías era lo mismo que buscarse complicaciones.

*Campamento guerrillero en las cercanías de Puerto Llano, reutilizado mucho después como majada para ganado*

*Restos de un apostadero o puesto de guardia maqui en las laderas del Lucerillo*

Pero volvamos a la historia de Antonio, a quien habíamos dejado ejerciendo sus primeras tareas como guardia civil. De siempre había sido un chico alegre y bullanguero, que disfrutaba contando chistes a sus amigos y cantando coplillas –con una voz realmente buena– a las niñas guapas. Alto y delgado, de complexión atlética y muy bien parecido, Antonio traía de cabeza a todas las jovencitas en edad de merecer de Algarrobo. Claro está que él solo tenía ojos para una de ellas: Esthercita, hija de uno de los vecinos más acomodados del pueblo. Menuda y graciosa, de cabello ensortijado, carita redonda y ojos color miel, Esthercita le correspondió desde el primer momento y pronto la pareja quiso formalizar su relación. Pero como no todo les iba salir rodado, se encontraron con que los padres de ella, aunque conocían y apreciaban a Antonio desde pequeño, no veían con buenos ojos que la niña terminase casándose con alguien –no ya de inferior condición, puesto que sabían que Antonio era un muchacho cabal– de origen tan humilde. A pesar de esas reticencias, la pareja continuó viéndose.

Llegó el momento en que Antonio y Esthercita comenzaron a hablar seriamente de casorio, aunque los padres de ella seguían sin querer tomar en serio las pretensiones de los chicos. El muchacho, enamorado hasta la raíz, daba vueltas y más vueltas a la cabeza, buscando la manera de ganarse el respeto y el cariño del arisco matrimonio. Pero no era empresa fácil. De sobra sabía que sin dinero ni tierras en propiedad, la única posibilidad que tenía era ascender dentro del Cuerpo de la Guardia Civil. ¿Y cómo lo conseguiría? Pues mediante la práctica de acciones que resultasen meritorias a los ojos de los mandos militares, es decir, demostrando su valía y arrojo como guardia civil. Dada la época en la que vivía, las oportunidades mejores para ello se encontraban, sin duda, enfrentándose a la gente de la sierra allí donde esa lucha resultaba más reñida. Antonio suponía que, una vez llevados a cabo los suficientes hechos heroicos para impresionar a sus superiores, ascendería de rango y pasaría de ser un simple guardia segundo a cabo, por lo menos. La viva imaginación de Antonio galopaba, imparable. ¿Y si después llegaba el nombramiento de cabo primero…? Ya se veía él saliendo de la iglesia del brazo de Esthercita, luciendo un flamante uniforme de cabo primero de la Guardia Civil, bajo la mirada complaciente y aprobatoria de sus padres y sus suegros, y el respeto de todos.

Tan pronto se dieron las circunstancias adecuadas, Antonio solicitó ser trasladado al puesto de vigilancia más próximo al Cerro Lucero, que era el territorio donde más acciones se estaban llevando a cabo contra la actividad de los guerrilleros. Sus padres temblaron como hojas al

viento al conocer semejante decisión, pero no había nada que hacer: el muchacho estaba decidido. Para un fiel enamorado no existen límites y él, por Esthercita, se creía capaz de todo. Antonio Martín González, de veintitrés años de edad, perteneciente a la 136 Comandancia de la Guardia Civil, fue destinado en junio de 1946 al destacamento que se había concentrado en el cortijo conocido como Venta de López, en el término municipal de Játar (Granada), muy cerca del Puerto de Cómpeta y, por supuesto, también del Cerro Lucero.

*La Venta de López con la familia de José María Márquez, que residía en la casa, y algunos guardias del destacamento de Antonio, año 1946*

La Venta de López, propiedad por aquel entonces de la Unión Resinera Española, estaba ocupada en régimen de arriendo por José María Márquez y su mujer, María Rafaela Molina, junto a sus ocho hijos. Se trataba de un cortijo de calidad que esa familia habitaba desde hacía muchos años. Contaban con abundante ganado –veinte vacas, doscientas cabras, ocho o diez cerdos y al menos cincuenta gallinas–, dos hortalizas y mucho terreno de labor en el que cultivaban habichuelas, garbanzos, maíz, trigo y cebada, además de distintas clases de frutales. La familia convivía asimismo con un tío soltero, un cabrero, un vaquero y varios jornaleros que pasaban con ellos largas temporadas. La venta se situaba a la vera de uno de los caminos de arriería más transitados de la sierra, que conectaba los pueblos del interior de Granada y los de la costa de Málaga atravesando la Almijara por el Puerto de Cómpeta. Durante muchos años, durante todo el año, arrieros de Cómpeta, de Canillas, de Torrox, resineros, jornaleros y caminantes pasaron por delante de aquella casa. Pero la guerra y los enfrentamientos entre maquis y guardias civiles casi terminaron con ese modo de vida tradicional.

Antonio y sus compañeros de destacamento arribaron a la Venta de López, como ya se ha dicho, en el verano de 1946. Su grupo militar estaba compuesto por un cabo al mando, Francisco García Puga, de treinta y dos años, y cinco guardias, a saber: Antonio Martín González, nuestro protagonista, de veintitrés años, Domingo Marín Moreno, de veintiocho, Antonio Martín Mora, de veintiuno, Aurelio Pérez Martínez, de veinticuatro, y Fernando Quintero Gálvez, de treinta y un años. Cada cierto tiempo –en torno a las dos semanas– se iban relevando con otro grupo similar, y su misión consistía en vigilar y defender esa zona

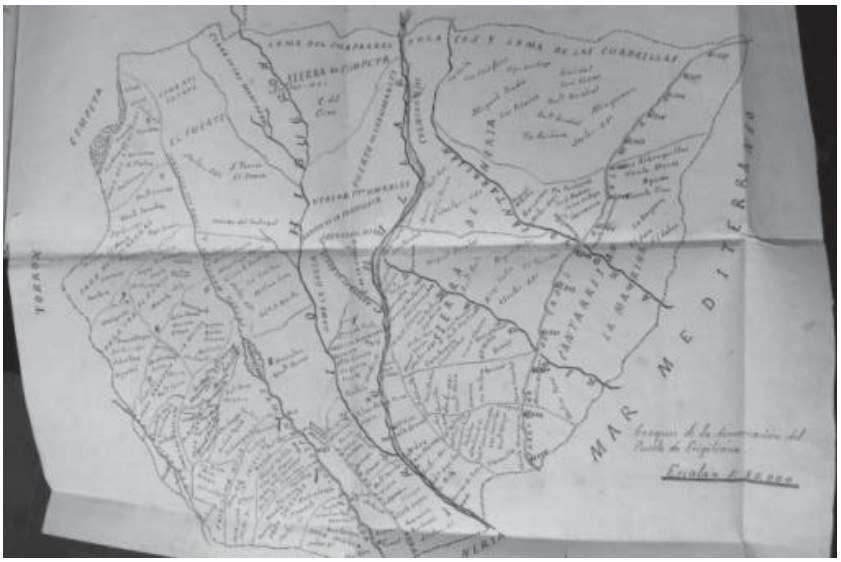
frente al paso o los posibles asaltos de los guerrilleros, así como controlar que no se les diese apoyo de ninguna clase por parte de nadie. José María, Rafaela y sus hijos no tuvieron más remedio que aceptar la intrusión en sus vidas de aquel grupo de jóvenes militares con toda su impedimenta –armamento, munición, radiotelégrafo y equipamiento–. Para acomodar a tantas personas en una casa que, aunque de generosas dimensiones, ya estaba de por sí bastante llena, se reacondicionaron una parte de las cámaras y el pajar; los guardias con sus equipos utilizaban dos, y la familia una. Las comidas también las hacían aparte, puesto que no se encontraban allí precisamente en calidad de invitados, y debían mantenerse concentrados y alerta en todo momento. Los guardias contaban con sus propias viandas y suministros, que adquirían en un economato militar a precios expresamente fijados para ellos, y de los que encargaban también –como un favor especial–, para ayudar en lo que les era posible a la familia que se había visto obligada a acogerlos, productos como atún, azúcar, arroz, jabón, chocolate, torcidas para candiles, sosa, ciertas herramientas, agujas e hilo...

*José María y María Rafaela, con sus hijas menores*

A pesar de la novedad, la rutina diaria del cortijo no cambió en lo esencial, ya que los hombres seguían adelante con las faenas del campo y las mujeres se aprestaban con las de la casa y los animales de corral. Los niños continuaron enredando alrededor de todos, como siempre. Para el destacamento de guardias civiles, sin embargo, la cosa era bien distinta. Uno de los guardias se quedaba en la venta, perfectamente uniformado y armado, montando guardia en la puerta de la casa, mientras sus compañeros salían a hacer rondas de inspección por los alrededores del cortijo, siguiendo a rajatabla las órdenes recibidas a través del radiotelégrafo o el esquema de rutas prefijadas por sus mandos, que cada pocos días peinaba concienzudamente todo el territorio del que ese destacamento era responsable. Los niños de la casa observaban boquiabiertos el imponente aspecto del guardia que se quedaba de vigía, con aquel uniforme de correajes cruzados, la gorra de cuartel ladeada estilosamente sobre la cabeza y su arma al hombro, perfectamente engrasada y lista para hacer fuego, si hubiese necesidad. Cuando era Antonio el que se quedaba de centinela, Rafaela –procurando distraerlo lo mínimo de su

tarea– tenía siempre un detallito con él. Conocía a ese guardia civil desde niño porque ella también era natural de Algarrobo; lo había visto corretear como un descosido por las calles de su pueblo, reír con los amiguillos sentado en el tranco de su casa a la hora de la merienda y pasear de la mano de su madre, a la que conocía de coincidir en misa los domingos. Por eso, cuando lo observaba allí tan serio, firme en la puerta de su casa con aquel pesado mosquetón colgando del hombro, solía ofrecerle un vaso de leche fresca o un buen pellizco de torta de aceite recién sacada del horno, si era día de amasar. Antonio le agradecía estos gestos con un guiño de complicidad.

Con el paso de los meses la familia asumió como algo suyo la presencia de los militares, con los que conversaban amigablemente en los escasos ratos en que descansaban de faenas del campo unos y de rondas de vigilancia otros, de manera que, sin darse cuenta, se fueron estrechando los lazos por ambas partes. Cuando a Antonio le tocaba salir de ronda, Rafaela penaba como si fuese un hijo suyo el que se iba. No respiraba tranquila hasta que veía asomar al destacamento por el Portichuelo, o por los Tajillos, o por dondequiera que apareciese de vuelta. Porque a nadie se le escapaba, ni siquiera a los niños de la casa, que afuera, muy cerca, entre las rocas o en la espesura del pinar, se ocultaba un número indeterminado de fugitivos armados cuyo objetivo primero era librarse, si fuera preciso a tiros, de las fuerzas que los perseguían. Y eso, para los habitantes de la Venta de López, convertía a los guerrilleros en hombres muy peligrosos. La guardia civil contaba, desde luego, con suficientes medios económicos, comida abundante, armamento y munición a punto, apoyo gubernamental y la mejor cartografía disponible para moverse por aquellas montañas. Pero la guerrilla, formada casi en su totalidad por vecinos de los pueblos de la sierra, tenía en su haber un profundísimo conocimiento de los parajes donde actuaba, porque allí habían nacido y crecido la mayoría de sus componentes. No existía barranco, cumbre, cueva, cañada o angostura por los que los de la sierra no hubiesen pasado mil veces. Sabían dónde ocultarse y, sobre todo, sabían por dónde escapar.




*Croquis manuscrito original de la época, realizado por la Guardia Civil, de la demarcación y zonas aledañas al Puerto de Frigiliana*

Los guerrilleros, cada vez más numerosos y mejor organizados, con apoyos en las montañas, con dinero para pagar un sueldo a cada miembro de la agrupación –quinientas pesetas al mes– y todavía con el ánimo fuerte y la esperanza de conseguir llevar a cabo sus planes –el derrocamiento del Régimen del General Franco–, parecían ser ubicuos: estaban en todas partes y a la vez en ninguna. La sierra se encontraba muy vigilada por numerosos destacamentos militares que, como el de la Venta de López, se habían distribuido estratégicamente para interceptar cualquier camino o senda. Todo aquel que vivía del monte sabía que en cualquier momento podría ser observado por muchos ojos inquisidores, vigilado al alimón por ambos bandos, mientras la lucha entre ellos se volvía más cruel cuanto más tiempo pasaba. Los grupos diseminados de rebeldes, que hasta hacía poco habían operado por separado, se unieron bajo la dirección de Juan José Muñoz Lozano, alias "Roberto", un hombre frío y astuto, con grandes dotes de mando y mucha experiencia militar, a cuya instancia nació la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga, conocida por ser una de las que más trabajo costó acorralar y desarticular. Roberto consiguió agrupar más de 150 guerrilleros bajo su mando, a los que conducía, con mano experta, como un pequeño ejército. Al contar con gran apoyo por una parte de la población campesina, ya fuese por afinidad política o por lazos familiares, la agrupación guerrillera comandada por Roberto pasaba por un buen momento. Todo lo contrario que ocurría con los miembros de la guardia civil, que por aquella época cobraban menos dinero que sus oponentes y se las veían y deseaban para conseguir colaboración popular, en parte por culpa de algunos miembros de la Benemérita, de infausto recuerdo, que más que guardias civiles parecían matarifes.

Llegó el verano del año 1947. Hacía un año que el destacamento de Antonio se alojaba en la Venta de López. El muchacho, que ya había cumplido los veinticuatro años y cada día estaba más enamorado de Esthercita, soñaba a diario con la heroica operación militar que le facilitaría su anhelado ascenso. Mantenía contacto frecuente con su novia por medio de las cartas que enviaba y recibía gracias a los arrieros que pasaban por el Puerto de Cómpeta, camino de los pueblos de Málaga o Granada. Algunas noches, antes de retirarse a descansar, observaba a la luz difusa del atardecer la silueta del Cerro Lucero, tan cercana, y recordaba las conversaciones mantenidas con otros guardias. Esa montaña era el único punto estratégico donde la guardia civil no tenía un destacamento. Todos sabían que contar con un puesto en un otero semejante sería una gran ventaja, pero hasta entonces nada se había hecho al respecto: los diferentes destacamentos que había repartidos por la sierra se concentraban en los cortijos y otras construcciones preexistentes. Aprovecharlas era la solución más práctica. Antonio cerraba los ojos y, olvidado al final de cada día de los bandoleros, del cabo y sus órdenes, del Cerro Lucero y de todo lo que no fuese Esthercita, fantaseaba risueño con su boda, luciendo su elegante uniforme de sargento –ya no le bastaba con ser cabo primero– de la guardia civil. Mientras sonreía sin darse cuenta, preso de sus ensoñaciones, las últimas luces del ocaso decaían lentamente, por detrás del Puerto de la Chapa.

*Componentes de la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga*

El veintisiete de julio de 1947 hacía calor; era la una y media de la tarde y tanto la familia como los guardias del destacamento de la Venta de López se encontraban terminando de almorzar en la cocina. Un pequeño estrépito de voces y perros ladrando interrumpió la comida, al tiempo que cuatro arrieros entraban a la casa acalorados, preguntando con urgencia por el cabo al mando de ese destacamento. El cabo García se incorporó al punto, preguntando a su vez el por qué de su premura. Los arrieros respondieron que, al pasar, habían visto a varios bandoleros armados merodeando por las inmediaciones del Puerto de Cómpeta. Inmediatamente, sin dar lugar a terminar la comida, el cabo dio la orden a sus guardias de subir a las cámaras para vestirse y armarse convenientemente: debían partir con la máxima rapidez hacia el puerto de Cómpeta para intentar sorprender y arrestar a los fugitivos.

Antonio también se levantó de la mesa y, agarrando a toda prisa el mosquetón, una pistola, balas suficientes y una granada de mano, pensó que aquella era su oportunidad: la primera vez que se vería cara a cara con los rebeldes, porque hasta entonces su obligación no había pasado de las marchas, guardias nocturnas o a pie de puerta y reconocimientos del terreno, sin encuentros de ningún tipo. Sentía miedo, por supuesto, pero eran mayores su emoción e interés en aprovechar esa ocasión para demostrar que era un buen guardia civil. ¡Meses hacía que llevaba esperando este día…! Con eficiencia militar, el destacamento tardó pocos minutos en estar listo para salir al camino. José María y sus hijos mayores se ofrecieron para acompañar a los guardias y ayudarlos en lo que pudieran, pero el cabo García les pidió –les ordenó, en realidad– que se quedasen en el cortijo, pues hacía falta que alguien permaneciese allí de guardia, habida cuenta que se quedaban las mujeres y los niños solos, y que él pensaba salir al encuentro de los bandoleros con todos sus hombres. Efectivamente, al poco rato el destacamento al completo, con su cabo al frente, se encontraba camino del Puerto de Cómpeta.

*Puerto de Cómpeta (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

En apenas cuarenta y cinco minutos los guardias alcanzaron el lugar que la guardia civil conocía a nivel interno –en su cartografía ponían nombres a ciertos lugares, topónimos que hoy en día se han perdido por haber desaparecido esas sendas– como el "Camino de los Borrachos", situado un poco antes de Fuente Barrera. Una vez allí, el cabo dispuso que se dividiesen en dos grupos para reconocer dos pinares que había cerca del camino, y cubrir de esa forma más terreno. Así lo hicieron, y a los quince minutos se reunieron todos sin novedad en el Puerto de Cómpeta. Decidieron entonces parapetarse junto a un gran risco situado a un lado del camino que bajaba hacia la costa; en esas estaban, avanzando rápidamente con sus armas en la mano, cuando, situados ya a unos veinticinco metros del roquedo al que se dirigían, oyeron claramente una voz bronca que anunciaba: "¡¡Ahí van…!!"

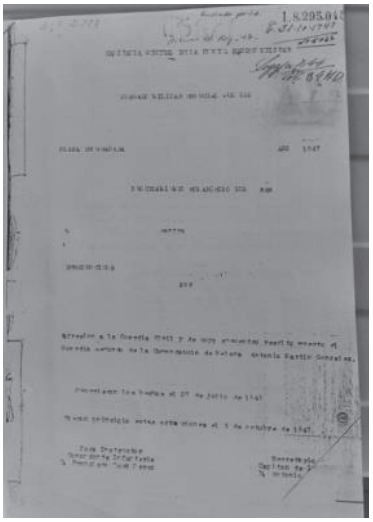
Oírla y echar los guardias cuerpo a tierra fue todo uno. Inmediatamente, casi en el mismo segundo, varias ráfagas de metralleta que partían desde diferentes puntos cayeron, literalmente, sobre sus cabezas, ya que los disparos procedían de una posición muy superior a la que ellos mantenían. Repelieron la agresión al tiempo que buscaban refugio en unas rocas cercanas. El fuego por ambas partes se intensificó. A los pocos minutos de comenzar el tiroteo Antonio, que en su afán se había posicionado algo más adelantado que sus compañeros, notó en el pie derecho y en la parte superior del muslo izquierdo la mordida ardiente de la metralla. Vio manar la sangre, pero, cosa extraña, no sentía ningún dolor, por lo que supuso que no sería grave. "¡Me han herido, Domingo!", informó al guardia que tenía más cerca, e inmediatamente buscó resguardo en una peña desde la cual, a pesar de que ya empezaba a notar molestias crecientes, continuó disparando su fusil –hasta veinticinco veces más– contra sus invisibles contrarios. En un momento dado tomó la granada de mano para lanzarla y se dio cuenta de que estaba sentado en medio de un gran charco de sangre. Su propia sangre. Fue entonces cuando tomó conciencia de que realmente sí sentía dolor: uno agudo, muy adentro, distinto a todos los que había experimentado hasta entonces, que lo invadía en oleadas cada vez más penetrantes. Una súbita debilidad le obligó a soltar sus armas y a apoyar la espalda contra la piedra, mientras escuchaba el silbido del fuego cruzado volando por encima de su cabeza. A

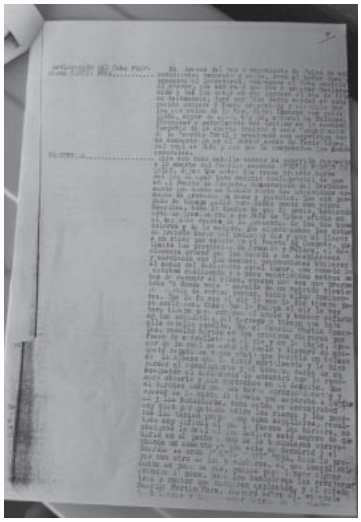
ambos lados y por detrás, envueltos en una nube de humo de pólvora y fragmentos de roca pulverizada, sus compañeros de destacamento disparaban hacia arriba, casi a ciegas, luchando ya simplemente por defender sus vidas en mitad de aquel infierno.

Recostado en la roca, como si fuese un observador ajeno a lo que estaba ocurriendo, Antonio dejó de oír gradualmente el fragor del enfrentamiento; poco a poco el silencio lo envolvía, el dolor se calmaba, la nube de humo se espesaba… el muchacho comprendió, al fin. Sentía frío y sueño, pero sobre todo, paz. Antes de cerrar definitivamente los ojos percibió nítida la cara de Esthercita, muy cerca de la suya. Los dulces ojos color miel de su novia le acompañaban, le acariciaban; sin palabras le decían que se había portado como un héroe, y que ya no tendría miedo nunca más. Cuando una bala rezagada acertó en la cabeza de Antonio, hacía unos minutos que el muchacho ya se había marchado para siempre de ese lugar.

El combate entre los guerrilleros y la guardia civil duró unas dos horas –desde las dos y media hasta las cuatro y media de la tarde–. Cuando cesaron los disparos y pasó un tiempo prudencial, el cabo García se acercó al lugar donde yacía inmóvil el cuerpo del guardia segundo Antonio Martín González, completamente ensangrentado y, sobreponiéndose a su propio dolor, ordenó a los agotados Domingo y Aurelio que fuesen de inmediato a la Venta de López para dar cuenta del suceso. Era necesario que alguien los ayudase a trasladar el cadáver de Antonio a la casa. Al rato regresaron con José María. Mientras éste fabricaba con destreza unas parihuelas con ramas de pino, el cabo recogió la gorra de cuartel de Antonio, caída a unos diez metros del cuerpo inerte, junto a numerosas vainas y peines vacíos de munición de fusil, prueba concluyente e inequívoca de que Antonio había muerto como habría hecho el mejor guardia civil: cumpliendo con su deber.

Antes de marcharse, los guardias procedieron al reconocimiento del lugar en busca de pistas que arrojasen luz para descubrir quiénes habían sido los autores de ese ataque. Comprobaron que los maquis habían huido hacía bastante rato, atravesando los vericuetos de ese terreno que tan bien conocían. A unos cincuenta metros, en un nivel superior, encontraron una roca con sangre de sus atacantes y abundantes vainas y cartuchos vacíos de metralleta y escopeta, munición que solían llevar los de la sierra. Más arriba aún, unas rocas con más munición usada y bastantes colillas de cigarros, latas de conserva y restos de haber permanecido allí parapetados muchas horas. Este hallazgo les hizo sospechar que los fugitivos, a todas luces más numerosos que los guardias, les habían estado esperando para sorprenderlos desde arriba. Las posiciones que habían mantenido los maquis estaban perfectamente estudiadas para cubrirlos de la vista de la guardia civil y del alcance de su armamento: desde arriba y con gran número de rocas que los protegerían del fuego llegado desde abajo. Parecía que nada se había dejado al azar.





*Diligencias para esclarecer la muerte del guardia segundo Antonio Martín González. El relato de lo acontecido se ajusta fielmente a la descripción de los hechos ocurridos en el Puerto de Cómpeta, realizada por parte de los guardias civiles que tomaron parte en ellos*

Finalmente, el destacamento reunió sus fuerzas y se replegó. Una triste comitiva tomó el camino de la Venta de López: el cabo García, cabizbajo, encabezaba el grupo, seguido por los guardias Fernando, Aurelio, Antonio y Domingo, cubiertos de polvo y con los uniformes desgarrados, que llevaban en las parihuelas el cadáver de su compañero. Cerrando la marcha, José María –que ya imaginaba la pena de Rafaela– portaba la gorra, el mosquetón y la pistola del joven guardia civil caído. "Cuando la pena nos alcanza / por un compañero perdido (…) / tú nos dijiste que la muerte / no es el final del camino…"

Allá en el cortijo la familia, puesta sobre aviso de la tragedia que había tenido lugar tan cerca de su casa, se preparaba para recibir el cuerpo del infortunado muchacho, tan querido por todos. El Cerro Lucero, testigo mudo de aquel suceso, guardaba un hosco silencio, como si también lamentase la muerte del guardia civil que, feliz por amar y ser amado, quiso cumplir un sueño –porque el amor no es una obligación, es un ofrecimiento– y entregó lo mejor que tenía: su propia vida.

Aquí concluye la primera parte de este artículo. El final de la historia de Antonio, la construcción del puesto de vigilancia del Cerro Lucero y otros acontecimientos formarán parte de la segunda parte.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Documentación histórica, José Aurelio Romero Navas y José María Azuaga*

*Publicado el 20 de junio de 2020*

## Cerro Lucero y Antonio, el guardia civil, II

*Continuación de la historia de Antonio, el joven guardia civil cuyo destino quedó vinculado para siempre al de una de las montañas más representativas de Sierra Almijara: el Cerro Lucero.*

En la primera parte de esta historia de vida y de muerte, de guerra y de paz, dejamos al joven guardia civil Antonio Martín González ensangrentado y exánime, meciéndose suavemente al ritmo de los pasos de sus compañeros, que lo trasladaban sobre unas toscas parihuelas improvisadas con ramas de pino camino de la Venta de López. Ese cortijo se había convertido durante el último año en la residencia del destacamento de la guardia civil al que Antonio pertenecía. En nuestras montañas tenían lugar, por aquel entonces, auténticas batallas campales entre el maquis y las fuerzas del orden –ejército y guardia civil–, aunque el gobierno del general Franco jamás lo admitió. El pequeño grupo militar de Antonio, destinado a labores de vigilancia en la Venta de López, había recibido aviso de la presencia de varios guerrilleros en las cercanías del Puerto de Cómpeta. Al acudir a su encuentro por mandato expreso de sus superiores, los guardias sufrieron un ataque por sorpresa –una emboscada, afirmaría la versión oficial de la Benemérita– propiciado por los maquis, en el transcurso del cual el protagonista de esta historia, Antonio, resultó herido de muerte.

*Rafaela y su hijo Carlos junto a la puerta de la cocina de Venta de López*

No bien la comitiva alcanzó la era de la Venta de López la dueña de la casa, Rafaela, prevenida ya de la tragedia, salió al encuentro de Antonio temblando y sin poder evitar las lágrimas. Apenas hacía unas horas que había visto alejarse a los guardias camino de su misión y, aunque

solía temer por la suerte de todos, era a Antonio, a quien conocía desde niño, al que nunca habría querido ver regresando con los pies por delante. Ahora sus recelos se convertían en una realidad palmaria. Sin poder apartar los ojos del cuerpo inerte del muchacho dirigió a todos hacia la cocina, que en pleno verano –corría el mes de julio de 1947– era el lugar más fresco de la casa. Mientras los compañeros de Antonio depositaban su cuerpo en una esquina y preparaban todo lo necesario para asearlo, Rafaela se sentó a la mesa; tenía que serenarse antes de escribir una breve esquela a los padres del muchacho, a los que conocía por ser de su mismo pueblo. Buscando cuidadosamente las palabras, los puso al corriente de lo sucedido para que cuanto antes pudiesen hacerse cargo de los restos de su hijo. José María, su marido, ya había mandado al cabrero para dar recado a la casa de don Juan Rivas Campos, el médico de Arenas del Rey –que era el más cercano a la Venta de López–, por si quisiera la fortuna que a Antonio le quedase un hilo de vida del que ellos pudiesen tirar.

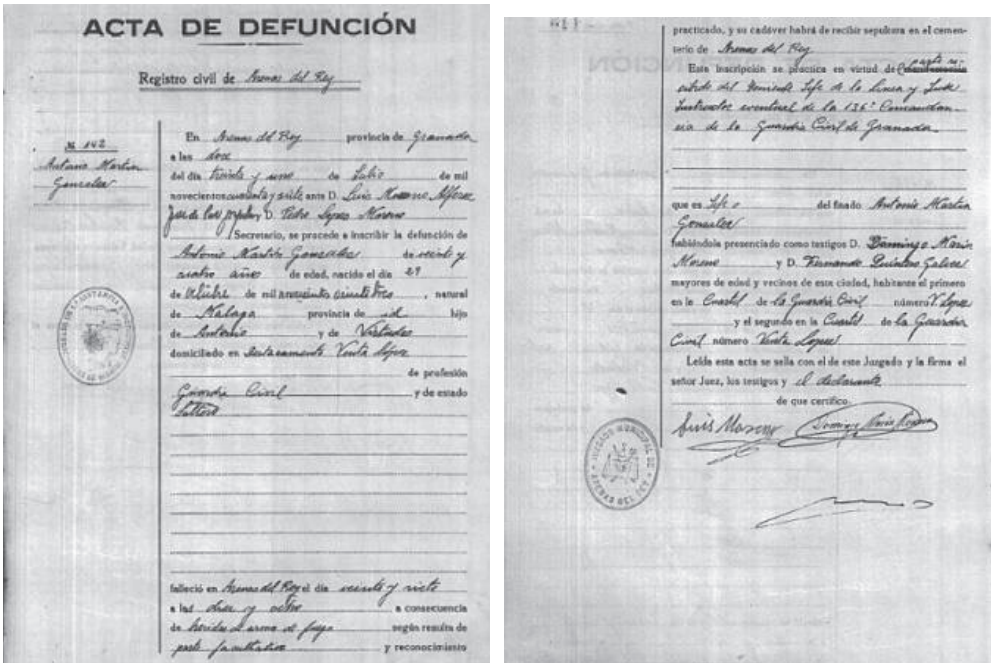
Pero cuando don Juan llegó al cortijo sólo pudo confirmar la muerte del muchacho. Los compañeros de Antonio le habían retirado el uniforme destrozado por la metralla, lavado la sangre de su cuerpo y amortajado con las ropas modestas –pero que crujían de limpias– de uno de los hijos de Rafaela quien, vencida en una silla, observaba la escena y se enjugaba los ojos con la esquina del delantal, llorando al muchacho como si hubiera sido uno de los suyos. Antonio pasó esa noche velado por sus compañeros y por casi toda la familia, pues nadie salvo los niños más pequeños de Rafaela y José María durmió en aquella casa. Con las primeras luces del día siguiente llegaron los padres de Antonio desde Algarrobo; qué lamentos no saldrían del corazón de aquella madre, que juntaba sus lágrimas con las de Rafaela por ver si así hallaba algo de consuelo. A primera hora de la mañana el cadáver fue llevado a lomos de una caballería hasta el depósito municipal del cementerio de Arenas del Rey, donde don Juan Rivas Campos y su colega, el médico de Jayena don Francisco García Megías, le practicaron la autopsia, como era pertinente en esos casos. El procedimiento comenzó a las diez de la mañana del día 28 de julio y terminó a las ocho de la tarde de ese mismo día, tras el cual se procedió al inmediato enterramiento del cadáver. El cuerpo de Antonio fue introducido en una caja de madera forrada con tela negra y fileteada con un borde blanco a modo de adorno. En cada esquina tenía bordada una figura de ángel, y en el centro sus iniciales, A.M.G., y debajo de ellas, Q. P. D.

Según quedó anotado en el registro de la guardia civil, Antonio "fue enterrado con la cabeza en dirección opuesta a la puerta de entrada y los pies en dirección de ésta, estando a cuarenta metros de la pared donde está situada dicha puerta en dirección Este, a cincuenta y cuatro de la pared opuesta a la anterior en dirección Oeste, a veintiséis metros de la pared en dirección Norte y a veintinueve de la pared Sur" (sic). En el sepelio, muy breve, estuvieron presentes además de sus padres el juez de paz de Arenas del Rey, don Luis Moreno, y el secretario, don Pedro López, así como los compañeros de destacamento y amigos del muchacho, Domingo Marín Moreno y Fernando Quintero Gálvez, que fueron los únicos deudos de Antonio con el pulso lo suficientemente firme como para rubricar el parte de defunción.

*Cementerio de Arenas del Rey (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

Los días que siguieron al entierro de Antonio fueron de legítimo duelo para toda la familia de la Venta de López. Mientras tanto, los guardias del destacamento declaraban como testigos del suceso de Puerto de Cómpeta en Arenas del Rey ante don José Sánchez Ocaña, teniente de la 136 Comandancia de la Guardia Civil y juez instructor de las diligencias de carácter urgente que se abrieron el día 28 de julio, para esclarecer en lo posible la muerte del guardia civil. Resultaron tres días de interrogatorios y toma de declaraciones y varios meses de infructuosa investigación, hasta que el 23 de septiembre de ese mismo año de 1947 se procedió al sobreseimiento de la causa abierta contra "desconocidos", al no ser identificados los atacantes del destacamento de la Venta de López. Efectivamente, nunca se llegó a saber quiénes de los fichados por la Benemérita como bandoleros participaron en dicho enfrentamiento. En dicha causa quedó escrito que "el guardia civil de segunda clase Antonio Martín González murió en cumplimiento de su deber en un acto de servicio" (sic).

Nadie salvo sus padres y su novia, Esthercita, llegó a imaginar nunca que la muerte de Antonio había sido, en realidad, una prueba de amor. Una prueba de puro amor que no tenía nada que ver, aunque pareciese lo contrario, con la cruel lucha que se desarrollaba en la sierra entre guerrilleros y guardia civil. Antonio Martín González no había tenido un ideario político particular; él, como otros, fue un simple instrumento manejado desde arriba. El muchacho había jugado –y perdido– lo único que en verdad poseía, su vida, por conseguir el beneplácito para casarse con la chica de la que estaba enamorado. Sin más. Cuentan que los padres del joven regresaron a Algarrobo; su inmenso dolor les impidió volver a Arenas del Rey. Y cuentan también que Esthercita –la tierna mirada color miel oscurecida de pesar– guardó luto por su novio mucho tiempo. Pasados unos años se casó con un conocido de la familia y se marchó.



ACTA DE DEFUNCIÓN

Registro civil de Arenas del Rey

Nº 142

Antonio Martín González

En Arenas del Rey provincia de Granada a las doce del día treinta y uno de Julio de mil novecientos cuarenta y ocho ante D. Luis Moreno Mesa Juez de Paz propio, D. Pedro Lopez Moreno Secretario, se procede a inscribir la defunción de Antonio Martín González de estado y cuatro años de edad, nacido el día 29 de Octubre de mil novecientos cuarenta y Tres, natural de Malaga provincia de id hijo de Antonio y de Visitación domiciliado en Cortijo Venta Mesa de profesión Guardia Civil y de estado Soltero

fallecio en Arenas del Rey el día treinta y siete a las doce y ocho a consecuencia de Herida de arma de fuego según resulta de pesb facultativo y reconocimiento

practicado, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de Arenas del Rey

Este inscripción se practica en virtud de parte remitido del Comandante Jefe de la Linea y Jefe Instructor accidental de la 13ª Comandancia de la Guardia Civil de Granada

que es Jefe del finado Antonio Martín González habiéndola presenciado como testigos D. Domingo Marín Moreno y D. Fernando Quintero Galvez mayores de edad y vecinos de esta ciudad, habitante el primero en la Cuartel de la Guardia Civil número Vigue y el segundo en la Cuartel de la Guardia Civil número Venta Lopez

Leída esta acta se sella con el de este Juzgado y la firma el señor Juez, los testigos y el declarante de que certifico.

Luis Moreno Domingo Marín Moreno

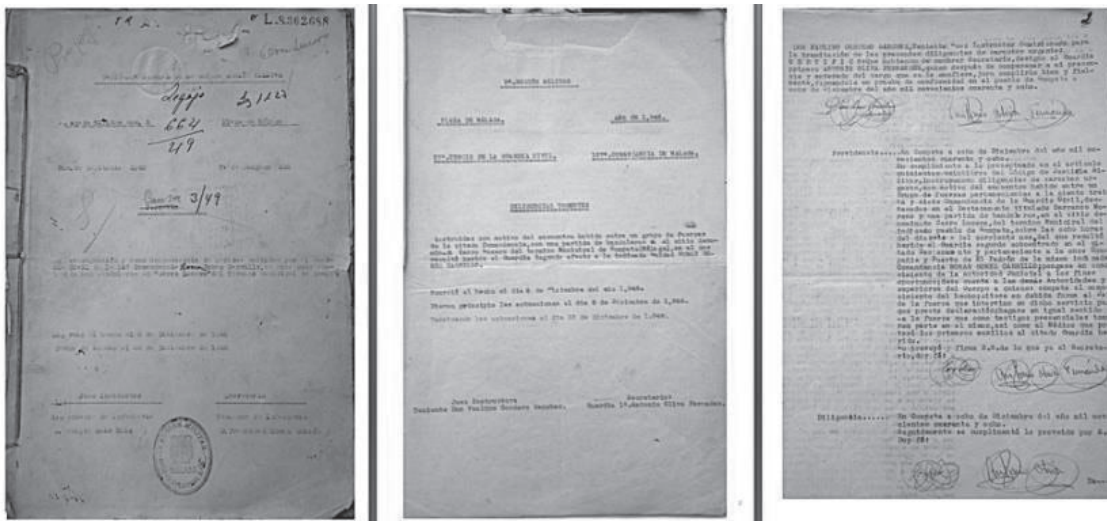
*Acta de defunción del guardia civil Antonio Martín González*

Pero fuera la vida continuaba, y los encuentros entre el maquis y la guardia civil, lejos de aminorar, se recrudecieron en los meses siguientes. El Cerro Lucero, con sus infranqueables enriscadas y barrancos, seguía constituyendo un bastión fundamental para las posiciones rebeldes; tanto era así que en su ladera sur y zonas aledañas –Barrancos Bartolo y del Atajo o Caracolillo, Cerro de los Bojes y curso alto del río Higuerón– se estableció uno de los principales campamentos guerrilleros. Este hecho, conocido de sobra por los mandos militares, determinó sin duda alguna el futuro de aquellos parajes. Y es que fue gracias a un chivatazo como la guardia civil se enteró de que la partida de "Roberto", con casi todos sus hombres, tenía previsto reunirse en los alrededores de la Venta de Panaderos la mañana del 6 de diciembre de 1948 para intercambiar dinero, armamento, información y para celebrar, de paso, una comida navideña. Una vez segura de que esa información era fiable, la guardia civil preparó concienzudamente un plan de ataque para el que movilizaría gran número de sus efectivos, entre los que se encontraba una compañía de Regulares. Se trataría de una ofensiva sorpresa; no podían fallar. Guardias civiles de diferentes destacamentos se reunirían en un gran grupo a primera hora de la mañana, procedentes de diferentes puntos –el cortijo del Imán, el del Daire, la Venta de Pradillos, Venta Camila y la misma Venta Panaderos–, y ascenderían en formación de abanico ladera arriba para interceptar a los guerrilleros desprevenidos, a ser posible en pleno almuerzo. Todo estaba previsto: atacarían las posiciones enemigas desde abajo, cubriendo así una amplia zona de la cual, pensaban los guardias, debido a la fuerte inclinación del propio Cerro Lucero, los bandoleros no podrían escapar.

El enfrentamiento de Cerro Lucero (descrito en el libro "Causa Perdida, de Juan Morente Jiménez) entre la guerrilla y las fuerzas de la guardia civil, apoyadas por los efectivos de la Compañía de Regulares, fue uno de los más importantes de todos cuantos sostuvieron ambos contendientes, en parte por el gran número de participantes –cerca de un centenar de maquis

y casi el mismo número de guardias y soldados– y en parte por el sonado fracaso de esa operación. El combate duró todo el día. Cuando cayó la noche, gracias cómo no a su excelente conocimiento del terreno, los guerrilleros se escabulleron ágilmente ladera arriba hacia el Coladero de los Mosquitos, un barranco muy inclinado y descompuesto, de muy difícil tránsito, desde donde alcanzaron Puerto Llano. De ahí se dispersaron rápidamente, escapando del alcance de la guardia civil, camino de la Sierra de Loja. Esa huida ante las narices de sus perseguidores fue propiciada por un descuido inexplicable de los guardias, que habían cerrado todas las vías de escape menos la salida a Puerto Llano, subestimando a todas luces la capacidad de los contrarios para escalar el barranco. Al día siguiente la guardia civil solo pudo comprobar por las huellas y algún reguerillo de sangre el camino de huida de los fugitivos, e inspeccionar sus famosos campamentos abandonados, en los que hallaron abundantes restos de comida, vainas y cartuchos vacíos.

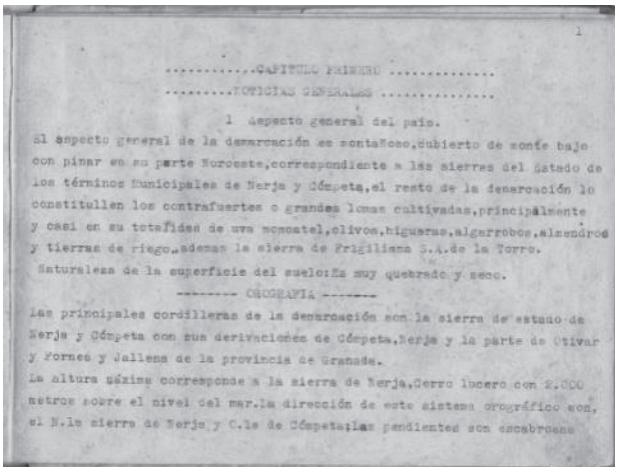
A los dos días del encuentro, el 8 de diciembre, se abrieron diligencias por parte de la guardia civil para depurar responsabilidades ante tamaña metedura de pata. El procedimiento fue sobreseído en junio de 1953 sin resultados dignos de mención. Según quedó escrito, en el enfrentamiento participaron unos noventa guerrilleros y otros tantos guardias civiles y Regulares; se contabilizaron un guardia segundo herido y un cabo de Regulares muerto. Los guerrilleros sólo habían tenido heridos, y sin importancia. Aunque, muchos años después, uno de los participantes de aquel día, el coronel Cazenave, afirmaría que "en ese encuentro a él le habían matado siete guardias" (sic), hecho que ponen en duda algunos estudiosos del tema.



*Diligencias originales abiertas por el enfrentamiento del Cerro Lucero*

Ese monumental fracaso de la guardia civil fue decisivo a la hora de acordar la construcción de un puesto de vigilancia en la cumbre del Cerro Lucero, cuestión que hacía tiempo ya estaba puesta sobre la mesa. Había que tener controlado ese punto tan frecuentado por maquis, estraperlistas, arrieros y personal de todo pelaje, ya que Puerto Llano y sus alrededores formaban parte de un importante camino de arriería. La guardia civil encargó un minucioso estudio de la orografía de esa zona para determinar si la idea era posible, y ese estudio concluyó que sí. En cuanto todo estuvo aprobado, los guardias se pusieron manos a la obra.

Antes que nada, y para subir los materiales de construcción necesarios hasta la cumbre del Cerro Lucero, en enero de 1949 se trazó y excavó a mano –trabajo llevado a cabo por jornaleros y peones "voluntarios a la fuerza" de los pueblos cercanos– un ancho sendero, blanco como la nieve sobre el gris de la roca madre, que resultaba visible desde muy lejos y ascendía cómodamente hasta aquella cumbre, hasta ese momento difícilmente accesible. A continuación, la guardia civil organizó a su manera a todos los hombres disponibles con bestias de carga para que fuesen ellos quienes subieran hasta arriba las piedras, ladrillos, agua, cemento, yeso, vigas, tejas, ventanas, postigos, puertas, cal –materiales que el cuerpo militar conseguía gratis o a muy buen precio– y todo lo necesario para la construcción de una casa.



.....CAPITULO PRIMERO .....

.....NOTICIAS GENERALES .....

1 Aspecto general del pais.

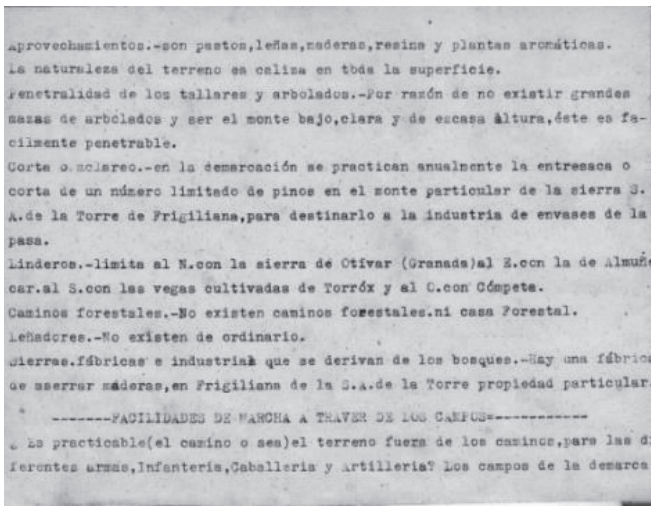
El aspecto general de la demarcación es montAoso,cubierto de monte bajo con pinar en su parte Noroeste,correspondiente a las sierras del Estado de los términos Municipales de Nerja y Cómpeta,el resto de la demarcación lo constitullen los contrafuertes o grandes lomas cultivadas,principalmente y casi en su totalidad de uva moscatel,olivos,higueras,algarrobos,almendros y tierras de riego..ademas la sierra de Frigiliana S.A.de la Torre.

Naturaleza de la superficie del suelo:Es muy quebrado y seco.

------- CROGRAFIA -------

Las principales cordilleras de la demarcación son la sierra de estado de Nerja y Cómpeta con sus derivaciones de Cómpeta,Nerja y la parte de Otivar y Fornes y Jallens de la provincia de Granada.

La altura máxima corresponde a la sierra de Nerja,Cerro Lucero con 2.000 metros sobre el nivel del mar.la dirección de este sistema orográfico son, el N.le sierra de Nerja y O.le de Cómpeta;las pendientes son escabrosas



Aprovechamientos.-son pastos,leñas,maderas,resina y plantas aromáticas.

La naturaleza del terreno es caliza en toda la superficie.

Penetralidad de los tallares y arboladus.-Por razón de no existir grandes masas de arbolados y ser el monte bajo,clara y de escasa altura,éste es fácilmente penetrable.

Corte o aclareo.-en la demarcación se practican anualmente la entresaca o corta de un número limitado de pinos en el monte particular de la sierra S. A.de la Torre de Frigiliana,para destinarlo a la industria de envases de la pasa.

Linderos.-limita al N.con la sierra de Otívar (Granada)al E.con la de Almuñ car.al S.con las vegas cultivadas de Torróx y al O.con Cómpete.

Caminos forestales.-No existen caminos forestales.ni casa Forestal.

Leñadores.-No existen de ordinario.

Sierras.fábricas e industrias que se derivan de los bosques.-Hay una fábric de aserrar máderas,en Frigiliana de la S.A.de la Torre propiedad particular

-------FACILIDADES DE MARCHA A TRAVES DE LOS CAMPOS----------

Es practicable(el camino o sea)el terreno fuera de los caminos,para las d ferentes armas,Infanteria,Caballeria y Artilleria? Los campos de la demarca

*Parte de los estudios cartográficos de la zona sur del Cerro Lucero*

Nadie en los pueblos de la Axarquía y la Comarca de Alhama que tuviese un mulo o un burro se escapó de acarrear bártulos a la cumbre del Cerro Lucero. La guardia civil había establecido unos turnos por días de la semana, durante los cuales arrieros y labradores se relevaban para subir materiales, herramientas, agua y viandas, mientras que eran los propios guardias –entre los que había albañiles y carpinteros de oficio– quienes iban levantando con sus propias manos la casa que se utilizaría como sede de un nuevo destacamento. Sólo para montar el tejado

necesitaron la experiencia de un maestro albañil llegado desde Cómpeta; el resto lo hicieron todo ellos. Tanto y tan bien se aplicaron al trabajo que la construcción quedó finalizada en pocos meses, de manera que para junio de 1949 –según figura en los archivos oficiales de la Guardia Civil– se estableció allí el que sería conocido en los años siguientes como el destacamento del Cerro Lucero. Al igual que otros grupos, este contaba con seis guardias civiles al mando de un cabo que se iban permutando cada quince días con otro grupo similar. Era frecuente que contasen con el apoyo de varios soldados del ejército, que ayudaban a los guardias civiles en sus tareas allá en tan solitario y expuesto lugar.

La casa cuartel –de la que no ha sido posible encontrar fotografías, salvo convertida en ruinas– era muy elemental: contaba con una sola habitación de forma rectangular rodeada por completo de amplias ventanas, una chimenea al fondo, situada enfrente de la entrada, y una sólida puerta de madera que cerraba el conjunto. Carecía de servicio y hasta de un simple poyo de cocina. Los guardias dormían en literas, cocinaban y se calentaban en la chimenea y se comunicaban con otros destacamentos mediante un radiotelégrafo. Abajo, junto al arranque del sendero, unos corrales hechos con piedras alojaban un par de mulos –uno de los cuales terminó sus días despeñándose con su carga por aquellos tajos– para uso de la guardia civil, con los que se abastecían de agua, leña y todo tipo de suministros. Del mismo modo los arrieros y jornaleros que pasaban por Puerto Llano solían realizar encargos a requerimiento de los guardias, entre los que se incluía el llevarles y traerles la correspondencia, pues algunos tenían a sus familias  o a sus novias en los pueblos cercanos.

*Juan Mediavilla (Játar) y su mula dieron muchos viajes de ladrillos al Cerro Lucero*

*Casa cuartel de la guardia civil en Cerro Lucero, año 1996. Fotografía de Sebastián González*

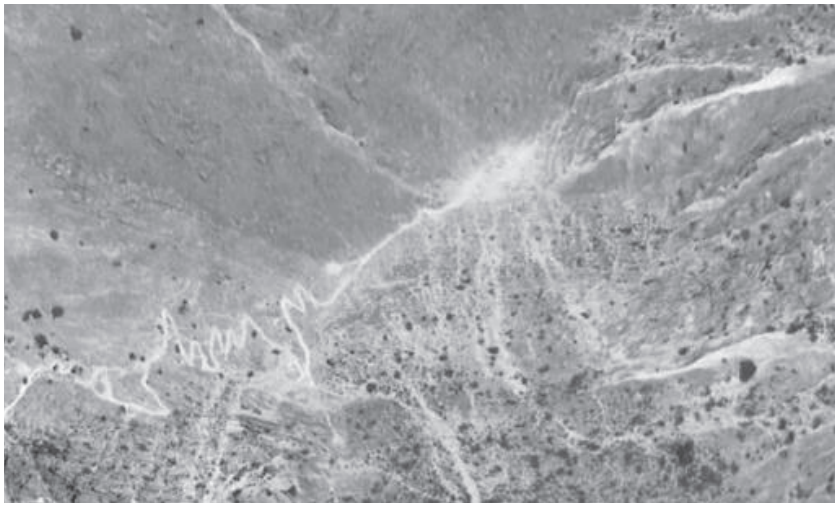
Los guardias de los diferentes destacamentos actuaban en estrecha colaboración. Dado que se trataba en muchos casos de muchachos obligados a vivir alejados de su tierra y su familia, sometidos a la tiranía de unos mandos militares azuzados a su vez por el despotismo de las autoridades franquistas, a menudo los guardias más jóvenes sufrían la aguda punzada de la soledad. Era común que trabasen amistad entre sí, hecho que los ayudaba a sobrellevar la tensión y rigurosidad de su trabajo. Algunas de esas amistades, según se vería muchos años después, duraron toda la vida. Por eso los escasos días sueltos de descanso con los que podían contar procuraban reunirse entre ellos para comer y pasar unas horas sin acordarse de la guerra de guerrillas que era su día a día, dejando a un lado mosquetones, fusiles y granadas para parlotear sobre novias, fútbol y chascarrillos picantes.

*Reunión de guardias civiles de los destacamentos de Cerro Lucero y Venta de López celebrando el día de la Virgen del Pilar (12 de octubre de 1950)*

El puesto de vigilancia del Cerro Lucero resultó ser, al fin y al cabo, una buena idea. Desde aquel otero con 360 grados de visibilidad la guardia civil controlaba perfectamente toda la zona, de manera que los guerrilleros tuvieron que abandonar definitivamente sus campamentos y mudar de terreno, porque ese ya no era seguro para ellos. Nuevos mandos militares como el temible teniente coronel Eulogio Limia Pérez, venidos de otros puntos de España y dispuestos a todo con tal de terminar con la pequeña rebelión, introdujeron efectivas tácticas represivas y desalojaron los cortijos de la sierra para que nadie en absoluto pudiese dar apoyo a los maquis. Las montañas quedaron vacías, exceptuando a perseguidores y perseguidos. Desde la casa cuartel del Cerro Lucero se coordinaron muchas operaciones contra unos guerrilleros cada vez menos numerosos y más acorralados, cruelmente desahuciados por sus jefes y por el propio Partido Comunista que los alentó en un principio.

La Venta de Panaderos, uno de los lugares donde los guerrilleros habían contado con más apoyo, fue desalojada e incendiada por el feroz cabo de la guardia civil conocido como "el Cabo Largo" de Frigiliana. Por lo que respecta a la Venta de López, la familia de José María y María Rafaela también tuvo que marcharse e instalarse en Játar, al tiempo que los Regulares montaban su enorme tienda o "haymah" (jaima) en la era del cortijo y rezaban sus oraciones con el rostro girado hacia el oriente. La suerte de los guerrilleros antifranquistas, pues, hacía tiempo que estaba echada. Se establecieron más destacamentos por toda la sierra –cualquier lugar era bueno– hasta que, gradualmente, en un proceso cruento y doloroso, los maquis fueron desertando y cayendo prisioneros o muertos. El golpe de gracia se lo asestó su máximo dirigente, José Muñoz Lozano, "Roberto", con su cobarde huida a Madrid y la posterior delación de sus hombres, uno por uno. Con la desaparición definitiva de la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga la aventura del maquis en nuestras montañas concluyó definitivamente.

A finales de 1952 poco le quedaba a la Benemérita por hacer en la Almijara, aparte de mantener los controles rutinarios de estraperlistas y las rondas de reconocimiento por los caminos. Los habitantes de los cortijos pudieron regresar a sus casas y recuperar sus vidas y sus haciendas. Los guardias civiles destinados en los destacamentos establecidos por toda la sierra levantaron también sus reales, liaron los macutos y tornaron a los cuarteles de los pueblos. A todos los lugares –aunque no a todos los corazones–, por fin, llegó la paz. También a la casa cuartel construida en la cumbre del Cerro Lucero que, del todo imprescindible durante tres años y medio, había quedado ahora completamente vacía. En cuanto se corrió la voz de que había sido abandonada por sus ocupantes, muchos lugareños se acercaron hasta allí para aprovechar –antes de que se los llevase otro– unos materiales de construcción que, pese a tan poco tiempo de uso, ya estaban condenados a la ruina. Así que unos a por las tejas, otros a por los ladrillos, estos a por las ventanas, aquellos a por los cuartones (vigas cuadradas que sujetaban el tejado), los de más acá a por las puertas y los de más allá a por las losas que cubrían el suelo, la casa quedó en muy poco tiempo despojada de todos sus elementos. A pesar de que se trataba de materiales pesados de transportar, muchos fueron los que –esta vez voluntariamente y de buena gana– subieron y bajaron al Cerro Lucero cargando de todo. Numerosas viviendas de las comarcas cercanas se beneficiaron del desmantelamiento de aquella casa cuartel. La vida tenía que seguir.



*Fotografía aérea del Cerro Lucero en el año 1956. Se puede apreciar la erosión del terreno en torno a la cumbre por el uso intensivo de la casa cuartel*

La casa del Cerro Lucero, desguarnecida y solitaria, convertida en un mero esqueleto de piedra y ladrillo, quedó a merced de todas las intemperies. El helado viento norte, las lluvias torrenciales, la escarcha invernal, el intenso calor y la falta o el exceso de humedad cumplieron con lo esperado y fueron desintegrando con rapidez inusitada una construcción que sufrió como ninguna otra los estragos del olvido –"siempre he pensado que una casa abandonada es igual que un perrillo sin amo; que sus paredes derruidas y los vanos huecos de ventanas que no miran ya a ninguna parte parece que esperan el regreso de quienes la habitaron una vez…"–. En poco tiempo terminó prácticamente como la conocemos en la actualidad.

*La casa en el año 1996. Fotografía de Sebastián González*

*En el año 1997. Fotografías de José Aurelio Romero Navas*

Hoy se sostiene en pie tan sólo el muro orientado al norte. Por algún motivo inexplicable se ha mantenido derecho y casi intacto. Quién sabe: estará mejor afirmado a la roca, o simplemente ha tenido más suerte que los otros tres. El resto se reduce a unos cuantos ladrillos apilados para hacer una corraleta que los excursionistas aprovechan como cortavientos cuando pasan la noche en el Cerro Lucero. La vieja casa cuartel que resultó crucial para llevar a término una importante misión militar todavía resulta de utilidad, cada vez que alguien corona esa cumbre tan representativa de la Almijara y se apoya en el muro, aunque solo sea un minuto, para recuperar el aliento tras la subida.

Estas ruinas nos recuerdan que hubo un tiempo, afortunadamente cada vez más lejano, en el que muchos compatriotas combatieron en una oscura guerra de guerrillas que el régimen franquista silenció por completo. Ciertamente sucedieron atrocidades y abusos de todo tipo, pero también hubo hechos heroicos y altruistas por ambas partes. Acosados unos por soñar un ideal que terminó costándoles la vida y otros obedeciendo órdenes férreas, ineludibles, en contra a veces de sus propias conciencias. A todos les iba la vida en ello. Perseguidores y perseguidos, muchachos que de no haberse visto forzados a luchar entre sí seguramente habrían sido amigos; víctimas de una situación que no buscaron, llevando existencias precarias, dándose caza unos a otros como animales salvajes, lejos de sus familias y con el miedo a flor de piel. ¿Dónde están los héroes, dónde los malhechores? A fin de cuentas, unos y otros no hicieron más que cumplir con su deber.

*Las ruinas de la casa del Cerro Lucero en la actualidad (julio de 2020). Fotografía de Isidro Hidalgo Moles*

POST SCRIPTUM

Estimado Antonio, quería comentarte brevemente que, mientras estudiaba la causa que describe las circunstancias de tu muerte, encontré anotada la ubicación exacta del lugar en el que te dieron tierra. Tras sopesar la idea decidí ir a buscarte al cementerio de la localidad granadina de Arenas del Rey, aun sabiendo que podría no encontrar nada. En base a los datos que tenía viajé dos veces a Arenas del Rey. Después de varios paseos por el recinto del cementerio midiendo, marcando y calculando distancias, creo que di con tu sepultura, es decir, contigo.

*Fotografías de Mariló V. Oyonarte*

Las indicaciones me llevaban a una tumba sin nombre a cuya orilla crece un viejo ciprés, el árbol de hojas siempreverdes y madera imputrescible que según los antiguos griegos y

romanos simboliza la inmortalidad. Antaño era costumbre de la guardia civil plantar un ciprés junto a la sepultura de aquellos miembros del cuerpo que habían muerto en combate. Ese enterramiento, además, evidencia largos años de abandono. Lo tomé, pues, como una prueba más. No hay certeza de que duermas debajo de esa losa gris, Antonio, esa es la verdad. Podría pertenecer a cualquier otra persona pero, ¿y si…? Dicen que quienes pasaron por la vida con valor y alegría dejan detrás un rastro, algo así como una estela. Creo firmemente que tú también dejaste la tuya, que es la que he seguido setenta y tres años después. Por eso me gustaría pensar que quien sueña su eterno sueño cobijado bajo ese árbol, eres tú.

¿Sabes? Desde cualquier punto del cementerio de Arenas del Rey puede admirarse una hermosa perspectiva de Sierra Almijara, con el Cerro Lucero –tu Lucero, que tantas veces observaste imaginando tu boda con Esthercita– situado justo en el centro. Si las montañas tienen un espíritu no te quepa duda, Antonio, que el del Cerro Lucero te acompaña de noche y de día. He pensado que te gustaría saberlo…

*Panorámica de la Almijara desde el cementerio de Arenas del Rey. Fotografía de Mariló V. Oyonarte*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo y Mariló V. Oyonarte*

*Documentación histórica, José Aurelio Romero Navas, José María Azuaga Rico y Juan Morente Jiménez*

*Con la colaboración del Ayuntamiento de Arenas del Rey*

*Publicado el 11 de julio de 2020*

# La historia de Leonor, I

*Leonor fue la esposa leal, el apoyo en la sombra y, sobre todo, el gran amor de Francisco Bueno Ledesma, un guerrillero antifranquista. Más de un siglo después de su nacimiento descubrimos la vida de esta mujer discreta y juiciosa, a quien las circunstancias convirtieron en alguien verdaderamente fuera de lo común.*

Hay libros, y libros. Los hay que se limitan a ilustrar, entretener o enseñar. Del mismo modo los hay que hastían o, lo que es peor, los que nos dejan indiferentes. Otros libros, sin embargo, atrapan nuestra voluntad de tal forma que, estemos o no de acuerdo con el punto de vista del autor, resulta casi imposible dejar de leerlos: cuando pasamos la última página tornamos al principio y releemos, y subrayamos fragmentos y frases para retener las ideas principales. Es lo que ocurre con la novela escrita por Jean François Bueno García, un francés hijo de emigrantes andaluces, basada en la historia real de sus progenitores. Su padre fue Francisco Bueno Ledesma –más conocido en su pueblo, Nerja, por el apodo familiar, Paco "Hierro"–, uno de los primeros activistas o guerrilleros maquis en la Sierra de la Almijara. Jean François se ha basado en los recuerdos que conserva de los relatos de sus padres y ha consultado numerosos archivos históricos a través de historiadores especializados, como José Aurelio Romero Navas y José María Azuaga Rico, así como cierta documentación desclasificada, para componer un relato ameno e interesante que no se limita a narrar hechos históricos. Citando las palabras del propio autor, "se trata de una novela histórica en la que los personajes viven, luchan, ríen, aman, sufren y se mueven en la España de antaño. He tratado de recrear los personajes, los diálogos y la vida cotidiana explorando en lo más profundo de los recuerdos de mis padres y de otros testigos de la época. Teniendo en cuenta que habían transcurrido más de setenta y seis años y que los protagonistas de la novela habían desaparecido, lo dificultoso de la tarea me hizo pensar en algunos momentos en tirar la toalla. Pero finalmente decidí seguir adelante por varias razones: de haber triunfado, esa operación planificada por los americanos habría cambiado el destino de España y de Europa. Y porque no podemos permitir que todavía hoy, en una democracia como la española, yazcan en fosas comunes decenas de jóvenes idealistas que murieron luchando por la libertad" (extracto de una entrevista realizada al autor).

Hace unos meses el propio autor me envió un ejemplar de su novela "El espejo para alondras". La estudié más que la leí, disfrutando de unos hechos que, aunque parecen inspirados en una película de espionaje, son absolutamente reales. A medida que avanzaba en mi lectura se iba perfilando ante mí, definiéndose y creciendo –casi haciéndose gigante– uno de los personajes secundarios en el entramado de la historia; alguien que pasaba por ella muy discretamente, ya que el protagonista efectivo es el guerrillero Paco Hierro. Ese personaje adjunto, comedido y prudente es el de Leonor, su esposa; una mujer inherentemente buena que se vio obligada por las circunstancias a transformarse en una luchadora incansable, una auténtica superviviente que afrontó con serenidad todo lo que se le vino encima por ser sencillamente lo que fue: la compañera fiel de un militante antifranquista. Tanto me conmovió la figura de esta mujer que, lejos ya de situaciones y personajes ficticios ideados para completar la trama de "El espejo para alondras", decidí investigar y escribir su pequeña gran historia, que es ante todo una lección de paciencia, sacrificio y amor incondicional. Una larga serie de fructíferas charlas con su hijo Jean François me ayudó a conseguirlo.

Esta es la verdadera historia de Leonor.

*La localidad de Albuñol a principios del siglo XX*

Leonor García Canillas nació en Albuñol (Granada) en el año 1910. Hija de Federico García y Elvira Canillas, la niña se crió en un ambiente familiar muy tradicional y relativamente acomodado. Federico era teniente de carabineros, hijo y nieto a su vez de militares, y su carácter había sido firmemente moldeado según el modo de pensar castrense. Aunque honesto y ecuánime como pocos, también era estricto, conciso y muy autoritario, de forma que en su casa la palabra de Federico era ley irrefutable. Elvira, la esposa, en cambio –o puede que precisamente por ello– era una mujer callada y sumisa, pronta a obedecer al instante a aquel marido suyo, tan parco en casi todo; es fácil comprender pues que en aquella casa, llevada tan a la antigua usanza, no se escuchase una voz más alta que la del cabeza de familia. No les faltaba cada mes una buena paga, ventaja que, unida a que la familia vivía en una casa cuartel y no dependía por lo tanto de alquileres, les permitía llevar una vida razonablemente desahogada, para los tiempos que corrían. La familia García Canillas solía trasladarse de residencia con frecuencia, debido a los cambios de destino a los que estaba sometido Federico como militar, por lo que, entre otros lugares, vivieron en La Rábita (Granada), Adra (Almería) y La Mamola (Granada).

*Federico García y Elvira Canillas*

El matrimonio tenía cuatro hijos: Leonor, Anita, Encarna y José. Morena, alta y garbosa y con unos expresivos ojos melados, Leonor había heredado el carácter sereno y decidido de su padre y la dulzura de trato de su madre, por lo que la muchacha, además de la primogénita, era la preferida de Federico, con quien se entendía a la perfección. Desde niña –y cada vez que su padre se lo permitía– se habituó a acompañarlo en algunos de sus paseos y visitas a los cuarteles, momentos valiosísimos para ambos, durante los cuales padre e hija sostenían amenas conversaciones. A través de ellas la nena interiorizaba un profundo sentido del deber, la dignidad y la rectitud y una conciencia de los demás de los que haría gala toda su vida. De la mano de su Leonor, por contra, el inflexible teniente de carabineros Federico García –¡quién lo hubiera dicho!– aflojaba un poco, dejaba de fruncir el ceño con el que daba órdenes a diestro y siniestro y, de vez en cuando, hasta sonreía.

Loa años pasaban, y España y Europa se adentraban en una época políticamente cada vez más complicada. El auge de los extremismos tanto a la derecha como a la izquierda –el fascismo en Alemania e Italia y la dictadura comunista en la antigua Unión Soviética– y la inestabilidad política durante la Segunda República, con continuas revueltas y enfrentamientos cada vez más sangrientos entre partidarios y detractores, dentro del marco de un país eminentemente agrícola y muy atrasado social y económicamente, prepararon el escenario de la Guerra Civil. Esta tensión era palpable en las ciudades y también en los pueblos, aunque las gentes sencillas intentaban seguir con sus vidas de la mejor forma posible. Mientras tanto los hijos de Federico y Elvira crecían tranquilos, iban a la escuela y se formaban en valores en el calor de un ambiente familiar seguro donde, sin nadar en la abundancia, no faltaba de nada para nadie.

*Leonor a los dieciséis años*

Entre las obligaciones de Federico –o don Federico, como era respetablemente conocido por todos– se encontraba la de inspeccionar las diferentes comandancias que se ubicaban en los alrededores de su cuartel. Para esos menesteres viajaba en un vehículo militar oficial, con

chófer. Una de sus rutas preferidas era aquella que le llevaba hacia las localidades de Nerja y Maro, cuya carretera, aunque estrecha y llena de curvas, conducía de Málaga a Almería dibujando fielmente las estribaciones de Sierra Almijara, entre calas recónditas y acantilados de vértigo, justo antes de sumergirse en las aguas añiles del mar Mediterráneo. Cuando hacía buen tiempo y Leonor se las ingeniaba para acompañarlo, madrugaban mucho para aprovechar las horas más frescas de la mañana. Mientras el padre realizaba sus labores de inspección, la muchacha se paseaba feliz y observadora, toda ojos, haciendo resonar sus zapatos de cuero por las tranquilas calles adoquinadas de aquellos pueblos marineros, de pulcras casitas bajas que abrían sus ventanas al mar. Antes de emprender el viaje de regreso, padre e hija solían hacer un alto en el paraje conocido como Puente de Cantarriján, donde existía un puesto de carabineros que Federico también debía examinar.

Enfrente de ese puesto militar, a unas decenas de metros por encima de la carretera, se levantaba una sencillísima casa rodeada de higueras, almendros, chumberas y limoneros. Se trataba del hogar de una familia muy pobre, la de José Bueno, pastor de cabras, su mujer, Ana Ledesma, y sus seis hijos: José, Antonio, Carmen, Adela, Emilia y el pequeño Paquito. La familia de José –más conocido en Nerja como Pepe "Hierro"– se mantenía a duras penas de lo que daba el rebaño de cabras que el bueno de José llevaba todos los días a la sierra. Su mujer, Ana, una mujer lista y espabilada como ella sola –todo lo contrario de su marido, que era taciturno y extremadamente callado–, remediaba la maltratada economía familiar atendiendo a los viajeros que pasaban por allí, a pie de carretera. Y es que justo bajo su casita, en una curva muy a propósito para ello, había levantado ella misma un puesto que consistía en un chambado hecho con cuatro palos y un techado de caña y ramas de palmito. Bajo su sombra había dispuesto una mesa y unas sillas, muy limpias y bien colocaditas, y allí mismo vendía ella, con su mejor sonrisa, los quesos que hacía con la leche de sus cabras así como los chumbos, higos, limones y almendrillas que le sobraban, cuando era la temporada. También despachaba ricos dulces caseros que hacía para ser vendidos y que, en casa, los suyos apenas cataban. En verano, cuando el calor apretaba, no faltaban en su puesto la limonada recién hecha y el agua del pozo, que mantenía bien fresquita en un cántaro de barro colocado bajo la sombra de una frondosa higuera. Y es que, desde luego, no podía decirse que la valiente Ana no fuese una mujer de recursos.

*Restos de la casita de Ana y su familia en la actualidad, ubicados por encima del Puente de Cantarriján. Todavía la rodean árboles frutales*

A Federico y Leonor les gustaba detenerse en el puesto de Ana, donde tenían costumbre de tomar una limonada antes de regresar a su casa. No solo les apetecía calmar su sed; también disfrutaban de ese rato de charla distendida con aquella mujer tan dicharachera. De origen asturiano, Ana era una mujer muy guapa, rubia como el trigo, de tez inmaculada y delicadas facciones; su temperamento siempre alegre y optimista, a pesar de la precariedad de su existencia, a todos resultaba placentero. Ana agradecía especialmente las visitas de "don Federico y la señorita Leonor", pues cuando paraban en su puesto, además de abonar el precio de sus consumiciones, le dejaban generosas propinas que contribuían grandemente a aliviar la severa pobreza de su familia. Y así, mientras padre e hija saboreaban sendos vasos de aquella limonada casera tan refrescante, conversaban reposadamente con Ana sobre la familia, el tiempo, la sierra, los animales, la cosecha y sobre cualquier tema que viniese a colación, mientras aprovechaban para disfrutar la vista del hermoso paisaje que los rodeaba.

*Federico García con uniforme de teniente de carabineros, a principios de los años 30*

Un tórrido día de agosto de 1931, después de llevar a cabo su ronda de inspecciones, Federico y Leonor hicieron su acostumbrada visita al puesto de Ana. El menor de los hijos de ésta, Paquito, a la sazón un chiquillo de once años, acababa de recoger unas chotillas de la sierra y se había sentado con su madre mientras bebía un vaso de agua. Cuando Ana vio acercarse a los visitantes, arreó al niño lo más rápido que pudo. "Anda, Paquito, sube a la casa y aséate un poco para saludar a estos señores. ¡Y ponte unas alpargatas, que vas descalzo!". El niño obedeció al punto y, al cabo del rato, bajó de su casa con la cara lavada, el pelo mojado, muy tirante para atrás, y unas alpargatas de su padre –lo primero que vio detrás de la puerta– mal atadas en los pies, que para colmo le quedaban grandes. Se acercó a los recién llegados y presentó sus respetos sin atreverse a levantar la vista del suelo. Federico saludó al pequeño con un escueto "Hola, Paquito". Fue Leonor, con su voz suave y bien modulada, quien acarició la repeinada cabeza del pequeño y le levantó la cara, compadecida de su pobreza y timidez. "Hola, Paquito, pero qué reguapo que eres", le dijo. El niño alzó la vista y la miró. Leonor, que entonces era una joven de veintiún años –diez más que el pequeño–, con su dulce semblante y sus ojos aterciopelados como una tarde de verano, le pareció la chica más guapa que había visto nunca. Rojo de vergüenza, balbuceó una excusilla y prácticamente salió corriendo de allí. Federico y Leonor rieron la cortedad del rapazuelo, terminaron sus bebidas, se despidieron y

se marcharon. Esa noche, antes de irse a dormir, Paquito dijo a su madre, muy serio: "Mamá, cuando sea mayor me casaré con la señorita Leonor". Su madre lo miró y, sonriendo ante la inocencia de su hijo menor, continuó fregando los platos de la cena.

*Leonor con veintiún años*

Pero tendrían que sucederse varios años y muchos acontecimientos antes de que Leonor y Paquito volvieran a verse. El chico, que había nacido en el año 1920, no había conocido más vida que la de caminar detrás de sus cabras por los senderos de la Almijara. No iba a la escuela porque tenía que trabajar –como todos los niños pobres–, pero el maestro de Maro, que lo conocía y sabía que era inteligente y despierto, le enseñó a leer, escribir y hacer cuentas. En la España de preguerra, fuertemente dividida entre las clases pudientes y las humildes, o se era del bando de la derecha o del de la izquierda. Apenas había término medio. En casa de José y Ana, pese a ser de condición humildísima, no tenían conciencia política de ninguna clase: ellos se limitaban a salir adelante con mucho esfuerzo y no entendían de nada más. Paquito tenía dos amigos de infancia con los que exploraba los alrededores del pueblo que, como todo el mundo en esa época, también hablaban de política. Joaquín Centurión y Antonio Urbano "el duende", los dos mayores que Paquito y de ideología izquierdista, con sus disertaciones le fueron abriendo los ojos a la desigualdad reinante entonces entre clases sociales. Ambos habían ingresado poco antes en el Cuerpo de Carabineros, hecho que terminó de decidir a Paquito. Cuando el chico cumplió los dieciséis años pidió a un familiar que falsificase su fecha de nacimiento para poder ingresar él también en el Cuerpo de Carabineros, cuyo requisito principal era tener los veinte años cumplidos. El muchacho se salió con la suya y se convirtió en militar con solo dieciséis años, en el año 1936; un navío de cuatro palos no navega con más viento que el orgullosísimo Paquito, cuando se vistió de uniforme por primera vez. Y, aunque su cara aniñada lo delataba a las claras, nadie le puso objeciones porque en España, desgraciadamente, ya corrían vientos de guerra y la Segunda República necesitaba soldados que la defendiesen.

*Paco Bueno Ledesma (Paquito) a los veintiún años*

En el Cuerpo de Carabineros, al tiempo que se iba convirtiendo en hombre, terminó de forjarse la ideología de izquierdas de Paco Bueno Ledesma. Allí conoció a otros personajes, fuertemente politizados, que influyeron sobremanera en la mentalidad del muchacho donde, como en un campo bien abonado, germinaba poco a poco la semilla del futuro guerrillero. Mientras tanto y por su parte, Leonor maduraba y se convertía en una hermosa mujer. Su padre, Federico, continuaba siendo carabinero, y su hermano José quiso continuar la tradición militar de la familia, pero decidió entrar en la Guardia Civil. Comenzó entonces la Guerra Civil y la situación se volvió verdaderamente difícil para todos: mientras el padre de Leonor luchaba con el bando republicano, el hermano lo hacía del lado de las fuerzas franquistas. En el año 1937 Paco y sus amigos Centurión y el Duende fueron apresados y llevados a la plaza de toros de Málaga, presumiblemente para ser fusilados como combatientes del bando contrario. Por fortuna para los tres muchachos un influyente conocido de ellos los pudo liberar, tras quince días agónicos en los que los jóvenes carabineros aprendieron más sobre la vida y la muerte que en toda su vida hasta ese momento.

A pesar de que habían transcurrido varios años, Paco no olvidaba su primer encuentro con la "señorita Leonor", a quien el velo del tiempo había idealizado de tal manera que su imaginación la evocaba con la galanura de una actriz de cine, o incluso de una virgen. Ese recuerdo, aun siendo vago e impreciso, le animaba a seguir adelante en los momentos más duros. No había vuelto a saber de ella desde aquel día bochornoso en el que se presentó desharrapado, con el pelo relamido y las alpargatas de su padre; ahora era consciente de que su admiración de niño se había transformado en un sincero amor de hombre por aquella joven, su musa inspiradora, la que le había prestado atención cuando él no era nada ni nadie. Leonor tenía que verlo, ya adulto e independiente, militar de profesión y, lo más importante, completamente digno de ella. ¿Cómo y dónde, se preguntaba Paco, estaría ahora?

*Leonor a los veintiocho años*

Cada vez más implicados en la causa republicana, Paco y sus amigos se trasladaron a la sierra de la Almijara en marzo de 1937, donde sabían que se estaban organizando distintos grupos de simpatizantes de la cada vez más amenazada República. Durante unos meses se unieron a las actividades que se llevaban a cabo en las escarpaduras de las montañas, pero aunque contaban con el apoyo de sus camaradas y de muchos habitantes de la sierra, se sentían muy solos allí arriba. Conocedores además del avance imparable de las tropas del bando nacional, decidieron cambiar de táctica. Tras una serie de acontecimientos, Paco y Centurión recabaron en Barcelona y fueron reclutados por el SIEP (Servicio de Información Especial Periférico), una agencia de espionaje del bando republicano organizada por el Partido Comunista, donde aprendieron todo tipo de técnicas al efecto e hicieron importantes contactos internacionales. Al poco de llegar, su fama como espías de alto nivel ya había aumentado considerablemente.

Regresaron a Nerja unos meses más tarde, convertidos en Inspectores Secretos del SIEP. Corría el verano de 1938. Paco, entonces un muchacho de dieciocho años al que las circunstancias habían transformado en un hombre fuerte, enérgico y voluntarioso, que parecía mayor de lo que era, decidió que había llegado por fin su momento. Iría a presentar respetos a uno de los mandos del Cuerpo de Carabineros más reconocido de su zona: don Federico, el padre de Leonor, que por aquellas fechas vivía en Adra (Almería). Y tal como lo pensó, lo hizo. Fue ella, Leonor, quien le abrió la puerta de su casa; aunque ya tenía veintiocho años, permanecía soltera –como si, de algún modo, hubiera sabido que tenía que esperar– y aún vivía con sus padres. Leonor, en un principio, no reconoció en el gallardo joven que tenía delante al chiquillo que había acariciado en el puesto de limonada, hacía ya siete años. Paco, sin embargo, la encontró tal y como él la soñaba; el tiempo, pensó, solo había pasado para él. Fue un flechazo mutuo, como si un extraño milagro partiese en dos la vida de cada uno de ellos con una daga de oro, y la dividiese en dos partes: la de antes, y la de después de reencontrarse. Aquel instante mágico cambió el destino de ambos jóvenes. ¿A quién importaban los diez años que Leonor le llevaba a Paco…? Se casaron a los pocos meses en Albuñol, de donde procedía la familia de ella; la delicada situación de España, en plena guerra, donde todo eran miedos e

incertidumbres –ni siquiera sabían si llegarían a hacerse viejos– animó a los dos enamorados a no esperar. A su boda civil solo pudieron acudir los padres de la novia –los del novio vivían en Nerja, que ya era zona nacional– y algunos compañeros de Paco del SIEP.

*Acta matrimonial de Paco y Leonor, del 9 de noviembre de 1938*

A Paco le correspondía una semana de descanso, pero a los cuatro días de su boda fue llamado para dinamitar el puente de Cantarriján, precisamente el que estaba frente a la casita de sus padres –había que impedir, o al menos ralentizar en lo posible, el avance del ejército de Franco–. La situación era terriblemente dificultosa para los republicanos, que veían ya sobre sí las tropas nacionales. Durante unas semanas, Paco estuvo yendo y viniendo de una misión a otra ante el espanto de Leonor, que era consciente de que la vida de su "niño" –le gustaba llamarlo así– peligraba cada vez que éste salía de casa. Cuando se hizo evidente que la guerra estaba perdida para la causa republicana, Paco se despidió de su familia y él y sus compañeros escaparon en barco a Orán (Argelia), donde se entregaron a las autoridades en marzo de 1939. Sabían que si se quedaban en España serían fusilados, antes o después. En tierras argelinas los harían prisioneros, eso por descontado, pero al menos tendrían una oportunidad de vivir. Efectivamente: una vez detenidos en el fuerte de Mers-El-Kébir, fueron trasladados a la Prisión Civil de Orán, para después ingresar en diferentes campos de concentración, donde coincidieron con otros presos políticos, algunos de ellos destacados activistas de izquierdas, como Ramón Vía. Poco después concluía oficialmente la Guerra Civil en España. Aunque, por desgracia, no siempre una guerra termina con la paz.

*Paco Bueno Ledesma en el campo de concentración de Camp Morand, año 1941.*

*Mismo año y mismo lugar, con un grupo de compañeros. Paco se encuentra a la izquierda de la imagen, en pie, con un casco colonial en la mano*

Mientras tanto, los meses pasaban y los años también. Leonor, el corazón desbordado de angustias y pavores, languidecía esperando nuevas de su marido, del que nadie sabía nada; lo último era que se había subido a un barco para cruzar el mar. Para colmo de males, el régimen franquista hizo público que declararía nulos todos los matrimonios no canónicos –los no celebrados según la tradición católica–. Leonor temblaba ante esa idea. Al igual que el resto de su familia, ella tenía sólidas convicciones religiosas, aunque las circunstancias y las prisas del momento propiciasen su matrimonio civil, por otra parte perfectamente legal durante la República. Todo lo que Leonor anhelaba en este mundo era formar una familia con Paco, pero ese deseo tan legítimo peligraría si las autoridades invalidaban su matrimonio. Para calmar su

creciente desasosiego y a falta de algo mejor que hacer, Leonor cuidaba su aspecto todo lo que podía. No le gustaba nada ser diez años mayor que su marido –sólo ella y los suyos lo sabían, pues desde que se casó evitaba decir su edad- y, enamorada como el primer día, albergaba el temor de encontrarse marchita y deslucida cuando él regresara –porque no tenía la menor duda de que, de alguna forma, en algún momento, volverían a reunirse–. Así que ella se aseaba cuidadosamente, cuidaba su pelo y su cara, se maquillaba a diario y se vestía lo mejor posible por si algún día Paco volvía por sorpresa, que la encontrase bien guapa. También le iba guardando y dedicando sus mejores fotos, con la esperanza de tener algún día una dirección donde enviárselas.

*"A mi queridísimo Paco le dedica este recuerdo su sobrina y su Leonor"*

Con el tiempo, la familia de Leonor se mudó a Málaga capital. Su madre cayó enferma y murió, y Leonor quedó al cargo de la casa y, sobre todo, de su padre. Porque don Federico, el severo teniente de carabineros de antes de la guerra, se había convertido en un viudo frágil, melancólico y abatido como nadie hubiese imaginado, desde que le faltaba su compañera de vida, la prudente Elvira. Haciendo esfuerzos sobrehumanos para no caer ella también en el desánimo pasaba Leonor sus días, uno detrás de otro, todos invariablemente iguales, sin más horizontes que alegrar un poco la vida de su padre y volver a ver, o al menos saber, de Paco. El ambiente empobrecido de la España de posguerra tampoco ayudaba, precisamente. El hermano de Leonor, el guardia civil José García Canillas –que con el nuevo régimen gozaba de una posición relativamente cómoda–, le aconsejaba que no esperase más a su marido: hacía ya cuatro años que no tenían noticias suyas; estaba claro que, si no había caído en manos de un pelotón de fusilamiento, se habría ahogado en el mar. Además, su matrimonio civil no era

válido en la España de Franco; era, legalmente, una mujer soltera. Leonor era guapa, aún se veía joven y podría rehacer su vida casándose con otro hombre. Pero ella salía de la habitación, indignada y afligida, cada vez que su hermano tocaba ese tema.

Mientras tanto, la Segunda Guerra Mundial avanzaba en Europa; España curaba lentamente sus heridas, ajena al conflicto. Las fuerzas norteamericanas desembarcaron en Argelia y liberaron a los prisioneros políticos de los campos de concentración; Paco y sus amigos estaban entre los afortunados. Gracias a su reconocido prestigio como espías antifranquistas fueron reclutados por los servicios secretos norteamericanos para comandar un desembarco clandestino de armas y material de espionaje en las costas andaluzas –la famosa "Operación Backbone"–, que tenía como directriz la expulsión del poder del general Franco. El Partido Comunista de España en el exilio apoyaba la actuación. Leonor, ajena a esos acontecimientos tan distantes de su pequeño universo doméstico aguardaba, como siempre, con el alma en vilo. Porque su intuición de esposa enamorada le decía que Paco no estaba muerto.

*Marzo de 1943. Leonor pasea con su padre, seis meses antes del regreso de Paco*

Una noche de septiembre de 1943, Paco y tres compañeros de misión desembarcaron clandestinamente en la playa de Cantarriján, una cala recóndita situada entre Málaga y Granada, equipados con un cargamento de armas, radiotransmisores, munición y dinero. Todo fue ocultado en el interior de la Cueva de la Doncella, una oquedad de difícil acceso que ellos conocían muy bien; allí mismo permanecieron escondidos durante unos días, hasta que comprobaron que nadie se había percatado de su presencia. Luego, incapaz de esperar más, Paco contactó con su familia, que le puso al corriente de las novedades y le indicó el paradero de Leonor. Ni corto ni perezoso, Paco "tomó prestada" una bicicleta en Nerja y salió a la carretera, procurando no llamar la atención. Cincuenta kilómetros de arduo pedaleo después

llegó a Málaga capital y buscó una pensión donde se bañó, se afeitó y se cambió de ropa. No descansó ni un solo minuto; cuando se vio presentable, buscó la dirección de su mujer y llamó a la puerta de su casa. Como la otra vez, fue ella quien le abrió la puerta. Y el mundo dejó de girar cuando Leonor y Paco se reencontraron más de cuatro interminables, estériles, solitarios y malgastados años después, que desaparecieron de un soplo justo cuando el matrimonio se fundió en un desesperado abrazo.

*Interior de la Cueva de la Doncella, en la actualidad (fotografía de Santiago Aragón, del Club de Espeleología Cueva de Nerja)*

En los días sucesivos Paco informó con todo detalle a Leonor y a su suegro de la misión en la que estaba inmerso: la organización de una red guerrillera asentada en Sierra Almijara para desestabilizar el régimen de Franco, a la espera de que el ejército norteamericano ayudase a evitar el triunfo del fascismo de Hitler, Mussolini y el propio Franco, en Europa. A Federico y Leonor les pareció un plan descabellado e irrealizable, pero no podían hacer más que apoyar a Paco. Éste entraba y salía de la casa con mil precauciones, pues las calles se encontraban estrechamente vigiladas. Y así, durante unas semanas que resultaron inolvidables para el joven matrimonio, Paco y Leonor revivieron sus primeros días de casados. Aquella dicha se hallaba más allá de toda expresión: se dormían abrazados, y abrazados despertaban a la mañana siguiente. El anciano Federico, atendiendo a los relatos de su yerno y observando la cara de su hija, volvía a tener ganas de comer, de pasear y de vivir.

Pero era difícil pasar inadvertido mucho tiempo y lo que tenía que pasar, pasó. La Brigada Político Social de Málaga, que conocía perfectamente la identidad y el historial del marido de Leonor, controlaba a la familia desde hacía un tiempo, sospechando que el huido se reuniría con su esposa antes o después. Un día de octubre –al mes del regreso de Paco–, mientras él y Leonor daban un paseo, un comisario se presentó en la casa por sorpresa y se llevó detenido al desvalido Federico, que no atinó a defenderse, acusándolo de rebelión y espionaje. Leonor volvió al poco rato y se encontró con que también la estaban esperando a ella; Paco, que tenía que hacer un recado y había llegado en último lugar, pudo verlo todo desde lejos y, sin dar

crédito a su mala suerte, consiguió escapar. Tomó la bicicleta, que mantenía escondida, y pedaleó lo más rápido que pudo, cegado por lágrimas de rabia y frustración, de regreso hasta la Cueva de la Doncella, donde sabía que estaría a salvo con sus compañeros de misión.

*Leonor, de mirada serena, no podía imaginar lo que iba a sucederles*

Federico fue torturado sin misericordia en los subterráneos de la Brigada Político Social. El anciano militar resistió valerosamente sin decir absolutamente nada, hasta que le amenazaron con golpear y violar a su hija, presa, como él, en algún lugar de esas mismas dependencias. Entonces y solo entonces Federico habló, y confesó entre lágrimas todo lo que sabía –que era mucho– acerca de la Operación Backbone que había comandado su yerno, el huido Francisco Bueno Ledesma. La envergadura y trascendencia de esa operación internacional impresionó enormemente a sus captores. Leonor, por su parte, negó categóricamente todas las acusaciones de que ella y su padre estaban siendo objeto –que la matasen, si querían: no dejaría en evidencia a su marido–. Cuando unas infructuosas horas más tarde era conducida a una celda, pudo ver desde lejos a su padre, sentado en el suelo de una sala, más viejo que nunca, encorvado por el dolor y ensangrentado por los golpes, llorando en silencio.

A los pocos días de su detención Leonor fue trasladada a la cárcel de mujeres de Málaga, donde en su momento sería juzgada y condenada definitivamente. Por su parte la policía política, basándose en la confesión arrancada a Federico, abortó eficazmente la operación Backbone, arrestando a los compañeros de Paco e incautando todo el cargamento oculto en la Cueva de la Doncella. Paco consiguió escabullirse una vez más y regresó de nuevo a Orán, el único lugar donde tenía apoyos. Otra vez se veía separado de su mujer y de su familia; de nuevo desterrado muy lejos, al otro lado del mar. Pero ya no le importaba: a pesar de su

desesperación, todo eso podría aguantarlo. Lo que le angustiaba realmente era la idea de que su suegro y su querida Leonor estuviesen encarcelados por su causa.

*Efectos incautados por la policía política del interior de la Cueva de la Doncella*

Pasaron unos días. Leonor, internada ya en la cárcel de mujeres de Málaga, intentaba sobreponerse a la pesadumbre de verse en un contexto que jamás habría imaginado, ni para ella ni para su padre. Procuraba sobrevivir, adaptarse de la mejor forma posible al ambiente sórdido y opresivo de una celda que compartía con varias compañeras de desgracia, mujeres jóvenes en su mayoría, recluidas por los más variopintos motivos: unas eran presas políticas, como ella –aunque Leonor jamás se había planteado cuáles eran sus ideas políticas; solo había apoyado a su marido, como corresponde a una esposa–; otras eran simples rateras o inocentes prostitutas, todas enclaustradas en un ambiente en el que ni siquiera sus guardianas –las monjas de una orden religiosa– conocían la piedad.

Pero la situación aún iba a empeorar más; ironías de un destino aciago, que ya no se conformaba sólo con separarla de su marido. A las pocas semanas de su ingreso en prisión, Leonor se dio cuenta de que estaba embarazada. Un sueño acariciado durante años, que debería haber constituido la felicidad plena para Paco y para ella, se convertía justamente en ese momento en un grave contratiempo. Leonor había jurado ante la policía una y mil veces

que no había visto a su marido en los últimos años, con tal de protegerlo. ¿Cómo iba a justificar ese embarazo, por otra parte tan legítimo, sin admitir que había mentido en los interrogatorios o que había faltado a su lealtad de esposa? Su cabeza era una olla a presión colmada de preocupaciones y a punto de estallar. Federico, su padre, ¿habría muerto o seguiría vivo, anciano e indefenso, en la lóbrega soledad de una celda? Paco, su marido, otra vez solo, siempre en peligro, ¿lo habrían arrestado o habría logrado huir? Y ahora su hijo, ¿qué futuro esperaba a ese bebé deseado y no deseado, inocente en un mundo implacable que ella apenas reconocía ya, y tan indefenso como ella misma?

La libertad primera, la que reside en nuestro espíritu, no puede sernos arrebatada por nadie sin nuestro consentimiento. Sin embargo Leonor, que nunca hasta entonces había perdido la entereza, no encontraba ahora esa libertad interior. Sin atisbo de esperanza, recluida injustamente tras los muros de una cárcel y lejos de los suyos, su mundo se desmoronaba y ella no podía hacer nada para impedirlo.

*Antigua Cárcel de Mujeres de Málaga en los años cuarenta del siglo XX*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Documentación histórica, José Aurelio Romero Navas y Jean François Bueno*

*Fotografías, archivo de Jean François Bueno y Carlos Luengo*

*Publicado el 12 de diciembre de 2020*

## La historia de Leonor, II

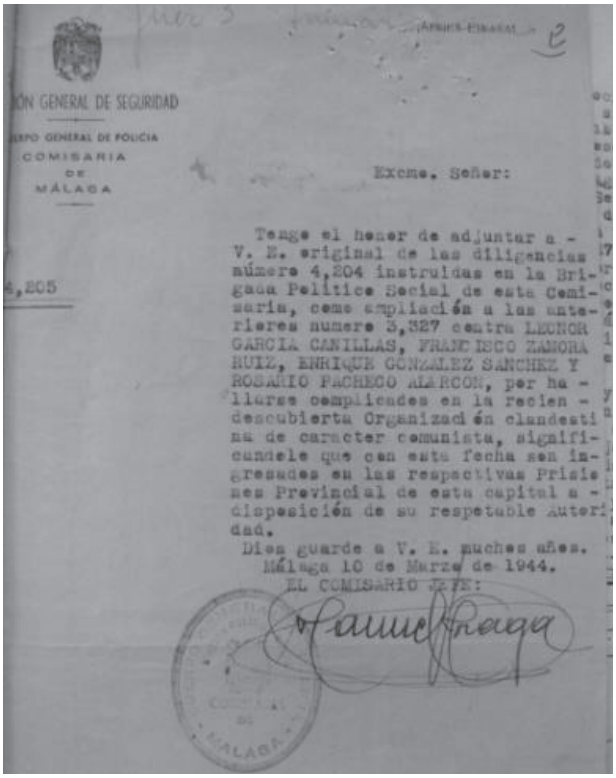
*Leonor fue la esposa leal, el apoyo en la sombra y, sobre todo, el gran amor de Francisco Bueno Ledesma, un brillante espía y guerrillero antifranquista. Esta es la continuación de su historia.*

En la primera parte de este relato dejamos a Leonor recluida en la cárcel de mujeres de Málaga intentando, con toda su voluntad, adaptarse a la rutina penitenciaria sin caer en la desesperación. Leonor y su padre, Federico, habían sido injustamente arrestados –y más injustamente aún interrogados, torturados y encarcelados– por el mero hecho de ser la esposa y el suegro de un activista de izquierdas, huido durante el transcurso de la guerra civil. Federico, además, fue humillado y despojado de su grado de teniente de carabineros; él, hijo y nieto a su vez de carabineros, que había llevado con tanto orgullo sus galones y vivía por y para su profesión de militar. Leonor y Federico no eran, ni mucho menos, las únicas personas que padecían esa situación: en la nueva España, la que erigía –casi enarbolaba– al General Franco como Jefe del Estado, apenas quedaba sitio para los poco o nada simpatizantes del régimen; menos todavía, por lo tanto, para aquellos que habían tomado parte activamente contra el glorioso ejército nacional. Para esos ciudadanos de segunda clase y, de facto, para sus familias, los tormentos de la guerra civil estaban muy lejos de terminar.

*"A mi Paco querido, tu Leonor". Fotografía realizada pocos días antes de su detención*

Pese a que desde hacía unos años –en concreto, desde que se casó con Francisco Bueno Ledesma– el día a día de Leonor había consistido, más que nada, en una serie interminable de sobresaltos, convertirse en una presidiaria sería sin duda la prueba más difícil para aquella mujer honesta, que no había hecho otra cosa en su vida más que dar y darse a los demás. Incapaz de asimilar su mala suerte, Leonor se mantenía apartada de sus compañeras de presidio, postrada durante horas, durmiendo o rezando –en semejantes circunstancias su fe religiosa le resultó de gran consuelo–, vencida y desesperanzada, habitando su espíritu en lo más profundo de un negro pozo. Pasaba los días sin interés por nada, ni aun por sí misma; obedecía cabizbaja las órdenes que le daban y se dejaba llevar como una muñeca sin voluntad –ayer a las cocinas a pelar patatas, hoy a la capilla a oír misa, mañana a la lavandería a clasificar trapos, pasado mañana al patio para dar unas vueltas al sol…– en un estado de aletargamiento en el que su única certeza era la de haber recibido un golpe brutal. Con tal ánimo el descubrimiento de su embarazo justamente allí, dentro de aquellos muros, sólo contribuyó a apesadumbrarla aún más.

Las otras reclusas se habían dado perfecta cuenta de que la recién llegada no era como ellas, unas pobres desgraciadas apaleadas por la vida, habituadas a las miserias del mundo casi desde la cuna. Esa señorita –que bien se conocía que lo era, en su porte y maneras– había sido bien educada, bien alimentada y bien vestida. Experimentadas analistas en asuntos de mujeres, también se percataron de que estaba esperando un hijo y que, a juzgar por su evidente impericia, seguramente sería el primero. Muchas de ellas ya habían pasado por esa misma situación –la maternidad tras los muros de una cárcel–, y algunas incluso tenían a sus hijos con ellas. Pero la diferencia radicaba en que todas tenían la piel curtida en cien batallas y habían pasado por trances de todo orden desde niñas; esta pobre, en cambio, no. Como en un libro abierto se podía leer en los ojos de Leonor la desolación de quien se ve en un lugar nuevo e inhóspito, sin amparo ninguno para ella ni para su futuro hijo y sin expectativas de nada bueno. Y, cosas de la naturaleza humana, aquellas mujeres infortunadas, lejos de tener envidia o celos de la "señorita de la media almendra", se compadecieron de ella desde el primer momento. La grandeza de corazón no sabe ni entiende de rangos sociales, y cuando la caridad proviene de quienes están más abajo, resulta infinitamente más preciosa. Unas mujeres desprovistas de todo –hasta de su libertad–, que quisieron rebuscar un poco de alegría para ofrecérsela a Leonor. Los primeros días respetaron su necesidad de aislamiento y la dejaron a su aire; luego, gradualmente, se le fueron acercando. Le decían sus nombres y le preguntaban el suyo; la ayudaban en la rutina cotidiana de la cárcel o le ofrecían alguna golosina escamoteada con habilidad de las cocinas. La animaban, en definitiva, a que saliera de aquella oscuridad y regresara al mundo, con ellas.



ÓN GENERAL DE SEGURIDAD

CUERPO GENERAL DE POLICIA
COMISARIA
DE
MÁLAGA

Excmo. Señor:

Tengo el honor de adjuntar a - V. E. original de las diligencias número 4,204 instruidas en la Brigada Política Social de esta Comisaría, como ampliación a las anteriores número 3,327 contra LEONOR GARCIA CANILLAS, FRANCISCO ZAMORA RUIZ, ENRIQUE GONZALEZ SANCHEZ Y ROSARIO PACHECO ALARCON, por hallarse complicados en la recien - descubierta Organización clandestina de carácter comunista, significandole que con esta fecha son ingresados en las respectivas Prisiones Provincial de esta capital a - disposición de su respetable Autoridad.

Dios guarde a V. E. muchos años.
Málaga 10 de Marzo de 1944.
EL COMISARIO JEFE:

*Documentación oficial firmada por el entonces Comisario Jefe de Málaga, Manuel Fraga Iribarne, en la que se confirma el "delito de rebelión militar y complicación en un complot comunista" para Leonor y se decreta su ingreso en prisión, con fecha del 10 de marzo de 1944*

Las presas tenían derecho a ser visitadas por una sola persona, una vez a la semana. Leonor recibía las visitas de su hermano José que, gracias a su cargo de subteniente de la guardia civil, disfrutaba de importantes prebendas como, por ejemplo, quedarse más tiempo y conversar con ella a solas, sin la estricta vigilancia de una monja celadora. José aprovechaba esas ocasiones para llevarle ciertos artículos de primera necesidad que Leonor le solicitaba expresamente –porque en prisión las internas carecían de casi todo–, sin que le fueran requisados por las reverendas, eficaces perros guardianes de aquellas mujeres. De esa manera Leonor pudo obtener jabón, peines y horquillas, pañuelos y otros objetos de higiene personal; también algo de comida extra –que ella compartía invariablemente con sus compañeras– y lo más valioso de todo: noticias de la familia. Principalmente quería saber de su padre, Federico, preso en otro centro penitenciario. Por su hermano supo Leonor que el anciano se encontraba razonablemente bien: José se había encargado de que lo curase un buen médico después del brutal interrogatorio al que fue sometido en las dependencias de la Brigada Político Social. También supo que, al igual que hacía con Leonor, José procuraba visitar a Federico tanto como le estaba permitido. De su marido, Paco, como era de esperar, no se tenía noticia alguna.

Con el paso de las semanas, Leonor decidió sobreponerse y dejar atrás la indiferencia que había regido sus días desde que ingresó en prisión. El apoyo de sus compañeras de infortunio tuvo mucho que ver, desde luego; pero es que además ya empezaba a notar el movimiento de su hijo en el vientre, y esa sensación maravillosa y desconocida le insufló energías para

levantar la cabeza y no enfermar de pena. Al fin y al cabo su padre estaba bien, y ese niñito que iba a nacer, el hijo de su añorado Paco, le haría compañía en la cárcel mientras llegaba el momento para ambos de salir de allí. Nadie en su familia sospechaba ese embarazo; para decírselo a su hermano esperaría a que su estado ya fuese imposible de ocultar. Ayudada mientras tanto por varias internas –en las que iba aprendiendo a confiar–, Leonor llevó su gestación en absoluto secreto, hasta para las monjas que las custodiaban; no era difícil puesto que, en el fondo, nadie les prestaba atención de verdad. Ya empezaba ella a ilusionarse: miraba arrobada a los hijos de las demás cuando jugaban en el patio, y se imaginaba acunando al suyo. ¿Sería niño, sería niña? ¿Y a quién se parecería? Durante los ratos de costura obligatorios para todas las presas Leonor empezó a preparar, con retalitos de tela tomados de aquí y de allá, una humilde canastilla para su bebé. Los meses transcurrieron entre tarea y tarea; cuando por fin salió la fecha de su juicio, ella se encontraba ya muy avanzada. El día de su enjuiciamiento pudo ver a su padre, que sería también juzgado en esa misma sala; Federico y Leonor no pudieron abrazarse pero sí mirarse a los ojos y comprobar por sí mismos que ambos estaban bien. Leonor fue condenada a cuatro años de reclusión por el "delito de rebelión militar y complicidad en un complot comunista", según rezaba su sentencia. Federico se llevó la peor parte: veinte años de reclusión por los mismos cargos que su hija. Ambos afrontaron sus respectivas penas confiando en la ayuda inestimable de José, que seguro que no escatimaría esfuerzos para que su padre y su hermana lo pasaran lo menos mal posible.

*José, el hermano de Leonor, con su uniforme de la Guardia Civil, junto a Federico*

Leonor comenzó a encontrarse mal tras el juicio, cuando era trasladada de regreso a la cárcel, bamboleándose de un lado a otro dentro del traqueteante e incómodo furgón de la policía. Llegó a su celda y se tumbó en el catre confiando en que se le pasaría el malestar, pero la cosa iba a peor. Demasiado estrés durante el proceso judicial; demasiadas emociones cuando volvió a ver a su padre… Esa noche –aunque todavía le faltaban unas semanas para cumplir– Leonor sintió los primeros dolores del parto, nuevos para ella pero del todo inequívocos. Sus

compañeras de celda dieron el aviso y la llevaron en volandas a la enfermería, donde fue asistida por el médico de la prisión. Leonor dio a luz a una niña prematura, débil y delgadita, que llamó Ana en recuerdo de su suegra –la humilde vendedora de limonadas–, todo un referente de coraje para ella, a quien había querido mucho. Extenuada por los trabajos del parto y la pérdida de sangre, la reciente mamá durmió durante muchas horas seguidas. Al día siguiente, cuando preguntó por su hijita para ponérsela al pecho, la madre enfermera le espetó sin miramientos que la niña era tan enclenque que había muerto durante la noche y ya se la habían llevado. Leonor, sola y postrada en la cama de la enfermería, lloró amargamente la pérdida de su hijita que, en efecto, había nacido tan frágil que ni siquiera tuvo fuerzas para emitir su primer llanto en el momento de nacer. Su angelito, pensó en vano intento por consolarse, al menos se había librado de vivir en ese horrible lugar. Adiós a su niña, con su canastilla tan amorosamente preparada, a sus ansias de abrazarla y besarla y quererla; adiós, pues, a toda ilusión. Leonor se aferró a su fe para no caer de nuevo en el abismo, y rezó de todo corazón por su pequeña Ana, por su padre, por su marido y por ella misma.

En ese mismo momento, muy lejos de Málaga, en Orán –donde se vio obligado a huir perseguido por las fuerzas de la Brigada Político Social–, su marido se entrevistaba con Santiago Carrillo, dirigente del Partido Comunista en el exilio. Francisco Bueno Ledesma, el sagaz agente del SIEP que tanto había arriesgado por la causa republicana, quería comunicar a Santiago Carrillo su abandono. Dejaba la misión definitivamente, y por causas bien justificadas: después del fracaso de la operación Backbone, que se saldó con tantos prisioneros y por la cual su mujer y su suegro terminaron en manos de la temible Brigada Político Social, Paco había perdido la fe en casi todo. Aparte quedaba el hecho incontestable de que las autoridades franquistas contaban ya con demasiada información –arrancada a golpes a los detenidos– acerca de las siguientes misiones previstas para la organización de la resistencia en las montañas de la Almijara. Participar en un nuevo desembarco sería, a todas luces, un suicidio seguro. Paco comunicó oficialmente que no se uniría al comando que ya se estaba preparando, en el que sí tomarían parte sus amigos Ramón Vía y Joaquín Centurión. El tiempo le daría la razón: ambos guerrilleros murieron tras esa segunda operación.

*Ana Ledesma, suegra de Leonor. La hija de Leonor llevaba su nombre*

Sólo descubrimos de lo que somos capaces cuando la vida nos pone a prueba. Allá en la cárcel de Málaga, Leonor resolvió no dejarse vencer por la adversidad y puesto que, si hacía cuentas, ya no le quedaba tanto tiempo de condena, concluyó que haría algo útil con su vida mientras entretenía esa espera. Y dicho y hecho: cuando se recuperó del parto se reincorporó a la rutina carcelaria, esta vez con todas las ganas, dispuesta a entregar lo mejor de sí misma, que era lo que más le gustaba hacer. Las condiciones de vida en ese recinto en plena posguerra eran muy duras; mucho más que fuera de él. La comida era insuficiente y de muy mala calidad; el trato de las monjas hacia las presidiarias rudo y humillante, porque no hacían distingos entre las auténticas delincuentes –que las había– y las que estaban encerradas por sus ideas políticas. Además, la escasa higiene en la cárcel en general y en la celdas en particular favorecía la existencia de piojos y enfermedades entre las internas, que por ende disponían de un acceso muy limitado a médicos y medicinas; eran muchas las que fallecían por razones sanitarias. A ello había que unir que no todas las mujeres allí ingresadas eran de buena pasta; resultaba conveniente ganarse el respeto de las presas "duras" o, al menos, caerles en gracia, porque en aquella jungla silente sobrevivía quien más aguantaba, en todos los sentidos.

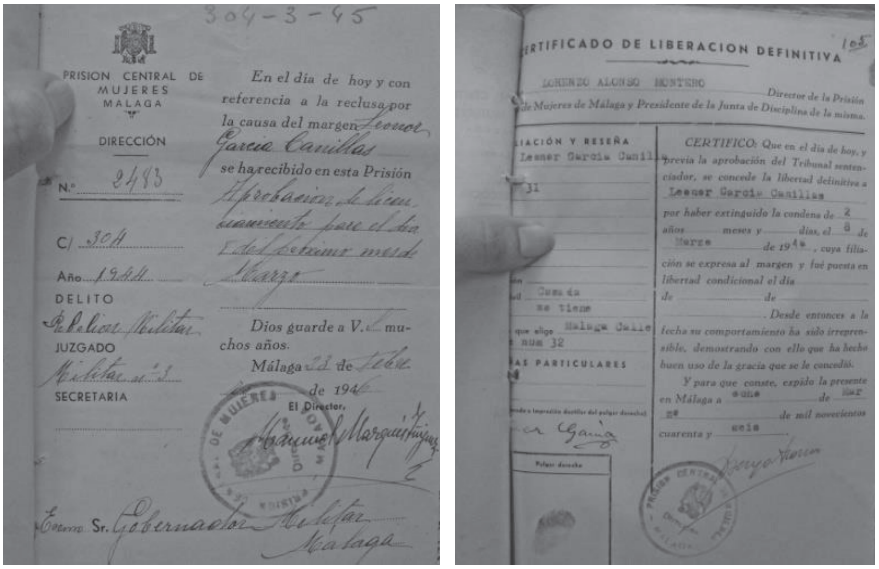
Pan de cada día eran también las consabidas limpiezas psicológicas: se lavaba el cerebro de las reclusas mediante charlas aleccionadoras, se las obligaba a ir a misa y a bautizar a sus hijos fuesen creyentes o no, se las sometía a correctivos sin motivo justificado, como la limpieza de las letrinas, o lo peor de todo: se las encomendaba al capellán de aquella institución penitenciaria, un personaje inicuo y obsceno, indigno de la autoridad que representaba, que no perdía ocasión de abusar de las mujeres más jóvenes bajo amenaza de denunciarlas por mal comportamiento. Leonor estuvo también a punto de ser una de sus víctimas. Pero en general, y a pesar de la dureza de sus condiciones de vida, las condenadas solían apoyarse unas en otras, dándose el caso de llegar a establecer lazos de amistad que durarían más allá de su encarcelamiento.

*Patio central de la cárcel de mujeres de Málaga. Leonor se encuentra en ese grupo de presas (fuente: Diario Sur)*

Leonor continuaba afanándose en sus tareas –y es que nadie es desgraciado sin su propio permiso durante mucho tiempo–. Los meses iban pasando y su condena de cuatro años reduciéndose. Ella consolaba sus penas escuchando las de sus compañeras, mientras soñaba con reunirse con su padre y su marido algún día y, tal vez, si no estaba demasiado vieja –pues ya había cumplido los treinta y cuatro años–, tener otros hijos. Pensando siempre en ocupar al máximo su tiempo libre, cada día se involucraba más en las actividades comunes de la cárcel: cosía, tejía y hacía cestos de mimbre pero, sobre todo, centró sus esfuerzos en ayudar a las reclusas analfabetas enseñándoles a leer y escribir –aptitud que les resultaría inmensamente útil cuando saliesen de su encierro–, tarea que le encantaba porque ella misma leía y escribía con soltura. Por lo demás, Leonor se encontraba realmente satisfecha de poder hacer algo por aquellas mujeres, amigas ya, que tanto la habían apoyado en sus momentos más críticos. Gracias a su hermano José había obtenido todo el material que necesitaba, y contaba además con la tranquilidad de que no les faltaría de nada: tenían papel de sobra para escribir, lápices para todas y biblias más que suficientes –era el único libro que se permitía dentro de la cárcel– para realizar las lecturas y las copias de texto. Todos los días, cuando habían terminado sus tareas principales, las penadas, agradecidas y contentas por tener esa oportunidad, dedicaban un buen rato a leer, escribir y hacer cuentas.

Parecía que, poco a poco, se iban arreglando las cosas. Un buen día Leonor recibió la visita de su cuñada Adela, la hermana mayor de Paco. Traía noticias de él, por fin. Su marido estaba bien allá en su refugio de Orán, rodeado por sus amigos, con un trabajo corriente, justamente remunerado –muy lejos de las arriesgadas actividades de otros tiempos– y deseando reunirse con su mujer en cuanto ella saliese de la cárcel. Leonor estuvo a punto de gritar de alivio y felicidad. Se sentía más fuerte que nunca; todo cobraba sentido otra vez. Su padre estaba bien –esto lo sabía de buena tinta –y, al presente, Paco también. Y, lo mejor de todo, de ahora en adelante podría cartearse con su marido, gracias al apartado de correos que le facilitó Adela y al utilísimo material de la escuela para presas que ella, Leonor, había puesto en marcha.

Leonor y Paco recuperaron el contacto epistolar, algo que resultaba de enorme consuelo para ambos. Mediante las cartas se mantenían al día y hacían planes de futuro, pues no dudaban de que volverían a reunirse muy pronto. Al mismo tiempo, la pequeña escuela de alfabetización carcelaria aumentaba su número de alumnos, ya que también comenzaron a asistir los hijos más mayorcitos de las reclusas. Sus obligaciones como maestra ayudaban a Leonor a evadirse de la realidad cotidiana y a pasar el tiempo mucho más rápido, embebida como estaba con las tareas de la enseñanza. Gracias a las cartas de su marido y a los progresos de sus discípulas, Leonor sentía un optimismo creciente; tanto era así que su entrega, alegría y buen talante alcanzaron a ablandar los secos corazones de las monjas. Sus informes cada vez mejores sobre la actitud y el afán de cooperación de la reclusa Leonor García Canillas consiguieron para ella una reducción de condena por buen comportamiento. Fue su hermano José quien le dio la maravillosa noticia. Leonor recibió las felicitaciones sinceras de sus compañeras, que se alegraban francamente de su puesta en libertad, y se despidió de todas con su natural modestia, contenta y emocionada como no recordaba haberlo estado desde hacía mucho tiempo. Todo pasa, y todo llega: en agosto de 1947 Leonor abandonó la cárcel para siempre, acompañada de su cuñada Adela.


PRISION CENTRAL DE MUJERES MALAGA

DIRECCIÓN

N.º 2483

C/ 30A

Año 1944

DELITO

Rebelion Militar

JUZGADO

Militar nº 3

SECRETARIA

En el día de hoy y con referencia a la reclusa por la causa del margen Leonor García Canillas se ha recibido en esta Prisión Aprobación de libramiento para el día 8 del próximo mes de Marzo

Dios guarde a V. muchos años.

Málaga 23 de Febr de 1946

El Director,

Excmo. Sr. Gobernador Militar Malaga

CERTIFICADO DE LIBERACION DEFINITIVA

LORENZO ALONSO MONTERO Director de la Prisión de Mujeres de Málaga y Presidente de la Junta de Disciplina de la misma.

CERTIFICO: Que en el día de hoy, y previa la aprobación del Tribunal sentenciador, se concede la libertad definitiva a Leonor García Canillas por haber extinguido la condena de 2 años meses y días, el 8 de Marzo de 1948, cuya filiación se expresa al margen y fué puesta en libertad condicional el día de de

Desde entonces a la fecha su comportamiento ha sido irreprensible, demostrando con ello que ha hecho buen uso de la gracia que se le concedió.

Y para que conste, expido la presente en Málaga a uno de Mar de mil novecientos cuarenta y seis

*Certificado oficial de buena conducta y certificado oficial de liberación definitiva de Leonor*

Desde el momento en que Leonor puso el pie en la calle como una mujer libre, supo que su vida daría un giro de ciento ochenta grados. Ahora era otra persona, mucho más valiente y resuelta. Concluyeron ya los tiempos de las separaciones: ella quería estar con su marido y tener la oportunidad de formar una familia, y era en ese momento, sin guerras civiles ni arriesgadas misiones secretas de por medio, cuando podrían vivir tranquilos y en paz. Desde Orán, su marido se mantenía al tanto de los movimientos de su mujer. Hacía unas semanas que le había enviado dinero e instrucciones por carta; entre los dos habían planificado cuidadosamente hasta el último detalle del largo viaje que Leonor debería emprender en solitario. Y es que tenía que ser ella la que acudiese a Argelia para reunirse con su marido, ya que si él regresaba a España correría serio riesgo de ser encarcelado y fusilado. La primera parte de su singladura comenzaba en ese momento: nada más salir de la prisión, Leonor y Adela tomaron la alsina de Málaga a Nerja y, una vez allí, militantes clandestinos del Partido Comunista al corriente de su situación las ayudaron a hacerse con una documentación falsa para Leonor: de esa forma podría salir de España, ya que por su condición de ex presa política no podía cruzar ninguna frontera. La inmovilidad en la que había vivido sumergida durante varios años dentro de la cárcel se trocaba ahora en días de papeleos, prisas y ansiedades pero, ¿qué importaba? Cuando Leonor obtuvo su nueva documentación –circunstancia que aprovechó para cambiar su fecha de nacimiento y quitarse diez años, los que le llevaba a su marido–, recibió también una serie de instrucciones que la ayudarían a mantenerse a salvo durante el viaje; después regresó a Málaga para visitar a su padre, todavía preso en la cárcel. Se despidió de Federico cubriéndolo de besos, contándole sus planes y dejándolo, confiada, al cargo de su hermano José. Luego se fue. Y, esta vez, sin mirar atrás.

Convertida en una intrépida aventurera –ella que jamás había salido de la provincia de Málaga y menos aún sola-, embarcó primero camino de Tánger. Cuando llegó a esa ciudad africana quedó bajo la responsabilidad de un joven matrimonio –amigos ambos de su marido– que había huido de España al comienzo de la guerra civil, y que la acogió amablemente en su casa.

A la semana de su llegada pudo Leonor hablar por teléfono con Paco; cada vez quedaba menos para su ansiado reencuentro. Pocos días después, y gracias siempre a los contactos y gestiones de su marido, recibió un visado y un billete de avión para Orán. Sería la primera vez que Leonor montase en un avión, pero no estaba dispuesta a perder ni un minuto de su nueva vida discurriendo si le daría miedo volar, o no. Voló pues, asombrada de su osadía, hasta la ciudad argelina. Al pie de la escalerilla del avión la esperaba un Paco anhelante, tres años y medio después de su separación, la noche aquella de su arresto en Málaga. ¿Quién sería capaz de describir la alegría de esa reunión definitiva? Lejos de su país, sí, y lejos de sus respectivas familias también, pero juntos, y esta vez para siempre. Lloraron ambos, porque la alegría más grande, como el mayor dolor, también se expresa con lágrimas. Luego rieron como niños felices, sabedores de que su tormento, por fin, había acabado.

*Noviembre de 1947, Leonor y Paco en Orán, tres meses después de reunirse definitivamente*

Leonor y Paco reconstruyeron su vida en Orán. Vivían en una casita pequeña pero muy cómoda, un auténtico reducto de paz y optimismo, y dentro de él casi todos sus sueños cumplidos. Para colmo de venturas al año siguiente, en 1948, tuvieron un hijo al que llamaron Jean François. Junto a su niñito y al abuelo Federico, que salió de prisión en 1954 y se fue a vivir con ellos –tras siete años de encierro, excarcelado antes de tiempo por buena conducta–, prosiguieron con sus vidas felizmente, sin zozobras de ninguna clase. El abuelo volvía a sonreír, ahora de la mano de su nieto, al que adoraba de la misma forma que adoraba a su hija; se miraba en sus ojitos, que traían a su corazón una alegría largo tiempo olvidada, y charloteaba con él como lo hacía con Leonor cuando tenía esa misma edad. Todos echaban de menos su tierra natal, pero Orán era entonces una ciudad pintoresca y alegre, donde vivían muchos españoles exiliados formando una colonia, y la familia no se encontraba nunca sola.

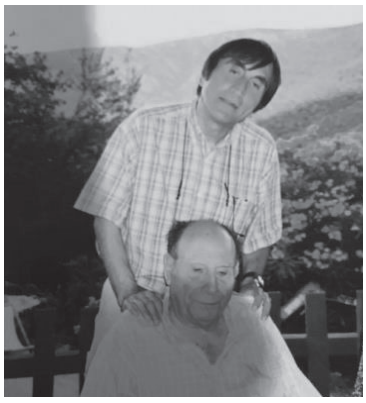
*Paco, Leonor (embarazada) y el pequeño Paquito. Orán, 1951*

El matrimonio, deseoso de formar una gran familia, intentó tener más hijos. Leonor estuvo embarazada en los años 1951 y 1955, pero en ambas ocasiones, por distintos problemas, los bebés no salieron adelante. Ella entonces recordaba con melancolía su primer embarazo, en circunstancias tan distintas, y el nacimiento prematuro de su pequeña Anita en aquella lóbrega prisión, sin medios sanitarios de ningún tipo. Echando mano de su carácter práctico, asumió que Paco y ella posiblemente no tendrían más hijos. Qué más daba: ya eran dichosos con el pequeño Paquito –en Orán lo llamaban así –y con todo lo que tenían, y daba gracias por ello a diario. El abuelo Federico, cada día más anciano, echaba de menos su tierra –la particulares nostalgias de los mayores que, por tener ya poco delante, prefieren mirar atrás– y finalmente se mudó a Málaga, a casa de una de sus hijas, donde murió en paz en el año 1961.

Los años volaban. A principios de los setenta Paco encontró trabajo en otro lugar, y él y Leonor se marcharon a vivir a la isla de Córcega. Para entonces su hijo Jean François ya estaba estudiando su carrera universitaria, Filosofía y Letras, en Niza. Mientras tanto, el General Franco expiraba en Madrid en 1975; fue entonces cuando Leonor y Paco, como tantos otros exiliados, tuvieron la posibilidad de regresar, de una vez por todas, a España. Intentaron vivir en Nerja, pero aún se lo prohibían las leyes –las autoridades franquistas habían condenado al ex guerrillero Francisco Bueno Ledesma a 140 años de cárcel–, así que se instalaron en El Ejido, donde tenían buenos amigos, hasta que obtuvieron el permiso oficial para residir donde quisieran. En el año 1983 pudieron comprarse un bonito apartamento en el centro de Nerja, donde pasaron tranquila y felizmente el resto de sus vidas. Su hijo Jean François, que se había establecido en París con su familia, acudía a verlos con frecuencia.

*La familia Bueno García en el año 1975, justo antes de regresar a España*

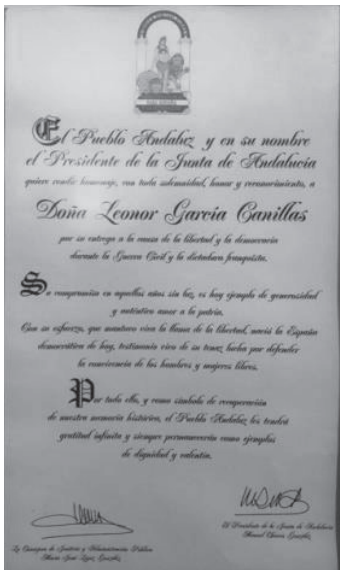
Leonor, la mujer que cargó a sus espaldas sin titubeos cada prueba que le puso la vida por delante, no superó, curiosamente, la cuestión de ser diez años mayor que su marido. Llevó ese complejo a tal extremo que, desde que se casó, jamás quiso celebrar su cumpleaños. Paco y Paquito no daban la menor importancia al asunto pero, por no apenar a su madre, cedían a su gusto y tampoco celebraban ellos sus respectivas onomásticas. El destino, no obstante, se negó a seguirle la corriente y Leonor falleció por causas naturales justo diez años antes que su esposo, en 1996. Lo que hace pensar que, de haber tenido ambos la misma edad, como constaba en la documentación falsa de Leonor, habrían partido el mismo año. Paco se marchó con ella –la de ellos fue una vida de separaciones y reencuentros– en el año 2006. Ambos descansan, inseparables para siempre, en el cementerio de Nerja.



*El matrimonio, ya anciano, con su hijo Jean François*

Francisco Bueno Ledesma, el brillante agente secreto del SIEP y audaz guerrillero, especialista en huidas de campos de concentración y en la consecución de arriesgadas misiones secretas, que tantas veces cruzó el mar y puso en peligro su vida detrás de su ideal, murió tranquilo, prácticamente en el anonimato, porque así lo quiso él mismo. Le bastó, al final de su vida, con

disfrutar de la democracia con la que había soñado durante muchos años allá en el exilio. Leonor, en cambio –paradojas de la vida–, tan sencilla y discreta, siempre a la sombra de su marido, sin perseguir más sueño que el de cuidar de los suyos y asumiendo en silencio los problemas que le acarreó ser la mujer de un activista republicano, fue una de las personas homenajeadas por la Junta de Andalucía en el año 2008, dentro del marco de las actividades llevadas a cabo por la Ley de Memoria Histórica.



El Pueblo Andaluz y en su nombre
el Presidente de la Junta de Andalucía

Doña Leonor García Canillas

*Homenaje de la Junta de Andalucía a Leonor García Canillas*

El amor que unió a Leonor García Canillas y Francisco Bueno Ledesma –porque este relato no es más que la crónica de ese amor, a través de los años y los acontecimientos– no pereció cuando ambos envejecieron y murieron. Tan perfecta amalgama de entrega, complicidad y cariño, que se mantuvo sólida frente a guerras, campos de concentración, operaciones secretas, prisiones, separaciones y frente al mismo paso del tiempo es, como la pura energía, indestructible: solo se transforma y perdura. Y, al perdurar, se convierte en inmortal. Un amor inmortal que hoy permanece a través de su hijo, de sus nietos, del libro "El espejo para alondras" y de este reportaje, que –ahora sí– concluye aquí.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Documentación histórica, José Aurelio Romero Navas y Jean François Bueno*

*Fotografías, archivo de Jean François Bueno y Carlos Luengo*

*Publicado el 19 de diciembre de 2020*

## UN GUERRILLERO ANÓNIMO

*Cualquier circunstancia –una larga noche de vigilia, por ejemplo– puede convertirse en una encrucijada que determine un cambo de vida radical. Esta es la crónica del momento en el que un muchacho (del que obviaremos su identidad por expreso deseo de la familia) optó por dejar a un lado sus convicciones para salvar su vida y la de los suyos.*

*La escarpada ladera norte del Cerro Lucero (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

El guerrillero llevaba apostado varias horas tras un pequeño promontorio rocoso que le servía de observatorio y, aunque procuraba estirar brazos y piernas todo lo que podía, ya empezaba a notar el cuerpo entumecido por aquella postura tan forzada. Esa noche le habían tocado a él las labores de vigilancia del campamento, situado en las inmediaciones del Cerro del Lucero, y la verdad era que permanecer tanto tiempo despierto e inmóvil, sin poder hablar –sin poder desahogarse, en realidad– con ningún compañero ni hacer otra cosa más que controlar atentamente los accesos a su posición, daba para pensar, y mucho, en cualquier cosa. Había estado otras muchas veces de guardia nocturna pero esa noche, no sabía por qué, se sentía más predispuesto que otras a reflexionar. Además, y esto era lo más extraño, no tenía sueño. En incontables ocasiones había tenido que sobreponerse al sopor casi invencible que solía adueñarse de él, peleando los párpados contra el sueño, especialmente si arrastraba el cansancio y la tensión acumulados tras una intensa jornada de marcha junto a sus compañeros, atravesando lo más intrincado de la sierra, eludiendo los senderos más transitados y buscando rutas alternativas, por arriesgadas que éstas fueran, para evitar ser descubiertos por la guardia civil o sus confidentes.

*Las laderas del Cerro Lucero son casi inexpugnables, fuera del sendero que lleva a la cumbre*

Con cuidado de no generar ruido ninguno cambió de postura por enésima vez y, asegurándose antes de que su mosquetón estuviera bien apuntalado entre las piedras, se arrebujó en su pelliza y metió las ateridas manos en los bolsillos. Sí, ahora estaba algo mejor… Le apetecía horrores echarse un pitillo, pero en su campamento todos lo tenían terminantemente prohibido durante la noche porque incluso la tenue luz de la brasa podía delatar su posición, por lo que, a pesar de que ellos tenían sus trucos para poder fumar sin ser descubiertos, en ese momento prefirió desechar la idea. El muchacho levantó la vista unos minutos de la grisura uniforme de la ladera que tenía que vigilar, y miró al cielo. Esa noche de principios de diciembre de 1948 era especialmente fría en Sierra Almijara, pero al menos no llovía ni hacía viento. El aire se percibía sereno, fino y limpio. Estaba despejado, aunque unas nubecillas blancas venían cabalgando desde el mar, y la luna creciente derramaba su luz marfileña y difusa, perfilando con nitidez los contornos de las montañas circundantes. El guerrillero recorrió aquellas familiares siluetas con la mirada; podría identificar cada cumbre, collado, barranco y casi cada mata sin mirarlos siquiera, porque se había criado allí mismo, como quien dice: ellos, conocidos por los guerrilleros, los maquis, la gente de la sierra, los bandoleros o los terroristas –¡les habían puesto ya tantos nombres…!– eran, en su mayoría, expertos conocedores de aquel terreno. Aparentemente todo era paz y silencio, aunque él sabía, por ominosa experiencia, que de noche en la sierra nada es lo que parece.

*Campamento guerrillero en la falda del Cerro Lucero (fotografía de José Aurelio Romero Navas)*

Sus camaradas descansaban a unos metros de su puesto de vigía, resguardados en unas corraletas de piedra que ellos mismos construían y usaban como alojamientos provisionales, y que en noches tan frías como aquella cubrían con unas lonas de tela gruesa para mantener un poco de calor. En la quietud de esa gélida noche invernal el muchacho casi podía escuchar sus murmullos, respiraciones y hasta el roce sordo de sus movimientos. Las circunstancias los habían convertido ahora en su otra familia, y por deber –pero también por apego, sobre todo con algunos de ellos– se sentía responsable de su seguridad. Eran hombres de muy distintas procedencias e ideologías que, por diferentes motivos, habían elegido echarse al monte o se habían visto obligados a hacerlo. Entre sus compañeros y, en algunos casos, amigos, había antiguos combatientes del bando republicano durante la Guerra Civil; simpatizantes comunistas o anarquistas que huían de la represión de Franco; unos cuantos desgraciados que estaban allí por problemas con la justicia e incluso también varios lugareños sin oficio ni beneficio que, sin saber muy bien lo que hacían ni para qué, se habían unido a ellos en busca de un futuro mejor porque en sus pueblos y cortijos se morían de hambre: convirtiéndose en guerrilleros, aunque serían proscritos, al menos cobrarían una mensualidad. A pesar de su juventud –todavía no había cumplido veinticuatro años–, el guerrillero ya casi había perdido la cuenta del tiempo que él mismo llevaba huido en la sierra, formando parte de aquellas variopintas cuadrillas de disidentes que con el tiempo se habían organizado formando agrupaciones paramilitares de resistencia al régimen franquista, y que se ocultaban en los rincones más inaccesibles no solo de Sierra Almijara, sino de otras muchas montañas de nuestro país.

Y ahora así se veía, compartiendo con sus camaradas un día a día cada vez más incierto, alejado de su casa y su familia, sometido a una férrea disciplina y con la certeza de que en cualquier momento podría tener que estar defendiendo su propia vida. No se arrepentía de lo que había hecho; él sabía bien cuáles habían sido sus razones para abrazar aquella lucha. Hijo y nieto de cabreros, pastor siempre de rebaño ajeno, analfabeto del todo y pobre entre los

pobres, creía sinceramente que el régimen militar del general Franco no haría sino empeorar más su triste situación. Había tomado la decisión de combatir plenamente consciente de las consecuencias que podría acarrearles a todos, y no cambió de opinión a pesar del adusto silencio de su padre y de las protestas angustiadas de su madre, el día que les anunció sus intenciones de escaparse al monte. Las comprensibles quejas de sus mayores sirvieron de bien poco: no tuvieron más remedio que aceptar con entereza y resignación el hecho de que su único hijo –"la Virgen no había querido darles más"– sería uno más de ***los de la sierra***: "Hijo", le dijeron; "no tenemos nada pero peor nos vamos a ver, porque os matarán a todos como a perros, y seguramente a nosotros también". Pero en el pueblo muchos de sus vecinos tenían familiares o amigos que, como él, habían elegido esa opción persuadidos por sus aspiraciones de libertad y prosperidad. Además, los rebeldes mantenían la firme convicción de que antes o después recibirían algún apoyo externo que les permitiese afrontar un intento serio de expulsar al franquismo del poder.

*Agrupación guerrillera activa en la Almijara, año 1948*

No obstante, y dejando al margen sus particulares sueños, el guerrillero tenía que reconocer que su vida cotidiana, la de todos ellos, era cada vez más precaria. Malvivían escondidos como alimañas entre los recovecos más inaccesibles de las montañas, soportando el frío en invierno y el calor en verano, mal alimentados, mal vestidos y en perpetuo estado de alerta, sin conocer apenas lo que era un momento de tranquilidad; en continuo movimiento para no ser sorprendidos por sus perseguidores y en constante vigilancia para no caer en ninguna emboscada. A pesar de todos estos inconvenientes procuraban no acuartelarse muy lejos de sus pueblos y cortijos, donde sus familias esperaban anhelantes, día y noche, por tener alguna noticia suya. Sea como fuere, los maquis solían ingeniárselas para hacer saber a los suyos que estaban bien o, al menos, que seguían con vida, lo cual ya era suficiente. Padres y madres, hermanos, novias, esposas e hijos vivían con el alma en vilo, porque sabían que los suyos eran

ahora condenados, carne de cañón sin ninguna posibilidad de supervivencia si tenían la desventura de caer en manos de sus enemigos.

El guerrillero evocó por un momento la imagen de su casa. La pulcra fachada blanca, las ventanas de postigos siempre abiertos y la parra que daba sombra al patinillo empedrado de la entrada, en cuya frescura su madre remendaba los ya muy recosidos calzones de su marido, sentada en una silla baja, en las prolongadas tardes del verano. Un poco más allá, el banco de piedra adosado a la pared en el que su padre descansaba al final del día mientras fumaba un cigarro tranquilamente con la mirada perdida en el horizonte, y *Chispa*, la incansable perrilla que tantas veces lo había acompañado detrás de las cabras, tumbada fiel y tranquila a sus pies. Recordó, sintiendo una repentina y aguda punzada de nostalgia, la vida –humildísima, desde luego, pero también apacible– que solía llevar, y entonces sí que necesitó fumarse el cigarro que hacía un rato había dejado para otro momento. Así que, saltándose las normas por primera vez, lió diestramente un pitillo, lo introdujo con cuidado en el interior de un trocito de caña que guardaba para ese propósito y, confiado, sabiendo que la luz del ascua no delataría su posición, fumó durante unos minutos, dejando flotar su imaginación igual que flotaba el humo azulado de su cigarrillo. Regresó entonces aquella sensación, reprimida durante muchos meses, de soledad y desconsuelo; sintió con fuerza la añoranza de una vida distinta –su vida de antes, sin más– al compararla con sus actuales circunstancias, olvidándose de esa especie de censura que todos en el campamento se habían autoimpuesto: no recordar sus casas y sus familias para que sus voluntades no flaqueasen.

Los guerrilleros como él estaban sometidos a una tensión continua, privaciones de todo tipo y labores que podían llegar a ser realmente dolorosas, como la obligación de ajusticiar a sus propios compañeros si de ese modo lo ordenaban sus superiores. Tampoco podían intercambiar información entre ellos, conocer a los enlaces que les suministraban la comida y los mensajes o tener contacto con mujeres, salvo los que ya estaban casados. Pero para ser justos, también tenía que reconocer que estaban bien organizados y que tenían unos dirigentes muy capaces, aunque algunos de ellos resultaron ser implacables, pues no dudaban en condenar a sus propios hombres a la pena de muerte al más mínimo error. El guerrillero, entonces, recordó la irrazonable ejecución de uno de sus pocos amigos allí arriba, porque su superior consideró que no se tomaba en serio su tarea. Al menos, pensó el muchacho, tenía que dar gracias porque no tuvo que ajusticiarlo él mismo…

*Campamento maqui en las cercanías del Cerro Lucero, reutilizado luego como majada para el ganado (fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

Durante los años que llevaba en la guerrilla había participado en numerosas batallas y escaramuzas en las que había pasado de todo, pero en los últimos tiempos las derrotas eran mucho más frecuentes que las victorias. La guardia civil los rastreaba y acorralaba cada vez con más ahínco, aunque eso ya no era lo peor. Ahora todos temían, y él mismo el primero, por sus familias: padres, hermanos, novias o hijos, que se encontraban a merced de las amenazas, castigos, extorsiones y todo tipo de abusos por parte de sus perseguidores. Con estos métodos se forzaba así la rendición de los rebeldes y, de hecho, el sistema funcionaba: algunos de sus compañeros de lucha ya se habían entregado, temiendo por la integridad de sus familiares y a la vez confiando en una amnistía que los guardias civiles anunciaban a los cuatro vientos –en sentido literal, pues llegaron a lanzar octavillas por toda la sierra con promesas y proclamas de perdón si los perseguidos se entregaban, y más aún si delataban a sus compañeros–. El guerrillero sabía que su causa estaba perdiendo apoyos y que la guerrilla se sentía prácticamente abandonada a su suerte; la desesperanza se empezaba a cebar en sus compañeros, así como en él mismo. Se sentía engañado y desmoralizado y, justo era reconocerlo, ya no veía las cosas como antes. Cada vez quedaban menos activistas entre las bajas y las deserciones, y las caras de los que resistían estaban ensombrecidas por la duda y la desconfianza, ya que las traiciones internas eran cada vez más frecuentes. Oscuros presagios le acudían a la mente desde todas las lontananzas…

Esa noche, que por algún motivo estaba siendo distinta a las demás, mientras cumplía con su deber como centinela, a solas y en silencio, el guerrillero se preguntó seriamente, como nunca antes lo había hecho, por su futuro. Tenía miedo de que algo ocurriese a su familia, claro, pero ahora también pensaba en él mismo. ¿Había merecido la pena todo aquello? Ya empezaba a ser demasiado tiempo de destierro, de muertes y traiciones, de pérdidas y experiencias tan crueles –ajenas y propias– que sabía que lo habían marcado para siempre. No podía responder

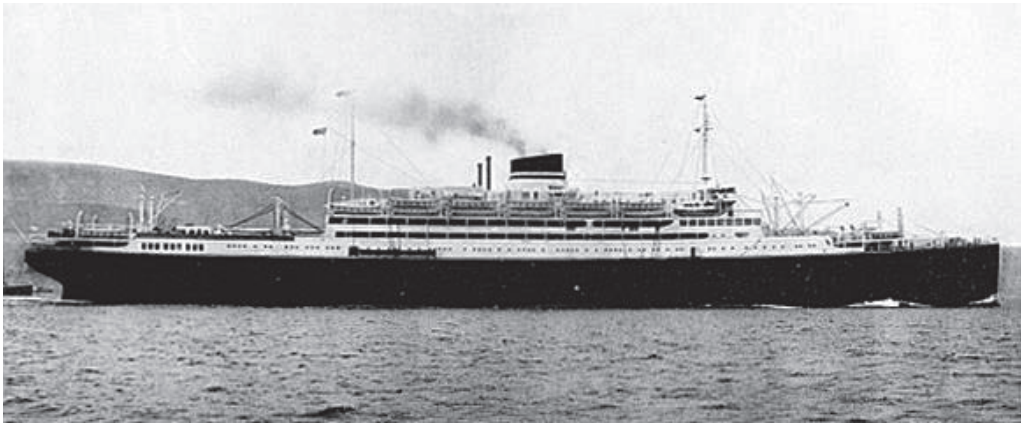
por sus camaradas, pero de él sí debía decir que hasta entonces había defendido con lealtad y convicción los intereses de la guerrilla, y que cada día de combate lo había espoleado el anhelo de alcanzar lo que él consideraba la libertad y la justicia para todos. Pero esa noche, en ese momento, podía ver con claridad –como si acabase de despertar de un mal sueño– que la batalla estaba definitivamente perdida; que de alguna manera los habían engañado y llevado a una muerte casi segura, y él quería vivir. Era muy joven, estaba a tiempo de formar una familia, cuidar de sus padres, que ya iban teniendo una edad, y dedicarse a cultivar el campo y tener animales, que es lo que siempre le había gustado; quería un futuro, mirar la vida de frente y hacerse viejo en paz, como su padre. Estaba cansado de seguir escondido, acechando con temor cada movimiento a sus espaldas; de desconfiar de todo y de todos y de mirar los meses y los años volar fugaces, sin esperarlo, mientras él sobrevivía al margen de su propia existencia, porque vivir de esa forma no era vivir.

Se dio cuenta de que, por fin, estaba amaneciendo. El alba se anunciaba sobre las cumbres, recortando sus siluetas escarpadas en el claroscuro de la madrugada, que tantas veces los había protegido de sus perseguidores. Un nuevo día comenzaba y la idea de una vida distinta, si ello aún fuese posible, cobró forma en su cabeza repentinamente. Recordó la frase que solía decir su madre cuando, siendo él niño, pedía perdón por alguna travesura: "No pases cuidado, que el mañana siempre es limpio, sin mancha". El guerrillero se incorporó, sin salir de su escondite. Sus compañeros descansaban todavía, pero ya pronto alguno lo relevaría en su puesto de vigilancia. No era tarde, ¡vamos! Todavía tenía una posibilidad de vivir si se decidía con rapidez. Entonces, y sin saber por qué, le vino a la memoria una canción de Imperio Argentina, aquella cantante que estaba tan de moda y que a su madre le gustaba tanto. No era supersticioso ni creía en el destino, pero fue en ese preciso momento cuando tomó cuerpo su resolución. Era ahora o nunca. Con la certeza de que si lo sorprendían sería irremisiblemente ajusticiado, se puso en pie resuelto y dejó con cuidado el fusil y la munición en el suelo. Luego metió en su morral algo de comida, se lo colgó en bandolera, miró a su alrededor en muda despedida –sin remordimiento ni pesadumbre– y, sin más, se descolgó con la destreza que da la práctica por un profundo barranco que conocía a la perfección. Desapareció rápida y sigilosamente, envuelto en las últimas sombras de la noche. No miró atrás; la canción resonaba cada vez con más fuerza dentro de su cabeza.

*"…Ya se ocultó la luna, luna lunera / ya ha abierto su ventana la piconera, madre,*
*y el piconero / sube a la sierra cantando con el lucero, con el lucero…"*

**EPÍLOGO**

*El puerto marítimo de Málaga en los años cuarenta del siglo pasado*



*Uno de los barcos transatlánticos que llevaba inmigrantes a América*

Moviéndose sólo durante las horas nocturnas y valiéndose de su experiencia en la sierra, el muchacho consiguió llegar a Málaga –no se planteó en ningún momento volver a la casa de sus padres, porque sabía que allí sería el primer lugar donde lo buscarían–, desde donde se embarcó como polizón en un navío mercante que, tras varias escalas y unas cuantas semanas de navegación, lo dejó en la ciudad porteña de Buenos Aires. Encontró empleo, primero en el campo y después en la construcción. Era listo y no le asustaba el trabajo duro; prosperó pues, y también aprendió a leer y a escribir. En cuanto tuvo ocasión se puso en contacto con sus padres, que ya lo daban por muerto en la sierra al no tener noticias suyas. Tardó un tiempo en

ahorrar el dinero suficiente para pagar unos pasajes de barco para ellos, y finalmente se reunieron todos en la ciudad argentina de Santa Fe, a los tres años de la huida del muchacho de Sierra Almijara. Cuatro años después de esa misma huida el movimiento guerrillero antifranquista fue vencido y, exceptuando a los pocos que habían conseguido escapar del cerco de sus perseguidores, todos sus integrantes terminaron fusilados o encarcelados.

Aunque muy lejos de su tierra –y es que en esta vida no se puede tener todo–, nuestro protagonista consiguió cumplir gran parte de sus sueños. Se casó con una joven de origen italiano con la que tuvo a sus cuatro hijos, cuidó de sus padres hasta que éstos fallecieron y, cuando se jubiló, era el orgulloso propietario de una boyante empresa que contaba con varios empleados en plantilla. Nunca regresó a España, aunque el nombre de su pueblo y el recuerdo de aquella noche de vigilia que cambió su destino formaban parte de casi todas sus conversaciones; así fue hasta el final de sus días. Sus descendientes residen en Argentina.

*Con su esposa, a finales de los años cincuenta (archivo de la familia G. Z.)*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 27 de febrero de 2021*

# La historia del padre Javier, II

*"Hay santos anónimos", afirma el padre Werner Córdoba, sacerdote guatemalteco, "cuyos milagros se nos muestran a diario, con cada palabra y cada acción. Para los que fuimos testigos de su obra, el padre Javier es uno de esos santos". Esta es la extraordinaria aventura de un muchacho que abandonó una vida llena de privilegios para ofrecer todo lo que tenía, todo lo que era, a los pobres de entre los pobres, en el corazón del país de Guatemala*.

**UNA PERSONALIDAD IRREPETIBLE**

No sé si, de seguir hoy con vida, recordaría el padre Javier aquellas charlas nuestras, allá por los meses de abril y mayo del año 2015, durante las cuales respondía tan paciente y amablemente a mis preguntas acerca de su infancia y juventud en la casa de su madrina, la acaudalada marquesa de Montanaro, doña María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá y Lillo. Esas conversaciones, que fueron decisivas para recuperar la historia de la "marquesa de Cázulas" (como se la conocía en Granada) y de algunos de sus cortijos en la sierra de la Almijara, también me ayudaron, poco después, a reconstruir la suya propia, la historia del sacerdote misionero diocesano Francisco Javier Alaminos Pérez. Toda esa labor de investigación quedó reflejada en varios reportajes que se publicaron entre octubre de 2018 y febrero de 2019. Por desgracia, para esas fechas el buen sacerdote ya no se encontraba entre nosotros y no pudo disfrutar el fruto de nuestros agradables, largos, interesantísimos y provechosos coloquios. Coloquios, por cierto, durante los cuales el padre Javier Alaminos reveló algunos aspectos de su vida personal que –fuimos conscientes de esto cuando él ya había fallecido- conocían muy pocas personas.

*Entrevista con el padre Javier Alaminos, abril de 2015*

Recuerdo especialmente de una fecha y un lugar: el 21 de abril de un ya distante 2015, en la sacristía de la iglesia parroquial de San José, en el granadino barrio del Albaicín, donde tuvo lugar nuestra única e inolvidable entrevista presencial –las siguientes fueron por vía telefónica porque el sacerdote ya se encontraba muy enfermo–. "Es un hombre muy serio; a veces, incluso, da la impresión de que marca las distancias", me previno alguien, antes de ir a visitarlo. Pero conforme nuestra charla avanzaba y el padre Javier evocaba su vida en casa de

la marquesa, la expresión de su cara se relajaba, y sonreía, y bromeaba, y revivía, y añoraba y, sobre todo, se recreaba con sus recuerdos. En plena conversación su teléfono móvil sonó: hacía unos días que había cumplido ochenta y ocho años y alguien, evidentemente cercano, lo llamaba para felicitarlo. El padre Javier –que previamente se había encargado de que nadie nos molestase durante nuestra charla– respondió sin dudar a esa llamada, tan presuroso y contento que el hecho en sí me llamó la atención. Cuando colgó, aún sonriente, se excusó con cortesía y comentó: "Era una llamada de Guatemala. Estuve viviendo en ese país muchos años y conservo muy buenos amigos allí, con los que hablo casi todos los días". Supe en ese momento que acababa de presenciar algo con lo que no contaba a priori y que, por muchos detalles que aquel anciano me pudiese dar, su relato –el extraordinario relato de su vida– no estaría completo hasta que yo misma pudiese viajar a Guatemala y comprobar en qué consistió su labor en aquel país centroamericano. Qué, o quién, empujó a marcharse a la selva a un hombre que podía haberlo tenido todo –que, de hecho, ya lo tenía– en su lugar de origen, y a invertir literalmente su vida y su hacienda, todo lo que poseía y hasta lo que era como ser humano, en un lugar tan remoto y diferente a lo que él conocía, a medio mundo de distancia de su tierra natal.

*A punto de aterrizar en Guatemala capital*

Sopesando pros y contras –pocos pros y muchos contras–, desoyendo a quienes me aconsejaron no ir sola a un país con fama de peligroso y, convencida de que cualquier riesgo, de haberlo, merecería la pena, viajé a Guatemala en enero de 2020, poco antes de que la pandemia de coronavirus se cerniera sobre todos nosotros como un lúgubre cielo de nubes negras. En ese país centroamericano supe de aromas, colores, sabores, texturas, paisajes, rostros, lenguajes… imposible reducir a simples párrafos tal tropel de sensaciones. Aroma intenso a fruta y a flores exóticas, a especias y comida típica, sabrosa y sazonada; colores brillantes, de cientos, diría, de tonalidades distintas, algunas de las cuales creo yo que no había visto antes; paisajes tan frondosos que no dejan ver ni un palmo de tierra desnuda –no se pueden apreciar todos los matices del color verde hasta que no se adentra uno en la selva–; volcanes majestuosos y humeantes –despiertos, al fin y al cabo– y lagos profundos, de un sorprendente color azul zafiro, cuyas aguas reflejan el cielo interminable, constelado de estrellas y muy distinto al que vemos nosotros; mujeres guapas, de ojos rasgados y oscuros y expresión serena, de marcadas facciones, piel cobriza y pelo negrísimo, vestidas con sus trajes típicos, elaborados con alegres telas tejidas en el telar de cintura allá en la intimidad de sus

hogares; palabras muy antiguas, pronunciadas en todas las lenguas mayas –quiché, pocomán, kaqchiquel, queqchí…–, sonidos exóticos para oídos ajenos, tan vigentes hoy como hace dos mil quinientos años, pronunciados por el pueblo indígena con una veneración por su cultura de la que deberían aprender las naciones más "civilizadas"… No creo que se desdibujen de mi mente la belleza extraordinaria de esos territorios, la ancestral y rica cultura de sus pobladores ni las suaves modulaciones acarameladas, casi musicales, del acento guatemalteco.

Pero, del mismo modo, tampoco podría olvidar algunos pueblos, por humildes y destartalados: sus barriecitos de infraviviendas construidas casi a salto de mata, desprovistas de toda comodidad y hasta de una estructura lógica; sus calles increíblemente estrechas en las que apenas se puede pasar de lado y sus rincones oscuros, que a un foráneo podrían inspirar poca o ninguna confianza. No podría olvidarme de algunos de sus habitantes, pobres de solemnidad, sin un atisbo de ánimo en la mirada; hombres y mujeres, algunos muy ancianos, que deambulaban por la calle con los brazos caídos, sin oficio ni beneficio, como esperando sin esperanza a que ocurriese algo que les obligase a salir de su ensimismamiento. Ni de algunas de las mujeres que vendían fruta y verdura en los puestos de la calle, con sus camisas o huipiles alegre y primorosamente bordados en hilos de mil colores, en contraste con sus cabezas bajas, resignadas a una vida de esfuerzo y aceptación de sus modestas circunstancias. Y mucho menos podría olvidarme de los niños, de caritas redondas y tostadas, vestidos asimismo a la usanza tradicional, que perseguían insistentes a todo el que se cruzaba en su camino –especialmente si era forastero– para intentar venderle una pulsera, un bolsito o un llavero de artesanía, o un pañuelo confeccionado por su madre en el telar.

*Carretera hacia la selva guatemalteca*

*Cocina en un restaurante de carretera*

*Mujeres ante sus puestos de frutas y verduras en un mercado local*

*Niños vendedores de artesanía guatemalteca*

Imposible olvidar la generosa hospitalidad de la familia Dellachiessa Cabrera quienes, durante mi estancia en su país, me trataron como si fuese uno de ellos. Y qué decir de todos aquellos que aceptaron entrevistarse conmigo sin conocerme de nada, acogiéndome en sus casas, abriendo su corazón a mis preguntas y convidándome luego a sus mesas sin ambages, porque ellos ofrecen lo que tienen llana y sinceramente, mientras evocaban –la mayoría de ellos entre lágrimas– cómo conocieron al padre Javier Alaminos, aquel cura español tan especial, y cómo se beneficiaron de su ministerio. Ellos y tantos otros, en algunos casos rescatados de la selva, de las calles, de la miseria, de la delincuencia, de las drogas, del alcohol o casi de la misma muerte. Salvados, a menudo in extremis, en un ejercicio de puro amor al prójimo llevado a cabo por un hombre bueno, que antepuso su vocación de dar y darse a sí mismo a todo lo demás. Fue durante ese viaje cuando comprendí por fin, y en toda su dimensión, no sólo el amor incondicional del sacerdote por aquellas tierras y sus gentes; también constaté la devoción, el cariño y la gratitud que él recibió a raudales en pago a su propia entrega, y que aún hoy, casi seis años después de su muerte, continúa manifestando hacia su figura la numerosa comunidad cristiana que el padre Javier consolidó en Guatemala.

El padre Javier Alaminos, poco amigo de hablar de sí mismo, fue extremadamente discreto con su vida personal; tanto, que muy pocos –con la lógica excepción de su familia– conocieron de verdad las circunstancias de su crianza y educación hasta que fue ordenado sacerdote.

Circunstancias que, sin duda, fueron determinantes en la forja de un carácter realmente fuera de lo común. Es por ello que este relato, la aventura a la que el buen sacerdote dedicó casi una vida entera allá en su hermosa y añorada Guatemala, comienza donde –valga la redundancia– todo comenzó: justo en el día de su nacimiento.

**DE LA SIERRA DE LA ALMIJARA A LA SELVA DE GUATEMALA**

El trece de abril de 1927 nacía en una casita del poblado de Cázulas, en el término municipal de Otívar (Granada, España) el quinto hijo de Miguel Alaminos Rodríguez y María Concepción (Concha) Pérez Aneas, un matrimonio de trabajadores que se ganaba el pan de cada día en la casa y las tierras de una poderosa aristócrata y terrateniente de la época, doña María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá y Lillo, marquesa de Montanaro. El recién nacido podría haber sido uno más de los muchos niños que cada año abrían los ojos por primera vez dentro de las extensas propiedades de la señora marquesa, cuyos empleados se alojaban en las viviendas construidas dentro del recinto del palacio marquesal, destinadas al servicio más cercano y de mayor confianza de la señora. El pequeño, en efecto, podría haber sido uno más; pero el destino –si es que fue el destino– había marcado la frente de ese niño con una estrella especial.

*Casa natal del padre Javier Alaminos, en el poblado de Cázulas*

Doña María del Mar, tercera marquesa de Montanaro, poseedora de un histórico título nobiliario y heredera de numerosas propiedades entre las que se encontraban latifundios como el Caserío de Cázulas, con sus 5500 hectáreas de extensión, tenía ya un hijo adolescente llamado Francisco Javier, al que todos conocían como Paquito. La gran señora, tan abundosa en propiedades y bienes materiales, era a la vez una enamorada de las familias numerosas, y sobrellevaba resignada –como buenamente podía, en realidad– la desdicha de no haber podido ella misma tener más descendencia, debido a un problema sobrevenido durante el parto de su primer y único hijo. Su gozo desde entonces había consistido en mimar a su niño, pero al mismo tiempo y mientras su hijo crecía sano, la señora encontraba consuelo y diversión apoyando de distintas maneras a los hijos de sus trabajadores: contribuía económicamente en su educación y vestido, celebraba sus bautizos, primeras comuniones y fiestas de cumpleaños en los jardines del palacete de Cázulas, organizaba meriendas sorpresa para todos... También solía prestar atención a los niños del vecino pueblo de Otívar,

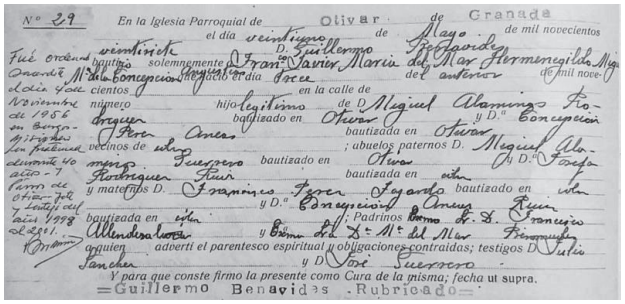
colaborando con la parroquia y la escuela, y organizando divertidas excursiones a Río Verde para que los pequeños –todos de origen humildísimo– pudieran olvidarse por unas horas de su modesta vida cotidiana.

Decíamos que quiso el destino –si es que fue el destino– que ese año de 1927 la señora marquesa se sintiese más generosa que de costumbre, pues había anunciado a su casa y a su hacienda que deseaba amadrinar, con toda la responsabilidad que conlleva esa decisión, al primer niño que naciese dentro del caserío de Cázulas esa misma primavera. Y, una vez más, quiso el destino –si es que fue el destino– que el afortunado recién nacido fuese precisamente el quinto hijo de sus fieles trabajadores Miguel y Concha. Ellos contaban ya con una familia numerosa a la que, tenían que reconocerlo, cada vez les costaba más trabajo sacar adelante con el exiguo sueldo de guarda de monte de Miguel, así que el matrimonio aceptó de buen grado la magnánima oferta de la señora marquesa. Le entregaron pues al pequeño prácticamente envuelto en su primera toquilla –a la semana de su nacimiento–, con la certeza de que el niño viviría muy cerca de ellos y de sus hermanos, y además de que tendría a su alcance todas las ventajas de una existencia verdaderamente privilegiada, algo reservado a muy pocos y más en aquella época. A ellos, por lo demás, les vendría bien tener una boca menos que alimentar. Todos, estaba claro, salían ganando con ese arreglo.

*La marquesa de Montanaro con su segundo marido, don Francisco Javier de Allende Salazar y Azpiroz, conde de Tovar, una hija de éste y una sobrinita de la marquesa*

Los marqueses organizaron una elegante celebración para dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia. Después de su bautismo en la capilla del caserío de Cázulas, en el que se impusieron al pequeño los nombres de Francisco Javier (por su padrino, el marido de la marquesa), María del Mar (por su madrina), Hermenegildo (por el santo del día en que nació), Miguel (por su padre), María de la Concepción (por su madre) y María Angustias (por la patrona de Granada), los marqueses y padrinos del bebé dispusieron un excelente y abundantísimo almuerzo en los jardines del palacete, al que estaban invitados amigos y familiares de los propios marqueses y todos los trabajadores de Cázulas con sus familias. A ello siguió una fiesta durante la cual se cantó y bailó hasta bien entrada la noche. Al final de la misma los marqueses, dichosos como si el pequeño Francisco Javier fuese su propio hijo,

mandaron lanzar desde los balcones del palacete monedas de plata para festejar a sus invitados y, por qué no, como señal de buen augurio para el futuro del recién nacido.



Nº 29 En la Iglesia Parroquial de Olivar de Granada el día veintiuno de Mayo de mil novecientos veintiocho D. Guillermo Benavides Fernández-Gayarre bautizó solemnemente a Francisco Javier María del Mar Hermenegildo Miguel María de la Concepción y María Angustias nacido el día doce del anterior de mil novecientos cientos en la calle de número hijo legítimo de D. Miguel Alarcón Fernández y D.ª Concepción Fernández bautizada en Olivar bautizado en Olivar bautizada en ; abuelos paternos D. y D.ª bautizado en Olivar bautizada en y maternos D. y D.ª bautizado en ; Padrinos y Doña Mª de la Concepción Fernández Fernández y D. José Fernández. Y para que conste firmo la presente como Cura de la misma; fecha ut supra. =Guillermo Benavides .Rubricado=

*Partida de bautismo original del padre Javier*

*Palacete de Cázulas, hogar de los marqueses de Montanaro y del pequeño Javier*

El transcurso de los años demostraría que los marqueses de Montanaro cumplieron sobradamente con su compromiso, y aún más. El pequeño Francisco Javier María del Mar Hermenegildo Miguel María de la Concepción y María Angustias –al que en adelante todos llamarían simplemente Javier– creció feliz, magníficamente atendido por sus padrinos. Asistía diariamente a la escuela de Cázulas junto a los hijos de los trabajadores de la marquesa, entre los que se encontraban también sus propios hermanos y, de vez en cuando, pequeños familiares de la señora –sobrinitos venidos de Madrid, principalmente– que acudían a Cázulas a pasar largas temporadas. Javier podía ver a sus padres cada día, incluso se quedaba a comer con ellos y sus hermanos de vez en cuando, ya que la casita donde vivían apenas distaba cien metros del palacete de la marquesa, residencia habitual de Javier. Cuando terminaban sus clases jugaban todos juntos, los hijos de los trabajadores y los pequeños parientes de la marquesa, formando todos juntos una revoltosa y variopinta pandilla de amiguitos –unos descalzos; otros, como el propio Javier, con calcetines de puntilla y zapatos de charol– que recorría alocada los jardines del palacete para terminar bañándose en la piscina. El niño, pues, poco más podía pedir a la vida.

Aquella vida dichosa y apacible cambió decisivamente con el comienzo de la Guerra Civil en España. La familia de la marquesa se vio obligada a huir de Cázulas y pasar ese tiempo a

resguardo en su casa de Madrid, pero las desgracias para aquella familia no habían hecho más que empezar. En 1938 el marido de doña María del Mar falleció inesperadamente de un ataque al corazón, y a finales de ese mismo año su hijo Paquito, un afable y prometedor muchacho al que todos querían, fue herido de muerte en el frente de Teruel. Sola casi por completo en el plazo de unos meses, la marquesa a punto estuvo de enloquecer de dolor. Se aferró entonces a su ahijado Javier –que contaba once años de edad– como a una tabla salvavidas para no naufragar. Esos momentos tan delicados marcarían para siempre la relación entre ambos, que desde entonces se volvió mucho más estrecha.

La contienda terminó y la familia marquesal regresó a Cázulas. Javier crecía y maduraba a ojos vistas, convirtiéndose en un muchachito alto y espigado, bien parecido, inteligente y despierto, poseedor de un carácter reflexivo y con un excelente sentido del humor. El chico, que además era plenamente consciente de su realidad personal, fue desarrollando un discernimiento y un sentido de la justicia muy poco frecuentes en personas de su edad. Y es que poco a poco se estaba gestando un cambio radical en la mentalidad del niño Javier; una especie de metamorfosis cuyo resultado definiría el resto de su vida.

*Capilla privada del palacete de Cázulas*

El destino –si es que fue el destino– había propiciado que, ya desde pequeño, Javier se empapase del ambiente profundamente religioso que regía la casa de la señora marquesa. Los rosarios diarios, las misas de sábados y domingos, las tertulias y lecturas piadosas, el ejemplo de su madrina, que era una ferviente católica… La capilla privada de Cázulas constituía para el chico un poderoso imán, una suerte de reducto secreto en el que refugiarse a meditar y donde, no sabía él por qué, le gustaba pasar en soledad horas y horas. La perspicaz marquesa, siempre pendiente de Javier, se percató de ello y se preocupó con la idea de que su querido ahijado fuese sacerdote: ella deseaba que estudiase la carrera de ingeniería, como su padrino. Pero como dice el refrán, "casamiento y mortaja del cielo bajan", y la fe de Javier sólo fue en aumento. Cuando el muchacho expuso a su madrina su deseo irrevocable de ser sacerdote, ésta no pudo más que aceptar su voluntad y enviarlo –porque era lo que estaba en su mano– a uno de los mejores seminarios de España de aquel entonces, ubicado en la ciudad de Burgos. Tras estudiar las carreras universitarias de Teología y Psicología, Javier –que en adelante sería ya el padre Javier Alaminos Pérez– se ordenó sacerdote en Burgos, el 4 de noviembre de 1956. Entonces regresó a su hogar, a Cázulas, para cumplir el primero de sus sueños: oficiar su

primera misa como sacerdote en la capilla donde fue bautizado y donde sintió la llamada de su vocación religiosa.

*Interior de la capilla de Cázulas*

Hecha finalmente a la idea de que su ahijado sería sacerdote y no ingeniero, doña María del Mar se ilusionó con la idea de que Javier, al menos, sería el sacerdote de Cázulas, daría la misa de los fines de semana y se encargaría de los bautizos, primeras comuniones, bodas y funerales de la casa marquesal. Pero ay, que una vez más, el pícaro destino –si es que fue el destino– ya tenía otros planes para su ahijado. Porque el padre Javier, tal vez debido a su crianza a caballo entre el ambiente refinado y opulento del palacete y la humildad indiscutible de su propio nacimiento; educado entre dos extremos opuestos, el de arriba y el de abajo, conocía de primera mano la necesidad de los más desfavorecidos. La llamada que sintió Javier fue la del Dios que convidó a su fiesta a los pobres, los enfermos, los lisiados y los excluidos, en lugar de a los privilegiados. El padre Javier ya había decidido su futuro. Quería ser misionero y marcharse allí donde su ministerio fuese más necesario. Nada dijo a su madrina hasta que tuvo comprado el billete de avión: sabía bien que la marquesa, tiernamente unida a él, no aceptaría de buen grado la idea de verlo irse de la casa. Cuando el padre Javier reunió el valor necesario para despedirse de ella le habló con dulzura, explicándole con paciencia y sólidos razonamientos su decisión, que era firme. La marquesa, como no podía ser de otra manera, lo dejó seguir su camino.

*El padre Javier al poco tiempo de ordenarse sacerdote*

El joven sacerdote se marchó de Cázulas, de Granada y de España a los pocos meses de ser ordenado. Se convirtió en diocesano misionero y fue enviado a la isla de Cuba, donde pasó unas semanas adaptándose a su nuevo ambiente. De Cuba viajó luego en barco hasta Guatemala –posiblemente a petición propia–, adonde llegó en el año 1957. Una vez en ese país centroamericano, el Obispado de Guatemala destinó a aquel cura español que parecía tan bien dispuesto, tan decidido a probarse a sí mismo, a uno de los rincones más desheredados: el Departamento del Petén, un apartado lugar fronterizo con México, en medio de una selva tropical de más de dos millones de hectáreas de extensión. Se trataba de un cura joven, al que le sobraban fuerza, motivación y ganas, que era justamente lo que necesitaba la población de aquella remota región del país, pensaron sus superiores. Para acceder a un lugar tan aislado el padre Javier tuvo que viajar durante días por solitarias carreteras y caminos repletos de barro, donde el precario vehículo que lo transportaba se quedaba atascado cada dos por tres, hasta arribar finalmente a la aldea de La Libertad, situada en el corazón de la selva guatemalteca. El sacerdote acababa de cumplir los treinta  años.

*Camino en el Departamento del Petén*

La Libertad era entonces un municipio constituido por un número indeterminado de pedanías, aldeas y caseríos dispersos, situados en el interior de una jungla que contaba con abundantes ríos, lagos y una vegetación tan densa que se decía que si eras capaz de penetrar solo en su interior, ya no lo serías de salir. La región entera era rica en restos arqueológicos –ruinas mayas–, la mayoría de los cuales se encontraban todavía medio engullidos por el espeso follaje tropical. Aquella región estaba habitada por unas veinte mil personas, la inmensa mayoría de ellas indígenas, que vivían en rudimentarias construcciones de paredes de adobe y madera, con los tejados confeccionados a base de hojas de palma, más parecidas a cabañas o chozas que a una casa propiamente dicha. En su interior se hacinaban familias enteras, de abuelos a nietos, que se arreglaban con lo básico, y cuyas tradiciones se encontraban muy influenciadas por la cultura de sus ancestros, los mayas. Subsistían gracias a la agricultura, la caza y la pesca, ambas muy abundantes en esa región. También, aunque en mucho menor número, se encontraba población ladina (descendientes de europeos y emigrantes) llegada de otras partes de Guatemala, que se alojaba en las colonias para los trabajadores –empleados por empresas extranjeras– de la extracción de maderas preciosas como la caoba, y de la savia del árbol chicozapote, de donde provenía la goma de mascar natural, muy demandada en países como Estados Unidos. Cuando el joven sacerdote español topó con ese panorama no se desalentó

sino que, muy al contrario, pensó que por fin se encontraba donde él quería, allí donde debía estar: en un lugar, según su punto de vista, verdaderamente dejado de la mano de Dios.

*Viviendas en La Libertad*

El padre Javier se puso manos a la obra desde el primer momento. Con el corazón achicado ante tanta miseria pero sin aspavientos ni reparos de ninguna clase, como si aquél hubiese sido su ambiente de toda la vida, se olvidó de su selecta educación europea y centró su atención en la población indígena, la más necesitada de todo tipo de ayuda, tanto económica como espiritual. Porque, tal y como él había imaginado, selva adentro el padre Javier sólo encontró pobres. Y pobres de los de verdad. Grupos de perros escuálidos, con los dientes al sol, guardaban las cabañas ante las cuales personas de todas las edades lo miraban con curiosidad y desconfianza, desprovistas casi de lo imprescindible, tan desaliñadas de cuerpo y vestimenta que movían a compasión. Niños y mayores descalzos, con los pies hundidos en el barro, cuya principal preocupación era poder alimentarse cada día. Ancianos recelosos, algunos tan enfermos que a duras penas podían levantarse de la hamaca en la que yacían. Muchos de ellos aún participaban en ceremonias ancestrales y hablaban entre sí sus lenguas mayas, palabras milenarias e ininteligibles para aquel ingenuo cura, que antes de llegar a la selva guatemalteca pensaba que iría sobrado para ejercer su ministerio con dominar el español, el latín y el francés.

El voluntarioso sacerdote se alojaba en una cabaña muy semejante a las de sus vecinos, hecha de adobe y madera y techada con hojas de palma. Y, del mismo modo que ellos, comía frugal y humildemente, pues las comunicaciones a través de la selva eran escasas, y escasos eran

también los suministros que le llegaban, por lo que el misionero salía adelante con lo poco que tenía y los alimentos que le regalaban sus feligreses: tortillas de maíz, fríjoles, frutas locales, huevos y –en ocasiones especiales– algo de carne de pollo. El padre Javier se tuvo que habituar también a rutinas impensables para él en otro tiempo, como registrar su cabaña de arriba a abajo antes de irse a dormir para ahuyentar a las tarántulas, escorpiones, hormigas venenosas y serpientes más venenosas aún que le entraban por las rendijas, y a revisar cuidadosamente sus ropas y calzado todas las mañanas, cosa por cosa, antes de proceder a vestirse. El calor y la humedad tropicales le resultaban a menudo opresivos; inquietantes los ruidos, roces, siseos y pisadas de sabía Dios qué invisibles alimañas nocturnas, y las miríadas de zancudos –mosquitos de la selva– que picaban sañudamente cada centímetro de piel descubierta, ya fuese de día o de noche, no mejoraban precisamente la situación.

Pero, aparte de esas circunstancias, con el tiempo aquella comunidad olvidada de todos acogió en su seno al sacerdote misionero Javier Alaminos Pérez, hasta el punto de integrarlo en su sociedad plenamente, como uno más, sintiendo todos por él una admiración, un afecto y un respeto sinceros, que crecían exponencialmente día a día. Le ofrecían lo que poseían con el corazón en la mano: agua y alimentos, pero también compañía y ayuda cuando las necesitaba y, sobre todo, guía fiable por aquel intrincado y peligroso laberinto vegetal que les rodeaba. Porque querían ya a aquel joven cura que se había aplicado tan bien a su tarea de acercar a los habitantes de la selva la fe católica y, sobre todo, el mensaje de Jesús, tal y como él lo entendía. Aquél era un pueblo sencillo, que sabía agradecer todo el bien que se le hacía. Por su parte, el padre Javier no solo catequizó a su comunidad a través de la Eucaristía sino que además fue para todos ellos maestro –enseñaba conceptos nuevos para esas gentes sin instrucción–; psicólogo –escuchaba y aconsejaba con acierto a todo el que se lo pedía–; consejero espiritual y matrimonial –corregía en lo posible ciertos comportamientos machistas, heredados de tiempos ancestrales–; asesor –ofrecía continuas charlas y relatos edificantes, ilustrados con ejemplos que ellos comprendiesen– y enfermero –suministraba, siempre que le era posible, medicamentos básicos a los enfermos de su comunidad–.

Solía cartearse –cuando había correo– con sus padres y con su madrina, la marquesa de Montanaro quien, ya anciana, desde su precioso palacete de Cázulas al otro lado del mundo, no podía siquiera imaginar las condiciones de austeridad, casi de pobreza, en las que su ahijado tenía que vivir. ¿Qué habría pensado la señora de haberlo sabido? Pero, ¿y el padre Javier? ¿Echó de menos en algún momento el lecho mullido de su espacioso y confortable dormitorio en el palacete, a cuyas ventanas sólo trepaban el perfume del jazmín y la buganvilla y el canto suave del colorín? ¿Añoró alguna vez las opíparas comidas servidas por el camarero de la casa, elegantemente ataviado con uniforme y guantes blancos, y portando la vajilla de porcelana inglesa y la cubertería de plata? ¿Comparó el sacerdote, cada amanecer, el parloteo de los monos y el reclamo del esquivo quetzal, que le llegaban desde las profundidades de la selva, con el sempiterno quiquiriquí de los gallos de Cázulas y Otívar, allá en su querida sierra de la Almijara? Nunca lo sabremos; lo que sí es seguro es que jamás salió una sola queja de los labios de aquel hombre entregado por entero a su labor misionera. “El mundo es una bola, y aunque usted salga para un rumbo y yo para el otro, hemos de toparnos algún día. Si yo lo hago bien con usted, entonces se acordará bien de mí”, rezaba un refrán local. El padre Javier creía firmemente que, se fuese cristiano o no, llegamos a esta vida para hacer el bien a nuestros semejantes. Y él, desde luego, estaba dispuesto a cumplirlo a rajatabla.

La provechosa misión del padre Javier en el Departamento del Petén duró cuatro años. En 1961 el Obispado de Guatemala, a través de nuevo de Monseñor Manresa y Formosa, decidió que el misionero español, tras su intensa experiencia en la selva, se encontraba ya en condiciones de cambiar de destino y dedicar en adelante su esfuerzo a otras comunidades, ciertamente menos aisladas, pero del mismo modo necesitadas de su oficio. La obediencia es la principal virtud sacerdotal, porque así lo demostró el mismo Jesús al obedecer a su Padre. Así que el padre Javier aceptó con humildad su nuevo puesto en Guatemala capital, donde se le derivó a la iglesia de San Miguel de Capuchinas, una hermosa construcción de estilo barroco colonial en un populoso barrio de la ciudad, que tenía adosada una pequeña pero cómoda vivienda para el párroco. En esa iglesia ejerció el padre Javier magistralmente su encomienda como sacerdote, catequista, educador y consejero. Durante esos años de estancia en la capital –a lo largo de los cuales, como no podía ser de otra manera, dejaría una huella imborrable– el padre Javier maduró y perfeccionó su ideario, siempre encaminado a fomentar la fe y el crecimiento espiritual de su comunidad y, en otro orden de cosas, a promover el acercamiento social, la comprensión mutua y el hermanamiento entre el pueblo indígena y el ladino.

*La madrina del padre Javier, doña María del Mar Bermúdez de Castro Seriñá y Lillo*

En diciembre de 1971 viajó a su tierra natal, justo a tiempo de recoger el último suspiro y cerrar los ojos de su madrina, la marquesa de Montanaro, que había fallecido en Granada a la edad de ochenta y dos años. Fue entonces cuando el destino –si es que fue el destino– volvió a entrar en su vida. Su madrina le había dejado una sustanciosa herencia en forma de dinero en efectivo, ciertas propiedades inmobiliarias, acciones en una empresa hidroeléctrica y, algo no menos importante, amistades adineradas e influyentes, que podrían serle de gran ayuda en cualquier momento. De la noche a la mañana, aquel sacerdote que hasta entonces apenas

había tenido nada suyo salvo sus ropajes de cura y un misal, se había convertido en el feliz propietario de un importante patrimonio. Sólo unos meses después, en el año 1972, monseñor Manresa y Formosa propuso al sacerdote para el que sería, por fin, su lugar definitivo en Guatemala: la ciudad de Quetzaltenango. ¿Sería cosa del destino, otra vez? El padre Javier, a la sazón un hombre de cuarenta y cinco años que contaba con un interesante respaldo económico, decidió que había llegado el momento de hacer realidad todos sus planes, sus proyectos, sus ideales; sus sueños, al fin y a la postre, de misionero entregado. La etapa más importante de su vida, él lo sabía, estaba a punto de comenzar.

*Iglesia de San Miguel de Capuchinas, parroquia del padre Javier en Guatemala capital*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías de Lucía Cabrera, Carlos Luengo y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 11 de septiembre de 2021*

# La historia del padre Javier, III

*"Cuando Dios presta, le da a uno hasta la chamarra", afirma un refrán guatemalteco. Pocas personas hubo con tanto carisma y tan consecuentes con sus creencias como el joven misionero que llegó a Guatemala portando una maleta con su casulla, un misal y muchos sueños, y que se fue de allí dejando todo, hasta su alma. Sobre todo, su alma.*

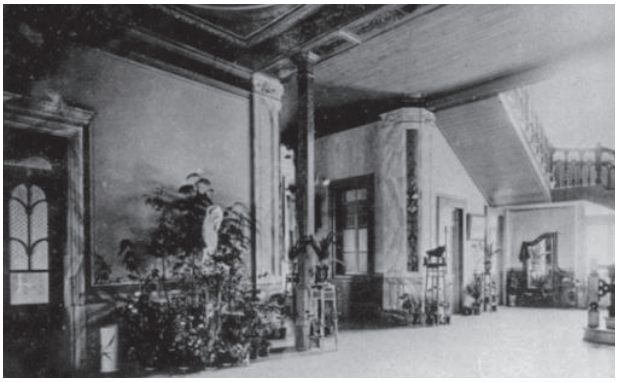
*Vista parcial de la ciudad de Quetzaltenango*

**MUCHO MÁS QUE UN HOMBRE DE DIOS**

En la primera parte de este reportaje habíamos dejado a nuestro sacerdote, el padre Javier Alaminos Pérez, recibiendo dos noticias que serían de crucial importancia en su vida a partir de ese momento: por una parte, el fallecimiento de su madrina, la acomodada marquesa de Montanaro, que le había dejado una herencia nada despreciable y, por otra, el anuncio por parte del Obispado de Guatemala, a propuesta de Monseñor Manresa y Formosa, de que su nuevo y definitivo destino en ese país centroamericano sería la bulliciosa ciudad de Quetzaltenango. Corría el año 1972.

Quetzaltenango, también conocida popularmente como Xela, era –y es– no sólo la segunda ciudad más importante del país, sino también una de las más antiguas y con más historia. Su población estaba constituida en un 65 por ciento por población indígena y un 35 por ciento por ladinos, con lo que los idiomas que se hablaban comúnmente eran el español y las lenguas mayas Quiché y Mam. El padre Javier llegaba, pues, a Xela tras la enriquecedora experiencia de haber pasado por la selva del Petén y la capital del país, más una estancia de seis meses en la localidad de San Felipe Retalhuleu. Siempre obedeciendo órdenes del Obispado, el primer lugar donde recaló fue en el Seminario del Espíritu Santo, ubicado en una antigua mansión, muy amplia y hermosa, antigua propiedad de un acaudalado alemán llamado Hugo Fleishmann, que vivió en esa ciudad, donde cultivaba café en extensos cafetales. A su muerte la propiedad se vendió al Obispado de Quetzaltenango, que utilizaba ese edificio como alojamiento eventual de sacerdotes y seminaristas. El padre Javier permaneció allí durante tres meses a lo largo de los cuales debió evocar, inevitablemente, las lujosas habitaciones que ocupó en su infancia y adolescencia en el palacete de su madrina, pues ambos edificios eran, en cierto modo, similares: espaciosos salones bellamente amueblados, amplias escaleras con

pasamanos de caoba, hermosos ventanales cubiertos por cortinajes de terciopelo y cuidados jardines rodeando todo el edificio.



*Interiores del Seminario del Espíritu Santo en tiempos de sus propietarios (fotografías de Tertulianos, Restaurante y Museo, Guatemala)*

Al cabo de pocas semanas le fue revelado su destino definitivo. El padre Javier debía trasladarse a la Zona 3 de la ciudad, 22 av. 9-61, en las afueras de Xela, donde ésta empezaba a expandirse y donde se le encomendó dirigir una pequeña comunidad cristiana que, por no tener, ni siquiera tenía una iglesia propia. Por lo tanto, y tras varios años de parroquias urbanas, el sacerdote regresaba, en cierto modo, a su antigua labor misionera, al encomendársele levantar una comunidad que carecía de todo en el momento en el que él llegó. Su destino era por aquel entonces un barrio muy humilde, casi marginal, que contaba con muy pocos servicios aparte de las viviendas. Al padre Javier se le había asignado la tarea de hacerse cargo del Movimiento Familiar Cristiano (MFC) en esa ciudad, ya sobradamente comprobadas sus dotes de predicador, en el mejor y más amplio sentido de la palabra. Sabía convencer a las personas, motivarlas y, claro está, ayudarlas. “Un nuevo padre, venido de España, va a hacerse cargo del Movimiento Familiar Cristiano”, se corría la voz de casa en casa. El MFC era una corriente de carácter religioso y voluntario que se estaba extendiendo rápidamente por muchos países de mayoría católica –incluida España, donde comenzaría a

tener sedes a partir de los años sesenta–. Su actividad, supervisada por un párroco y llevada a cabo por seglares, estaba encaminada a promover los valores cristianos en el seno de la familia, lo que incluía reeducar a matrimonios y familias completas en el amor, el respeto mutuo, el diálogo, la justicia y la solidaridad dentro de la comunidad a través de las familias.

El padre Javier se veía de nuevo en el papel en el que más cómodo estaba: el de misionero en tierra de misión. Satisfecho y animado porque servir a los más necesitados era su motivación primera, y con una idea muy clara de lo que quería hacer, volvió a arremangarse la sotana para empezar a trabajar todo lo duro que fuese menester. Porque aquella comunidad, aunque urbana y lejos de la selva, adolecía igualmente de lo más básico, empezando por las necesidades de su mismo párroco: no contaba con una casa parroquial. Al padre Javier se le asignó un terreno cuadrado cercado por un muro de adobe, en el que aparte de hierbajos y algunos árboles frutales no había nada salvo una desvencijada casita también hecha de adobe y suelo de tierra apisonada, que daba la impresión de mantenerse en pie por puro milagro. En su interior contaba con un pasillo central y un cuarto a cada lado: un comedor con una mesa y dos sillas, y un dormitorio con una cama pequeña y otra silla.

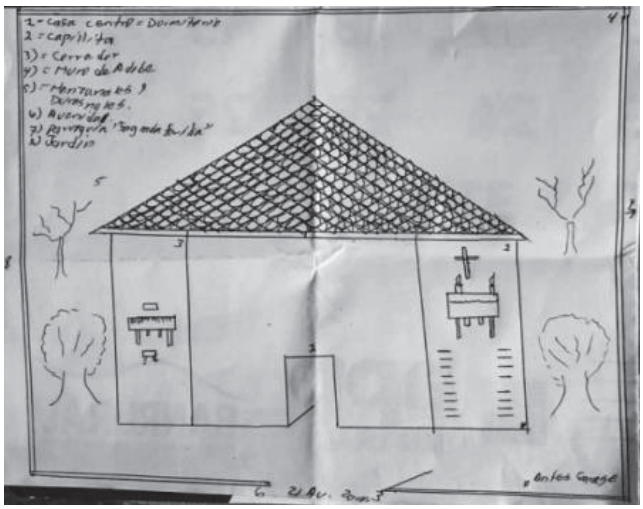
*La casita, casi ruinosa, donde se alojaba el padre Javier*

Hecho a todo y curado de espantos, el sacerdote se aplicó a su tarea. Lo primero que hizo fue darse a conocer a su nueva comunidad mediante sus primeras charlas para el Movimiento Familiar Cristiano. Entonces el MFC tenía pocos miembros, circunstancia que espoleó al padre Javier a aumentar y mejorar en lo que pudiese tan pequeña congregación. Pronto corrió el recado de que el curita español, entusiasta y emprendedor él, tenía una forma de conducirse y de hablar muy, pero que muy diferentes a las de los demás sacerdotes. Todos sentían curiosidad así que, unos más tímidos y otros menos, poquito a poco los habitantes de aquella parte de la ciudad se fueron acercando al terreno donde se levantaba la casita en la que se había alojado el padre Javier. En vista de que no había parroquia donde reunir a sus nuevos feligreses, el sacerdote se inventó –cómo no– una solución: él mismo prepararía una suerte de salón parroquial y capilla al aire libre donde poder reunirse con sus fieles y dar la Misa cada domingo. Así su gente no se vería obligada a acudir a otros templos.

Resolvió por lo tanto que su terreno funcionaría muy bien, mientras hiciese buen tiempo: estaba cubierto de hierba donde podrían sentarse todos cómodamente, y además crecían

varios manzanos y melocotoneros –o, como los llaman en Guatemala, manzanales y duraznales– que les darían sombra los días de más calor. Improvisando un altarcito con la mesa, una vistosa tela típica guatemalteca, dos velas, un crucifijo y el volumen de los Santos Evangelios que le había regalado su madrina con motivo de su ordenación sacerdotal –y que le había acompañado a todas partes–, ya tenía el cura lo principal. Luego era menester buscar el acomodo de sus feligreses. Dispuso ordenadamente unas cuantas sillas, todas las que pudo reunir, y hasta unos ladrillos para que se sentasen los que no tenían silla, y empezó a llamar a misa a todos los que iba conociendo del MFC. A sus primeras misas asistían muy pocos: no llegaban a ser más allá de veinte o veinticinco personas. Pero el panorama, desde luego, cambiaría rápidamente.

Orador consumado y experto en crecerse ante situaciones adversas, las misas y, sobre todo, las homilías del padre Javier resultaban amenas, ejemplificantes y participativas, y atrapaban enseguida el alma de todos. En ellas ilustraba, enseñaba, comentaba, explicaba, desarrollaba y esclarecía las lecturas del Evangelio con ejemplos cotidianos y fácilmente comprensibles, que acercaban la Palabra hasta las mentes más sencillas, aburridas tal vez por las celebraciones encorsetadas según la usanza tradicional del rito católico. El padre Javier volvía fácil lo complicado, próximo lo distante, obvio lo incomprensible y hasta daba la impresión de que posible lo imposible. Como no podía ser de otro modo, la noticia de aquel "padrecito" corrió como la pólvora, y cada domingo se acercaban a su capilla al aire libre más y más personas, incluidos agnósticos y pertenecientes a otras confesiones religiosas, que acudían por el mero placer de verlo y escucharlo.



*Esquema del interior de la casita de adobe del padre Javier. Dibujo de Miguel Ángel (Mitchel) Jiménez*

Los meses pasaban; no tardó en llegar la estación húmeda, durante la cual las lluvias son diarias, copiosas y se prolongan a lo largo de varios meses. Entonces el padre Javier, que ya contaba con el apoyo fehaciente de feligreses y acólitos, trasladó al interior de su casita la celebración de la Santa Misa y las reuniones del MFC, que hasta su llegada no tenía sede oficial. Para ello –y empleando su propio dinero, así no tenía que dar cuentas a nadie– despejó el interior, ampliándolo y construyendo un altarcito de obra, y equipándolo con unos bancos

de madera muy sencillos que encargó a unos fieles que entendían de carpintería, sobre los que el sacerdote colocaba los flamantes ejemplares del Nuevo Testamento que también había comprado, para que su comunidad pudiese hojearlos cómodamente. Comunidad, por cierto, que crecía en número a ojos vista. Cada Eucaristía y cada reunión se convertían en agradables catequesis durante las cuales el entregado sacerdote daba lo mejor de sí mismo. Comenzó entonces a formar a algunos miembros destacados como catequistas –ministros extraordinarios, los llamaba– y acólitos (ayudantes); del mismo modo organizó los primeros grupos de trabajo dentro de la comunidad, y a involucrar seriamente a todos en su labor pastoral.

*El padre Javier Alaminos al poco de llegar a Guatemala*

Como amante incondicional de la conversación constructiva y ferviente convencido del "hablando se entiende la gente", el padre Javier propiciaba encuentros entre las familias para la puesta en común de problemas y soluciones, organizando luego, con la inestimable ayuda de las mujeres de su comunidad, alegres almuerzos en los que, entre charla y charla, se compartían entre los asistentes deliciosas tortillas, chuchitos, enchiladas, tamalitos… Esas reuniones favorecían la comunicación entre padres e hijos y entre cónyuges, reafirmaban lazos existentes y creaban otros nuevos, y los participantes sentían que alguien se preocupaba espiritualmente por ellos. Gradualmente el sacerdote español se fue ganando a todos; al igual que había ocurrido en la selva del Petén y en Guatemala capital, terminaron aceptándolo y arropándolo como si fuesen una sola persona. El padre Javier recibía una paga como sacerdote –bastante exigua, por cierto– y contaba además con un importante patrimonio personal, pero había decidido que ese dinero no sería para él: puesto que Quetzaltenango sería su destino definitivo, era hora ya de comenzar el plan con el que había soñado, casi desde el momento en el que decidió ser sacerdote. Dedicaría todo su esfuerzo, personal y económico, al ejercicio de su labor como misionero diocesano.

Quizá por esa razón, el padre Javier vivía muy humildemente. Con frecuencia se encontraba con que apenas tenía que comer, o con que sus camisas estaban más raídas de la cuenta. Y es que todo lo que caía en sus manos estaba ya predestinado a cosas más importantes; no iba a ser él quien gastase un quetzal en fruslerías ni caprichos superfluos: se apañaba a la perfección con cualquier cosa. Por fortuna, le habían regalado unas gallinitas que le ponían huevos cada día, y los árboles del terreno le daban manzanas y melocotones dulces como la melaza. Con eso ya podía pasarse… "No os comáis las frutas de los árboles", decía a sus fieles, medio en serio y medio en broma, cuando se reunían en su campito al aire libre, "porque me sirven a mí de almuerzo cuando ando escaso de comida". Pero era la pura verdad. Algunos se daban cuenta de ello y, con una delicadeza extrema para no hacerlo sentir apuro, cada vez que acudían a misa o a una reunión le llevaban, así como quien no quiere la cosa, comida suficiente para que el sacerdote aguantase en condiciones hasta la siguiente reunión.

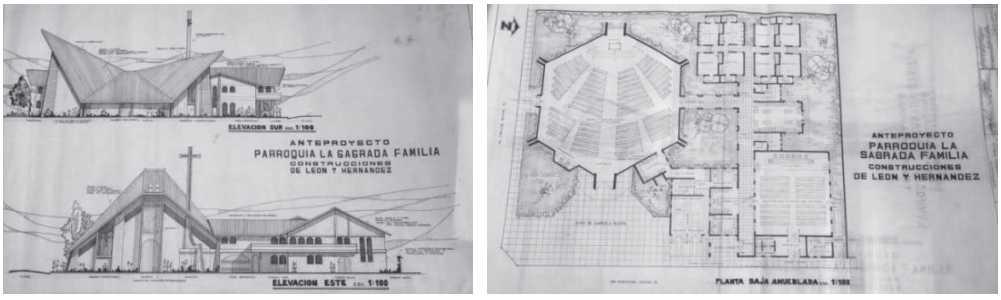
Una de las primeras personas que se dio cuenta de que el sacerdote pasaba necesidad fue su vecina Ethel Argueta, cuya casa se levantaba contigua al solar donde vivía el sacerdote. Un día en que se acercó a preguntar algo al padre observó que éste se estaba cociendo un huevo en una ollita. Cuando le preguntó si no tenía nada más para comer, el sacerdote respondió que no; entonces doña Ethel decidió que en adelante ella se encargaría de llevar todos los días almuerzo y cena decentes al modesto párroco. Intentó averiguar qué platillos le gustaban más, pero el padre Javier, agradeciendo el gesto con aquella sonrisa suya, le aseguraba que no tenía preferencias porque con hambre todo sabe bien. Desde entonces, las ofrendas de comida como muestra de gratitud se sucedían en la casita del padre Javier, por parte de muchos otros fieles. Incluso tenía sus donantes anónimos: todos los días alguien le dejaba el pan del día dentro de una bolsa, en la puerta; el padre Javier nunca supo quién era.

*El padre Javier y doña Ethel fueron amigos toda la vida. Su "mamá de Guatemala", la llamaba el sacerdote*

En vista de que la congregación aumentaba espectacularmente en número y ya no cabían de ninguna manera dentro del terrenito, el padre Javier consideró llegado el momento de ponerse manos a la obra, en sentido literal. Comenzó pues a moverse para construir una iglesia de verdad para aquellas buenas gentes que tanto le daban, y a las que se debía en cuerpo y alma. En los tres años que llevaba destinado en Xela había hecho muchos y fieles amigos de toda clase social, desde los más pobres hasta las familias más pudientes y prósperas

de la ciudad. Gracias al apoyo económico de algunos, como la familia Richter Brol –y también gracias a sus propios recursos–, el sacerdote fue comprando, poco a poco, los terrenos colindantes al solar donde vivía, hasta adquirir toda esa manzana. Entonces se puso de acuerdo con el ingeniero Constantino Villagrán y el arquitecto Otto Hernández, ambos miembros del MFC y buenos amigos, quienes se aplicaron gustosos a trabajar en el proyecto y los planos de la futura parroquia. El padre Javier, hormiguita incansable, iba juntando dineros de aquí y de allá y llamando a todas las puertas sin que se le cayesen los anillos por ello, ya que pedía para un buen fin. De vez en cuando viajaba a su tierra natal para regresar con un buen pellizco de sus propios ahorros. Cuando se le preguntaba de dónde salían las cantidades de dinero en efectivo con las que volvía de España, el cura respondía con un evasivo "mis amigos bienhechores de España nos están ayudando también", y sonreía para sí.

Entusiasmado como un niño, el sacerdote esbozó en unos dibujos cómo le gustaría su iglesia. Todo tenía que ser perfecto, y a lo grande. Preciosos arcos de ladrillo visto en los muros, artesonados de madera en los techos –muy del gusto andaluz–, brillantes suelos de losas artesanales, muchos ventanales para que entrase luz al interior del templo, un diseño innovador y dinámico, a la vez que sobrio… ideas todas que el arquitecto y el ingeniero plasmaron al papel fielmente. En abril de 1975 se presentó un primer anteproyecto: una iglesia de planta octogonal y tejado a varias aguas que gustó mucho al padre Javier. Pero la sorpresa llegó para todos cuando fueron a hacer las cuentas éstas no salían: ese tipo de construcción resultaba demasiado costosa. Hubo, por lo tanto, que remodelar y simplificar los planos para que la idea se pudiese llevar a cabo. Unos meses más tarde se presentó el proyecto definitivo.



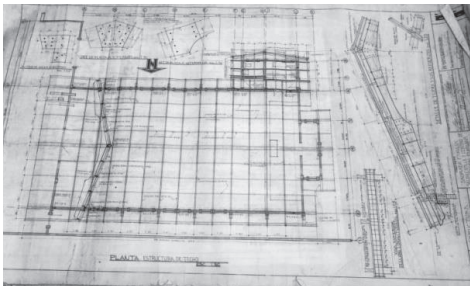

*Planos originales del primer anteproyecto, que se tuvo que desechar, para la Parroquia de la Sagrada Familia*

En el mes de septiembre de 1975 comenzaron las obras de edificación de la Parroquia de la Sagrada Familia. Todos los días se pasaba el sacerdote largos ratos observando la evolución del trabajo, colaborando él mismo en lo que podía y, cómo no, supervisando qué se hacía y cómo se hacía, pues era un hombre en extremo cuidadoso y perfeccionista –característica heredada de su madrina, la señora marquesa– y sabía muy bien cómo quería que se hiciesen las cosas. Cuando algo le gustaba lo alababa sinceramente y felicitaba a los trabajadores, pero cuando no… ay, cuando no. Entonces también lo decía sin tapujos a los obreros, regañando a diestro y siniestro, y se empeñaba en que lo que estaba mal se rehiciera una y otra vez, hasta que quedase exactamente a su gusto. Genio y figura… No en vano, el sacerdote se había educado de manera muy estricta en casa de su madrina, una mujer enérgica, de gran carácter y muy

acostumbrada a mandar. Pero, del mismo modo, el padre Javier sabía ponerse humildemente a disposición de los demás, más que nadie, cuando se le necesitaba.

*Comienzo de las obras de la Parroquia de la Sagrada Familia. Al fondo de la imagen, la casita en la que vivía el padre Javier*

Fueron pasando los meses; las obras avanzaban con rapidez porque mucha era gente trabajando con ahínco en ellas. Cuando se terminaba el dinero, el padre Javier viajaba a España a por más –sin dar cuentas a nadie de ello– y sin dejar, por supuesto, de seguir solicitando la colaboración económica de todos, con lo que buenamente pudiesen aportar. Llegaron a organizarse rifas, bingos y tómbolas para recoger fondos, y también animaba a las mujeres a que vendiesen enchiladas y chuchitos para ayudar en la recaudación. Pero el sacerdote no solo volvía de España con dinero: también aparecía con imágenes de vírgenes y santos, además de cuadros, espejos, lámparas, candelabros y otros objetos valiosos que sirviesen para amueblar el templo. Solían ser regalos y donaciones de sus amistades, generalmente miembros de la aristocracia andaluza, viejos amigos de su madrina que lo conocían desde niño, lo querían y tenían gusto en apoyar su iniciativa. La ilusión y entusiasmo del sacerdote eran tan contagiosos que muy pocos no contribuían a levantar esa casa de Dios, que también sería casa de todos. “¡Súbanse al tren, no se queden atrás!” era una de las frases favoritas del padre Javier. Y desde luego, quienes lo escuchaban, se subían a su tren.



*Plano definitivo de la Parroquia de la Sagrada Familia*

La Parroquia de la Sagrada Familia se inauguró un luminoso –en todos los sentidos– 13 de junio de 1976, menos de un año después de que empezase su construcción; tal fue la eficacia de los trabajadores. Antes de que se colocase la última piedra, el padre mandó hacer un cofrecito de cemento con tapa estanca; dentro colocó un periódico del día en el que se terminaron las obras y un papel en el que escribió los nombres de las personas que más se habían implicado en el levantamiento de esa iglesia. El cofrecito se enterró bajo el altar. "Quién sabe si alguien, dentro de muchos años, descubre este recuerdo: así sabrá quiénes levantaron esta iglesia", decía el sacerdote, ilusionado como un colegial. La Parroquia de la Sagrada Familia, su sueño, era por fin una hermosa realidad. Un sueño que había costado nada menos que treinta y un mil dólares de la época. Pero qué importaba eso ya. Por fin su comunidad disponía de un lugar santo de encuentro; un edifico moderno y amplio, con una estructura atractiva y una bella fachada de cristal que simbolizaba el concepto del párroco de iglesia abierta: un muro transparente que permitiese ver el interior del templo, e invitase a todos a entrar y participar. Se celebró una misa de inauguración presidida por un padre Javier orgulloso y feliz como nunca, muy arreglado con su casulla de ordenación, que reservaba para las ocasiones especiales; una misa que fue toda una ofrenda de gratitud por la feliz consecución de su primer propósito. Primero porque, el padre Javier lo tenía muy claro, no sería el último.

*Iglesia Parroquial de la Sagrada Familia, Quetzaltenango*

*Interior de la parroquia y altar principal*

Ya con su parroquia terminada y en uso, el padre Javier se sintió con más fuerzas si cabe para continuar trabajando en lo que él llamaba "su misión". Las misas, catequesis, retiros, charlas y reuniones del MFC, aunque lo tenían muy ocupado, aún le dejaban tiempo para pensar –ya que económicamente podía permitírselo– en seguir construyendo, avanzando y mejorando. Su idea era ambiciosa: se necesitaba un edificio anexo a la iglesia donde constituir un Salón Parroquial para las reuniones con los catequistas y feligreses; un apartado donde alojar al sacerdote –él y los que viniesen después que él–, y otro edificio más para las actividades del Centro de Orientación Familiar (COFA), parte del MFC, que seguía sin tener un lugar propio donde reunirse. Para llevar a cabo un proyecto de semejante envergadura volvió a recurrir a sus incontables amigos –ricos, pobres y todo el que se le pusiera por delante– en Guatemala y en España. El padre Javier pedía y pedía, siempre con la sonrisa en los labios, seguro de que su causa, por y para los demás, bien merecía el esfuerzo. Y, por descontado, cada cierto tiempo regresaba a Granada, donde pasaba unas semanas con su extensa familia –hermanos, cuñados, sobrinos y sobrino nietos– y luego se volvía con dinero de sus propias cuentas bancarias. También aprovechaba su estancia en España para recoger todo tipo de enseres, desde máquinas de coser a utensilios de cocina, piezas de tela, herramientas e incluso medicamentos y material sanitario, y enviarlos a Guatemala por barco: cualquier cosa en buen estado podría ser útil a sus gentes en Guatemala.

*Estampa conmemorativa de la inauguración de la Parroquia de la Sagrada Familia*

Decidido a todo y mirando siempre hacia adelante, el sacerdote fue adquiriendo más terrenos junto a la parroquia, en los que poco a poco edificó todo lo que tenía en mente. Siempre supervisando minuciosamente las obras, siempre animando sin descanso a todos a trabajar en ellas, siempre arrimando él mismo el hombro como un obrero más –a veces enérgico y alegre, a veces cascarrabias–, su propósito se iba materializando ante los ojos de todos. Cuando se colocó el último ladrillo del edificio para el Movimiento Familiar Cristiano, el sacerdote dio por terminadas las obras en esa parte de la ciudad. Y, en el jardín central, también hizo enterrar un cofrecito de cemento con el periódico del día y el consabido papel con los nombres de los artífices de tan ardua empresa, por fin concluida.

*Exteriores e interior del edificio del Centro de Orientación Familiar (COFA)*

**UN LEGADO ESPIRITUAL DE VALOR INCALCULABLE**

"Comer y rascar, todo es empezar", asegura un refrán español. Algo así debía pasar con el padre Javier, porque no bien finalizaron las obras de la Parroquia de la Sagrada Familia, anexos parroquiales y edificio del COFA, el incansable sacerdote ya tenía puesta la vista más allá. En efecto: conocía bien la ciudad de Xela y sabía que era extensa, con muchas zonas o barrios que merecían, a su entender, contar con una parroquia o, en su defecto, con una capilla u oratorio que, a modo de "sucursal" de la Sagrada Familia, cumpliese su función como punto de encuentro para los creyentes de otras partes de la ciudad. El padre Javier ya no sabía salir a pasear sin ir mirando y remirando, escrutando, sopesando y midiendo cada terreno vacío que se topaba en el camino. En todos los solares podía imaginar, casi ver, una bonita capilla con su jardín, rodeada de familias felices. Y, claro está, empezó a mover sus hilos y a establecer contacto con los propietarios de los terrenos que más le gustaban. Hablaba con ellos hasta convencerlos para que se los vendiesen; regateaba con la destreza de un consumado comerciante con tal de conseguirlos baratos y poder levantar un oratorio mejor; algún alma caritativa incluso llegó a cederle los terrenos sin cobrar nada. Una vez conseguido esto, el sacerdote buscaba el dinero hasta debajo de las piedras, como solía hacer.

Y mientras tanto, en la Sagrada Familia, el entusiasta párroco llenaba cada vez más la iglesia con sus misas de los domingos; era tal el incremento de fieles que el edificio no daba ya de sí: la gente tenía que asistir desde la misma calle, en pie, bajo el sol o bajo los paraguas, llegando incluso a bloquear la acera; aquellas Eucaristías del ya famoso padre Javier Alaminos que duraban dos horas –de once a una–, por las que los chicuelos le llamaban con ingenio "el padre eterno". Sus homilías, lejos de aburrir, distraían, consolaban, educaban, aconsejaban, apoyaban y alegraban a todos. Hubo pues que plantearse reformar el edificio eclesial para que pudiese acoger a todos los fieles. Así, diez años después de su inauguración primera, en septiembre de 1986 se abrían las puertas de la nueva Parroquia de la Sagrada Familia, ampliada y mejorada y donde, ahora sí, cabían todos.

Al mismo tiempo –porque una cosa no quitaba la otra– y con una ingente inversión de medios económicos y humanos, esfuerzo e ilusión por parte de las distintas comunidades –una en cada barrio– que ayudaban sin desfallecer al padre Javier, se iban construyendo, uno a uno, los distintos oratorios, versiones chiquitas de la Parroquia de la Sagrada Familia, construidos casi a su imagen y semejanza, como si de hermanos pequeños se tratase. Primero se levantó el

Oratorio de Santa Rita, inaugurado en 1980, al que siguieron el Oratorio de la Inmaculada Concepción (la Cuchilla) en 1982, el Oratorio de San Francisco Javier en 1984, el Oratorio de San José en 1985, el Oratorio de San Miguel en 1990, y por último el Oratorio de la Medalla Milagrosa, en 1992. El padre Javier también asumió la ampliación y reforma de la Parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza, un templo que ya existía pero se encontraba en mal estado.

*Oratorio de Santa Rita (fotografía del día de su inauguración)*

*Oratorio de la Inmaculada Concepción (La Cuchilla)*

*Oratorio de San Francisco Javier*

*Oratorio de San José*

*Oratorio de San Miguel*

*Oratorio de la Medalla Milagrosa*

*Parroquia de Nuestra Señora de la Esperanza*

El capacitado sacerdote se las maravillaba para atender él solo a todas sus parroquias porque era consciente de que el alma, la inspiración y el aliento de esas congregaciones eran él mismo. Así que no le importó sobrecargarse de trabajo, y cada día de la semana acudía a uno de los oratorios para hacerse cargo de todo lo que hubiese que hacer –misas, coros de feligreses, celebraciones, cursos de formación que pagaba de su bolsillo, catequesis, retiros espirituales, reuniones para matrimonios y familias–, reservando los domingos para atender la Parroquia de la Sagrada Familia, cuyas misas se retransmitían ya por la radio y televisión locales de Quetzaltenango (Xelacable). Cada Navidad removía Roma con Santiago para montar preciosos belenes y organizar colectas de dinero –al fin y al cabo, pedir era la especialidad de aquel cura pedigüeño– para que cada niño, de cada comunidad, tuviese en sus manos un juguete el día de Navidad. Las colas de chiquillos ilusionados ante cada oratorio todos los 24 de diciembre eran célebres: hileras de niños pobres, muchos desnutridos o minusválidos, pero felices por un día con su regalito navideño. Con el paso de los años aquellas comunidades crecieron y maduraron; llegaron nuevas generaciones: los padres se convirtieron en abuelos y los hijos en padres. Generaciones nuevas que aprendían, gracias a la voluntad inquebrantable del padre Javier, el mensaje que comenzó Jesús hace dos mil años.

En los casi cuarenta años, desde 1957 a 1996 –veinticuatro de ellos en Quetzaltenango–, que el padre Javier pasó en Guatemala, no todo fueron alegrías y satisfacciones. Entre los años 1980 y 1995 la dictadura militar acosó hasta la extenuación a la población indígena, situación que indignaba, y mucho, al padre Javier. Desde su púlpito denunciaba sin cortapisas los abusos, circunstancia por la cual el sacerdote fue perseguido y hasta amenazado de muerte, acusado de incitar a la rebelión: era considerado un peligroso izquierdista por defender a los más humildes y desvalidos de la sociedad guatemalteca. "Cuando el río truena, piedras lleva" afirmaban sus perseguidores, intentando justificar su asedio a aquel cura metomentodo. Aunque no tenía miedo, más de una y más de dos veces tuvo el padre Javier que esconderse en el maletero de un coche para que no acabasen con su vida. Y él no quería morir; todavía le quedaba mucho por hacer.

Muchos, por no decir todos, eran los feligreses que estaban convencidos de que el padre Javier se quedaría con ellos para siempre, y que sería enterrado en su querida parroquia de Xela. Pero el destino –si es que fue el destino– había previsto un giro inesperado en la vida de Javier Alaminos. El sacerdote fue reclamado por las autoridades eclesiásticas españolas, que consideraban que su misión en Guatemala ya se debía dar por concluida, después de tantos años. Por su enorme aptitud y experiencia se le requirió para ponerse al frente de la Procura Central de Misiones en Madrid, donde nuestro sacerdote trabajó dos años hasta que, sintiéndose anciano y enfermo, solicitó el traslado definitivo a su pueblo natal, Otívar, adonde llegó en el año 1998.

Aunque establecido definitivamente en España, el padre Javier aún regresó a Guatemala en cuatro ocasiones. Cuando corría la noticia de que iría de visita, sus iglesias y comunidades guatemaltecas –atendidas por otros sacerdotes– se vestían de fiesta para recibirlo, escuchar sus misas y celebrar reuniones, bautizos y bodas aprovechando su presencia. La última vez que el anciano sacerdote viajó a Guatemala fue en junio del año 2011, con ocasión del trigésimo quinto aniversario de la Parroquia de la Sagrada Familia. El padre Javier sabía que estaba gravemente enfermo y que ya no podría volver más, y por ese motivo no quiso despedirse de nadie: era consciente de que su marcha definitiva dolería a todos. Sus últimos años los dedicó en cuerpo y alma, porque no sabía hacerlo de otra manera, a la Parroquia de San José, en el barrio del Albaicín de Granada, donde continuó con su línea de entrega absoluta a los más

débiles. Falleció con 89 años, el 7 de mayo de 2016, exhausto de trabajar, satisfecho por la labor realizada, pobre porque entregó todo lo que tenía y, sobre todo, feliz y en paz, porque se fue sabiendo tenía reservado un lugar en el corazón de muchas personas. Sus restos descansan desde entonces junto a los de sus padres en el cementerio de Otívar, abrazado amorosamente por las cumbres siempre verdes de Sierra Almijara, la montaña que lo vio nacer.

*Con el padre Julio Mendi (actual párroco de la Sagrada Familia) en la celebración del 35º aniversario de esa parroquia. Fue la última vez que visitó Guatemala*

**EPÍLOGO**

Cómo resumir en palabras toda una vida de renuncia a sí mismo a favor de los otros; condensar en meras frases cuarenta años de esfuerzo en las misiones de Guatemala. Cómo compendiar tantas obras, físicas y espirituales, que realizó el padre Javier –en este reportaje no están todas–; describir la aflicción de sus ocho comunidades religiosas cuando el sacerdote se marchó: hombres, mujeres y niños, huérfanos del hombre que había sido mucho más que un sacerdote para todos ellos: padre, abuelo, tío, consejero, tutor, psicólogo, orientador, médico del cuerpo y del alma, despertador de conciencias, rescatador de matrimonios y familias en crisis, liberador de quienes tenían problemas con el alcohol y las drogas, tutor de jóvenes que no tenían nada y hoy son hombres y mujeres de provecho. Cuántos varones de Xela llevan hoy el nombre de Francisco Javier, porque para muchos guatemaltecos aquel cura llegado de España se había convertido en un miembro más de la familia.

Ese amor fue recíproco: desde España el padre Javier seguía en contacto diario con sus amigos y feligreses de Guatemala. Por todos preguntaba y a todos enviaba su bendición. Y es que, si el sacerdote se había quedado a vivir para siempre en el corazón de su congregación guatemalteca, ellos a su vez vivían también en el del viejo sacerdote, que los añoraba cada vez más. En su día a día, cualquier momento era bueno para hablar de Guatemala y su gente. Tanto fue así que, incluso en su correspondencia con su amigo el cardenal de Cracovia, Stanislaw Dziwisz –que fue secretario personal del papa Juan Pablo II–, el padre Javier recordaba los años invertidos en las misiones de Guatemala como los mejores de su vida.

***Ilustrísimo Sr. Cardenal Stanislaw Dziwisz, Cracovia.***

***Querido Sr Cardenal,***

***He recibido su carta del 10 de octubre pasado, hace pocos días. No sé por qué tardan tanto, estando relativamente cerca, y más ahora, con los medios de comunicación tan rápidos. Pero, lo importante, ha llegado a mis manos, y como siempre me ha llenado el corazón de alegría.***

***Ciertamente la Providencia, ese Dios Padre bueno, manifestado en Jesús, nos hacen regalos inesperados… ¡Qué maravilla! Y qué profundidad de misterio. Y qué cercanía se siente en el corazón y el alma. Comprendo, así, que San Juan de la Cruz nos dejara todo eso plasmado en sus versos:***

***"Mil gracias derramando***

***pasó por estos sotos con presura***

***y, yéndolos mirando***

***con sola su figura***

***prendados los dejó de su hermosura"***

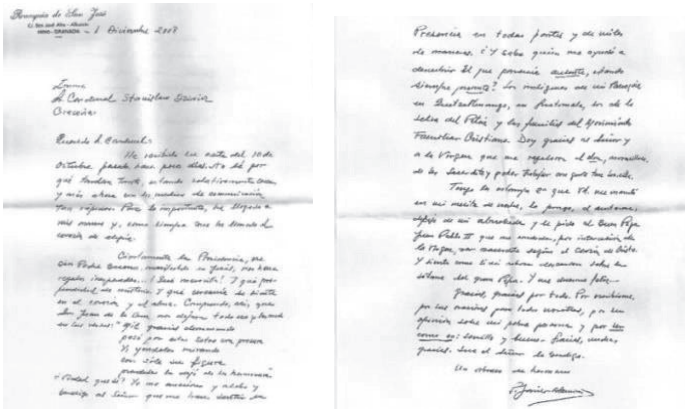
***¿Verdad que sí? Yo me emociono y bendigo al Señor que me hace sentir su Presencia en todas partes y de miles de maneras. ¿Y sabe quién me ayudó a descubrir El que parecía ausente, estando siempre presente? Los indígenas de mi Parroquia en Quetzaltenango, en Guatemala, los de la selva del Petén y las familias del Movimiento Familiar Cristiano. Doy gracias al Señor y a la Virgen que me regalaron el don maravilloso de ser sacerdote y poder trabajar con gente tan sencilla.***

***Tengo la estampa que usted me mandó en mi mesita de noche, la pongo, al acostarme, debajo de mi almohada, y le pido al Buen Papa Juan Pablo II que me conceda, por intercesión de la Virgen, ser sacerdote según el corazón de Cristo. Y siento como si mi cabeza descansara sobre la sotana del Gran Papa. Y me duermo feliz…***

***Gracias, gracias por todo. Por escribirme, por sus oraciones para todos nosotros, por su opinión sobre mi pobre persona, y por ser como es: sencillo y bueno. Gracias, muchas gracias. Que el Señor le bendiga. Un abrazo de hermano,***

***Padre Javier Alaminos***

(Transcripción de una carta del padre Javier al cardenal de Cracovia, fechada el 1 de diciembre de 2008)



“Cuando Dios presta, le da a uno hasta la chamarra”, asegura un refrán guatemalteco. También a través del padre Javier, el niño que nació y creció como acomodado aristócrata y que eligió morir pobre por entregar a los demás todo lo que tenía, hasta a sí mismo. Y de forma anónima, sin confesar a nadie que había invertido en las misiones su patrimonio personal – “que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda…”–. Pocas personas hubo con tanto carisma y tan consecuentes con sus creencias como el joven misionero que llegó a Guatemala portando una maleta con una casulla, un misal y muchos sueños, y que se fue de allí dejando tanto, dejando todo, hasta su alma. Sobre todo, su alma.

**POST SCRIPTUM**

El legado del sacerdote misionero Francisco Javier Alaminos Pérez continúa vivo; persiste, inspira y se fortalece día a día en sus iglesias, a través de los miembros del COFA y de todos los que le conocieron y le amaron. Los descendientes de sus feligreses continúan acudiendo a misa cada domingo, y todavía se acercan a comulgar con la mano sobre el corazón y la mirada serena, elevada hacia el altar, conmovidos ellos y conmovido todo el que los ve: puedo dar fe de ello. Allá donde se encuentre, seguro que al padre Javier le gustará saberlo…

*Misa del domingo 19 de enero de 2020 en la Parroquia de la Sagrada Familia*

*Agradecimientos:*

*Familia Dellachiessa Cabrera, Antonieta y padre Werner Córdova, Miguel Ángel Jiménez, Otto Hernández, Constantino Villagrán, Familia Gramajo, Familia de Ethel Argueta, Familia De León, Centro de Orientación Familiar (COFA), Comunidades de la Parroquia de la Sagrada Familia y de Nuestra Señora de la Esperanza, y de los Oratorios de Santa Rita, Inmaculada Concepción, San Francisco Javier, San José, San Miguel y Medalla Milagrosa.*

*Y a todos los guatemaltecos que, generosa y amablemente, me ayudaron a llevar a buen término este reportaje.*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 2 de octubre de 2021*

# Aurelio, el arriero

*Existió un histórico sendero empedrado que unía la Comarca de Alhama de Granada con la Axarquía malagueña, conocido como el Camino de Ezequiel. Tomó su nombre por el afanoso peón caminero que dedicó su vida a mantenerlo en buen estado. Esta es la historia de Aurelio, un arriero de casta que recorrió ese camino ancestral durante muchos años.*

Conocimos a Aurelio Martín Crespillo el 5 de julio de 2020. Nuestro hombre era muy mayor y, dadas las especiales circunstancias del momento –sumidos todos en el agujero negro de la pandemia–, resultaba imperativo entrevistarlo por si más adelante no fuera posible. Y menos mal que así se hizo. Quedamos una buena mañana a la vera de su casa y su lagar, en el pintoresco pueblo blanco de Salares –en la cara suroeste de Sierra Tejeda–, junto con un pequeño grupo de amigos y familiares suyos que querían acompañarlo. Nos acomodamos en una agradable placetilla empedrada, a cierta distancia del anciano arriero, y dejamos que su mente y su corazón, ligados a una infinitud de recuerdos, retrocedieran muchos años atrás. A sus noventa y dos años Aurelio era un narrador nato que disfrutaba desgranando detalles de su vida –fue arriero pero también porquero, pastor, aceitunero, espartero, leñador, segador, pasero, viñatero y labrador–, y se expresaba de forma tan amena que seducía a quien lo escuchaba. Era innegable que estábamos ante un hombre enérgico, risueño y optimista de nación, con un particular sentido del humor, que a casi todo le encontraba la gracia. Escuchamos absortos su relato, durante el cual no dejó de sonreír, mientras recuperaba para nosotros algunos de sus recuerdos más preciados.

*Aurelio Martín Crespillo*

Aurelio comenzó su historia por el final: afirmaba que, aun siendo viejo, le encantaba labrar el campo y que sólo el hecho de echarse la escardilla al hombro, ir dando un paseo hasta sus hazas y cavar un rato aquí y otro allá le alegraba el día. Y que no era esta su única afición; disfrutaba también cuidando de sus animalillos –unos conejos, un cerdo, unas gallinas y hasta hacía poco una mula, por hacer honor a sus tiempos en la arriería– y paseando por las calles de su pueblo, cada vez más solitarias, ay, y por los campos circundantes. Que hasta los ochenta años estuvo bregando con todo ello, pero llegó un momento en el que si la mente le decía

“arre”, el cuerpo le decía “so”, y tuvo que parar. Que, como otros salareños, tenía su propio lagar, en el que producía un vino de cierto renombre que vendía a quien estaba interesado, pero que lo que más le gustaba era compartirlo con su familia y amigos, y también convidar a todo el que pasaba por delante de su puerta y tenía ganas de echar un rato de conversación. Como viñatero local de tronío le gustaba apurar su vasillo de vino de un trago, chasquear la lengua con gesto complacido y declamar luego –a modo brindis oficioso y burlón– con voz recia, campanuda y, tal vez, algo melancólica: “¡Quién se jartara…!”

Aurelio Martín Crespillo nació en Vélez Málaga –era el tercero de cuatro hermanos– en el año 1929, pero su familia se mudó al pueblo del padre, Salares, cuando el pequeño tenía once meses. Por entonces Salares era un pueblo campesino, dinámico y laborioso donde la vida rebullía en cada esquina –contaba con unos 1500 habitantes de los que la mayoría eran niños y jóvenes; hoy se ha convertido en la población más despoblada, valga el triste juego de palabras, de la provincia de Málaga–. Como casi todos niños de su época y más aún en el medio rural, Aurelio no fue a la escuela ni lo justo ni lo necesario, ya que a los pocos meses de empezar las clases su madre habló con el maestro para excusar al hijo: él y sus hermanos eran huérfanos de padre y todos debían apoyar la economía familiar. El pequeño apenas tuvo tiempo de malaprender a leer y escribir, ya que a los ocho años estaba guardando los cerdos del pueblo. Le pagaban una gorda diaria por animal, de manera que si custodiaba diez gorrinos, ese día ganaba diez gordas –nada menos que una reluciente peseta– que, desde luego, hacía mucha falta en su casa.

*Salares, año 1934. En la imagen se aprecia una de las veredas arrieras de la época (Fotografía, archivo Temboury). A la derecha, la mirada firme y expresiva de Aurelio ya apuntaba maneras, incluso desde muy pequeño*

A partir de los once años lo pusieron a trabajar en las viñas que rodeaban el pueblo, cortando sarmientos en haces para el fuego y recolectando racimos; también pisaba uvas para hacer el vino, tradición muy arraigada en toda la Axarquía –Salares contaba en esa época con diecisiete lagares–. Solían hacerse dos pisas diarias de uva, una por la mañana y otra por la tarde, de

varias horas de duración cada una. Por una jornada completa de trabajo –veinticuatro horas con sus correspondientes descansos– se pagaban cincuenta pesetas, así que Aurelio, que ya desde niño se reveló como un trabajador infatigable y voluntarioso, soportaba horas y horas de ardua faena con tal de llevar más dinero a su casa. Los pisadores de uva tenían un trabajo agotador, razón por la que desayunaban generosos platos de gachas de maíz y guardaban una ración dentro de una talega para alimentarse durante la jornada laboral, en palabras de Aurelio, "para estar todo el día mantenidos". Pero aun así a él, carniseco pero buen comedor de por sí, le ladraba el estómago casi a todas horas.

*Viñas y paseros en la Axarquía, año 1935 (Fotografía, archivo Axarquía Viva)*

*Viñas de Salares en la actualidad (Fotografía de José María Ramos González)*

A cada día, su afán. Y a cada edad sus obligaciones, más exigentes conforme los niños se iban haciendo mayores. Al cumplir los catorce años enviaron a Aurelio a segar por primera vez. En los años que siguieron a la Guerra Civil la vida era especialmente difícil en los pueblos de la Axarquía pues, enclavados en plena sierra, contaban con poca extensión de terreno fértil. Por ello cuando llegaba el mes de junio la comarca axárquica se quedaba sin hombres: Cómpeta, Árchez, Sedella, Canillas de Aceituno, Canillas de Albaida, Alcaucín, Corumbela, Salares, Algarrobo y Frigiliana, entre otros pueblos, enviaban un sinnúmero de cuadrillas de segadores a las feraces sembraderas de Granada, donde océanos interminables de trigo, cebada, avena,

avenate, lino, centeno, yeros, garbanzos, lentejas, habas y maíz esperaban a ser cosechados. Aurelio liaba su hatillo y ponía rumbo, junto a algunos familiares y amigos –todos ellos a pie enjuto, porque ninguno tenía dinero para costearse una bestia– a su nuevo destino laboral.

Los segadores marchaban por antiguas e históricas veredas, unas pecuarias y otras arrieras, andando a soles y a lunas mientras cubrían largas distancias. Veredas como la del Barranco Piletas, la de Fogarate, la del cortijo Picaricos y la de Marchena, que convergían en el cruce de Fuente Fría. Aurelio y sus compañeros salían al romper el día para tomar el camino de Alhama de Granada, adonde llegaban sobre las once de la mañana; hacían una parada para engullir un bocadillo y un trago de vino de lo que llevaban en sus alforjas, y vuelta a andar hasta alcanzar Cacín, al que arribaban ya de noche. Solían parar en una posada para dormir; en el mismo cuarto para todos se tendían sobre el suelo con unas mantas por encima, y a pasarla como mejor se pudiera. Al amanecer del día siguiente a caminar de nuevo; atravesaban Cijuela, Romilla, Chauchina y Trasmulas, en la comarca de la Vega de Granada, hasta detenerse dondequiera que fuesen a trabajar esa temporada. El periodo de cosecha solía durar un mes, durante el cual las cuadrillas compartían caminos, faenas, calores, almuerzos, noches al raso y, también, amistades y confidencias.

*Segadores en plena labor (Fotografía, archivo ABC)*

Antes de que se hiciera de día estaban ya en faena, el espinazo doblado sobre ejércitos de cereal granado ondulando al viento. Sobre media mañana hacían una breve parada para ingerir una comida que solía consistir en migas y un gazpacho claro que, a menudo, sólo era agua con aceite, vinagre, sal, ajo y unos trozos de pan, porque no siempre se disponía de tomates y pimientos. Los segadores tomaban parte en la clásica rueda de la cuchara: una de migas, una de gazpacho y paso atrás. Había que comer pulcramente y no invadir el lado del compañero, y cuando el manijero clavaba la cuchara en la sartén ya no se comía más: lo mandado era repartir las viandas con la siguiente cuadrilla, y procurar que unos no tuvieran ventaja sobre otros. Este ritual seguía leyes muy antiguas que no estaban escritas, pero que todos conocían bien, por la cuenta que les traía. Y luego vuelta a la tarea bajo un sol bravío,

que golpeaba sus espaldas como un yunque de fuego. Eso sí, todas las noches se hartaban de puchero de garbanzos con tocino y pan de trigo, auténticos manjares que en sus pueblos de origen eran casi impensables, y menos aún a diario. Cuando amanecía lluvioso no descansaban sino que trenzaban ramales de esparto para atar las gavillas, y así iban pasando los días. El primer año que Aurelio fue a la siega ganó trescientas pesetas limpias, una pequeña fortuna que a él le compensaba tanto esfuerzo, tan lejos de su casa.

Los años y el trabajo duro lo convirtieron en un perseverante muchacho que asumía sin rechistar toda la faena que se le presentase. Durante una de aquellas temporadas de siega Aurelio conoció a una niña de Romilla que acudía a llenar sus cántaros a la misma fuente que los esforzados segadores. "Era rubilla, de ojos grandes, chatilla, rellenilla y coloradilla de tez", recordaba él. Natividad Calvo –Nati para todos– enamoró en cuatro días al sentimental Aurelio, que no desperdiciaba una ocasión para verla, aunque fuese un momento: tanto iba y venía a la fuente que el manijero terminó llamándole la atención. Visto lo visto y sabedor de que ella le correspondía, Aurelio decidió casarse con Nati cuando volviese del servicio militar. Fue llamado a filas en el año 1950 y pasó los dieciocho meses de rigor en Jaca (Huesca). A la dureza de la milicia en los primeros años de la dictadura franquista había que sumar el hambre y el frío descarnado que soportaban los soldados durante el largo invierno pirenaico, nevando durante semanas enteras, hasta el punto de que tenían que cambiar el fusil por la pala y cavar en la nieve para poder moverse por el cuartel y salir de las garitas. Nada importaba; todo lo aguantaba Aurelio con ánimo gracias a su carácter alegre y su fortaleza física. Pero, sobre todas las cosas, lo que le ahuyentaba los pesares era el recuerdo de Nati, la rubilla del sol en la mirada; su calor para los días fríos. Cuando se licenció, el muchacho voló más ligero que el viento a Romilla para reunirse con ella. Pero la torre de ilusiones que había cimentado en los últimos meses se le vino abajo en un segundo cuando supo que, mientras estaba en Jaca, ella había enfermado y muerto por una malhadada apendicitis. La vida, a veces, traía estas amarguras… Aurelio la lloró sinceramente y decidió no volver a hablar de aquella historia que pudo haber sido y nunca fue.

*Aurelio durante su servicio militar*

Regresó a Salares pensando en dedicarse a la arriería, como tantos vecinos del suyo y de otros pueblos cercanos. Necesitaba un cambio, conocía los caminos a la perfección y el oficio le gustaba, así que invirtió parte de sus ahorros en un burro con muy buena pinta –le costó la nada desdeñable cantidad de mil quinientas pesetas; por entonces, trabajando un mes de segador, cobraba seis mil–. Pero el primer día que fue a aparejarlo descubrió ¡oh, sorpresa! que su burro, además de ser terco y resabiado, le mordía con saña cada vez que se acercaba. Para mejorar el panorama, Aurelio comprobó –mal negocio para un arriero– que al pollino no le gustaba subir cuestas, y menos aún yendo cargado. Confiando en que al animal se le pasarían pronto los caprichos, salieron a las veredas a mercadear. Mas no cambió la cosa y el circo diario que ofrecían ambos era digno de ver: mientras otros arrieros subían y bajaban por los puertos de montaña conduciendo a sus dóciles bestias cargadas de mercancía, nuestro arriero novato se pasaba el día batallando a grito pelado con su burro, trompicando los dos por el sendero mientras el muchacho hacía juegos malabares para no perder el género entre coces y respingos. Para redondear la faena, su tozudo animal iba rebuznando a los cuatro vientos con toda la fuerza de sus pulmones, como si pretendiera dejar sordo a su dueño.

Contaba Aurelio que quienes se cruzaban con ellos empezaban a reírse ya desde lejos y no paraban hasta que amo y asno trasponían el horizonte envueltos en una batahola de voces, rebuznos y pendencias sin fin. Escarmentado para rato, Aurelio terminó vendiendo esa prenda a un vecino de Canillas –a quien, según se supo tiempo después, el asno también hizo pasar las de Caín–. Con el dinero recibido adquirió una mulilla joven, pequeña de tamaño y de capa alazana, noble y apegada, a la que llamó Chica, que muy pronto se convirtió en su mejor baza. Con ella cumplió eficazmente toda su etapa de arriero, a lo largo de veinte provechosos años. Aurelio y la Chica formaban un equipo perfecto: llegaron a entenderse sin palabras y se hicieron famosos en la comarca por su formalidad y gran capacidad de trabajo.

*Aurelio por las calles de Salares (Fotografía de Sebastián García Acosta)*

Una de sus rutas de arriería más frecuentadas era la del Barranco de las Piletas, la conocida quebrada que se abre de norte a sur en la cara granadina de Sierra Tejeda. Un sinuoso camino empedrado la recorría en toda su extensión subiendo, bajando y cruzando el río incontables

veces en un bien trazado zigzag; un recorrido casi legendario que hoy está perdido bajo aludes de piedras y marañas de zarzales. Sólo quienes pasaron por allí en sus buenos tiempos podían dar fe de que ese camino al Puerto de Sedella nada tenía que envidiar a otros como los de los Puertos de Cómpeta y Frigiliana. Finalmente las carreteras modernas y los nuevos medios de transporte lo relegaron al olvido. Ese itinerario era conocido como el Camino de Ezequiel porque estaba al cuidado de un hombre tan sencillo como afable y capaz, originario de Árchez, Ezequiel Martín Caños quien, durante los meses del invierno, se encargaba del mantenimiento del empedrado de aquella importante ruta arriera a cambio de unas monedas, un trozo de queso, una hogaza de pan, una talega de garbanzos o un poco de lo que llevasen los viajeros en sus alforjas. Tan limpio y arreglado estaba ese sendero que personas y caballerías podían recorrerlo entero con total seguridad incluso en plena noche, porque el propio camino, tapizado a la perfección con piedras blancas, guiaba los pasos del caminante.

*El Barranco de las Piletas, en la vertiente granadina de Sierra Tejeda (Fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

El último cabo de la cuerda formada por los antiguos viajeros que habían recorrido el Camino de Ezequiel era Aurelio, porque lo que decía su voz lo habían visto sus ojos. Ni con la lejanía de los años olvidaba nuestro hombre un detalle, y continuaba su relato explicando que subió y bajó durante mucho tiempo por esa senda centenaria, detrás o delante de la Chica cargada hasta los corvejones, calzado con unas albarcas –otros arrieros preferían las agobías de esparto, más cómodas pero menos resistentes–; solo o en compañía; con todas las lluvias y todos los vientos; bueno y también a veces malo porque no quedaba otra, que todo era ponerse y paso por paso, como cualquier cosa en la vida. Que en ese tiempo las veredas estaban bien acondicionadas pero tenían mucho polvo y volvían emborrizados, porque al ser las únicas vías de comunicación entre los pueblos de la sierra y el ir y venir era continuo.

Aurelio evocaba sus años de arriero como los mejores de su juventud. La Chica era famosa entre sus iguales por diestra y obediente: su amo la había enseñado, con sabiduría y paciencia, a enfilar senderos, sortear pedrizas y escalar laderas sin pararse ni dudar. El animal obedecía su voz y hasta su mirada sin mover un guijarro de la senda: incluso yendo muy cargada avanzaba segura por riscos y navas, como flor que era de la albeitería. Aurelio fue testigo de la construcción de la presa de Los Bermejales y de la inundación lenta e inexorable de aquella fértil llanura salpicada de cortijos y molinos. Asimismo escuchó a lo lejos los disparos de los

enfrentamientos entre los maquis y la guardia civil –y daba gracias por no haberse topado jamás con ninguno de ellos–; también sufrió el atraco de pobres hombres que se cubrían la cara con un pañuelo –los caras tapadas les llamaban– y sorprendían a los viajeros, a los que pedían una parte de lo que llevaban por aliviar algo su necesidad. Los arrieros se conocían entre sí y establecían amistades que duraban toda la vida. Solían iniciar sus rutas muy temprano, en la oscuridad profunda que precede al alba, repechando unos detrás de otros charlando unas veces, riendo o incluso cantando otras y, con frecuencia, en completo silencio porque también gustaba escucharse a uno mismo.

*Agobías de esparto, calzado que usaban antiguamente pastores y arrieros*

Tenía Aurelio presente al bueno de Ezequiel, siempre azada en mano reparando algún desperfecto del camino con los pies empapados y las manos rojas de sabañones, invariablemente amable y servicial; también a Carmen, aquella mujeruca menuda, delgada y triste, que hacía su ruta desde Salares doblada bajo el peso de un saco de naranjas para venderlas en Alhama de Granada. Aurelio y la Chica llevaban a los pueblos granadinos uvas, naranjas, melocotones, chumbos, pasas, higos, vino, boniatos y pescado, y regresaban a la Axarquía con harina, garbanzos, lentejas, habichuelas, trigo y otros cereales en grano, lana de oveja y sacos repletos de pan de Alhama, que gozaba de excelente fama y se vendía muy bien. Algunos arrieros terminaron pasándose al estraperlo y montaban tiendas clandestinas en sus propias casas para vender a mejores precios la mercancía que portaban; él no quiso entrar en eso. Aurelio narraba que, como otros compañeros, llevaba y traía de vez en cuando, por orden de la guardia civil, la correspondencia de los guardias destinados en el destacamento del Cerro Lucero, algunos de los cuales tenían novia en Salares. Mencionaba, por demás, la respetuosa cortesía de las gentes de antes, que se saludaban sin cortedad las veces que hiciera falta y se deseaban buen viaje mirándose a los ojos. Y revivía con agrado las noches que le tocaba dormir bajo las estrellas con la cabeza recostada sobre el aparejo de la Chica, una manta por

encima, su mulilla echada un poco más allá, el cargamento del día colocado a buen recaudo y sus sueños de muchacho sobrevolando el campo anochecido.

*Aurelio y María Luisa, de novios*

Y es que la vida seguía su curso y Aurelio se había vuelto a enamorar, esta vez de una guapa salareña llamada María Luisa, hija de un arriero, como él. Sus padres la habían prometido a un hombre bien situado económicamente pero de quien ella no había conseguido enamorarse, y la muchacha se había dejado llevar por no desairar a su familia. Mas en cuanto Aurelio le habló de sus intenciones, María Luisa no dudó un momento y se enfrentó a todos porque para ella, que tenía muy claro lo que debía ser primero en la vida, ya no existía hombre que pudiera igualar la honestidad, bonhomía, sentido del deber y, por qué no, el gracejo de su joven y humilde arriero. Aurelio y María Luisa se casaron por amor en el año 1958, y desde entonces los dos fueron uno solo. Todas las ilusiones del hasta entonces solitario muchacho, a quien ahora le sobraba el mundo, se concentraron en su mujer –su ángel, su todo, su otro yo–. Y, a decir de muchos, no existía en Salares un matrimonio más alegre y mejor avenido que aquél.

*Aurelio y María Luisa saliendo de la iglesia de Salares el día de su boda*

Aurelio continuó un tiempo trabajando en la arriería hasta que se dio cuenta de que ya no le compensaba pasar los días y las noches alejado de su casa. El cariño de María Luisa y la calidez de un hogar estable pudieron más que el gusto por su profesión, y retiraron de los caminos a nuestro arriero vocacional, que disfrutaba por fin de todo lo que había anhelado desde siempre. Dispuesto a cambiar de actividad compró unos terrenos cerca del pueblo y se convirtió en labrador y viñatero. Para pagar aquellas tierras tuvo que hacer un último sacrificio –qué más le daba, a esas alturas y en sus circunstancias era capaz de todo– y viajar a Suiza durante unos meses, donde trabajó a destajo en una fábrica, incluso doblando turnos, para reunir cuanto antes el dinero que necesitaba y regresar. Una vez logrado su propósito, Aurelio se dedicó en cuerpo y alma a su familia, sus cultivos –olivos, viñas, almendros y huerta–, sus animales y a ir regalando por todo Salares los excedentes de sus cosechas, ya que en su casa eran dos y gastaban poco. Y, aunque él y su mujer no llegaron a tener hijos propios, jamás se sintieron solos porque conocieron la dicha de verse siempre rodeados de familiares y amigos.

*Aurelio en el tiempo que trabajó en Suiza, años 1970 y 1971*

*Aurelio y María Luisa, año 2007*

Aurelio y María Luisa se hicieron mayores sin separarse un momento y sin perder un ápice de su alegría, generosidad y sentido del humor, cualidades que les granjearon el cariño sincero de quienes los conocieron. Hasta que cumplió los ochenta años, Aurelio continuó al cargo de sus

tierras y sus animales –entre los que no faltaba una mulilla, porque su alma seguía siendo arriera–. Cuando el anciano matrimonio ya no fue capaz de cuidarse solo quedó al cargo de su sobrina Mari Carmen, que fue para ellos igual que una hija. María Luisa falleció en el año 2013, llevándose con ella la alegría de su casa y gran parte de la vitalidad de su marido, aunque, por fortuna, no toda. Ya viudo, Aurelio pasaba los inviernos plácidamente instalado en la casa de su sobrina en Torre del Mar, donde hizo muchos amigos –cómo no– relatando sus aventuras y desventuras de caminante de todos los caminos. Retornaban a Salares cada verano, donde seguía al tanto, ya a través de terceros, de sus hazas, de las novedades del pueblo y de su preciado lagar –uno de los pocos lagares tradicionales completos que quedan en Salares, que Aurelio había heredado de su padre y éste de su abuelo; una auténtica reliquia del pasado viñatero de la comarca axárquica, que incluye además un antiquísimo horno. Actualmente se encuentra en proceso de estudio y datación por expertos en patrimonio rural–.

*El lagar de Aurelio es un genuino viaje al pasado viñatero de la Axarquía*

Conservaba algunas costumbres de arriero clásico, como desayunar un tazón de café migado con pan de hogaza porque –aseguraba él– todos los que han estado de continuo al hambre

tienen al pan por el mejor alimento. Y pasaba sus días sentado al resolillo de la placeta empedrada, mirando la gente pasar; seguramente echaba de menos los tiempos en que campeaba junto a la Chica por la sierra, bajo aquellos cielos sin ruidos de motores ni estelas de aviones, como un techo prístino e ilimitado. Lamentaba lo mucho que había cambiado la vida en Salares. "Yo he visto despoblarse, o casi, este pueblo; irse vecinos de toda la vida y venir otros nuevos, forasteros. También he visto levantar olivos, almendros y viñas para cambiarlos por aguacates, que ahora están por todos lados", decía. Y no le faltaba razón: en el tiempo que vivió –casi un siglo– un mundo, el que él conocía, se ha extinguido y no volverá.

Aurelio Martín Crespillo se encontró con su muerte, sin esperarla, a los seis meses de nuestra entrevista, el 11 de enero de 2021. Fue enterrado en Salares junto a María Luisa –tenía que ser así–: ambos se quisieron más allá de la vida y se seguirán queriendo donde estén.

*Aurelio y su mula volviendo a casa con la cosecha del día*

¿Qué sucede con lo acontecido y lo vivido, con lo que el futuro no tiene en cuenta ya? La vida de Aurelio, el arriero de Salares, y todas las vidas pasadas, exclusivas e irrepetibles, reviven como un fogonazo mientras son relatadas por sus protagonistas. Si no se recuperan esas historias se apagan para siempre; por ello merecen trascender. Tiempos viejos ha habido siempre; veámoslos hoy con una conciencia renovada, que los haga brillar como si fueran de oro puro. Porque nada podrá pagar el precio de las cosas perdidas.

**Post Scriptum**

Aurelio, por desgracia no has podido ver tu historia publicada, con la ilusión que te hacía; tu fallecimiento y otras circunstancias lo han impedido. Pero nunca es tarde si la dicha llega, ya lo ves. Tu sobrina Mari Carmen y tu amigo José María cuentan que disfrutaste enormemente de la entrevista, y que durante muchos días anduviste hablando de ella tan emocionado que hasta parecías más joven –o menos anciano–. Pues mira, tu testimonio –tanto más valioso

cuanto más pasado– ya es un texto escrito que nos permitirá volver al instante en el que todas estas cosas sucedieron; antes de que el tiempo, como si no tuviese más propósito que el olvido, volase implacable dejando memorias, y nombres, y risas, y llantos, y días y noches olvidados a la orilla del camino. Tu relato vive ahora y vivirá siempre, pues cada vez que leemos una historia, la habitamos. Gracias, amigo.

*Aurelio Martín Crespillo (Fotografía de Mariló V. Oyonarte)*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías: Carlos Luengo y archivo de la familia Crespillo*

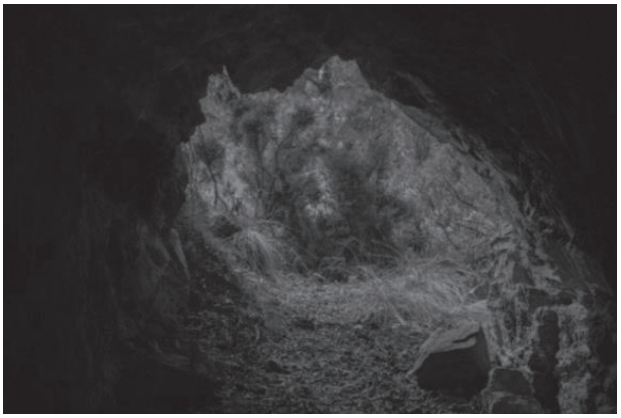
*Con la colaboración de María del Carmen Crespillo Azuaga y José María Ramos González*

*Publicado el 20 de mayo de 2023*

## Francisco, el minero

*Dos Almijaras antagónicas existen a la par: una es verde, tangible y espléndida, bien conocida por los amantes de los espacios naturales. La otra –oculta a plena vista– es hosca, lóbrega e inerte, de una quietud absoluta; forma parte del mundo subterráneo de las minas.*

La Sierra Almijara de soles y lunas, días radiantes y noches altas y estrelladas, agudos puntales tierra adentro y rasos descumbrados junto al mar, no es la única que podemos ver. Otra Almijara existe muchos metros por debajo del espeso pinar, el aulagar erizado y la muchedumbre de la mejorana y el romero en flor. Es el territorio de las minas que, hoy desmanteladas y en silencio, aún taladran cerros y barrancos a lo largo de kilómetros, creando una red escondida de caminos y pasos subterráneos donde hace un siglo se afanaron, en unas condiciones de trabajo ignominiosas, varias generaciones de hombres y niños mineros. Hay que meterse dentro –muy adentro– y bajar abajo –muy abajo– para hacerse una idea de lo que debió suponer pasarse los meses enteros trabajando en lugares donde la inescrutable oscuridad, la humedad y el sudor del esfuerzo sin pausa, el persistente olor a barro y piedra vieja, el humarín de los carburos y los pabilos de los candiles de aceite y el machacón golpeteo de picas, escoplos y machoporros contra la roca inerte eran el pan de cada día.



*Vista desde el interior de una bocamina*

En su afán por extraer el máximo rendimiento de los recursos que ofrecía el entorno natural, los habitantes de la sierra de la Almijara sacaron provecho –a costa de su salud y, en más de un caso, de su vida– de lo que se ve y lo que no se ve: de la superficie de la tierra y también de sus entrañas. De esa manera, junto a los oficios tradicionales como la arriería, el laboreo de las tierras y el pastoreo de los rebaños, la minería surgió en las comarcas serranas como una alternativa muy a tener en cuenta; una actividad que, sin duda, tuvo cierta relevancia económica y ayudó a completar los famélicos salarios de los lugareños, tanto en la vertiente malagueña como en la granadina de esas montañas.

Las minas de Sierra Almijara se explotaron, según los registros escritos, desde las primeras décadas del siglo XIX hasta poco después de la guerra civil española: algo más, pues, de un siglo de actividad bajo tierra de la que existe poca documentación histórica y menos aún testigos directos. Pero si hoy caminamos atentos por ciertas zonas de la sierra podremos apreciar, resistiendo valerosamente los desplomes del terreno y el empuje invasivo de la

vegetación, algunas bocaminas, calicatas y respiraderos que dan testimonio de que una vez la actividad minera fue una realidad patente en plena sierra: en el corazón del actual Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. De esta manera pueden atisbarse en las laderas del Cerro del Ángel, la Cuesta del Cargadero, la Loma de la Madera y del Salto del Caballo, en la provincia de Granada, y en el Barranco de Cazadores y aledaños, la cuenca del río Chíllar, el Pico del Cielo y la vertiente sureña del Navachica, los Tajos del Sol y el Collado Nido del Buitre, en la provincia de Málaga.

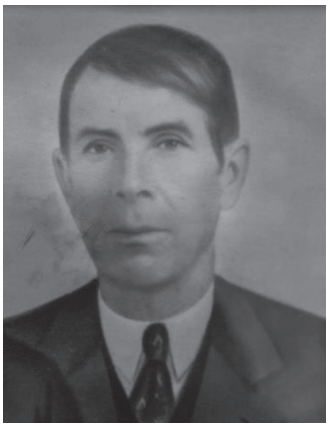
*Mapa de concesiones mineras de la Sierra de Nerja en 1919 de Alfonso de Alvarado*

*Bocamina (Mina de la Furia)*

Nadie queda ya que pueda narrarnos de primera mano la experiencia de ser minero en Sierra Almijara; hace demasiado tiempo de todo aquello. Pero conservamos, eso sí, el valioso testimonio de sus descendientes: es el caso de José López Benítez, un mareño jubilado que fue guarda de monte en la Almijara y que hoy cuenta 89 años. Su padre fue Francisco López Morales, minero antiguo en la Almijara, de aquellos que pasaron años dejándose la piel en las profundidades del monte: en concreto, en el Barranco de Cazadores. Aunque José sólo contaba seis o siete años cuando su padre le describía sus experiencias en la mina, nuestro amigo recuerda con detalle la extrema dureza del oficio y la abnegación sin límite de aquellos trabajadores de hace casi un siglo.

*José López Benítez, el hijo del minero*

Francisco López Morales, nacido en Maro en el año 1889 –justo en la época de mayor auge de la minería por aquellos lares–, fue minero, pero también cabrero y labrador. Falleció en 1973 con 84 años, convencido de que era afortunado porque había conocido dos siglos. De Francisco sólo se conservan dos fotos, "y en una de ellas está ya viejo del tó", nos dice su hijo. Hombre recto, honesto y cabal, de talante sobrio pero muy cariñoso con los suyos –llegó a formar una gran familia, con muchos hijos–, nuestro protagonista se vio obligado a emplearse en las minas, como tantos otros, acosado por la necesidad, ya que el sueldo destinado a los mineros –dos pesetas diarias– era el doble del jornal que se ganaba arrancando patatas o pasando el día en la sierra detrás de las cabras. Por ello, siendo apenas un muchacho, entró a trabajar en una de las cuadrillas mineras que se contrataban por aquellos años en la sierra de Nerja. Francisco, al igual que sus compañeros, formaba parte de una raza de hombres hoy en peligro de extinción: recios, austeros, decididos, tenaces y también –sobre todo– resignados. Personas que no se arredraban ante ninguna faena por duras que fueran sus condiciones, de los que se podía echar mano en cualquier momento porque su disposición –endurecidos los músculos, apretados los dientes y dominada la voluntad– era total. No quedaba más remedio. Por las noches descansaban extenuados y con el rostro todavía sudoroso, pero también con la paz del deber cumplido.



*Francisco López Morales, minero en la Sierra de Nerja*

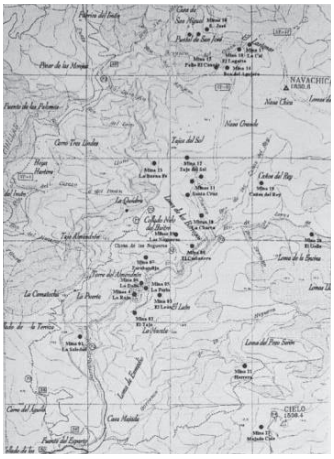
La actividad minera en la Almijara se especializó en la extracción de minerales de plomo, cinc y hierro; el producto resultante se exportaba en barcos hacia fábricas de fundición españolas y también de Francia y Gran Bretaña. Durante la búsqueda de filones, ciertos parajes de la sierra

se convirtieron en un auténtico hormiguero de agujeros entre bocaminas –toscas e irregulares, similares a madrigueras de conejo a escala gigante–, respiraderos, calicatas y pozos de ventilación; se han constatado más de cien minas escrituradas y registradas. Algunas estaban conectadas entre sí o tenían varias bocas, cuestión esta que quedaba demostrada con una anécdota muy referida por el minero Francisco: un pastor muy viejo de su pueblo –José el de la Parra le decían– iba un día con sus cabras por zona de minas y dos de ellas se pusieron a ramonear al filo de un pozo del que no se veía el fondo; una cabra embistió a la otra y ambas cayeron por la oquedad. El cabrero las oía caer y caer, balando desesperadas, hasta que llegaron abajo. En vista del percal las dio por perdidas pero, para su sorpresa, al día siguiente, yendo junto a su rebaño por otra zona de la sierra, las vio a lo lejos: se conoce que debían haber salido por otra bocamina o respiradero, y se habían salvado. Los animalitos se reunieron con el rebaño y ahí terminó su aventura cavernícola.

Para diferenciar unas de otras, cada mina tenían su nombre, y eran los propios mineros quienes las bautizaban; del mismo modo los caminos que llevaban hasta ellas. Así, se contaban las minas de San José, de San Miguel, del Ángel, de la Fuente de la Teja, del Tajo, de la Soledad, de la Solana de Cazadores, de la Furia, de San Antonio, de San Rafael, del Silencio, del Rayo, de la Zanja, de la Gallarda, de la Carlota, de la Dalia, de la Concepción, del Infierno, de la Cruz y de la Buena Fe, entre otras muchas, hasta un centenar. Y no todas eran igual de rentables: la productividad de algunas era muy baja y, por lo tanto, se abandonaban enseguida.

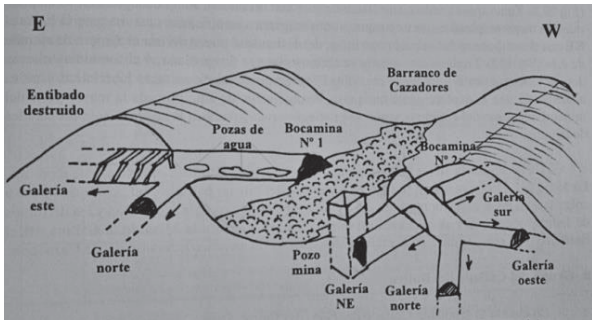
Los mineros solían ser gente del terreno, que conocía bien la sierra y sus recovecos, acostumbrada a intemperies y al trabajo duro. Estaban organizados en tres grupos, cada uno con su orden y su papel. El primero –al que pertenecía Francisco– estaba formado por hombres ligeros, que iban excavando calicatas sobre la marcha, sin estudios geológicos previos, literalmente a ojo de buen cubero –fijándose en el tono, textura y color de las piedras–, en busca de posibles vetas de mineral. Cada calicata tenía pocos metros de profundidad, nunca más de cinco o seis. Cuando aparecía un yacimiento que parecía fructífero se enviaba al segundo grupo, que estaba formado por niños –algunos no mayores de siete u ocho años–, a dar cuenta del hallazgo a las oficinas de la Fuente del Esparto, en Nerja, donde el ingeniero de minas tenía su oficina: era el primero a quien se avisaba del descubrimiento. El propio técnico se subía entonces a un mulo –las recuas de bestias que acarreaban el mineral eran propiedad de la empresa minera– y llegaba hasta el lugar señalado para examinar la calicata, recorriendo para ello los caminos construidos ex profeso por los propios mineros, por los que después se sacaría el mineral. Por último entraba en escena el tercer grupo de trabajadores, que estaba formado por las cuadrillas de hombres más resistentes: eran los encargados de excavar las galerías y extraer el mineral.

*Grupo de jóvenes mineros en la boca de una mina de la Sierra de Nerja. (Pablo Rojo)*



*Situación de las principales minas de la sierra de Nerja (Rafael Yus Ramos)*

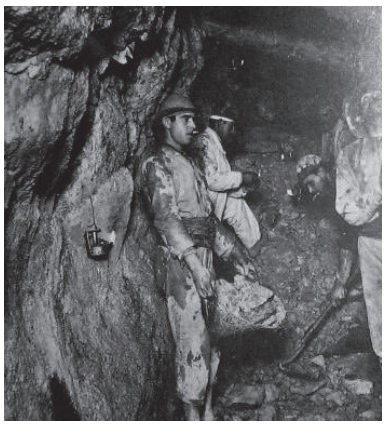
Normalmente, la entrada de una mina o bocamina daba paso a una galería principal, desde la que partían, a izquierda y derecha, un número indeterminado de galerías secundarias; estas ascendían o descendían en función del terreno y de la posición de las vetas. En el interior de algunas minas había agua y se formaban pozas y charcos. Algunos de aquellos corredores subterráneos eran rectos y muy largos, de más de cien metros incluso, y su altura era variable, aunque no sobrepasaban el metro y medio. Contaban con entibados o estructuras de sujeción de madera de pino para evitar derrumbes, así como con muretes de piedra seca que apuntalaban las paredes inestables, y escalones hechos de madera y tierra apisonada para facilitar los accesos. Cada cierta distancia se abrían respiraderos verticales por los que el aire fresco circulaba y se iba renovando, que se utilizaban también para sacar el mineral al exterior, cuando la bocamina principal quedaba lejos. En conjunto las minas constituían un laberinto de corredores angostos, lóbregos, claustrofóbicos y hasta malolientes; no se trataba precisamente del mejor lugar para trabajar.




*Croquis que muestra la estructura de algunas minas del Barranco de Cazadores*

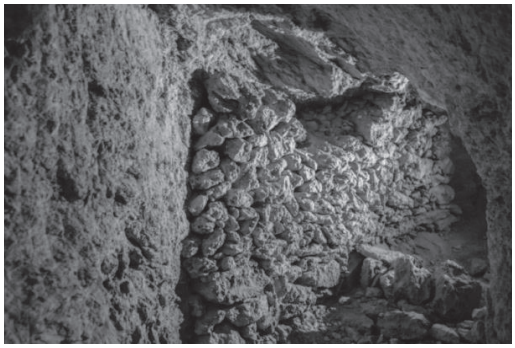
La minería era una actividad de temporada; los mineros iban turnándose cada uno, dos o tres meses, según lo que cada hombre aguantase allí dentro. No era recomendable –ni estaba permitido– trabajar mucho tiempo continuado en el interior de las galerías debido a la insalubridad de las mismas: era cosa sabida que todos los mineros, antes o después, terminaban enfermos. Pim, pam, pim, pam, pim, pam… una hora y otra, un día y otro, y una semana, y un mes, y otro mes sin más campo de visión que un muro de roca a un metro de los

ojos. El polvo espeso que levantaban picos y palas, los humos negros que emitían las luminarias y las explosiones, la pólvora y las partículas infinitesimales de mineral en suspensión se acumulaban en el organismo de los trabajadores provocándoles enfermedades de los ojos y las vías respiratorias, intoxicaciones, envenenamientos por depósito de metales pesados e incluso, en algunos casos, la muerte. A la rudeza de sus tareas había que añadir el agravante psicológico de trabajar bajo tierra durante semanas, iluminados tan sólo por candiles humeantes y fétidos carburos. Enterrados en vida muchos metros por debajo de la luz natural y el aire libre –pim, pam, pim, pam, pim, pam…–, decían ellos que perdían hasta la noción de sí mismos; allí abajo donde, como bien dice el romance, "no se sabe cuándo es de día / ni cuándo las noches son".



*Detalle de un candil minero colgado en la pared de roca (Historia de la minería en Andalucía)*

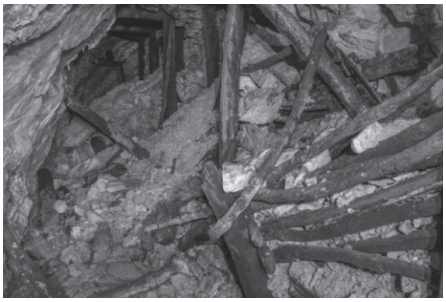
*Interior de la Mina del Ángel (Cerro del Ángel)*



*Contrafuertes internos de piedra seca*

*Interior de la Mina de la Furia (Barranco de Cazadores)*

*Colonia de murciélagos*



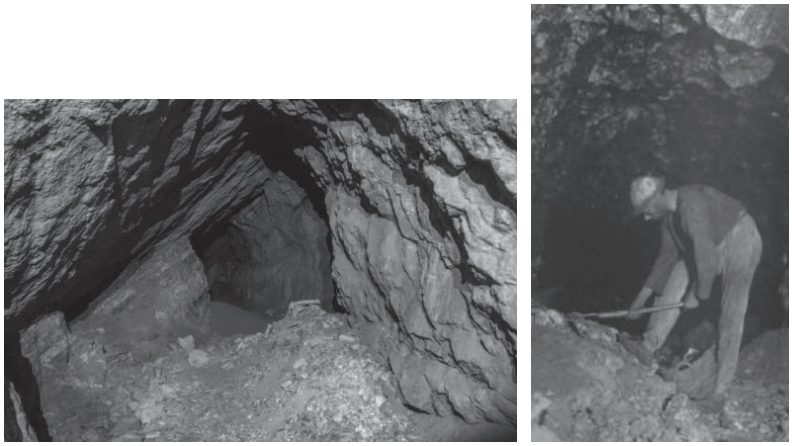
*Entibado de la galería principal, venido abajo*

*Interior de la Mina de la Dalia (Barranco de Cazadores)*

*Restos del entibado*

*Escalones construidos en galerías profundas de la mina de la Dalia (foto de Mariló V. Oyonarte)*

*Muro en piedra seca con refuerzo de madera en el interior de la mina de la Dalia (foto de Mariló V. Oyonarte)*



*Pim, pam, pim, pam, pim, pam… (Historia de la minería en Andalucía)*

*Respiradero o pozo-mina de la Dalia, de 50 metros de profundidad*

Cuando concluía la jornada laboral, el panorama no mejoraba demasiado. Como las minas se situaban en plena sierra –lejos de los núcleos de población–, los mineros se veían obligados a descansar en chozas de piedra seca y cubierta de enramado, lastón y esparto, que solían ubicarse junto a las bocaminas para perder el menor tiempo posible en traslados. En cada choza dormía una cuadrilla de cuatro o cinco hombres; uno de ellos hacía de cocinero con los víveres que proveía la propia empresa o, en ocasiones, con lo que todos llevaban de sus casas o lo que les facilitaban los niños que trabajaban con ellos, que hacían de recaderos y aguadores; los pequeños a menudo eran hijos de los propios mineros, y sus padres cobraban por ellos la mitad de un sueldo de adulto. Necesidad obliga… Cada dos semanas, exhaustos y cubiertos de polvo, los mineros se acercaban a sus casas a asearse en condiciones y reponer víveres y ropa limpia. Por fortuna para todos ellos la temporada minera no era larga, aunque el día a día, ciertamente, se les hacía interminable.

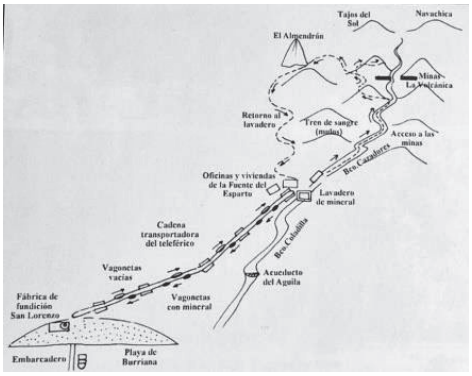
*Restos de una cabaña de mineros, junto a la bocamina de la Furia*

Los caminos mineros recorrían toda la zona de explotación subiendo y bajando, alcanzando cada bocamina y uniendo unas con otras. Construidos a conciencia, con balates o albarradas de piedra seca y zonas empedradas, esos caminos se mantenían con sumo cuidado: era fundamental que estuviesen en buenas condiciones para que rindiese el trabajo. Como no se podían cruzar dos mulos cargados, se hacían caminos de subida –para la ida– y caminos de bajada –para la vuelta–; esos caminos no estaban empedrados en su totalidad, sólo las zonas más pendientes para que la lluvia, entonces más abundante que ahora, no formase surcos y cahorros. Solían emplearse las rutas con más pendiente para la subida, con las bestias de vacío, y las de menos pendiente para la vuelta, con las bestias cargadas de pesados sacos: así tenían menos posibilidades de resbalar y caerse. A las recuas de caballería que acarreaban el mineral se les llamaba, de forma bastante explícita, "trenes de sangre".

*Sendero minero del Barranco Cazadores*

El mineral que se iba extrayendo se sacaba al exterior de la mina en espuertas; de esta tarea solían encargarse los niños. Una vez fuera, se cargaba en los mulos y se bajaba hasta la Fuente del Esparto, donde además de las oficinas del ingeniero y de las viviendas de los técnicos de minas, existía una alberca cuadrada de 4 x 4 metros y 1,5 metros de profundidad, donde se lavaba bien. A continuación se transportaba hasta la playa de Burriana, en Nerja, mediante un teleférico que contaba con un ingenioso sistema de cable de recorrido circular, apoyado sobre una estructura de torretas. Las vagonetas cargadas bajaban por su peso y gravedad a lo largo del Barranco de la Coladilla y, a su vez, las vacías subían por el empuje de las anteriores. Al final del recorrido existía una pequeña fábrica de fundición de plomo donde una parte del

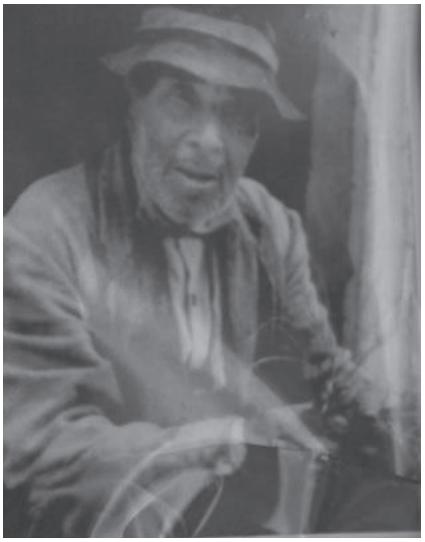
mineral se convertía en lingotes; el resto se embarcaba sin transformar, rumbo a otras fábricas de España y del extranjero.




*Croquis del transporte de mineral, desde las minas en la sierra hasta el embarcadero en la playa*

*Ruinas de las viviendas y oficinas de los técnicos de minas, en el paraje de la Fuente del Esparto*

Cuando transcurría el tiempo convenido con la empresa e iban finalizando sus contratos, los trabajadores salían de la mina y, como quien dice, abriéndose paso entre nubes de polvo –con la bolsa llena, pero extenuados física y mentalmente–, regresaban a sus casas y sus familias; a sus cultivos, sus animales y sus quehaceres de siempre. Y se alegraban, claro que sí. Pero, a fin de cuentas y como hombres de campo que eran, sobre todo retornaban al alba fresca, al lucero de la tarde sobre los campos anochecidos, a la gloria de la brisa en el rostro, al cielo plácido de la Almijara y a la infinitud de sus horizontes anchurosos. Francisco, nuestro minero antiguo, trabajó durante varios años en las minas sin quejarse y ofreciendo lo mejor de sí mismo, hasta que se casó. Cuando formó su propia familia decidió no retomar un trabajo tan sacrificado, que ponía en serio peligro su salud y que además lo alejaba de su mujer y sus hijos. No volvió a las minas: fue labrador y pastor el resto de su vida. Y siempre se alegró.



*Francisco el minero, ya anciano, haciendo pleita de esparto a la puerta de su casa*

"La juventud de hoy en día sube a la sierra y no sabe ni lo que ve", afirma nuestro amigo José, el hijo del minero, desde la perspectiva de su experiencia; "si hay un boquete en mitad del cerro, lo mismo se piensan que es una torca, o una cuevecilla, o qué sé yo; no se van a figurar la de gente que se dejó ahí el pellejo". Y tiene razón: las bocaminas que no han quedado sepultadas bajo el matorral son tan insignificantes que no dan razón de la cantidad de hombres y niños –nunca mujeres: la superstición dictaba que si una mujer entraba en una mina, llevaría a su interior la mala suerte– que se esforzaron en aquellas galerías: el corazón de un universo subterráneo que murió hace un siglo y no resucitará jamás, porque Sierra Almijara es un espacio natural protegido y ese tipo de actividades ya no se permiten. En cualquier caso, la cantidad de mineral extraído en aquellas explotaciones tan arcaicas no fue muy significativa.

*Bocaminas y respiraderos en el Barranco de Cazadores; su camino se ha perdido y hoy son casi inaccesibles (foto de Mariló V. Oyonarte)*

Algunos de los topónimos que originó la industria minera han llegado hasta hoy, como el Camino de las Minas, que conduce a la Fuente del Esparto, y el Alto de las Minas, en las cercanías del Collado del Nido del Buitre. Incluso hay quienes afirman que el Cortijo del Imán

lleva ese nombre porque en sus terrenos había tres minas de magnetita con su correspondiente lavadero de mineral un poco más arriba, en la Fabriquilla del Imán.

¿Queda algo de aquellos animosos trabajadores, paradigma de la aceptación serena de la adversidad, tan frecuente en la gente antigua? Por abrumados que estuvieran, no dejaban pasar un día sin devolver un favor o sin darse los buenos días en voz alta y mirando de frente, porque así eran las leyes no escritas en otra época. ¿Dejó esa gente, de alguna forma, su impronta por tajos y barrancos, en la entrada de las minas, a la orilla de sus chozas o a lo largo de los caminos empedrados que tan cuidadosamente construyeron? Tal vez sí: la muela del tiempo no lo ha hecho todo trizas. Puede que, si prestamos atención, la próxima vez que visitemos esos parajes, escuchemos el eco –remoto, melancólico– de algún cante minero de los que solían tararear cuando bajaban con las mulillas cargadas de mineral, camino de la Fuente del Esparto…

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Agradecimientos: Rafael Yus Ramos, Antonio Villena Villena y Rosa María González Jiménez*

*Para más información: "Un siglo de minería en la Sierra de Nerja (1826 – 1928)", de Rafael Yus Ramos (GENA).*

*Publicado el 10 de marzo de 2024*

# SEGUNDA PARTE

# MADRE TIERRA

## El tesoro cotidiano

*Lo tenemos tan a mano que, quizá por ello, obviamos a menudo su incalculable valor.*

Sobre mí todo se ha dicho ya, pues desde siempre he sido inspiración de poetas y escritores, pintores, músicos, fotógrafos y otros artistas. Soy un bien abundante y a la vez escaso, visible e invisible, palpable unas veces e intangible otras, lo cotidiano y lo extraordinario en uno; alcanzo desde el cielo hasta el suelo e incluso más aún, porque puedo ser lo que yo quiera. ¿No adiviná is…? Levantad la vista entonces o, mejor aún, cerrad los ojos: imaginad una nube de color y forma cambiantes, que se aleja cabalgando sobre el viento, grácil y efímera, hacia el horizonte. Imaginad una onda pequeñita, centelleante bajo la luz del sol, que va creciendo poco a poco, ampliando su circunferencia hasta desaparecer confundida entre las demás olas de un estanque. Soy yo, al igual que soy el pájaro que revuela ágilmente de un lugar a otro; el pino que se yergue orgulloso aún, mostrando las profundas cicatrices que dejaron en su tronco los años de resinación, y esa roca, cubierta de liquen y musgo, apostada como un centinela de piedra a la orilla del camino. Soy una porción de la materia que los compone a todos ellos, una parte primordial de su misma esencia.

*"Alcanzo desde el cielo hasta el suelo, porque puedo ser lo que yo quiera". Embalse de los Bermejales*

Yo soy el agua; el agua de la sierra. La que impregna el paisaje en todas las formas imaginables y dota de vida y sonido hasta el último de sus rincones y sus moradores; la que desde hace millones de años esculpe pacientemente su relieve y gobierna su clima, siempre incansable, siempre en eterno movimiento, en un ciclo sin fin que no es sólo el del agua, sino también el de la propia Naturaleza. Soy el agua, sí; y tan versátil, que sé adoptar cualquier forma pura. Puedo ser la bruma, sutil e impalpable como el humo, compuesta por miríadas de gotitas tan pequeñas que ni siquiera se ven, pero aun así capaces de emborronar el paisaje hasta desdibujar por completo las siluetas de valles y montañas. Puedo ser los oscuros nubarrones que se agrupan en torno a las cumbres, avanzando sin piedad hasta cubrir el cielo por completo con la negrura de la noche, presagiando la inminencia de una tormenta. Puedo ser la

nieve, el hielo y la escarcha que tapizan las laderas en los días más fríos del invierno, cuando la nieve se funde con las nubes de tal modo que las cimas se pierden de vista veladas por su blancura, y el ramaje de los árboles deshojados parece, contra ella, una negra labor de encaje. Puedo ser el agua líquida, que recorre la sierra de punta a punta precipitándose montaña abajo, salvando barrancos, atravesando profundas gargantas y cañadas orilladas de alamedas y helechos; saltando de peña en peña en los arroyos, borboteando en los manantiales o remansándome dócilmente en pozas y embalses. Y puedo ser música que, junto al canto melancólico y cadencioso de las aves acuáticas, alegra el campo con el murmullo de mi corriente cuando acompaña el recorrido de caminos y senderos.

*La bruma y la niebla reducen el paisaje a una velada lámina de formas difusas. Ruinas de la Venta de López*

*"Y puedo ser la música que acompaña el camino." Paraje del río Alhama*

Soy el agua. Puedo ser la lluvia mansa y fina, bálsamo vital de tierras resecas y consuelo de animales sedientos; puedo limpiar el aire y dejarlo transparente, húmedo y perfumado con todas las esencias del campo, y embellecer bosques y roquedos vivificando sus colores hasta que parezcan recién pintados. Pero también puedo dejarme llevar por el arrebato de la borrasca y el viento del norte y transformarme en aguacero furioso, incontrolable y sobrecogedor; arrasar todo lo que se me ponga por delante deshaciendo en un momento casas, caminos y puentes como si fuesen de papel y asolando campos enteros, dejando tras de mí un rastro de destrucción que permanezca durante mucho tiempo.

*Aún son evidentes los daños causados por la riada del año 2010 en el barranco del río Malinfierno*

Soy el agua, tan intrínsecamente ligada a las montañas como las rocas, la vegetación y el mismo aire que las envuelve. Circulo libre por doquier sin más obstáculo que el estiaje durante el riguroso verano andaluz, dando lugar a claros manantiales y ríos transparentes de lecho blanco como el mármol o negro como un pozo sin fondo, en cuyos remansos –los más recónditos– se ocultan el gallipato, la trucha y el cangrejo, allí donde se saben a salvo de la indiscreta mirada del ser humano. Pero también fluyo bajo la tierra, agua purísima filtrada por metros de rocas y arena, formando en las profundidades del subsuelo una red de corrientes frías y oscuras, invisibles a los ojos pero igualmente efectivas moldeando el paisaje subterráneo en espectaculares galerías, pasadizos y bóvedas secretas; un universo paralelo a resguardo de la curiosidad humana, un mundo que quizá, con un poco de suerte, nunca llegue a ser descubierto.

*Remansos que sirven de refugio a la vida salvaje. Poza en el Arroyo Golondrinas*

*Aves acuáticas en la pantaneta de Alhama de Granada*

Soy el agua. Y sola, sin más ayuda que la del tiempo, me encargué de esculpir el paisaje de Tejeda, Almijara y Alhama hasta convertirlo en el agreste conjunto de cumbres aserradas, valles profundos y enriscados cahorros que es hoy; refugio de águilas, ciervos, cabras monteses y otros fugitivos de la civilización moderna. Pero a la vez –y quizá como deferencia hacia la innegable debilidad del ser humano– tracé los cauces de los ríos para comunicar entre sí las poblaciones asentadas en estas sierras, pues a lo largo de su curso se han construido caminos que, atravesando puertos y collados, enlazan las distintas vertientes que las forman. Y es que los hombres han buscado siempre mi cercanía para construir sus casas, sus molinos, sus acequias y abrevaderos; a lo largo de la historia fueron muchos los oficios que dependían directa o indirectamente de mí para subsistir –labradores, pastores, lavanderas, caleros, molineros, aguadores y hasta ocasionales buscadores de oro–, pero a casi todos ellos el progreso se los llevó por delante, y hoy son sólo un recuerdo en la memoria de los más mayores.

Pero yo soy el agua. Y guardo como un tesoro viejas imágenes para muchos inolvidables, como la de aquellas mujeres que, arrodilladas en el margen del río, entre hablillas y canciones, restregaban la ropa enjabonada contra una piedra o una tabla de madera, acaloradas en verano y congeladas en invierno; sus manos desnudas lavaban con el áspero jabón de sosa y luego tendían la ropa limpia en las matas de la orilla, donde la dejaban puesta "a solear". O los afanosos caleros que, llevando bien sujeta su mula del ronzal, se acercaban hasta los cauces para cargarla de cantos rodados y piedras blancas que luego destinarían a la cocción en las caleras, trajinando durante jornadas enteras con tan pesada materia prima. O los niños pastores que venían con sus rebaños para refrescarse y calmar la sed, tanto la suya como la de sus animales; otros, no tan niños, acudían para pescar –con los artilugios más insospechados– los escurridizos peces que después serían parte del almuerzo, cuando en las casas no se disponía de mucho más. O los labradores que acudían a mi corriente para construir las imprescindibles acequias, verdaderas arterias vitales que luego llevarían el agua varios kilómetros abajo, hasta sus cultivos. Y la bucólica estampa de las mujeres que se acercaban a llenar cántaros y porrones de agua para sus casas; aprovechaban esos breves momentos para hacer un alto en sus numerosas tareas y charlar con las vecinas al pie de la fuente… todos ellos son hoy la representación de un mundo perdido –no sabría decir si mejor o peor–; de una época que ya no volverá.

*Antigua piedra de lavar*

Soy el agua. Y, a pesar de todo lo que he dicho, de lo que pudiera parecer, no soy fuerte, sino justo al contrario, soy frágil, más de lo que creéis. Porque mi condición natural es la de ofrecerme sin reservas y permanecer, constante, a disposición –a merced– de todos: por eso tengo miedo de perder mi transparencia innata, mi delicado equilibrio. Y es que a pesar de que la actividad humana relacionada conmigo se ha reducido mucho en las últimas décadas, a pesar de que cada vez hay más voces que se levantan para reivindicarme, los cauces por los que circulo, sobre la tierra y bajo ella, están expuestos a más peligros de los que, por naturaleza, puedo afrontar por mí misma.

Los tiempos han cambiado, y ahora son otras las personas que vienen hasta los arroyos, ríos y lagunas: ya no son trabajadores, sino gente en busca de un lugar agradable donde pasar su tiempo libre, donde abrir los ojos y los oídos y cerrar la boca; tal vez incluso donde reencontrarse consigo mismos. Pero muchos de mis cursos sufren ya serios problemas de contaminación medioambiental y sobreexplotación agrícola o turística, y yo no puedo hacer nada para defenderme ante tales amenazas, porque no tengo más voz que la de aquellos que quieren hablar por mí. Tan sólo sé persistir en mi empeño de siempre: condensándome en las nubes, brotando en los manantiales, fluyendo en ríos y acequias, filtrándome en la arena, fertilizando los campos –en definitiva, compartiendo lo que soy–, y confiar en que un día todos, no sólo unos pocos, os deis cuenta de que constituyo el tesoro más valioso que guardan estas montañas, todas las montañas.

Soy el agua de la sierra; soy parte de vosotros también, porque todos procedemos de la misma raíz. Por eso os pido que no os alejéis de mí, ingenuos navegantes en una falaz ilusión de progreso. Regresad y preservadme, velad de todas las formas posibles por mi conservación; no hacerlo sería avanzar en contra de vosotros mismos. Sentid la Naturaleza alrededor, dialogad con ella; si guardáis silencio un momento podréis comprender su lenguaje, que también fue el vuestro una vez. Comprendedla de verdad y os comprenderéis de verdad. Porque, en esto, sois vosotros quienes tenéis la última palabra.

*Pantaneta de Alhama de Granada*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías de Manuel Rodríguez Martos y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 3 de diciembre de 2016*

# Diciembre en el campo

La de hoy es, para la mayoría, una de las noches más señaladas del calendario. Hasta su nombre suena cumplido y perfecto: Nochevieja. Porque es la última, y tiene ese sabor de despedida que a todos nos hace preguntarnos qué traerán los próximos trescientos sesenta y cinco días, tan pulcramente ordenados en semanas, meses y estaciones. Son, como suele decirse, igual que un libro en blanco, repleto de páginas por estrenar. ¿Qué nos gustaría escribir en él? ¿Hay algún nuevo ritual o propósito que desearíamos incorporar a nuestra vida diaria?

Un buen comienzo podría ser, si tenemos la posibilidad, despedir el año que termina saliendo a dar un paseo por el campo, precisamente en el día de Nochevieja. Hay pocos lugares donde se perciba mejor el solsticio de invierno, esa quietud tan especial que posee el mes de diciembre, como en plena Naturaleza. Naturaleza escrito así, con mayúscula, o mejor todavía, escrito Madre Naturaleza, como se enseñaba antiguamente en los colegios.

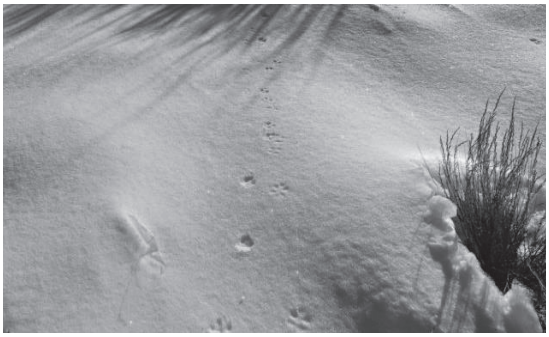
*31 de diciembre en los quejigos que abrazan el sendero*

¿Y por qué salir hoy al campo, con el frío que hace? Pues porque fuera de nuestros pueblos y ciudades –decorados durante estos días con miles de parpadeantes luces de colores– se desarrolla también un espectáculo natural digno de ver, palpar, oler, sentir y disfrutar. Levantémonos del sillón y pongámonos algo de abrigo, que vamos a dar un paseo cortito; además, la frescura del aire nos sentará bien…

Diciembre puede ser monótono y oscuro, es verdad. Y quizá por eso, para compensar esa sobriedad, el paisaje invernal adopta una belleza inesperada, colorida y amistosa, casi diría que compasiva. Mirad allí, cómo se combinan las últimas hojas doradas que quedan en las copas de los árboles con el sotobosque, que por efecto del frío se vuelve rojizo y crujiente, como si fuese turrón de caramelo –por poner un ejemplo acorde con estas fechas–, en contraste con el verde intenso y perenne de pinos y chaparrales. La gama de tonalidades cambia, efectivamente, pero el panorama no tiene nada que envidiar al de la primavera.

*31 de diciembre en los helechales, que parecen tallados en cobre*

Pleno campo, en pleno invierno. El milagro de la vida en suspenso. Cuando, aparentemente, todo se encuentra dormido y en silencio, pero nada más lejos de eso. En nuestra latitud meridional, durante el mes de diciembre, algunas plantas continúan floreciendo en los días soleados –brezos, romeros y aulagas– y, ocultos entre la espesura, la mayoría de los animales prosigue con sus pequeñas vidas secretas; menos activos tal vez, pero dejando tras de sí rastros bien evidentes, para aquellos que se detienen a mirar con un poco de atención.



*31 de diciembre. Un zorro solitario ha pasado por aquí…*

En los tiempos que vivimos, el mes de diciembre –o solsticio de invierno, o Navidad; estos días reciben varios nombres según las creencias o cultura de cada cual– es algo que relacionamos con un torbellino de actividad frenética: atascos agobiantes, compras inaplazables, decoración excesiva, comidas igualmente excesivas y cotillones sin fin. ¿Dónde ha quedado el verdadero espíritu del mes de diciembre, aquel que los hombres y mujeres de antaño celebraban en consonancia con los ritmos naturales? Sembrar, cultivar, cosechar y, en diciembre, descansar al abrigo del fuego. Porque, lejos de nuestras ajetreadas vidas ciudadanas, en el campo, la estación del frío es una época solitaria y austera, plena de reposo, serenidad e intimidad.

Aquí hay el olor acre de la tierra húmeda, de la leña seca, de las piñas y hierbas aromáticas de las que antiguamente se hacía provisión para quemar en la chimenea, cuando en las casas el fuego se mantenía encendido todo el día y en las cocinas imperaba el aroma reconfortante de los guisos de mucho cocer y mucho esperar. En el campo diciembre tenía aquella seriedad ancestral de las antiguas fiestas campesinas, que celebraban la Navidad o la llegada de los dioses del invierno –el nombre era lo de menos– de una forma sencilla y sin complicaciones; cuando todo conservaba aún el aire primigenio de una vida rural ardua.

*31 de diciembre en el camino, que recibe las hojas secas en una bella manifestación natural de la muerte*

Salir al campo para celebrar el último día de diciembre también es una buena idea. Sin comidas inmoderadas, encuentros forzosos ni incómodos trajes de fiesta. Sentir el misticismo del invierno recién llegado, que vuelve un año más para alegrarnos con su serena belleza. Caminar bien abrigados, siendo conscientes de cada paso que damos y del aire frío que arrebola nuestras mejillas; apreciando en el aire el perfume de los campos silenciosos, de las ramas desnudas envueltas en una capa blanca de escarcha. Y antes de volver a casa, como hijos bien educados, no olvidarnos de dar las gracias a la Madre Naturaleza. Seguro que cada uno de nosotros encuentra su propia manera de hacerlo.

*31 de diciembre en Sierra Tejeda*

Una, dos, tres… ya falta poco para que suenen las campanadas de medianoche. El año 2016 declina por fin; ha llegado la hora de emprender su largo viaje hacia la eternidad. Abrámosle la puerta para que pueda salir y marcharse para siempre, en paz. Y, nosotros, emprendamos la aventura de vivir el nuevo año buscando el esplendor en el simple y a la vez formidable regalo –no lo hay mejor– de ser testigos de cada nuevo día: el regalo de las mañanas y las noches, de la primavera y del verano, del otoño y del invierno. Sé bienvenido, 2017. Pasa dentro, estamos esperándote…

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 31 de diciembre de2016*

## Un paseo por la Maroma

*Este es un buen momento para dar un paseo diferente por la falda de la Maroma, y más aún si es de la mano de un gran conocedor de Sierra Tejeda: nuestro amigo Pepe Sales, que nos enseñará a verla desde otro punto de vista. ¿Vamos?*

Aunque indudablemente escasas, por fin han llegado las primeras lluvias a Sierra Tejeda. Este año el otoño se resistía a presentarse, pero con la entrada del mes de noviembre parece que se ha apiadado de las tierras resecas y la flora sedienta, que miraban al cielo esperando la bendición del agua y la bajada de temperaturas, después de seis meses de canícula estival. Hoy hace un día muy sereno, casi primaveral; el campo está como recién lavado y el aire es fresco, aromático, estimulante: casi se diría que sabe a infusión de hierbas. Pepe sale de mañana desde su cortijo, el Cerezal, emplazado al pie de Sierra Tejeda; le apetece dar un paseo antes del almuerzo por algunos de los rincones de la sierra con más y mejores recordatorios de su infancia.

*Tras un largo verano, el arroyo del Barranco de la Parra aún mantiene su caudal*

Con su cayado en la mano, su morral en bandolera y la rempuja (sombrero de paja) bien calada, a la usanza de los pastores de siempre –al fin y al cabo él lo ha sido toda su vida–, Pepe echa a andar a buen paso por el camino sombreado de pinos y robles que sale de su cortijo y le deja, en poco rato, en el paraje de Los Barracones, un rincón muy popular entre los excursionistas y montañeros que frecuentan esa zona. Lugar de acampada y juegos, de picnics y comidas campestres, el área recreativa de Los Barracones, aparentemente una más de las que se ubican en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, guarda una pequeña historia que la mayoría desconoce. Porque no cabe duda de que para comprender en profundidad la idiosincrasia de Sierra Tejeda –de cualquier lugar, en realidad– hay que haber nacido y crecido entre sus peñas. Pepe camina ligero, con agilidad propia de alguien más joven, y se detiene ante las construcciones, donde sólo tiene que cerrar los ojos –esos ojos sabios, de hombre de campo– para ver todo aquello de nuevo tal y como era en su infancia.

*Pepe Sales se detiene en el Área Recreativa de Los Barracones*

En ese lugar nunca hubo nada que no fuese la cerrada vegetación autóctona de aquellas sierras; el valioso bosque mediterráneo que fue desapareciendo gradualmente debido al aprovechamiento, hasta el agotamiento casi, de sus recursos. Los antiguos bosques de robles, quejigos y encinas fueron talándose –para ser convertidos en leña y carbón, a la vez que dejaban terreno libre para pastos– hasta que apenas quedó ninguno, lo que llevó a las autoridades de la época, en los años cuarenta del pasado siglo, a ordenar la repoblación de aquellas laderas con pino resinero y otras especies de rápido crecimiento como abetos y cedros. Fue entonces cuando se construyeron unos sencillos barracones que sirvieron para albergar a los trabajadores que reforestaban la Sierra Tejeda. Aquellas construcciones originales constituían un sencillo alojamiento en el que había poco más que unas literas para descansar y una chimenea para calentarse. Pepe Sales las recuerda muy bien: tendría él unos diez o doce años cuando observaba ir y venir a aquellos hombres que se pasaban el día cavando agujeros y sembrando los plantones que hoy conforman la principal masa forestal de esas sierras.

*Construcción principal del área recreativa, utilizada como economato*

El conjunto está formado por tres hileras de casitas idénticas, más otras dependencias. La que se aprecia como la construcción principal fue, en su origen, un práctico economato que surtía de lo más preciso a quienes vivían y trabajaban allí. Lo regentaban un encargado que también ejercía como guarda y su mujer; ambos tenían su vivienda justo al lado, donde habitaban con sus dos hijos. Mientras ella mantenía limpio y ordenado el establecimiento y se encargaba de

amasar y cocer el pan para los trabajadores de los barracones –el horno de ladrillo se levantaba allí mismo–, su marido, con la ayuda de dos bestias de carga, iba y venía a la vecina localidad de Alhama de Granada para que no faltase el suministro diario de harina, arroz, azúcar, garbanzos y otras legumbres, tabaco y todo lo que para su sustento necesitaba aquella pequeña comunidad de peones.

El complejo contaba también con un aljibe de piedra para almacenar agua que se llenaba gracias a una acequia alimentada por el arroyo que llamaban La Madre. Corrían, ciertamente, otros tiempos –los inviernos lo eran de verdad: largos, fríos y húmedos– y, cuando llovía, el caudal de La Madre era tan abundante que por sí solo bastaba y sobraba para el uso de los habitantes de los barracones. Pero la escasa calidad de construcción de todo aquel recinto y el paso de los años terminaron convirtiendo los barracones en ruinas, por lo que, en el año 1994, el ayuntamiento de Alhama de Granada los reconstruyó y acondicionó para uso recreativo. Pepe, por cierto, trabajó durante seis meses en aquella reconstrucción. Su gran conocimiento de la zona resultó muy útil a la hora de localizar agua y llevarla hasta las obras de recuperación de las antiguas viviendas.

*La canalización de agua y el interior del antiguo aljibe, pintados de color azul*

Desde el área recreativa de Los Barracones parten varios senderos que conducen a distintos lugares de esa parte de la sierra. Uno de ellos –estrecho, zigzagueante y empinado– se interna rápidamente en el bosque de pinos resineros. Es el que elige Pepe cuyos pies, hechos a las irregularidades del terreno, caminan por él con la facilidad de quienes han transitado por el campo toda la vida, mientras las copas de los árboles, formando un enrevesado arco de ramas sobre su cabeza, trazan un intrigante dibujo de claroscuros en el suelo.

*Pepe camina por el sendero que asciende entre pinares*

Nuestro amigo se apoya firmemente en su bastón hecho a base de lo que ellos llaman "caña bravía" –una madera muy blanquita, especial para cayados– y, al compás de su paso enérgico, el morral se balancea rítmicamente bajo su hombro. Esa especie de mochila tradicional, fabricada con gruesa piel de vacuno, tiene casi su misma edad –y Pepe va a cumplir ya los setenta y nueve años–. Perteneció a su suegro y, a la muerte de éste, Pepe se lo quedó: se encontraba en tan buen estado –sólo había que recoser los bordes, que estaban desgastados por el uso– que decidió aprovecharlo. Él lo tiene muy claro: eso era debido a los buenos materiales y a la seriedad y buen oficio con los que trabajaban los artesanos de antes; ¡anda que cualquier cosa de hoy en día iba a durar todo ese tiempo…! El morral lleva dos iniciales pulcramente recortadas y cosidas a la solapa que lo cierra: A R, que representan el nombre de su primer propietario, Antonio Rodríguez. Pepe lo llevó, para recomponerlo, a aquel magnífico artesano del cuero que ejercía en Alhama de Granada –el mismo que cortó y cosió el morral a su amigo Gerardo, el pastor de Salares–. Ese artesano se llamaba Pepe Serrano, sobrino a su vez de Pepe Lupiáñez, maestro insuperable de quien aprendió el oficio; muchos todavía recuerdan el buen hacer de ambos, no solamente con los morrales sino también con todo tipo de objetos de uso común por aquel entonces como albarcas, zapatos, correas, cinturones, guarniciones para carros y bestias, etcétera. Tanto uno como el otro se convirtieron en referentes como artesanos del cuero no solo dentro de la Comarca de Alhama, sino también fuera de ella.

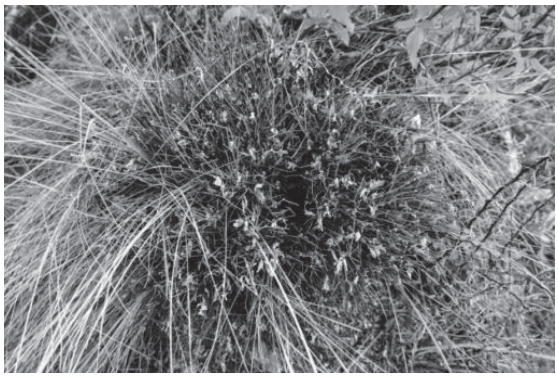
*Detalle del morral*

La vereda prosigue haciendo zetas, estrechándose a medida que asciende; tan angosta se vuelve que por momentos parece que va a perderse, cada vez más invadida por los troncos de los pinos y una amplia variedad de plantas aromáticas. Cada especie vegetal es como un libro abierto para Pepe, que aprendió de sus mayores –al igual que éstos de sus antepasados– cómo identificarlas y utilizarlas; tal vez sus antecesores verían como un misterio el por qué de que ciertas plantas no sólo mejorasen el sabor de las comidas sino que además poseyesen propiedades medicinales, mas no él. Pepe las conoce por sus nombres antiguos, las distingue por su aspecto externo y sabe muy bien cómo aprovechar sus propiedades; cada planta con su parte beneficiosa y su parte perjudicial porque, al igual que las personas, pueden tener un lado oscuro y por lo tanto hay que mantener hacia ellas una actitud profundamente respetuosa. Ahí ve, justo en la orilla de la vereda, una mata de la deliciosa manzanilla de la sierra, que por

allí crece en abundancia y que tan buena ha sido toda la vida para las aliviar afecciones estomacales como los cólicos y para ayudar a hacer la digestión.

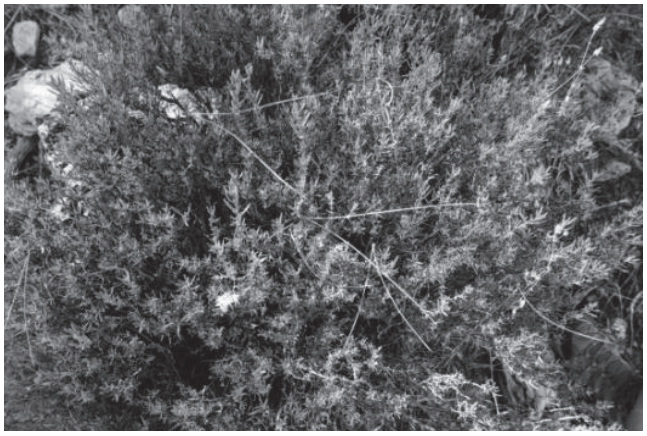
*Manzanilla de la sierra*

Cuánto ha cambiado el monte entero. A diferencia de ahora, que crecen hacia donde quiera que se mire y tapizan el suelo asfixiándolo con sus acículas resecas, cuando Pepe era un niño en aquellos terrenos no crecía ni un solo pino. Todo aquello estaba dedicado, consagrado casi, a la alimentación del ganado: la vegetación predominante consistía en una tupida amalgama de robles melojos, quejigos, chaparrales, matorral de medio porte e innumerables herbáceas y plantas aromáticas. Dominio durante siglos de los hombres y sus animales, por aquellas laderas era raro no encontrarse en cualquier revuelta del sendero con un pastor y su piara de cabrillas, o con un labrador y su yunta desplazándose de un lado al otro, o con una manada de vacas de las muchas que pastaban por allí. Los numerosos cortijos y chozas de pastores que se encontraban desperdigados por esos lares han desaparecido casi del todo; pocos son los que han resistido la llegada –la embestida, más bien– de los tiempos modernos. Pepe continúa su paseo, subiendo casi invisible, formando parte del paisaje, por la que llaman Loma de las Vinagreras; el terreno es cada vez más inclinado, pero las aromáticas siguen acompañándolo a lo largo de su recorrido. Mira un poco más allá: ahí cerca crece un grupo de piornos. En esta época del año pasan casi desapercibidos entre las agujas de pino debido a la sencillez de su follaje; es en plena primavera cuando lucen su espectacular floración amarilla, tan colorida y perfumada que llama la atención incluso desde muy lejos.



*Piorno*

¡Cuántos quebraderos de cabeza le acarreaba esta planta en sus tiempos de pastor! Si daba la casualidad de que los animales –cabras, ovejas e incluso caballerías– se comiesen las cápsulas donde la planta almacena sus semillas, a los machos, indefectiblemente –vaya usted a saber por qué–, se les atoraba el conducto urinario y enfermaban hasta tal punto que muchos perecían. Afortunadamente las más de las veces los afanosos pastores conseguían, a fuerza de continuos masajes, hacerles expulsar el tapón de semillas y salvarles la vida; menos mal, pues perder animales era un lujo que pastores y ganaderos no se podían permitir. Pepe divisa ahora un frondoso arbusto que por allí conocen con el nombre de "hierba de la sangre" porque resultaba muy útil para aliviar las molestias y desarreglos propios de las mujeres, como se decía antiguamente. Aun hoy en día quedan en la zona muchas usuarias de esa planta, que la siguen utilizando porque confían más en ella que en las medicinas; de hecho, Pepe recuerda en ese momento que una conocida suya le pidió que le bajase unas ramas la siguiente vez que subiese al monte. A ver si luego, cuando baje de vuelta, no se olvida de llevarle una poquita.



*Hierba de la sangre*

A pesar de que algo de lluvia ha caído en los últimos días, todo aparece evidentemente falto de agua. El verano ha sido largo; tendría que llover más, mucho más. Aunque estas plantas están bien adaptadas a la sequía, el pequeño tamaño de sus hojas, levemente arrugadas, muestra a las claras que todavía tienen sed. Un poco más adelante le salen al paso unas plantas de salvia entrelazadas, como en un abrazo vegetal, con otras de alhucema o lavanda; ambas de follaje plateado, ambas intensamente perfumadas, ambas, por demás, con propiedades parecidas: relajantes, digestivas, buenas para tratar los resfriados e incluso para ayudar a dormir… En muchas casas utilizaban también sus hojas para echarlas al brasero de carbón y perfumar el ambiente cuando hacía frío y las ventanas no se abrían demasiado. Para las gentes del campo cada hierba tenía una utilidad, por ello era imprescindible conocerlas todas y distinguir a la perfección unas de otras. Era tal su abundancia y variedad que incluso hubo por aquellos parajes varias calderas de las que se usaban para la extracción de los aceites esenciales.

*Una salvia (hojas anchas) y una lavanda o alhucema (hojas estrechas) que crecen juntas*

Pepe abandona el sendero y ahora camina campo a través, aparentemente sin rumbo fijo, sorteando ágilmente matorrales, troncos de pino y rocas cubiertas de líquenes, trepando sin descanso por la falda de la montaña. Le vienen a la cabeza los nombres ancestrales con los que sus paisanos bautizaron los cerros y barrancos que le rodean: el Corralillo de Veneno, el Collado Bajero, el Collado Altero, el Barranco del Verraco, el Cerro de los Melones… rincones todos que él conoce como su propia casa porque casi lo son, ya que desde que tenía siete u ocho años empezó a recorrerlos de la mano de su padre junto al ganado, cuando lo acompañaba por el mero gusto de pasar el rato con él. Juntos caminaron por toda Sierra Tejeda, mientras su padre le iba enseñando los nombres de los cortijos, cerros, barrancos, arroyos, y por supuesto, plantas y animalillos. A menudo, porque él era un niño chico, se cansaba de andar y entonces su padre se lo echaba a la espalda, llevándolo a cuestas mientras le narraba mil historias que Pepe escuchaba arrobado, imbuyéndose en la magia del relato de su padre; no olvidará nunca aquellos días tan felices. Cuando tenían sed se acercaban a la fuente de la Tacita de Plata, donde les gustaba tomarse un descanso bebiendo la leche de sus cabras –la de las ovejas no, pues se reservaba para hacer queso–, que previamente ponían a refrescar dentro de aquella pocilla de agua. No tenían vasos, pero eso no importaba: retiraban la lengüeta a un cencerro y bebían en él.

El arbolado se va espaciando a medida que la loma gana altura, y Pepe toma luego una sendilla apenas perceptible, probablemente trazada por el paso de los animales. Un arce solitario, reliquia viviente del bosque primigenio que cubría la Tejeda como un manto verde, lo saluda con un guiño, al pasar. Pepe prosigue sin demora su camino cuesta arriba; no se cansa, su corazón y sus pulmones todavía le responden de maravilla. ¡Parece mentira, con lo mucho que fumó él durante tantos años! Hasta llegaba a encender un cigarro con la colilla del otro: tal era su afán de fumador empedernido. Un buen día fue consciente de que no hacía bien y, sin que ningún médico le dijese nada, dejó el tabaco de un plumazo –¡Vamos, hombre; un paquete de cigarros no va a poder más que yo!– y hasta hoy; de eso hace ya más de treinta años. Todavía, Pepe está seguro, debe quedar algún paquetillo de celtas de aquellos antiguos guardado por algún cajón…

*Una arce autóctono, rodeado por pinos de repoblación*

Todo ese paraje era conocido antiguamente por la gran cantidad de víboras que se ocultaban por allí; raro era el día que aquellos venenosos ofidios no picaban a algún animal en las patas, en la cara o en el cuello. Hoy en día quedan muchas menos, en parte por la escasez de humedad y en parte porque se las comen los jabalíes. Todo ha cambiado; hasta eso. Poco a poco, Pepe se va aproximando a su destino. Hoy le apetecía visitar un lugar recóndito, casi secreto, conocido por muy pocos, al que él personalmente tiene mucho aprecio. Ya está llegando, aunque tiene que hacer un pequeño esfuerzo para recordar el lugar exacto donde estaba, porque no es fácil de encontrar… a ver, por aquí no era; tal vez por esa otra parte… ah, sí, aquí está. El hoyo, el agujero, esa especie de pozo misterioso –que, seguramente, no es el único– por donde "respira" la inmensa mole pétrea de la Maroma.

*Pepe retira las agujas de pino acumuladas en la entrada de la sima*

Se trata en realidad de una sima, una cavidad de origen natural abierta en pleno suelo que forma un profundo pozo de caída en vertical, de la que suelen emanar vapor de agua y aire caliente procedentes de zonas profundas del subsuelo. Pepe no sabe muy bien a qué se debe ese fenómeno –que ya ha visto unas cuantas veces– pero el caso es que ahí sigue; se sienta, pues, cerca de la entrada y recuerda con agrado la primera vez que estuvo allí.

Fue uno de esos días en los que acompañaba a su padre con las cabras; él tenía ocho años. Hacía mucho frío porque era pleno invierno; mientras su progenitor le mostraba aquella extraña "boca de volcán", como él la llamaba, le explicaba que estaba seguro de que ese

agujero debía de llegar hasta las mismas entrañas de la tierra porque de él salían, en los días fríos como aquél, enormes bocanadas de humo blanco y mucho, mucho calor, tanto que no podía uno ni acercarse aquella abertura. "No vayas a venir tú nunca solo por aquí, ¿eh?", le advertía muy serio. Y no lo hizo. Después de aquella ocasión, Pepe no volvió hasta que pasaron muchos años, estando ya casado y con hijos. Fue casi por casualidad, un día que andaba buscando unas cabras que se le habían despistado del rebaño. Entonces contempló atónito cómo una alta columna de espeso humo blanco se elevaba de entre unos pinos. Se acercó al lugar, murmurando indignado contra los irresponsables que habían dejado encendido un fuego tan cerca de aquellos árboles, poniendo en riesgo de incendio todo el monte. Pero resultó que no era un fuego: de un agujero en pleno suelo salía aquella densa humareda, además de una vaharada de aire tan caliente que no se podía acercar demasiado, porque le quemaba la cara. Entonces le vino a la cabeza, repentinamente, la "boca de volcán" que le había mostrado su padre hacía tanto tiempo. Volvía a estar ante ella.

*La entrada a la sima es estrecha y profunda*

Pepe sonríe para sí mismo al recordar el episodio. Después de aquella segunda vez ha vuelto algunas más, y siempre se ha sorprendido al notar la flama que sale del agujero; incluso, dice, se adivina la roca como quemada en algunos sitios. Volverá pronto: quiere subir hasta allí con sus hijos, de la misma manera que hizo su padre con él. Hoy la sima aparece tranquila; ni humo ni aire caliente salen por su negra boca. Tal vez sea porque este día no hace ningún frío. Pepe se incorpora y, antes de marcharse, con la punta de su cayado limpia un poco la sima de ramillas y broza que le han caído encima, taponando en parte la entrada. Luego echa un trago de agua y emprende el camino de regreso.

El terreno es algo accidentado, pero Pepe lo conoce perfectamente. En su descenso no deja ni un instante de admirar la belleza del amplio panorama que se despliega ante su vista, porque no por haberlo disfrutado incontables veces, durante toda su vida, deja de llamar su atención; desde el mirador natural del Collado Altero ese familiar y querido horizonte sigue siendo el mismo que veía de niño –desde allí arriba no se notan los cambios–, cuando su padre y él, seguidos por su inseparable hato de cabras, emprendían el regreso al cortijo para comer en familia y descansar.

*Hito de piedras que señalizan el Collado Altero*

A sus pies las sierras de Loja, de Parapanda, de Huétor y Arana; Sierra Nevada, los Llanos de Zafarraya y el altiplano donde se asienta la capital de la comarca, Alhama de Granada, invisible salvo por el extremo de sus famosos Tajos, que se distinguen claramente incluso desde tan lejos. Un suave vientecillo del oeste ha apartado las nubes que había por la mañana y deja ver un cielo limpio, de un intenso color zafiro. Pepe se detiene un minuto: no puede pasar de largo ante ese espectáculo sin dedicarle una última mirada antes de internarse en el bosque de nuevo. Aun en este otoño cruelmente seco, Sierra Tejeda ofrece un paisaje digno de admirar, tan extenso, tan variado, tan frágil. Sobre todo, tan frágil.

Pepe Sales –y tantos como él– es un hombre de campo en todas sus acepciones posibles, consecuente consigo mismo y con su entorno, que ha vivido siempre manteniendo una respetuosa relación con el mundo natural, de la cual han salido ambos beneficiados. A estas alturas de su vida comprende mejor que nunca que es esencial que ese vínculo primario y fundamental Hombre-Naturaleza se conserve lo más cuidado posible, pues de ello depende mucho más de lo que imaginamos. Por fortuna, son cada vez más quienes reivindican comportamientos como el de Pepe, pero… ¡queda tanto por hacer! Todos deberíamos tomar ejemplo de esa actitud de respeto a ultranza a la Naturaleza, porque además de ser la postura más lógica –nadie debería tirar piedras a su propio tejado– y de tener plena garantía de reciprocidad –la Naturaleza nos devolverá con creces el favor–, podemos estar seguros de que asegurando el futuro del mundo natural, del mundo que nos rodea, en definitiva, estaremos asegurando también nuestro propio futuro.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 11 de noviembre de 2017*

## La muerte del Pino de las Cinco Ramas

*Un breve homenaje al que fue uno de los emblemas del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.*

*El Pino de las Cinco Ramas. Foto de Carlos Luengo*

Para todo ser viviente la muerte es una ley inapelable, igual que la vida, mientras ésta se mantiene. Pero, aun siendo plenamente conscientes de la mortalidad propia y ajena, cuando ésta se hace presente –no importa que sea anunciada, esperada o incluso anhelada– siempre nos provoca un escalofrío, porque su fría aparición implica el abandono definitivo de lo único que realmente poseemos, que es nuestra vida.

Nos despedimos hoy de un viejo amigo que durante generaciones dio sobradas muestras de merecer ambos calificativos, el de viejo y el de amigo: el Pino de las Cinco Ramas. Todos los que transitaron alguna vez –o incontables veces– por el camino terrero que lleva de los Prados de Lopera a la Resinera, dentro del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, pasaron inevitablemente por su lado. ¿Y cómo no verlo? Aquella estampa resultaba inconfundible con sus casi catorce metros de altura y más de seis de perímetro de base, un escultural tronco que se dividía desde el suelo en cinco brazos iguales que, a su vez, se bifurcaban en otros tantos y aquella copa gigantesca, tupida y verde que invitaba a "pasar dentro". Porque el bello y venerable Pino de las Cinco Ramas había hundido sus raíces precisamente justo a la orilla del camino, como si hubiese sido consciente de que a los viajeros que atravesaban su comarca les vendría bien descansar bajo la protección de sus ramas.

*La extensión de su frondosa copa era considerable. Foto de Carlos Luengo*

Se desconocía su edad exacta –los más viejos del lugar afirman que siempre lo han visto con ese porte–, pero los doscientos años los había cumplido holgadamente. Durante todo ese tiempo un incontable número de arrieros, pastores, viajeros, peones, labradores, resineros, esparteros, soldados, maquis, guardias civiles y más recientemente naturalistas, científicos, excursionistas y amantes de la naturaleza se acercaron a él y treparon por sus ramas, descansaron junto a su tronco, aprovecharon sus recursos, se resguardaron del sol y de la lluvia bajo el acogedor paraguas de su copa, mantuvieron con él largas conversaciones, estudiaron sus peculiaridades botánicas y fotografiaron hasta la saciedad su imponente figura. Cuántos momentos –ya del todo irrepetibles– quedaron amparados por su ramaje: el solitario niño pastor que, junto a sus ovejas, tiritando de frío en invierno, se resguarda de una tormenta repentina; el grupo de soldados que, camino del frente, se reúnen para echar el que tal vez sea su último cigarro; el arriero que viene de la parte de Almuñécar con su mula cargada de tomates e higos secos y se refugia del sol de mediodía para almorzar y seguir camino; el hijo del terrateniente que se detiene a ver si hay suerte y caza unos pájaros con su escopetilla de plomos; el guardia civil que, cansado de hacer su ronda, realiza un alto para recuperar fuerzas comiendo unas onzas de chocolate y soñando, quizá, con la llegada de tiempos mejores…

La bella y original silueta del Pino de las Cinco Ramas le había convertido en uno de los árboles catalogados como "singulares" por la Junta de Andalucía y, como tal, se encontraba especialmente protegido –al menos en teoría–, pero eso no le ha salvado de su destino. Hace tiempo ya que sus cinco pies se habían ido partiendo uno a uno debido al embate, durante mil inviernos, de incontables tormentas, quedando reducidos primero a cuatro y después a dos, hasta que el árbol, mutilado como un héroe de guerra, fue poco a poco perdiendo su vigor. Y no ha sido un voraz incendio, ni una enfermedad insidiosa, ni tampoco su avanzada edad la causa de su final. Tuvo que ser otro vendaval colérico e incontrolable, esta vez con nombre propio –la tormenta Ana– el que, pasando por encima de las copas del extenso pinar que lo rodeaba, escogió al veterano pino para envolverlo en su mortífero abrazo. De modo imprevisible llegó lo previsible: la fuerte embestida de un golpe de aire, un ensordecedor crujido de maderas rotas y el viejo pie debilitado, que cedió definitivamente. En la oscura madrugada del once de diciembre de 2017, mientras caía una nevada, el Pino de las Cinco Ramas claudicó por fin y a la mañana siguiente dejó ver su inmenso cadáver caído en el camino, doblegado para siempre, cubierto por una ligera capa blanca.

*El Pino de las Cinco Ramas resultó destrozado por un vendaval. Fotos de Jesús Pérez Peregrina y Eladia Rus Martínez*

Qué sabemos de cómo vive un árbol; de cómo muere un árbol. Pasamos a su lado como sombras efímeras; estamos acostumbrados a desoír sus lecciones de paciencia y estoicismo. ¿Sienten, de alguna forma, el dolor? Como nosotros, ¿son conscientes de su decadencia? En ese instante mínimo en el que cedió, ¿evocaría el Pino de las Cinco Ramas su vida larga y dadivosa? Ya no lo envolverá más la niebla helada del invierno, ni verá por primavera llegar de África las bandadas de golondrinas y vencejos; ya no oirá más el canto de la perdiz ni brillarán sus acículas bajo el fuerte sol del verano almijareño. Estos días la sierra se vestirá de cortinajes negros que presumiblemente tampoco seremos capaces de ver, porque el emblema de esas montañas, el Pino de las Cinco Ramas, que a tantas personas con sus historias y secretos dio cobijo, ha dejado ya de ser.

La vida de ese árbol singular, convertido para siempre en una leyenda más del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, ha llegado a su final. Cuando retiren el montón de leña y se disipe en el aire el olor a resina que han dejado sus pobres ramas desgajadas, quedará vacío el espacio que ocupó durante más de dos siglos. Pero crucemos los dedos: tal vez alguna semilla sana se le haya desprendido en su caída y tenga la suerte de germinar y crecer; entonces las generaciones venideras podrán disfrutar de un nuevo Pino de las Cinco Ramas –lo llevaría en los genes– por otros doscientos años más. Porque en eso consiste precisamente, afortunadamente, la Ley de la Vida: en ir de la mano del cambio, de la evolución, de la renovación. Hasta siempre, Pino de las Cinco Ramas. Gracias por haber formado parte de nuestra historia.

*A la orilla del camino, como siempre, permanecerá en nuestra memoria el Pino de las Cinco Ramas. Foto de Carlos Luengo*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 13 de diciembre de 2017*

## La canción de la Cueva del Linarejo

*Fiel a la llamada de las lluvias intensas, en una cita que se viene repitiendo desde que el mundo es mundo, la Cueva del Linarejo ha vuelto a entonar para todos nosotros su eterna canción.*

¡Llueve! Llueve y nieva por fin, casi a las puertas de otra primavera, cuando los anticiclones y la sequía se aferraban obstinadamente a nuestra tierra; cuando los cielos azules, sin una sola nube incluso en pleno invierno, parecían ya eternos, han regresado las borrascas a España, a Andalucía, a Granada, a la comarca de Alhama. Y el paisaje, dando la mejor de las bienvenidas a ese cambio necesario, se transforma también, volviéndose bucólico y espectacular: una luz inestable, de color gris, baña campos y montañas, pintadas de blanco en las cotas más altas; el cielo se puebla de nubes bajas y parece infinito sobre los ríos que bajan rebosantes de aguas pardas, turbias por arrastrar la tierra suelta; la niebla balsámica, impregnada en la esencia de mil plantas aromáticas, envuelve los montes oscuros, surcados por senderos embarrados y saturados de agua, tal y como debe ser –tal y como siempre ha sido– en esta época del año.

Pero lo más importante de todo es el espectáculo, el milagro de la lluvia, vertical y fragorosa, descargando unas veces mansamente, otras casi con rabia sobre la tierra reseca, empapando todo a su paso, bajando en forma de bravíos arroyos por los barrancos escarpados, precipitándose montaña abajo, saltando y borboteando hasta desembocar en los ríos y en el exhausto, casi invisible, embalse de Los Bermejales. Llueve en la comarca de Alhama, sobre las casas de los pueblos y las tierras de labor. Durante días y días, casi sin parar, obligando a los vecinos a refugiarse en sus hogares mirando al cielo con agradecimiento y satisfacción, pero sobre todo con alivio –ese instinto básico de las gentes del campo–, a pesar de la incomodidad del agua que en su irrefrenable carrera inunda caminos y carreteras, pero que en definitiva constituye, literalmente, un regalo caído del cielo.

*El embalse de Los Bermejales, bajo mínimos desde hace tiempo, ha cambiado su habitual color azul turquesa debido al barro que arrastran las lluvias*

Juan Mediavilla está en su casa de Játar. Confortablemente sentado cerca del fuego, observa a través de su ventana la lluvia caer incesante, hora tras hora, tan abundante y pródiga como en sus días de juventud –muy lejana ya–, cuando llovía de tal forma que parecía que los cielos caerían sobre sus cabezas. Estos días tan húmedos Juan no sale a dar sus acostumbrados paseos, porque se encuentra algo torpe de las piernas y no se quiere arriesgar a dar un resbalón. Pero escucha a sus vecinos de toda la vida comentar acerca de esta agua bendita que cae y cae anegando campos y caminos, de cómo llena los barrancos y está volviendo a alimentar las fuentes que se habían secado por completo durante la última sequía. Fuentes que en sus tiempos proveían de agua fresca todo el año, y más allí, en la sierra de Játar, famosa por sus abundantes acuíferos y manantiales. A sus casi ochenta y cuatro años Juan, cabrero de toda la vida, ha visto pasar muchos temporales de viento, de agua y de nieve, muchas sequías, mucho de todo, en realidad. Sentado a la orillica de su chimenea se entera también –todos lo están comentando, aunque él ya lo imaginaba– de que la cercana Cueva del Linarejo, merced a estos días de lluvia, ha vuelto, después de varios años en silencio, a "reventar". El famoso "reventón" del Linarejo que no es, ni más ni menos, que la voz de la cueva entonando su famoso canto de agradecimiento por el agua recién caída. Mucha gente se está acercando hasta el lugar para contemplar ese espectáculo natural. Mas Juan no necesita trasponer hasta allí para verla… sólo tiene que cerrar los ojos, y ya está.

*Juan Mediavilla Fernández*

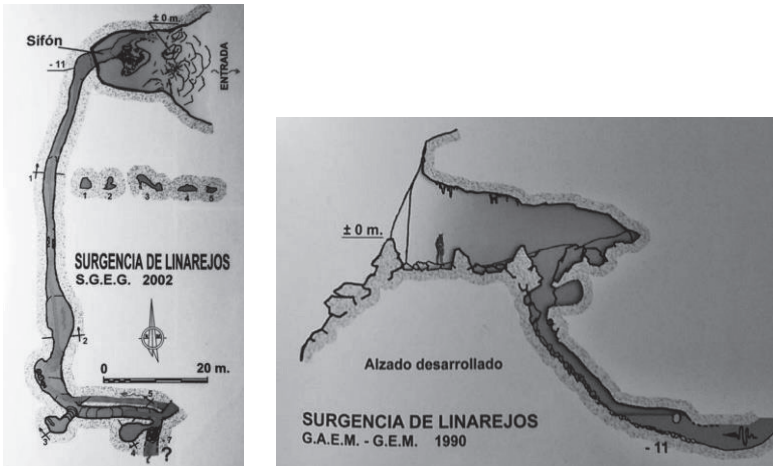
La Cueva del Linarejo o de Linarejos –qué más da una ese más que menos–; qué nombre tan familiar para todos los jatareños y sobre todo para él, para Juan Mediavilla, que se crió a su misma vera. Hijo, nieto y bisnieto de pastores, durante cuatro generaciones su familia se alojó en el Cortijo del Linarejo, donde criaban a sus animales y se instalaban todos los años con las mujeres de la familia para "hacer la cabaña" es decir, para fabricar los quesos y requesones, tarea que solía ocuparles los meses de abril, mayo, junio y parte de julio. Allí dio Juan literalmente sus primeros pasos, en el mismo barranco hacia el que se abre la boca de la famosa cueva –el Barranco de Linarejos–, donde se encuentra también la fuente de la que su madre llenaba cada día el cántaro de agua. Toda una vida allí; de niño, de adolescente, de joven y de adulto, y toda una vida divisando la cueva, que se sitúa justo enfrente de aquella casita –a apenas cien metros– donde se alojaba con su ganado. Desde siempre, desde que

Juan es capaz de recordar, la Cueva del Linarejo era conocida en toda la comarca, y más allá, por aquella rara peculiaridad suya de retumbar, de tronar, de "cantar" cuando llueve en abundancia. Juan, al igual que todo el mundo, sabe que ese fenómeno tiene una explicación científica muy concreta, y que muchos especialistas han visitado y estudiado esa cueva pormenorizadamente, explorando su interior hasta donde se ha podido pasar. Bueno… hasta donde la cueva, simplemente, les ha permitido pasar.

*El cortijo del Linarejo, un sencillo alojamiento de pastores, comparte su nombre con la cueva y el barranco junto al que se asienta*

Efectivamente, varios grupos de espeleología entre los que destaca el Grupo de Espeleólogos Granadinos (GEG) han estudiado, explorado y topografiado durante varios años esta cavidad geológica, a la que calificaron como de "importante surgencia de agua", y sus estudios fueron publicados en el libro "Exploraciones bajo del desierto de piedra, Alhama de Granada y Arenas del Rey" (2009). De esa forma, todas las incógnitas que durante siglos rodeaban a la cueva del Linarejo quedaron despejadas: cuando la surgencia "entra en carga", es decir, cuando el interior de la cueva se llena de agua y después de un fuerte ruido muy característico, el agua sale por la boca de esa cavidad en forma de torrente, más o menos abundante en función del agua caída. A ese ruido es al que todos llaman, desde tiempos inmemoriales, "el reventón". El agua cae en ruidosa cascada por el Barranco de Linarejos hasta desaguar en el cercano río Añales, y de ahí termina en el embalse de Los Bermejales. El interior de la cueva, según dichos estudios, quedó descrito así:

*"Una gran rampa ascendente de bloques, por la que sale el agua en varios puntos, culmina en un amplio porche, vestíbulo de la cavidad, en la base de la pared de cabecera de una amplia garganta formada por el río. Cuando la surgencia entra en carga, después del sonoro estampido, el agua sale por toda la zona de bloques y aún por la boca en impetuoso torrente, por haberse colmatado todas las cavidades internas de la cueva. El suelo está cubierto igualmente por bloques y entre ellos hay una pequeña oquedad por la que, en condiciones normales, se puede acceder al interior bajando por una fuerte rampa-pozo, destrepable sin dificultad, y que conduce a una sala de techo bajo, en rampa, llena de cantos rodados y en cuyo fondo se encuentra un lago de pequeñas dimensiones, a unos 11 m de desnivel respecto a la boca (...)*




*Planos del interior topografiado de la Cueva del Linarejo ("Exploraciones bajo el desierto de piedra, Alhama de Granada y Arenas del Rey", GEG)*

*Por encima del lago se abre el paso estrecho que permite acceder a la parte posterior del sifón sin necesidad de bucear, pero metiéndose hasta el cuello en el agua, que suele estar alrededor de los 12ºC. Recorridos unos 5 m. por el agua, se sale a una galería rectilínea por la que discurre el río y que a tramos forma charcos y pérdidas de corriente. Siguiendo la galería tras haber remontado un centenar de metros desde el sifón, se pierde nuevamente el curso del río a través de una estrecha grieta y que se reencuentra un poco más adelante pero en sentido contrario (...)*

*Interior de la cueva ("Exploraciones bajo el desierto de piedra, Alhama de Granada y Arenas del Rey", GEG)*

*Antes de volver a girar a la derecha siguiendo la corriente se llega, por un bajo laminador, a otra zona sifonada pero impracticable y sin posibilidades de progresión ya que sería aguas abajo. Haciendo el giro a la derecha de la galería se remonta una rampa de bloques por donde surge el agua, que acaba haciéndose impracticable con lo que, salvo otra pequeña sala existente a la derecha de la rampa final, se termina el recorrido de la cueva (…) Es notable la niebla que se produce al moverse el empapado visitante, debido la baja circulación gaseosa de la cavidad, que dificulta enormemente el obtener fotografías de la zona del río*."

*Otro rincón de la cueva ("Exploraciones bajo el desierto de piedra, Alhama de Granada y Arenas del Rey", GEG)*

Sí; desde luego, todas esas explicaciones están muy bien. Pero Juan Mediavilla no se deja impresionar por tan erudita exposición y evoca la Cueva del Linarejo como siempre fue, como a él más le gusta, es decir, tal y como la conocieron quienes la tenían más cerca. Aquella familiar cavidad que durante años se encontraba seca, callada e inofensiva, como una más de las incontables oquedades que forman parte del paisaje de Tejeda, Almijara y Alhama. Pero que, cada cierto tiempo –uno nunca sabía cuándo, y eso era lo mejor de todo– despertaba de aquella forma inaudita, misteriosa entonces, casi mágica, con un estrépito de viento y de agua que a todos dejaba asombrados. En dos ocasiones, Juan nunca lo olvidará, le cogió a él dentro de la misma cueva cuando ésta decidió "reventar". Resultaba un fenómeno curioso, casi intimidante: primero se escuchaban unos ruidos profundos, como bramidos que proviniesen del interior de la tierra –"¡talmente como si las entrañas de la cueva avisaran de que el agua estaba dentro y ya no podía más que salir!"–. Y luego llegaba aquel borboteo sordo que iba subiendo y aumentando en intensidad, mientras una especie de viento extraño y húmedo, impregnado de olor a piedra, salía de la boca de la cueva, en oleadas cada vez más fuertes y ruidosas. Entonces aparecía el agua, emergiendo del interior de la cavidad a borbotones, como si estuviese en ebullición, turbia, así como de un color lechoso amarronado, subiendo gradualmente de nivel y aumentando rápidamente su caudal hasta que la cavidad se desbordaba y un impetuoso torrente comenzaba a despeñarse ladera abajo, saltando ruidosamente entre las peñas.

*De las entrañas de la cueva surge el agua turbia, plagada de sedimentos, que rápidamente va llenando la cavidad hasta que rebosa por completo…*

*…despeñándose a continuación ladera abajo por todo el Barranco de Linarejos, con un ruido ensordecedor, que atrae la curiosidad de todos*

En ciertas ocasiones era tanta la lluvia que caía, que el torrente que manaba de la cueva inundaba los campos circundantes al Cortijo del Linarejo e incluso más abajo, desbordándose del propio barranco y dejando la zona convertida en un pantano en miniatura. A la gente le gustaba acudir para observar el espectáculo del "reventón" de la cueva, y no sólo del mismo Játar sino también de otros pueblos de la comarca; incluso se acercaban vecinos de los pueblos malagueños. Y es que todos habían escuchado el famoso estampido que anunciaba la salida del agua; se decía que aquel estruendo llegaba hasta los mismos pueblos de la costa. "¡Ya se oye la cueva tronar! ¡Ya va a salir la cueva de Játar!" Y la predicción popular no fallaba. Tanta era su fama, que a algunos locales les gustaba aumentar la leyenda del lugar relatando que habían visto con sus propios ojos cómo el agua llegaba hasta el techo de la cueva antes de despeñarse barranco abajo… pero Juan no puede asegurar eso, aunque ha pasado allí gran parte de su vida.

Sí que sabe, en cambio, de viejas historias que narran que el subsuelo de toda la sierra –no sólo de la de Játar, sino de la Almijara entera– está entero socavado por cuevas de todos los tamaños, conectadas entre sí por kilómetros y kilómetros de lóbregas gateras, pasillos y galerías. Juan recuerda a aquel viejo zahorí que pasaba con frecuencia por la Venta de López, afirmando muy convencido que debajo de todo aquello había un "ojo de mar" y que la misma Cueva de Nerja se comunica por intrincados pasadizos subterráneos con la Cueva del Linarejo; que las simas y grutas que hay por toda la sierra lo demuestran. Pensando en esa idea, un buen día el padre de Juan y un amigo suyo realizaron un curioso experimento. Se acercaron a la sima del Cerro del Majano y tiraron por la boca de aquel negro agujero un saco entero de paja. Después bajaron a la Cueva del Linarejo, y cuál no fue su sorpresa cuando, al cabo del rato, vieron aparecer aquella paja flotando en el agua, saliendo con el torrente de las entrañas de la cueva. ¡Pues iba a resultar que era verdad! La comunicación esa de la que hablaba el zahorí, a la vista de los hechos, parece ser que existía…

*Como surgido de la nada, un caudaloso río de espuma blanca se precipita barranco abajo con gran estruendo, constituyendo en sí mismo un bello espectáculo de la naturaleza*

No hay misterio, pues. Y Juan Mediavilla, al igual que todos, lo sabe. El agua mana de la boca de la cueva mientras llueve y se va filtrando por el terreno calizo; cuando cesan las lluvias, ese circunstancial río subterráneo continúa fluyendo por unos días más, disminuyendo gradualmente su caudal hasta que termina por desaparecer, quedando su cauce completamente seco, casi –sólo casi– como si no hubiera pasado nada. Todo vuelve entonces a la normalidad hasta la próxima vez que llueva torrencialmente, nadie sabe con certeza cuándo. ¿Pasarán uno, tres, cinco, ocho años…? Puede que menos, o tal vez más. Pero no cabe duda de que esa incertidumbre forma parte del encanto del lugar; al menos, en eso no han cambiado las cosas, ni cambiarán jamás. La Cueva del Linarejo, libremente, se reserva el derecho a decidir cuándo cantará la próxima vez.

Porque, afortunadamente, quedan todavía fenómenos naturales que el hombre no puede controlar, ni siquiera predecir con exactitud. Del mismo modo que nunca sabremos cuántas cuevas inexploradas –pequeñas como agujeros o majestuosas como catedrales subterráneas– esconde Tejeda, Almijara y Alhama, desconocemos el momento en el que la Cueva del Linarejo nos volverá a sorprender con el bello espectáculo del "reventón"; con la sonoridad de su canto profundo e inconfundible. Sólo de una cosa podemos estar seguros: la cueva volverá a entonar su canción, la Canción de la Tierra, como diría Gustav Mahler, antes o después. Y nosotros, arrogantes humanos que creemos saberlo todo, seguiremos acudiendo a su llamada tan fascinados como lo hicieron quienes pensaban que aquel fenómeno era, naturalmente, pura magia.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotos, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 10 de marzo de 2018*

# En busca del sendero perdido

*Qué habría sido del progreso y la comunicación entre los pueblos sin la existencia de los caminos y las sendas tradicionales, que facilitaron durante siglos el paso de un lugar a otro a muchas generaciones de trabajadores del campo.*

La historia de las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama habría sido muy otra, sin duda, de no haber contado con un extensísimo y complejo entramado de senderos y caminos de herradura que la surcaron de norte a sur y de este a oeste. Caminos que facilitaron el acceso a otros lugares a pesar de lo intrincado del terreno y resultaron imprescindibles, durante muchas generaciones, para tantos hombres y mujeres que por trabajo o por pura necesidad acudían al monte a diario, incluso para cruzar la divisoria entre las provincias de Málaga y Granada, sin tener así que rodear todo el macizo montañoso en una época en la que los viajes eran agotadores, costosos y muy, muy largos. Afirma Ricardo Salas, director conservador del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, que las montañas no separan, sino que han unido desde siempre a los pueblos de uno y otro lado. Y, efectivamente, así es. Los caminos, las veredas, incluso las sendillas menos frecuentadas constituían la expresión física más evidente y palmaria de ese vínculo entre los pueblos. Trepando, descendiendo y serpenteando incansables a lo largo de las laderas, como cordoncillos blancos prendidos al terreno, los senderos enlazaban las comarcas de la Axarquía de Málaga y la Comarca de Alhama desde la misma línea costera hasta los pueblos del interior de la provincia de Granada.

*Antiguo camino que recorría la cuenca alta del río Chíllar. Fotografía del año 2005*

Hoy recordamos uno de aquellos senderos. Y no sólo lo recordamos; lo homenajeamos, lo invocamos incluso, y –¿por qué no?– lo reivindicamos. Un sendero que fue muy importante hasta hace tan sólo sesenta años, pero que no tuvo la suerte de sus hermanos, los caminos del Puerto de Cómpeta y del Puerto de Frigiliana, y con el desuso y el paso del tiempo ha quedado relegado, desahuciado, impracticable ya, vigente tan sólo en el recuerdo de quienes –y cada vez son menos– lo transitaron en otra época. Él también formaba parte de la red de conexiones a través de las montañas existentes entre Málaga y Granada; sendas que

atravesaban valientemente la sierra entera buscando los pasos naturales más accesibles –los puertos de montaña–, allí donde las cumbres suavizan su perfil y conceden un breve respiro al viajero entre afiladas crestas, barrancos insalvables y paredes de vértigo. Se trata del camino que enlazaba Nerja con Fornes, Jayena y Alhama de Granada, ascendiendo por todo el valle del río Chíllar y alcanzando el collado de la Fuente del Cuervo, justo en el límite interprovincial.

Al igual que sus vecinos más afortunados –los señalizados y desbrozados caminos del Puerto de Frigiliana y el Puerto de Cómpeta–, el sendero de la Fuente del Cuervo atravesaba territorios de indescriptible belleza y grandiosidad, incluyendo por ende en su trazado algunos de los cortijos y enclaves más conocidos de la Sierra de Nerja. Hasta mediados de los años cincuenta del siglo XX el trasiego por esa zona era permanente: trabajadores de todo tipo y condición –carboneros, esparteros, caleros, arrieros, pastores, labradores, jornaleros– recorrían el sendero en ambos sentidos de día y de noche, camino de sus labores; en rigor se trataba de una ruta larga y difícil, pero los hombres y mujeres de antaño estaban hechos a eso y a mucho más. Efectivamente: desde Frigiliana arrancaba, subiendo primero y bajando después por las Lomillas del Chíllar, para tomar luego la Cuesta de Jiménez hasta el cauce del río Chíllar. De uno de aquellos recodos partía la senda conocida como la Cuesta del Imán que, faldeando la parte baja de los Tajos del Almendrón y sorteando numerosos barrancos, alcanzaba finalmente el importante Cortijo del Imán. Desde ese punto estratégico continuaba subiendo, bordeando las bases del Cerro de las Tres Lindes, el Nido del Buitre y los Tajos del Sol, dibujando fielmente las curvas de nivel de la cuenca media del río Chíllar hasta alcanzar una explanada donde se asentaban unas cabañas de verano, en el bello paraje conocido desde tiempos muy antiguos como la Fábrica del Imán. A partir de allí, camino de la cabecera del río Chíllar y sorteando los numerosos barrancos y cascadas que aportan agua al río, el sendero describía una amplia curva hacia la izquierda que subía y subía, ya bajo las estribaciones de Piedra Sillada y La Cadena, atravesando la Hoya del Helechal hasta concluir su ascensión en el lugar donde brotaba la Fuente del Cuervo, un pequeño collado que daba acceso, por fin, a la provincia de Granada. El sendero continuaba desde allí, ya cuesta abajo, hasta que enlazaba con el que llegaba del Puerto de Frigiliana, desde donde ambos compartían el camino que transcurre por el valle del río Cacín hasta Fornes, Jayena y otros pueblos granadinos.

*Plano trazado a mano de principios del siglo XX en el que aparece el sendero, pasando por el cortijo del Imán y la Fábrica, en su camino ascendente hacia la Fuente del Cuervo*

Cuánta historia; cuántas vidas y acontecimientos cotidianos o extraordinarios, cuántos sucesos y anécdotas –buenas y malas– atesoraba ese camino centenario. Las pendientes que abrazan la cuenca del Chíllar se encontraban a la sazón pobladas por densos bosques de pinares y encinas siempre verdes y cubiertas, en las cotas más altas, por un espeso tapiz de monte bajo plagado de romeros y lavandas, tomillo, aulagas, bojes, jaras y palmitos. Pero lo que más abundaba, a pesar de la escabrosidad del terreno, eran los bancales de labor. Los experimentados campesinos de la zona cultivaban olivos, algarrobos, patatas, maíz, habichuelas y otras hortalizas allí donde hubiese un trozo de terreno que se pudiese nivelar y regar con las aguas del río Chíllar o de cualquiera de las barranqueras que se precipitaban por las escarpadas laderas del circo que formaban el Almendrón y los cerros aledaños. El sendero era transitado indistintamente por personas y animales –arrieros con sus bestias, pastores con el ganado– y en algunos tramos se veía tan ancho como un camino de herradura. La feraz vegetación que poblaba las laderas no llegaba a cerrar el paso por tan continuo ir y venir, al margen del cuidadoso mantenimiento –desbroces frecuentes con hachas de pequeño tamaño muy bien afiladas– al que esa importante vía de comunicación era sometida cada poco tiempo.

*Inicio del sendero conocido como Cuesta del Imán desde el río Chíllar. En la actualidad se encuentra casi enterrado en la vegetación*

*El cortijo del Imán, en su explanada (de color más claro, en el centro de la imagen). El sendero que llevaba hasta allí era perfectamente visible. Fotografía del año 2005*

A partir del río Chíllar el punto más relevante era el Cortijo del Imán, situado en el término municipal de Nerja, famoso por su magnífica ubicación –tierra adentro y valle arriba, pero con vistas al azul del Mediterráneo– y fértiles terrenos, cuyos sembrados abancalados llegaban hasta el mismo margen del río. En aquellas sólidas construcciones de piedra, que incluían viviendas, corrales y hasta un antiguo molino de aceite, se albergaban varias familias con sus hijos, además de abundante ganado como cabras, vacas, cerdos y gallinas. El enorme horno de ladrillo macizo del cortijo inundaba de olor a pan recién hecho todo el valle cada vez que se encendía, y las voces y silbidos de los trabajadores se escuchaban a todas horas, haciendo eco en las paredes de piedra que rodeaban el paraje como un anfiteatro de dimensiones gigantescas. A lo largo de su historia, fueron muchas las generaciones de pastores y labradores que vivieron y murieron en el Cortijo del Imán. El lugar, inevitablemente, también sufrió el acoso de maquis y guardias civiles durante la posguerra española por encontrarse muy cerca de lugares de difícil acceso, algo de vital importancia para quienes no querían ser encontrados. Un destacamento de la Guardia Civil llegó a apostarse en aquellas casas, desde donde se planearon y pusieron en práctica algunas de las escaramuzas más importantes contra la guerrilla antifranquista.

*El cortijo del Imán en la actualidad, imponente todavía a pesar de su abandono*

Pero volvamos a nuestro camino. Éste continuaba su recorrido barranco arriba, dejando atrás el Cortijo del Imán, atravesando paisajes de belleza inusitada, ascendiendo con el río –cada vez más joven– hacia su cabecera, encajonándose entre laderas empinadas que terminaban en imponentes torreones de piedra, en un ascenso sin tregua hacia las chozas de verano donde algunos pastores pasaban los meses del estío para "hacer la cabaña" –fabricar quesos y requesones–. Ese paraje era conocido desde tiempos antiguos como la Fábrica del Imán porque allí mismo se lavaba el mineral que se extraía de las cercanas minas del Puntal de San José, allá por el siglo XIX. La Fábrica era el punto de agua más cercano a las minas; desde allí se bajaba el mineral a lomos de bestias por la Cuesta del Imán hasta el río Chíllar y el Collado de los Apretaderos. La Fábrica –o Fabriquilla, que también se conoce con ese nombre– bullía de actividad frenética desde mayo hasta finales de septiembre, época durante la cual numerosos pastores se mudaban a las cabañas con sus familias y sus cabras, donde hacían sus quesos y también cultivaban productivos bancales de patatas, habichuelas y maíz, en unas tierras donde anteriormente se habían criado y secado incluso hasta plantas de tabaco.

*Curso medio del río Chíllar. Se distingue claramente el sendero que llevaba del Imán a la Fábrica del Imán; en el extremo derecho, sobre una planicie, se puede ver el cortijo del Imán. Fotografía del año 2005.*

Una de aquellas familias era la de Antonio Ortiz, de Frigiliana. Durante los tres años que vivieron y trabajaron en el Cortijo del Imán, Antonio y su mujer, Dolores, subían con sus cabras hasta las cabañas de la Fábrica, donde pasaban los meses estivales criando chotos, haciendo quesos y requesones y labrando las paratillas cercanas. Existían entonces dos cabañas, construidas al estilo de toda la vida, con muros de piedra seca sobre los cuales se colocaba una estructura de palo a dos aguas que daba altura al interior y servía de armazón sobre el cual se sujetaba el lastón –herbácea con propiedades aislantes e impermeabilizantes– con el que se cubría el tejado. La puerta se hacía con un sencillo entramado de ramas y aulagas secas, así como los corrales destinados a las cabras –los animales saltaban los muros de piedra, pero no los de aulaga, porque se pinchaban–. Alrededor de las chozas, todo eran bancales sembrados de maíz, patatas y habichuelas, que eran los cultivos que mejor se adaptaban a esa zona. Se regaban con el agua que acumulada en una alberca que venía directamente del arroyo del Barranco de la Hoya de las Monjas, de donde la tomaban también para beber.

*Antonio y Dolores en la Fábrica del Imán; debajo, cocinando dentro de la choza*

Por encima de las cabañas del cortijo de la Fábrica del Imán proseguía el sendero, cada vez más empinado, trazando la extensa curvatura que conforma la cabecera del río Chíllar. A la altura del lugar conocido como la Hoya de la Mula el camino se bifurcaba: hacia la derecha, un ramal trepaba hasta el Puerto de la Ventosilla y las minas de San José, de donde años atrás se obtenía el mineral que se lavaba luego en la Fábrica. A la izquierda, el sendero principal continuaba su singladura rodeando los nacimientos del río Chíllar camino ya de la cercana Fuente del Cuervo, situada en el collado del mismo nombre, donde justo antes de dar vista a la vertiente granadina de la sierra se encontraba la fuente propiamente dicha, junto a otra cabaña de pastores y una alberca construida para que bebiese el ganado.

*Restos de las cabañas de la Fábrica del Imán, en la actualidad*

Era imposible decir la de gente que pasaba a diario por allí a lo largo del año, pero sobre todo durante el verano, pues ese camino tenía el mismo tránsito –tal vez incluso más– que el del Puerto de Frigiliana y el de Cómpeta. Los pastores, los arrieros, los viajeros ocasionales, el quesero que pasaba semanalmente a recoger los quesos recién hechos y llevar encargos… ¡para qué contar! Hasta el médico de Nerja se acercaba a menudo por allí para cazar, reconocer a sus pacientes y proporcionarles algunos medicamentos. Aquel movimiento de personas y animales mantenía el camino perfectamente limpio y despejado: los usuarios con sus albarcas y sus agobías de esparto –el calzado de las gentes humildes del campo– y el ganado con sus incontables y diminutas pisadas. Si la lluvia deshacía algún tramo, ése se reparaba; si las bestias levantaban una gran piedra, aquélla se apartaba; si alguna planta crecida invadía el paso, ésta se cortaba. Era primordial que aquella senda, vía de comunicación imprescindible para todos, se mantuviese en el mejor estado posible.

Pero aquella época llegó a su fin: a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del pasado siglo los cortijos fueron abandonándose en favor de pueblos y ciudades; el paso por los caminos disminuyó hasta tal punto que muchas de aquellas vías empezaron a cerrarse y quedar enterradas bajo la vegetación que, naturalmente, crecía libre y sin control de nadie. El Cortijo del Imán y el de la Fábrica no fueron una excepción y a medida que sus muros se desmoronaban las aulagas, los romeros, los palmitos y las jaras se fueron adueñando del camino que los unía con el resto del mundo, cubriéndolo hasta casi hacerlo desaparecer. En el año 1975 un gran incendio asoló miles de hectáreas en la Almijara y a principios de los años ochenta, para sacar la leña resultante de aquel penoso desastre, se abrió a máquina un camino que, desde el collado de la Fuente del Cuervo –utilizando unos tramos y arrasando otros del sendero tradicional– bajaba hasta el barranco del río Chíllar, por debajo de la ya extintas cabañas de la Fábrica. Poco tiempo antes, muy cerca de la Fuente del Cuervo, se había construido una caseta que servía como refugio a los guardas y a los cazadores que se movían por esa zona, en un intento por revitalizarla. La edificación, pequeña pero muy completa, contaba con dos habitaciones amuebladas, comedor, cocina y dormitorio con literas; un pequeño anejo que servía como cuadra y hasta agua corriente, proveniente de la Fuente del Cuervo. Pero tras un tiempo de decadencia y abandono fue declarada en ruinas y demolida, desapareciendo también.

*El refugio o caseta del Cuervo fue demolido hace unos años debido a su estado ruinoso*

La historia se repetía y la decadencia del lugar seguía su curso. Inevitablemente, con el paulatino abandono de las actividades tradicionales de mineros, pastores, labradores y arrieros, dejó de ser imperativo el paso por el Cortijo del Imán, por las cabañas de la Fábrica, por las minas de San José y por la Fuente del Cuervo. Nuestro camino fue desapareciendo lenta e inexorablemente bajo el matorral, en un proceso natural que continúa hoy en día. Cada año un poco menos visible, cada año más engullido por las aulagas y el romero, el histórico sendero del río Chíllar al Imán y a la Fábrica se encuentra hoy casi impracticable, y su estado es aún peor en el tramo que va desde la Fábrica hasta la Fuente del Cuervo. A duras penas, desde lejos, se pueden atisbar ya algunos tramos de aquella importante vía de comunicación.

*El cortijo del Imán en el extremo derecho; en la actualidad ya no se distingue el sendero, engullido casi por completo por el matorral. Foto de Mariló V. Oyonarte*

*Fuente del Cuervo, en la actualidad*

En el lugar donde surgía la Fuente del Cuervo –un nacimiento natural de agua– se construyó una bonita fuente de piedra, junto al camino que ocupó el lugar del sendero original, muy cerca de los restos de la antigua alberca. Pero este camino también está siendo invadido por la maleza, de tal forma que muy a duras penas se puede ya acceder al Cortijo de la Fábrica, pues en algunos tramos se encuentra absolutamente perdido. La naturaleza reconquistó hace tiempo lo que fue suyo en una labor tenaz y constante; los romeros de ramas retorcidas, las

aulagas, altas y fuertes, creciendo desmesuradas como la vanguardia de un ejército invasor, han triunfado y lo enmarañan todo, ahogando –¿para siempre?– el viejo sendero, que por momentos reaparece a lo lejos como una sombra, como un espectro casi, bajo las ramas de un pino o junto a un barranco arenoso.

*Bajando por un sendero imposible, camino de la Fábrica del Imán. Foto de Mariló V. Oyonarte*

Esta situación favoreció la desorientación de algunos excursionistas, aunque los casos más destacados sucedieron en los meses de verano de los años 2011 y 2012. Atraídos por la belleza de estos parajes, la holandesa Mary Ann Goosens y el británico Gordon Simm se extraviaron en la cuenca del Chíllar; tras dieciocho días desde su desaparición Mary Ann pudo ser rescatada; desgraciadamente, del británico Simm no se volvió a saber nada, a pesar de la completísima operación de rescate desplegada por las fuerzas de la Guardia Civil, el SEREIM, el SEPRONA, Protección Civil y el Cuerpo de Bomberos de Málaga.

El progreso, qué duda cabe, mejora la vida de las personas, pero a cambio nos obliga a ir dejando ciertas cosas atrás. El sendero de la Fuente del Cuervo está a punto de desparecer definitivamente, como lo han hecho los oficios ancestrales, las casas y hasta la mayoría de las personas que dependían de él, que lo utilizaban, lo apreciaban y lo conservaban. Los caminos tradicionales son un patrimonio común que narra una parte de nuestra historia; sólo por eso ya merecería la pena conservarlos, si no todos, al menos los más significativos. Para que cada vez que caminemos por cualquiera de ellos tengamos presente que antes que nosotros dejaron su huella muchas personas que trataron de sobrevivir de la mejor forma posible en el entorno bravío de la sierra.

En poco tiempo tendremos que pensar en el sendero del Imán al Cuervo como en un anacronismo que perdura exclusivamente en las mentes de quienes lo transitaron, hasta que ellos mismos desaparezcan también. ¿Debería recuperarse para que futuras generaciones de caminantes puedan disfrutar de sus maravillosos paisajes? ¿O quizá sería mejor dejarlo dormir en paz, como lo hacen ya los cortijos del Imán y la Fábrica, por preservar su frágil e indómito entorno? Conservar para respetar; porque en caso contrario sería mejor dejarlo en el olvido, tal y como se encuentra ahora. Lo poco o lo mucho que se pueda hacer, como siempre ha sido y siempre será, queda en nuestras manos: en las de cada uno, en las de todos.

*Albarcas originales de los años cincuenta, las que usaba Antonio Ortiz para caminar por el sendero del Imán*

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 5 de mayo de 2018*

## El duende del bosque regresa a Sierra Tejeda

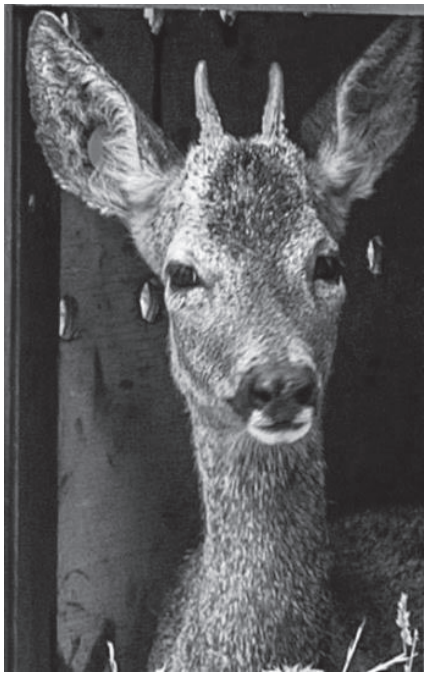
*Neruda, un joven ejemplar de corzo morisco (subespecie del corzo europeo autóctona de los montes de Cádiz, Málaga y Granada) ha sido liberado recientemente en Sierra Tejeda.*

Sucedió en un instante: fue visto y no visto. Y también en un instante tuve la amarga certeza de que había perdido mi libertad para siempre. ¿Cómo había podido pasarme eso a mí, que soy tan cauteloso? Desde hacía unas horas –cuántas, lo ignoraba: también perdí la noción del tiempo– me veía aprisionado en el interior de un siniestro cajón de madera completamente cerrado salvo por unos diminutos agujeros circulares abiertos en las paredes, y estrecho hasta el extremo de que dentro de él apenas si quedaba espacio más que para respirar. La incomprensión, el pánico y la impotencia anulaban mis sentidos de tal forma que, aunque hubiese podido ponerme en pie, mis patas habrían sido incapaces de sostenerme. Sin poder rebullirme ni mucho menos escapar, sin ningún margen de acción, me eché en el suelo de mi jaula y aguardé en silencio –enmudecido por la angustia, en realidad–, escuchando mi propia respiración entrecortada. Esperaba, no sabía a qué o a quién pero esperaba, sin poder imaginar lo que había fuera ni por qué me veía así; ignorante de si aquel inexplicable encierro sería ya para siempre. Por momentos estiraba el cuello y las orejas intentando olfatear u oír algo que me diese pistas sobre lo que pasaba a mi alrededor; poco a poco mis ojos se iban acostumbrando a la semioscuridad de mi prisión –la luz del día penetraba a duras penas en el interior– mientras, encogido en cuerpo y alma, intentaba sin conseguirlo aplacar la angustia que me atenazaba la garganta. Tenía la sensación de que llevaba una eternidad allí metido. ¡El concepto de tiempo resulta tan incomprensible para nosotros…! Mi carácter naturalmente libre e independiente se rebelaba en vano ante aquella situación.

*Cajón de transporte especial para mover animales salvajes de un lugar a otro con seguridad*

Mi nombre es Neruda –me bautizaron como al poeta– y soy un joven corzo macho, de catorce meses de edad; me dicen también "vareto" porque mis cuernos son todavía los de un adolescente, es decir, de forma recta y sin ramificaciones. Nací en la localidad de Alcalá de los Gazules, en la sierra de Cádiz, en concreto en la Estación de Referencia del Corzo Andaluz, un

recinto en pleno Parque Natural de Los Alcornocales dedicado a la conservación, cría y repoblación de los de mi especie: el genuino corzo andaluz o corzo morisco. En ese centro crecí y viví en perfecta semilibertad junto a mi madre, mis hermanos y hermanas y otros ejemplares como nosotros, hasta el momento de mi captura. Nos llaman moriscos porque yo y los que son como yo representamos orgullosamente una rara variedad del corzo europeo más pequeña y enjuta, de color más oscuro tanto en pelaje como en cuerna –entre otras diferencias menos visibles– y mejor adaptada al entorno mediterráneo, características que nos convierten en únicos a los corzos que poblamos –que adornamos con nuestra presencia, por qué no decirlo– los bosques más recónditos de Cádiz, Málaga y Granada.



*Neruda, el corzo morisco*

Rayaba el alba. Como siempre, la noche anterior yo había salido del rincón del bosque donde solía pasar las horas centrales del día tumbado bajo el matorral, lejos de miradas indeseadas y de posibles enemigos. Los corzos somos seres solitarios, territoriales, muy cautos y desconfiados; nos gusta vagabundear entre la espesura moviéndonos con ligereza, casi invisibles gracias a nuestro pelaje, como fantasmas sigilosos, atentos al más mínimo sonido; será por eso que muchos nos llaman –muy acertadamente, creo yo– los duendes del bosque. En esa hora entreluces en la que ni es de día ni es de noche, cuando se desdibujan los contornos de los árboles y las sombras se vuelven anchas y oscuras, se acentúan los olores y los sonidos también, yo y los míos salimos de nuestros escondrijos para alimentarnos y hablar entre nosotros. Había pasado un buen rato ramoneando hierba y devorando los suculentos brotes tiernos de las zarzas –mi comida preferida–, que después de un invierno tan lluvioso se encontraban en su mejor momento, cuando mi finísimo olfato me guió hasta un claro en el que hallé un montoncito del pienso que a veces nos ponen en los comederos, cuando el invierno se presenta crudo o el verano es muy seco y el alimento natural escasea. Miré a mi alrededor y agudicé el oído desconfiando por puro instinto, pero no percibí nada raro. Me

acerqué para dar buena cuenta del sabroso hallazgo y súbitamente algo me cayó por encima, rodeándome e inmovilizándome en un segundo. Por mucho que cabeceé, brinqué y coceé nada conseguí; a cada movimiento que hacía más se me enredaban las patas y los cuernos en aquella red hecha de mallazo de cuerda. Cuando fui consciente de que no había escapatoria posible bramé tristemente llamando a los míos –que habían huido despavoridos ante el revuelo– hasta que, sabedor de que no acudirían, bajé la cabeza y me eché en el suelo agotado por el esfuerzo y el estrés, resignado, aceptando mi destino con el estoicismo humilde propio de los animales. Mi vida –estaba seguro–, como la de muchos otros antes que yo, había llegado a su final.

*Bebedero para corzos en el Centro de Recuperación*

Pasó el tiempo; creo que incluso dormí un rato hasta que me despabiló el sonido inconfundible de pasos y voces humanas, que se acercaban con premura. Se confirmaron mis temores: venían a por mí. Unos brazos me alzaron del suelo sin esfuerzo –apenas llego a los veinte kilos de peso– y unas manos me cubrieron los ojos cuidadosamente con algo que noté como una cinta hecha de un tejido suave. Los hombres hablaban entre sí con voz queda, sin duda para no asustarme más, al tiempo que me sujetaban con firmeza; acto seguido sentí un agudo pinchazo en la espalda. Casi al momento y sin poder evitarlo mis músculos se relajaban y perdían fuerza rápidamente por lo que, muy a mi pesar, dejé de forcejear con mis captores –el tranquilizante para evitar estrés y el selenio para impedir la miopatía de captura o rigidez muscular hicieron bien pronto su efecto–. Con presteza, eficacia y evidente experiencia, un veterinario me examinó al detalle en pocos minutos: me extrajo sangre, tomó muestras biológicas de distintas partes de mi cuerpo y me realizó diferentes mediciones; por último me taladró la oreja derecha con un crotal de color rojo y posteriormente varios hombres me trasladaron con diligencia a aquel cajón de transporte oscuro y estrecho, que después cargaron en un vehículo. Las horas siguientes se emborronan en mi mente: recuerdo que el vehículo se desplazó por una ruidosa carretera hasta llegar a un lugar que, a juzgar por mi olfato y mi oído –en los que confío más que en mis ojos– yo desconocía por completo.

*Un vehículo y personal especializado de la Junta de Andalucía transportan a los animales de forma segura*

A partir de ese momento los acontecimientos parecieron precipitarse. Advertí cómo me levantaban en vilo y me trasladan a un punto determinado. Depositaron el cajón en el suelo e inesperadamente, cuando yo ya lo daba todo por perdido, una angosta puertecita de guillotina se levantó despacio, delante de mis narices. Mi desconcierto no tenía límite. Los rayos del sol inundaron mi diminuta prisión, disipando en un momento la negrura que me rodeaba –en todos los sentidos– y por fin pude ver, oír y olfatear dónde me encontraba. Se trataba de un bosque; un lugar muy parecido a aquel del que provengo aunque las plantas, los árboles, los olores y los sonidos que flotaban en el aire eran otros; incluso la luz era distinta. Continué echado, pues las horas de inmovilidad me habían entumecido los músculos y desconfiaba de mis propias fuerzas. La puerta se encontraba ahora totalmente abierta. A mi alrededor varias personas, a una distancia prudente, esperaban y me observaban con interés, sonriendo en actitud amistosa, animándome con gestos y palabras a salir de mi encierro. Alguien pronunció mi nombre suavemente –"Vamos Neruda, ya puedes salir de ahí"– mientras una mano me acariciaba con delicadeza la frente y las orejas. Para mi sorpresa no me asusté, sino más bien al contrario: hice acopio de ánimo y energía para saltar y alejarme de todo aquello cuanto antes. ¿Sería capaz? ¡Adelante, que no se diga! Tras algunos titubeos me puse en pie –mis patas traseras todavía no respondían con la rapidez de siempre– y, primero a pasos cortos y después a saltos, sin apenas dar crédito a mi buena estrella, escapé lo más rápidamente que pude.

*Neruda es liberado, por fin*

Huí a toda prisa y sin mirar atrás bajo la atenta mirada de quienes hasta entonces había creído mis depredadores. En pocos segundos la agilidad y la potencia de salto habían vuelto a mis cuatro patas y me sentí soberano de mí mismo, dichoso, fuerte y libre otra vez. Me dirigí directa e instintivamente a la zona de vegetación más intrincada, que me atraía como un imán. Pero antes de desaparecer entre la maleza para siempre me detuve unos segundos y volví la cabeza para mirar a aquellos hombres, que en lugar de devorarme –como había temido desde el principio– me observaban desde lejos satisfechos, sin moverse, mientras conversaban tranquilamente entre sí. Yo no podía entender sus palabras, pero sí sus miradas. Nos contemplamos mutuamente con respeto y durante un mágico instante se estableció entre nosotros una comprensión absoluta: la que nunca debería haberse perdido entre el hombre y el animal. Como arrastrados por la brisa que soplaba en ese momento, mis temores desaparecieron definitivamente. Di media vuelta y, ya sin correr, me interné expectante, risueño casi, respetuoso, en mi nuevo hogar. Mi olfato me indicaba que no estaba solo: muy cerca de allí, otros como yo me estaban esperando. Fui en su busca…

Neruda es el último corzo andaluz –el décimo ejemplar en siete años– que la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio ha liberado en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, para incrementar la población de esta especie en ese espacio natural. La suelta tuvo lugar el pasado trece de junio en el término municipal de Alcaucín, donde la Junta de Andalucía mantiene un cercado de aclimatación dotado de una serie de medidas de seguridad y ventanas de dispersión, a través de las cuales los animales liberados van entrando y saliendo del recinto a la montaña en completa libertad. Neruda, al igual que los demás ejemplares de su especie –machos y hembras– soltados en ese recinto, pasará un

tiempo indeterminado reconociendo su nueva ubicación y, cuando se sienta seguro, se marchará para establecerse definitivamente en algún lugar de Sierra Tejeda.

No se puede predecir el futuro que le espera al joven Neruda, pero una cosa es segura: Sierra Tejeda es un lugar inmejorable para la reproducción de estos cérvidos; así lo demuestran las estadísticas. Si nuestro corzo se adapta correctamente a su nuevo medio, si aprende a alimentarse y defenderse bien, si no enferma y si no es herido de muerte por algún adulto de su especie –los machos dominantes suelen ser recelosos y agresivos– o por la escopeta maliciosa de un cazador furtivo, Neruda madurará y se apareará con cualquiera de las hembras que ya habitan en ese rincón de la sierra. Y tendrá muchos hijos, y colaborará con su existencia útil y bella a la conservación de la subespecie del corzo morisco, y con ello al mantenimiento de la variedad faunística de nuestros bosques. Porque, como suele decirse, la vida siempre se abre camino. Si los dejamos, plantas y animales prosperarán; trascenderán. Tan sólo hay que favorecer un poco las condiciones para ello y noblemente, desinteresadamente, humildemente, magnánimamente, darles la oportunidad.

*Texto, Mariló V. Oyonarte*

*Fotografías de Carlos Luengo*

*Publicado el 23 de junio de 2018*

# Todos contra el fuego

*Otro año más, el verano acude a su cita con el hemisferio norte de nuestro planeta. Y, otro año más, se suceden las recomendaciones y alegatos encaminados a evitar en lo posible los incendios forestales.*

*La densa frondosidad de nuestros bosques puede ser su perdición, en caso de incendio*

Parecía que el verano no llegaba, que no llegaba… pero aquí está por fin, y, aunque algo tardío, ha regresado escoltado por toda una guardia de sol impenitente, altas temperaturas, sequedad ambiental y ausencia de precipitaciones. El invierno y la primavera fueron suaves y lluviosos –como los de antaño, dicen– y gracias a ello multitud de herbáceas y matorral nuevo crecieron tupidos y fuertes, tapizando de verde esmeralda cada rincón de la sierra y dando lugar a parajes de una belleza casi de cuento. Pero, ay… con el cambio de estación, el frescor del aire y la humedad del terreno se evaporaron –literalmente– y toda esa vegetación nueva se ha convertido en la más peligrosa alfombra que imaginarse pueda, como si fuese una bomba dormida lista para estallar en cualquier momento, si las condiciones le son propicias. Y, a falta de rebaños de ganado doméstico que desbrocen el monte como toda la vida se ha hecho, los animales salvajes como cabras monteses, ciervos, corzos y jabalíes no dan abasto a consumir tal sobreabundancia vegetal, ahora reseca, que es igual a una yesca: prende, arde y extiende las llamas con absoluta virulencia si por mano del diablo una chispa, un rastrojo mal vigilado, un carbón de barbacoa o un cigarrillo mal apagado terminan en el suelo de la sierra.

*Pinar quemado en la Sierra de la Almijara*

Hay pocas imágenes tan indeciblemente desoladoras como la de un bosque en llamas, ya sea en plena noche o a la luz del día. Por el espectáculo espeluznante del resplandor de las llamas trepando en la oscuridad o compitiendo ferozmente con la luz del sol, como si fuesen el anuncio de un apocalipsis inesperado; por las columnas de humo rojizo y pestilente elevándose en el cielo anaranjado, que nos sobrecogen hoy en día de la misma forma que lo hicieron en el pasado. Hay algo hipnótico y paralizante en la luz del fuego, en el olor a resinas hirviendo, en el calor como de mil chimeneas encendidas en una misma habitación; en el sonido ensordecedor de la pura destrucción, del crepitar de las gruesas ramas y los troncos añosos abrasándose y quebrándose en mil pedazos, como si fuesen leves cañas secas. En el hedor que persiste después a seres calcinados –plantas aferradas, inútilmente ya, al suelo que las alimentó y que también las hizo prisioneras; animales que no pudieron escapar por sus propios medios del infierno–, a ceniza en suspensión, a aire recalentado, a rocas y tierra calcinadas, a aniquilación y a muerte. Algo atroz y terrible en la alfombra negra del suelo, en los esqueletos que quedaron en pie tras la hecatombe ígnea, alargando desesperadamente el extremo de sus ramas ennegrecidas como si pidieran ayuda a los otros árboles, al cielo, a los hombres que intentaron apagar el fuego sin conseguirlo, entre los cuales podría incluso hallarse el culpable del siniestro…

*Los efectos de un incendio forestal se mantienen durante muchos años*

Efectivamente llega el verano, y con él innumerables campañas de concienciación en todos los medios de comunicación y en las redes sociales. Pero algo debe faltar, puesto que los incendios forestales se siguen produciendo cada año como si formasen parte de esta estación junto con las vacaciones, la operación bikini, los días de descanso, el infame abandono de mascotas, el bañador y los helados. Y nuestros bosques, indefensos por completo, aguardan la llegada de estas fechas tal vez con respiración contenida, cruzando los dedos –las ramas, en su caso–, confiando en que pase el verano sin más daños que lamentar. A lo largo de su historia las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, todos lo sabemos, han experimentado de primera mano y en repetidas ocasiones la devastación de los incendios forestales y el persistente rastro de desolación que dejan tras de sí. Ya ocurría cuando los campos se encontraban labrados y vigilados por los campesinos, y el sotobosque mantenido a raya gracias a la acción de los numerosos rebaños de cabras, ovejas y vacas; cuanto más ahora, que sobreviven sin más cuidados que los que la propia naturaleza proporciona.

No es ya sólo cuestión de administración, de planes de prevención y de una gestión efectiva. La prevención de los incendios forestales queda también en nuestras manos: cada uno de nosotros somos asimismo responsables de que no sucedan. No confiemos tan sólo en los retenes, en las avionetas y helicópteros, en los embalses llenos de agua o en los reservorios de humedad que puedan permanecer en el suelo, después de las lluvias de esta primavera. Es un hecho probado que más del noventa por ciento de los incendios forestales es causado, voluntaria o involuntariamente, por el ser humano –inhumano, habría que decir–; por personas descuidadas, codiciosas o simplemente malvadas, que prenden fuego al monte por el mero hecho de verlo arder sin pensar más que en oscuros intereses, en que con esas acciones nos perjudican a todos y en que resulta inadmisible la devastación de un bosque que ha tardado cientos de años en desarrollarse. Sin pensar que las masas forestales son un patrimonio común, como el aire puro del que nos proveen y que respiramos, y la luz del sol que nos ilumina: una valiosísima herencia que debemos disfrutar y conservar para los que vengan detrás.

Llega el verano pues; muchos nos iremos de vacaciones. Nuestros bosques mientras tanto descansarán pacíficos, agostados bajo el sol estival en paciente silencio, confiando en nuestra cultura y respeto por el tiempo y por la naturaleza, es decir, por nosotros mismos. Ojalá, a nuestro regreso, continúen intactos, de la misma forma que los dejamos. Por el bien de todos.

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 28 de julio de 2018*

# Los ojos del monte

*Aislados en la cumbre de las montañas más altas, como modernos eremitas, los bomberos forestales vigilantes desarrollan una labor primaria y esencial –y tal vez poco conocida– en la defensa de nuestros espacios verdes protegidos.*

El otoño es, más que ninguna otra, la estación de los cambios. Octubre, noviembre y diciembre han retornado con su comitiva de vientos frescos, días menguados, tonalidades ocres y lluvia generosa que nutre los campos y purifica el aire, mientras bandadas de aves de todas las especies –desde el buitre poderoso a la menuda golondrina– emprenden su periplo anual camino de tierras más cálidas. En este tiempo de mudanza en que la naturaleza se despoja de todo lo superfluo para afrontar el invierno también desaparecen de nuestras montañas sus particulares ángeles de la guarda: esos hombres y mujeres que se ganan la vida ejerciendo de centinelas durante los meses tórridos, lentos e invariables del verano andaluz. Son los bomberos forestales vigilantes, o lo que es lo mismo, los trabajadores que trasladan su centro de operaciones a los puestos de vigilancia forestal que coronan nuestras cumbres para, desde lo más alto, otear el horizonte cuando el peligro de incendios es mayor y nuestros bosques son más vulnerables.

*Puesto de vigilancia forestal en la cumbre del Cerro Lopera*

Hubo una época, lejana ya, en la que los vigilantes profesionales no eran necesarios: las gentes del campo constituían los ojos y los oídos del monte. Quienes vivían cerca de las montañas eran los más interesados en mantenerlas en perfecto estado, pues sus vidas y las de sus familias se encontraban, literalmente, en manos de aquella naturaleza pródiga y abundante. Los territorios del actual Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama no eran una excepción; recursos como la agricultura, la obtención de madera, la recolección de plantas aromáticas, la caza, el pastoreo, la minería, la cogida de esparto, la extracción de resina y la fabricación de cal y carbón establecían la base de una economía de pura subsistencia de la que, pese a su precariedad, no podía prescindir nadie que viviese por aquellas tierras. El monte, ciertamente, proveía. Estas actividades mantenían a raya la maleza y expeditos los senderos, que cubrían –como una red sabiamente trenzada– el territorio por entero,

comunicando por los mejores pasos las distintas zonas entre sí, sin dejar ninguna aislada. De esa forma el monte prosperaba custodiado por mil ojos, los de los hombres y las mujeres del campo, vigilantes espontáneos de un espacio que les proporcionaba mucho más que el mero sustento, al que querían y respetaban como a una parte de sí mismos. Cuando se producía un fuego –los incendios, fortuitos o intencionados, se han dado siempre– "los hombres se volvían como lobos de la sierra". Al momento se hacían sonar las campanas de las iglesias con aquel toque específico, rápido y urgente que todos conocían, para que quien pudiese sostenerse sobre sus piernas ayudase a apagarlo. Por eso los incendios de antiguo duraban poco tiempo: el monte, custodiado al extremo, apenas se quemaba. "Aquí había de pinos que mirabas para arriba y no veías el cielo, de árboles que había…"

Con el abandono de los usos agrícolas y ganaderos y el éxodo rural de la población a las ciudades, los bosques y las montañas quedaron desamparados. Senderos, atajos, pasos y caminos de herradura desaparecieron bajo el matorral que ya no consumía el ganado; los campos de labor, abandonados a su suerte, se convirtieron en hazas estériles plagadas de matorral listo para arder descontroladamente y los incendios aumentaron no sólo en número sino también en extensión y poder destructivo. Por suerte esa época quedó atrás y hoy las tareas de vigilancia y cuidado de nuestros espacios verdes protegidos quedan en manos de los Centros de Defensa Forestal –CEDEFO– de cada comunidad autónoma. Pero es precisamente en los puestos de vigilancia ubicados en las cimas de las montañas y en la figura del bombero forestal vigilante donde empieza todo. Y allá arriba los vemos cada verano, bien pertrechados con sus útiles de trabajo: binoculares o prismáticos, emisora de radio con antena y repetidor, alidada para posicionar cualquier punto con exactitud y sobre todo una gran dosis de paciencia y su mirada experta –"en este trabajo hay que tener ojos hasta en el cogote"–, la principal herramienta que utilizan estos profesionales.

*Cumbre del Salto del Caballo con su caseta de vigilancia (foto de Mariló V. Oyonarte)*

Dentro del territorio del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama existen cinco puestos de vigilancia forestal que forman parte de las infraestructuras que mantiene la Junta de Andalucía en la lucha contra incendios: el del Salto del Caballo (en el término municipal de Alhama de Granada), el de Tres Lindes (Lentegí), el del Cerro de Lopera (Otívar), el de Torrecilla (Zafarraya) y el Observatorio de Canillas, en el término de Cómpeta, en Málaga. Todos ellos tienen en común un emplazamiento que disfruta de vistas amplísimas de trescientos sesenta grados a la redonda –valga el pleonasmo– con el objeto de mantener el máximo sector de

sierra bajo el control visual del vigilante. El campo de visión entre unos puestos y otros suele solaparse en aras de una protección más efectiva.

*Puesto de vigilancia forestal del Cerro de Lopera*

*Puesto de vigilancia forestal del Salto del Caballo (foto de Mariló V. Oyonarte)*

A priori el trabajo de los bomberos forestales vigilantes podría parecer sencillo, pero nada más lejos de eso. Estas personas dedican su jornada laboral –de día o de noche, con sol o con lluvia, en días claros o velados por la bruma– a escudriñar atentamente el horizonte en busca de la más mínima señal de fuego. Desde principios de junio hasta finales de octubre su lugar se encuentra en el reducido espacio que dejan las seis paredes de la caseta de vigilancia, equipada –sólo durante ese tiempo– con una completa emisora de radio que mantiene al puesto en contacto permanente con el Centro de Defensa Forestal del que depende. En su exiguo habitáculo pasan estos hombres y mujeres jornadas de siete u ocho horas de trabajo en turnos de mañana, tarde y noche –los puestos deben permanecer ocupados las veinticuatro horas del día–, inspeccionando el paisaje cada pocos minutos en todas direcciones, ora a simple vista, ora con los binoculares o prismáticos de largo alcance. Durante ese tiempo deben mantenerse textualmente ojo avizor, sin distraerse con nada ni quedarse dormidos, atentos a lo que ocurre –o no ocurre– en derredor. La única compañía que les está permitida es la de una radio que llena tantas horas de silencio; esporádicamente, también, pueden cambiar impresiones o responder a las preguntas de los excursionistas que suben hasta allí.

En el puesto de vigilancia del Cerro Lopera cada hora deben ponerse en contacto con el centro de la Resinera o CEDEFO 2, para facilitar el parte de incidencias. Y así, sucesivamente, desde el puesto de Pozo Herrero (en Albuñuelas) pasando por los de Cerro Lopera, Salto del Caballo y Torrecilla, van sonando puntualmente –impersonales y metálicas, a veces interrumpidas por

interferencias en las ondas de la emisora– las voces de los compañeros a los que no ven pero saben, como ellos, aislados en sus respectivas atalayas serranas. Esas breves tomas de contacto verbal ayudan a todos a sentirse menos solos, especialmente durante la noche. Unos son jóvenes y otros mayores; unos tienen más experiencia y otros menos; unos llevan subiendo a la misma caseta muchos años y conocen al dedillo el paisaje, mientras otros son recién llegados y necesitan consultar los mapas de la zona para poner nombre a cada accidente geográfico de los que hace gala el terreno áspero de Tejeda, Almijara y Alhama.

*Jorge, vigilante del puesto del Cerro Lopera, en el ejercicio de su trabajo*

*Manuel observa el horizonte desde su puesto en el Salto del Caballo (foto de Mariló V. Oyonarte)*

Estos profesionales saben muy bien cómo actuar ante un conato de incendio. Una delgada columna de humo suele ser la señal que delata un fuego incipiente; lo primordial entonces es dar la voz de alarma, y cuanto antes mejor: la rapidez de actuación es crucial para evitar un desastre. Una vez en contacto con el CEDEFO, el bombero forestal vigilante procede a describir tan minuciosamente como le sea posible esa columna de humo: su localización exacta y su color –si el humo es blanco se trata de pastos o rastrojos; si es negro son árboles, pues las resinas y savias de éstos oscurecen la fumarada–; las características de su base si se alcanza a ver; si la humareda va en aumento o se mantiene estable; la dirección y velocidad del viento... Es tarea del vigilante continuar observando atentamente e informando a cada minuto de la evolución del fuego, en tanto no lleguen al foco los efectivos contra incendios. Cuando los bomberos forestales especialistas en prevención y extinción –más conocidos como retenes–, los vehículos de extinción –autobombas con mangueras de agua y buldóceres para abrir cortafuegos– y los medios aéreos –avión de carga en tierra Alfa 4 y helicóptero con depósito de agua de cinco mil litros Tango 4– llegan al lugar de origen de las llamas, concluye la misión de los bomberos forestales vigilantes. A partir de ese momento corresponde a los demás profesionales la extinción del fuego recién descubierto.

Existe un punto en el que todos coinciden: este oficio tiene que gustar. Pasarse tantos días, hora tras hora sumergido en la soledad sonora del campo, lejos de todo, sin relajar la atención más de cinco minutos seguidos puede llegar a hacerse duro, especialmente cuando cae la noche. Y si, a finales de temporada –en los últimos días de octubre ya– retumban alrededor del puesto de vigilancia las primeras tormentas, pare usted de contar. Del mismo modo, mantenerse despierto y expectante en una noche sin luna, "cuando todo se vuelve más negro que la tinta china" –está prohibido encender luz dentro de la caseta, pues dejaría de verse el exterior– el ejercicio de sus funciones puede llegar a convertirse en una heroicidad. ¿Y cuando desciende la niebla de día o de noche, que eso da igual, y crea engañosos espejismos con las luces de los pueblos lejanos…? Ha habido ocasiones en que, dispersas y distorsionadas por la bruma, esas mismas luces se han asemejado al resplandor de un incendio; en esos casos hay que agudizar muy bien los sentidos para no generar una falsa alarma.

*Leña apilada en un lateral de la caseta para las noches más frías*

Si aprieta el frío resulta imperativo encender la estufa de la caseta; permanecer inmóvil en ese diminuto espacio, tan expuesto a los cuatro vientos, es arriesgarse a quedar congelado. Pero ¡cuidado! La estufa debe prenderse con mil precauciones, ya que una simple chispa podría saltar del tubo de humos y provocar un incendio, paradójicamente, junto a la caseta del bombero forestal vigilante. Y si se desata una de esas espectaculares tormentas eléctricas que tanto llaman nuestra atención en la televisión o en la fotografías, hay que actuar con rapidez pues se convierten en un peligro manifiesto en lugares tan descubiertos. En esos casos el vigilante procede a apagar la emisora y meterse dentro del coche con las ventanillas cerradas: las ruedas de goma lo aislarán del suelo y la estructura metálica del vehículo desviará la electricidad lejos de su interior. Es frecuente ver caer los rayos sobre el pararrayos del puesto

de vigilancia, iluminando la montaña con su espeluznante exhibición de resplandor, humo y chasquidos mientras la electricidad atraviesa el metal.

A cambio, este trabajo también ofrece sus compensaciones. Pocas cosas emocionan tanto al ser humano como la observación de un bello amanecer o de una dorada puesta de sol, cada día diferentes incluso desde el mismo punto. Asimismo, la posibilidad de contemplar fenómenos naturales como la majestuosa migración de los buitres leonados camino de sus cuarteles invernales, el cielo nocturno de las noches sin luna o la imagen de las costas de África, distantes y azules en un día de atmósfera nítida, forman parte de esa recompensa. La tranquilidad y la ausencia de estrés, el contacto estrecho y prolongado con la Naturaleza y la compañía de uno mismo valen también para conocerse mejor y reflexionar con calma, algo cada vez más necesario en estos tiempos que vivimos.

*Unas suculentas cáscaras de sandía y un poquito de sal para las cabras monteses*

A menudo el bombero forestal vigilante cuenta con la discreta compañía de algunos animales que, con el tiempo, toman confianza y se vuelven asiduos al lugar. Solitarias cabras monteses y algún zorro hambriento se acercan al puesto de vigilancia en busca de una comida fácil –o quién sabe si también de algo de compañía– y suelen llevarse un premio en forma de puñadito de sal, o de raja de melón, o de sabrosos bocados de la comida de ese día. Es el caso del Cerro de Lopera, lugar al que acude casi a diario y desde hace años una cabrita sin nombre que, animada por la amistosa conducta de los vigilantes de la caseta, ha llegado a aparecer por allí acompañada incluso de sus crías.

Pero volvamos al principio: decíamos que ha llegado el otoño y, con él, el momento en que estos profesionales abandonan el puesto de vigilancia –este año de 2018 ocurrió el pasado

quince de octubre–, no sin antes llevarse consigo toda la equipación que han estado utilizando durante la temporada, pues se trata de un material sofisticado que correría el peligro de deteriorarse o incluso ser sustraído, si se almacenase en el interior de la caseta. Los puestos de vigilancia ya se han quedado vacíos y cerrados, y así se mantendrán hasta la próxima primavera. Será entonces cuando los bomberos forestales vigilantes regresen a esas pequeñas y sufridas construcciones, como cada año, para reparar los desperfectos que suelen provocar las inclemencias del tiempo –algo inevitable, dada la dureza del invierno en la montaña– y también, todo hay que decirlo, la falta de responsabilidad de algunas personas que pasan por allí y acceden a su interior a lo largo de la época invernal. Una vez arregladas y blanqueadas, las casetas estarán listas para acoger a los vigilantes una temporada más.

Durante los meses más fríos del año el personal de extinción de incendios dedicará sus esfuerzos al mantenimiento y limpieza de las masas arbóreas, cortafuegos y franjas de seguridad de caminos, desbroce de senderos, reparación de fuentes, señalización y en general a todo tipo de trabajos encaminados a la conservación del Parque Natural. Mientras tanto los puestos de vigilancia forestal aguardarán pacientes –y puede que incluso algo nostálgicos, como toda casa despojada de sus habitantes– a que el sol alto en el cielo, las tardes prolongadas y la templanza del aire anuncien la inminencia de un nuevo verano.

*Puesto de vigilancia forestal del Salto del Caballo en plena ventisca de nieve*

*Fotografías de Carlos Luengo*

*Publicado el 3 de noviembre de 2018*

# El primer aniversario

*Acaba de cumplirse un año de la desaparición de uno de los árboles catalogados como 'singulares' por la Consejería de Medio Ambiente y Ordenación del Territorio de la Junta de Andalucía: el Pino de las Cinco Ramas.*

*Mirador del Pino de las Cinco Ramas, siete de enero de 2019*

Fue durante la comida de Año Nuevo, uno de los momentos en que nos reunimos quienes formamos parte de Alhama Comunicación. Al final del día, cuando ya se procedía a las despedidas, alguien hizo un comentario casi de pasada. "Mariló, hace unos días se cumplió el primer año de la muerte del Pino de las Cinco Ramas. ¿Has pensado en escribir algo sobre ello?" Acepté de inmediato mientras caía en la cuenta de que hacía tiempo que no visitaba ese lugar; por eso, y aunque de primeras pensé que sobre el extinto Pino de las Cinco Ramas quedó ya todo dicho y escrito en su momento, resolví hacerle una visita para ver cómo estaba e incluso mantener una charla con lo que quedase de ese viejo amigo vegetal.

El pasado siete de enero, último día festivo de la Navidad, amaneció realmente gélido. A las diez de la mañana la temperatura en el paraje del Mirador del Pino de las Cinco Ramas era de tan sólo cuatro grados bajo cero, a pesar de que el sol ya empezaba a remontar en el cielo resplandeciente, alto y azul. Todo parecía cuajado en el silencio de esa mañana de oro frío. Como era de esperar el lugar estaba desierto, así que dejé la mochila en el suelo y me acerqué para observar a placer el punto donde cayó herido de muerte –la madrugada del once de diciembre de 2017– el Pino de las Cinco Ramas, el legendario árbol que cedió su nombre a ese rincón del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

*Un ejemplar de pino piñonero se plantó en homenaje al histórico árbol caído*

Para mi sorpresa, apenas encontré nada cambiado. El cartel original que describe ese espacio continuaba en su sitio, así como el pequeño pino piñonero (Pinus Pinea) que se plantó al pie mismo del lugar que dejó libre su añorado predecesor. A su lado –y algo deteriorado, por cierto– quedaba el cartel conmemorativo del sentido acto popular que dio lugar a la siembra del citado arbolito, organizado por el Club de Senderismo Navachica de Jayena, al que tantos lugareños acudieron por colaborar en la tarea. Aparentemente todo estaba igual: la antiestética pero imprescindible valla metálica que protege al joven pino del ataque de los herbívoros, la pequeña canal hecha con tejas de barro que facilita su regado… incluso la base del tocón desgarrado y una parte del tronco del secular Pino de las Cinco Ramas parecían intactos, como si no hubiesen transcurrido los últimos doce meses.

*Una canal hecha con tejas de barro facilita el regado del pino*

¿Cuánto puede crecer, cómo debería desarrollarse un pino silvestre sano a lo largo de un año? Un invierno, una primavera, un verano y un otoño completos se han ido sucediendo desde la mañana de aquel once de febrero de 2018 –tan fría y brillante como la de este mismo día– en la que el nuevo árbol fue colocado, en medio de un ambiente casi festivo, en el punto que ocupa hoy. Examiné sus ramas y, aunque no soy una entendida, pude comprobar que el arbolito ha crecido un poco en este tiempo. Aun así, el color de sus agujas, me dio la impresión, no parecía quizá tan verde como el de los pinos adultos que tiene a su alrededor. Sin embargo ahí resistía el pinillo valiente, obstinado y enhiesto, ayudado por un palo que lo

sujeta con firmeza a la valla que lo circunda, desafiando fríos y calores, vientos y tormentas, sin dejarse doblegar por los severos rigores del clima almijareño.

*Un trozo de palo mantiene derecho el tronco del arbolito*

Entonces reparé en el gran segmento de tronco del Pino de las Cinco Ramas que yace justo por detrás, a un lado del tocón que marca el lugar que ocuparon sus raíces. Me acerqué a él, me quité los guantes y lo toqué con una mano: estaba helado, pero a simple vista daba la impresión de que no ha perdido ni una pizca del grosor que tuvo en vida. Me vinieron a la cabeza mis propias palabras, aquellas que escribí cuando todos supimos de su muerte inesperada. "…La bella y original silueta del Pino de las Cinco Ramas le había convertido en uno de los árboles catalogados como 'singulares' por la Junta de Andalucía y, como tal, se encontraba especialmente protegido, pero eso no le ha salvado de su destino. Hace tiempo ya que sus cinco pies se habían ido partiendo uno a uno debido al embate, durante mil inviernos, de incontables tormentas, quedando reducidos primero a cuatro y después a dos, hasta que el árbol, mutilado como un héroe de guerra, fue poco a poco perdiendo su vigor. Y no ha sido un voraz incendio, ni una enfermedad insidiosa, ni tampoco su avanzada edad la causa de su final. Tuvo que ser otro vendaval colérico e incontrolable, esta vez con nombre propio -la tormenta Ana- el que, pasando por encima de las copas del extenso pinar que lo rodeaba, escogió al veterano pino para envolverlo en su mortífero abrazo. De modo imprevisible llegó lo previsible: la fuerte embestida de un golpe de aire, un ensordecedor crujido de maderas rotas y el viejo pie debilitado, que cedió definitivamente. En la oscura madrugada del once de diciembre de 2017, mientras nevaba, el Pino de las Cinco Ramas claudicó por fin y a la mañana siguiente dejó ver su inmenso cadáver caído en el camino, doblegado para siempre, cubierto por una ligera capa blanca…"

*Una parte del tronco del Pino de las Cinco Ramas continúa en el mismo sitio donde fue abatido*

Y es que el tamaño y enorme peso de ese tronco han impedido que pueda ser retirado en su totalidad. Una sección, la menos gruesa, se cortó en grandes rodajas que fueron llevándose consigo como recuerdo los vecinos más nostálgicos, los amigos de aquel árbol simbólico. Las ramas más delgadas, convenientemente troceadas, sirvieron para calentar muchos hogares ese invierno, mientras que el follaje menudo fue picado, cribado y ahora forma parte del terreno. El Pino de las Cinco Ramas, útil en su vida y en su muerte, lo dio ya todo; todo lo que puede ofrecer un árbol. Pensé que, al fin y al cabo, no era mala idea dejarlo tal y como está, custodiado por las siluetas del Cerro de la Chapa, el Lucero, Piedra Sillada y el Cerro Cabañeros, que lo vieron germinar y crecer hace más de dos siglos. Ahora son sus restos los que escoltan a su pequeño sucesor, que no sustituto, pues ocupar un lugar que ha quedado vacante no es sustituir. El Pino de las Cinco Ramas y su heredero se encuentran acompañados a su vez por un bosque de pinos entre los que, no me cabe duda, crecen muchos hijos del gran árbol vencido. Muy cerca, en un llanillo estratégico, una sección de su tronco fue dejada por alguien –tal vez a propósito– de manera que constituye un inmejorable asiento que invita a contemplar el paisaje y, sobre todo, a reflexionar.

El pasado once de diciembre se cumplió el primer año de la desaparición del genuino, legendario, singular, majestuoso, significativo y único Pino de las Cinco Ramas. El ser humano, ay, gusta de ser algo tanático: de rendir homenajes póstumos, ofreciendo a los que han muerto atenciones que, tal vez, no se prodigaron cuando estaban vivos. Ya no cabe preguntarse si se pudo atender mejor al veterano árbol cuando todavía se mantenía en pie. Bien podría ser que le hubiese llegado su hora, a pesar de todo. Echado para siempre a un lado del camino –inerte, inconmovible ahora a nuestras atenciones últimas, indiferente al paso del tiempo– ese tronco, todavía investido de su antigua majestad, constituye el mejor recordatorio de sí mismo. Del inolvidable Pino de las Cinco Ramas.

*Fotografías de Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 12 de enero de 2019*

# Cuando la Maroma se queda sola

*Se trata indudablemente de una de las cimas más frecuentadas del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. La Maroma es una vieja amiga de todos los aficionados a los deportes de montaña; sin embargo y a pesar de verse sometida a la presión de muchos visitantes, todavía se producen allí interesantes fenómenos naturales que seguramente muchos de nosotros desconocemos. ¿Qué acontece en la Maroma cuando los hombres se van y la montaña se queda sola?*

*Sierra Tejeda; en el centro su máxima elevación, la Maroma. Foto de Mariló V. Oyonarte*

Una vieja leyenda guaraní narra que hace miles de años, cuando el mundo era joven y los hombres hermanos, el dios Sol y la diosa Luna tuvieron una hija a la que pusieron por nombre Tabaré. La niña poseía el raro don de comunicarse con las montañas y los valles; con el agua, las rocas y el cielo azul, así como con las plantas y los animales, hasta el punto de influir en todos más allá incluso de su comportamiento. Sus padres le encomendaron, merced a ese talento extraordinario, la tarea de ser Guardiana de la Naturaleza: durante toda la eternidad tendría que vigilarla y cuidar de ella y sus criaturas. Al principio de su cometido a Tabaré no le importaba mostrarse ante los seres humanos, pero llegó un tiempo en que éstos se volvieron soberbios e intransigentes y perdieron el respeto por sus hermanos minerales, animales y vegetales. En castigo por su actitud, Tabaré tomó la firme decisión de continuar con su labor sin que jamás el ojo humano volviese a ser testigo de su presencia; los hombres tan sólo podrían dar fe de que esa misteriosa cohesión entre la Naturaleza y sus hijos seguía existiendo. Tabaré cumplió su promesa y los hombres perdimos para siempre el privilegio de verla con nuestros propios ojos. Pero todavía podemos encontrar infinitas pruebas de su obra si miramos despacio; impresionantes e insólitas unas, austeras y habituales otras. Una de esas pruebas podría tener lugar cada atardecer en la cima de la Maroma.

Es dieciséis de julio de 2019. Según se comenta en los medios, esta noche se producirán varias coincidencias: habrá luna llena –justo en la semana en la que se han cumplido los cincuenta años de la llegada del hombre a su superficie–; además se va a producir un eclipse lunar parcial, convergiendo este fenómeno con la celebración de la onomástica de la patrona de los marineros, la Virgen del Carmen, un día señalado –todavía, y a pesar de todo– entre las fiestas

más arraigadas del costumbrismo español. Estamos en plena ola de calor; el sol ha caído a plomo, casi con rabia, durante todo el día. El sendero de subida a la Maroma, moteado de luces y sombras bajo el pinar, se encuentra hoy –tal vez porque es martes– totalmente desierto y en silencio. Ni una persona sube o baja por esa vereda, tan sumamente transitada los fines de semana. La calma es inmensa. Escuchando, se pueden apreciar los sordos y ligeros sonidos que forman parte de esa quietud: el chirriar de las chicharras que han cantado sin descanso desde que amaneció; los cencerros de algún rebaño de cabras en la lejanía; el piar indistinto de los pájaros que sobrevuelan las laderas en pequeñas bandadas.

La tarde ha sido tórrida, sin nubes, larga y ociosa, como todas las tardes del mes de julio en Sierra Tejeda. Pero el sol ha comenzado a descender y las sombras se alargan al tiempo que la temperatura del aire se suaviza gracias a que se ha levantado un vientecillo cargado de humedad procedente de la costa: por fin empieza a refrescar. La luz del sol se vuelve anaranjada a medida que se hunde en el horizonte, y las calcinadas rocas blancas que recubren la Maroma van perdiendo el calor acumulado durante todo el día. No hay nadie. La cumbre de la Maroma, efectivamente, parece que está vacía hoy. El desmesurado vértice geodésico se recorta contra el cielo sin nadie alrededor haciendo fotografías o subiendo por su escalerilla, como otras veces a esta misma hora. El ambiente es casi de recogimiento; está a punto de llegar uno de los momentos más mágicos del día. Se trata de la conocida por los fotógrafos como "hora azul": ese rato casi fugaz que tiene lugar antes de la salida y de la puesta del sol, durante el cual se produce un bellísimo fenómeno lumínico en el que la luz, muy difusa por la atmósfera, genera excepcionales colores rojizos en progresión, al tiempo que la bóveda celeste se torna de un azul intenso que se va oscureciendo hasta convertirse en negro casi absoluto. Los antiguos llamaban a este momento "el punto entre perro y lobo", pues durante él no se podía diferenciar a lo lejos a un perro de un lobo.

*Hora azul en la cumbre de la Maroma*

Ya son las nueve de la noche. Unos pasos, un leve movimiento y alguien aparece. La Maroma no está sola: un caminante solitario acaba de hacer cumbre. Mochila a la espalda, todavía se encuentra sudoroso porque la subida es empinada y ha ido caminando a buen paso para no perderse la puesta de sol. Después de cerciorarse de que arriba no hay nadie más que él, se desembaraza de su carga, bebe un largo trago de agua y se dispone a dar un paseo por el

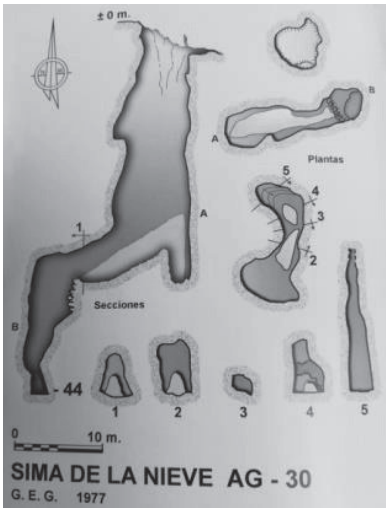
pedregoso altiplano que constituye la cumbre más elevada de Sierra Tejeda. Después montará un vivac para pasar la noche. No es la primera vez que se encuentra allí, y a esa hora; de hecho esta es una de sus rutas preferidas, así que se dispone a disfrutar del ocaso y de la salida de la luna llena, mientras hace unas fotografías con su teléfono móvil. Será porque no es fin de semana, pero le resulta un tanto chocante –y quizá también decepcionante, pues es un buen conversador– verse solo, cuando en tantas ocasiones ha estado en compañía de otros que, como él, han escogido una veraniega noche de luna llena para dormir en la Maroma. El crepúsculo avanza y el sol se sumerge en el horizonte, por detrás de las sierras de Málaga; apenas han pasado quince minutos desde que llegó, y de pronto sucede. En la soledad de la cumbre, justo en el cambio de luces del día a la noche, Tabaré la Invisible, eterna Guardiana de la Naturaleza, mueve los hilos de un singular fenómeno natural.

*Chova piquirroja, fotografía de Juan Such*

El silencio queda roto por el eco de unos graznidos que se vienen acercando desde la lejanía por la cara sur de la Maroma, acompañando a lo que parece, en la distancia, un tupido enjambre de abejas gigantes. Pero no son abejas: se trata de varias bandadas de pájaros negros parecidos a las grajillas, con el pico y las patas de un vívido color rojo. Son decenas de chovas piquirrojas que, procedentes de diferentes puntos de la Axarquía malagueña y de la Comarca de Alhama acuden precisamente a esa hora y a ese punto para recogerse, todas juntas. Unas vienen desde el mar, otras desde las paredes verticales del Tajo Volaero, muchas desde el cerro Donabuelo; todas a una, con asombrosa precisión, se las ingenian para confluir en una enorme y ruidosa bandada de brillantes aves negras que describen amplios círculos sobre la cumbre de la Maroma. Las hay que descienden lenta y armoniosamente, como si bailasen en el aire, hacia el suelo; las hay que realizan increíbles acrobacias antes de dejarse caer casi en picado hacia el punto que todas andan buscando: la sima de la Maroma, esa profunda cavidad natural que todos conocemos, y hacia sus dos pequeños respiraderos. Al tiempo que las chovas piquirrojas se recogen, una colonia de diminutos murciélagos está saliendo de las profundidades de ese dormitorio común para salir de caza.

*Bandada de chovas piquirrojas sobrevolando la Sima de la Nieve. La luna llena destaca en la línea del horizonte*

Esta cueva natural, conocida también como "Sima de la Nieve" por el uso que se dio a sus más de veinte metros de profundidad, fue históricamente aprovechada por los neveros del lugar para conservar la nieve acumulada en los largos inviernos de antiguamente, cuando llovía y nevaba mucho más de lo que lo hace ahora. Estos hombres descendieron hasta su base para construir un muro interior de piedra seca que ayudaba a almacenar y prensar la nieve, murete que, por cierto, todavía se conserva. La sima se encuentra a ras de suelo, y está situada de tal manera que constituye un magnífico abrigo natural para aves y murciélagos, que desde tiempos inmemoriales la vienen utilizando para protegerse de los vientos que barren con frecuencia la cumbre de la Maroma. La Sima de la Nieve fue cartografiada y fotografiada en su interior por primera vez por el Grupo de Espeleólogos Granadinos, en el año 1977.




*Croquis del interior de la Sima de la Nieve o de la Maroma*

El espectáculo sobrecoge por su belleza y simplicidad. Una colonia de murciélagos que cede su lugar a las chovas piquirrojas mientras se congregan, como llamadas por una voz única, en ese momento mágico de entreluces, cuando nadie puede verlas, para despedir el día con sus graznidos antes de refugiarse entre las rocosas paredes de la sima. Las cabriolas aéreas de unos y otras terminan justo cuando la luna llena emerge por encima de Sierra Nevada. Las aves duermen ya; la oscuridad se ha adueñado de todo y la temperatura ha bajado tanto que empieza a hacer frío. El caminante solitario cena junto a su mochila mientras la luna va escalando altura en el cielo. La línea de costa se dibuja a la perfección gracias a las luces de las poblaciones que se asientan a la orilla del mar; esa noche decenas de municipios malagueños y granadinos están lanzando alegres fuegos artificiales en honor de la Virgen del Carmen, y su colorido añade más encanto, si cabe, a la noche. La temperatura ha descendido considerablemente: un viento racheado sopla de poniente de tal manera que resulta imperativo abrigarse; nadie diría que unas horas antes el calor era sofocante. Nuestro hombre localiza una corraleta para dormir y, mientras se acurruca en su saco con la mochila como almohada, admira el eclipse parcial de luna que estaba previsto para esa noche, y que durante un rato hace brillar una multitud de pequeñísimas estrellas invisibles hasta ese momento. La soledad del hombre es total: ni siquiera el famoso zorrillo que suele asomar por las noches ha aparecido hoy. Es este, por lo tanto, un buen momento para meditar.

*Eclipse lunar parcial del 16 de julio de 2019*

Las horas nocturnas, frías y ventosas pese a ser verano, se suceden con presteza una tras otra; a las cinco y media de la mañana el caminante se despierta, desayuna frugalmente –con un café caliente y un bocadillo de queso va que vuela– y se prepara para ver amanecer. El cielo empieza a clarear por el este; dan las seis de la mañana y el milagro de la tarde anterior ocurre de nuevo, a la inversa. Son ahora los murciélagos quienes vienen de regreso poco a poco, discretos como son ellos, mientras las chovas piquirrojas que han dormido en la sima levantan el vuelo al reclamo de las primeras luces del día, llenando el aire con su graznidos –dándose los buenos días, seguramente– camino de sus cuarteles diurnos. El cuadro de cantos y aleteos de ambas especies entrando y saliendo de las profundidades de la cavidad se repite pues, un día más. La bandada de chovas piquirrojas se eleva en el aire y a una determinada altura se divide en varios subgrupos que se dispersan rápidamente, perdiéndose de vista en pocos minutos, camino de un horizonte todavía en penumbra. La magia está a punto de evanescerse. Por detrás de la vecina Sierra Nevada el sol se apresta a salir. La bruma del mar en las horas frescas ha formado unas nubes de evolución que añaden más belleza al nacimiento del nuevo día.

*Amanece tras las cumbres de Sierra Nevada*

El sol asciende en el cielo, de un azul intenso incluso a una hora tan temprana, augurando otro día de canícula. El silencio de la noche va llenándose lentamente con los sonidos de la mañana. El caminante solitario emprende el regreso; el sendero es largo y quiere terminarlo antes de que apriete el calor. No ha dormido mucho por culpa del frío y el viento, que le han molestado incluso dentro de la corraleta en la que se refugió, pero no le importa: ya descansará cuando llegue a casa. Su pequeña aventura nocturna ha merecido la pena; volverá, es seguro, el verano que viene. Después de todo, no ha estado tan mal haber pasado solo la noche en la Maroma; es más, ahora lo prefiere. Quién sabe si, distraído por la conversación con otras personas, nuestro hombre se habría perdido la magnificencia –porque no se puede calificar de otro modo–, el milagro extraordinario de lo más usual en la Naturaleza: un día cualquiera.

Es posible que la vieja leyenda guaraní tenga su parte de razón. El buen hacer de Tabaré –el amanecer y el anochecer con la salida del dios Sol y de la diosa Luna, y todos los acontecimientos naturales que conllevan la alternancia del día y la noche, el ritmo inmutable de las estaciones, el giro constante y eterno del universo– se mantendrá mientras el mundo sea mundo, a pesar de nosotros, los hombres, y nuestros constantes desatinos. Unas veces,

como hoy, seremos conscientes de esa grandeza y daremos gracias por ser testigos de ella; otras en cambio –quizá acostumbrados a su cotidianeidad– pasará de largo ante nuestros ojos, tan miopes en ocasiones para lo esencial. Ojalá que nada turbe tanta plenitud, porque todo ese esplendor forma parte de un inconmensurable proyecto predestinado a trascender. Un esplendor que también es parte, al fin y a la postre, de nosotros mismos.

Nuestro agradecimiento a Francisco Ortiz Villarraso, de Alhama de Granada, por compartir su experiencia con todos.

*Fotos, Francisco Ortiz Villarraso*

*Publicado el 3 de agosto de 2019*

## Una mirada distinta al río Cebollón

*El río Cebollón, uno de los más populares de la Almijara granadina, no es sólo una hermosa corriente de aguas turquesas; según el profesor Antonio Castillo Martín es además un "río higuera" y un "río hembra". Junto al prestigioso hidrogeólogo, científico, investigador y docente descubriremos nuevos aspectos de este tesoro fluvial de nuestras sierras.*

*Tramo intermedio del río Cebollón*

A los cursos medio y alto del río Cebollón se llega después de recorrer una senda larga, pedregosa, que sube y baja y serpentea entre pinares al adentrarse en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Este sugestivo y asalvajado rincón de la sierra, solitario durante casi todo el año en los tiempos actuales, fue hace más de medio siglo hogar y único medio de vida de muchos hombres, mujeres y niños que echaron infinidad de jornales junto a sus orillas y pasaron las noches arrullados por las aguas rumorosas. "(…) Los campos de cultivo –el Haza Grande, que se extendía en dirección al Cortijo Marchiche, y el Haza Chica, situada por encima del río en el camino hacia La Resinera, además de las dos hortalizas, la temprana y la tardía y varias vegas– producían en manos de aquella familia laboriosa abundantes cosechas de habichuelas, maíz, patatas y garbanzos, y los frutales que habían plantado –higueras y melocotones– perfumaban el aire con sus frutas en sazón cada vez que se pasaba por su lado. En las orillas del río Cebollón abundaban las moras en verano y las collejas y cardillos en primavera, las setas en otoño y todo el año la planta que llamaban "té de la sierra", con la que elaboraban aromáticas infusiones. En las laderas más frescas pululaban los caracoles –aquellos enormes caracoles de caparazón blanco, que mamá Josefa guisaba tan ricos– y, en las aguas transparentes y oxigenadas del río, nadaban las truchas y los cangrejos en tal profusión que podían atraparse casi con las manos desnudas. El cauce del Cebollón era entonces tan abundante que en muchos lugares era imposible de cruzar; grandes pozas naturales se sucedían una tras otra, aparte de las que construía la familia cerca de las cabañas para regar y bañarse en verano en aquel agua fresquísima. Se criaban además gallinas y cerdos para la matanza, y qué decir de aquellas huertas tan lindas, gracias a las cuales no daban abasto a recoger tomates, pimientos, pepinos, calabacines y calabazas, melones, sandías (…)" (Fragmento de "El largo viaje de Josefa, la Corrientes").

*Antonio Castillo Martín en el sendero de la Cuesta del Pino, junto al río Cebollón. Fotografía de Mariló V. Oyonarte*

Antonio Castillo Martín, profesional de la Hidrogeología, investigador y docente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Universidad de Granada, es un gran conocedor de nuestros ríos, charcas y lagunas naturales –de los cuales alguien dijo que "constituyen la sangre de nuestra Madre Tierra"–, y sostiene su propia teoría acerca de los cursos fluviales que nutren los valles y barrancos de las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, cuyas características ha estudiado hace unos años. Antonio afirma que el río Cebollón es un "río higuera", así como un "río hembra". Para comprender tan originales similitudes dejemos que sea él, con sus propias palabras, quien nos explique el por qué de esa clasificación. ¿Qué es un "río higuera"? (textos extraídos de su blog "Paisajes del agua" https://paisajesdelagua.es/).

*«Hace unos meses publiqué en este blog una entrada titulada **"El árbol y el río"**. En esencia, se trataba de una analogía entre **árboles** y **ríos**, y más concretamente entre las **raíces** de los primeros y los **nacimientos** de los segundos. Los árboles crecen y viven gracias a sus raíces, igual que los ríos, cuyas "raíces" son en su caso los nacimientos de la cuenca. No hay nada más que ver una red fluvial desde el aire para caer en la cuenta del enorme paralelismo existente entre ésta y el sistema radicular de cualquier árbol. Un hermanamiento este de ríos y árboles que es existencial, pero también íntimo, sentimental y vivencial para cualquier ser humano.*

*Como decía en "El árbol y el río", todo surgió como un divertimento pedagógico, como una manera de explicar cómo funciona, si se me permite, la parte subterránea de los ríos, ese flujo oculto que termina dándoles vida a partir de los manantiales (por eso denominados con todo fundamento nacimientos). Desde que incorporé este símil a clases, charlas y conferencias, el corpus docente ha ido creciendo, de forma que el tema se compone ahora de varios capítulos, como: árboles y arbustos versus ríos y arroyos; árboles y ríos de secano y de regadío; tipos de ríos y de árboles, etc.. Acababa el post citado con un lacónico "Continuará"…*

*Pues bien, este breve artículo de "Los ríos higuera" es parte de esa continuación, el primero de una serie de tres pertenecientes al capítulo "Tipos de ríos y de árboles" (al que seguirán "los ríos álamo" y "los ríos pino"). Lo que pretendo con todo ello es mostrar las similitudes que guardan ciertos tipos de ríos con árboles bien conocidos de nuestro entorno. Claro, son*

*semejanzas relativas, porque ni todos los ríos kársticos son iguales, ni todas las higueras tampoco, por poner solo esos dos ejemplos.*

*Pues bien, ¿cuáles son los "**ríos higuera**"? Para ello habría que dar antes unas pinceladas sobre los atributos y características más reseñables de las higueras. Veamos. Se trata de árboles de porte medio, bastante ramificados y abiertos, con un sistema radicular extraordinariamente denso y extenso, magistralmente adaptado al clima mediterráneo para captar la poca (o la mucha) agua del entorno. Son árboles rústicos, de regadío y de secano, que sobreviven a las más duras penurias hídricas. Pero también son árboles resistentes a las agresiones y a los intentos, incluso, de aniquilación por parte del hombre utilizando el fuego o las podas salvajes (rebrotan). Pues bien, hay algunos ríos de nuestro entorno geológico (Cordilleras Béticas) y climático (mediterráneo) que presentan curiosas analogías con las higueras, en este tipo de juego pedagógico que estamos manteniendo.*

*Unos de los "ríos higuera" más fenotípicos son los procedentes del drenaje de las dolomías alpujárrides (también de las escamas calizas prebéticas, y hay más). Hace escasamente un mes recorrí los **ríos del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama** (en las provincias de Granada y Málaga), todos ellos del tipo higuera. Se trata de ríos que discurren por materiales acuíferos dolomíticos muy tectonizados (pero poco karstificados), que se nutren de numerosos nacimientos, muchas veces de carácter difuso y oculto dentro de los cauces. Manantiales que se localizan a diferentes cotas, respondiendo al drenaje de niveles permeables más o menos locales e independientes.*

*Según el profesor Castillo Martín, el río Cebollón es un típico "río higuera"*

*En esas situaciones, los cauces en su discurrir van ganando caudal progresivamente, muchas veces de forma casi imperceptible. No suele tratarse de ríos caudalosos (aunque puede haberlos), sino más bien discretos, que presentan hidrogramas atenuados (bastante inerciales), en oposición a los ríos kársticos típicos, que suelen caracterizarse por presentar grandes puntas de caudal tras aguaceros, a las que siguen agotamientos más o menos rápidos. Pero el atributo más genuino de los "ríos higuera" es que soportan bien las sequías y, sobre todo (y esto es muy importante), las afecciones provocadas por extracciones de aguas subterráneas, que, como se sabe, son la principal amenaza (junto a las presas y derivaciones) al caudal de los cauces fluviales de cabecera. Estos bombeos pueden, efectivamente, secar algunos de sus nacimientos (parte de sus "raíces"), pero no acaban con el río que sigue nutriéndose de otros manantiales procedentes de niveles acuíferos que no se han visto afectados ("no matan al árbol"). También son ríos que, aunque les sienta como un tiro, toleran con cierto decoro los sangrados (las*

*podas) del cauce desde presas y azudes de derivación, al ser frecuente el rebrote de caudales aguas abajo desde nacimientos situados a cotas inferiores.*
*Los ríos de la Venta de Vicario, Cebollón, Grande, Añales, Chillar, Verde, Higuerón, etc. son del tipo que venimos reseñando. Curioso lo del río Higuerón, cuya relación toponímica con lo que venimos comentando es puramente casual (las higueras que crecen junto al agua). En todos los casos se trata de ríos pequeños, modestos, pero duros y resistentes, una joya para cualquiera de nuestras sierras. Una garantía de tramos fluviales permanentes (aunque de escaso caudal), que son tan necesarios para la fauna y la flora en los prolongados, secos y ardientes estiajes de nuestro clima mediterráneo. En cualquier caso, cuidémoslos, también pueden llegar a secarse las higueras si nos empeñamos.*

*La vida que habita en nuestra madre Tierra depende de la cantidad y calidad del agua, que, como ya se ha dicho por muchos, es la sangre que corre por sus venas, que son los ríos.*»

*Recorriendo el curso del río Cebollón en pleno estiaje (primeros días de octubre de 2020). Fotografía de Mariló V. Oyonarte*

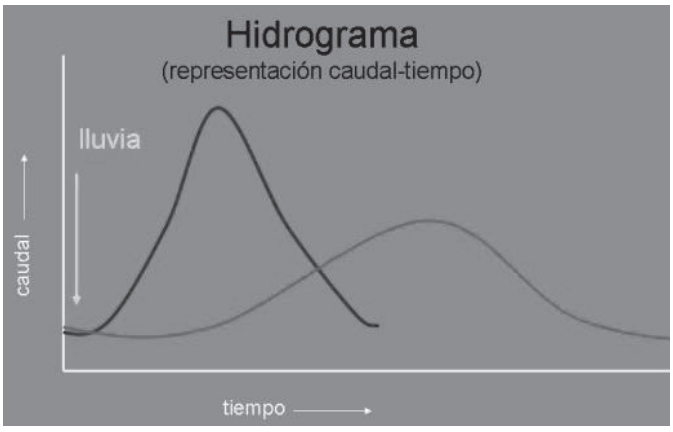
Pero no quedan aquí las peculiaridades de los ríos almijareños, pues Antonio Castillo Martín recurre a otro símil muy particular para explicar ciertas características de estos cursos fluviales. Continuando sus razonamientos, el profesor llega a la conclusión de que el río Cebollón y, por extensión, todos los ríos del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, son "ríos hembra". Para entender este nuevo concepto, volvamos a leer atentamente sus explicaciones.

*«(…) Hace unos días publiqué un artículo de título "El espermatozoide fluvial". En él, llamaba la atención sobre la semejanza de un* ***espermatozoide*** *con un* ***río****, en el sentido de que todo río que se precie, aparte de "cola" o cauce, debe tener obligatoriamente "cabeza", simbolizada idealmente por sus manantiales, muy propiamente denominados también nacimientos. Aunque pudiera parecer un* ***símil*** *inocente, el icono del espermatozoide posee un fuerte simbolismo, que, a fin de cuentas, pretende llamar la atención sobre el decisivo papel que juegan las* ***aportaciones de aguas subterráneas*** *en los ríos, sobre el* ***principio de unicidad del agua*** *y sobre la necesidad del* ***uso conjunto*** *(aguas superficiales-subterráneas) para una gestión sostenible del recurso. ¡Ahí es nada!*
*Terminaba aquel artículo aludiendo al diferente comportamiento de los espermatozoides que dan sexo masculino ("machos" les podríamos llamar para entendernos) y femenino ("hembras"). Y, al amparo de ello, prometía un nuevo artículo de chanza, hablando consecuentemente de* ***ríos "macho"*** *y* ***ríos "hembra"****. Pues bien, aquí va ese ensayo*

*"espermatozoico", del que imagino que nunca se ha escrito nada, aunque, como comentaré al final, han sido numerosos los prestigiosos autores de las letras españolas que han empleado la figura de ríos machos y ríos hembras.*

*Haciendo una burda abstracción (y perdonen, pero no es el blog para explicar esto con el rigor necesario), podemos decir que los espermatozoides "macho" son más rápidos que los "hembra", si bien su vida es más corta. Por el contrario, los "hembra" son más lentos, pero más longevos. Ello se debe a la muy diferente dote cromosómica de unos y otros, Y (más pequeños y ligeros) para los "machos" y X para las "hembras". Pues bien, ya dije en el artículo citado anteriormente que, basándose en este diferente perfil cromosómico y consecuente comportamiento, mi "teniente Agudelo", el de la mili, me aleccionó sobre cómo tener más probabilidades de concebir niños o niñas (él tuvo unas hijas preciosas), o de no tener nada. Al respecto, en Google se pueden encontrar bastantes artículos sobre técnicas y estrategias, pero ¡ojo!, no asumo responsabilidades, que como se suele decir castizamente "las armas las carga el diablo", y en estas se aplica con especial maestría "diabólica".*

*A lo que íbamos, trasladando este comportamiento a los ríos se pueden establecer claramente los estereotipos: machos y hembras. Siguiendo con este juego deductivo, serían machos los ríos de cuencas poco reguladas subterráneamente, de forma que tras precipitaciones (o deshielos acusados) ofrecen respuestas de caudal impulsivas y torrenciales, pero de vida relativamente corta. De un tipo relativamente similar serían los ríos procedentes del drenaje de macizos intensamente karstificados, con respuestas de caudal rápidas e igualmente volátiles. Por el contrario, los ríos bien regulados por aportes subterráneos, tanto de naturaleza kárstica, como detrítica (u otras), serían buen ejemplo de ríos hembra, lentos e inerciales en sus respuestas de caudal, excelentes supervivientes, dicho sea de paso, a condiciones adversas, como por ejemplo las sequías.*




*Hidrogramas típicos de ríos "macho" y ríos "hembra" ante un evento de lluvia (esquema de Antonio Castillo Martín)*

*Cambiando de tercio, también sería posible admitir que un mismo río pudiera ser macho o hembra dependiendo de sus tramos. En ese sentido, los tramos altos o de cabecera se asimilarían al comportamiento macho. Cauces de altas pendientes y velocidades de flujo, pero vulnerables e inestables en caudal. Por el contrario, esos mismos ríos en el llano, en sus tramos medios y bajos, serían poseedores de flujos más lentos y de caudales permanentes en el tiempo, prototipo de hembras, como hemos venido defendiendo.*

*Como ya dije, sin conocer ni aplicar, por supuesto, este símil, han sido numerosos los autores de las letras españolas que en base a criterios meramente intuitivos o instintivos (que suelen funcionar muy bien) y desde la poesía o la literatura han hecho comparaciones ¡similares! No*

*es difícil admitir que, puestos a asignar etiquetas, los ríos macho corresponderían a los vigorosos, impulsivos, rectilíneos, directos, etc. Por el contrario, se asimilarían mejor a las características femeninas (atención, que no quiero líos por lenguaje sexista) los ríos sosegados, hondos, misteriosos, sinuosos (las curvas meandriformes siempre presentes en el imaginario popular), etc. Ya lo dijo el gran Delibes, el Esgueva, por la sinuosidad de su curso, es río hembra, mientras que el Pisuerga es río macho. Pues eso.*»

*Además de "río higuera", el Cebollón es también un "río hembra"*

Así pues, según las sabias –y sobre todo amenas– disquisiciones de Antonio Castillo el río Cebollón, al igual que el resto de los ríos almijareños, es un "río hembra" porque su cauce se mantiene más o menos estable a lo largo de todo el año: sufre, como todos, las crecidas y el estiaje, pero su caudal se altera poco, o al menos no demasiado. Sus respuestas son muy inerciales: los niveles del agua suben en general lentamente, como con retardo, sin brusquedades.

Pero este río –como casi todos, por otra parte– es mucho más: se trata de un ecosistema delicado, en continua evolución, que en los últimos años se enfrenta a un proceso de degradación tal vez invisible a ojos poco experimentados, pero fácilmente demostrable. Una corriente que durante siglos aguantó con estoicidad la fuerte presión humana debida a la gran cantidad de personas que trabajaron y vivieron cerca de sus orillas. Porque labradores, esparteros, caleros y carboneros, pastores y resineros bebieron, regaron, calmaron la sed de su ganado y la suya propia, lavaron sus ropas, se refrescaron y se alimentaron de los recursos aparentemente inagotables del río Cebollón. Las riadas y sequías anuales –que se han ido sucediendo desde siempre–, unidas a la sobreexplotación humana, también contribuyeron a aumentar esa presión, pero el río siempre vencía, resurgía y se renovaba; tornaba a ser lo que siempre fue: una corriente viva, con una comunidad biológica –su flora y su fauna– que lo convertía en un biotopo perfecto. La armonía entre el hombre y el medio parecía funcionar.

El río Cebollón no está enfermo en la actualidad; no se trata de eso. Sus aguas aún continúan siendo frescas y transparentes, su cauce es nacarado y sus orillas están pobladas por un sinnúmero de especies vegetales de un brillante color verde. Pero esa aparente explosión de

vida es solo superficial, porque en el Cebollón apenas queda fauna subacuática. Sus remansos de claroscuros anaranjados, tan adecuados para todo tipo de fauna y microfauna, se encuentran casi deshabitados. Y es que, a día de hoy, son muy escasas las poblaciones de peces, anfibios, pequeños mamíferos e incluso insectos y larvas acuáticas que medran bajo la superficie rizada de la corriente.

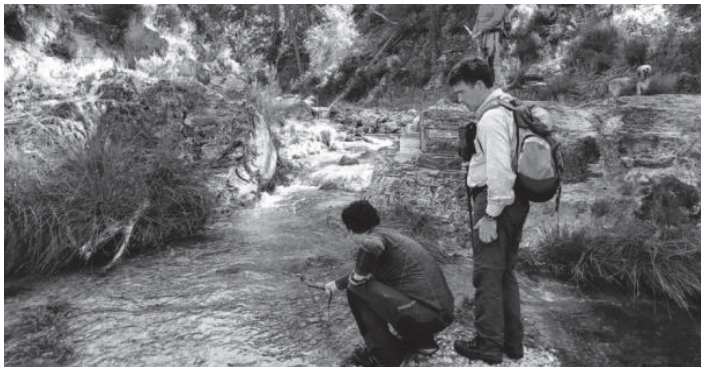
Según parece son varias, y no una sola, las causas que están llevando a esa situación a una de las corrientes de agua más bonitas de Tejeda Almijara. Es de común opinión, por ejemplo, que los parajes que rodean el cauce del río Cebollón no han vuelto a ser los mismos desde el último gran incendio habido en esta zona de la sierra, ocurrido en el verano de 1982, en el que, según las crónicas de la época, ardieron más de dos mil hectáreas de pinar y otras cuatro mil de monte. El fuego, que llegó a tener un frente de siete kilómetros, generó una gigantesca nube de cenizas que oscureció el sol, alcanzando a depositarse sobre Granada capital, a unos cincuenta kilómetros de distancia.

*Incendio en Tejeda Almijara. Fotografía de José Morales Aguado (Jayena)*

Un incendio forestal es una de las peores tragedias que puede sufrir cualquier ecosistema. A la pérdida del manto vegetal hay que sumar los cambios que experimentan los ríos de la zona quemada por la pérdida de su bosque perimetral y la consecuente degradación y erosión del suelo; cambios que, lógicamente, afectan de lleno a la flora y fauna de ese paraje. Cuando vuelven las lluvias arrasan las laderas peladas, arrastrando hasta el cauce de los ríos grandes cantidades de cenizas, tierra suelta, restos del incendio y sedimentos que colmatan el cauce y los remansos y contaminan el agua, dañando seriamente todo el ecosistema acuático. Los pequeños mamíferos y aves que se alimentan en los cauces junto a peces, anfibios, insectos y larvas se quedan, literalmente, sin casa y sin comida. Perecerán o se marcharán.

Dicen los entendidos que para que un ecosistema se recupere por completo de los efectos de un incendio pueden llegar a pasar hasta trescientos años, especialmente si se trata de la regeneración de un bosque de ribera. Si hacemos caso a esta afirmación, y teniendo en cuenta que el último gran incendio en Tejeda Almijara tuvo lugar en el año 1982, podemos

afirmar que aún queda mucho, pero que mucho tiempo hasta que la zona del río Cebollón recobre por completo su antiguo esplendor.



*Antonio Castillo y Víctor Cassini (colaborador de la UGR en el proyecto "Lagunas de Sierra Nevada") toman imágenes subacuáticas del río Cebollón. Fotografía de Mariló V. Oyonarte*

*Interior de un remanso y del cauce del río. La transparencia de sus aguas es total. Tomas subacuáticas de Víctor Cassini*

Los ecosistemas fluviales están en constante transformación. La Naturaleza, en un ejercicio de equilibrio perfecto, ha regido invariablemente el destino del río y sus pequeños habitantes. A los años de sequía se sucedían los de lluvias e inundaciones. Y es que los ríos han estado cumpliendo su misión eterna de desaguar las precipitaciones en forma de lluvia,

nieve o granizo que caían en su cuenca, y cuando el exceso de agua sobrepasaba los límites del propio cauce, se anegaban las zonas aledañas hasta que el agua terminaba filtrándose por el propio terreno, enriqueciéndolo y alimentando los acuíferos subterráneos. Las inundaciones periódicas renovaban el medio natural controlando las poblaciones de alevines, redistribuyendo los sedimentos, remodelando las cuencas de los ríos e incluso despejando los cauces de especies invasoras, ramaje o animales muertos y exceso de algas. Por eso dicen los más viejos que un río sin crecidas ya no es un río.

Pero el hombre, en su afán por controlar todo a su gusto y conveniencia, ha intentado –y no siempre conseguido– alterar estos ciclos naturales de crecidas mediante la construcción de diferentes estructuras para contenerlas, guiarlas y, de alguna forma, aplacarlas para que no estropeasen sus preciadas casas y cultivos. Diques, encauzamientos, canales, acequias, embalses y otras infraestructuras artificiales han cambiado la fisonomía de los antiguos cauces, alterando para siempre la belleza pura de las láminas de agua naturales. Pero la Naturaleza no es fácil de someter, y los daños –o cambios– producidos por las inundaciones han continuado, a pesar de todo. Donde sí que han influido irremediablemente es en la alteración del ecosistema fluvial, ya que estas barreras artificiales impiden el paso de las especies subacuáticas de unas zonas a otras del río. También favorecen la sedimentación de piedras y arena en lugares donde el cauce, por sí mismo, no lo haría, disminuyendo la profundidad del mismo y reduciendo los remansos naturales y su capacidad de desagüe.

El Cebollón, a pesar de ser un tranquilo y pacífico "río hembra", también sufre la presencia de un alto dique, construido en el año 1986 por el IARA (Instituto Andaluz de Reforma Agraria), que ha jugado un papel crucial en la acusada remisión de su fauna subacuática. Moderadamente integrado en el paisaje gracias al paso del agua y a la colonización de parte de su estructura por plantas ribereñas, este muro de piedra forma hoy una agradable cascada que hace las delicias de quienes acuden allí para refrescarse en verano. Pero el daño, desafortunadamente, permanece.

*Dique de las Parideras, en el cauce del río Cebollón*

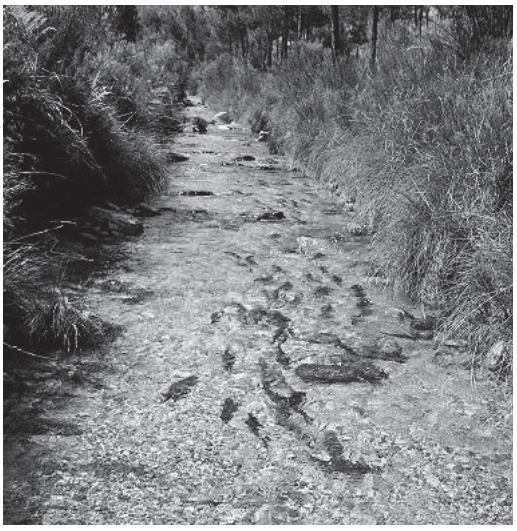
Es un hecho, por tanto, que ningún río –tampoco el Cebollón– lo tiene fácil en los tiempos actuales para mantener intactas su idiosincrasia y biodiversidad. El cambio climático, tan traído y llevado pero tan real, contribuye, por su parte, a acelerar el proceso: años seguidos

de lluvias escasas y calentamiento global que reducen considerablemente el volumen de agua que circula por su lecho fluvial; aumento de la temperatura y menor oxigenación de la corriente, que impiden el correcto desarrollo de los alevines de todo tipo de especies subacuáticas… A esto podríamos añadir la captura sin control de ciertas especies, especialmente cangrejos y truchas –furtivismo esporádico–, circunstancia que termina de completar el panorama. Bien es cierto, a decir de los antiguos, que el río Cebollón no fue nunca tan abundoso en peces y cangrejos como sus hermanos el Bacal y el Cacín; pero también lo es que sus aguas sostuvieron, hasta hace pocos años, un ecosistema muy completo.

Por último añadir un hecho de menor relevancia, pero que tampoco contribuye a la conservación: la práctica de los –a nuestro entender– mal llamados "senderos acuáticos", que convierten los lechos fluviales en poco menos que caminos de agua por los que, en temporada estival, desfilan cientos de personas pateando, removiendo y alterando el fondo arenoso y la vegetación de ribera con la suela del calzado. No se trata de la peor de las agresiones, desde luego, pero estas acciones completan la lista de afrentas que sufren nuestros indefensos ríos de montaña. Más, habida cuenta de que, en el caso del río Cebollón, junto a él transcurre un cómodo sendero por el cual es posible hacer gran parte del recorrido. Dice el refrán que "si vemos las barbas de nuestro vecino cortar, pongamos las nuestras a remojar"… Tenemos muy cerca el caso del río Chíllar, al otro lado de estas mismas montañas, en la vertiente malagueña, que viene padeciendo "en sus propias piedras" este problema, hasta el punto de que su cauce ha llegado a convertirse en una suerte de procesión interminable de personas que lo invaden, así como lo hacían las huestes de Atila, de forma que la vida subacuática en ese río prácticamente brilla por su ausencia. Tal masificación, que se repite durante varios meses al año –dadas las suaves temperaturas de la zona– ha llegado al extremo de extinguir cierta planta endémica de esos parajes. Tras la época de máxima afluencia de visitantes suele ser imperativa la intervención de varias partidas de limpieza para liberar al río de la basura acumulada en sus alrededores.

*El profesor Antonio Castillo llena un vaso de agua de un afluente del Cebollón, el arroyo de la Culebra. Fotografía de Mariló V. Oyonarte*

Está claro que una adecuada gestión de los ríos debería pasar por restituirles su función –que al fin y al cabo han sabido realizar perfectamente durante miles de años– recuperando para ellos el espacio que ocuparon, eliminando las barreras y devolviéndoles, en lo posible, la integridad de su entorno natural. Pero como en muchos casos todo esto no es factible, habrá que confiar en la –afortunadamente cada vez mayor– concienciación medioambiental de la sociedad, porque no se trata de una tarea, de una obligación en realidad, exclusiva de los organismos competentes, sino también de cada uno de nosotros. La protección y conservación de nuestro patrimonio natural –y el río Cebollón es una parte esencial de ese patrimonio– no es ya primordial, sino urgente. Porque hay aspectos como el cambio climático y las infraestructuras construidas que no podemos evitar, pero otros sí que dependen de lo poquito que podamos contribuir a nivel individual, como por ejemplo olvidarnos del furtivismo, llevarnos siempre nuestra basura o recorrer por el sendero y no por el agua ese paraje tan hermoso, tan genuinamente almijareño y tan nuestro como es el "río hembra" y "río higuera" Cebollón.



*Una idílica imagen del pasado, que tal vez en el futuro podría volver a repetirse: el río Cebollón lleno de peces*

No son pocos los que afirman que Naturaleza, desarrollo, conservación y turismo son conceptos del todo incompatibles. Aportemos, pues, nuestro grano de arena para que no sea así: pensemos globalmente y actuemos localmente conociendo en lo posible, apreciando en su justa medida y preservando para el futuro, entre todos, lo que es de todos.

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Imágenes subacuáticas, Víctor Cassini*

*Publicado el 7 de noviembre de 2020*

# Un legado excepcional: el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama

*Vista hacia el sur desde la base de Piedra Sillada, en Sierra Almijara*

Qué privilegio pasear por el casco viejo de nuestros pueblos y ciudades. Todos: grandes, pequeños, humildes, opulentos, labradores, marineros, de montaña o de llanura, cada uno a su escala y en su propia tesitura, cada uno con su personalidad, esencia y atributos. Nadie que posea un mínimo de sensibilidad y respeto por nuestra cultura, tradiciones e historia queda indiferente ante la belleza intemporal y con frecuencia decadente de calles y casas –unas señoriales, otras humildísimas; unas rehabilitadas, otras pregonando con voz quejumbrosa su ruina– que nos revelan mil y un detalles sobre las personas que pasaron por allí antes que nosotros: ricos y pobres, padres e hijos, doncellas y galanes, vencedores y vencidos, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, adalides moros y caballeros cristianos, impartidores de justicia y proscritos irredentos… Retazos de hombres y mujeres de otras épocas, abuelos de nuestros abuelos y mucho más atrás, cuyos espíritus impregnan las piedras centenarias y nos susurran al oído sus secretos tras cada vuelta de esquina, convirtiendo nuestro paseo en un auténtico viaje didáctico que nos traslada a través de los siglos.

Pero una región, o una comarca, no solo la integran pueblos y ciudades. Todo espacio geográfico cuenta con un escenario sin el cual carecerían absolutamente de sentido sus núcleos urbanos. Se trata de los espacios naturales que los circundan –que los abrazan, sería mejor decir–: montañas, llanuras, ríos, embalses, precipicios, barrancos, colinas, cresteríos, vaguadas y puertos que, del mismo modo que las poblaciones, constituyeron una parte activa en el devenir de esa zona y que, en la inmensa mayoría de los casos, fueron definitivos para la ubicación de los asentamientos humanos. La Comarca de Alhama y la Axarquía de Málaga comparten la fortuna de situarse en las cercanías de un territorio montañoso y siempreverde, alto y agreste, áspero y a la vez hospitalario, plagado de profundos taludes y vertiginosas aristas que se asoman al mar, que define el espacio natural más singular de la provincia de

Granada –por detrás del macizo de Sierra Nevada– y uno de los más peculiares de la provincia de Málaga: el Parque Natural de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Tradicional e irrevocablemente unidos al destino del hombre desde tiempos prehistóricos, estas montañas y los espacios que las rodean han constituido, durante miles de años, un medio de vida imprescindible para la subsistencia de sus habitantes y un hogar donde sacar adelante a sus hijos. De hecho, no hace todavía un siglo que los avances de la sociedad moderna desplazaron a los antiguos oficios y por lo tanto también a sus gentes, en favor de otros lugares y otras maneras de vivir.

*Divisoria de la cuerda del Cisne desde el sendero de la Venta de Pradillos, en Sierra Almijara*

Pero que en los montes ya no se afanen labradores, ganaderos, arrieros, pastores, leñadores, caleros, carboneros, resineros y recolectores de esparto; que, en definitiva, esos territorios ya no procuren directamente alimento y trabajo, no quiere decir que nuestras montañas no sigan mereciendo respeto, atención y, más que nada, cuidados. Muy al contrario: es en la actualidad, cuando la soledad y el silencio se han aposentado –quién sabe si para siempre– en aquellos parajes y su mantenimiento ha dejado de estar bajo la responsabilidad de las personas que tradicionalmente se encargaron de ello durante siglos, cuando hay que encontrar medios que nos ayuden a conservarlas de la mejor forma posible. Y para ello nuestra legislación facilita herramientas precisas para esa tarea, como la Ley 4/1989, de 27 de marzo, de Conservación de los Espacios Naturales y de la Flora y Fauna Silvestres. Las sierras de Tejeda, Almijara y Alhama, merced a su peculiares características, cuentan con una serie de figuras de protección entre las que se encuentran: Parque Natural (PN) desde el año 1999; Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA) desde el año 2003; Lugar de Importancia Comunitaria (LIC) desde el año 2006; adherida a la Carta Europea de Turismo Sostenible (CETS) desde el año 2010 y Zona Especial de Conservación (ZEC) desde el año 2016.

Pero, ¿qué es y para qué sirve, a efectos prácticos, un Parque Natural? Afirma la normativa que son "territorios naturales, poco transformados por la explotación u ocupación humana que, en base a la belleza de sus paisajes, la representatividad de sus ecosistemas o la singularidad de su flora, de su fauna o de sus formaciones geológicas e hidrológicas, poseen unos valores ecológicos, etnográficos, estéticos, científicos y educativos cuya conservación merece una atención especial por parte de la Administración Pública". Que un territorio sea

declarado Parque Natural es, por lo tanto, prueba irrefutable de su singularidad y trascendencia. Y ello no implica que tenga que reconvertirse en una suerte de museo o parque temático al aire libre dentro del cual toda iniciativa esté prohibida; muy al contrario, en los Parques Naturales se promueven –por ley– los aprovechamientos tradicionales que sean compatibles con la conservación de sus particulares recursos naturales y se facilita su promoción y la de los núcleos urbanos que incluyen, favoreciendo su uso público y la entrada ordenada de visitantes, controlando y evitando –en la medida de lo posible– el deterioro de los paisajes y ecosistemas que albergan. Porque, por experiencia, todos sabemos que el progreso y el desarrollo social y económico a menudo conllevan daños al medio ambiente que pueden, incluso, llegar a ser irreparables.

La designación de Parque Natural posibilita, entre otras cosas, la conservación de la biodiversidad y la diversidad cultural y etnográfica de las poblaciones que engloba; la protección de multitud de especies –tanto animales como vegetales– vulnerables o en peligro de extinción; la preservación de ecosistemas de alto valor biológico; la protección, examen y estudio de yacimientos naturales y paleontológicos, si los hubiere; el favorecimiento de la investigación científica por tratarse de espacios naturales bien conservados y la consiguiente promoción de la educación medioambiental. A corto, medio y largo plazo un Parque Natural puede resultar, además, una interesante fuente de ingresos al atraer el turismo de naturaleza y generar empleo sostenible entre los habitantes locales.

*Atardeciendo en Sierra Tejeda*

La gestión del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama compete a la Junta de Andalucía mediante la Consejería de Agricultura, Ganadería, Pesca y Desarrollo Sostenible, a través de sus Delegaciones Territoriales en Granada y Málaga. La responsabilidad ejecutiva de la administración del Parque, del control de las actividades que se desarrollen en su territorio y de la realización de las actuaciones ligadas a su conservación y uso público –es decir, qué se hace y qué no se hace dentro del espacio protegido– son competencia de la Dirección del mismo. La Junta Rectora del Parque, constituida por una representación de sectores públicos y privados con competencias e intereses en el mismo, asiste y apoya en esa gestión de acuerdo con su carácter de órgano consultivo y colaborador. Fomentar la cooperación entre las partes, conciliar los diferentes intereses y opiniones y aunar criterios es importante para avanzar actuaciones que redunden en la intención primera de esa gestión: proteger la integridad de los

ecosistemas naturales de Tejeda, Almijara y Alhama y promover un desarrollo social, económico y cultural sostenible para las personas y comunidades que se asientan en ese territorio y su área de influencia.

No resulta exagerado afirmar que, dada su importante función dentro de la sociedad actual, los Parques Naturales son ya imprescindibles. Y no solo eso: inmersos como vivimos en un mundo que camina irremisiblemente hacia la supermecanización, la hiperautomatización y la ultrainformatización de casi todos los aspectos de nuestras vidas, donde la realidad virtual se ha convertido en una seria competidora de lo tangible, recuperar el contacto respetuoso con lo más inmediato –el mundo natural y sus habitantes– es casi imperativo. Nuestros descendientes, por lo demás, tienen todo el derecho del mundo a disfrutar de ese patrimonio natural del que nosotros somos hoy depositarios –depositarios, que no propietarios–. El Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama no sólo cuenta con unos paisajes espectaculares sino que está repleto también de cultura e historia; allí perduran, como escritas en un colosal libro de historia imaginario a disposición de todos, las huellas que dejaron nuestros ancestros, desde cuevas con pinturas rupestres y otros asentamientos antiquísimos –como la Cueva de Nerja, la necrópolis megalítica del embalse de Los Bermejales o las ruinas ibero-romanas de la Mesa de Fornes– a los mucho más recientes restos de los últimos cortijos habitados de la sierra, abandonados hace apenas cincuenta años.

Somos agua y seremos tierra. El ser humano está hecho de Naturaleza; forma una parte esencial de ella y necesita, aunque no sea –o no quiera ser– consciente de ello, mantener esa conexión inherente al medio natural y a sus habitantes: todos hemos comprobado los beneficios inmediatos, tanto físicos como emocionales, que nos proporciona un simple paseo por el campo. Caminar, respirar, observar, escuchar, palpar, descubrir, aprender, valorar, percibir, sentir, soltar, inspirarse, concienciarse, motivarse y renovarse; disfrutar a manos llenas, al fin y al cabo –y con plena responsabilidad–, de un santuario de vida como es un Parque Natural debería ser un derecho humano fundamental. De la misma forma que todo paraje natural debería tener legítimo derecho a ser protegido.

Naturaleza, progreso, conservación y uso público pueden ser perfectamente compatibles. Trabajemos todos juntos, desde las instituciones y también a nivel personal, por nuestro Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama; aportemos lo mejor de cada uno con responsabilidad, conciencia común y afán de colaboración sin excusas ni desidias, sin postergaciones ni complejos, sin duelos argumentales ni vanas declaraciones de intención que luego queden en nada. Porque mirar por el medio ambiente es mirar por nosotros mismos; no existe mejor forma de rubricar nuestro compromiso con los espacios protegidos. Y de preservarlos y engrandecerlos para las generaciones venideras.

“Pobre de ti si no llegas a entender los misterios de la selva. Aprende a escuchar lo que no puedes ver y nunca pierdas el respeto por lo que no comprendes, porque no debes olvidar que la selva te da mucho, pero también te lo puede quitar”.
(Sabiduría maya)

*Fotografías, Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 19 de junio de 2021*

## Sendas con historia y una “abuela” singular

*Recientemente ha sido catalogado y cartografiado el que posiblemente sea el tejo más antiguo del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.*

*Interior de un bosque de encinas en Sierra Tejeda*

Cerremos los ojos y evoquemos un bosque ideal, parecido a los que salen dibujados en los libros de cuentos. ¿Lo tenemos ya? Podemos, pues, percibir la humedad del aire, que en mitad de la espesura se vuelve silencioso y calmo; la fragancia –lenitiva como un bálsamo– a tierra vieja y troncos viejos, tapizados de liquen hasta la cruz como si una mano habilidosa se hubiese afanado en ello cuidadosamente; la luz del día y el calor del sol, tamizada una y atenuado el otro merced a la densa bóveda de fronda entrelazada que, en una delicada filigrana de ramas, hojas y frutos, se extiende por encima de nuestras cabezas; la ficticia soledad que nos abraza y ofrece la ilusión –sólo la ilusión, pues muchos ojos no visibles nos observan– de que no hay nadie más; la blandura aparente de las rocas, revestidas por una almohadillada capa de musgo; la suave pisada sobre el terreno, acolchado por las hojas caídas y acumuladas a lo largo de cientos y cientos de otoños dorados... Un bosque en plenitud; abstraído en una intimidad profunda, vegetal e impenetrable.

Nuestro bosque de ensueño existió en realidad. España, Andalucía y, por supuesto, Sierra Tejeda formaron parte de un extensísimo tapiz arbóreo constituido por miles de especies diferentes de árboles, arbustos, matorral y herbáceas que, hasta hace unos siglos, dominaron el paisaje ibérico. Pero como ese bucólico panorama pertenece a un pasado bastante remoto, tendremos que seguir evocando. ¿Imaginamos ahora, atravesando nuestro bosque de cuento, un sendero? Pero no un sendero cualquiera: vamos a visualizar un camino centenario, construido a conciencia –como se hacían antes las cosas–, empedrado con paciencia piedra a piedra; unas veces excavado en la tierra y otras tallado en la roca; atravesando densas arboledas y también zonas de piedra desnuda; subiendo y bajando pendientes, salvando barrancos, cruzando arroyos; por tramos estrecho como un pasadizo o tan anchuroso como para permitir el paso de un carro; con sus escalones, desniveles compensados, tapias y albarradas y, sobre todo, con caminantes, muchos caminantes. Somos soñadores, ¿no? Entonces podemos ver lo que queramos. Ahí están: personas de toda clase y condición que recorren a diario, en hilera interminable, nuestro sendero –arrieros, jornaleros, leñadores, carboneros, viajeros que se trasladan de un punto a otro– y que, por la cuenta que les trae, colaboran en el mantenimiento de esa arteria pedestre que atraviesa las montañas, porque el

sustento de casi todos ellos depende en gran medida de que ese camino se encuentre practicable durante todo el año.

*Restos del sendero tallado en roca, en la cara oeste de Sierra Tejeda*

Al igual que el bosque infinito del que hablábamos antes, nuestro concurrido sendero también existió en realidad. De hecho fue una de las vías más directas que unieron las localidades de Alhama de Granada (Granada) y Alcaucín (Málaga). Partía del Robledal Alto y, ascendiendo por encima del paraje conocido como el Contadero, se desviaba a la derecha, desde donde faldeaba por media Sierra Tejeda ascendiendo, llaneando y descendiendo; en definitiva, trazando una ruta directa, la más corta posible, entre Alhama y Alcaucín. Pocos quedan ya que lo recuerden, pues dado su complejo recorrido –las escarpadas caras norte, noroeste y oeste de Sierra Tejeda– fue abandonándose paulatinamente en favor de rutas alternativas, más largas pero menos expuestas a las inclemencias del veleidoso clima granadino.

Y es que eran, desde luego, tiempos de otoños frescos, inviernos glaciales y primaveras muy lluviosas. Relatan los más viejos que podía llover durante un mes entero y nevar otro tanto. Del frío, contar y no acabar: fuentes y abrevaderos congelados por completo; calles empedradas que se volvían pistas de patinaje; carámbanos de hielo pendiendo de tejados y extraplomos que podían llegar a medir más de un metro de largo, y que constituían un peligro muy real para quienes pasaban por debajo. Esa climatología sometía a nuestro sendero, durante los meses más crudos del año, a continuos encharcamientos, derrumbes parciales, acumulaciones de nieve y, peor aún, a la formación de traicioneras placas de hielo, duras como el pedernal, que era necesario romper con lo que se tuviese a mano, so pena de resbalar sobre una de ellas y terminar hombres, bestias y cargamento descalabrados en el fondo de cualquier barranco. Gradualmente los caminantes fueron buscando otras vías por evitar este tipo de inconvenientes, que solo servían para entorpecer sus viajes. Así ocurrió que, en poco tiempo de desuso, nuestro camino histórico fue desapareciendo bajo la frondosa vegetación que poblaba esas laderas, las más húmedas y frías de toda Sierra Tejeda. Una impenetrable barbacana de quejigos, robles, tejos, madroños, encinas, cornicabras, ruscos, arraclanes, labiérnagos, pinos, serbales, arces, guillomos y durillos, entre otras hierbas, se encargó de borrarlo del mapa casi por completo. Solo se acordaron de él, tiempo después, los audaces estraperlistas de la posguerra, que solían desviarse por aquellos olvidados –y peligrosos– vericuetos serranos con sus alijos, a sabiendas de que nadie se atrevería a buscarlos por allí.

*Uno de los escasos tramos visibles del sendero que unía Alhama de Granada y Alcaucín*

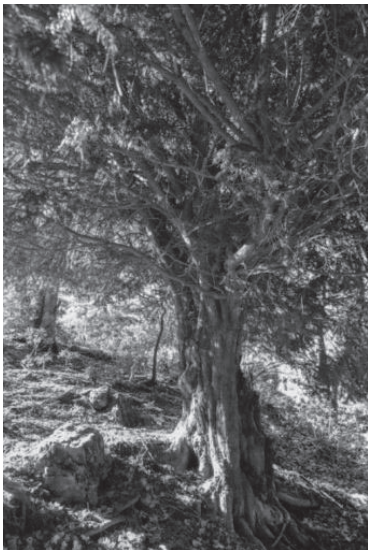
Nuestro sendero desapareció pero, ¿qué fue de los legendarios bosques que cubrían Sierra Tejeda? Debieron ser muy notables, puesto que ya desde finales del siglo XVI encontramos textos en los que se hace referencia a ellos. Según reseñan los historiadores, parece que a partir de la colonización cristina tras la Reconquista se intensificaron los aprovechamientos de los recursos forestales en estas sierras. Maderas para la construcción; para calentarse y cocinar; para los hornos de cocer pan; para las hambrientas calderas de los ingenios azucareros; para fabricar carbón, y cal, y carros, y aceites esenciales de plantas aromáticas, y vigas para los tejados, y barriles para el vino, y barcas para pescar, y mangos de herramientas y aperos, y muebles para las casas, y… Esto unido a la acción destructiva de los incendios forestales que –fortuitos o provocados– se producían con relativa frecuencia, determinó que en el espacio de un par de siglos –para principios del XIX– Sierra Tejeda quedase convertida en una descomunal mole de roca gris, casi un erial desprovisto de arbolado de gran porte en el que medraban como podían espartos, aulagas, plantas aromáticas y los arbustos más resistentes, castigados a su vez por el apetito voraz de los numerosos rebaños de cabras y ovejas que pastaban monte adentro por aquel entonces. No había distingos; cualquier clase de madera valía. Una de las especies arbóreas que más padecieron esa febril corriente deforestadora fue la más representativa de esos parajes: el tejo.

*Bosques de repoblación en la cara oeste de Sierra Tejeda*

El tejo, cuyo nombre científico es *Taxus baccata* y que tantas culturas antiguas consideraron como el más místico de los árboles. La especie que, según las fuentes oficiales y el saber popular, dio su nombre a Sierra Tejeda, de la cual ya el cronista Luis de Mármol y Carvajal escribía, a principios del siglo XVII: "(…) Desde este puerto vuelve una cordillera de sierra, que procede la mayor y va hacia el mar, llamada Sierra de Tejeda por los muchos tejos que hay en ella, que son unos árboles derechos y altos como el ciprés, y la madera es semejante al pino, y se aprovecha rolliza, sin aserrar, para enmaderar las casas y para otras muchas labores (…)". Efectivamente, las excelentes cualidades de la madera del tejo para todo tipo de usos, unidas a la –conocida ya desde tiempos muy antiguos– toxicidad de sus hojas para el ganado, especialmente caballos, mulos y burros, llevaron a este árbol casi a su extinción.
El tejo es un fósil viviente; una de las especies vegetales más antiguas. De follaje perenne y gran longevidad –pueden sobrepasar los 2000 años–, no suele formar bosques extensos, sino que se desarrolla de forma dispersa en las zonas más umbrías y frescas de las montañas. En Sierra Tejeda habitaba –y aún lo hace– entre los 1400 y 1900 metros de altitud, en barrancos húmedos y sombreados, la mayor parte de ellos en la provincia de Granada por encontrarse en orientación norte, formando bosquetes mixtos junto con otras especies como encinas, pinos, arces, serbales, madroños, cornicabras, etcétera; especies estas con las que, por cierto, se lleva muy bien. En Sierra Tejeda el tejo florece a finales de invierno y principios de primavera, y sus semillas, recubiertas por un llamativo fruto de color bermellón intenso, el arilo –que es la única parte no tóxica del árbol–, maduran en otoño.

Evocábamos antes un sendero empedrado y un bosque sin fin. Ni uno ni otro existen ya como tales, aunque dejaron, eso sí, valiosos vestigios de su existencia. En uno de los barrancos más fríos e infranqueables de la cara norte de Sierra Tejeda, próximo al recorrido de nuestro sendero, se mantiene –y hasta prospera– uno de los pocos rodales de bosque mixto natural donde el tejo ha logrado sobrevivir. En él habitan unas decenas de tejos de diferentes tamaños: desde un metro de altura y diez centímetros de grosor de tronco, hasta los que miden más de diez metros y su tronco tiene más de uno de diámetro. Algunos ejemplares de gran porte han llegado hasta hoy, evidentemente, por la inaccesibilidad de su ubicación; otros son el resultado de rebrotes de tejos que no pudieron escapar a la corta exhaustiva.

Pero de entre todos ellos destaca un tejo de enormes dimensiones y porte magnífico. Persiste ahí, contra todos los vientos, desde hace al menos, según calculan los botánicos, trescientos años; posiblemente más. Con un diámetro de tronco de más de tres metros y una altura aproximada de unos doce, podría tratarse del tejo más antiguo de Sierra Tejeda y, por lo tanto, de todo el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Se trata de un pie femenino, es decir, de un tejo "hembra" que florece y fructifica abundantemente todos los años, como corresponde a un árbol sano. Comparten espacio con esta venerable y hermosísima abuela –la Teja Abuela–, además de otros ejemplares de su especie, un bosquecillo heterogéneo formado por arces, serbales, pinos y matorral diverso que, como buenos vecinos, arropan y protegen la ubicación de otros ejemplares de tejo, mucho más pequeños y vulnerables.



*La Teja Abuela es posiblemente el tejo más antiguo del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama*

*Detalle de sus hojas y frutos*

Varias son las coyunturas que han propiciado este providencial refugio para el tejo en Sierra Tejeda: la complicada orografía del terreno; la considerable reducción de la presión ganadera; la ausencia de incendios y la humedad que implica la escasez de sol directo durante gran parte del año en ese territorio, y la importante espesura del matorral y el bosque mixto que pueblan esos cortados, que protegen el suelo de la erosión y favorecen la regeneración natural de las especies. Esa vegetación intrincada dificulta asimismo el acceso a herbívoros como el ciervo y la cabra montesa –para ellos las hojas del tejo no son nocivas y las devoran con fruición– y favorece la germinación de las semillas y el crecimiento de los ejemplares más jóvenes. La Teja Abuela y sus compañeros de milagro perduran y se reproducen hoy con éxito en este y en otros puntos de Sierra Tejeda, gracias no solo al concurso de la naturaleza sino también a los planes de regeneración forestal que se están llevando a cabo desde que estas montañas quedaron protegidas bajo la figura de Parque Natural, en el año 1999.

La presencia de tejos –verdaderas reliquias vegetales del Triásico, propias de regiones más septentrionales– en nuestras montañas sureñas representa una rareza botánica de valor excepcional, de ahí que la salvaguarda de los que quedan y el mantenimiento de los programas

para su conservación y multiplicación sean cruciales; más cuando técnicamente los tejos están catalogados como especie singular en riesgo de extinción dentro del territorio andaluz.

Nuestra majestuosa Teja Abuela, árbol sagrado desde tiempos inmemoriales, origen de leyendas y mitos, considerada a un tiempo Árbol de la Vida –por su longevidad– y Árbol de la Muerte –por su toxicidad–, aspira a seguir presente en Sierra Tejeda, a la que generosamente ella y sus ancestros cedieron su nombre. A seguir presente, desde luego, y también a perdurar y a perpetuarse. Porque representan ella y los suyos, allí donde están, una estampa puntual de aquel interminable bosque natural perdido y añorado; el recuerdo vivo de algo que ya pertenece a la historia pero que podemos ir recuperando –al menos en parte– con tiempo, paciencia y responsabilidad. Quién sabe; nuestro quimérico bosque imaginado, el que evocábamos al principio de este artículo, bien podría llegar a convertirse en un legado real y palpable para las generaciones venideras. Una herencia de valor incalculable que nos entregarían en propia mano Sierra Tejeda y, en definitiva, el conjunto de territorios que conforman el Parque Natural de las Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama.

*Vistas desde la cara norte de Sierra Tejeda (fotografía de Carlos Luengo)*

*Fotografías de Mariló V. Oyonarte*

*Agradecimientos: Mariana Orti Morís (directora conservadora del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama), José Algarra (botánico conservador de la Red Andaluza de Jardines Botánicos), Francisco Ortiz Villarraso, Antonio Villena Villena y Manuel Rodríguez Martos*

*Publicado el 12 de febrero de 2022*

# Apadrinar un cortijo

En un país de raigambre tan genuinamente rural como es España, en el que usos y costumbres tradicionales se han conservado intactos a lo largo de los siglos, los cortijos –nuestras bellas casas de campo andaluzas– también forman parte de un patrimonio etnográfico que merecería la pena conservar.

*Ruinas del cortijo de la Loma de Ubares, en el Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama*

Una vieja casa derruida en lo alto del monte, una escombrera casi; un cortijo cualquiera de los muchos que desafían al olvido aguantando como pueden, envueltos en soledad y silencio, evoca –¿quién podría asegurar que no lo hace?– tiempos mejores. Tiempos en los que los hombres moraban en la sierra, la llenaban, trabajaban y guardaban; en los que dependían por completo de ella, y la respetaban, y la conocían y sabían de sus secretos. Tiempos, desde cierto punto de vista –un ancestral punto de vista–, más civilizados.

Como cuando, por ejemplo, el verano estaba rematando y apenas se notaba en las laderas de media y baja altura, donde el bochorno continuaba, pero arriba, en cotas cimeras, la otoñada anunciaba ya que estaba a punto de colarse por los portillos. Quienes mejor lo presentían eran los habitantes de los cortijos asentados cerca de las cumbres, porque de noche y quedamente, así como quien no quiere la cosa, un airecillo helador iba traspasando las rendijas de las ventanas y obligaba a los durmientes a echarse por encima, entre tiritones, mantas y cobertores. Fuera de las casas las mañanas iban escarchando y el sol tardaba más en entibiar el aire, no como unas semanas atrás, que picaba rabioso en la cara al poco de despuntar por el horizonte.

Cuando, por ejemplo, los pastores y el ganado, errantes durante las semanas del estío allá en los pastos de altura, también eran conscientes de que el cambio de estación andaba en

ciernes. Ya no faltaba mucho para que comenzasen su regreso al abrigo de los corrales para pasar el invierno, cosa que alegraba particularmente a los hombres y sus perros, a quienes la permanencia continuada en campo y cielo abiertos se les hacía muy larga –cuatro meses cumplidos si no más, según viniera el año de caluroso–. Un tiempo aquel durante el cual no bajaban al pueblo o a los cortijos donde tenían a sus familias más que cada dos o incluso tres semanas, y eso lo justo para recoger la muda de ropa limpia, reponer las bolsacas de panes, tocino y chacina seca, queso, arenques y, con algo de suerte, naranjas o uvas pasas de las que subían los arrieros procedentes de la costa. También aprovechaban para ver a los suyos y retomar conversaciones con las novias.

*Entrada al cortijo, en la actualidad*

*Entrada al cortijo de la Loma de Ubares, mediados de los años sesenta del pasado siglo*

Cuando, por ejemplo, las labores de cosecha del cereal y recogida de las hortalizas también andaban muy adelantadas. Entonces los labradores, como la necesidad siempre apremiaba, empleaban su mucha ciencia en aprovechar al máximo cada porción de terreno incluso allí donde meramente se asentaba un palmo de tierra, acomodando la siembra a las características del bancal: que había agua de sobra, pues se ponían unas matillas de tomates,

de pimientos, de cebollas o de sandías; que se trataba de tierra de secano, pues se plantaba otra cosa. La cuestión era sacar provecho. Si unas tierras eran buenas para dar trigo, centeno, yeros, avena y cebada, otras lo eran para los garbanzos, las lentejas, las habichuelas, las patatas y los frutales de varias clases. No quedaba parcela sin rendimiento por pequeña que fuera y, si había espacio, hasta la orilla del monte se apuraba para cultivar un puñado de ajos o segar el mismo pasto que crecía silvestre, que luego serviría para dar de comer a los animales.

Cuando, por ejemplo, las familias que ocupaban los cortijos –muy blancos entonces, y unidos unos con otros por bien mantenidas veredas– se sostenían con los mil recursos de la sierra, que siempre reservaba faena a todo el que la precisara: el pastoreo, la caza y la pesca, la recolección de leña, piña, lastón, palmito, esparto, frutos silvestres o hierbas medicinales, la producción de cal y carbón, la resinación del pinar y, claro está, el cultivo de las tierras que se prestaban a ello. Junto a cada vivienda se levantaban un horno y un corral y, algo más allá, el gallinero, las conejeras y la zahúrda de los cerdos, todo bien a mano para alimentar a los animales caseros con los desechos de la cocina –se aplicaban la economía circular y el reciclaje en el más literal sentido de la palabra, que todo estaba ya inventado–. Porque nada se perdía. Convenientemente alejadas de las zonas de paso, unas colmenas hacían las delicias de todos cuando llegaba el momento de recolectar la miel. En el río, que no solía quedar muy lejos, los cangrejos y las truchas que se dejaban atrapar completaban la dieta. Las familias campesinas salían adelante conformes y sin pedir mucho más a la vida, pues pobres serían pero, recogidas en sus casas y sus campos, nada esencial les faltaba.

*Horno del cortijo. Abajo su interior, que se conserva intacto*

Cuando, por ejemplo, caían las primeras lluvias, que ablandaban la tierra y la volvían dócil a la reja del arado. Las yuntas de mulos y bueyes convertían los campos recién labrados en esponjosos lienzos de terciopelo marrón, listos para recibir el agua que luego haría germinar

las sementeras, ya bien asentado el otoño. Los aguavientos anunciaban que estaban cercanos los fríos mayores del invierno: días de nubes densas que abrían pasillo a las borrascas del oeste y noches de aire, agua, nieve y granizo en las cotas serranas, que forzaban a las familias a refugiarse en el tibio interior de sus hogares durante muchas horas. Porque el invierno, sigiloso, gustaba de presentarse en la madrugada y era a la mañana siguiente, cuando los campos amanecían escarchados y las cumbres moteadas de nieve, y el aire era tan gélido que al respirar congelaba hasta las intenciones, cuando quedaba claro que el invierno profundo había llegado. Terminaban de despojarse los árboles de hojas muertas, se cuajaba el agua de las fuentes y la tierra labrantía, helada y dura como el pedernal, aprovechaba para tomarse su descanso anual.

Cuando, por ejemplo y casi sin que nadie se diera cuenta, iba abriendo la primavera. El aire se templaba perceptiblemente y los animales salían de sus dormideros invernales. La sierra olvidaba su sobriedad y se transfiguraba, cubriéndose con pequeñas flores de todos los colores: doradas como metal bruñido, blancas como una nube de verano, rosadas como la cara de un niño, azules como un día feliz, rojas como la ira, púrpuras como algunas puestas de sol. Y era con las lluvias de marzo y abril que de cada gota de agua y de cada semilla brotaba una brizna de hierba que crecía rápidamente, casi a ojos vista, y en poco tiempo los campos de cereales semejaban gruesas alfombras verdes. Los rebaños retornaban a herbazales y chortales repletos de pasto nuevo, mientras que lluvias y soles alternados convertían el campo en un próvido vergel: los plantíos granaban, floreaban los frutales y se enjambraban las abejas. Las casas entonces, casi alegres, abrían puertas y ventanas de par en par a la luz blanca y al aire limpio y renovado.

Y cuando, por ejemplo, con el paso de las semanas, el alargamiento de los días y el ascenso de las temperaturas por el sol encumbrado en un cielo sin celaje, los cultivos se volvían de color rubio oscuro y el viento jugaba a despeinar los tallos del cereal espigado; señal inequívoca de que era verano un año más y, un año más, era también el tiempo de la siega y de llenar hasta arriba trojes, graneros, pajares y cocinas, completando el ancestral círculo agrario de las estaciones, que rueda –¿lo hará siempre?– alrededor de los hombres, sus animales, sus hogares y sus campos, en un ciclo sin fin.

La vieja casa de la que hablábamos –que podría ser cualquiera; esta es el cortijo de la Loma de Ubares–, tan descompuesta que en la actualidad no cuenta más que con unos metros lineales de muro caído, apela con añoranza a un pasado que ha quedado atrás irremisiblemente. Nos guste o no, es ley de vida. Quién querría seguir viviendo en la soledumbre de la sierra y sus rigores, pudiendo optar por un modo de vida muy distinto en una ciudad bien comunicada y bien abastecida. La última familia que habitó el cortijo de la Loma de Ubares fue la de Pepe Pavía, el resinero, su mujer, Antonia la jameña, y sus catorce hijos. Todos se vieron obligados a abandonar el cortijo tras el incendio de la sierra –el gran "quemao"– de 1975, y finalmente a emigrar y diseminarse por otras provincias. Y todos hacen un hueco en sus agendas para reunirse y visitar anualmente el querido cortijo que albergó a su familia durante tanto tiempo.

Hasta casi ayer España fue un país esencialmente rural, donde la vida se acompasaba conforme al ritmo sereno de los días y las noches, del frío y el calor, de la lluvia y de la seca. Esa comunión tan íntima entre hombre y naturaleza dio lugar a una cultura popular basada en

sabias tradiciones y costumbres seculares, incluso a un vocabulario propio, conservados amorosamente durante generaciones, que hoy está desapareciendo. Cada día perdemos parte de esa herencia excepcional, y una de las pruebas más palpables es la desaparición de las casas de campo tradicionales. Casas como esta que hoy vemos, antaño una sólida edificación de tres cuerpos y dos plantas y hoy una ruina apenas reconocible. Y como ella, tantas otras.

Desde hace tiempo está de moda apadrinar. Apadrinar implica cuidar, defender y favorecer a algo o a alguien. Se apadrinan niños y adultos sin recursos, animales y plantas en peligro, habitaciones en casas de acogida, proyectos de todo tipo y hasta rocas especialmente curiosas. Qué interesante –y qué significativo– resultaría apadrinar una casa abandonada, especialmente aquellas que se van cayendo piedra a piedra, aisladas, desamparadas –que no olvidadas– allá en la montaña. Un antiguo refrán inglés asegura que "every place has its soul" (cada lugar tiene su alma). Las viviendas significan mucho más que un tejado y cuatro paredes donde cobijarse: constituyen la piedra de toque de las familias, preservan la intimidad, atesoran recuerdos, escuchan conversaciones, guardan secretos y reflejan el modo de vida cotidiano de las distintas generaciones. En el interior de cada uno de los viejos cortijos que nos encontramos al paso cuando salimos al monte comieron, durmieron, rieron, lloraron, amaron, odiaron, nacieron, murieron y, en definitiva, salieron adelante muchos hombres y mujeres. Una casa antigua, casi más que otra cosa, personifica –en el mejor y más amplio sentido de la palabra– un retazo de nuestra historia.

*Habitaciones del cortijo, en la actualidad*

Pero, hoy por hoy, debemos poner los pies en el suelo. Se da la circunstancia de que los antiguos cortijos ubicados dentro de un Parque Natural o Nacional se encuentran en una situación especial. De la misma forma que su entorno natural cuenta con todas las garantías de conservación y defensa, ese emplazamiento privilegiado convierte en casi inviable cualquier proyecto de recuperación, dada la restrictiva legislación que se aplica al territorio de los espacios naturales protegidos, además del problema que implicaría conciliar los usos derivados de dicha restauración con los objetivos de protección y asumir posibles daños por responsabilidad patrimonial o masificaciones no deseadas, entre mil cuestiones burocráticas más. Es el caso del cortijo de la Loma de Ubares y de todos los que quedan dentro del Parque Natural Sierras de Tejeda, Almijara y Alhama. Del mismo modo sucede en otros Parques

Naturales y Nacionales. Así son las cosas y así debemos aceptarlas, al menos por el momento. Quién sabe si, en un futuro más o menos lejano, se podría llegar a modificar esa legislación y simplificar los trámites, y nuestros hermosos cortijos históricos –o lo que para entonces quede de ellos– consigan una oportunidad de sobrevivir.

Muchas son las personas a quienes les gustaría –nos gustaría– ver consolidados y estables los restos no solo del cortijo de la Loma de Ubares, sino también los de todos los que se resisten a ser un montón de piedras y nada más, después de tanto vivido. Las generaciones venideras, seguro, también nos lo agradecerían.

*Cortijo de la Loma de Ubares, mediados de los años sesenta del pasado siglo*

*Fotografías de Alberto Tinaut y Mariló V. Oyonarte*

*Publicado el 12 de febrero de 2023*

# CUARTA PARTE

# APÉNDICE

# Un pastor auténtico

*Puede que José sea el último pastor que vive como se hacía en los tiempos de nuestros bisabuelos. Renunció a todo, siendo un muchacho, para dedicarse en cuerpo y alma a sus animales. La suya es una historia que merece la pena conocer.*

Hola, José, aquí nos tienes. Tal y como te prometimos, el protagonista del artículo de hoy eres tú. Como ves, se titula "Un pastor auténtico", porque para nosotros eso es lo que eres, aunque igualmente podría haberse llamado "Historia de un hombre feliz" o incluso "Crónica de un sueño cumplido"; esos títulos también resumirían a la perfección este breve relato de tu vida. Aunque, pensándolo bien, es muy posible que no llegues a leer estas letras ni a ver tus fotografías, porque no utilizas internet ni tienes ordenador, teléfono móvil o tablet… total, ¿para qué los quieres? Todo lo que necesitas, y más, ya lo tienes. Pero lo que importa es que te hacía ilusión la idea de contar tu historia y yo la escribo encantada, porque tu forma de entender la vida es tan inusual, tan valiente en los tiempos que corren, que merece la pena darla a conocer.

*José "Faragüit" es un pastor de antiguo*

Eres un pastor de ovejas que, en pleno siglo XXI, trabaja del mismo modo que se hacía antiguamente; un incansable y fiel continuador de los usos tradicionales de ese oficio milenario. La tuya fue, además, una elección vocacional, meditada y asumida con las consecuencias que conlleva una existencia lejos de toda comodidad y compañía. Gracias a esa decisión, vives haciendo lo que más te gusta: instalado en plena montaña, libre e independiente, dueño absoluto de tu tiempo y de ti mismo, consagrado durante el año entero a un oficio que te encanta, atento a lo que demanden tu rebaño y tus dos perras pastoras, cuyas necesidades te importan mucho más que las tuyas propias. Porque si tus animales están bien, tú estás bien: "yo lo único que quiero es que las ovejas y las perrillas tengan la barriga llena y estén tranquilas, eso para mí es lo más grande que hay", afirmas muy convencido.

No deben quedar muchas personas así como tú, José, tan incondicionalmente entregadas a esa labor. De hecho, hasta no hace mucho abundaban en la sierra otros pastores que vivían todo el año de igual forma que tú lo haces, diseminados por las laderas junto a sus rebaños de vacas, ovejas y cabras; tú lo recuerdas bien, puesto que todos os conocíais. Pero los tiempos han cambiado y hoy son los aficionados a la montaña, con su sofisticada equipación deportiva y moderna tecnología, quienes recorren, ya por puro placer, aquellos senderos históricos que sirvieron para ganarse la vida a muchas generaciones de pastores errantes. Senderos por los que todavía sigues caminando tú, el último y más anciano heredero de esa tradición.

*Sierra Nevada cuenta durante el verano con abundantes pastos de alta montaña*

Hay muchos detalles que no sabemos sobre ti. Te conocimos en Sierra Nevada, aunque dices que has pasado tu vida recorriendo también la Almijara y otras sierras andaluzas, cumpliendo con la ineludible trashumancia a la que se ven obligados pastores y rebaños cada cambio de temporada. Desconocemos tus apellidos y el lugar donde naciste; tampoco tenemos más fotografías tuyas que las que te hicimos aquel día, ¿recuerdas?, mientras charlábamos contigo tranquilamente, resguardados de la brisa de alta montaña tras un murete de piedra que habías construido tú mismo. Porque, si bien estábamos en pleno mes de agosto, el aire de Sierra Nevada a esa altitud era, por momentos, tan fino y cortante como el del mes de enero.

Con una educación y cortesía exquisitas –las buenas maneras que se aprendían antaño– nos ofreciste las mejores piedras para sentarnos, antes de sentarte tú mismo. Y cuando te invitamos, al comenzar nuestra charla, a compartir con nosotros unos dulces que llevábamos en la mochila, los aceptaste casi con timidez de niño. "Muchas gracias", dijiste sonriendo, "aunque ya me tomé esta mañana la leche y el pan". Incluso te disculpaste con delicadeza por la modestia de la ropa que llevabas puesta –tu digno y austero atuendo de pastor– añadiendo que no esperabas ver a nadie ese día.

Pues claro que no nos esperabas, José. Ni a nosotros ni a nadie en absoluto porque, como siempre, cada día desde hace incontables años, te pasas los días contigo mismo bajo el inmenso cielo de Sierra Nevada, o de la Almijara, o de donde quiera que te encuentres, con la pacífica compañía de tus perrillas y tu disciplinado rebaño de ovejas blancas. Y todos tan perfectamente integrados en el paisaje que hay que hay que esforzarse para distinguiros por

entre los riscos de la ladera; sólo el eco de un discreto balido o el sonido casual de algún cencerro delatan vuestra presencia.

*Mangui y Blanqui, las dos perras pastoras, dormitan casi invisibles entre las piedras*

Nos contaste que se te conoce por el nombre de José "Faragüit" porque tu padre nació en el pueblo de Guájar Faragüit, y que el próximo 30 de noviembre –dentro de nada– cumples setenta y siete años. Que eres el octavo de diez hermanos, de los que viven ya muy pocos; que llevas cuidando el ganado desde que eras chico, y que no sabes hacer otra cosa más que eso y labrar la tierra, pero que ambas faenas son lo que más te gusta en el mundo.

Ya desde niño, mientras te encargabas de vigilar que los chotos y los corderos de la familia no se metiesen en los sembrados, disfrutabas con aquella tarea. Y cuando, más mayorcillo, te hicieron responsable de llevar el rebaño entero a campo abierto, supiste que eso era lo que querías hacer para siempre, defendiendo tu postura con la vehemencia de quienes tienen bien claro su porvenir. Por eso has sido pastor toda tu vida. En las montañas te hiciste muchacho primero, hombre luego y anciano por fin, caminando infatigable tras las ovejas, aprendiendo a conocer por su nombre cada rincón de tu enorme casa, que es la sierra; durmiendo donde te sorprendía la noche, al raso o en refugios construidos por ti mismo, con lo mínimo imprescindible y sin embargo disfrutando a manos llenas de ese modo de vida, que a muchos parecería –con esa mentalidad acomodaticia y regalona de la que hacemos gala hoy en día– no ya difícil, sino directamente imposible.

*La expresión facial de José refleja su bondad y sencillez*

Porque la nuestra es una cultura hedonista, en la que el placer y la satisfacción inmediatos, el consumo compulsivo y la posesión son lo que prevalece. Lo queremos todo y en el momento y, si no lo logramos, la impaciencia, el estrés y la ansiedad nos devoran por dentro. Por eso es tan gratificante, José, encontrar –cuando y donde menos te lo esperas– a personas como tú: libres de las cargas que impone la sociedad actual, ajenas a los triunfos que arrebatan la voluntad de la mayoría –reconocimiento, prestigio, dinero, poder–, que los convierten en seres con el alma como un saco sin fondo, imposible de llenar. Pero tú no necesitas que nadie, salvo tú mismo, te reafirme. Y ahí permaneces, viviendo en tu paraíso particular, lejos de todo menos de la vida real, esa que muchos de nosotros, desgraciadamente, hemos olvidado ya.

*Un saco de plástico es su mochila, y una vieja botella su cantimplora*

Contabas que durante muchos años –casi cincuenta– te dedicaste a ir de un lado para otro con tus ovejas. En los meses del verano, Sierra Nevada y sus jugosos pastos de alta montaña eran vuestro hogar, pero cuando entraba el mes de octubre y los primeros hielos se adueñaban de las cumbres –ya se sabe que las ovejas, a pesar de su gruesa capa de lana, son muy frioleras–, tú y tu rebaño liabais el hato camino de la verde y acogedora Sierra Almijara, que con su clima más templado era un buen destino durante la temporada de frío –los duros inviernos de otros tiempos–, mientras Sierra Nevada bostezaba bajo una espesa capa de nieve.

Durante siete u ocho días –que se convertían en diez o doce, si el rebaño iba "de pariera"– caminabas sin descanso, arreando a perros, ovejas y corderos a lo largo de una ruta que pasaba por Lanjarón, Ízbor, Vélez de Benaudalla, Molvízar, Salobreña, Almuñécar, La Herradura, Maro y Nerja, desde donde accedías a la serranía almijareña. Por allí permanecías desde octubre hasta primeros de mayo, época en que las nieves de Sierra Nevada comenzaban a retirarse, y las praderas y borreguiles de altura recuperaban el terreno un año más. Las ovejas decidían por sí mismas el mejor momento para regresar –"ellas solicas, sin que nadie les dijera ná", explicabas orgulloso–. De alguna forma que escapa a nuestra torpeza humana, su instinto animal les avisaba que ya era hora de ponerse en marcha otra vez.

*Incluso mientras descansan, los perros pastores vigilan el ganado*

También tuviste una novia. Se trataba de una nerjeña de carácter alegre e inquieto llamada Victoria; era, según tus propias palabras, "bonica como un pincel y una polvorilla que no se estaba quieta". Pero tras cuatro años de relaciones, llegado el momento de dar el paso definitivo hacia el matrimonio, comprendiste que a partir de ese momento deberías bajar de la montaña, recogerte con tu mujer en una casa del pueblo, cerca de tiendas, iglesia, médico y escuela, y formar una familia. Y es que Victoria, lógicamente, no estaba dispuesta a vivir tan aislada y austeramente como tú lo habías estado haciendo hasta entonces.

Ay, José… entonces le viste las orejas al lobo de la vida convencional, del encierro y la rutina, y tuviste la certeza de que sería imposible hacer feliz a Victoria si volvías a la sierra tras la boda, al igual que tampoco serías feliz tú si te asentabas en el pueblo, como un vecino más. Por eso no te casaste. Renunciaste para siempre a una esposa, a unos hijos –¡con lo que te gustan a ti los niños!– y a un hogar familiar cómodo y confortable, y lo hiciste convencido de que era lo mejor para ella y para ti. Porque todos aspiramos a alcanzar la felicidad. Tú, honestamente, ibas tras la tuya.

*Las manos de José cuentan una larga historia de vida a la intemperie*

Ha pasado una vida entera; hoy estás jubilado y, aunque posees una cómoda casa en el pueblo y cuentas con familiares que podrían cuidar de ti, nos dices que sigues prefiriendo la vida en la

montaña y ser pastor hasta el último de tus días. Por fortuna tienes buena salud y, gracias a eso, te apañas bien. A pesar de tus casi setenta y siete años y de los achaquillos que inevitablemente van apareciendo con la edad, recorres a diario, feliz por poder seguir haciéndolo, los viejos senderos que te han acompañado a lo largo de tu vida; que te han visto crecer, madurar y envejecer, andando –cada vez más despacio– a la vera de tus ovejas. Cuentas además con la valiosa ayuda de tus inseparables perrillas Blanqui y Mangui que, pendientes de cada gesto que haces, te comprenden, quizá, como nadie más podría hacerlo.

Cada cierto tiempo tu sobrino Baltasar y tu amigo Manolo suben con dos caballos hasta el refugio donde duermes, para darte una vuelta y comprobar que todo va bien. También te proporcionan los suministros básicos que necesitas para arreglarte allá arriba: comestibles no perecederos, pilas para tu linterna, cuchillas de afeitar, ropa limpia y de abrigo, algún medicamento. Tú sólo bajas al pueblo las fechas que consideras más señaladas: el día de San José, las fiestas de Navidad y poco más. Ocasionalmente –y si no hay más remedio– también vas para acudir al médico, cuando estás enfermo.

*Subiendo hacia el refugio de José*

Tu día a día, según nos contaste, consiste en levantarte con la amanecida, acompañar a las ovejas adonde quieran ir esa mañana –pues son ellas las que deciden el momento y el lugar–, vigilar que ningún imprevisto interrumpa la tranquilidad del rebaño mientras va careando por las laderas y volver todos juntos a la tarde, pausadamente, cuando ellas quieren. Con la puesta de sol, las ovejas se recogen solas en la majada mientras tú te retiras a tu refugio, donde sueles cocinar un reconfortante guiso caliente para ti y tus perrillas antes de irte a descansar, justo cuando la noche se deja caer sobre las alturas nevadenses.

*El cayado, la bolsa de comida y la botella de agua de José*

Pasas mucho tiempo sin hablar con nadie salvo contigo mismo y con tus animales, a los que llamas por sus nombres –Mangui, Blanqui, Lucera, Negrita, Calcetines, Margarita…–, una semana tras otra, cada día igual que el anterior, pues la montaña no entiende de lunes ni domingos. Cuando te preguntamos en qué sueles pensar todas esas horas que pasas en soledad, mirando al horizonte –si echas de menos algo o a alguien; si te han quedado cosas por hacer– respondiste sencillamente: "yo sólo pienso en las ovejas y en que llueva para que tengan qué comer". Luego te llevaste un momento la mano delante de los ojos; pensamos que reías, y en realidad te habías emocionado. "¡Hacía una pilísima de años que nadie me preguntaba eso…!" dijiste casi riendo, casi llorando –entre risas y lágrimas, como el título de una película–. Y es que todos, en algún momento, necesitamos que alguien se interese por nosotros, ¿verdad?

La semana siguiente organizamos un pequeño grupo para ir a buscar tu refugio. Sabíamos que no estarías allí, pero teníamos tu permiso para visitarlo, incluso nos explicaste cómo abrir la puerta, para poder verlo por dentro. Tras cinco horas de marcha por un difícil sendero de alta montaña, siguiendo las indicaciones que nos diste, logramos dar con él. Y no era fácil.

*Aproximándonos a la entrada del refugio de José*

Has aprovechado una oquedad de la roca para levantar unas paredes de piedra seca; a ese pequeño recinto has añadido una puertecita de madera que impide la entrada de animales al interior. Alrededor del refugio se extiende un terreno inclinado, cubierto por una capa de varios centímetros de espesor de estiércol de oveja y, muy cerca, construidas en piedra también, tienes la majada para el rebaño y una caseta donde duermen las dos perrillas. Desde ese privilegiado altozano disfrutas de unas vistas infinitas que se extienden hasta el horizonte, allí donde la línea del cielo se confunde con la del mar Mediterráneo.

Abrimos con cuidado la endeble puertecita y accedimos al interior. Éste se reduce a un espacio de pocos metros que distribuyen una zona para almacenar agua y alimentos, otra para guardar cayados y herramientas, un rinconcito para el hornillo hecho con piedras en el que te cocinas por las noches, y una esquina donde se extiende tu lecho, muy sencillo. Entrar en tu refugio, José, fue tomar verdadera conciencia del alcance, de la trascendencia de tu elección en la vida.

Porque hay que tener las ideas muy claras para –pudiendo vivir mucho mejor– arreglártelas día tras día en ese lugar, tan lejos, tan solo y con tan poco. Antes de irnos te dejamos una nota escrita; allí se quedó, sujeta en el cerrojo de la puerta. Pensábamos que tal vez el vientecillo de levante se la llevaría volando, pero afortunadamente no fue así. Luego hemos sabido que sí la leíste, y que te hizo tanta ilusión encontrarla que incluso la tienes guardada entre tus cosas.

Amigo José, no es sencillo ser tan fiel a uno mismo como lo eres tú. Pero está demostrado que el hombre es, ante todo, un ser adaptable: hay quienes viven en el hielo, quienes viven en el desierto, y quienes viven cerca de los volcanes. Tú vives en las montañas, porque así lo deseas. Mientras la mayoría de nosotros nos protegemos contra la intemperie, la enfermedad o la soledad con todos los medios de que disponemos en una época que presume de su tecnología, lo más avanzado que tienes tú, solo allá arriba en tu refugio, es una pequeña linterna de mano.

*Vista desde el interior del cobertizo de José*

Hay quien pensaría que vives demasiado precariamente y bien es cierto que, a primera vista, lo parece. Pero ¡es tan indiscutible lo que dice el refrán…! No es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita. Después de conocerte, de comprender tus prioridades, podemos afirmar que eres un hombre afortunado. Porque el deber primero que tenemos para con nosotros mismos es el de ser felices, y eso es lo que mejor sabes hacer tú: has logrado ser una persona feliz con la vida que has escogido libremente.

Volveremos a verte; allí donde estés te buscaremos. Queremos escucharte de nuevo, mientras te diriges a nosotros con tu mirada franca, con esos modales tan correctos que parecen sacados de otra época y con tu voz suave, que se casca con facilidad porque no estás acostumbrado a hablar mucho rato. Pero, sobre todo, queremos seguir aprendiendo tu filosofía de vida, aparentemente simple, aparentemente estoica, aparentemente resignada. Porque, no nos engañemos… es sólo eso, aparentemente.

¡Hasta pronto, José!

*Fotografías, Carlos Luengo*

*Publicado el 12 de noviembre de 2016*

# La esposa del guardia civil

No ha parado de llover en todo el día y así llevamos una semana; el cielo está tan oscuro que cualquiera diría que ya es de noche, aunque en realidad aún no han dado las cinco de la tarde. A ratos me asomo a la ventana y no se ve ni un alma por la calle; es normal, ¿a quién se le ocurriría salir con semejante panorama? Todo está encharcado y, por encima de los tejados y las chimeneas humeantes de las casas, parece que los nubarrones amenazan con tragarse el pueblo entero. El viento que no cesa y el aguacero constante dan un aire tan sombrío a la tarde que se me quitan las ganas de seguir mirando la calle solitaria, así que cierro los postigos de la ventana y me dispongo a encender alguna luz, porque el interior de la casa parece un pozo sin agua: apenas se ve ya. Con un palito de la chimenea prendo la mecha de varios candiles y los distribuyo por la habitación. El invierno está siendo lluvioso y, aunque después de un verano tan seco como el que hemos tenido los chaparrones se agradecen, este rosario de días plomizos acaba cansando a cualquiera.

Aburrida de mi encierro forzoso por culpa del tiempo miro alrededor, buscando alguna faenilla con la que entretener el rato que queda hasta la cena. Cuando estoy sola los días se me hacen eternos –por no hablar de las noches– y, con éste de hoy, son ya dos semanas que no sé nada de mi marido. Salió con su destacamento a una misión de vigilancia y no supo, o no quiso decirme para que no me crease falsas expectativas, dónde irían y cuándo estarían de vuelta. Sin estar al corriente ni conocer su paradero, intento pensar lo menos posible en ello y procuro en todo momento distraerme con lo que sea; es la historia de mi vida desde que vivo con él. Hago un repaso mental de tareas, pero dentro de la casa está todo hecho y, con la tarde que hace, no se puede salir al patio o al corral a hacer nada. Tampoco tengo humor para coser; aun así me siento a la orilla del fuego con la costura en la mano pero, al poco rato, me ocupo distraídamente en seguir con la punta del pie el contorno de las losetas del suelo, mientras en mi imaginación, aunque no quiera, las ideas vienen y van. Luego paseo la mirada por la habitación: la mesa en el centro y las sillas contra la pared, el pequeño repostero que muestra las fuentes y tazas de loza que nos regaló mi madre y las fotos –algunas retocadas sin piedad– que cuelgan de la pared. Mis ojos se detienen en una de ellas, orlada por un estrecho marco de cuero trenzado. Es del día de mi boda.

Nuestras caras, tal como éramos hace un año, me miran a través del cristal que protege la fotografía: yo, vestida de blanco y con una sonrisa algo nerviosa, cogida del brazo de mi marido, como manda la tradición; él, bastante más sereno que yo, ataviado con el uniforme de gala del Cuerpo de la Guardia Civil. Ese día salí por primera vez de la casa de mis padres para entrar a la mía propia, estrenar una nueva vida y una nueva familia; era el momento con el que había soñado desde que tengo uso de razón. Me casaba por fin, después de cuatro años de relaciones, con el hombre al que quería, sin ser del todo consciente de que me casaba también con su profesión, aceptando para siempre vivir con esa mezcla de orgullo e inquietud que conlleva ser la mujer de un militar.

Y más aún en los tiempos que corren…

Con el tiempo he comprendido que, para mi marido, ser guardia civil no es solamente un oficio, sino también una forma de proceder. Como él dice, la suya es una vida de servicio que ha asumido hasta las últimas consecuencias, desde el día en que juró bandera. Palabras como valores, sacrificio, lealtad, disciplina y cumplimiento del deber son tan familiares para mí –por oírselas a él– como los nombres de las cosas de mi casa. Y yo no puedo dejar de admirarlo, porque esa pulcritud exterior de la que hace gala, siempre tan cuidadosamente uniformado con la guerrera, la capa y el tricornio, es, para mí, sólo un pálido reflejo del hombre de bien que lleva dentro.

Pero también he tenido que aprender a convivir con la ansiedad y la incertidumbre de no saber; acostumbrarme a sus ausencias y a rehuir el cerro de preocupaciones que tantas veces se me viene a la cabeza; a disfrazar ante él mi verdadero estado de ánimo y poner mi mejor cara, porque bastante tiene ya con lo suyo para preocuparse también por mis temores. Estas sierras donde está destinado son peligrosas; en ellas se ocultan muchos rebeldes y bandoleros, según cuentan tan crueles que hasta se matan entre sí; me estremezco con sólo oírle contar cómo los combaten, buscándolos por los senderos y esperándolos en los lugares donde suelen esconderse. Tiemblo de pies a cabeza cuando se retrasa, por si en lugar de él, llegase una mala noticia; cuando está de campaña y pasan los días sin mensajes suyos la imaginación se vuelve mi peor enemiga, porque la punzada del miedo es la más mala de todas. Sé que ha visto morir compañeros a su lado; he remendado algunos agujeros de bala en su capa; intento no pensar que la próxima vez le pueda tocar a él. Y, mientras tanto, yo sigo esperando impotente en nuestra casa, intentando llenar las horas y los días como puedo, dejando rodar el mundo.

Un escalofrío me recorre la espalda y me levanto de la silla para avivar un poco el fuego. Luego me acerco a la ventana y abro los postigos; la noche está profundamente oscura, pero parece que ha dejado de llover. Abro y asomo la cara al ambiente frío y húmedo, y compruebo que las nubes se han retirado por fin y el cielo, negrísimo, está lleno de estrellas tan brillantes en el aire recién lavado, que parecen lamparitas lejanas que tiemblan al viento. Respiro profundamente; huele a tierra y a pinares limpios, al humo de las chimeneas y a los pucheros que ya preparan las mujeres del pueblo para la cena. Creo que llevar varios días enclaustrada en casa por culpa de la lluvia me ha deprimido un poco; incluso las ramas de los árboles me parecen tristes, tan dobladas bajo el peso del agua recién caída. Como ya es algo tarde, cierro

con llave la puerta de la casa, pero no la atranco como cuando estamos los dos juntos, pues mi marido podría volver en cualquier momento, incluso en plena noche. No sería la primera vez…

Me vuelvo a sentar en la silla y hago el intento de zurcir unas medias, pero es inútil, mi cabeza vuela hacia el pasado, como si recordar otros tiempos me acercase un poco a él. Ahora me vienen a la memoria los días en que mi marido y yo nos conocimos. Aquellos paseos con mis amigas los domingos después de misa, muy arregladitas y repeinadas, pasando, como quien no quiere la cosa, muy cerca de las eras que había por detrás del cuartel de la guardia civil. Íbamos en grupo, cogidas del brazo, charlando y riendo de naderías, pero a la vez sin perder la oportunidad de mirar de reojo a los muchachos que estaban destinados allí; a algunos ya los conocíamos de coincidir en la tienda del pueblo, mientras compraban la comida para el cuartel. El que sería mi marido se fijó antes en mí que yo en él; era mayor que yo, que por aquel entonces era una niña de apenas diecisiete años. Pero con su interés, sus atenciones y sus maneras cariñosas, consiguió que le prestase un poquito de atención.

Aunque no me veo la cara, sé que sonrío al revivir nuestras primeras salidas; su insistencia por verme y hablarme y, con el tiempo, aquella loca alegría que me llenaba el alma cada minuto que pasaba con él. Yo notaba un conjunto de sensaciones desconocidas que por una parte me gustaban y por otra me asustaban, pues sabía que con ellas perdía la tranquilidad con la que había vivido hasta entonces. Pero, para mí, ya no había marcha atrás. Siempre que se lo permitían sus obligaciones se venía andando desde el cuartel hasta el pueblo, por el camino del molino del pan. Nunca aparecía solo sino acompañado por algún compañero, y solían caminar separados entre sí por unos metros, como cuando estaban de servicio, para no ser sorprendidos en grupo por sus enemigos.

Hay tanto silencio en la casa que el tictac del reloj que tengo sobre el repostero parece atronador, y me saca de mi ensimismamiento. Así es como me doy cuenta de que ya es la hora de cenar y, como estoy sola, sin más ceremonias caliento un poco del puchero que hice esta mañana, parto un trocito de pan y me vuelvo a mi silla junto al fuego, sin poner la mesa siquiera; voy a comer con el plato sobre las rodillas. Ceno con ganas: el caldo caliente me apetece mucho y me reconforta. Y, mientras tanto, a mi mente siguen acudiendo los recuerdos.

Él quería casarse enseguida, pero mi padre no lo permitió. Las noticias sobre los enfrentamientos entre los guardias civiles y la gente de la sierra eran cada vez peores; morían muchos combatientes de los dos bandos, y mi padre no quería que yo me quedase viuda tan joven. Y así, sin rodeos, nos lo hizo saber. Los dos intentamos conformarnos con tan frustrante situación y, durante cuatro años –que a nosotros nos parecieron siglos–, sobrellevamos nuestra relación viéndonos cuando podíamos y por correo cuando él estaba destinado lejos del pueblo. Me acuerdo muy bien de sus cartas, primorosamente escritas y redactadas, que yo guardaba como un tesoro y releía una y otra vez, hasta casi desgastarlas. Durante ese tiempo, él pidió permiso a mi padre para casarnos hasta en tres ocasiones. Las dos primeras fue despachado con un simple “no”, sin más explicaciones, hasta que a la tercera mi padre accedió, por fin.

Miro el reloj del repostero y me doy cuenta de que se ha hecho bastante tarde, así que subo al dormitorio, me desvisto rápidamente y me pongo un grueso camisón. Delante del espejo me

desenredo el pelo y, mientras me hago una trenza para dormir, evoco el día que nos casamos, un 14 de febrero, el Día de los Enamorados, como no podía ser de otra forma. Puedo ver de nuevo aquella nave grande en la que mi padre y mis tíos guardaban los aparejos del campo, y donde celebramos nuestra boda; los días anteriores, entre todos, la blanqueamos y limpiamos bien, y la decoramos con piñas y ramas de pino entrelazadas, que además de perfumarlo todo daban un ambiente, para mi gusto, de lo más romántico. Dos mujeres del pueblo nos ayudaron a mi madre, a mis hermanas y a mí a preparar la comida y los dulces que se sirvieron; asistió casi todo el pueblo y hubo músicos, y baile, y alegría: fue una boda muy bonita.

Me miro en el espejo; estoy algo demacrada y tengo los ojos achicados por el insomnio. Como hace frío, me meto en la cama para entrar en calor; enfrente tengo la pared con la percha de la que cuelga la ropa de mi marido. Repentinamente, la soledad me oprime de tal manera que por un momento estoy a punto de llorar. "Vamos, tonta; no es la primera noche que pasas sola, ni será la última", me digo. Por enésima vez me pregunto dónde estará –ahora que ya no llueve la noche se ha quedado muy fría– pero, como siempre, no puedo hacer más que esperar. Con esa familiar sensación de impotencia decido, como un náufrago que se coge a una tabla para no hundirse, abrazarme a la almohada y cerrar los ojos, dormir sin pensar más por hoy, hasta que por fin el cansancio me vence y casi me quedo dormida. Entonces un ruidito sordo, justo en el momento en que pierdo la conciencia de mí misma, me despabila. Sí, abajo se oye algo… parece una llave que entra en la cerradura… la puerta se abre suavemente, girando sobre sus goznes.

Es él; conozco hasta el sonido de su respiración. Feliz como un preso liberado del centinela que lo vigila, salto de la cama, enciendo un candil y bajo los escalones de dos en dos. Justo en el momento en que llego al descansillo de la escalera, veo a la tenue luz de la llama cómo entra mi marido por la puerta, lleno de barro y empapado, cargado con su petate y con la cara desencajada por el cansancio, pero contento de verse en su casa. Me recibe con una sonrisa y cara de sorpresa: "Pero mujer, qué haces levantada a estas horas…". Mientras lo abrazo muy fuerte, casi colgándome de su cuello, no sé si reír o llorar, sintiendo como si un repentino viento de marzo hubiese barrido en un segundo todos mis miedos.

Por fin cierro y, ahora sí, atranco la puerta de nuestra casa –abierta de par en par al azul de la noche, que ya parece menos negra– para atender a mi marido que, mientras se quita el uniforme, me cuenta que su destacamento ha estado estos catorce días apostado en Cerro Verde, preparando lo que esperan sea un asalto con éxito a un campamento maqui. No estaba tan lejos, ¡si al menos lo hubiese sabido…! Yo lo escucho en silencio, pensando que también tengo cosas que contarle. Pero, en el último momento, decido que mis noticias podrán esperar hasta mañana, cuando los dos hayamos descansado y el sol alumbre el día, porque estoy segura de que mañana no lloverá. Tengo que decirle que, tras unas semanas de dudas, al fin tengo la certeza de que vamos a tener un hijo.

*Fotografía original (los nombres de los protagonistas se han omitido por expreso deseo de la familia).*

*Texto inédito*

# “Mariló V. Oyonarte o la razón del sentir”

## Epílogo

## Andrés García Maldonado

El resbalón que dio la yegua Capitana hizo que se precipitase unos meses su venida al mundo. Lolina, como todos nombraban cariñosamente a su madre, María Dolores, dio un gran culetazo pero, por fortuna, la niña nació bien aunque dos meses antes de lo que correspondía.

Creo que esto fue ya un augurio de que algo señero venia al mundo. Nada simple y sí muy significativo personal y humanamente, desde su aparición en esta vida hasta estos mismos días, en los que se imprimen, para disfrute y gozo de las generaciones actuales y de las venideras, especialmente las andaluzas, sus secciones “Caminos y gentes” y “Madre Tierra”.

Cuantos la conocemos, conllevando ello afortunadamente haberla tratado, sabemos de su singularidad en tantos sentidos y campos. Personalmente, tuve el honor de que aceptara mi idea de proponerla como miembro de número del Patronato de Estudios Alhameños. Como era de esperar, hubo unanimidad. Varios compañeros sabían de, y resaltaron, sus cualidades indiscutibles, en un tiempo de pérdida de tantos valores que engrandecen. Al mismo tiempo, destacar su elevada calidad como periodista y escritora en “Alhama Comunicación”, donde somos compañeros y tanto hemos dado a conocer mucho, de lo mucho que compartimos, a la hora de publicar sobre cualquier tema o cuestión.

Pero volvamos al principio, todo tiene una razón de ser que puede que en gran medida nos venga de nuestros ascendientes, y a la par de que, partiendo de ello, desde la misma infancia nos vayamos remodelando y elevando, casi cada tiempo, no cayendo en contradicciones y sí, como sucede con Mariló, en una coherencia clara y lógica.

Su padre, Rafael, granadino, estudió en los Escolapios de Granada y cuando consideró que aquí había concluido su formación docente, sin dejar nunca de amar y ampliar su bagaje cultural, al estar ya decididamente enamorado del campo, se decidió a aprender a llevar la dirección de las tierras con sus padres y hermanos mayores. Los años lo harían, además de gran persona para todos, buen empresario, agricultor y ganadero. Pero, en esta vida jamás todo suele ser completo, murió muy joven y sus amados hijos quedaron, de por vida, huérfanos de aquel ser excepcional.

Su madre, María Dolores, Lolina para las muchas personas que la querían y rodeaban a diario, hija de un destacado abogado oriundo de la noble Navarra, nació en el corazón de la bella Granada, en la mismísima calle Mesones. Para su tiempo, años treinta y cuarenta del pasado siglo, recibió una educación muy cuidada: estudió en el Colegio Sagrado Corazón y además aprendió, junto a un buen castellano, francés, inglés y música, a la par que se

hermanaba con el piano acariciándolo con una preparación reveladora. A su tiempo se convertiría en una de las pocas mujeres que conseguía licenciarse, con éxito y superando ciertas circunstancias que entonces se daban en la Universidad, también en la granadina, en Filosofía y Letras. Solía tocar el piano a diario, y excepcionalmente. Todo ello además de ser, casi desde que aprendió a leer, una inusitada lectora durante toda su vida de la mejor literatura, asistiendo además a conciertos y teatros, sobre todo en Granada y Madrid, adonde viajaba con frecuencia.

Como se observará desde que hemos iniciado estas palabras, Mariló tiene muy clara la influencia, más aún, la continuidad de quienes la trajeron a este mundo. De su padre echó siempre de menos sus presencia, y más aún cuando sabía y había comprobado que fue una persona: "*simpática, abierta, inteligente y que adoraba a sus hijos";* de su madre, con recuerdo permanente, aquella mujer menuda de ojos verdes, "*muy educada, cariñosa, sensible, de gustos refinados, alegre de joven, muy enamorada de su marido, como sucedía a la inversa, y que un día, cuando éste tomó el camino de la otra Orilla, cambió radicalmente y para el resto de su vida"*.

Así, al igual que ella, sus hermanos Rafael José y Begoña, ambos realizaron sus carreras universitarias con gran brillantez. El primero Ciencias Físicas y la segunda Derecho. Uno es hoy día un empresario de éxito y, la otra, una reconocida funcionaria como letrada. Ambos buenos e inteligentes. Y como no puede ser de otra manera llevándose bien a lo largo sus vidas, tallando permanentemente un cariño fraternal para siempre entre los tres, que se convirtió en la mejor respuesta de defensa en los años que les faltaron sus más queridos seres, sobre todo cuando partió la abuela paterna, como también fue querida la madre de su madre, Lola*, "provengo de una larga genealogía de Lolas"* me ha dicho tantas veces ella, con verdadera satisfacción. *"Echamos de menos la figura de un padre, claro está, aunque estábamos rodeados de cariño por parte del resto de la familia, que nos arropaba mucho, especialmente nuestras dos abuelas".*

Doña Lola, como llamaban todos a la abuela paterna, terrateniente hija de un próspero comerciante granadino, mujer firme y enérgica que hizo las veces de madre, a la que recuerda siempre dulce y sonriente con ella y sus hermanos, por los que sentía debilidad al ser los nietos más pequeños, era cariñosa y estaba llena de ternura. La adoraban.

Así, no es nada extraño que nuestra autora no tenga malos recuerdos de sus años de infancia y niñez, salvo el de la falta del padre, contando en todo momento con oportunidades y apoyos. Claro está, los mejores recuerdos, los de la niñez, sobre todo las vacaciones en las fincas de los abuelos. En aquel tiempo y en ella, no dejó de crecer más y más su amor al campo, a la Naturaleza, con libertad plena, recorriendo ya cerros y montañas, con ríos donde bañarse, aprendiendo a montar a caballo con muy pocos años, observando y aprendiendo sobre toda clase de animales propios de una gran cortijada donde estaba la casa principal y junto a ella, con toda dignidad, las viviendas de los trabajadores fijos con sus familiares, contándose los niños con los que ella jugaba y compartía los días, y entre los que encontró a su primera amiga del alma, Fina (Josefina), hija de uno de los cabreros.

Como no ha dejado de tener presente con gran cariño a trabajadores de los cortijos, sobre todo al pastor José María y la mujer de éste, Teresa, por ser cariñosos y por darles

siempre buenos consejos. Innata sabiduría del hombre que ha pasado la vida observando, sintiendo y trabajando el campo en toda su diversidad y grandeza, como desde hace años viene profundizando Mariló, siendo expresiva evidencia de ello sus trabajos, recogidos en este magnífico libro.

Aquellos veranos no se han ido ni se irán jamás, más que de su cerebro, de su gran corazón. Solían pasar un par de semanas en la playa, generalmente en Torre del Mar, pero no les gustaba demasiado la playa y la vuelta al campo se adelantaba todo lo que se podía. Más que la soleada playa, le gustaba el cortijo y correr a todas horas y por todas partes; se subía a los árboles, las rodillas las tiene llena de cicatrices por las muchas veces que se cayó; su constantemente demostrada inquietud hizo pronto que la abuela la llamase "Polvorilla". Cosa curiosa este vivir a pleno rendimiento y en toda dimensión las cien posibilidades que para unos niños tiene una gran cortijada; ella, que llevaba en la sangre la pasión por la lectura y que contaba con la buena biblioteca que a lo largo de los años había reunido su madre, sacaba tiempo para leer y no poco, novelas clásicas, sin dejar de hacerlo también de los tebeos de "Mortadelo y Filemón", lo que evidencia su carácter abierto y nada restringido a gustos y aficiones. Siendo ya desde niña una amante más del piano de la casa, para el que pronto apuntó maneras.

Cuando llegaba la hora de volver a Granada para ir al colegio, en este caso el de El Carmelo, junto a su hermana, al implicar dejar el cortijo, lo pasaba bastante mal. Luego, con ese carácter abierto que posee desde la misma cuna, y hasta quizás antes, el reencuentro con las amigas y pasarlo bien con éstas, iba aliviando la tristeza de la vuelta a lo que era lo ineludible para ella, sus estudios. Lo curioso es que pronto sabía cuál era su obligación, y dándosele bien estudiar, siempre sacó buenas notas; lo que más le gustaba, lógicamente, eran las Ciencias Naturales y la Música.

Tras el colegio, también con aprovechamiento y dejando huella de excelente alumna, la Universidad de Granada y el Conservatorio Superior de Música. En general, observamos que tiene muy buenos recuerdos de su época de estudiante en estas instituciones, tanto porque sacaba el curso sin dificultad como, algo que es muy importante para ella, porque tenía bastantes amigos que han llegado y aprecia hasta hoy en día. Por ejemplo, nos dice *"Recuerdo con especial cariño mis años en el Conservatorio Superior Victoria Eugenia, donde hice amigos para toda la vida".*

Durante los primeros años del Conservatorio formó parte de la Coral de Juventudes Musicales de Granada, participando en diversidad de conciertos por toda Andalucía, lo que fue para ella una grata experiencia. Como recordaba, también, aquellas primeras excursiones por Sierra Nevada, desde los trece años con los Boy Scouts, y su afición en esos años por las estrellas y el firmamento nocturno. Una vez terminada la carrera, comenzó a dar clases de piano, Lenguaje Musical y Armonía.

El segundo Scherzo para piano de Frederic Chopin, además de llevarlo grabado en la memoria, lo tiene cincelado en el corazón. Fue exactamente cuando se enamoró de Jose, su esposo, en el momento que lo interpretaba. Él era ya reconocido en el ambiente musical de Granada como un pianista de gran talento que, además, era también profesor de piano. El

mutuo amor que sienten el uno por el otro sólo lo pueden narrar ellos. Si es que estos sentimientos pueden expresarse en toda su realidad y plenitud.

Y a esto se le suma una hija, el colmo de sus deseos, Lucía, alegría y orgullo de ambos, la que les ha dado siempre satisfacciones y la que ha heredado las cualidades de sus padres. A sus veintinueve años es una destacada oncóloga en el Hospital Reina Sofía de Córdoba.

Al hablar de sus indiscutibles logros literarios, obviamente, nos vuelve a recordar a su madre como incansable lectora, que también tenía una gran facilidad para escribir y cuando lo hacía era de una calidad excelente. Nos recuerda que ella, ya en su niñez, con nueve años, escribió su primer cuento, "El pequeño vagabundo", después escribió otro más largo y elaborado, "Caballito loco". A continuación vendría el escribir un diario personal, que conserva y cuando acude a darle un vistazo más, ríe y recuerda aquellos momentos en los que plasmaba imaginación y sentimientos propios. En el Colegio, ya destacaba con sus redacciones y escritos.

Cuando le hablas de sus mantenidos gustos, pone de manifiesto que le interesan muchas cosas y muy dispares. Le sigue encantando leer y puntualiza que todo escritor debe ser un ávido lector. Aunque la música es su otra gran pasión, en especial la música clásica. "*Solemos asistir a los conciertos con frecuencia*" y les encanta salir a la montaña en cuanto le es mínimamente posible y, además, son muy hogareños.

En definitiva, un ser revelador que da valor y esencia a las cosas que hacen que la vida sea lo que precisamente quiere la Naturaleza, y a lo positivo que llevan a cabo los seres humanos en favor de los demás. Aquí le pesa algo que nos duele a todos, a todos los que tengan una pizca de sensibilidad: ***"El ser humano no es tan mezquino como da la impresión, pero es contradictorio: capaz de los más bellos sueños y de las más terribles pesadillas".***

Capitana, una de las yeguas que había en el cortijo de los abuelos, con capa alazana y un lucero blanco en la frente -¿cómo no?-, dócil y obediente, con su resbalón hizo que Mariló llegase a este mundo dos meses antes de tiempo. Según fue cumpliendo años, la conoció y llegó a montarla siendo niña, y la quería tanto que le llevaba a su cuadra cáscaras de melón y de sandía, y todo lo que le gustaba. Jamás la ha olvidado, como no lo hace de cuanto ha vivido y, dejando siempre totalmente fuera de sí todo rencor o envidia, tiene memoria y corazón para las muchas personas que ya marcharon, y que ella, como en estos textos, reincorpora a la vida de los sentimientos en este magnífico conjunto de trabajos literario-periodísticos, y que nos lleva a todos a sumergirnos en la esencial razón del sentir, en la facultad de discurrir apreciando.

Andrés García Maldonado

Académico C. de las Reales Academias de Bellas Artes de Granada y Málaga

*Este libro se terminó de imprimir en Málaga*
*el 13 de diciembre de 2024, día de Santa Lucía.*